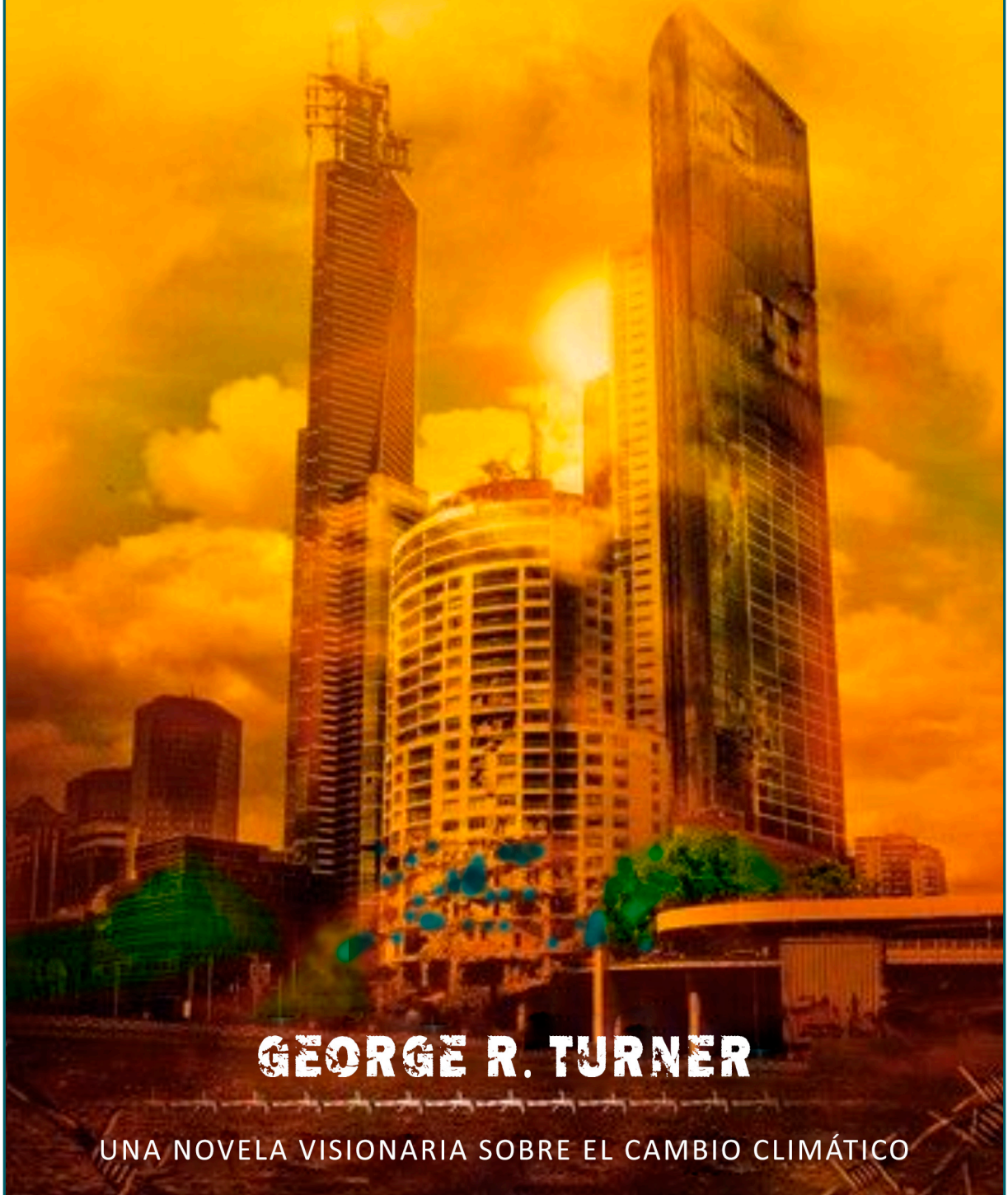


LAS TORRES DEL OLVIDO



GEORGE R. TURNER

UNA NOVELA VISIONARIA SOBRE EL CAMBIO CLIMÁTICO

Australia, en un futuro indeterminado. Una serie de torres gigantescas se elevan medio en ruinas sobre las aguas de la bahía de Melbourne. Son el último vestigio de una civilización autodestruida a mediados del siglo XXI: rascacielos fantasmales comidos por los siglos y casi sumergidos en el mar a causa del Efecto Invernadero. Una joven historiadora, empeñada en reconstruir la vida en aquella época de convulsiones sociales, superpoblación y trastornos climáticos, decide dar a sus conclusiones la forma de una novela. En los personajes que imagina —los antiguos habitantes de las torre— redescubre un mundo muy parecido al nuestro: ese mundo a cuya degradación estamos contribuyendo entre todos con una extraña mezcla de codicia e indiferencia.

En la novela dentro de la novela, el eco-fascismo llegará en forma de un virus de laboratorio de transmisión sexual, o simplemente por contacto, que permitirá librar al mundo de gran parte de la población “infra”, aquella que vive del subsidio del Estado y que lo están llevando a la bancarrota. Pero ¿cómo evitar que la epidemia de diseño alcance a la población “supra”?

Las Torres del olvido, es una obra maestra de la Ciencia Ficción ecológica que atrapará al lector desde la primera a la última página.



George Turner

Las torres del olvido

ePub r1.4
Titivillus 08.10.2017

Título original: *The sea and summer* George Turner, 1987

Traducción: Jordi Gubern

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



A John Foyster, por sus atinados consejos.

*Debemos planificar a cinco años vista,
a veinte años y a cien años.*

Sir Macfarlane Burnett

LA GENTE DEL OTOÑO
PRIMERA PARTE

El sol, alto aún en la tarde temprana, relumbraba sobre las aguas tranquilas. No soplabla brisa alguna; sólo la estela de la embarcación turbaba la placidez de la bahía. La carta de navegación del piloto mostraba en líneas de puntos, directamente debajo de donde estaba la quilla, el antiguo lecho de un río, pero ninguna corriente fluía por la superficie: el Yarra desembocaba ahora a cierta distancia hacia el norte, al pie de los Dandenongs, donde la Ciudad Nueva se resguardaba entre lomas y árboles.

El joven piloto había perdido su inicial temor reverente a la Ciudad Vieja y a la vasta extensión de ruinas sumergidas que había por debajo; este viaje ya era para él mera rutina. En el transcurso del año transportaba a centenares de historiadores, arqueólogos, submarinistas y simples turistas. Sus actuales sensaciones eran simplemente de placer porque el sol tuviera vigor suficiente como para que mereciese la pena quitarse la ropa y gozar de su caricia sobre la piel.

No eran frecuentes los días así, ni siquiera en pleno verano, y por otra parte el viento del sur provocaría escalofríos antes del anochecer. Goza mientras puedas, pensó; aférrate al instante. Si la idea se acercaba al hedonismo más de lo que era propio en un cristiano practicante, amén. Él creía más en el perdón de los pecados que en la posibilidad de su propia perfección.

Cuando aquella ciudad sumergida había alcanzado su índice máximo de población y desesperación, mil años antes, el sol brillaba a lo largo de las cuatro estaciones, pero aquellos tiempos pasaron y nunca volverían. El Largo Verano había terminado y el Largo Invierno (acaso cien mil años de invierno) lo sustituyó. El frío viento del sur al anochecer, cada anochecer, reafirmaba su presencia, y el piloto se alegraba de vivir precisamente entonces, no antes ni después.

No todos los muros ni todas las torres de la Ciudad Vieja yacían en el fondo de la bahía. La fusión del casquete glacial de la Antártida se había frenado ya cuando la atmósfera contaminada reequilibró sus elementos y se disipó el manto global de calor; la cota total de elevación del nivel del océano había sido previamente calculada, pero no se hizo con antelación suficiente para preservar del desastre a las ciudades costeras del planeta. Al norte y al nordeste de la posición de la lancha se encontraban las islas que antaño fueron los puntos más elevados de los barrios periféricos de Melbourne, ahora cubiertas de bosques y herbazales, reservas inagotables de historia.

Las otras ruinas, las otras reservas históricas, sumergidas en parte, eran agrupaciones de las gigantescas torres edificadas (con la ciega persistencia de quienes no podían creer en la inmediatez del desastre) en las zonas más bajas de la desparramada ciudad. Había diez Enclaves, cada uno de ellos formado por un grupo de torres casi idénticas cuyo diseño había variado muy poco en cuanto a la imprudente ligereza de su construcción. El Enclave al cual se aproximaba en aquellos momentos la lancha motora era uno de los mayores, un bosque de veinticuatro

gigantes regularmente espaciados en un área de unos cuatro kilómetros cuadrados situada frente a lo que en aquellos lejanos tiempos fuera la desembocadura del Yarra. Estaba señalado en la carta del piloto con el nombre de Newport Towers y con la indicación de Corrientes Erráticas, indicación común a todos los Enclaves. Aquellos vetustos muros, con sus flancos de más de cien metros, generaban flujos, reflujos y remolinos cada vez que cambiaba la marea.

Marin sabía que lo que se veía era sólo el armazón inferior de unos edificios que se habían alzado hasta el cielo. Su codiciosa altura no había soportado la erosión marina ni los ciclones desencadenados por la desestabilización de las condiciones climáticas. Ninguno se había conservado entero; la mayoría eran meros muñones de su antigua grandeza, astilladas raíces de dientes rotos. Resultaba difícil imaginarlos en su repelente apogeo: veinticuatro conejeras humanas, de cincuenta a setenta pisos de altura cada una, donde rebullía como caterva de gusanos la humanidad de la Cultura de Invernadero.

Él vivía en un mundo donde la arquitectura se sometía a la preocupación por el entorno, donde las escaleras eran consideradas inconvenientes y las viviendas de dos plantas constituían una rareza. Si razones funcionales exigían ocasionalmente una altura excesiva en determinados edificios industriales, éstos se hallaban limitados por restricciones de diseño y ubicación. (Se estimaba que en la Antigua América algunas estructuras se aproximaron al kilómetro de altura, y no cesaban todavía los debates a propósito de las presiones que produjo semejante extravagancia).

A Marin, los Enclaves, como tales, le aburrían; parecía haber en su silencio de catacumba poco más que descubrir, pese a que se decía que los pasajeros de hoy los consideraban merecedores de una vida entera de estudio. Y si no todos los pasajeros, sí una en particular.

Por encima del hombro preguntó:

—¿Torre Veintitrés, doctora? ¿Cómo siempre?

—Como siempre —asintió ella.

La motora era grande, y los dos pasajeros situados a popa estaban lo bastante apartados como para dialogar normalmente sin que él los oyera, pero Marin poseía la habitual sensibilidad de los humanos para percibir que se hablaba de ellos y notar la leve alteración del timbre en los susurros de la conversación.

El hombre preguntó:

—¿Siempre usa las mismas formalidades? Será ya la décima vez.

—Siempre. —La historiadora sonreía divertida—. Los cristianos son gente puntillosa, siempre educados pero conscientes de su santidad; no declaradamente separados, pero tampoco integrados del todo en el rebaño común.

—¡Insultante!

—No, sólo defensivo. Se consideran a sí mismos una minoría en rápida regresión, mientras que las filosofías contemplativas orientales ganan terreno. Y no faltan ciertamente los imbéciles que se mofen de ellos.

—¿Y te extraña? Quienquiera que crea que puede trazar una línea divisoria entre el bien y el mal, en el mejor de los casos se equivoca, y en el peor está loco. Los cristianos, según yo los veo, quieren salvar a la humanidad del pecado sin antes haber comprendido ni qué es el pecado ni qué es la humanidad.

Ella le dedicó su peculiar sonrisa.

—¿Eso es algo que crees, o se trata del borrador de un epigrama para la obra que escribes?

Debido a que ella había acertado a tocar uno de sus puntos débiles, el actor-comediógrafo se contentó con un enigmático encogimiento de hombros. La mujer tenía una puntería certera cuando se trataba de pequeñas vanidades, y en las veinticuatro horas que hacía que se conocían se lo había hecho notar sobradamente. Por ejemplo, la cuestión de su pretendida ascendencia vikinga, fundada únicamente en su nombre, Andra Andrasson, a pesar de que una vigorosa vena aborígen le marcaba con un inconfundible color de piel. La oscuridad de su piel le obligaba a usar un copioso maquillaje de hombre blanco en la mayoría de papeles que representaba, y en consecuencia era frecuente que el público no le reconociera por la calle. «¿A quién le gusta que le asedien los admiradores?». Había preguntado; y casi pudo oír la respuesta que ella no llegó a articular: *A ti te encantaría*. Porque le habría encantado, en efecto.

Era una forma de establecer la relación profesora-alumno, sin duda. Y mejor era esto que el interés predador hacia un joven bien parecido (treinta, ejem, y cinco era una edad bastante joven); en las fiestas de las noches de estreno Andra había acumulado un saludable temor a las mujeres liberadas y maduras. Ésta, en cualquier caso, era totalmente pedagógica y locuazmente desinteresada, cuando no solícitamente informativa.

Lenna Wilson, de hecho, no se sentía desinteresada del todo, sino simplemente vacía de estímulos; o dicho con más precisión, un poco decepcionada. Se había animado convenientemente cuando una de las más destacadas personalidades de la escena contemporánea requirió su asesoramiento, y su buena presencia y su natural apostura la excitaron no poco. Luego, ya en su primera excursión, él había aprovechado la ocasión para tomar el sol, y el proceso de desmagnetización comenzó de inmediato. Desnudo, él era curiosamente informe (ella le describió en su fuero interno como *tubular*); daba la impresión de que sus formas fueran creación de su sastre, y al moverse mostraba escasa gracia. Sin embargo, en el escenario podía hipnotizar con un gesto, adquirir majestad, hundirse en la payasada o convertirse instantáneamente en un anónimo hombre de la calle.

Bien, cada cual tenía talento para cosas distintas, y ella lo tenía para la historia. Era tan respetada en su posición como Andra Andrasson en la suya (aunque aproximadamente diez mil veces menos conocida), y él había confirmado su conocimiento del hecho por las influencias que movilizó hasta obtener su asentimiento a la propuesta de asesorarle durante una única y muy ocupada semana.

Ella dijo:

—No esperes mucho de esto. Es fácil desalentarse a la primera ojeada.

—Yo espero horrorizarme.

—¿De unas habitaciones vacías?

—De unos fantasmas.

—Para ello necesitarías un conjuro.

Él enderezó la espalda y habló en tono más alto:

—Los conjuros son parte de mi oficio. Antes de escribir una obra de teatro tengo que invocar unas cuantas visiones.

El piloto miró por encima del hombro, como esperando captar un gran gesto teatral del cual sonreírse, pero vio únicamente la tranquila faz de un hombre que se tomaba en serio su trabajo y elegía expresarse en metáforas.

Andra le dedicó una mueca y añadió para él:

—Entre tanta ruina, algunos fantasmas deben quedar en espera de que alguien los llame.

—Fantasmas sucios y malolientes; hacinados, obscenos y violentos. —Su activo cristianismo espoleaba al muchacho más allá de lo prudente—. Era gente perversa.

—A pesar de todo —intervino Lenna—, fueron la materia de que está hecha la historia.

Marin, competente en su trabajo, era también un joven culturalmente ambicioso; sus formalismos en el trato con Lenna no indicaban respeto, sino sólo distanciamiento. Con el aplomo de los ignorantes, insistió:

—Fueron perversos. Ellos y todos los que se les parecían arruinaron el mundo para quienes vinieron después. Repudiaron la historia, doctora.

—Quizá sí —replicó ella apaciblemente—, pero si la historia debe registrar la ascensión del hombre, también ha de recoger las etapas de su caída.

Oh, amigo mío, ahora iremos a parar al Jardín del Edén.

Pero el piloto no era estúpido y se percató de que había extremado el dogmatismo. Esbozó una sonrisa.

—Dentro de unos minutos, artista, podrá usted mismo interrogar a los fantasmas.

No era gran cosa como broma, pero sirvió para poner fin a la discusión. El muchacho giró con ímpetu la rueda del timón y la embarcación viró suavemente frente a dos monstruos de acero y cemento melancólicamente derrumbados. Los restos de muros rotos que sobresalían del agua un par de desolados pisos estaban ennegrecidos por siglos de mugre, horadados por la fricción y por un millar de agentes corrosivos; en ellos bostezaban unas cuantas ventanas sin vidrios ni armazón.

—Veintitrés —anunció Marin, deslizándoles hacia la sombra de la torre que se erguía como un centinela en el ángulo noroeste del Enclave.

El edificio, según juzgó Andra, tenía unos cien metros cuadrados, y en aquel lugar el agua (echó una mirada al cuadro de indicadores del piloto) alcanzaba una profundidad ligeramente superior a los treinta metros, de manera que lo que quedaba,

con únicamente tres pisos más o menos completos por encima del nivel del mar, era un pobre fragmento de la que un día fue colosal estructura. Cada piso estaba completamente rodeado por una galería estrecha, hoy desmantelada, y de una de las galerías colgaba una especie de pasarela que descendía hasta una plataforma flotante. Marin condujo hasta ésta la embarcación y la amarró en paralelo.

—Mejor que se abrigue, artista —sugirió, enfundándose él mismo en un mono de trabajo—. Dentro hace mucho más frío.

—Gracias.

Andra se puso camisa y pantalones, mientras que Lenna, completamente vestida porque consideraba los baños de sol una ocupación aburrida e improductiva, saltó de inmediato a la plataforma, que se balanceó al recibir su peso.

—Esto no soportaría ni una tormenta ligera —observó Andra.

—El Departamento de Historia ha destinado un vigilante a cada Enclave. Se ocupa de los flotadores de acceso cuando es necesario.

—Después de tanto tiempo, ¿todavía estudiáis estas ruinas?

—No terminamos nunca. Los submarinistas descubren cosas nuevas y raras, las innovaciones en las técnicas de investigación exigen el escrutinio constante de los restos, y si se llega a interpretaciones inéditas es preciso revisar a fondo los edificios. Permanentemente.

Él estaba impresionado.

—Me han dicho que los trabajos que ahora tenéis en curso descartan conclusiones anteriores.

Súbitamente situada en su papel de profesora, ella le corrigió:

—Intentan modificar algunas conclusiones anteriores sobre las relaciones sociales en la Cultura de Invernadero. Pensamos que la separación entre supra e infra fue menos completa de lo que se había supuesto.

—Eso parece el género de información que necesito.

—¿Para escribir tu obra?

—Para interrelacionar los personajes. Habría sido difícil presentar dos estratos totalmente separados.

Con su metódico espíritu docente, ella dijo:

—Comentaremos eso más tarde. —Y al iniciar el ascenso por la pasarela, recuperó su entusiasmo de exploradora—: Vamos adentro. Es absolutamente fascinante.

No era ésta la palabra que él habría elegido para calificar el hormigón desnudo del diminuto apartamento en que entraron por la ventana de la galería. Las habitaciones vacías siempre parecen pequeñas, constreñidas, pero para Andra aquéllas eran claustrofóbicas. Había tres, cada una de aproximadamente tres metros por dos y medio, comunicadas una con otra, más dos cuartitos de la mitad del tamaño en un extremo. Pensó que derribando algunos tabiques aquello podía convertirse en un cobijo para pasar la noche, pero nunca en un lugar donde vivir. Preguntó al azar:

—¿Un pisito para dos personas?

A su espalda, Marin rió sin alegría. Lenna dijo:

—Estaba destinado a una familia de cuatro, pero jamás había espacio suficiente y pronto no hubo tampoco dinero para edificar. Lo corriente eran siete u ocho personas, a veces más.

—¿Aquí? ¡Vivirían como animales!

Las palabras le habían salido abruptamente.

—Los animales sí tenían más espacio, porque eran preciosos. Piensa en esto: la torre completa tenía setenta plantas y estimamos que vivían en ella 70.000 personas.

Él inspeccionó dubitativo el cajón que era una de las habitaciones. Lenna añadió entonces:

—Si restamos el espacio que ocupan los patios de luces, los huecos de los ascensores y las escaleras, quedan menos de cuatro metros cuadrados de espacio vital para cada individuo y sus muebles y enseres.

Andra se resistía a creerlo. Trató de imaginar ocho camas, con sillas, mesas, armarios, anaqueles... La cabina de un avión era más holgada.

—¡Qué pobreza!

Marin habló como quien no ve motivo para sorprenderse:

—En el curso de la historia, la pobreza ha sido el sino del hombre común.

Lenna le miró con ligera curiosidad.

—Cierto, tendemos a olvidar eso. Contemplamos los monumentos y no pensamos en los millones que pasaron hambre para levantarlos.

Andra se estremeció, aunque no de frío.

—Por lo menos eso lo hemos eliminado del mundo.

—El dato estadístico interesante —dijo secamente Lenna— es el número de milenios que nos costó aprender a hacerlo, pese a que siempre fue fácil y siempre lo supimos.

Les precedió, desde el apartamento, por un pasillo oscuro que discurría a todo lo largo del edificio. La única luz que llegaba hasta él procedía de dos ventanas, una en cada extremo, con excepción del tramo donde ellos se encontraban: allí había sido instalada una lámpara alimentada por una batería, que iluminaba una extensión de unos treinta metros. A la luz de esta lámpara Andra vio que las resquebrajadas, rotas y escamosas paredes habían sido pintadas en una u otra época: débiles trazos y sugerencias de color, más débiles aún, se percibían en cada centímetro de la superficie.

Titubeando, escrutando las muestras, Andra preguntó:

—¿Murales?

Lenna dijo:

—De cierta clase.

Y Marin:

—Ya verá.

Ella se adelantó en dirección a la ventana del extremo occidental.

—Examinándolas con rayos equis asistidos por computadora hemos logrado restaurar una sección de la decoración de las paredes. Trae la lámpara, Marin, por favor.

El joven trasladó la lámpara hasta la última puerta del pasillo, donde dio brillo a una docena de metros de colorido y confusión.

—Usaban pinturas, carbón, lechada de cal, aerosoles de laca y cualquier cosa capaz de adherirse al tabique, y después trazaban sus dibujos unos sobre otros. Aburrimiento creativo.

Era así, ciertamente. Andra no consiguió reconocer nada por entero, sólo percibió indicios de figuras que emergían de un caos de formas y trazos y manchas y desmembrados fragmentos de letras. Estudió éstas, tratando de extraer alguna palabra, pero fue en vano.

—El idioma ha cambiado —le recordó Lenna.

Él replicó con irritación.

—Estudié inglés medio tardío para leer los originales de Shakespeare, y aquí no reconozco nada.

—La pobreza, Andra. La educación fue uno de los lujos que hubo que descartar. La inmensa mayoría de los últimos infra no sabían leer ni escribir. Los que sabían apenas entendían el significado.

El motivo más generalizado en los *graffiti* del mundo entero aparecía una y otra vez con flagrante crudeza y absoluta falta de destreza artística; pero el mejor ejemplo, dibujado encima de todo lo demás, y en este caso con fidelidad prístina, adornaba la puerta del apartamento del rincón. En un blanco brillante e impertinente, un enorme pene cubría casi toda la altura de la puerta, equilibrado por un par de testículos gargantuescos.

—Extrañamente —dijo Lenna—, sabemos que esto fue una broma infantil. Los retazos de información que nos llegan son a veces asombrosos. Conocemos bastantes cosas del hombre que vivía aquí.

—Que era lo bastante fanfarrón como para tener decorada así su puerta, por ejemplo.

—No sabemos lo que opinaría del adorno. Éste es uno de los problemas de la reconstrucción histórica: sabemos qué y usualmente por qué, pero muy raramente cómo pensaba la gente respecto a lo que fuera.

—Testimonios escritos —protestó él.

—No contienen pensamientos, sino más bien reflexiones, ideas posteriores, y generalmente se nota. —Lenna empujó la puerta para abrirla—. Hemos tratado de reconstruir este apartamento a partir de fragmentos de información recogidos en una docena de grabaciones y archivos, pero seguimos sin saber lo más importante de la familia Kovacs: cómo pensaban sus componentes en cada momento. Sólo podemos extrapolar, es decir, establecer hipótesis.

Invitó a Andra a que entrase, y la inmediata reacción de éste fue la idea de que nadie en aquel entorno podía pensar absolutamente nada. En la primera pieza había dos camas individuales y entre ambas una mecedora fabricada toscamente; a un lado, entre los pies de una cama y la pared, se encontraba una mesita que podía desplegarse hasta una anchura de un par de metros y, apoyados detrás de ella, cuatro asientos plegados, planos. El suelo estaba cubierto por un material lustroso, adornado con diseños, que Andra se agachó para tocar.

—¿Qué es?

—Lo llamaban linóleo plástico. Hemos tenido que fabricar un sustituto; se desgasta rápidamente.

Detrás de él, junto a la puerta, una pantalla gris de metro y medio llenaba todo el espacio disponible; debajo había una serie de botones y terminales rotulados con abreviaturas que no pudo descifrar.

—¿Televisión?

—Ellos lo llamaban un triv: era un centro de comunicaciones de uso general. No habían desarrollado la proyección por red de cristales. Ésa es una de las pocas cosas que nosotros hacemos mejor que ellos.

Marin saltó con viveza:

—Nosotros lo usamos todo mejor que ellos; nosotros vivimos mejor y pensamos mejor.

Andra habló sin volverse a mirarle:

—Sé buen chico y deja que tu bilis descanse un poco.

Pasó a la habitación siguiente. Allí había dos literas dobles con una silla en medio y sendas taquillas en los extremos. En las paredes bailaban ilustraciones de tebeos y dibujos animados: gatos, perros y ratones antropomórficos, y un oso grande, barrigudo, inefablemente bonachón.

—¿El cuarto de los niños?

—Seguramente. En este apartamento vivían once personas, la mayoría de ellas niños. Se supone que dormían aquí, dos en cada cama.

Se echaba de menos algo esencial.

—¿Dónde guardaban la ropa?

—La primera réplica a eso sería: ¿qué ropa? Tenían poco más que lo imprescindible. Probablemente, por la noche, doblaban sus prendas de vestir y las utilizaban como almohadas.

Él se estremeció de nuevo, incapaz de dominar la piedad y un irracional y humillante pudor. Al propio tiempo, su mente creativa estaba ya concibiendo una escenografía: un apartamento en toda su anchura, con alguna sección del siguiente y, en el extremo contrario, la galería exterior; tabiques movibles y plegables; todo ello rotatorio, con la pared del edificio en el reverso y un efecto óptico por red de cristales para dar profundidad y perspectiva; todo ello palpitante de vida, de una vida intranquila, miserable, desesperada... con un estimulante olfativo para dar el toque

discreto de sudor animal en los momentos de atropellada actividad...

La tercera habitación era comparativamente lujosa: una cama doble, una silla, un pequeño aparador, una mesa y, sorprendentemente, una estantería con libros.

—Ésta era la única concesión que se permitían: un cuarto privado donde refugiarse.

—¿Quién?

—Kovacs. Billy Kovacs. Era el Jefe de Torre, un hombre de gran autoridad, temido y amado.

Andra fue a examinar los libros.

—Enciclopedias, diccionarios, un atlas, manuales de enseñanza primaria. ¿Para educar a sus hijos?

—Para educarse a sí mismo. Era un hombre culto, a su manera; en otros tiempos más antiguos pudo haber sido un personaje del Renacimiento. —Andra tendió la mano para tomar un viejo y grueso volumen—. No, déjalo. Todos son maquetas. Sus libros auténticos se convirtieron en polvo quién sabe cuándo; ya eran antiguos, ya estaban anticuados en su época.

Su activo mecanismo interno de acotación le previno: «Bien, ahí tienes un personaje que tú podrías interpretar: un visionario visceral, alto, duro... no, evasivo, ligeramente cargado de espaldas, con ojos ávidos... no, procura no ser tan obvio, déjalo para más tarde...».

Los dos cuartitos del fondo eran respectivamente una pequeña cocina y una instalación de ducha con un retrete.

—No hay lavadero —comentó, antes de percatarse de que decía una estupidez.

Lenna hizo con las manos acción de restregar.

—El fregadero de la cocina. Jabón tosco y trabajo manual.

—Ya tengo suficiente. Querría salir. Volveré a echar una mirada dentro de dos o tres días.

Marin dijo:

—Trate de imaginar el olor de once cuerpos mugrientos, de la comida que se está cociendo y del desagüe del retrete embozado. El ruido de los niños que chillan y de los adultos que vociferan con los nervios de punta.

Andra abandonó el lugar sin detenerse y regresó directamente a la lancha motora. En la densidad de la visión que su creatividad había conjurado, él mismo se sentía bañado en sudor maloliente, empujado por oscuras necesidades, y, además, culpable ante los 70.000 fantasmas de la Torre Veintitrés.



La universidad fue construida mil metros más arriba, en las laderas más avanzadas de los Dandenongs, con las fachadas orientadas al sur mirando hacia las estribaciones por donde la Ciudad Nueva extendía su confortable pulcritud hacia las islas que habían sido las afueras de la Ciudad Vieja y, más allá, hacia las aguas que eran su tumba. La universidad, disimulados sus bajos edificios por los árboles, era casi invisible de día, pero ahora, con el sol descendiendo en el horizonte occidental, sus rayos buscaban los cristales de las ventanas y se la descubría por los brillantes reflejos que aparecían entre las hojas verdes.

En el apartamento de Lenna, situado en el límite meridional del campus, Andra bebía café de importación (Highland mutado procedente de Nueva Guinea, de elevado consumo) y dejaba vagar la mirada por las islas y la bahía. Después de la calma de la tarde, ésta aparecía visiblemente agitada, incluso a aquella distancia de veinte kilómetros, gris, veteada y amenazadora; más cerca, frente a la ventana panorámica, las ramas se doblaban y los arbustos se abatían bajo el azote del viento meridional de una galerna que, al morir el día, hundía el sol en el océano antes de aplacarse en la silenciosa noche.

—¿Es normal? ¿Ocurre siempre?

Lenna, cuarentona, perezosa y rechoncha, se complacía en tomar su café reclinada en un diván.

—Casi siempre. En invierno, ahora, las galernas duran más y son más frías.

—¿Una tendencia?

—Posiblemente. Los meteorólogos no quieren comprometerse. Puede ser un ciclo climático de menor importancia, limitado, pero hará falta una década de mediciones y observaciones para que estén seguros.

—He visto unos animales nadando en la bahía cuando regresábamos. Marin ha dicho que eran focas.

Ella sonrió ante su falta de decisión para hacer la pregunta obvia.

—Sí. Vienen cada vez más al norte, con las corrientes polares que se acercan a la costa.

—He leído... —titubeó él, con la inseguridad del lego ante una mente educada con mayor precisión—, he leído que la Edad del Hielo podría caer sobre nosotros rápidamente.

—En términos históricos eso es cierto, pero para un historiador rápidamente puede significar un par de siglos. —Andra se mostró ridículamente aliviado, pensó ella, como si hubiera sospechado que el hielo le atraparía antes de la hora de acostarse—. Probablemente habrá una sucesión de cortos períodos fríos, muy súbitos y muy fríos, que durarán aproximadamente una década cada uno, antes de que termine la etapa interglaciar y el hielo se afiance. Las posibilidades de que tú alcances a verlo son escasas.

—Ni me interesa. Me gusta el mundo tal como es.

Pero la visita a las grandes torres le había afectado profundamente, y más aún el sentimiento del inmenso pasado que yacía treinta o cuarenta metros por debajo de la quilla de la lancha, encarado en su creativa imaginación con la vastedad de los cambios que habían metamorfoseado un planeta tan estúpidamente como las erupciones cósmicas destruían y creaban estrellas.

Lenna dijo:

—Sabemos que este período interglaciar se acaba. El Invernadero derritió los polos y los glaciares, que no se restablecerán de la noche a la mañana, pero las condiciones que finalmente los recrearán habrán helado los huesos del planeta mucho antes.

—Y la humanidad que acaba de salir penosamente de una segunda Edad Media volverá a encontrarse con la espalda contra la pared.

—No dramatices la historia. Estamos muy bien equipados para soportar un millón de años de frío. Nuestros antepasados aguantaron una Edad del Hielo refugiados en cuevas y cubiertos con pieles de animales, cazando con venablos de punta de pedernal. Me sorprendería que nosotros no saliéramos razonablemente bien parados con la tecnología del aislamiento y la energía nuclear. Por otra parte, la zona ecuatorial es casi seguro que se mantendrá templada y libre de hielos. Una Edad del Hielo no es una gran tragedia; de hecho, es el estado normal del planeta. Tenemos los conocimientos adecuados y los Centros de Planificación del Futuro. Haremos que el cambio sea suave.

Fuera, el sol se había puesto y el viento amainaba perceptiblemente. El cielo se oscureció. En los contrafuertes, el alumbrado público trazó súbitamente la pauta de las calles.

Andra hizo un gesto dramático, breve y ensayado, en dirección a las torres de los Enclaves que se perdían en la oscuridad.

—Tal como yo lo entiendo, y si he seguido correctamente la línea histórica, ellos sabían lo que iba a ocurrir tan bien como nosotros sabemos lo que nos espera. Sin embargo, no hicieron nada para evitarlo.

—Desembocaron en la destrucción porque no podían hacer nada para evitarla. Habían iniciado una secuencia que debía seguir su curso desequilibrando el clima. Además, estaban atrapados en una telaraña de sistemas entrecruzados, finanzas, gobierno democrático, lo que llamaban alta tecnología, estrategias defensivas, política de amenazas, mantenimiento de un estado crítico constante que les precipitaba de crisis en crisis a medida que cada problema resuelto se convertía en nido de nuevos problemas. Existe un cuento infantil sobre un niño que taponó con el dedo un escape en un dique, creo que todavía lo cuentan en los jardines de infancia. Bien, en los siglos veinte y veintiuno, el planeta entero estaba taponando con los dedos los diques que la propia gente había construido hasta que el mar inundó su embrollado *statu quo*. Literalmente. —Señaló con un ademán—. Está todo ahí si

quieres leerlo.

Andra dejó su taza de café y se aproximó a la mesa baja (ébano macizo, observó con envidia de coleccionista) sobre la cual se encontraban once grandes y gruesas carpetas tituladas: *Estudio preliminar de los factores que influyeron en el colapso de la Cultura de Invernadero en Australia*.

¡Preliminar! Había allí por lo menos 5000 páginas, un millón de palabras. ¿Quién podía extraer datos escénicos de semejante río? Según los términos de su permiso de investigación disponía sólo de una semana... Calculando cómo iba a exponerlo esto a Lenna sin ofenderla, preguntó para ganar tiempo:

—¿Era la situación de Australia distinta de la de otros continentes?

—Posiblemente era mejor en muchos aspectos. Elegí Australia como muestra de laboratorio porque yo estaba aquí y porque abarcar todo el mundo en un análisis comparativo me habría ocupado la vida entera. Otros contrastarán mis trabajos con las observaciones que se hayan efectuado en distintos lugares.

Andra dijo tímidamente, ejerciendo a conciencia su capacidad de seducción para disimular su cautela ante el orgullo profesoral:

—Pues mucho temo que leer todo eso ocuparía por entero mi semana de investigación.

Quizá cansada de su indolente posición, Lenna hizo un esfuerzo por levantarse conteniendo la risa.

—Cielos, hombre, ni se me ha ocurrido que lo leas. Es un trabajo de especialista; necesitarías una base general histórica y técnica para sacar de esto algún provecho. —Escogió una carpeta determinada—. Aquí he marcado unos pasajes que pueden serte útiles, pero no tiene objeto que ataques la obra entera.

Agradecido, él escudriñó el subtítulo, de por sí prohibitivo: *El Estado en equilibrio bajo la dicotomía Supra/Infra*; pero por lo menos sabía qué significaban las palabras.

—¿Empiezo esta noche?

Ella volvió a tomar de sus manos la carpeta.

—Quizá más adelante. Hay otra cosa que preferiría que leyeras primero. —Se mordió el labio, como si le faltaran palabras, como si sus posiciones se hubieran invertido misteriosamente y fuera ella quien titubease ante la especialización y la experiencia profesional de él—. Es una exposición... menos formal.

¡Dios de la sensatez! Habrá escrito una maldita obra teatral y quiere que yo la lea. Años de atroces engendros de autores aficionados desfilaron por su memoria. Pero ¿cómo podría negárselo a su concienzuda asesora?

—En realidad —añadió ella—, es una especie de novela.

Mejor, mucho mejor. Así no tendría que explicarle que su amada obra era irrepresentable y de imposible arreglo. (Además de que se proponía escribir la obra teatral él mismo).

Ella prosiguió, todavía cohibida:

—La cuestión es que me gustaría tener una audiencia popular. No he dedicado doce años de mi vida a esto para verlo enterrado en un archivo en espera de que algún estudiante lo desempolva en busca de datos para una posible tesis. Quiero rectificar el concepto que tiene el público de cómo eran nuestros antepasados. Lo único que se conoce son estampas folklóricas, hipótesis y estúpidas farsas baratas que no aciertan ni en el vestuario.

Él estaba de acuerdo en esto. Había representado algunas de aquellas farsas antes de convertirse en el Andra Andrasson que podía elegir y seleccionar sus papeles, exigir la reposición de Shakespeare y conseguirla... y hacerla rentable.

Con automático entusiasmo, dijo:

—¡Exacto, así es! Me gustaría leerla. —No importaba lo mala que fuese con tal que de ella pudieran extraerse detalles precisos y exactos—. Has dicho que es una especie de novela.

—Me refiero a que no es enteramente una obra de ficción, sino el resultado de determinadas investigaciones. Todos los personajes vivieron y hay información sobre ellos en grabaciones y bancos de datos. Existen descripciones, incluso fotos y fichas policiales que proporcionan detalles.

Un relato verídico. El «beso de la muerte» del artista. El terror de los lectores y asesores editoriales. Ella dijo:

—El apartamento que hoy hemos visto... —se interrumpió, vacilante, y lo intentó otra vez—: He escrito sobre el Jefe de Torre, Billy Kovacs.

—¿De veras?

La vehemencia de él casi la sobresaltó. No sospechaba la marejada de imágenes latentes en su fantasía, a la espera del nombre que las liberase.

El personaje del Renacimiento criado en el lumpen.

Amado y temido. Gobernante de una nación emparedada de 70.000 fantasmas dolientes, desde un cuchitril abarrotado en el seno de un hormiguero.

Instruyéndose a sí mismo con viejos libros mientras los críos chillaban y retozaban entre sus pies.

Luchando por... ¿Por qué? ¿Por un poco de decencia y orden mientras subían las aguas del océano?

Un símbolo.

—¿Dónde está ese texto? —Lenna se encontraba de pronto ante un hombre consumido por la necesidad—. ¡Dámelo!

De nuevo en su habitación, sus preparativos se redujeron a quitarse los zapatos y amontonar almohadones en la cama para leer con comodidad. Una voccecita en el fondo de su conciencia le acusaba de haberse comportado con excesiva altanería, descortés y precipitado al escapar con su presa; pero seguramente la mujer comprendía lo que era la devoción a una idea. ¿No había dedicado doce años a la suya? En cualquier caso, le decía otra voz más apremiante, tenía el texto y podía dedicarse después a curar sentimientos heridos.

El texto estaba en un cartucho de grabación no mayor que la palma de su mano, lo cual significaba presumiblemente que era ya la versión definitiva; sin duda había llegado justo a tiempo de interceptarlo. Deslizó el cartucho en la abertura correspondiente, debajo de la pantalla, tomó el control remoto, se instaló en la cama y puso en funcionamiento el selector. La pantalla se ennegreció y aparecieron en amarillo mate las primeras letras:

El Mar y Verano
Una Reconstrucción Histórica
por Lenna Williams

Ningún alarde de títulos académicos. Quitó la página inicial y la lista de Agradecimientos, pasó rápidamente el Contenido (principalmente nombres propios escasamente informativos), situó en la pantalla la primera página de texto y amplió la imagen hasta que pudo leerla fácilmente a cinco metros.

Era un lector reflexivo, más que rápido; un visualizador que podía pasar un día entero ante el texto de una obra teatral, creando cada escena y cada situación conforme el diálogo ponía en acción a los maniqués del autor. Una novela era, para él, una obra de teatro con indicaciones más explícitas para la puesta en escena.

El primer capítulo, breve, cumplía la función de crear una atmósfera; bastante bueno como introducción, porque arrullaba al lector para agudizar su receptividad específica. Bajo forma dramática desaparecería totalmente, sustituido por música, iluminación y estímulos subliminales.

El segundo capítulo entraba inteligentemente en materia. Reconoció el uso de una técnica basada en la pantalla, selectiva más que consecutiva. Parecía estar presentado con mucha sencillez...

... hasta que sin previo aviso un párrafo introdujo una actitud mental, ni anunciada ni explicada, que desbarató su comprensión inmediata. Meditó sobre ello. *Carece de sentido decir que no tenemos diferencias sociales, porque sí las tenemos, aunque tienden a ser laterales más que verticales, una separación entre iguales. Esta división entre Supra e Infra es difícil de admitir, demasiado drástica, demasiado artificial, pero parece determinante en la Cultura de Invernadero.* Creyó verlo más claro cuando apareció la mención de la Periferia, una transición entre señores y siervos. La Periferia no figuraba en el folklore al uso, que se concentraba en las brutalidades de la división. El público, reconoció con amargura, quería que le simplificaran las sutilezas; quería comprender sin necesidad de pensar.

Abandonó la cama y fue en busca de las plumas y el bloc que suponía le habrían suministrado; los encontró en un escritorio que se desplegaba de la pared, regresó a la cama y tomó nota: *¿Cómo se produjo esta división? ¿Por qué no hubo una revolución?*

Leyó lentamente durante dos horas, llenando varias hojas de bloc con preguntas

para Lenna. A aquella velocidad de caracol tardaría dos días en ingerir la novela, cuya extensión era simplemente normal, parándose, reanudando la lectura y después visualizando con enorme detalle.

Cuando su concentración empezaba a fallar, desconectó el aparato. La visualización era el gran obstáculo. Debía estudiar fotos de archivo de las casas de la Periferia, suponiendo que las hubiera, obtener detalles fidedignos sobre formas de vestir, y explorar de nuevo y de cerca aquellas decrepitas torres; quizá tendría que bucear hasta el nivel de las calles. Sólo con un buen acopio de información lograría que Kovacs se moviese en medio de la agobiante mugre y la violencia latente de su época.

EL MAR Y VERANO
PRIMERA PARTE

1
ALISON CONWAY
Año 2061

Cuando yo era niña y asistía al jardín de infancia teníamos las glorias anuales del mar y el verano. Nosotros, los rapaces (a aquella edad éramos todos rapaces con sonrisas angelicales que ocultaban propósitos demoníacos), chapoteábamos en la playa de Elwood mientras el sol clavaba brillantes astillas en la bahía verdiazul.

¡Verano! Época paradisíaca de bebidas frías y ensaladas multicolores, poca ropa y juegos bajo el chorro de la manguera del jardín, días a la orilla del mar con quemaduras del sol y medusas, arena y algas y voluptuosas olitas del agua acariciante. ¡Jugar sin parar!

Pero cada año llegaba un final llamado invierno con nubes pesadas como el plomo y tempestades en la bahía, camisetas de lana y mañanas frías, lluvia en los cristales de la ventana y el miedo de que el verano pudiese no volver.

El verano volvía siempre. Era el invierno el que desaparecía imperceptiblemente de la ronda de las estaciones del planeta, mientras que el mágico verano se hacía lluvioso y amenazador y tropicalmente húmedo. Hubo inviernos suaves, después inviernos cálidos, después inviernos cortos que se diluyeron en otoños prolongados ya sin ningún invierno auténtico. El aguanieve, el granizo y la escarcha se convirtieron en recuerdos «de antes» y su ocasional y alarmante presencia nos perturbaba, amenazando el nuevo orden de verano perpetuo, vacaciones perpetuas.

En nuestros jardines se produjeron gratos cambios cuando las falsedades del clima engañaron a las plantas y algunas adquirieron extraordinario tamaño. Rosas como girasoles, dientes de león de medio metro, ¡pensamientos como platos de terciopelo! *Es el exceso de CO₂*, explicaba el sabelotodo de la vecindad; *alimenta unas plantas, pero mata otras*. ¿Qué otras? No veíamos ninguna otra: habían muerto y desaparecido. Se contaba también que el CO₂ era una calamidad para la agricultura, que la franja del cultivo del trigo se desplazaba hacia el sur y se constreñía a la costa, y que los antiguos campos eran ya una cuenca polvorienta, con lo cual pueblos enteros se veían forzados a emigrar y dejar atrás ciudades fantasmas que susurraban en un paisaje vacío.

¿No sabían ellos lo que iba a ocurrir? Oh, sí, «ellos» lo sabían; ya en la década de

1980 se les advirtió, pero «ellos» estaban muy ocupados. «Ellos» tenían la amenaza nuclear y la superpoblación mundial y el problema mundial del hambre y los brotes de terrorismo y las huelgas y la corrupción de las altas esferas estrechándole la mano al crimen de las capas bajas, y el interminable trajín de, simplemente, tratar de conservar el poder; cuestiones todas que debían ser atendidas urgentemente. Y que sin embargo tampoco fueron atendidas: «ellos» lo intentaron, pero los conflictos eran demasiado grandes, estaban demasiado bien cohesionados para ser tratados, fuera por la razón o por la fuerza; y los conflictos que iban a emerger en la década siguiente tenían que ser dejados a un lado hasta que hubiera tiempo, hasta que se pudieran efectuar los estudios correspondientes y los problemas se contemplasen en el contexto adecuado y se encontrase la apropiada financiación...

Súbitamente, la década siguiente llegó con la urgencia de nuevos desastres y sin el menor síntoma de que se remediaron los viejos. No se podía culpar de todo al CO₂, pero sin duda contribuyó al nivel de saturación. Contribuyó a hundirnos en la desdicha y la necesidad.

Qué maravilloso sería ahora despertar una mañana con la temperatura rozando el cero y un viento invernal anunciando el retorno del viejo mundo... En lugar de ello tenemos el mar y el verano. El mar cubre las playas del mundo entero; las ciudades costeras van a morir ahogadas. Día tras día el agua asciende por las calles desde riberas y ríos; nuestro viejo y plácido Yarra hace tiempo que rebasó sus márgenes a causa de las crecientes mareas. Las carreteras de la costa ya no existen y los pisos inferiores de las casas son inhabitables.

La mujer madura tiene lo que de niña deseaba: el mar y un verano eterno.

2

FRANCIS CONWAY

Años 2041-2044

I

El año 2041, la población del planeta rebasó el hito de los diez mil millones. Mi vida ha estado marcada por las interrelaciones y progresiones de números, y si aquella cifra se me quedó grabada fue porque se había alcanzado una década antes de lo que las previsiones hacían esperar y porque infundió el temor suficiente para que mis padres comentaran el cómo y el porqué, y probablemente para que lo comentaran países enteros, angustiosamente conscientes de que su mundo terminaría con ellos. Pero el cómo y el porqué estaban más allá de mi comprensión, y por otra parte eran ajenos a las preocupaciones de un niño de seis años.

Teddy, que tenía tres años más, fingía entenderlo, pero Teddy siempre fingía entenderlo todo y yo no le creía. Dado el curso que tomaron las cosas debí haber prestado mayor atención a su jactancia.

Aparte mi sexto cumpleaños (los cumpleaños eran entonces acontecimientos importantes) y mi primera visión del mar (que en cierto modo no fue un acontecimiento), el recuerdo más destacado de aquel año es la vergüenza que pasé en la escuela cuando el talento particular que me diferenciaba de los otros niños fue puesto en ridículo y se demostró que no servía para nada, que era inútil. Diré más a este respecto en el lugar oportuno, pues tiene mucho que ver con el rumbo que tomaría mi vida.

Pero me referiré primero a lo que no fue un acontecimiento: el mar, que entonces significaba tan poco y que hoy es el abismo en cuyo borde nos tambaleamos.

2041 fue un año de oro. Papá diría que las cosas nunca habían estado peor, que la maldita raza humana caminaba en bloque hacia la destrucción, pero a Seis Años le bastaba con ver el césped bañado por el sol para saber que aquello era sólo la manera de hablar de Papá, como las quejas sobre la ración de carne eran la forma de hablar de Mamá.

Tales quejas eran misterios, anomalías, porque Mamá era toda alegría y risas y Papá tenía un empleo y en el mundo todo marchaba bien. Papá tenía un empleo... así que nosotros éramos supra. No grandes supra, apenas una especie de supra medios, pero ciertamente no infra. Nadie sabe cómo ni cuándo estas dos palabras se colaron en el lenguaje. Nosotros, los chicos, nacimos ya con la noción de que los supra tenían empleos y ganaban dinero, mientras que los infra vivían de la beneficencia del Estado. Incluso los criados menospreciaban a los infra. De hecho, muy pocos niños supra de aquella época habían visto una persona infra; las fronteras del gueto estaban firmemente trazadas cuando nosotros nacimos. Nueve de cada diez habitantes de Australia eran infra, y muchos otros países estaban en peor situación. Viviendo familiarizados con estos conceptos, su horror se nos hacía imperceptible: eran la condición normal del mundo.

Infra era sólo una palabra. Lo real era nuestra vida, segura frente al destino. Teníamos nuestra propia casa de cuatro habitaciones en nuestro propio bloque estándar, con una franja de dos metros de césped delante y tres metros de jardín trasero y una participación en la antena comunitaria. Éramos iguales a cualquiera en nuestro barrio y más iguales que la mayoría porque Papá tenía coche.

Los hovercrafts a baterías, los aerodeslizadores, o cualesquiera otros vehículos particulares modernos pertenecían exclusivamente a los supra muy importantes, pero Papá era miembro de los Coleccionistas y adoraba el Old Bomb que había heredado de su padre, quien a su vez lo había adorado durante cuarenta años. (En tiempos de mi abuelo, decía Papá, todo el mundo tenía coche, cosa difícil de imaginar). Era una adoración cara. Papá dedicaba casi todo su tiempo libre a ajustar el motor, pulir la pintura o recorrer los mercadillos en busca de viejas piezas de recambio; su coche fue fabricado en 1986 y era uno de los pocos centenares de vehículos de gasolina que había en todo el país. Lo conducía una sola vez al mes porque la gasolina no existía en el mercado abierto y la compraba de contrabando a auténticos precios de amante; además, en Melbourne había un único lugar donde reparaban y recauchutaban laboriosamente los neumáticos, y ninguno donde los vendieran. Mamá refunfuñaba del coste de aquella salida mensual, pero gozaba con el pequeño margen de superioridad que le otorgaba sobre los vecinos.

El día de mi cumpleaños se me permitió elegir el sitio adonde iríamos a celebrarlo y yo, sin duda pensando en algún programa de triv reciente, pedí una excursión a la playa. Nadie mostró el menor entusiasmo, y Teddy dijo en tono de apenada condescendencia:

—No existe ninguna playa.

Por una vez, yo estaba mejor enterado.

—La he visto en el triv.

—Debía de ser en otra parte. En Port Phillip no hay ninguna.

Papá intervino:

—La elección ha sido de Francis, así que iremos a la bahía.

Tampoco él parecía ilusionado por la perspectiva.

Teddy decidió quedarse en casa.

—No hay nada que ver. Ya he estado allí. Lo sé.

Siguió su pauta habitual de no prestar atención, pero todos sabíamos que cambiaría de opinión y se sometería desganadamente a los deseos de su hermano menor. Yo no abultaba lo suficiente para arriesgarme a pegarle.

Lo usual era que nuestras excursiones nos llevaran a los montes Dandenongs, en los límites de la ciudad, donde desde media altura podíamos distinguir completa su vasta extensión, sin percibir en absoluto la intensidad de vida y movimiento oculta en sus cañones de hormigón. Los diversos Enclaves de los infra eran fácilmente visibles, torvos bloques cuya inquietante altura dominaba todo lo demás, diez grupos de monolitos estrechamente agrupados que husmeaban el cielo con sus hocicos romos. Nunca me pregunté entonces cómo el noventa por ciento de los diez millones de habitantes de la ciudad podían comprimirse en la décima parte de su superficie.

Aquel día, Papá condujo el coche en dirección opuesta. El pavimento de las carreteras era todavía razonablemente bueno en los suburbios supra y llegamos a la bahía relativamente temprano. Vi enseguida por qué nunca antes habíamos ido allí: como Teddy dijo, no existía ninguna playa.

El triv mostraba de vez en cuando playas de dorada arena en suave pendiente hacia las aguas color azul brillante, donde los niños jugaban mientras sus padres estaban tendidos al sol o bajo alegres toldos. En el mar había embarcaciones con velas de colores, y bañistas en las acogedoras olas.

Lo que yo tenía delante era una calle de casas como la nuestra, salvo que uno de los lados de la calle lo formaba simplemente un muro de hormigón que se extendía hasta perderse de vista en ambas direcciones. Papá señaló unos escalones que conducían a lo alto del muro y yo salí del coche oyendo que Teddy reía disimuladamente. El muro tenía arriba un par de metros de anchura y por el costado que daba al mar descendía oblicuamente cuatro metros o más. Era un baluarte. Había al pie aproximadamente un metro de arena húmeda y grisácea entre rocas y gravilla y cascajo y sucios fragmentos de algas. Más allá estaba el agua.

En la distancia el mar era azul, pero en la línea costera era gris, de aspecto desagradable, y estaba sembrado de más restos de algas, que se agitaban en el oleaje como cosas no del todo muertas. Y todo ello apestaba. Mi desencanto fue demasiado grande; grité mi rabia al cielo:

—¡Huele mal!

A espaldas mías, Teddy dijo:

—Como una cloaca estancada.

No era exactamente así. Una vaharada, en realidad, un olor evanescente, pero las cloacas formaban parte de él. Mis padres se nos habían acercado; Papá murmuraba y se restregaba las manos como solía hacer cuando las cosas estaban tan torcidas que ya no había modo de enderezarlas.

—Lo siento, chico, pero era mejor que lo vieras por ti mismo.

En mí persistía el brote de obstinación.

—Sin embargo, hay playas. En el triv.

—En el triv —concedió él—, aunque no cerca de las ciudades. La playa decente más próxima está a dos horas de aquí.

No lo hubiese admitido, pero no se podía confiar en que el coche nos llevara tan lejos.

Mamá me sorprendió cuando dijo:

—Esto es Elwood, y efectivamente había una playa; yo venía a bañarme aquí. Después las aguas subieron, siguieron los años de tempestades y polución, y el agua quedó demasiado sucia...

Se interrumpió al darse cuenta de que yo no captaba el significado de lo que contaba, pero Teddy continuó como si lo supiera todo al respecto:

—El efecto Invernadero.

—Sólo en parte —le corrigió Papá. Siempre corregía a Teddy, como si le importara que las cosas se expresaran con precisión, o como si mi hermano fuese alguien especial—. La temperatura del globo no había subido tanto como para causar todo eso, aunque el casquete de hielo antártico había empezado a derretirse y provocado una ligera subida del nivel del mar, pero los cambios en las condiciones del clima nos habían dejado desprotegidos ante fortísimas tormentas... —Perdió el hilo de lo que estaba diciendo, y pasó de una cosa a otra—: Recuerdo cuando la tempestad más fuerte lo único que hacía era enviar unas pocas olas por encima de la carretera. Los diques no eran necesarios. Y había una playa...

Yo he podido siempre recordar lo que no entendía y rememorarlo más tarde para adecuarlo a nuevos conocimientos; he podido recordarlo con absoluta precisión, si era algo que valía la pena. Todavía puedo. Los números y la memoria han sido mi salvación y mi ruina.

Papá se recuperó ágilmente de su lapsus:

—Un día, el casquete de hielo se fundirá del todo y las aguas cubrirán todas las costas del mundo. La mayor parte de Melbourne quedará a una profundidad de sesenta metros.

Lo decía a manera de comentario sobre algo que no le afectase. No lo entendí, pero sonaba grandioso y memorable. Lo recordé.

—No en nuestra época.

Era Teddy, con el aplomo de siempre.

Esta frase ha constituido la obsesión de nuestras vidas. Ha sido el grito de la gente

y de sus políticos y de los científicos que calcularon la inminencia del desastre y a continuación buscaron las razones por las cuales no iba a ocurrir enseguida. En la negativa a creer está nuestra seguridad de que el desastre no puede ocurrir; en cualquier caso, no hoy. Y en cualquier caso ocurre.

Fue Mamá quien dijo:

—Debe de ser terrible, allí en Newport, cuando el río se desborda. —Papá hizo una mueca, porque los Enclaves infra no se mencionaban mucho en la sociedad educada: sabías que existían, y basta. Pero Mamá prosiguió—: Una marea alta cubre el nivel del suelo de las casas.

Parecía compadecerse de los infra, y Papá replicó:

—Por favor, Allie.

Era su forma de decir: Ya basta.

A través de la bahía yo veía las torres de Newport, aunque no con demasiada claridad debido a la reverberación del calor: tres kilómetros de obeliscos grises. Teddy se preguntó en voz alta qué harían los infra cuando el agua subiera más arriba de sus cabezas, pero Papá había declarado cerrado el tema y no respondió. Quizá no tenía respuesta.

Yo traté de imaginar las torres asomando por encima de sesenta metros de agua maloliente y a millones de infra anegados nadando como locos, pese a que en realidad no sabía qué aspecto tenían los infra. Como el nuestro, supuse, sólo que serían más feos y más sucios, según salían en el triv.

Después de aquello nos encaminamos a las colinas y tomamos pasteles helados y refrescos de frutas y contemplamos una actuación de los animales amaestrados en el Centro de Espectáculos y mi cumpleaños se salvó. Pero el decepcionante mar se quedó conmigo como la realidad que había detrás de un mito jolgorioso; y más tarde como el destino que esperaba al acecho su terrible oportunidad.



Teddy no me gustaba, pero tampoco podría decirse que le odiase. Me arrastraba a arrebatos de cólera impotente, pero pasaban. Nos tolerábamos. Supongo que entonces no se molestaba ni en disgustarse conmigo, que sólo me veía como una cruz con la que había que cargar, un desafío a su serenidad de chico de nueve años. Lo peor de su carácter, desde mi punto de vista, era su determinación de monopolizar a Mamá, de establecer su propiedad. A Papá me lo dejaba a mí; la percepción objetiva de Teddy

captó su debilidad antes que yo la notase. El Viejo me acogió con calor.

Era diseñador industrial, diseñaba componentes de maquinaria en la pantalla de un ordenador. Hoy en día resulta difícil imaginar que un trabajo así se dejase a la falibilidad humana, pero es cierto. Su ocupación estaba calificada como de competencia media y las posibilidades de promoción eran escasas, según decía Papá, con el noventa por ciento de la nación (del mundo, de hecho) en desempleo, y no compensaba el tener demasiadas aspiraciones. Los recuerdos de él se me han debilitado. Le veo únicamente como un hombre calvo y preocupado que encontraba tiempo para ser conmigo un camarada afectuoso.

Mamá era el elemento más vivaz de la familia. Aunque la quisiera menos que a Papá, confiaba más en ella; era a ella a quien Teddy y yo acudíamos en busca de decisiones y permisos y de un paño de lágrimas. Le gustaba cantar y llenaba la casa con los colores de la alegría; consolaba a Papá en sus horas melancólicas enseñándole pasos de baile en el pequeño porche trasero, hasta que la torpeza de él les obligaba a detenerse, trastabillando, entre amor y risas.

A Teddy le molestaba su alegría si ésta no era exclusivamente para él; volvía la espalda a la felicidad de nuestros padres, la rechazaba. Pienso que ello les entristecía, pero nunca lo mencionaron si podíamos oírles.

¿Y les entristecía realmente? Teddy era el niño mimado. Un detalle: él siempre fue «Teddy», y yo, el más formal, «Francis». Había heredado la resplandeciente belleza de Mamá. Y la melancolía de Papá. Yo le aburría. Cuando se producían nuestras raras disputas abiertas, hacía con el dedo el gesto de atornillarse la sien, me llamaba «chiflado» y se marchaba, dejándome furioso y sintiéndome oscuramente despreciable.

No se me ocurrió que su desdén enmascaraba los celos que le provocaba mi talento singular, la incapacidad de soportar que yo le sobrepasara. Me daba cuenta, sí, de que su propensión a aguijonearme estaba dirigida a motivarme para que le explicase cómo se hacían ciertos cálculos; creía que yo guardaba deliberadamente el secreto ante él, y sin embargo era tan incapaz de explicárselo entonces como lo sería ahora.

¿Cómo se le describe el sonido a un sordo, la luz a un ciego? Los números tienen forma, invisible pero aprehensible por la mente. Sitúa esta forma contra aquélla y juntas darán una forma diferente, una forma de producto. Las respuestas son siempre correctas porque, cuando la mente las ve, resulta imposible equivocarse. ¿Ustedes lo entienden? Yo tampoco.

Parecía un talento inútil. Toda persona adulta tiene su calculadora de pulsera para obtener respuestas instantáneas o puede usar su terminal de triv para las matemáticas más complejas; sólo los viejos recuerdan cómo se hacían las operaciones con lápiz y papel. Papá no era tan viejo, pero sí sabía calcular sobre el papel, lo cual fue una suerte para mí: hizo posible mi futuro. Mi talento miniatura (miniatura porque no estaba desarrollado) pasó inadvertido al principio, incluso para mí. Yo suponía que

todos los niños podían hacer lo mismo que yo, si querían.

La revelación se produjo una noche, cuando a Papá se le cayó al suelo la calculadora de pulsera, la pisó y aplastó el microchip. Se había traído a casa algún trabajo; pudo haber utilizado el triv, pero prefirió llamar a Teddy y usar su calculadora escolar. Cantaba las sumas y Teddy las efectuaba. Eran sumas simples (una calculadora escolar infantil sirve únicamente para la aritmética), y yo estaba sentado en la alfombra del salón, volviendo la cabeza a Papá a Teddy y preguntándome por qué Papá necesitaba ayuda y por qué Teddy tenía que pulsar teclas tratándose de sumas tan fáciles.

Al final, Papá anunció:

—Total de uno hasta ocho.

En un impulso, quizá por hacerme notar, dije:

—Treinta y seis.

Teddy todavía no había pulsado ni una tecla. No me prestó atención y emprendió el cálculo, pero Papá me miró y pareció a punto de decirme algo, aunque cambió de idea. Ahora sé que podía hacer aquellas sumas mentalmente (lo cual es terriblemente lento) y que si no lo hacía era porque quería una comprobación, porque no confiaba en acertar siempre.

Fue Teddy quien habló primero cuando terminó de teclear, y dijo:

—Lo has adivinado.

—No.

—Entonces, ¿cómo lo sabías?

Yo ignoraba el cómo. Murmuré:

—Lo he mirado.

Se burló despectivamente de mi obvio intento de salir del aprieto con una mentira, pero Papá dijo:

—Suma de tres a nueve, Francis.

—Cuarenta y dos —respondí enseguida.

Mi padre ordenó a Teddy:

—Compruébalo.

Y eran cuarenta y dos, efectivamente. Supongo que mi hermano me habría sometido en aquel momento a toda clase de torturas: no soportaba lo que no era capaz de emular.

Papá preguntó:

—¿Y simplemente miras las respuestas?

Asentí, mientras los labios de Teddy formaban en silencio la palabra «mierda» que no se atrevió a pronunciar. Papá no mostró sorpresa: el don no es único, y él tenía cultura suficiente como para conocerlo por referencias. A continuación me dio otras varias sumas fáciles. Teddy se negó a cooperar, y mi padre le ignoró. En un determinado momento me dijo:

—De uno hasta veinte.

Allí me abandonó mi habilidad. Me lamenté:

—No logro verlo.

La cuestión era que yo no tenía entonces la concepción mental de una cifra igual o superior a cien (pocas personas pueden, de hecho, percibir en su totalidad más de seis o siete objetos de una sola mirada), y la respuesta correcta, que es 210, no la habría percibido ni viéndola. Papá sacudió la cabeza como si hubiera esperado algo similar y me preguntó si podía hacer multiplicaciones y divisiones, pero yo no sabía ni lo que eran.

—Mañana por la noche te las enseñaré. Veremos entonces lo que puedes hacer.

Mamá habló desde el otro lado de la sala:

—Es sólo un niño, Fred. No le fuerces.

—¿Forzarle? Allie, a él no le cuesta ningún esfuerzo.

Ella se mordió los labios y evitó discutir delante de nosotros, pero la discusión se produjo después de acostarnos. Mamá dijo con obstinación que aquello «no le gustaba». Luego se cerró la puerta y no oímos más.

Mi madre era también, lógicamente, el elemento social de la familia, y tenía en cuenta a los vecinos cuando se oponía a que Papá me enseñara. Teddy era «listo», lo cual resultaba aceptable siempre que no le diéramos demasiada importancia, pero la aptitud para los números entre unas gentes incapaces de repasar la cuenta de la compra sin ayuda de la calculadora sería considerada una monstruosidad, o una «altanería», algo, en cualquier caso, intolerable. Sin embargo, Papá tenía su decisión tomada y sabía cómo actuar. Mamá fingió no enterarse y Teddy se desentendió totalmente del asunto, así que me fue posible aprender. Las personas débiles consiguen sus propósitos gracias a la tenacidad.

Una vez hube captado la idea de que multiplicación y división eran sólo maneras distintas de organizar las formas, las eventuales dificultades desaparecieron. El problema de los «números grandes» lo resolvió Papá presentándome los como productos de otros números menores y más accesibles. Fue difícil visualizar las fracciones, con excepción de las más sencillas, y todavía quedo encallado a veces si las cifras de los quebrados son muy largas, pero los decimales fueron pan comido y me llevaron inmediatamente a la tabla de logaritmos que, en cuanto me la explicaron, yo mismo establecí.

Todo esto nos ocupó unas cuantas semanas maravillosas, con Papá amable y cariñoso en nuestro mundo privado poblado de números. La desaprobación de mi madre se moderó cuando mi comportamiento no se transformó en algo socialmente peculiar. Sólo Teddy castigaba mi orgullo. Cada noche, cuando nos habían apagado la luz, murmuraba palabras que habrían sido inconcebibles en presencia de nuestros padres. En voz suficientemente alta para envenenar mi entrada en el sueño pronunciaba sus buenas noches: «Jodido caganúmeros».

Me estaba diciendo que a su lado yo no era nada y nunca sería nada. Yo lloraba, pero me aceptaba a mí mismo como persona de nivel inferior.

Pese a todo, albergaba la ilusión, común a todo niño, de ser un día el foco de la atención general, y esto me condujo a la ruina. En aquel sexto año de mi vida dejé el parvulario para entrar en la escuela graduada, donde había que asistir a clase y aprender en lugar de absorber moralidad social restregando unas personalidades contra otras en situaciones de juego. Descubrimos los mapas y el tamaño, enormemente falto de significado, del mundo. Fuimos introducidos en los silabarios, aunque la mayoría sabíamos leer, a nuestro modo, a copia de descifrar los títulos y rótulos del triv. Aprendimos los tediosos ganchos y conexiones de la escritura manual, pese a que pocos adultos, excepto los que se dedicaban a tareas especializadas, la utilizaban para otra cosa que no fueran anotaciones ocasionales. (Salió a relucir, como anécdota, que los hogares infra no tenía procesadores de textos activados por la voz, y nos preguntamos cómo se las arreglarían para desenvolverse sin ellos. Sobre los infra circulaban muchas leyendas mezquinas que se nutrían de pequeñeces como aquéllas).

A continuación conocimos la calculadora escolar, la primera y muy sencilla que aprendían a manejar los niños. La lección inicial consistió en una explicación del significado de la suma, seguida por una sesión práctica en la que nuestros dedos demostraban sobre las teclas que dos y dos eran siempre, misteriosamente, cuatro. La vanidad se sobrepuso al instinto gregario de no destacar: anuncié que yo no necesitaba la calculadora y que podía hacer las sumas «antes de que vosotros toquéis las teclas».

La respuesta inmediata fueron las risitas burlonas de mis condiscípulos y la exigencia de que probase lo que decía, y nuestra aturdida profesora dictaminó que aquella baladronada debía ser confirmada o castigada. Probablemente sus estudios no habían ido más allá de la enseñanza básica, y se vio perdida cuando yo justifiqué lo que había anunciado: se necesitaba la colaboración de personas con mucha más experiencia para atender a semejante genio.

Durante una hora de gloria fui presentando al personal docente superior, para el cual sumé y resté, multipliqué y dividí tan deprisa como se me entregaban los ejercicios. Me aplaudieron con tensas sonrisas, a través de las cuales mi inocencia no me permitía leer. ¿Cómo iba yo a imaginar que aquellos invencibles adultos, arropados en su sabiduría, eran todos Teddys, que odiaban que se les arrebatase el protagonismo, o que nadie, literalmente nadie, aprendiese a calcular mentalmente? Cuando mencioné los logaritmos, la exhibición se colapsó en medio de un tétrico silencio y se me dijo, en un brote de realismo, que ahora debía regresar a la clase y aprender el manejo de la calculadora como los demás.

En el patio de juegos, a la hora del almuerzo, los otros chicos me pagaron el precio completo por haber sido el único hombre justo en un mundo de pecadores vengativos.

Y luego, en casa... Teddy, en su clase, había oído contar lo que él calificaba de mi «espectáculo», y me obligó a soportar la humillación de sus comentarios sarcásticos,

subrayados por un burlón:

—Te han puesto en tu sitio, ¿verdad?

Chasqueado más allá de toda prudencia, ciego de autocompasión, me precipité contra él, sólo para encontrarme con un imperturbable izquierdazo que me hizo caer sentado en medio de las verduras del huerto de Mamá.

Mamá murmuró sombríamente que nadie escuchaba sus consejos, y cuando Papá regresó a casa le enfrentó con el trágico resultado de su intromisión. A las palabras gruesas siguió una sesión sentimental en la cual yo protesté feliz entre los brazos de mi padre y él me contó que el mundo estaba lleno de gente que quería hacerte bajar a su nivel. Aprendí a contener mi ingenua lengua, pero siempre he sido un manazas con las teclas de la calculadora: me confundo constantemente al pulsarlas, simplemente por falta de interés en aquella máquina que opera tan despacio.

Durante los dos años siguientes pocas cosas ocurrieron en aquel pequeño mundo de mi infancia. Viviendo en el nido almohadillado de nuestro «cuatro habitaciones, independiente, barrio elegante, triv 2,5 metros», no nos percatábamos de que habíamos nacido en la que un antiguo maleficio chino consideraba «época interesante».

Hasta qué extremo era interesante se puso de manifiesto cuando mi padre fue «jubilado».



Debo reconstruir lo esencial del año de mi noveno aniversario porque 2044 fue un año pivote para los Conway. Que Australia se encontrase en situación mucho peor de lo que podía juzgarse por la suerte de una oscura familia no tiene trascendencia: un niño no alcanza a comprender los desastres impersonales. Los sufrimientos de mi país en el potro de la historia no alteraron mi comfortable juventud.

Había sido en 2033 cuando la presión de las grandes potencias mundiales, desvalidas frente al imparable aumento de la población, nos obligó a ceder un tercio de los territorios despoblados de Australia a aquellas hordas de hombres-hormiga expulsadas de los arrozales de Asia por su pululante fecundidad.

Los supra adultos, con sus cómodas vidas a merced de la política planetaria, no osaron protestar contra la coerción de las grandes potencias, y de este modo buen número de terratenientes desposeídos, no indemnizados por una Tesorería en bancarrota, se desvanecieron entre los infra y nunca más se volvió a hablar de ellos.

Los infra, que creían que las cosas sólo podían ir mucho peor desde que de una vez para siempre habían dejado de ir mejor, mostraron escaso interés. Muy pocos de ellos habían visto un campo en su vida, por no hablar de las llanuras del interior. Desierto, sequía, moscas, ¿no era así? Pues que se los quedaran los viets, los chinos, los indios. No eran lugares para el hombre blanco.

Tampoco eran lugares para el hombre amarillo, sin embargo: dos tercios de Australia habían sido inhabitables durante milenios, y en aquellas regiones le admitimos. Se propuso convertirlas en habitables y en cierta medida lo consiguió. Concentró las técnicas de control climático que se habían acumulado en cautelosos experimentos durante los treinta años anteriores y produjo un programa de lluvias torrenciales que alteró el clima de todo el planeta hasta que la protesta internacional le impuso moderación. Entonces vertió megatoneladas de acondicionador de suelos y de fertilizantes en la tierra, y en un intervalo sorprendentemente corto contaminó no sólo los ríos costeros y el agua potable, sino también las reservas de los pozos artesianos. El agua potable se hizo tan rara en Australia como en aquellas otras partes del mundo donde el costoso remolque de icebergs y las plantas de desalinización conducían a las economías desesperadas al borde del colapso.

En 2044 aceptamos las restricciones como parte de la vida; fuimos criados entre suministros intermitentes de agua y electricidad y de cualquier alimento que no pudiera cultivarse en el jardín trasero de la casa. Nuestros padres se acostumbraron a constantes privaciones, y nosotros, los chicos, no supimos que hubiera tanto contra lo cual protestar.

Cualquier referencia a un pasado reciente sin privaciones había desaparecido de los textos escolares y muy raramente aparecía en otro material impreso (de todas formas, se había perdido la costumbre de consultar fuentes impresas), y por supuesto nunca en los expurgados programas del triv. Yo conocía el problema de la superpoblación, naturalmente; todos lo conocíamos. Pero un incremento anual del 175 por ciento no parecía mucho, incluso cuando te dabas cuenta de que significaba doblar la población aproximadamente cada cuatro décadas.

¿Qué vas a pensar cuando tienes nueve años y gozas de lo mejor de la vida?

En lo que concierne a la «jubilación» de mi padre, se utilizaba este término porque «cesado» y «despedido» habían adquirido un significado demasiado terminal. La mentira de que la automatización continuaría creando indefinidamente nuevos empleos murió mucho antes de que se notaran de lleno sus efectos, pero la automatización proliferó como el único medio de mantener la competitividad; luego, con el noventa por ciento del planeta reducido a nivel de subsistencia, ¿dónde estaba el público comprador de lo que la competitividad producía? La cultura del ordenador estaba en un callejón sin salida, pero la minoría que tenía un puesto de trabajo, la minoría asalariada, no se atrevía a mirar la grieta abierta en la pared. ¡Quien tenía un empleo era supra!

Cierto día, Papá vino a casa temprano y sin ganas de hablar; no nos dirigió la

palabra y fue directamente a la cocina donde nuestra madre preparaba el té. Y cerró la puerta.

—Algo pasa —dijo Teddy.

Se quitó los zapatos y yo le imité y le seguí por el corredor. Solo, no habría osado espiar, pero se necesita poco valor cuando hay un líder. Lo que escuchamos a través de la puerta de la cocina nos enseñó algo sobre nuestro mundo.

Nuestro padre se lo explicaba a Mamá, con una voz monótona que vacilaba y se apagaba y callaba de vez en cuando. Le explicaba cómo el progreso, el mágico progreso, le había expelido de sus engranajes porque las nuevas técnicas eliminaban el elemento humano del diseño creativo. Dada una pauta base y la correspondiente especificación, los nuevos ordenadores ofrecían millones de alternativas para escupir en cuestión de minutos la forma óptima del nuevo componente de una máquina. Aquel día había sido «jubilado» un Departamento entero; en lugar de ochenta hombres y mujeres, dos pantallas de procesador se alzaban ante las mesas de trabajo vacías. En otras épocas, la palabra «jubilación» tenía estrecha relación con las pensiones. Ahora ya no.

Papá parecía incapaz de callar; hablaba y hablaba como si por primera vez viera cosas que en toda su vida habían existido. Se embrollaba sobre la manera en que, en todo el mundo, miles de hombres y mujeres eran arrojados cada hora al mercado de trabajo. Y éste era un mercado de compradores. Nadie buscaba un empleo: el infalible Centro de Datos destinaba a los candidatos afortunados a las escasas plazas vacantes con desinteresada precisión. Eran poquísimos los que en todo el curso de su vida conseguían desempeñar dos empleos.

El privilegiado diez por ciento (no necesariamente los mejores, sino aquellos cuyas capacidades coincidían con las necesidades del momento) eran supra. Para toda la vida, si su suerte no fallaba. Los no afortunados tenían el Sub (Subsidio Estatal) como escueto recurso para seguir vivos... en las viviendas infra. Ningún gobierno del planeta proporcionaba algo mejor en aquellos días de colapso automatizado; muchos no proporcionaban nada.

Mi padre estuvo diciendo estas cosas hasta que se le vació la cabeza de ellas. En todo aquel tiempo Mamá no habló, y era terrible que no encontrase nada que decir. Más terribles aún eran las lágrimas que se adivinaban en la voz de Papá. Yo no sabía entonces que las personas mayores llorasen.

Y sin embargo, hubo algo peor: la expresión del rostro de Teddy. No tenía compasión de Papá, sólo se mofaba de las flaquezas ajenas.

Mi madre habló por fin, en tono tan bajo que no conseguimos oír lo que decía. Escapamos a la carrera cuando Papá salió de la cocina dando un traspie y se encerró en el dormitorio dando un portazo.

Teddy se atrevió a algo que yo no hubiera hecho nunca, que fue entrar en la cocina y preguntar:

—Mamá, ¿ocurre algo malo?

Pero lo dijo como si se tratara apenas de un pequeño incidente cotidiano, y mi madre continuó preparando el té, moviéndose abstraída, y seguramente ni siquiera le oyó.

Regresamos a la sala de estar. Lo que Papá había dicho de los infra no había hecho mella en mi mente. Se refería a otras personas, no a nosotros. Estudié el rostro inexpresivo de Teddy y me pregunté por qué odiaría tanto a nuestro padre.

Al cabo de un rato Mamá nos llamó con firmeza:

—Chicos, venid a tomar el té.

Luego la oímos llamar a la puerta del dormitorio y, transcurrido un instante, repetir la llamada.

Teddy dijo:

—Estará enfurruñado.

Mamá debía de haber entrado ya en el cuarto, así que la seguimos de puntillas para fisgar lo que estaban haciendo. No hacían nada. Mamá temblaba inconteniblemente a los pies de la cama donde Papá yacía en medio de un revoltijo rojo de sábanas, mantas y sangre que manaba de su cuello rebanado.

El tiempo se retardó, casi se detuvo mientras yo me esforzaba en captar el sentido de aquella cosa nueva: la muerte. Mi conciencia se empantanó en torno a un espacio mental que estaba todavía vacío. Entre tanto Teddy avanzaba cautelosamente hacia Mamá, quien tendió hacia él una mano que parecía tantear el aire. Teddy la asió, se inclinó sobre mi padre con aquella expresión en la cara y chilló como un demonio:

—¡Podrido cobarde!

Por única vez en su vida, creo yo, Mamá le pegó; fue un golpe salvaje, violento, con toda la potencia de la aflicción y del amor perdido. Teddy cayó al suelo, se dio de cabeza contra la pared y allí se quedó, ardiendo de rabia. La rabia era contra mi madre, algo que yo nunca hubiera imaginado, pero ella pareció olvidarle enseguida y se sentó y se puso a mirarse las manos como si leyera un invisible mensaje en sus dedos. En la furia de Teddy descubrí algo que había estado en el fondo de mi mente sin tomar forma, y era que su amor por Mamá respondía únicamente a su afán por hacerse notar: Teddy únicamente amaba a Teddy.

Cuando volví inseguro mis ojos hacia la sangre, rompí a sollozar. Mi madre dijo, en un tono normal y tranquilo:

—Cállate, Francis.

Tuve la sensación de haber interrumpido el curso de sus pensamientos o agravado su dolor de cabeza, u otra nimiedad parecida. Ella levantó la vista, fijó la mirada en el vacío; contemplaba una visión que estaba más allá de mis alcances. Miraba, supongo yo ahora, hacia el futuro.

Por la mañana habló muy poco, pero había dejado el estupor atrás. Durante la noche debió de serenarse y decidir lo que debía hacer.

Nos envió a la escuela, probablemente para que no interfiriéramos y sin pensar que la noticia de la catástrofe podía habernos precedido, dada la fulminante rapidez

con que en la vecindad se transmitían los chismes. Fue así: mi madre había informado al Departamento de Empleo y Finanzas, como ordenaba la ley; ellos informaron a su vez a las subsecciones de Servicios Esenciales, y en alguna etapa del proceso se dio la circunstancia de que el Supervisor de Datos que estaba de servicio era un vecino. La noticia fue al instante de dominio público.

Nadie en la escuela la mencionó abiertamente; las convenciones sociales de los supra se basaban en un refinamiento de la delicadeza llamado «respeto decente», pero los niños tienen sus propios métodos crueles para evidenciar sus intenciones. Lo importante no era el suicidio (hecho perfectamente comprensible), sino que Papá hubiera perdido su empleo. Las implicaciones del hecho eran caramelos para el chismorreo: ¡los Conway se estaban hundiendo! La flagrante evidencia del caso lo hacía caliente y visible.

Según las normas del «respeto decente» no era adecuado expresar simpatía. La pérdida era asunto privado. Una familia podía simplemente caer y desvanecerse: no se debía imponer a vecinos y amigos el dolor (el temor) del fracaso. Códigos y maneras hacían indoloras las desgracias ajenas. Nosotros sufríamos el desprecio general de un silencio erizado de espinas.

Cuando volvimos a casa, Papá ya no estaba, el dormitorio aparecía escrupulosamente limpio y Mamá se hallaba preparada para hablar de nuevo. (¿Cuándo lloraba, se dolía, se desesperaba? Nunca lo supimos). En el tono de discreto interés que utilizaba para nuestros pequeños asuntos preguntó:

—¿Cómo ha ido el día?

—Bien —dije yo, porque no tenía palabras para explicar la incomodidad impalpable ni el escarnio inaudible.

Pero Teddy sí tenía siempre palabras:

—Nadie nos ha llamado infra. Todavía no.

Mamá dijo:

—Sentaos. —Y cuando nos sentamos habló en un tono duro al que no tardaríamos en acostumbrarnos—: Esta familia no es infra ni lo será. No podemos quedarnos en esta casa, pero no nos veremos reducidos a vivir en los edificios comunitarios. Decídselo a todos.

Los chicos habrían considerado aquello una baladronada imperdonable; para ellos tú eras supra o eras infra. Teddy fue directo al fondo de la cuestión:

—Responderán que, si no somos infra, ¿por qué nos vamos?

Mamá sabía lo que no se mencionaba: que tanto los vecinos como sus hijos podían resultar infinitamente desagradables.

—No volváis a esa escuela. Yo lo arreglaré.

Y así lo hizo.

Al día siguiente, en el Centro de Cremación, vimos cómo aquella cosa humillada y envuelta en plástico negro desaparecía por las puertas automáticas; sonaba una música impersonal, reproducida por una cinta que necesitaba reclarificación.

Asistieron unos parientes insignificantes, pero ningún amigo; los amigos podían alegar «respeto decente», aunque de hecho ya se habían distanciado, como si nuestra condición fuera contagiosa.

Después de aquello, los acontecimientos se sucedieron deprisa. Una vez se le hubo asignado a Mamá un lugar donde vivir, todo pudo resolverse mediante llamadas por triv a los Departamentos adecuados. Ventas y Alquileres readquirió la casa al precio de mercado calculado, lo cual puso a Mamá de pésimo humor porque se le descontaron varias pequeñas reparaciones que, según afirmaron, Papá debería haber hecho.

—En lugar de dedicarse a pulir la pintura del coche —dijo Teddy, imprudentemente, y la mirada de nuestra madre le hizo callar durante horas.

Por el coche sí consiguió ella un buen precio llamando a los Coleccionistas, quienes de antemano conocían su valor. Lo compraron unos desconocidos; los amigos codiciosos no se acercaron. Cuando Teddy los criticó por su deserción, Mamá se puso de su parte diciendo que uno debe vivir en la sociedad tal como es; que, según el dicho, no se puede tocar betún y no mancharse.

—Son supersticiosos, eso es todo —sentenció Teddy.

—No, están asustados —replicó ella—. Cualquiera de ellos puede ser el próximo. Procuran no pensarlo y que nada se lo recuerde.

He aquí otra frase que ha constituido la obsesión de nuestras vidas. La lista de desastres en que no queremos pensar es uno de los principales elementos que han configurado la historia.

Nuestro nuevo hogar nos fue asignado por el ordenador de Alojamiento, basándose en lo que Mamá declaró que podía pagar, y ella se quedó muy pensativa cuando supo donde se encontraba. No se quejó, porque los ordenadores daban el mejor ajuste posible entre las necesidades y la capacidad de pago, pero la información le preocupó:

Nos dijo:

—Queda más cerca de las viviendas comunitarias de lo que me habría gustado. —Era como si su nueva dureza hubiera sido penetrada por una aguja de duda—. Está en Newport.

Yo recordé el día en la playa y Newport en la lejanía y lo que ella había dicho sobre las inundaciones. No sería aplicable a nosotros, sin embargo. Era sólo un problema de los infra.

Tuve la sensatez suficiente para no manifestar la excitación que en secreto sentía. Los chicos murmuraban mucho a propósito de los infra, pero en realidad no sabían nada de ellos, y la idea de aquella proximidad (una proximidad sin riesgo, por descontado) tenía en sí un toque de aventura. Yo no me daba cuenta del significado que para Mamá tenía el desastre social ni de en qué pozo de terror había caído su vida. Igualmente, sin embargo, no podía menos que observar que su luz y su alegría se habían apagado. Nunca más volverían a encenderse.

Nos mudamos antes del amanecer. El personal del hovercamión probablemente cobró un precio abusivo por trabajar tan temprano, pero Mamá dijo que no estaba dispuesta a dar un espectáculo para que los malévolos vecinos, fingiendo cuidar de sus jardines y mirando por el rabillo del ojo, participaran de la emoción de una nueva ruina. Nosotros viajamos en la trasera del camión porque lo que antes había sido sólo dinero era ahora un valor que atesorar.

Recorrimos un largo trayecto en la oscuridad antes de que nos envolviese la luz del día. Luego, mirando al exterior entre cajas y muebles, vi enormes torres grises alineadas a cada lado. Nuestra ruta atravesaba el corazón de un Enclave infra. Contuve el aliento, fascinado por el miedo y la curiosidad, a la expectativa de horrores, pero allí sólo había calles vacías donde no se movía nada, edificios que se clavaban en el cielo y cuyas ventanas estaban a oscuras, excepto alguna luz ocasional, como una estrellita colgada en el muro de hormigón, y un silencio de tumba. Los millones de infra sin trabajo dormían, puesto que no tenían nada mejor que hacer.

Desde el Enclave cruzamos el río y pasamos a un distrito de clase media muy parecido al que habíamos dejado. En la claridad del alba vi, no lejos, los palacios del Centro Urbano, que no eran monolitos repetidos docenas de veces, como los comunitarios, sino misterios de colores y formas iluminados por la aurora. Algún día, me prometí, visitaré el Centro Urbano, lo más grandioso de los alrededores. (Cosa que eventualmente hice para descubrir que los palacios eran bloques de oficinas y ajetreadas colmenas sin corazón). Pero entonces pasamos sin detenernos.

El viaje parecía no tener fin, y era pleno día, un día resplandeciente, cuando vimos nuestra calle. No se parecía a nada que yo conociese. Las casas eran todas distintas. En nuestra antigua calle cada casa tenía sus toques peculiares de color y decoración, pero todas habían sido edificadas con arreglo a un plan coherente; esta calle era en cambio un revoltijo. Muchas de las casas estaban hechas de lo que luego supe se llamaba «ladrillo» y tenían una pared común en lugar de una cerca de separación, mientras que otras eran de planchas de madera superpuestas, en las que la pintura se había resquebrajado o descolorido. Había tejados de pizarra, que yo veía por primera vez, y de unas cosas que también supe más adelante que se llamaban «tejas», y otros de unas increíbles láminas de hierro ondulado, torcidas, sueltas, oxidadas allí donde la pintura había saltado. En lugar de marquesinas había galerías, también con tejado de hierro, y algunas asomaban directamente a la calle, sin un palmo de jardín.

Como si leyera mis pensamientos, Mamá murmuró:

—Esta parte de Melbourne es muy antigua. Algunas casas tienen más de cien años.

Estaba disculpándose. Porque era deprimente, en efecto. Se veían muy pocos árboles y, en la calle, ni rastro de vegetación. El piso era de asfalto (también visto por

primera vez), irregular y sembrado de baches, con grandes losas más o menos cuadradas en la acera. Todas las ventanas eran estrechas y sigilosas, y toda la calle y cuanto había en ella tenía un aire miserable y desaseado, como si hubiera perdido la dignidad.

Nuestra nueva casa era de ladrillo, con las dos mitades separadas por un pasillo y la puerta de entrada en medio. A nosotros nos correspondería una de las mitades (tres habitaciones y parte de la cocina y del cuarto de baño), y la limitación de los espacios la hacía parecer, en comparación con aquello a lo que estábamos acostumbrados, menor de lo que en realidad era. Delante tenía una galería de suelo de madera, cuyas tablas estaban rotas en diversos puntos, y una franja de jardín descuidado e invadido por las malas hierbas.

Los propietarios, una pareja anciana, nos contemplaban desde la galería con aquel aire de desaliño que con tanta frecuencia adquieren injustamente los viejos. Intercambiaban palabras que no alcanzábamos a oír, inexpresivos los rostros, disimulando el hecho de que nos estaban evaluando para ver si podían exprimirnos algún dinero extra.

Teddy, como de costumbre, encontró la definición:

—Es un barrio hediondo.

No era exactamente esto, pero sus días estaban contados: a dos manzanas de distancia las torres comunitarias hendían el cielo. Habíamos escapado del mundo infra por el emocionante grosor de un cabello. ¿Emocionante? El país del horror infra era también el país de los seriales de aventuras del triv, del cual los bravos policías o los bravos y jóvenes científicos o los bravos y musculosos futbolistas rescataban a bellísimas muchachas retenidas allí en cautividad con propósitos nunca del todo explicados.

Cuando los hombres de las mudanzas descargaban nuestras pertenencias en la acera, vi el primer infra vivo y real de que tengo memoria.

Estaba apoyado en la cerca de estacas, inmóvil, salvo sus mandíbulas, que se movían lentamente. Aparentaba la edad de Papá, cuarenta y tantos años, pero era alto y flaco, los huesos se le marcaban debajo de la piel; no parecía desnutrido, sino más bien como si su cuerpo retuviera sólo lo que le era útil. Tenía los rasgos angostos (la cara, la nariz, el mentón puntiagudo) y absolutamente faltos de expresión; miraba, simplemente, y no parecía importarle si veía algo o no, y mascaba. Las convenciones de los seriales del triv le identificaban como un «mascador», adicto a un vicio que no se mencionaba en los barrios respetables; y según las leyendas del mundo escolar, mascar le ponía a uno la piel de color amarillo, le volvía ciego y le secaba el pene.

El hombre no era ciego ni amarillo y no daba la impresión de que se le hubiese secado nada, pero su camisa, sus pantalones y su viejo calzado de cáñamo estaban tan sucios que Mamá los habría tirado. Iba sin afeitarse, el cabello castaño le caía en desorden sobre la frente y el cuello, y posiblemente olía mal.

Asimismo (terrorífico detalle) llevaba un cuchillo al cinto, y esto, según las

convenciones del triv, hacía de él el jefe de una banda local. (Curiosamente, ello era cierto a medias). Pero ¿por qué estaba allí? La norma del triv era que los infra entrasen en territorios supra únicamente como bandas de merodeadores, y sin embargo yo no distinguía ninguna banda. Nuestra casa estaba en una esquina y me asomé a mirar la otra calle para estar seguro.

El hombre escupió un fragmento de una sustancia gris que, atravesando la calzada, cayó sobre las losas de la acera, y así fue como vi por primera vez, masticado y semidigerido, el «narcótico de los sucios», y mi cándido pecho hirvió de excitación ante semejante perversidad. (Más tarde me decepcionaría descubrir que aquella mascadura era un hipnótico muy suave y casi inofensivo, con muy pocos efectos secundarios).

Teddy me siseó:

—¡Deja de mirarle! ¡Apesta!

A cinco metros de distancia no podía olerle, pero le volvió la espalda con desdén.

El mascador tenía el oído fino; sus ojos se pusieron alerta al instante y su estrecha boca se entreabrió en una sonrisa que también traslucía su propio y recíproco desprecio. Luego, en mi éxtasis, observé que me guiñaba un ojo y me dedicaba una mueca feroz, conspiratoria, fascinante.

Mamá me llamó entonces para que ayudase a transportar unas cuantas cosas a la casa; el personal del camión amontonó dentro los pesados muebles y nosotros inspeccionamos nuestro nuevo hogar.

Mi madre no dijo nada, pero yo habría llorado si no hubiese temido los sarcasmos de Teddy. No había alacenas ni estanterías de obra, las paredes estaban sucias y el techo agrietado; el suelo cedía bajo los pies y el triv era un modelo antiguo, de tamaño mediano, deslucido por el paso del tiempo. Comparado con nuestros ventanales de cristales dobles y nuestra pintura inmaculada, aquello era una cárcel. Por las tres habitaciones se hallaban dispersos pilas de colchones, muebles varios, sillas y mesas desmontadas, canastos rotos y paquetes reventados, y en medio de ellos yacía mi aflicción.

Mamá pagó a los hombres; el hovercamión se marchó sibilante y nos quedamos solos con nuestro destino. No completamente solos: en la galería, la anciana pareja rondaba a la espera de una escena que sabían que todavía se había de representar y de la humillación que para nosotros comportaría.

Sin embargo, la primera humillación fue para ellos, cuando el mascador se movió al fin para mirarlos por encima del hombro y, con absoluta falta de énfasis, en tono apagado, decirles:

—Lárguense.

Ambos se precipitaron hacia su casa, sin apenas tiempo de jadear al unísono:

—Sí, señor Kovacs.

Mamá había tenido todo el rato conciencia no sólo de la presencia de aquel hombre, sino de lo que era y de por qué esperaba, pero rehusó mirarle. Ahora sí le

miró, con firmeza, aunque yo noté que estaba asustada. (Cuando somos niños, nos desconcierta mucho descubrir que los invulnerables adultos comparten nuestras vergonzosas debilidades).

El mascador se apartó de la cerca y, a pesar de su salvaje suciedad, no mostró la misma apariencia que los infra asesinos de los seriales del triv. Su apariencia era la de un hombre delgado, fuerte, bastante corriente, que necesitaba un baño. Se acercó con indolencia a nosotros, exiliados en tierra extraña, dos niños a quienes su madre rodeaba los hombros con los brazos, y movió afirmativamente la cabeza, como si confirmara alguna conclusión secreta, y dijo:

—Usted no sabe nada, ¿verdad, señora Conway? No sabe absolutamente nada.

Los dedos de mi madre me oprimieron la carne, pero no replicó, ni siquiera para preguntarle cómo sabía su nombre.

Él añadió:

—Soy Billy Kovacs. Me conocerán bien. RP.

Con una especie de coraje desesperado, y con el tono que usaba para referirse a cosas innobles, Mamá dijo:

—Relaciones Públicas.

Él negó con la cabeza, sonrió y su rostro experimentó un cambio. Supe que era un buen hombre.

—Red de Protección, señora Conway. Llamemos a las cosas por su nombre y nos evitaremos confusiones.

Su modo de hablar era lo que se habría calificado de «vulgar», pero no el infra que usaban los actores del triv.

—Entrad en casa, chicos —dijo mi madre.

Pero Kovacs objetó:

—¿Por qué no entramos todos? —Y agregó, al ver que Mamá titubeaba—: Señora Conway, tenemos que hablar en serio y es mejor que los chicos lo oigan. Lo que escuchan es posible que les sirva para seguir vivos mucho tiempo. Y a usted también.

Aquél fue el primer indicio de que los cuentos que se contaban en la escuela podían encerrar algo de verdad. Mamá contuvo un poco el aliento, pero asintió, y el hombre nos siguió al interior de la casa. Mi madre le odiaba porque era una amenaza y Teddy le despreciaba como despreciaba a quienquiera que no le mimase, pero yo ya sentía la incitación a la adoración al héroe ante aquel duro y sucio Billy Kovacs que con un guiño se había abierto camino directamente hasta el corazón de una criatura.

En la habitación-sala, Teddy y yo nos sentamos en el sofá, que había sido depositado en mitad del espacio libre. Mamá se quedó de pie junto a la estrecha y polvorienta ventana, inquieta y acongojada, y Kovacs se instaló sobre una canasta, con las piernas cruzadas debajo del cuerpo, extraña posición si uno no está acostumbrado a ella. Se me ocurrió en aquel momento que quizá los infra tenían en sus hogares muy pocos muebles, por lo cual se sentaban en el suelo de aquel modo. Y

ahora que estaba cerca, efectivamente olía a mascadura, a sudor y a simple suciedad.

Señaló con el pulgar nuestros enseres amontonados y dijo:

—Demasiadas cosas. —Mamá no había querido dejar nada y tendríamos que esforzarnos mucho para encontrar huecos por donde movernos entre sillas, cómodas y mesillas—. Debería haberlas vendido. ¿Sabe por qué? —Dejó la pregunta pendiente hasta que nuestras bocas se abrieron en la espera—. Porque los infra, que son las gentes como yo, señora, viven justamente calle abajo. Se enterarán de que tiene usted todas estas preciosidades y pensarán en la manera de venderlas ellos. A costa de acuchillarle a usted las tripas si es necesario.

No se anduvo por las ramas: aquello sucedía cada día, tan regularmente como la salida del sol. Mamá miró por la ventana, simulando no estar asustada, pero su voz la traicionó:

—Me resisto a creerlo. Esto es la Periferia, pero no territorio infra. Lo que usted pretende es subir el precio.

¿Precio? ¿Más costumbres infra?

—Pues debería creerlo, señora. Su precio fue fijado antes de su llegada. Sé lo que tiene en el banco y lo que puede pagar. —Aquello la sobresaltó; y se le demudó el rostro cuando él mencionó con exactitud el saldo de su nueva cuenta corriente—. De modo que puede usted pagar su cuota durante un par de años, quizá tres o cuatro si es cuidadosa.

Mamá se esforzó por no llorar.

—¿Cómo puede saberlo? Los bancos...

La boca de Kovacs se abrió en una sonrisa, como la de un tiburón amistoso que se dispusiera a engullirnos con la mejor voluntad del mundo.

—Es fácil intervenir las cuentas si se tiene las conexiones adecuadas. Con la policía, por ejemplo.

El franco reconocimiento de la corrupción, a veces insinuada en los seriales del triv, me pareció emocionante, pero para mi madre fue como si a sus pies se abriera un abismo. Siempre había dicho que los guionistas lo exageraban todo.

—Llámelo cooperación, señora. Usted tenía protección policial mientras pagaba impuestos, pero ahora no tiene rentas, cobra el Sub, y para la policía esto hace de usted una infra. —Mamá rechazó aquello con súbita ira y Teddy, a mi lado, emitió un extraño gruñido, pero yo habría dicho que Kovacs se mostraba tan duro para que no olvidásemos ciertas cosas—. Los infra no pagan impuestos, de modo que la policía no los conoce; salvo que cometan una imprudencia, como unirse a una protesta contra el precio de los alimentos o los cortes de fluido eléctrico o se dediquen —hizo una pausa y, como si acabara de ocurrírsele, añadió—: a la prostitución de menores. Incluidos niños varones. —Yo no sabía muy bien a qué se refería, pero mi madre tenía la cara deformada por el terror—. Los infractores se hacen notar, y acto seguido sus sesos aparecen esparcidos por la acera de la calle. Ni ellos ni los otros, sin embargo, reciben protección contra el robo, la violencia, la violación; para esto hay

que acudir a la mierda de las cloacas, o sea, a mí.

Teddy gritó:

—¡No le hable así a mi madre!

Para hacerle justicia hay que reconocer que siempre era valiente, aunque entonces estaba congestionado y tembloroso.

Kovacs fingió sorpresa.

—¿Que no le hable de qué modo, hijo?

—Con palabras como...

Calló bruscamente y yo no pude contener una risita al ver que había estado a punto de caer en la trampa de pronunciar la palabra él mismo.

Mi madre comprendió que debía tomar una posición. En el tono que reservaba para los visitantes a quienes no conocía demasiado bien, dijo:

—No tiene importancia, Teddy. El señor Kovacs intenta ayudarnos. A su manera. Sin embargo —por fin le miró directamente—, no me parece imprescindible usar el lenguaje infra en nuestro hogar.

Otra persona se habría disculpado, pero Kovacs le dio una sorpresa realmente extraña:

—Mierda no es una palabra infra. Usted no entendería el auténtico lenguaje infra si lo oyera: lo que les echan en los seriales del triv está pulido y adornado. Pero mierda^[1] es puro inglés; procede del alemán medio *schitten*, y anteriormente...

Mamá estaba tan furiosa que le interrumpió:

—He oído decir que no hay peor patán que un patán instruido.

Él extendió brazos y piernas, agitándolos como alguien que aplaude un chiste extraordinario, o como una araña enorme estallando en risas por tenernos a los tres en su tela. Luego volvió a doblar sus largas piernas debajo del cuerpo, apoyó en las rodillas sus grandes manos huesudas y la risa cesó.

—No soy un patán, señora Conway, aunque me conviene fingir que lo soy, ni tampoco estoy enseñado... instruido. —Llegaríamos a familiarizarnos con su hábito de autocorregirse, sus esfuerzos por ser lo que no era—. Fui a la escuela cuando todavía había auténticas escuelas para los niños infra, no las pocilgas que hay actualmente. De modo que aprendo... aprendí a leer. Quizá los infra que saben leer sean uno de cada diez, los más viejos. Tengo libros, como diccionarios, enciclopedias y cosas así; si quiere saberlo, los robé. Y los leo porque ciertos conocimientos son útiles para mi trabajo.

Sin embargo, pensé yo, los «conocimientos» que pudiera necesitar se encontraban todos en la Central de Datos; entonces, ¿para qué los libros? Y al pensarlo observé algo que no había notado antes, algo tan intimidante como perderse en la oscuridad: el viejo triv no tenía terminal Info. No estábamos conectados con la Central de Datos. Nunca sabríamos nada.

—¡Trabajo! —exclamó mi madre con valeroso desdén—. ¡Extorsionar a los desvalidos!

Kovacs no se inmutó.

—Extorsionar es una palabra más sucia que mierda, y yo doy algo a cambio del dinero. Esto es lo que había empezado a decirle antes que el pequeño Galahad se enfadase y se empeñara en batirse conmigo, o así me lo pareció.

Le había tomado la medida a Teddy desde el principio. Nunca he llegado a aclarar si Billy poseía una inteligencia entorpecida por el entorno o era simplemente un bandido con ocasionales ramalazos de perspicacia.

Continuó:

—Le estaba hablando de asaltos y violaciones. —Mamá murmuró de nuevo que exageraba, pero lo que hacía en realidad era atestiguar otra vez su propia valentía—. ¿Lo cree así, señora? Pues ocurre cada día. Los adolescentes son los peores. Las gentes mueren lo mismo en las torres que en las calles de la Periferia, como ésta, y no es la vejez lo que las lleva a morir a patadas, acuchilladas por las hojas atadas a la punta de los zuecos. Mejor será que crea esto. —Su tono era duro, aunque no por la carga de horrores que exponía, sino para vencer la resistencia de nuestra ignorancia—. Los noticiarios no se lo contarán, ¿por qué? Porque los supra no quieren saberlo y al Estado le gusta que los infra sigan siendo como son. Por otra parte, ¿a quién preocupa lo que les pasa a los infra?

Había asomado un odio auténtico, una especie de odio negro hacia la realidad de una existencia inconcebible para nosotros.

—Los infra no son nada porque no hacen nada porque no hay nada que ellos puedan hacer. Al Estado le cuesta dinero simplemente mantenerlos vivos. ¿Cuánto puede durar esto? Un día el Estado empezará a matarlos porque no tendrá recursos para soportarlos más. Serán borrados de todos los registros y los respetables supra no habrán de esconderse, ni siquiera de su propia culpa.

Su voz infundía temor, pero lo que decía estaba fuera de mi alcance; la vida supra había cercado el mundo que yo conocía. Supongo que para Mamá aquello no era nuevo; en su caso, se trataba de que saber una cosa no es lo mismo que entenderla. Pienso también que Kovacs la había impresionado de una forma que él mismo no previo, porque de pronto la oí decir con suavidad:

—Nos iba a contar algo de su trabajo.

Sus palabras y su entonación sugerían que había un ámbito de entendimiento en el cual no contaban ni supra ni infra. Esto le pilló por sorpresa y los músculos de su oscuro rostro se relajaron en un esbozo de amabilidad.

—Ciertamente. —La amabilidad desapareció tan deprisa como había aparecido. Kovacs volvió a representar su papel—. Es mi discurso de bienvenida a los chicos que ingresan en la Universidad Infra.

Quizá su gentileza no había desaparecido del todo; quizás el tono sarcástico sólo le ayudaba a dar una impresión nueva y extraña de un mundo que no era sarcástico en modo alguno.

—Con respecto a la pasma, a la policía. El Estado está en quiebra. Usted lo sabe.

Casi todo el mundo está en quiebra. —Tuve que cumplir todavía varios años más antes de comprender la simple y obvia manera en que aquello se había producido, pero Mamá y Teddy parecían estar al corriente—. ¿Cómo mantener el orden cuando no se puede pagar a la pasma? Bien, tenemos un gran ejército inútil, igual que los demás países tienen un gran ejército inútil; ésa es una de las razones por las cuales están en quiebra. Para que sirva de algo, una parte del ejército es enviada a los campamentos de instrucción en los Enclaves, donde los militares pueden pisar fuerte si hay disturbios y ahorrar al Estado los sueldos de la pasma. No hay un solo puesto de policía en los Enclaves, ¡ni uno! ¿Me sigue señora? Sólo hay soldados que simulan adiestrarse en el combate callejero y que, en efecto, a veces consiguen un buen adiestramiento: cuando los infra inician una revuelta, o una protesta, o lo que sea. Pero ¿la policía, la pasma? Bien, la ley protege la propiedad, así que la pasma cuida de quienes tienen propiedades, que son los supra. La policía no actúa en las torres, sólo existe la bota del soldado que a veces acierta a pegarle en la tripa al navajero. Pero esto también lo sabe usted.

Estaba desafiando a Mamá para que reconociera que, en su aislamiento supra, ella no sabía nada. Entonces yo no había captado aún la utilidad de ignorar deliberadamente algo, de mantenerlo fuera del alcance de la mente o de contemplar los hechos bajo una luz especial que eliminase el salvajismo. Únicamente ahora, años después, puedo interpretar el asalto directo de Billy como una estrategia destinada a aleccionarnos antes de que la ignorancia nos perdiese. Entonces no podíamos concebir que todo aquello, viniendo de una especie de vigilante sucio y maloliente, estuviera precisamente inspirado por una forma de amor.

—Usted lo sabe, pero para usted nunca ha significado nada. Violación, robo, asesinato, forman parte de la naturaleza infra. ¿A quién le importa lo que los infra se hagan unos a otros, con tal de que no anden sueltos entre los supra?

Me llamó la atención que los infra fueran «ellos» para él. Proclamaba que era un infra, pero en su fuero interno era otra cosa. ¿Qué cosa? ¿Un hombre dividido?

—¿Ve ahora el cuadro? No, no lo ve, porque esto es sólo la mitad del cuadro. Los infra son sucios, son violentos, son ignorantes, pero no todos están podridos. La mayoría lo están. No les gusta vivir entre patanes, la palabra es suya, señora, que roban y aterrorizan, pero no tienen elección, no pueden elegir ni su pequeña Periferia. Y aquí intervenimos nosotros. Los RP. Nosotros mantenemos un cierto orden, pero sobre todo cuidamos de quienes no pueden cuidar de sí mismos. Hay mucha más gente desvalida e ingenua de lo que podría usted imaginar. En consecuencia, los RP corren riesgos, arriesgan sus vidas y las vidas de sus familiares. Por ello cobran dinero. No la despellejaremos, señora, pero cobraremos algo y les protegeremos, especialmente a los niños. El sistema funciona bien, vaya, todo lo bien que podría esperarse, y le costará diez dólares por cabeza cada lunes.

A mí no me pareció mucho, pero a Mamá le sentó como un golpe en el estómago. Tener que pagar por vivir segura en una ratonera ruinosa, exprimiendo una cuenta

bancaria que cualquier día se desvanecería... Pero todo lo que dijo fue:

—O de lo contrario usted me enviará a sus matones recaudadores. Él replicó con sorprendente suavidad:

—Nosotros nos interponemos entre usted y los matones de toda clase. Si usted no quiere, nos vamos. Al cabo de una semana de habernos ido no tendrá ni una silla donde sentarse, ni una cama donde dormir, ni un hijo virgen.

En su cara huesuda se dibujaba una sonrisita triste, que se habría dicho dedicada a mi boca abierta y a la mirada fija de Teddy, mientras Mamá abría el bolso que todo el rato había estado al alcance del hombre. Él tendió su largo brazo para coger los billetes, y vi que ella titubeaba ante los dedos romos y las uñas roídas.

Kovacs hablaba aún, explicando:

—Ustedes, los de la Periferia, que ya no son supra y todavía no son completamente infra, dan mucho más trabajo, porque no saben nada ni creen nada de lo que se les dice, y porque viven en casas separadas en las que los ladrones entran sin ruido. Esto nos obliga a patrullar, y es caro. Muchos hombres. Mucha RP.

Guardó el dinero en un bolsillo interior del cinto de sus pantalones, detrás de la vaina del cuchillo. El cuchillo significaba que tampoco él podía confiar en su propia seguridad personal. Mamá hizo un intento desesperado:

—Tiene que haber policía en la Periferia. No es... no es...

—¿No es territorio supra? Está lo bastante cerca. Existe un acuerdo. La pasma no entra en las torres si no es con una escolta de soldados; si los guardias entraran solos, los asesinarían. Pero les soplamos cosas que ellos pueden manejar mejor que nosotros, como, por ejemplo, si queremos que se destruya y se expulse una mala banda; entonces vienen con la tropa. De este modo consiguen buena imagen ante el Estado, y quizás un pequeño espacio en las noticias: «¡Los sucios infra metidos en cintura!». Así que nos informan de ciertas cosas que necesitamos, como el saldo de su cuenta. No les gustamos, ellos no nos gustan, pero es un sistema. —Se retorció para levantarse de la canasta, y cuando estuvo en pie añadió—: Más tarde vendré a echar una mirada para ver cómo se desenvuelven.

Esperó por si Mamá tenía algo que decir, pero ella se volvió hacia la ventana como si allí fuera estuviese la libertad. El rostro de Kovacs se contrajo en una mueca que quizás era de compasión. Pensó en algo más:

—¡Y vosotros, chicos! ¡No os acerquéis para nada a las torres! Si os metéis en algún lío, gritad llamando a Billy Kovacs. No llaméis a nadie más, sólo a mí. Yo soy vuestro segundo padre, y no lo olvidéis. —Sonrió a espaldas de Mamá como un niño travieso—. Y también el de usted, señora.

Mamá continuó inmóvil, como si no le hubiera oído. Esto no le preocupó; lo que borró su sonrisa fue lo que dijo Teddy:

—Usted no es mi padre, Cara de Rata.

Mi madre exclamó:

—¡Teddy!

Se situó instintivamente entre los dos, aterrorizada. Yo también me asusté, pero no pude menos que pensar que Cara de Rata era un apelativo absolutamente correcto: todos los huesos de su cráneo se centraban en la larga y puntiaguda nariz.

Él se limitó a mirar de arriba abajo a Mamá, con su sonrisa indiferente.

—Tiene temple el chico —comentó. Yo me sentía ignorado. Como si el insulto no se hubiera producido, dijo a Teddy—: Tú debes de estar por los doce años. ¿Te han hecho ya el Test?

La opción de Teddy por el odio era definitiva: le volvió la espalda. Mi madre dijo cansadamente:

—Ha cumplido los doce. Le han hecho el Test.

Yo no creía que esto fuera importante, porque sólo a los chicos que prometían ser extras se les aplicaba el Test. ¿Cómo había sabido Kovacs que Teddy figuraba entre los seleccionados?

—¿Se ha recibido ya la carta? —preguntó.

—Todavía no.

Sin entusiasmo, dijo a la espalda de mi hermano:

—Buena suerte, chico.

Fue típico que la arrogancia de Teddy se impusiera a su resentimiento para intentar rebajar a Kovacs:

—El Test no es cuestión de suerte. O eres extra o eres carne de infra.

Kovacs dijo entonces lo único que le había oído decir con despecho:

—Hay muchas cabezas extras con corazones infra.

E inmediatamente se marchó.

Mamá habló a Teddy en un tono de amenaza que emanaba directamente del miedo:

—¡No vuelvas a insultarle nunca!

—¡Le odio!

—Le necesitamos. Por un tiempo, al menos. —Las palabras parecían escaldarle la lengua—. Intenta ayudarnos.

—¡Por dinero! ¿Qué pasará cuando el dinero se acabe?

Sin duda, ella había pensado en lo mismo, pero sólo pudo decir:

—Ya nos preocuparemos entonces. Alegrémonos de tener protección mientras dure. Quizá sea un mal hombre, pero insisto en que le necesitamos.

Teddy se volvió hacia mí.

—Francis no le considera un mal hombre. A Francis le gusta. —Teddy tenía una atemorizante capacidad de penetración—. Cree que Cara de Rata es un héroe magnífico.

Como siempre, tenía razón.

Y también, en cierto modo, la tenía yo. Pero éste es un juicio retrospectivo. En aquellos momentos yo estaba mucho más trastornado por lo que le había ocurrido a Mamá: en media hora se había hecho vieja.

U

Habían ocurrido muchas cosas, y, sin embargo, no eran aún las nueve de la mañana. Mamá se encerró en su dormitorio, todavía por instalar; para ella debió de haber sido horrible ver que todos sus temores se materializaban y todas las insuficiencias salían a la luz.

Aquello nos dejó a los dos hermanos sin nada que hacer y largas horas por delante, y la ociosidad nos condujo a la más temible experiencia de mi vida. Aquel primer día, cuando todavía sonaban a mis oídos las advertencias de Kovacs, me codeé con la catástrofe.

Por un rato exploramos la inhóspita casa, observando que las ventanas estaban cerradas con clavos, que faltaban elementos en la instalación eléctrica, que los grifos perdían hilillos de agua herrumbrosa. No habían limpiado ni barrido nuestras habitaciones antes de que llegáramos, y la cocina retrataba a sus dueños, que nos parecían sucios, decrepitos e indefiniblemente canallescios. En realidad eran, simplemente, viejos desilusionados y asustados ante la vida.

Un pequeño jardín trasero contenía un parche cuadrado de césped y unos cuantos geranios polvorientos. Teddy dijo:

—Repugnante.

Luego guardó un silencio caviloso, que hacía de él pésima compañía. Yo regresé al interior y atravesé la casa para asomarme a la verja delantera. La calle era ancha y en la esquina había restos de semáforos de tráfico, así que en otra época debió de haber en ella bastante tráfico, pero en el curso de media hora sólo pasó un hoverfurgón comercial. El estado del suelo habría hecho añicos el coche de Papá. En nuestro antiguo barrio, el Consejo local la habría repavimentado mucho antes. Pensé que acaso no hubiera Consejo en Newport (y no lo había).

Transitaba muy poca gente. ¿Para qué había de transitar? Era demasiado temprano para salir de compras y nadie que tuviese que ir al trabajo viviría allí. Las personas que vi eran pulcras, pobretonas, pero parecían sacar el mejor partido de lo poco que tenían. Absolutamente nadie vino de la dirección de las torres. La población de la ciudad podía haber estado extinguiéndose, aunque las noticias del triv decían que crecía de forma demencial.

Me deslicé al exterior para espiar desde la esquina y averiguar qué se veía de las torres comunitarias que se alzaban a no más de dos manzanas de distancia, guarida de brutos y horrores fabulosos. No me habría atrevido a acercarme, pero podía avanzar un poco más porque las casas de las dos manzanas intermedias eran Periferia, como la nuestra.

Por lo tanto avancé un poco más, arrastrado por el misterio de lo desconocido, un poco más y otro poco más, sin encontrar a nadie; hasta que me encontré en la última esquina segura y el primer monstruo de hormigón se cernió sobre mí, a cien metros, al otro lado de la calle. Lo contemplé sin arriesgarme a continuar.

En torno a la base de la inmensa torre había un ruedo de cemento gris, sin nada, de modo que el edificio se alzaba en su propio espacio vacío y duro. A primera vista no resultaba amenazador, sólo ordinario y decepcionante. Unos pocos personajes harapientos deambulaban por la desnuda superficie de cemento, y se oía el golpeteo de sus zuecos de madera; aparte de esto, sólo era perceptible un vago y apagado zumbido, como si la vida hirviera en alguna parte sin manifestarse.

El aburrimiento me habría devuelto a casa, de no ser porque entonces oí también el rumor de niños que jugaban, riendo y llamándose, lejano pero cada vez más próximo. No tardé en verlos.

Venían a la carrera, alrededor de una docena, todos más o menos de mi edad, todos sucios y zarrapastrosos. No llevaban zapatos ni zuecos; sólo sus voces producían sonidos mientras se acercaban en grupo, veloces, al centro de la calle, bordeando el cemento. Era una forma u otra del juego de perseguirse. El chico que iba delante corría agitando desordenadamente brazos y piernas, y el grupo casi le pisaba los talones, en particular un muchacho más alto que los demás, patilargo, que estaba a punto de atraparlo.

La presa lanzó un chillido cuando el patilargo alcanzó a golpearle la cabeza con el puño cerrado y le derribó de un puntapié. No se trataba de un juego, sino de una cacería: mi introducción a la violencia como diversión.

Me quedé helado viendo cómo el fugitivo desaparecía bajo un torbellino de cuerpos que pateaban, cómo los chicos se amontonaban y se empujaban unos a otros para tener ocasión de golpearlo. Un chillido abominable continuó sonando hasta que el patilargo saltó sobre el vientre de la víctima, y entonces cesó.

Yo esperaba que a continuación escaparan, horrorizados de lo que habían hecho, pero simplemente se pusieron a pasear camino de la zona de cemento, parloteando excitados. Ninguno de ellos volvió la mirada hacia el chico que se retorció en la calle. El juego había terminado. ¿Qué vendría ahora?

Lo que venía se hizo evidente cuando el más alto me descubrió y, lo oí claramente, dijo:

—¡Jodío supra!

Mi ropa, por supuesto. Yo llevaba encima calidad suficiente para alimentar al grupo entero durante una semana. Con una voz más tosca y más llana que las imitaciones de los actores del triv, gritó algo que sonaba a:

—¿Cómo te llamas, mona?

Inmediatamente saltó a la cuneta, y mi garganta petrificada pudo apenas tragar saliva cuando el grupo se precipitó en pos de él lanzando alaridos de caza. Comprendí que iba a morir.

Mi estupor se deshizo y di media vuelta para echar a correr.

Y me fui de cabeza contra un cuerpo duro y una mano que me retuvo mientras yo me estremecía, sumido en un terror nuevo y más urgente, y que luego me obligó a volverme para hacer frente a mis perseguidores. Pensé que sería entregado a la

muerte ahora sin remedio. Pero la cacería se había interrumpido en mitad de la calle.

Indecisos, los chicos harapientos miraron a su líder, en tanto que éste trataba de mostrarse como un capitán sensato que calcula el riesgo. En realidad, todo era teatro... Con un gesto que le convirtió de fiera vulgar en mocososo, sacó la lengua al gigante de hierro que me había apresado. Después, él y sus seguidores dieron media vuelta, fanfarroneando, simulando no estar vencidos ni asustados.

Por encima de mi cabeza, el desconocido gruñó:

—'stupio enano ba'tardo... ¿Qué hace aquí? ¿'stas maharra?

Esto fue lo que me pareció entender de su extraño modo de hablar. Tenía la cara de rata de su padre y su cuerpo de hueso y músculo, pero no su áspera y dura amabilidad. Me zarandeó y me hizo daño, y luego volvió a gruñirme:

—¡En la caye con esa gala!

Añadió otras cosas en su espantosa jerga infra. Me estaba diciendo que vistiera con pobreza, que no llevara zapatos y que ahora me fuera a casa y me quedase allí. (Más adelante descubrí que no hablaba siempre de aquel modo, que Billy le había instruido lo suficiente; que aquello era lo que él llamaba «color local»).

Al principio enmudecí de gratitud. Como un dios, había mostrado la faz, y el enemigo emprendió la fuga. Luego le dije entre sollozos, con alivio y horror, que la pandilla había matado al otro chico.

—Na. El ba'tardo'sta bien. Lo dedo de lo pie na hiere. Na yevaba sueco.

Efectivamente, el muchacho apalizado estaba a gatas, moqueando y gimiendo, arrastrando una pierna, pero vivo.

A continuación, el dios retiró su mano libre, que tendía oculta a la espalda, y guardó un cuchillo en la vaina del cinto. RP o no, había evitado exponerse indefenso a la ferocidad de aquellos andrajosos. De ello se desprendía una lección: los mayores pueden temer a los pequeños. El chico perseguido tenía la suerte de seguir vivo. Yo también. El dios me empujó, y no con gentileza, en dirección a nuestra casa, y juró que su padre me medio mataría cuando le contase lo estúpido que era yo, y con ello aportó un nuevo terror a mi jornada.

Aquel dios era Alian, el hijo mayor de Billy, asesinado dos años después cuando trataba de impedir una violación colectiva, recién cumplidos los veinte.

En casa no dije una palabra. Teddy me habría zaherido con su desprecio, Mamá se habría alterado. Pasé una hora temiendo la llegada de Billy Kovacs y su capacidad de castigo, hasta que mi madre apareció y nos ordenó que la ayudáramos a arreglar las habitaciones. Al cabo de un rato tuve la esperanza de que Kovacs quizá no volvería aquel día, y quién sabe si al siguiente, con lo que el desastre aplazado podría quedar en nada.

Pero sí vino, después del té, y aunque me refugié en la sombra del jardín trasero, él me siguió. En lugar de quitarse el cinto para darme un azote, me pasó los dedos por el cabello y dijo:

—Has tenido suerte, ¿eh? —Por supuesto, me eché a llorar, abrumado por la

vergüenza—. Pues no fue suerte, Francis. Alian estaba allí porque yo le ordené que rondase por los alrededores; porque los niños tontos dan más disgustos que los adultos tontos. —Con la cara congestionada apretada contra su estómago, noté que algo no era como había sido, pero mis sensaciones cesaron cuando me exigió—. ¡Basta de lloros!

Dejé de llorar en seco. Billy causaba aquel efecto cuando quería.

—¡Nunca más te acerques a las torres! ¡Nunca más!

—No, señor Kovacs.

Lo dije convencido. Tenía el arraigado propósito de no volver a acercarme jamás a los infra o a sus guaridas. Si mi educación social se resentía, mi pellejo seguiría entero.

Me rodeó con su largo brazo de araña. Su aliento olía levemente a la entre agria y ácida mascada. Dijo una cosa rara:

—Tú puedes ser especial. No extra, pero... Según tu mamá, tienes la cabeza llena de números.

Yo murmuré, regodeándome en el perdón:

—Sí, señor Kovacs.

—Bien, ya veremos, quizá.

No pregunté qué sería lo que veríamos; estaba concentrándome en mi anterior asomo de percepción. Con el descaro que sólo a un niño se le toleraría, dije:

—Usted ya no huele mal.

Le sacudió una risa silenciosa, hasta que entre tartajeos consiguió replicar:

—Un hombre no tiene por qué oler mal siempre. Simplemente, el mal olor ayuda a enseñarle a la gente a qué sitio ha llegado.

No fue aquél el último ejemplo de hasta dónde podía ir para ganar sus dólares semanales.

Entonces observé que llevaba el cabello bien peinado, la cara, más huesuda que nunca, pulcramente afeitada, la remendada ropa recién planchada.

Nunca más volvimos a ver su completa y maloliente personalidad infra, a pesar de que tomó por costumbre aparecer por casa cada día. Mamá se ablandó y aprendió a confiar en él, pero Teddy le detestaba. Yo encontré en Billy Kovacs un buen segundo padre. ¿Cuántos chicos tienen un héroe a mano?

Los días transcurridos se convirtieron en una quincena y Mamá no mencionó que hubiéramos de ir a la escuela. Fingíamos regocijo, pero de hecho estábamos hartos de nuestras pequeñas disputas, siempre encerrados en casa. Lo cierto era que ella no tenía idea de dónde buscar. No se le ocurrió preguntárselo a Billy; su insólito conocimiento de la etimología de la palabra «mierda» no bastaba para calificarle como una autoridad en materia de educación.

Había unos pocos comercios en la parte de nuestro distrito de la Periferia que limitaba con el área supra, la parte más alejada de las torres, y en las horas tranquilas de la mañana se nos permitía salir a comprar una hoja-noticiario, en la que Mamá leía, con disimulada nostalgia, cosas de su mundo perdido, que era el único mundo para las columnas de noticias. Los infra no generaban noticias. La explicación que Billy daba a esto era:

—Una paliza es igual a otra paliza. Los asesinatos infra no tienen clase. No merece la pena molestar a la gente guapa con esas porquerías.

Existía además otra hoja hecha por ciertas personas que habían caído en la Periferia y ahora se pasaban la vida quejándose de ello. La dejaban subrepticamente en el umbral de las puertas durante la noche y publicaba cosas como: «Más de 100 asesinatos infra sin denunciar cada semana... Los niños mueren de hambre porque otros niños mayores les roban la comida... ¡o adultos sin corazón!». Resistiéndose a creerlo, Mamá preguntaba:

—¿Es verdad eso?

Billy, que se comportaba como un profesoral amigo de la familia, aunque seguía cobrando sus dólares, le decía que sólo era la mitad de la verdad.

—Pues estoy segura de que podría remediarse. Los soldados...

Ella no conseguía entender que las guarniciones acuarteladas en tierra infra se componían de malhechores, no de policías.

Billy le preguntaba con su sonrisa más feroz:

—¿Remediarse cómo? —E insistía en la lección que mi madre se negaba a aprender—: Hay demasiada gente y los recursos no son suficientes para darle a cada uno una parte aprovechable, ni aquí ni en ningún otro lugar del mundo. Y cuanto más pobres son las personas, más personas nacen, ¿y qué se puede hacer? ¿Eliminar la pobreza? ¿De qué modo? Es más fácil eliminar a las personas.

Mamá ignoraba deliberadamente la monstruosidad de aquel código.

—Un reparto igualitario...

—¡Igualitario narices, señora! De nada hay lo suficiente para repartir. Partes iguales significaría que todos serían igualmente pobres... hasta que alguien redescubriría el comercio y se adueñaría del mercado de alimentos. Las cosas empeoran, no mejoran.

—¿Y cuando no puedan empeorar más?

—Empezará la matanza. —Dijo aquello con tanta calma, tal como si fuera un futuro que todo el mundo conocía, que parecía realmente inevitable—. ¿Se acuerda

de los canguros? ¿De cuando los cazadores los mataban para limitar su número? Lo llamaban selección. Luego resultó que no había alimento suficiente para nosotros y para los canguros, y los seleccionaron del todo. Pues lo mismo. Cuando no haya alimentos suficientes serán seleccionadas las personas. Sus hijos podrán verlo.

Sus agudos ojos tenían una mirada pensativa, pero la «selección» era una aberración de su mentalidad práctica y nosotros no queríamos discutir en torno a un mañana distante. Otras mentes mejor dotadas que las nuestras tampoco presentaban atención a las enormidades futuras; si no mirabas, se borraban del horizonte. No sabíamos que mentes más lúcidas aún habían estudiado los problemas de la alimentación, del índice de natalidad y de la pobreza a lo largo de las tres últimas generaciones y encontrado únicamente soluciones monstruosas.

Y si lo hubiéramos sabido, ¿qué? Nosotros teníamos comida suficiente.

Aquel período de inercia terminó con una carta cuyo sobre llevaba, espectacularmente destacado en negro, el membrete del Consejo de Educación Avanzada. Mamá la dejó sobre la mesa y Teddy no se atrevió ni a tocarla; su contenido lo mismo podía embriagarle de gozo que matarle en el acto.

—Siento náuseas —dijo al fin; y cogió la carta y salió.

Mi madre me preguntó en un tono extremadamente frío:

—¿Tú sabes lo que significa ser extra?

—Que vas a una Escuela Especial.

Como alguien que leyera un texto teatral, tensa y concentrada, ella dijo:

—Extra es una palabra latina que significaba «fuera». Un extra tiene una inteligencia fuera de lo común. —Una nota de desolación se introdujo en su voz—. Teddy podría ser extra.

Mi hermano nunca me había parecido tan inteligente como eso. Listo sí, si ser listo contaba para algo. Pero guardaba tantas cosas para sí que no había modo de estar seguro.

—¿Y en ese caso volvería a ser supra? —pregunté.

Demasiado tarde pensé que mi madre me iba a replicar con enojo: «No somos infra Francis»; pero lo único que dijo fue:

—Sí, supra para siempre.

Mi cólera interna protestó:

—¡Pero si ni siquiera sabe sumar!

Ella consiguió forzar una risa apagada.

—Hacer sumas no es muy extra. Es un talento, no una... una superioridad.

Teddy reapareció con el rostro totalmente inexpresivo.

—Pasé el Test —dijo—. Soy extra.

Por un momento, ni Mamá ni él encontraron nada que añadir. Luego, ella inquirió:

—¿Cuándo has de marcharte?

—El próximo lunes. —Teddy raramente bromeaba, pero en aquella ocasión lo

intentó—: Te ahorrarás diez dólares cada semana.

Mi madre asintió como si fuera una gran idea (perdería, en contrapartida, la parte de subsidio correspondiente a Teddy), y dijo que no creía que a Billy le importase. Después continuó el silencio.

Lo rompió mi hermano:

—Voy a presentarme a la Escuela de Reclutamiento del Servicio de Investigación Policial.

Mamá le miró con incredulidad, pero mi egocéntrica inocencia vio enseguida que una especie de superpolicía podría ser un buen puntal de la futura prosperidad de la familia. Podríamos tener «apaños» como los de Billy.

Hubo un momento tenso cuando Billy se enteró del resultado del Test de Teddy. Estábamos todos en la habitación-sala y mi hermano, rehusando como siempre reconocer la presencia de Kovacs, se entretenía con un *puzzle* que sostenía sobre las rodillas. Mamá anunció la noticia, vacilando entre el orgullo que sentía por su hijo y el temor supersticioso que le infundía su suerte en una profesión que ninguno de nosotros comprendía.

—Servicio de Investigación Policial... —repitió Billy, con una especie de ironía afirmativa; y ni siquiera el papel que solía representar pudo dar calor a sus palabras —: Felicidades, chico.

Teddy levantó la vista sin romper su silencio; su cara irradiaba un desprecio que, de haber hablado, no habría sido más evidente.

Pero Billy captó el mudo mensaje, asintió con la cabeza y respondió:

—Te equivocas, chico. Yo sí importo. Todos los infra importan. Algún día lo descubrirás.

Teddy partió el lunes sin ninguna alharaca. Mamá estaba inquieta porque iba a estar en régimen de internado y no vendría a casa por las noches, pero él, que tanto había insistido en ser el centro del afecto familiar, no quería ahora ningún tipo de efusiones; incluso cuando mi madre hizo el gesto instintivo de sacudirle una invisible mota de polvo del hombro, él rehuyó el contacto. Comprendí lo que le rondaba por la mente y no se atrevía a expresar: *Por fin me marcho de este lugar degradante.*

El hoverbús del Consejo, que en la parte delantera llevaba escrito con brillantes letras escarlata el lema «Saber es poder», flotó sobre el maltrecho pavimento y se detuvo ante nuestra casa. Su puerta plegable se abrió. A través de las ventanillas, los rostros juveniles de los chicos admitidos aquel mes inspeccionaron a Teddy, evaluándole celosamente.

Su rígido adiós fue casi como emprender el vuelo, pero no pudo evitar el abrazo y el beso de Mamá.

—No te olvides de escribir.

—Claro que no.

Sus ojos estaban fijos en el hoverbús.

—Y ven siempre que tengas ocasión. —Mi madre recordaba que en nuestro

antiguo barrio el hijo de la satisfecha señora Urquhart la visitaba hasta dos veces al mes—. Queremos que nos expliques todo lo que hagas.

—Claro que sí.

Devolvió apresuradamente el beso y corrió al vehículo. Por lo que respecta a mí, fue como si no hubiera estado presente. Cuando el hoverbús se levantaba sobre su colchón de aire, Teddy agitó un poco la mano, pero su vista estaba fija en la lejanía.

No escribió; no vino.

Mamá esperaba y no se quejaba; desde la muerte de Papá se había refugiado en el interior de una armadura cuyos resquicios raramente eran visibles. Ella sí le escribió... y volvió a escribirle. Pronto llegó un sobre oficial.

«... abismo psicológico entre el nivel de instrucción de Edward Conway y sus infortunadas circunstancias familiares... tensiones sociales implícitas en su conciencia de depender económicamente del Sub... mantener el adecuado equilibrio a través de nuevas amistades... nuestras exigencias de reorientación del niño son severas y los lazos familiares deberían, para que seamos justos con él, pasar a segundo término...».

A mi madre debió de parecerle que, en nombre del celo profesional, se estaba destrozando su vida.

En lo que a mí concierne, debo admitir que la ausencia de Teddy no me deprimió en absoluto.

Ella mostró la carta a Billy, único confidente que tenía. No hablaba con ninguno de los vecinos; éstos, de todos modos, tampoco solían relacionarse con nadie, y los dos espantajos que ocupaban la otra mitad de la casa apenas osaban dirigir la palabra a alguien que estaba con Kovacs en términos tan amistosos. La influencia de Billy, por entonces, era para nosotros un misterio, pero se ponía claramente en evidencia cuando había que hacer las cosas.

De él oí un único comentario sobre la carta:

—No llore por el chico. Ha colocado usted a un hijo en el paraíso supra, así que no ha desperdiciado su vida. Y él no es estúpido. Al final, tomará personalmente la decisión respecto a quién ve y a quién no ve.

Aquel consuelo tan rudo semejó ayudarla, por lo menos a fijar un propósito a su espera.

Billy no pudo ayudarme a mí cuando pregunté cómo vivían los extras: la vida intelectual estaba fuera del alcance de su imaginación; pero sí tuvo una opinión que ofrecer en respuesta a mis dudas sobre qué era lo que el Estado querría de ellos.

—¿De los supermuchachos? Garantías. Saber algún día a quiénes no hay que matar. El paraíso es un lugar muy exclusivo.

Mis oídos, sin embargo, se habían autocondicionado para cerrarse automáticamente cuando él se embarcaba en el delirante tema de la «selección».

UII

Fue finalmente Billy quien importunó a Mamá a propósito de mi asistencia a la escuela, diciéndole en su típico tono resuelto que el hecho de tener un intelectual en la familia no justificaba el dejar que el otro hijo no pasara de ser un infra ignorante.

Ella no pudo preguntar sino:

—Pero ¿a dónde lo llevo?

Debió haber supuesto que Billy se habría ocupado de aquello antes de plantear el tema. Imagino que mi madre tenía sus propias ideas acerca del motivo por el cual él nos prestaba tan amorosa atención, como normalmente hacía, y habría deducido que se trataba de un galanteo paciente, pero fue su oportunismo a largo plazo lo que le indujo a continuar mi educación.

Sus complicados contactos habían localizado una escuela en nuestra área de la Periferia, una pequeña institución privada al servicio de aquellos supra de bajos ingresos que fácilmente podían ser borrados de su inestimable situación, pero que resistían como si el mañana no hubiera de llegar. Cuando Mamá inquirió sobre tarifas, él se mostró vago, diciendo que seguramente podría «negociar un arreglo».

El arreglo, por supuesto, ya había sido negociado; Billy no vio la necesidad de explicarle a mi madre que el artículo (yo) sólo iba a ser presentado para su tasación.

El día que me llevó a la escuela había optado por la facha infra. No olía realmente mal, pero iba sin lavar, sin afeitarse, y evidentemente se había peinado con los dedos. Pese a sus ropas arrugadas y grasientas, estaba mejor que la sucia araña del primer día, aunque peor que el aprendiz de caballero que procuraba ser en nuestra habitación-sala. Vi con sorpresa que no era exactamente el hombre alto y amenazador que yo había aceptado que era, sino que su altura superaba en poco la media y que su apariencia enérgica se daba o no según las necesidades. La de aquel día correspondía a un tipo astuto con cara de rata; en un serial del triv, yo le hubiese identificado enseguida como un estafador y un ladrón.

Después de tantos años, su personalidad todavía se me escapa: todas sus simulaciones, excepto las buenas maneras deliberadas, parecían reales cuando representaba un papel. Quizá lo eran; algunos actores aseguran que el papel «se apodera de ellos».

La escuela estaba a veinte minutos de casa, al borde de un decoroso suburbio supra, en un edificio de dos pisos, bastante grande, ornado por los balcones de hierro forjado de otra época. Pude oír que unos niños jugaban en la parte de atrás, fuera de la vista.

Mi sentido de las convenciones sociales se alarmó cuando Billy, ataviado de infra, se dirigió a la puerta principal, y le sugerí que buscáramos una puerta trasera. Él me dedicó su sonrisa de estafador.

—La entrada de servicio, ¿eh? Pues yo no soy un sirviente, chico. Soy el patrón. Ya verás.

Y golpeó la puerta con la aldaba de pulido bronce.

La señora que abrió era supra, delgada y gris y severa, pero bajo su severidad apuntaba la castigada cautela que aprendí a reconocer en los pequeños supra cuando sus esperanzas morían. Le dijo a Billy, con el disgusto de una mujer decente:

—Podía al menos haberse lavado. Y llega tarde. La señora Parkes ha estado esperándole diez minutos.

—Entonces es diez minutos más vieja por culpa de este menda. Aquí tiene a Francis Conway. Francis, ésta es la señora Pender, tu directora. Adentro, chico.

La señora Pender nos precedió. Yo la seguía con los escalofríos del alumno neófito, pero la gran mano de Billy me confortaba al tiempo que me urgía a avanzar.

En el despacho, ante las ventanas, estaba sentada una mujer que debía ser aquella señora Parkes que esperaba: cortante, mediana edad, ojos fríos, con una capa de sensatez recubriéndolo todo. Supra-extra-zorruna, decidí yo, lo cual era injusto. Era una mujer simpática que se daba la circunstancia de que regentaba un negocio, no demasiado correctamente; necesitaba para ello de su dureza profesional.

A su lado se encontraba en pie un hombre que tenía que ser un Auténtico Gran Supra: seguro de sí, trajeado como una joya, carnes blandas pero con maligna dureza debajo. La mujer me examinó con interés informal. El hombre gruñó:

—Tiene el mismo aspecto que cualquier otro rapaz.

Billy, que se había quedado junto a la puerta, dijo:

—Eso es parte de su valía.

Había usado el tono rasposo que los actores del triv utilizan para representar a un infra, pero el hombre no dio señales de haberle oído. Algunos supra empezaban a creer que los infra no eran realmente personas. O quizás aquel hombre distinguía a un falso infra cuando le oía y no se dejaría engañar por el juego.

Billy se apoyó en la pared, desde donde podía vernos a todos sin parecer que participaba en la reunión. Me hizo un guiño rápido, pero la señora Parkes lo notó y dedicó un momento a estudiarle.

La señora Pender no parecía tener función ninguna; permanecía sentada ante su escritorio y escuchaba.

El Auténtico Gran Supra se adelantó y me tomó por debajo del mentón para que levantase el rostro hacia su altura.

—Así que haces cálculos mentales, ¿eh? —dijo. Y no esperó la respuesta antes de acusarme—: Crees entonces que realmente eres alguien, ¿eh?

Ante una pregunta a la que había que decir que sí y otra a la que había que decir que no, me quedé sin habla. Él se inclinó hacia mí, oliendo peculiarmente a rosas y a cuero aromático, y susurró:

—¿Cuánto es 1274 dividido por 17? ¿Eh?

Aunque me asustó, aquello era demasiado fácil; mi reflejo numérico estaba exclamando, antes de que el hombre cerrara la boca:

—74,9411764705882352 y se repiten todas las cifras a partir de la coma decimal.

Dominó su sorpresa, pero yo la noté.

—Escríbelo.

La señora Pender me dio una hoja de papel y una pluma, y anoté los números mientras él comprobaba la operación en su calculadora de pulsera y de mala gana reconocía que era correcta.

Billy dijo al aire:

—Pruebe algo que le obligue a esforzarse, jefe.

Los otros le ignoraron. (Billy sabía hacer cálculos aritméticos con lápiz y papel, según él porque eran necesarios para un negociante infra; el Auténtico Gran Supra probablemente no sabía).

El Supra leyó en voz alta dos cifras de diez dígitos cada una para que yo las multiplicase; pero sus conocimientos quizá no bastaban para que me plantease operaciones más complejas. La señora Parkes sacudía la cabeza con irónico asombro ante aquella criatura que eructaba a toda velocidad sus mordientes respuestas, pero me di cuenta de que ella no iba a humillarme, particularmente cuando le hizo a Billy un discreto signo de aprobación, reconociéndole como una persona real participante de lo que sucedía. Y cuando me sonrió a mí, deseé fervientemente complacerla: las sonrisas habían sido escasas desde que Papá murió.

Luego rompió a hablar, y el Auténtico Gran Supra enmudeció, y vimos claramente quién mandaba allí; quizá con excepción de Billy, porque él tenía siempre ideas propias sobre los niveles jerárquicos.

Me dio operaciones de otra clase. Por su estilo y por las largas secuencias que debían confrontarse en una única respuesta supuse que se trataba de artículos o mercancías y precios. Era importante la habilidad para recordar y llevar la cuenta, no el cálculo en sí, que no ofrecía dificultades. Ella ya tenía las respuestas anotadas y verificó cada paso.

Al final, dijo:

—Necesité seis horas de trabajo para calcular esto por escrito.

Una pregunta obvia me vino a la mente, pero Billy miró con dureza en mi dirección y ello me indujo a cerrar la boca. La señora Parkes añadió que yo era muy bueno.

—Suficientemente bueno —precisó. Y preguntó a continuación—: ¿Trabajarías para mí una hora por semana?

¿Qué tenía aquello que ver con asistir a la escuela? No sabiendo qué decir, miré a Billy. A su cara de rata asomó la sonrisa más afectuosa que yo hubiera visto nunca, y con aquella horrenda falsificación del acento infra me dijo:

—Puedes negarte si no quieres hacerlo.

Me conocía lo bastante para saber lo que contestaría: yo habría pasado noches enteras haciendo cálculos a cambio de una sonrisa y una palmadita cariñosa. Por supuesto, dije que sí.

Su sonrisa se torció un poco y después desapareció de su boca. Yo no podía saber

que le estaban acometiendo incómodas dudas de última hora, ideas pesimistas con respecto a sus callados designios, y que casi deseaba que alguna indicación mía le indujese a cambiar de opinión y renunciar a un juego potencialmente peligroso. Yo le había cerrado la puerta de escape con una sola palabra que me arrancaron la gentileza y la bondad.

—'sta bien —dijo Billy—. Ya e zuyo.

La señora Parkes habló como si estuviera tratando asuntos corrientes:

—Por favor, olvídese de ese desagradable dialecto, señor Kovacs. Los contactos que me han localizado por encargo suyo me han contado todo lo que necesito saber respecto a usted. Y el detalle de no lavarse era innecesario. —Sonrió levemente—. Pero aprecio la minuciosidad. —Dado que él se limitaba a mirarla con ojos carentes de expresión, tuvo que azuzarle con una pregunta—: ¿Lo que vende usted es la mente del chico, o es su alma, o son ambas cosas?

—Ni una ni otra. —El sonido de su voz normal restó al ambiente mucha de su teatralidad—. Nunca veo... he visto un alma, y yo no vendo personas. Él vende una pizca de su talento durante una hora a la semana... siempre y cuando quiera hacerlo.

—¿Y usted?

—Yo quiero juego limpio y paga justa. Sé el valor que tiene para usted con suficiente precisión como para fijar el precio.

El Auténtico Gran Supra intervino:

—Por el amor del Estado, Nola, es sólo un delincuente infra con un arrapiezo gorrón.

Billy replicó explosivamente:

—¡No!

Sin embargo, la señora Parkes no prestaba atención a ninguno de los dos. Movié un dedo para llamarme a su lado, me miró a los ojos y me volvió de cara a Billy.

—¿Qué es él para ti, muchacho?

Yo nunca había pensado en ello: un niño no piensa en lo que son las personas. Buscando apresuradamente una respuesta, dije:

—Es mi segundo padre. —Mis palabras hicieron a la mujer enarcar las cejas y tensar los labios y arrancaron un gruñido de disgusto del Auténtico Gran Supra. Para salvar el espíritu del día agregué—: Cuida de Mamá y de mí.

Aquello produjo una impresión más moderada, pero igualmente errónea.

—¿Lo hace, de veras? No es de mi incumbencia... —La señora Parkes se interrumpió para preguntar—: ¿Quieres al señor Kovacs?

—Naturalmente. Es mi segundo...

—Sí, sí. —Miraba a Billy. Cuando yo le miré también, ya era tarde: había adoptado su expresión vacía. Ella se echó a reír—. ¡Pues no me extrañaría que a fin de cuentas sí fuese un padrastro chocho!

Él me dijo secamente, como si de alguna manera le hubiera traicionado:

—Lárgate, Francis. Espera fuera. Tenemos que hablar de negocios.

La señora Pender hizo su única contribución:

—Será mejor que me lleve a Francis a su clase —dijo con discreta elegancia; y me sacó del despacho antes de que empezase lo más interesante.

Cuando me recogió al término de la jornada escolar, Billy no habló mucho. Le pregunté:

—¿Qué tendré que hacer?

—Ser un colegial —respondió.

Su tono, habitualmente tan directo, era inseguro, y sospeché que habría algo no del todo correcto en el convenio establecido. Esto le añadía un aura atractiva, romántica, como de aventura.

En cuanto a la escuela, no creo que académicamente fuera gran cosa, pero permanecí en ella varios años y no aprendí nada que me perjudicase. Fue después del horario escolar cuando los hechos fascinantes se introdujeron en mi vida.

Caía una ligera lluvia, lo que Mamá habría llamado llovizna escocesa, mientras caminábamos de regreso a casa aquella tarde. En la calle residencial no había ningún resguardo, pero la forma en que caía el agua no era para preocuparse.

—Empeorará —predijo Billy—. El río venía un poco alto esta mañana.

La noche anterior el triv había mostrado escenas de inundaciones, con ganado anegado y personas subidas a los tejados de las casas y agua hasta los aleros, pero ocurrían en la campiña de algún paraje lejano. Rechazando la conexión entre los acontecimientos, yo dije:

—Pero no era nuestro río.

—Lo era. El mismo, corriente arriba.

Mis recuerdos saltaron a aquel día de mi cumpleaños en que Mamá habló de Newport, donde algún día los infra nadarían enloquecidos.

—¿Llega alguna vez el agua a los pisos bajos?

—Alguna vez, sí. ¿Dónde has oído eso?

Lo expliqué, y como no lo veía del todo claro pregunté:

—¿No hay un muro?

—Un trozo de muro. Debieron pensar que ya era bastante alto. O necesitaban el dinero para otra cosa.

—¿Huele mal? —insistí.

La pregunta podía parecer irrelevante, pero Billy asintió:

—Cuando el nivel del agua baja, el lodo apesta. Como letrinas sucias.

—Nunca he visto el río. ¿Es grande?

—No sé decirte, chico. No conozco otro para compararlo.

Estaba diciendo que había pasado toda su vida allá abajo, en las torres, sin ver nada más. Pero tenía que haber encontrado un camino de salida. Seguramente había un camino.

Aquella conversación pudo haber tomado un cariz informativo si él no me hubiera agarrado del brazo.

—¡Escucha! —Se oía un murmullo distante, como el que emite un gato ronroneando en sueños—. ¡El muy bastardo ha subido más!

Me llevó medio corriendo, medio a rastras, hasta que llegamos a nuestra calle. El ronroneo se había convertido en un profundo rugido que venía de la hondonada de la colina, al otro lado de las torres.

—¿Es eso el río?

Él asintió.

Entonces se levantó el viento y empezó a caer una lluvia mucho más fuerte, penetrante y fría. En unos segundos quedamos calados. Billy me empujó hasta nuestra puerta.

—Dile a tu madre que tengo que irme a casa.

Eché a correr. Yo le grité:

—¡Entre y séquese!

Hizo un gesto negativo con la mano, sin volverse ni detenerse. La camisa y los pantalones, empapados, se le pegaban a los huesos.

Cuando se lo conté a Mamá, ella me dijo que el río debía estar desbordándose y que Billy tenía que ocuparse de su familia. La familia era algo de lo cual no hablaba nunca; tenía sus asuntos en compartimentos separados, un tipo de vida aquí, otro allá.

—¿Dónde está el río?

—Al fondo de la calle, a más de un kilómetro.

—¿Podría subir hasta aquí?

—No. —Mi madre rectificó rápidamente—: Todavía no. Algún día, quizás. —Y en tono fatigado—: Todo en el mundo es «quizás».

Llovió durante horas, y todo el tiempo estuve preguntándome si el agua habría alcanzado el piso de Billy, dondequiera que se hallara situado. (No lo alcanzó: vivía en un piso más alto; y la «familia» de la cual debía ocuparse constaba de 70.000 miembros).

Compareció por la noche, muy tarde. Yo estaba ya en la cama, pero oí a Mamá decir:

—Séquese los pies con esto. No tenía por qué haber vuelto. Francis me ha contado lo de la entrevista.

La respuesta de él no me llegó; su voz sonaba opaca y fatigada.

Mi madre inquirió:

—¿Está a salvo su familia?

De nuevo un murmullo.

Cuando entraron a verme, sus ropas aparecían embarradas, llevaba los zapatos colgados del cinturón y los pantalones arrollados hasta las blancas y huesudas rodillas. Supuse que el agua no había subido mucho, que los infra no estarían nadando. Se sentó al borde de mi cama, oliendo levemente a mascada, mientras Mamá se inclinaba sobre mí, protectora y aprensiva; y él me dijo lo que el instinto ya me había sugerido: que los acontecimientos de aquella mañana eran secretos.

—No le cuentes nada a nadie sobre la señora Parkes. ¡A nadie!

—No sabría qué contar.

—Lo sabrás. Te llevaré con ella el viernes por la noche. ¡Y no hables de ello! Sobre todo no lo menciones a los demás chicos de la escuela. ¿Has comprendido?

No había comprendido demasiado, pero dije:

—Sí.

Él insistió:

—¿Sabes por qué no debes hablar? —Tuve que sacudir negativamente la cabeza—. Pues porque no creerán lo que les digas y se burlarán de ti. O quizá lo repetirán en casa y sus padres causarían problemas.

—¿Sobre lo que yo hago con los números?

Tendió un largo brazo para arroparme, mientras decía:

—Porque son incapaces de tolerar que haya personas mejores que ellos. —Yo había dejado de pensar en Papá, pero aquello lo devolvió a mi memoria—. Tú vas a subir, Francis, y esto no les gustará. Te fastiadarán tanto como puedan.

Me revolví para verle la cara.

—¿Subir? —Él estaba, sin embargo, observando a Mamá—. ¿Quieres decir salir de aquí?

Todavía observándola a ella, Billy asintió.

—Pero no enseguida; todavía tardarán un tiempo.

—¿Lejos de los infra?

—Algún día. —Quizá notó el salto de mi corazón—. ¿Esto tiene mucha importancia para ti?

—Sí, Billy —dije.

—Entonces harás bien en no hablar. ¡Nunca! —Me levantó el rostro—. Te apuntaste un tanto con la señora Parkes.

—Sólo dije que le haría sumas.

Mamá estaba muy excitada, cosa insólita en ella.

—Confío en que esto... No querría que él...

Billy le dedicó la sonrisa especial que utilizaba para salirse con la suya.

—Ni yo permitiría que ocurriese.

Lo que decía causaba siempre un efecto positivo en mi madre, incluso cuando ella sospechaba que no era del todo verosímil, y con frecuencia no lo era. Le había entregado toda su confianza.

Yo hice entonces la pregunta que se me había ocurrido durante la entrevista:

—¿Por qué perdió seis horas haciendo aquellas operaciones? Debería tener una calculadora.

La respuesta a aquello fue una lección sobre la tortuosidad del mundo, y me introdujo en la noción de un Estado que quitaba el dinero a sus dueños con el pretexto de impuestos, aranceles, tasas y contribuciones. Billy no dijo que esto fuera injusto, pero me coloqué de parte de la señora Parkes, quien quería evadir aquellas

imposiciones y había sido cariñosa conmigo.

—Pero los pasmas del Grupo de Finanzas pueden seguir la pista de las operaciones de calculadoras y ordenadores, incluso reconstruirlas cuando han sido borradas, de manera que siempre saben el dinero que tienen las personas. Esto hace muy difícil llevar dos contabilidades separadas sin que te atrapen. Pero si alguien tiene una calculadora que le dé las respuestas sin que intervengan una tecla ni un chip, puede anotarlas en trozos de papel. ¿Y quién busca hoy en día anotaciones hechas en trozos de papel? Además, las notas pueden ser microfilmadas y ocultadas... ocultadas como puntos en cualquier libro viejo. Así que únicamente la señora Parkes y tú sabréis lo que hay en los trozos de papel. —Fingió darme un puñetazo en la mandíbula—. ¿Lo has pescado?

Dije que sí, pero estaba aturdido. Con el correr del tiempo lo entendí perfectamente, pero en aquel momento me preocupaban más mis perspectivas personales. Un bello porvenir a plazo más o menos largo estaba muy bien, pero...

—¿Me hará un regalo o algo así?

—Algo así, y más.

Después de su partida, Mamá murmuró:

—Lo siento, Francis.

—Yo no —respondí.

A ella le oprimía el corazón la idea de haber vendido a su hijo a unos explotadores de trabajo infantil. ¡Por una hora a la semana! Esto la inquietaba más que cualquier asomo de ilegalidad.

Cuando Mamá se hubo ido a la cama, reflexioné sobre las imágenes de las inundaciones que había visto en los noticiarios y que nunca mostraban la ciudad, sólo el campo. Era verdad, y en cierto modo siniestro, que las noticias raramente mencionaban a los infra.

Me puse los zapatos y me deslicé sigilosamente hacia el jardín trasero; en una esquina podía escalar la verja y ver calle abajo hasta más allá de las torres. La luna estaba alta y brillaba como plata en un espejo que podía haber sido la calle en la zona del Enclave. Pero el espejo se agitaba. Lo que veía era agua que había subido del río y se encontraba a no más de una manzana de distancia. La pendiente de la calle era suave y no parecíamos estar muy por encima de la inundación.

Pasé largo rato vigilando, esperando que de un momento a otro el agua subiría por la calzada y entraría por nuestra cerca, pero no se acercó más y el sueño me venció al fin.

Por la mañana pude distinguir la calle en toda su extensión, y el agua había desaparecido. Mamá me contó que había inundaciones fulminantes que se retiraban con tanta rapidez como se habían presentado, pero el triv no dio sobre ello ninguna información.

—Pobre Billy —dijo ella quedamente.

Y el pobre Francis, ¿qué? Yo estaba comprendiendo el triunfo de Teddy al

escapar, y se reafirmaba mi determinación de nunca caer más cerca de los infra de lo que aquella casa, en su esquina dudosamente segura, se encontraba. El instinto me decía que la señora Parkes tenía la llave de mi futuro y que Billy me había elevado más alto de lo que él mismo suponía.

UIII

Aunque Billy hablaba razonablemente bien cuando se lo proponía, nunca se mezclaba con los supra. Ante todo, ellos no le habrían dejado ni acercarse; consideraban a los infra mendigos y delincuentes, cosa que no estaba lejos de la realidad. Por lo tanto, lo que dolorosamente ignoraba era mucho, y lo demostró con creces cuando vino a buscarme para ir a casa de la señora Parkes.

Traía consigo un paquete de ropa y utilizó mi dormitorio para cambiarse.

—No podía ponerme estas cosas allá abajo... Medio Newport me habría espiado para saber qué iba a hacer.

Al reaparecer, ataviado para las calles supra, incluso yo me di cuenta de que se había equivocado por completo. Mamá preguntó:

—Pero ¿de dónde ha sacado esas ropas?

Interpretándola mal, él dijo bruscamente:

—Las robé.

Ella estaba sin duda riéndose por dentro, pero evitaba ofenderle.

—¿Por qué clase de supra quiere que le tomen?

—Un supra pequeño. Un trabajador, como un jardinero o alguien así.

Era imposible no decírselo:

—Billy, la camisa de algodón gris está francamente bien, pero todo lo demás no.

Él replicó a la defensiva:

—Tuve que coger lo que encontré. —Enfadado como un chico jactancioso—. Además ¿por qué no está bien?

—Para empezar, la chaqueta.

—Todo el mundo lleva chaquetas de cuero. Se ve constantemente en el triv.

Mamá dijo con afectuosa suavidad:

—El triv es engañoso. Los trabajadores llevan chaquetas de plástico que imitan el cuero; la suya es de cuero auténtico y está muy bien confeccionada. Costaría dos semanas del salario de un obrero corriente. Sólo es adecuada para asistir a un acontecimiento deportivo.

Billy se sentó, incapaz de discutir.

—¿Qué más?

—Los pantalones. Los trabajadores los usan de tejidos más recios y con cinturón, no con la cintura entallada. Y esos zapatos verdes sólo servirían para bailar. Puede usted ponerse una gorra para ir al trabajo, pero por la noche llevará una boina azul o negra.

Él dijo con desaliento:

—Pues sí que la he jodido.

Mamá titubeó respecto a algo que habría preferido no decir y que al final dijo:

—Fred... mi marido... tenía aproximadamente su talla. Un poco más grueso... Guardo algunas de sus ropas para los chicos, para más adelante.

Pensé que iba a echarse a llorar, pero si lo hizo fue en su cuarto, donde en un baúl guardaba las cosas de nuestro padre. Regresó con unos gruesos pantalones que él se ponía los días húmedos, una chaqueta de plástico que yo recordaba de las salidas al campo, un cinturón también de plástico y la vulgar boina con que se tocaba cuando pulía la carrocería del coche.

—Simple sentimentalismo —dijo mi madre—. Es mejor que lo tenga usted.

Las prendas eran ligeramente holgadas para el enjuto cuerpo de Billy, pero cuando cuadró los hombros le quedaron pasablemente bien. Los zapatos de Papá eran, en cambio, pequeños para sus grandes pies. Mamá pintó con Plastinte de color castaño aquel par de horrores verdes y concluyó que, de noche, soportarían cualquier examen.

Él farfulló unas palabras de orgullo herido y resentido agradecimiento, pero Mamá se burló abiertamente de él y dijo que, si él la había obligado a hacer frente a tantas verdades amargas, ¿qué tal le sentaba su propia medicina? Billy rió también y replicó que no le gustaba, y las cosas volvieron a enderezarse hasta que a Mamá se le ocurrió otra idea:

—¿Qué pasará si algún policía desconfía o se siente intrigado, y quiere interrogarle? ¿Lleva usted un cuchillo? —Como viese que él se palpaba el sobaco, tendió la mano y le ordenó—: Déjelo aquí.

—No, señora. Oh, no.

—Llevar oculta un arma es un delito, sobre todo en territorio supra.

—Eso lo sé de sobra. Sólo que... —No parecía saber qué decir, pero terminó—: Un hombre está desnudo sin su cuchillo.

Mi madre perdió momentáneamente la calma.

—¡Eso son manías infra! Usted pretende pasar por un supra. ¿Qué historia contará si le interrogan, con un cuchillo debajo de la camisa y acompañado de mi hijo?

Era una sorpresa ver a Mamá enfrentándosele. Pero él se desabrochó la camisa, desprendió la vaina y arrojó vaina y cuchillo sobre la mesa. Y no fue de ello de lo que habló a continuación:

—No me gusta que piense de mí que soy un infra. Intento no serlo, ¿no?

Mi madre, entonces, se sonrojó: el suyo fue el rubor del esnobismo puesto en evidencia.

—¡No pienso eso de usted, Billy!

Por supuesto que lo pensaba. ¿Cómo habría podido no pensarlo? Y él lo sabía.

—Sí lo piensa. —Vino hacia mí y me tomó de la mano—. Vámonos ya, joven Francis, hay dinero supra esperándonos.

La escena me turbó. Un Billy obligado a contemporizar porque no sabía vestir las ropas adecuadas, y amargado cuando una mujer se había reído de él, no era exactamente el héroe que yo veneraba. No bajó de su pedestal aquella noche, pero su posición en lo alto se hizo insegura.

Cuando al cabo de un cuarto de hora de andar tomamos un hovertravía y pagó los billetes, dijo «yo y el chico» en lugar de «uno y medio», y a continuación se armó un lío con el nombre de la calle a la que nos dirigíamos, de modo que el conductor tuvo que descifrar que se refería a Cholmondeley Street. Al sentarse, Billy murmuró para sí:

—Chumley.

No parecía creer que hubiese diferencia entre esta palabra y la que llevaba escrita en un pedazo de papel.

Yo tenía la esperanza de que atravesaríamos el mágico Centro Urbano, pero nuestra ruta lo rodeaba y todo lo que mis ojos captaron fue un horizonte de edificios como fichas de dominó donde los puntos eran ventanas iluminadas. Habría llorado de frustración.

Billy aproximó la boca a mi oído para murmurar:

—¿Nunca habías estado aquí? Yo tampoco. Nunca me había alejado tanto de las torres desde que era niño.

Estaba tan extasiado como yo, cosa increíble. Mi amado Billy nunca había visto el mundo con el cual pretendía hacer juegos malabares. Pero peor fue cuando dijo:

—Estate atento al nombre de la calle. Se escribe así. —Me dio el pedazo de papel donde el nombre aparecía escrito con desmañadas mayúsculas—. No ando muy bien de vista últimamente.

Estaba nervioso: cometía errores de lenguaje y no los corregía.

Le pregunté, irritado porque percibía en él imperfecciones, a qué obedecía que no usara gafas, y él respondió con la versión triste de su sonrisa, que siempre calmaba mi enfado, inquiriendo a su vez si yo sabía lo que costaban. No lo sabía, y me sentí mezquino, pero pensé qué sería lo que Billy haría con el dinero que cobraba de sus protegidos. (La verdad era que iba a parar a su indecentemente numerosa familia).

Cuando nos apeamos en Cholmondeley Street, estábamos en la clase de mundo que yo había vislumbrado desde el coche de Papá cuando viajábamos hacia las colinas, un mundo de grandes casas rodeadas de jardines que habrían acogido una docena de nuestras manzanas de viviendas de supra trabajadores, casas de dos plantas

y no prefabricadas como las casas corrientes, casas resplandecientes de luces, tanto en su interior como en el exterior.

La de la señora Parkes era inmensa. Conté doce ventanas alineadas en la planta baja, todas iluminadas tras las cortinas, y me pregunté qué haría con tantas. En vez de dirigirnos a la entrada principal, tomamos un sendero lateral al margen del camino particular de la mansión, y yo quise saber por qué en esta ocasión utilizaríamos la puerta de servicio.

—Porque esta vez somos sirvientes.

Todo conspiraba aquella noche para demostrar que Billy no era el perpetuo jefe que aparentaba ser y para revelarme a mí que no se puede confiar en los ídolos.

3

NOLA PARKES

Año 2044

Aquella noche, en el despacho privado de mi casa, la primera impresión de encanto juvenil se deslustró. El chico parecía ahora falto de personalidad; su talento se convirtió en lo único interesante que tenía. Era un niño de nueve años, enjuto, de buenas maneras y bien cuidado, aunque receloso e introvertido y que respondía con mucha timidez al afecto. Resultaba difícil comprender por qué Kovacs, un infra correoso, gastaba su cariño con él, salvo que lo considerase su gallina de los huevos de oro.

Francis se había obviamente engalanado con sus mejores ropas. Un error: a aquella edad se está más distendido si uno va un poco zarrapastroso y desaliñado. En la escuela se había animado porque se exhibía; aquí se mostraba nervioso, inseguro, porque la exhibición había dejado de ser un juego.

En el conjunto de la transacción existía un punto débil: la habilidad del pequeño Francis, o su falta de habilidad, para contener la lengua. A este respecto tenía que confiar en la vigilancia y la autoridad de Kovacs. Mis logros continuados en posición e influencia dependían diariamente del silencio de unos subordinados cuya subsistencia dependía a su vez de mi patrocinio. Los pocos que sabían podían arruinarme, lo mismo que yo podía, con una simple despedida, enterrarlos para siempre en las torres infra. Había otra cosa, además, y era que el colapso de mi pequeño imperio arrastraría consigo el de otros mucho mayores. El comercio era una red de fraudes, de pactos secretos y de francos engaños. Los auditores del Estado no lo ignoraban, pero ¿qué podían hacer, a menos que desmantelasen los últimos bastiones de un sistema económico ya moribundo?

Yo confiaba en Kovacs porque estaba obligada a ello y porque mis investigadores le avalaban de forma notable. Un camaleón, informaban, un hombre ignorante atiborrado de conocimientos inesperados, lector de enciclopedias, coleccionista de trivialidades. Por otro lado, un intrigante, un táctico y, cuando era necesario, un bandido. Asimismo, un devoto cabeza de familia y un pertinaz libertino. No obstante, quizás a causa de todo ello, gozaba entre los infra de una reputación de hombre responsable y estrictamente honesto. En esto, cosa singular, la policía coincidía.

¿Cuál sería la apariencia física de un hombre semejante? ¿César Borgia en harapos infra?

No, en absoluto. Aquella noche era una delicia, una extravagancia, adornado evidentemente con plumas ajenas y simulando baladronadas para demostrar que tenía el control de la entrevista. A los ojos de una veterana que sabía cómo funcionaban hombres y mujeres, estaba fuera de ambiente. Decidí ignorarle por un rato, procedimiento que rebajaría su vanidad.

—Buenas noches, Francis —dije, sonriendo con toda la franqueza que pude a fin de aliviar el embarazo del muchacho.

—Buenas noches, señora Parkes —murmuró él, y podía muy bien haber dicho: *No me gusta esto.*

—¿Cómo estás?

—Estoy muy bien.

—¿Y tu madre? Está bien, supongo.

¡Qué insensatez! Su tensión se me estaba contagiando.

Con un deje de displicencia, el chico dijo:

—Está bien.

Capté apenas el rápido apretón de la mano de Kovacs apoyada en su hombro, pero Francis reaccionó con precisión y se apresuró a añadir:

—Quiero decir que está muy bien, señora.

El segundo padre había transmitido su mensaje: *¡Cuida tus modales!*

¿Y luego, qué? ¿Ofrecer unos bombones?

Con súbita inspiración, y como si fuera un giro lógico de la conversación, dije al chico:

—12.598 entre 73.

Más que responder, empezó de inmediato a soltar números:

—172,575... —Era la táctica adecuada: con la atención vuelta hacia sí mismo, se había relajado—:... 342...

—¡Basta, Francis, basta! —Calló obedientemente, sonriendo con manifiesta presunción ante lo que consideraba mi incapacidad de competir con él. Le dije—: Nunca más de tres decimales, a no ser que yo los pida. Me inundarás de números.

Lo entendió mal:

—Puedo recordarlos por usted, señora.

—Eso sería útil. ¿Estás dispuesto a empezar el trabajo?

—Sí, señora.

Se comportaba ahora como si tuviéramos una broma o un chiste en común. De modo que era eso: el Francis que actuaba era tu igual, mientras que el Francis niño era una circunspecta y encogida criatura.

—Siéntate en el sillón grande —le dije.

Los dos lo miramos, y yo observé que el ladrón que había en Kovacs lo valoraba en secreto: armazón de madera, cuero auténtico, de una opulencia indecente, muy

caro.

—Prefiero estar de pie —anunció Francis. Y explicó—: Como si contestara preguntas en la escuela.

Kovacs se alejó silenciosamente del muchacho, a desgana, entre contento y taciturno.

—¿Por qué no ocupa usted el sillón, señor Kovacs? Serán diez o quince minutos.

El rostro de roedor se iluminó por un instante, y luego Kovacs fue a sentarse en el borde del sillón. Yo habría apostado a que nunca en su vida se había sentado sobre tanto lujo.

En doce minutos y unos pocos segundos hicimos el trabajo de una semana, separando la realidad de mi negocio de la ficción sujeta a impuestos.

—Eso es todo, Francis.

Al oír estas palabras quedó decepcionado, como si hasta entonces apenas hubiera estado calentándose, pero se fue hacia Kovacs, quien le rodeó posesivamente con un brazo.

Un sentimiento genuino. Extraño personaje. Ahora le llegaba el turno.

—Señor Kovacs, tengo que hablar con usted.

La cara de rata se enderezó, entre atenta y desdeñosa.

—Sí.

Era la primera palabra que había pronunciado. Yo señalé la puerta.

—Por ahí, Francis, encontrarás libros. Elige algo y lee un rato.

El chico no ocultó su alegría, ¡bien!, pero pidió permiso a Kovacs con la mirada, permiso que le fue concedido con un pequeño gesto. Desde la puerta dijo:

—Me gustan los libros antiguos, sobre la época en que había aventuras.

¡Aventuras! Desaparecieron juntamente con los bosques devastados y los animales exterminados. Ahora teníamos supervivencia, acción y riesgo en la bolsa de valores, pero no aventuras. Lo novelesco se había esfumado. Mi mente retrocedió a los paseos por frondas lujuriantes, hoy convertidas en astillas, a los baños en el agua azul de las bahías que ahora era gris y maloliente, a ser joven en un mundo de maravillas sin el presentimiento de que se estaba desmoronando a tu alrededor... para conservarse sólo en las viejas novelas.

Kovacs preguntó:

—¿Qué desea, señora?

Debí haberle contestado: *El ayer.*

—Necesito asegurarme del silencio del muchacho. Y del suyo.

No era más que un tanteo, la vaga esperanza de que él tuviera algo que ofrecer, pero su ofendida mirada indicaba que yo le había decepcionado con una necesidad.

—No hay manera de asegurarse de eso, señora. Todos corremos los mismos riesgos si el terreno es resbaladizo.

—Supongo que así es —dije, consciente de mi torpeza.

Nadie puede garantizar el silencio de otro: los psicofármacos son capaces de

extraer cualquier conocimiento de cualquier mente. Era un riesgo cotidiano que se nos había hecho familiar, pero no por ello quedaba descartado; un esqueleto en cada festín para recordarnos la muerte.

Kovacs se puso de pie, y su actitud transmitió el mensaje de que hablábamos de igual a igual; por un segundo vi lo que sus enemigos temían de él. No era un hombre corpulento, pero proyectaba una energía animal; mejor alimentado, mejor alojado, mejor tratado en un mundo mejor, pudo haber sido un personaje poderoso. Tal como era, tenía el físico de un hurón y, según me decían, una mente equiparable.

—Yo nunca faltó a mi palabra, señora. Por ello sigo vivo. No se trata de honestidad natural, sino simplemente de hacer bien los negocios.

Le creí al instante, pero estábamos psíquicamente cruzando nuestras espadas y mi insistente y fundamental conciencia de clase no podía tolerar el desafío de un inferior. Era necesario que comprendiese la naturaleza del poder.

—Si tuviera razones para dudarlo... —dije, y dejé que el silencio expresara las implicaciones.

Él preguntó con ejemplar cortesía:

—¿Qué haría usted, señora? ¿Nos haría matar? Suena como esas historias del triv, pero apuesto a que ya ha ocurrido. —Había sido, más que torpe, estúpida. Efectivamente había ocurrido, aunque no por mi intervención; se contaban desagradables historias sobre el encubrimiento de explosivas intrigas. Él era un hombre sumamente paciente y explícito—: Señora, usted no tiene las entrañas tan duras como para hacerlo. —Y evidentemente no las tenía—. A mí pueden matarme cualquier día en el curso de mis negocios, me preocupa lo mínimo... —Tuve un sorprendente atisbo sobre sus pretensiones cuando frunció el entrecejo y rectificó—: No me preocupa lo más mínimo. —No me atrevía a sonreír; creo que me habría gustado darle una palmadita y decirle: *Correcto*—. Supongamos —prosiguió— que confiamos uno en otro, de modo que ninguno de los dos se preocupe tanto como para cometer una imprudencia. Por otra parte, como negociante que soy me compensará protegerla a usted.

Aquél era el razonamiento básico que debió haberme aconsejado prudencia antes de empezar. Ahora me brindaba la ocasión de desviar la conversación de las embarazosas lecciones que me estaba dando.

—E imagino que el negociante querrá el pago en efectivo. El crédito no le sería a usted de ninguna utilidad.

Un documento de crédito en manos de un infra despertaría inmediatamente la sospecha de que los había robado.

—Los infra no tienen crédito, señora, ni aunque sea para fines honestos. —Se las había ingeniado para dar el último toque antes de cambiar de tema—. Tampoco tienen mucho dinero en efectivo, salvo que se lo quiten a alguien.

—La señora Conway...

—Ella conserva todavía la clasificación supra de crédito que corresponde a su

cuenta bancaria, pero si Datos indica que no tiene ingresos no puede hacer nuevos depósitos.

—Bien, ¿entonces?

—Especies, señora. Cosas para comer, vestir o usar de alguna manera que no se note. Puede usted pagar las cuotas escolares del chico, como bondadosa dama que se apiada de niño de la Periferia, más algún dinero suelto, por ejemplo como gastos de desplazamiento para llegar hasta aquí. Lo demás, en especies.

Desplegó una hoja de papel y me la tendió. Era una lista escrita con letra rara pero legible; muy pocas personas de su clase podían escribir algo más que sus nombres.

Mi sorpresa no le pasó inadvertida. Añadió:

—En otros tiempos los infra tenían escuelas decentes, ¿recuerda? Claro que entonces no les llamaban infra.

Probablemente no era tan viejo como yo, y la diferencia entre nosotros se me hizo patente con un sobresalto de culpa. Involuntariamente, porque las palabras semejaron brotar de mi interior, exclamé:

—¿Cómo habremos llegado a esta atrocidad en una sola generación?

Él se tomó la cuestión en serio.

—No ha sido así, señora. Venía de muy lejos, de más de un siglo atrás. De eso que los políticos llamaban Síndrome de Codicia, del cual culpaban a los demás mientras ellos tenían las manos metidas en el pastel.

Había sido la consigna más destacada tres décadas antes: la búsqueda de la riqueza, la supervivencia del lobo; el deterioro del sistema monetario a medida que el hambre aumentaba, y el aumento del hambre a medida que la población se incrementaba desmesuradamente y los alimentos pasaban a ser el campo de operaciones del soborno y la extorsión de alcance internacional; la impotencia de estadísticas, filósofos y disidentes frente al *exijo*, ¡*exijo!*, mientras los recursos del planeta eran saqueados para mantener la ilusión de una economía en continua expansión. Ideas e ideales florecían en los foros intelectuales, pero de nada servían contra el *exijo*, que un día se convirtió en *debo tenerlo para sobrevivir*.

Tres milenios después de su invención, el dinero se había convertido en un tigre del que no se podía descabalar sin caer en la bancarrota.

—¿Algo está mal, señora?

Yo había mantenido fija la mirada en la lista, sin verla.

—No. —Leí unas líneas y pregunté—: ¿Esto es en serio?

—No es una broma, señora.

—¡Comestibles, dentífricos, lápices, pizarras, blocs de apuntes, jabón. Jabón! — Su tranquila mirada parecía considerarme una excéntrica ignorante—. ¿Realmente no pueden ustedes conseguir estas cosas?

—Algunas sí, pero no son suficientes. Son lujos.

—¿Como el jabón?

—Como el jabón. No se da usted cuenta, ¿verdad? Usted tiene esto —con un

ademán lo abarcó todo, la casa, la ciudad, la gente como yo—, y por lo tanto no lo sabe, ni siquiera lo piensa.

—Me avergüenza usted.

Lo dije sinceramente, pero su réplica fue genial:

—No necesita avergonzarse. Si renunciase a todo lo que tiene no haría ni una mínima mella en la pobreza. No podemos cambiar nada, así que nos súmanos al juego de la codicia, tanto usted como yo. Usted participa ya tan a fondo que no puede detenerse, y yo sigo el juego para conservar la vida. Soy tan malo como usted.

No había dicho: *Usted, la supra rica, es tan mala como yo, el infra miserable*. La inversión, asumiendo que yo era corrupta por naturaleza, era peor que el insulto directo. Yo soy una persona corrupta; es algo con lo que me he encarado hace tiempo. Pero duele que te lo digan.

Le devolví la lista.

—Lápices, pizarras, blocs de notas. ¿Para qué?

—Tengo cinco hijos entre tres y doce años, aparte de otros mayores. —¡Buen Dios, la proliferación de los infra!—. Intento educarles. Necesito libros, para aprender yo, quiero decir, y luego enseñarles a ellos; pero no puedo robar todos los libros que necesito, no me es posible acercarme a los lugares donde hay libros sin que alguien empiece a hacerme preguntas.

La simpatía me conmovió hasta casi hacerme derramar lágrimas de compasión y respeto por tanto coraje inútil.

—Conseguiré todo lo que necesita. No robe nada. No haga nada por lo cual le puedan atrapar. Por lo menos —aquí quise distanciarme del sentimentalismo— mientras yo siga necesitándole. —Aquello rozaba su espíritu pragmático, y noté que habíamos llegado a un punto de mutuo respeto—. ¿Cómo le entregaré estas cosas? No creo que pueda llevárselas en un paquete.

—Hay maneras. Ahora que he visto este distrito ya me inventaré algo. Se lo comunicaré la próxima vez. —Titubeando, reveló en parte su método—: Tengo conexiones con algunos supra pequeños, repartidores, transportistas, gente así.

Era interesante, pero prefería no saber demasiado al respecto. Supuse que había una cierta mezcla de castas en los niveles inferiores de quienes tenían ingresos, por ejemplo, en familias con parientes en ambos lados de la línea divisoria.

—No ha pedido nada para el chico.

—Se lo consultaré a su madre. Primero debía conocer la situación. La próxima vez.

—Pero sí ha pedido cosas para usted y los suyos.

—Pequeñeces. Para poner a prueba el sistema de entrega.

—Un general y un planificador. ¿Eso es todo?

—Todo por ahora, señora.

Me hubiera gustado persuadirle de que se quedara y me hablase de su extraño mundo, pero la nuestra era una asociación de negocios. Llamé:

—¡Francis! —El chico vino en el acto, apretando un libro contra su pecho—. ¿Qué tienes ahí, muchacho?

Con reticencia, quizá temeroso de que se lo quitase, me mostró la cubierta: *Peter Pan*. Una antigua edición ilustrada que me dieron como premio en la escuela. Por escribir un ensayo en otro mundo, en otra cultura.

—¿Te gusta?

—Sí, señora. —Con un esfuerzo superó sus dudas y reservas—. ¿Podré terminarlo cuando venga de nuevo?

—Llévatelo a casa. Tráelo la semana próxima.

Se desató en él, de pronto, una inesperada y excitada vivacidad, y las expresiones de agradecimiento le brotaron entre un torbellino de palabras. Para calmarle, pregunté:

—¿Te gustaría llevarte a casa algo para tu madre?

Su reserva reapareció. Murmuró:

—No lo sé. —Mientras yo pensaba en algún obsequio lo bastante pequeño para que le cupiese en el bolsillo, su actitud sufrió un sorprendente cambio. Dijo atropelladamente—: ¿Cómo voy a saber lo que quiere? ¿Y por qué no se lo da a Teddy? Él es el extra.

Kovacs saltó:

—¡Francis!

A despecho de su dureza como negociante, era un hombre emocionalmente simple; con un rebaño de hijos como el suyo, debería de haber reconocido la rivalidad entre hermanos cuando estallaba ante sus ojos, pero solamente le había sobresaltado la erupción de malos modales. Por mucho que a él se le cayera la baba, yo decidí en aquel momento que no me gustaba Francis. Y no he cambiado de opinión en los años transcurridos desde entonces.

—No tiene importancia —dije. Y a Kovacs le sugerí—: Una mujer aprecia la buena ropa interior. Incluso aunque no la vea nadie más.

No mordió el anzuelo, pero con todos aquellos hijos embarullando su vida doméstica habría sido sorprendente que un hombre de su reputación no estuviera encontrando en Alison Conway un solaz externo. He leído que la pobreza genera códigos morales muy puritanos para defender la solidaridad de la familia, pero no acabo de creérmelo.

Cuando él se marchó, me sentí mentalmente magullada, disminuida por el obstinado esfuerzo de ver las cosas con claridad. Pero por lo menos sabía y respetaba aquello con lo que estaba tratando. Podríamos relacionarnos en igualdad de condiciones.

4

FRANCIS

Años 2044-2050

Lo que yo pensaba de los adultos ya no volvió a ser lo mismo después de aquella noche. Estaba consiguiendo cosas que Mamá y Billy no tendrían sin mí, y todo cambia cuando ves que ellos son débiles y tú fuerte.

Había cumplido sólo nueve años. Los adultos subestiman a los niños.

Los primeros años que siguieron fueron tranquilos, como si una época de reajustes hubiera terminado. No había altibajos ni aventuras. No hice verdaderos amigos en la escuela, y los viernes por la noche Billy y yo nos íbamos a casa de la señora Parkes (al poco tiempo ya fui capaz de ir solo) a ganar nuestros lujos. Esto fue casi todo.

El hogar donde vivíamos era más confortable, aunque no podíamos arriesgarnos a exhibir nuestras ventajas. El hecho de mantenernos aparte de los vecinos probablemente excitó más su curiosidad que el proceder opuesto, pero nuestro único visitante habitual era Billy, cuya presencia tenía las lenguas a raya, y Mamá se aseguró de que la pareja de ancianos no viniera nunca a nuestra mitad de la casa. Me decía que los contactos de aquella índole no harían sino rebajar nuestro nivel social; yo creo, sin embargo, que los vecinos nos habrían protegido de la cruda codicia si hubiéramos compartido con ellos algo de nuestra suerte.

Entonces no alcanzaba a dar forma a algo que empezaba a percibir, y era que cuando el abismo entre ricos y pobres es grande y en medio se refugia una especie en peligro, el esnobismo es una defensa contra el terror. Los supra necesitaban creer en su superioridad o admitir que arrancaron sus posesiones de los dedos de los infra.

Y esto hicimos. Bien podríamos admitir que éramos animales luchando por lo que pudiéramos conseguir. Mantén los ojos abiertos, aguza el oído y siempre habrá una ocasión de ganar dinero, influencia y seguridad. Lo que tú no cojas, otro lo cogerá: así me lo habían enseñado los negocios de Billy en el campo de la RP. Mamá decía que era un buen hombre que procuraba desenvolverse lo mejor que podía en circunstancias muy difíciles, pero de hecho era un parásito con una única virtud: cuidaba de sus amigos.

Teddy no existía. Si yo le mencionaba, Mamá declaraba que no quería hablar de

él. Tenía que ser muy dura para no desmoronarse, pero le sangraba el corazón.

Otra de las pocas cosas que recuerdo de aquel tiempo es que *Peter Pan* fue mi libro favorito. La señora Parkes me autorizó a quedármelo. Hablaba de volar a un mundo donde la vida era aventura y cada adversidad terminaba por ser una ocasión de alegría y triunfo. Embriagador sustento para un muchacho solitario que vivía al borde de los vertederos de la escoria de su cultura.

Yo tenía once años cuando Billy empezó a quedarse por las noches y a dormir en el cuarto de Mamá. Allí guardaba también algunas ropas, porque a veces llevaba, a la hora del desayuno, una camisa limpia y sus prendas colgaban con las nuestras en el tendedero. La anciana pareja no decía nada: estaban demasiado atemorizados. Para mí no significaba nada. No sentía ninguna curiosidad por las relaciones entre las personas; incluso el significado de los chistes escabrosos que se explicaban en la escuela me resultaba remoto, no más real que los cuentos de hadas. Vi, efectivamente, que habían conseguido una nueva clase de intimidad, una conversación privada que se interrumpía cuando yo entraba en la habitación, pero a mi imaginación le faltaba lascivia. Debo de haber sido un chico considerablemente limitado.

Yo sabía lo que ocurría, de una manera nebulosa, pero no me causó ningún efecto hasta que Mamá delegó en Billy el «trabajo de hombre» de explicarme «las verdades de la vida», y él serpenteó por el catálogo sexual entre desconcertantes vaguedades. No encontré nada nuevo en ello, sólo una conexión con las disparatadas bromas y especulaciones del patio de la escuela; las inscripciones de las paredes de los retretes encajaron en un esquema. La masturbación, al parecer, era más una cosa insatisfactoria que prohibida y, después de todo, no me impediría crecer.

Fue una prueba más de que Billy, por mucho éxito que tuviera en la RP, era también torpe e inepto. Mamá lo habría hecho mejor, pero había empezado a trabar conocimiento con otras personas en los comercios de la Periferia y a contagiarse de la actitud escrupulosa de quienes no eran del todo infra y se aferraban a la elegancia ficticia de su posición perdida y a unas normas de conducta que definían una «esfera femenina» y una «responsabilidad masculina». Ella se reía de su moralidad de clase media sin ver que, cada vez más, era la suya.

Las visitas a la señora Parkes perdieron emoción, se convirtieron en una forma de rutina. Otros hicieron ofertas por mi talento, pero a muy pocos se les permitió utilizarme ocasionalmente. Ella y Billy tuvieron el buen sentido de no ser ambiciosos allí donde demasiados contactos podían dejar huellas detectables por los ordenadores que «hablaban» unos con otros y seguían el rastro de unas anomalías que podían conducir a la cárcel.

Como era imposible que mi presencia pasara inadvertida en la casa, por lo menos para los sirvientes y para algún que otro visitante inesperado, e incluso para los empleados del hovertranvía, me convertí en un presunto sobrino lejano por quien ella había tomado un interés filantrópico con el fin de que mi familia, que atravesaba tiempos «desalentadores», no se sintiera abandonada e ignorada. En realidad, había

gente que sí aplacaba su conciencia supra representando el papel de Dadivoso Señor o Dadivosa Señora, y la delicadeza social de la época impedía que se preguntase sobre mi persona y mi situación más que de una manera superficial.

Lo que me ilusionaba, lo que acariciaba en mis sueños, era estar en el camino ascendente, alejándome de las nauseabundas y temibles residencias comunitarias. En su momento, volvería de nuevo a ser completamente supra.

Los niños se adaptan tan deprisa a los cambios que olvidan que el mundo no ha sido siempre como es en el momento que ellos viven.

Se produjo un cambio que aterrorizó a Mamá y a muchas otras personas y provocó muchos apañes improvisados en las operaciones de Billy. En respuesta a pavorosas mutaciones en la estructura económica mundial, el Estado congeló las cuentas bancarias, permitiendo sólo a las firmas comerciales efectuar transacciones financieras, y únicamente sobre el papel. Se anunció que sería meramente una medida temporal; hasta que la liquidez nacional fuera restaurada. Por un tiempo, los que ganaban algún dinero debían limitarse a vivir de sus ingresos.

Esto apenas afectó a los infra, que vivían de cupones y vales, pero representó una enorme diferencia para Mamá, que había mordisqueado cada mes una cuenta bancaria que súbitamente ya no existía. Nadie creía que el Estado pudiera o quisiera devolver lo que se había quedado. Tampoco lo creía yo. Muchos periféricos que no habían caído del todo en la condición infra se precipitaron ahora de cabeza en ella, y no pocos supra se suicidaron, enfrentados a la extinción social.

Mamá y Billy fueron afortunados teniéndome a mí: la señora Parkes se aseguró de que no padeciéramos. Yo sabía cuánto representaba en mi casa, pero no me atrevía a valorarme a mí mismo. Billy me habría despellejado a azotes, ahora que era prácticamente mi padrastro.

Más por asociación que por aplicación, yo había aprendido las fórmulas características de las transacciones de valores, la evasión de impuestos, los ingresos no declarados, la compra de divisas internacionales y el resto del lenguaje del fraude, y entendía vagamente que el dinero como tal estaba perdiendo significado en un mundo adaptado a la pobreza.

Antes de que yo naciese, el Tercer Mundo (un concepto cuyo sentido se había perdido) había delegado la financiación en Occidente (otro término equívoco) y enterrado el dinero en una situación no productiva, por lo cual el Tercer Mundo tuvo que ser sostenido financieramente por Occidente porque era su mercado de excedentes más rentable. La idea de vender a unas personas que compraban con el dinero prestado por el vendedor para que no se colapsara el sistema era más que necia; fue la autocrítica final de un sistema que sólo podía existir gracias a la expansión, y cuando la expansión cesara por falta de mercados, debía devorar su propio cuerpo.

Esto era únicamente parte de lo que ocurría en el mundo, pero era la parte más visible y urgente. En realidad, la riqueza estaba en manos de unos pocos y los

gobiernos daban caza a los secuestradores de la riqueza antes de que éstos dieran caza a los gobiernos. La única estrategia del poder era colocar a la totalidad de la población planetaria en una posición de malas relaciones, nutrida con lo que podía salvarse de las necesidades del equilibrio de armamentos y del mantenimiento de una tecnología desmigajada en la que la investigación y el desarrollo se estancaron cuando se hicieron demasiado costosos. Y en determinada época llegó a haber incluso un «programa espacial».

Sobre este panorama de desesperación gravitaba una burla monstruosa; la voracidad de las industrias bélicas, regurgitando incesantemente unas armas que ya eran obsoletas en las mismas pantallas de diseño y debían ser reemplazadas por otras en el momento de la producción... destinadas a una guerra que nadie se atrevía a desencadenar por temor al peligro nuclear sin que, por otra parte, nadie se atreviese tampoco a detener la industria.

El Estado australiano, como el resto del mundo, pretendía ganar tiempo. ¿Tiempo para qué? Las respuestas sólo ofrecían presuntos remedios momentáneos.

Yo tenía quince años cuando el sistema monetario se hundió en el mundo entero.

Aquello, dicho en una sola frase, certificaba la defunción de uno de los sistemas fundamentales inventados por el hombre: el capitalismo del sector privado. Murió porque había llegado a sus límites. Los pobres, es decir, la mayoría de las personas, podían comprar únicamente artículos de primera necesidad, y la catástrofe se abatió sobre los fabricantes cuando la primera necesidad se convirtió, inexorablemente, en lujo. El vertedero del Tercer Mundo ya no rendía ni un beneficio miserable.

El dinero no se desvaneció de verdad, pero pasó a ser un conjunto de promesas y acuses de recibo y reconocimientos de deuda y créditos retenidos en las entrañas de las nuevas unidades moleculares de almacenamiento. Los mercantilizados supra habían pasado meses preparándose para la transformación de lo que podía preservar un cierto nivel de vida o conducir al caos final. Yo supongo que este país se salvó (otros países cayeron en condiciones peores que la mendicidad), pero esto puede significar simplemente que nos habíamos acostumbrado a estar en la trayectoria de la pobreza. El dinero efectivo se fue como una comezón pasajera. Con olvidadiza rapidez se hizo conveniente presentar la tarjeta de asignación en un Almacén Estatal de Distribución, hacerla verificar por ordenador para evaluar el saldo de la respectiva provisión-reserva, ser informado de a qué parte del género disponible se tenía derecho, efectuar la selección y después empezar el delicado cálculo de cuánto podía uno permitirse gastar del resto en la sección de elección libre. La logística doméstica (el cálculo de suministros, primeras necesidades y limitados placeres) se convirtió en el nuevo juego de los infra que poseían elementales nociones de aritmética.

Recuerdo a Mamá explicándole a Billy que Rusia había adoptado un procedimiento similar unas décadas atrás y predijo que el resto del mundo acabaría imitándolo. Él preguntó, atónito:

—¿Esto es comunismo, entonces?

«Comunismo» era la peor de las palabras obscenas.

—¡Cielos, no! —exclamó ella—. Comunismo es sólo una idea que nunca se ha llevado a la práctica... excepto por los primeros colonos ingleses que llegaron a Norteamérica con el «Mayflower», y por muy poco tiempo; y los colonos se alegraron muchísimo de abandonarla apenas hubo dinero efectivo disponible.

A pesar de su hambre de lecturas, había muchas cosas que Billy ignoraba: mi madre tuvo que explicarle qué era el «Mayflower» y quiénes eran aquellos colonos.

Mi preocupación principal la constituía la situación de la señora Parkes, pero ella había hecho sus propias estimaciones cuando vio que el cambio se aproximaba, y quizá tuvo además información confidencial, pues sus redes llegaban mucho más arriba que las de Billy y no eran menos ilícitas. Con el cambio se movió lateralmente, por decirlo de algún modo, desde la propiedad de una firma de importación y exportación a la dirección de un subdepartamento estatal que manejaba los mismos productos. Fue una maniobra mansa y discreta, que algunos otros, no sólo ella, consiguieron también llevar a término. El Estado contribuyó, conocedor de quiénes eran sus valedores, probablemente conocedor asimismo de quiénes le robaban y presto a dar preferencia a la eficacia con «deducciones por bonificación» antes que a la ineptitud honrada.

Mis cálculos cambiaron de efectivo a especies, de una complejidad frustrante cuando el valor se establecía en función de la demanda del consumidor y no de su capacidad de pago. Saber lo que valía una cosa requería más arte que conocimientos; el uso de términos monetarios, que continuaba, era un puro ejercicio de abstracción.

El Estado cometía errores absurdos, generalmente por fallos de programación. Billy contaba historias terroríficas, la mayoría de segunda mano, sobre comunidades infra que morían de hambre por culpa de un ordenador: el Servicio de Distribución les había suministrado toneladas de sal en lugar de proteínas condensadas, o cualquier otra barbaridad por el estilo. Los noticiarios recogían a veces estos sucesos, pero únicamente si tenían un lado cómico y no arrastraban consecuencias graves.

Los tiempos fueron magros para muchos, mientras el sistema planchaba sus arrugas. En épocas precedentes tales situaciones habrían estado marcadas por protestas masivas, huelgas, tumultos y sangre en los barrios bajos, pero ahora nadie creía en un futuro mejor; más valía hacer frente a la vida desde un nivel de estricta subsistencia que morir por haberse lanzado a una violencia inútil. Esto puede parecer una conclusión retrospectiva, pero, de hecho, a los quince años yo consideraba ya el pragmatismo como la vía sensata de resolver los problemas sociales. Todavía lo considero así.

El control total que ejercía el Estado comportó pocas diferencias para Mamá y para mí. Ambos estábamos redescubriendo nuestras vidas personales y esto es siempre lo que más importa a cualquiera de nosotros. Crecíamos aparte. Está muy bien hablar de afecto natural y amor y todas esas cosas, pero el comportamiento se reduce al fin a condicionamiento y ventaja. Una vez reconoces la motivación egoísta,

empiezas a ver las cosas como son: lo que hacemos «por los demás» lo hacemos porque nos conviene, porque nos da placer o porque estamos obligados. Al final, todo es cuestión de pérdidas y ganancias personales. El amor (en el sentido romántico de la palabra) puede hacerte olvidar todo lo que aprendiste con respecto a los seres humanos, y cuando más tarde te encuentras sumido en un necio pozo de desdichas, miras atrás y ves cómo te dejaste hundir en él por el amor, porque olvidaste que éste, tanto para quien ama como para el amado, es el egoísmo total, el último *exijo*.

Tuve unos cuantos amoríos de patio escolar, pero poco bien me hicieron: la moralidad estaba entre los supra en uno de sus ciclos de estricta virtud. Algunas muchachas de la Periferia eran menos reprimidas, o quizás estaban más hartas de la monotonía gris de la vida periférica, y con ellas aprendimos recíprocamente las lagrimosas reglas del juego. He olvidado la mayoría de sus nombres, y me sorprendería que ellas recordasen el mío.

Mamá y Billy dejaron de disimular. Cuando él se instaló en casa permanentemente, me habría gustado saber cuál sería la situación de su esposa y su familia en la torre. ¿Les dedicaba él su tiempo libre, como había hecho con nosotros? Era un tipo contradictorio, un sentimental sin pautas morales, combinación óptima para la sexualidad independiente.

Yo había pasado ya la edad de la adoración al héroe y estaba inmunizado contra él; le tenía por un buen compañero a su manera medio sensata, pero de criterio limitado. Sus desordenadas lecturas eran un simple picoteo de migajas culturales; su mentalidad y visión del mundo eran puramente infra. Cómo se había liado Mamá con él, no lo sé; los placeres de la cama no lo justifican. Y yo no podía preguntar a este respecto: lo que ellos compartían me estaba vedado.

Billy empezó a cobrar parte de su comisión de la señora Parkes en vinos y licores de calidad, y él y Mamá bebieron juntos una noche. No se embriagaron, Billy jamás se habría arriesgado a ello, pero fue un episodio más de su relación amorosa y algo más en lo que yo no pude participar. Y no porque quisiera compartir su cariño: les contemplaba cada día con menos ilusión y pronto con menos afecto. Comprendí cómo Teddy había podido marcharse y no volver nunca. Vi a Mamá como realmente era: una mujer de buen corazón, valiente a su manera pero, en última instancia, débil. ¿De qué otro modo, si no, habría aceptado a Billy?

Más allá de la falacia de la RP, él era simplemente un criminal. Robaba en cuanto tenía ocasión y estaba implicado en la «desaparición» de personas a quienes calificaba de «malos tipos» y que posiblemente no eran sino competidores de los que le convenía deshacerse. No puedo decir que en ningún momento me desagradase realmente: estábamos mejor con él que sin él, pero sus patéticos esfuerzos por «ser un padre» para mí me resultaron embarazosos.

Yo crecía hacia arriba, mientras que Mamá crecía hacia abajo: hizo de sí misma una infra cuando se unió a un hombre infra. Lo vi con claridad el día que la señora Kovacs vino a rugir en defensa de sus derechos.

Tenía el cabello gris, era gorda, fea y brava como una gata de tejado cuando está hambrienta. No se podía culpar a Billy porque hubiese preferido a Mamá.

Abrí la puerta delantera cuando llamó, y allí estaba, brazos carnosos, monstruosa en su sucia ropa de trabajo y sus sandalias, con ojos malignos y coléricos. No dijo nada, simplemente me empujó a un lado y casi me pasó por encima (debía de pesar cien kilos o más), y entró en la habitación-sala, donde rompió a chillarle a Mamá en una jerga infra que a duras penas pudimos seguir y con la cual se calentaba para pasar a la violencia. Fue pura suerte que alguien hubiera avisado a Billy, de modo que se presentó apenas medio minuto después que ella. La mujer no le temía, cosa que proclamó con toda la fuerza de sus pulmones; él tuvo que echarla a la calle luchando a brazo partido y terminó con heridas y magulladuras en la cara.

Después de aquello, simplemente, yo tenía que cortar en seco y liberarme. Si me quedaba en aquella casa, la mera presión del entorno bastaría para hundirme a su nivel. Era un peligro para mí.

Otro elemento influyó en mi decisión, aunque fue una cosa comparativamente pequeña.

Desperté una mañana durante los meses de «invierno» y sentí frío. La electricidad se había cortado, lo cual no era insólito: podía fallar si había una pizca de sobrecarga, aunque también cuando no la había. Se hablaba de nuevas plantas generadoras, pero siempre estaban en construcción, nunca en funcionamiento. ¡No había dinero! Así que nos tocaba sufrir cuando bajaba el termómetro. La señora Parkes tenía una piscina climatizada...

Mi vejiga me sacó de la cama, para descubrir que el retrete estaba atascado y apestaba. (Trabajo para Billy: a él no le importaban estas cosas). Tendría que recurrir al jardín trasero. En zapatillas y bata, temblando, salí por detrás y me encontré con algo nuevo y extraño. La tierra, las plantas, la hierba, estaban recubiertas de una película de escarcha, como la comida guardada en el congelador del frigorífico.

Había oído hablar de la escarcha natural, aunque no la había visto nunca. Era bella en cierto modo, pero atemorizante; daba gusto fundirla con el tibio chorro de la orina. Ningún gusto daba, en cambio, el aire que te helaba la nariz y los dedos.

La casa estaba fría y Mamá preparaba el desayuno en un apestoso hornillo de petróleo, una chatarra que Billy había encontrado en alguna parte, y yo acerqué los dedos al fuego para calentármelos.

—Antes siempre había escarcha en invierno.

Mamá lo decía como si hubiera sido un placer especial; se había aficionado a recordar los «viejos tiempos», cuando, de un modo u otro, todo era mejor, aunque sonaba a peor.

Billy entró en mangas de camisa, con la apariencia de alguien a quien el frío no importuna, y yo le dije:

—Tenía entendido que iba a hacer cada vez más calor.

—Así es. El promedio mundial ha subido cuatro grados y medio desde 1990. —

Ésta era la trivial exactitud que sacaba de sus lecturas, el deleznable alimento que un pájaro encuentra picoteando en la calle—. Es el Efecto Invernadero —añadió, como si nadie lo hubiera llamado así antes.

—Recuerdo... —empezó Mamá, y se interrumpió, como si notara que aquellas palabras le salían con demasiada facilidad, con demasiada frecuencia—. Eso era muy discutido. Unos decían que la temperatura no podía subir más de dos grados porque entonces el aire quedaría saturado; otros, que subiría hasta catorce grados y fundiría el casquete polar austral.

—El casquete polar ya ha empezado a fundirse. No toda el agua que hay al fondo de la calle viene de las inundaciones.

Yo objeté que se necesitarían más de cuatro insignificantes grados para fundir los hielos polares y él dijo que allí tenían diez grados más. No podía explicar por qué: había siempre una laguna en sus lecturas que impedía que lo que sabía fuera útil. De todos modos, las estaciones meteorológicas afirmaban que los océanos habían subido treinta centímetros por doquier.

Entonces me tocó a mí el turno de empezar con «Recuerdo...» y no continuar. Lo que recordaba eran los millones de infra nadando enloquecidos, y me detuve porque se me ocurrió que la mayoría de los Grandes Supra vivían en terrenos altos, muy por encima de la línea de costa y del río. ¿Sabían cosas que nosotros ignorábamos, tenían datos que no se mencionaban ni en los noticiarios ni en los seriales del triv?

Y allí estaba aquel frío matinal. Si la temperatura subía, ¿cómo...? Billy había picoteado la respuesta en alguna parte: un volcán había entrado en erupción a 5000 kilómetros de distancia y llenado la atmósfera de cenizas, por cuyo motivo se produciría un enfriamiento temporal.

En la escuela, la calefacción estaba apagada, aunque volvió a funcionar a mediodía, cuando ya no tenía utilidad alguna. En la mansión de la señora Parkes debió de funcionar constantemente...

Pensé cuán doloroso era entrar en su casa y ver no sólo cosas bellas, sino cosas limpias, cosas nuevas, cosas que no estaban rotas. Lo que teníamos en casa era un espacio angosto, desagües obturados y la andrajosidad de los vecinos y de la vecindad en sí. Y ahora el mar subiendo por la calle. Yo podía asomarme a la cerca y verlo en la distancia, ver cómo llegaba hasta las viviendas comunitarias antes de refluir hacia la bahía. Muy próximo, más próximo. ¿Y si un día el agua ya no se retirase?

Era hora de escapar de la sucia y peligrosa Periferia.

5
NOLA PARKES
Año 2050

Francis a los quince años había mejorado poco con relación al Francis de nueve o de doce años. No saqué mucho en claro de las conversaciones con Kovacs, pero sí advertí que el muchacho había superado su amor infantil por el hombre: lo denunciaban leves toques de resentimiento, inconscientes facetas de su actitud. Sospeché también que el afecto hacia su madre se había apagado y que amaba pocas cosas más allá de sí mismo y de los libros que yo atesoraba. Tuve que recordar que su vida doméstica debía transcurrir en aislamiento y que su vida social sería confusa y estaría dominada por el temor a los infra y a lo infra.

Raramente demostraba mucha sagacidad, pero podía desenvolverse con eficiencia cuando estaba agobiado; siempre se las ingeniaba para evadirse si se encontraba entre dos partes contendientes o implicado en algún litigio. Así que supuse que actuaba forzado por las circunstancias el día que me hizo su natural, lógica y, estuve segura, deshonesto propuesta.

Un viernes por la noche se entretuvo, finalizada nuestra sesión de contabilidad, en lugar de correr como solía hacia los estantes de mi biblioteca.

—¿Necesitas algo, Francis?

Se había ido convirtiendo en un chico guapo, que sería un nombre apuesto y con lo que llaman cara de póker. Era capaz de encantadoras sonrisas, pero las racionaba. En aquel momento me ofreció el esbozo de una, el apunte de una sonrisa en proceso de formación. Muy atractiva. Desperdiciada conmigo, sin embargo, porque no conseguía agradarme. Francis continuaba a mi servicio debido a su talento y a su silencio, que él sabía bien cuánto valían para ambos y que a mí se me habían hecho indispensables.

—Hay algo, sí, señora... Si pudiera... Es sólo que...

Su actitud adolescente estaba mal pergeñada, sus dudas eran demasiado artificiosas para dar la imagen del pobre jovencuelo que conoce su posición pero confía en la severa y madura dama. Para aprender no contaba sino con los pésimos guiones de los seriales del triv, según los cuales el titubeo debía ir seguido de un torrente de palabras. Así fue.

—He estado pensando, señora, que yo podría serle de mayor utilidad si formara parte de su personal fijo. Si viviese en las Dependencias. Podría usted llamarme cuando le conviniera, en vez de tener que guardarlo todo para el viernes.

También a mí se me había ocurrido la idea algunas veces. Me permitiría devolver ciertos favores y cumplir con algunos compromisos cultivando exteriormente su talento en pequeñas y bien controladas operaciones, en calidad de propinas y agradecimientos. Le había mencionado la idea a Kovacs, quien se mostró nervioso ante la perspectiva de intervenir en áreas supra que desconocía; presto él personalmente al juego, pero asustado por el muchacho si alguna maniobra fallaba.

—¿Has hablado de esto con el señor Kovacs?

La pregunta, al parecer, no encajaba en el diálogo que había preparado. Abrió y cerró la boca. Al final sacudió negativamente la cabeza, lo bastante astuto como para ser franco allí donde yo podía detectar una mentira.

—¿Por qué quieres marcharte de casa?

Respondió al instante:

—Porque detesto aquello. —Bajó los ojos y la voz, insinuando una humilde renuncia a comentar asuntos personales—. Mamá tiene ahora a Billy. Todo el tiempo. Como un marido, quiero decir. No les interesa que yo ande por allí.

Yo sabía que Kovacs se había trasladado a su casa, y él mismo se había mostrado jocosamente abierto con respecto al asunto cuando me referí a ello como recordatorio de que no le quitaba ojo de encima. Al pretender extender mi curiosidad a la situación de su esposa, replicó bruscamente:

—Me cuido de ella y de los chicos. Les quiero a todos. Pero en la cama, después de veinticinco años, no puedes fingir. Tienes que ser honesto.

¡Honesto! Billy el Libertino tenía encanto y era tan común como la inmundicia. Yo podría haberle contado a la presumiblemente satisfecha señora Conway que esparcía pródigamente su simiente en el curso de sus actividades de RP y era conocido en los barrios bajos como Billygoat^[2]. Poseía la moralidad de un adolescente mezclada con una genuina capacidad para amar (a su manera) y un respeto por sus responsabilidades. Ciertamente, su gozo de vivir decapitaba las leyendas sobre la miseria y la resignación de los infra.

Pero ¿quién conoce los corazones de los habitantes de las torres? Preferimos no conocerlos. Yo comprendía el apuro de Francis porque, igual que cualquiera que se encuentre en el secreto filo de la navaja, compartía su miedo a caer al abismo.

Con cierta sequedad, dije:

—No pareces un chico abandonado, Francis.

—Oh, me dan suficiente de comer y todo eso... Es sólo que ya no les importa en absoluto lo que hago. Ni siquiera lo preguntan. —¡Tonto! Debería haber sospechado que Kovacs lo preguntaba con frecuencia. Y luego vino la previsible apostilla—: No se darán ni cuenta de que no estoy allí.

Merecía que le despachara con un tirón de orejas, no por su ingratitud, pues la

mayoría de los niños son mucho más ingratos de lo que sus padres esperan, sino por su descarado intento de utilizarme. Pese a todo, podía haber ciertas ventajas... Automáticamente, en línea con los procesos mentales de muchos años, busqué un posible compromiso y lo encontré.

—Puedes unirme al personal como aprendiz de interventor del almacén. —El Servicio de Empleo protestaría, pero podía ser neutralizado. El rostro del muchacho tenía una expresión memorable: no se le había ocurrido que su traslado a mis Dependencias necesitaría la creación de un verdadero puesto de trabajo—. Habrá tiempo para que continúes tu trabajo especial; y para ir a la escuela.

Había esperado que la palabra *escuela* enfriaría su fiebre, pero su rostro indicó que aprobaba la palabra.

—¿Tú quieres estudiar?

—Sí, señora.

—¿Para qué?

—Para ir a la universidad, señora.

Me había sorprendido.

—Podría arreglarse, en su momento. Pero ¿con qué fin? ¿Para graduarte en qué especialidad?

Sacudió la cabeza, sin saber qué contestar, y con un punto de desesperación dijo:

—Tiene que haber alguna.

—¿Alguna que sea esencial?

Asintió atemorizado, consciente de que yo adivinaba sus intenciones.

—¿Alguna profesión tan necesaria que te salve para siempre de caer entre los infra?

Decirle aquello fue cruel, porque nada podía objetarse a su motivo, ¿pero era ésta razón suficiente para las mentiras y la ingratitud?

Me permití aún una ironía injusta:

—Según la tendencia actual, el planeta entero será infra dentro de poco. —Evidentemente, él no admitía semejante posibilidad: era impermeable al mundo que le rodeaba. Intenté hacérselo notar—: Puedes trasladarte a las Dependencias la semana próxima, pero... —¿cómo levantó la cabeza, temeroso de las condiciones!—, pero no consentiré que abandones a tu madre y al señor Kovacs. Pasarás los fines de semana en tu casa.

Era evidentemente un revés, pero el chico tenía sentido común suficiente para no protestar ni hacer comentarios. Estaba tan trastornado que, cuando finalmente le despedí, olvidó llevarse un libro como siempre hacía.

Yo lamentaba de veras necesitarle. El joven bruto no había pronunciado una sola palabra sobre el futuro de su madre y de Kovacs, probablemente ni siquiera había pensado en ellos, pero estaba resuelta a ocuparme de la cuestión haciendo que se encontrase con que sus responsabilidades le perseguían mientras subía por la escalera de escape. Con deducciones en sus vales aumentaría la participación de Kovacs, que

no tenía intención de eliminar. Francis debería pagar por su egoísmo.
Todos pagamos por nuestro egoísmo.

G

FRANCIS

Año 2050

Yo había esperado un rechazo, preveía que tendría que intentarlo una y otra vez hasta conseguirlo; incluso el éxito condicionado fue, pues, un triunfo. La señora Parkes reconocía que para ella yo valía mucho; el resto eran ideas convencionales sobre la familia. Y su benevolencia era distante, más una cuestión de buenas maneras que de buenos sentimientos: lo que realmente pensaba permanecía oculto.

Cuando llegué a casa, Billy había salido, lo cual me resultó conveniente.

Era difícil mentirle. No intentaba cogerme en falta, sino que, simplemente, me miraba y se marchaba, pero yo quedaba humillado y avergonzado incluso cuando decía la verdad.

Conté a Mamá que la señora Parkes había decidido incorporarme a su personal, cosa que significaba promoción y mayores ingresos... y que yo tendría que vivir en sus Dependencias.

Se quedó casi impasible. Sólo movió un poco los labios para decir:

—Así que mis dos hijos han triunfado.

El reproche oblicuo me afectó tanto que confesé inmediatamente lo que habría querido reservarme hasta que hubiese reflexionado sobre ello: que la Señora me permitía pasar los fines de semana en casa.

Se serenó, como la persona que se ha asustado de un fantasma.

Había perdido parte de la buena figura y de la complexión de sus días de supra, aunque tenía mejor apariencia que muchas de las pequeñas supra grises de la oficina principal de la Señora en el Centro Urbano; estaba engordando y se volvería rechoncha, su cutis perdía finura y pronto se le notarían las arrugas. Sin embargo, no era blanda, no estaba desvalida y tenía a Billy.

Después del instante de incómoda rigidez, sonrió y dijo:

—Debes seguir tu propio camino, pero no te marches de casa.

—Algún día, cuando sea mayor...

—Hasta entonces hay tiempo de sobra. Pero todavía no, Francis. Todavía no.

Su dulzura hizo tambalear mi determinación; en aquel momento el futuro pudo haberse resuelto de diferente manera. Pero yo sabía que debía mantenerme firme, o

estaba perdido. Le di un beso y me fui a la cama, dejando que ella se lo contase a Billy.

Esperaba de Billy duras preguntas cuando compareció a desayunar por la mañana, a medio vestir como siempre y menos que someramente lavado. Me había acostumbrado ya a su desaliño, pero en aquel momento volvió a parecerme repelente, vil y barriobajero: podría degradar a Mamá, pero no a mí.

Lo único que dijo fue:

—Has conseguido un ascenso ¿eh?

—Sí. Pero representa más trabajo.

—Y las ventajas que encontrarás en las Dependencias.

—Quizá. No lo sé.

Sirviéndose té junto al hornillo, dijo:

—Es lo que querías.

—En cierto modo.

No recordaba haber dicho nunca lo que quería, pero la intuición de Billy podía ser embarazosa.

Si me estaba sondeando, Mamá le cortó al decir:

—Para vivir en dos sitios necesitará más ropas.

Él sorbió el té con el audible chupeteo que nunca dominaba.

—Eso es asunto de la Señora. Si es su empleado, que le equipe. —Me miró con dureza—. ¿Correcto?

Yo no había pensado en ello.

—Supongo que sí.

—Ya que te vendes, procura cobrar un buen precio.

Venderse era amargo; tuve la sensación de que me estaba poniendo a prueba, sin saber para qué, pero me conforté a mí mismo recordando que Billy tenía por costumbre desconfiar de cualquier cosa hasta que la entendía del todo.

La mañana del lunes en que me marché para iniciar mi primera semana en las Dependencias de la Señora, me dijo:

—Nos veremos el viernes por la noche, entonces.

Mi sentimiento de culpa me hizo sospechar que era una ironía.

No se me ocurrió que Billy, cuya única relación con la Señora era recoger la entrega semanal, y raramente la veía, hablase con ella de vez en cuando dentro de lo que él consideraba su responsabilidad como segundo padre. De haberlo sabido no me habría atrevido a llevar a la práctica mi plan. Siempre tuve miedo de Billy, incluso cuando le apreciaba.

Un miembro del servicio de la casa me acompañó a mi cuarto en las Dependencias, compacta combinación de dormitorio y sala de estar con un triv grande y un equipo completo de terminales y accesorios, un pequeño frigorífico y utensilios para preparar bebidas y comidas ligeras: lujo para el cuerpo, intimidad para la mente.

El empleado, un pequeño adulator nato carente de interés, dijo:

—Un chico de la Periferia que ha tenido suerte, ¿eh?

No se me había ocurrido que todos ellos conocerían mi procedencia, y le repliqué rápidamente:

—El chico de la Periferia no ha tenido suerte. Se ha ganado su oportunidad.

Él cruzó las manos con burlona admiración. Comentó:

—Ah, vamos a prosperar en el mundo, ¿verdad?

Y se apresuró a marcharse para informar a sus compañeros de la altanería del chico nuevo. Era un mal comienzo, pero no me preocupó: tenía otras satisfacciones con las que entretenerme.

... El inicio de una nueva vida que yo mismo me había forjado... un ambiente sano e inteligente... una educación que no habría conseguido como chico de la Periferia incapacitado para pagársela (de hecho, incapacitado para revelar la existencia de unos medios con que pagarla)... una amable Señora y un sencillo trabajo para cubrir las apariencias... lujo, posición social, protección a cambio de unas pocas horas de servicio por semana...

En buena parte me equivocaba: durante los tres años siguientes trabajé como un caballo de tiro.

El «trabajo para cubrir las apariencias» era un auténtico trabajo. Pasaba cuatro horas diarias en el almacén, aprendiendo la logística de los suministros gubernamentales mientras una parte secreta de mi cerebro sumaba una infinidad de veces dos más dos para descubrir cómo la Señora operaba su red de sustracciones y contabilidades. Pasaba seis horas diarias en la escuela, en clases de tutoría especial instituidas por la Señora para sus propios hijos y para una minoría selecta del personal joven. Allí fue donde encontré a Lottie Parkes, que era unos meses menor que yo. Pero contaré más cosas de ella en el lugar adecuado. Debía también mantener mi cuarto immaculado y cumplir mi turno en las tareas reglamentarias de las Dependencias, como limpiar las habitaciones de uso comunitario.

Trabajaba una jornada de doce horas antes de tener un momento mío, y la primera semana me llevó al borde de las lágrimas, pero con el tiempo el ritmo se convirtió en una rutina practicable y los días se hicieron tan manejables como si toda la vida me hubiera dedicado al comercio. Al final de aquella primera semana, sin embargo, me faltó tiempo para correr a casa y gozar de dos días de ocio y descanso.

Mamá y Billy encontraron en mi fatigado relato motivos de risa y hablaron de «afrentar la realidad» hasta que estuve a punto de escupirles a sus estúpidas caras. Su falta de sensibilidad glorificaba por contraste mi nido privado en las Dependencias. Cuando partí el domingo por la noche me llevé unas cuantas cosas personales, no demasiadas para no despertar sospechas, suficientes para probarme a mí mismo que estaba liberándome del vacío pasado.

El fin de semana siguiente me llevé unas cuantas más.

El quinto fin de semana me quedé en las Dependencias. La ruptura se había

consumado.

Muchos miembros del personal carecían de hogar fuera de las Dependencias, por lo que las comidas se servían los fines de semana igual que los demás días: no perdería nada no yendo a casa. La señora Parkes no lo habría aprobado, pero raramente se acercaba al ala de personal en días no laborables. Al final, se enteraría, pero con suerte esto podía no ocurrir hasta que la separación se hubiera consolidado. Sólo necesitaba comportarme con discreción.

Lottie fue precisamente quien me descubrió. Yo ignoraba que estaba adiestrándose para suceder a su madre y que una de sus tareas de aprendizaje consistía en inspeccionar las despensas y el servicio de comidas el fin de semana. Me vio desayunar el sábado, pero no me prestó atención, y yo no volví a pensar en ello.

Lottie, a los quince años, estaba en su fase de crisálida: demasiado gordita, un poco sabihonda y seria, entregada a ejercicios extenuantes con la esperanza de conseguir la figura que más adelante se hizo elegante por sí sola, pero de tonta no tenía un pelo. Aprendía rápidamente, tenía un don personal para la música y no la impresionaban mis acrobacias aritméticas. En clase nos llevábamos bien; es posible que la Señora le hubiese dicho que me ayudara a no sentirme extraño.

Yo no necesitaba ayuda de nadie para no sentirme extraño, pero Lottie era una chica de trato confortable y charlábamos en los intervalos de descanso, aunque socialmente estuviéramos a muchos peldaños de distancia; así pues, me sorprendió, ya entrada aquella mañana, responder a una llamada a mi puerta y encontrarla a ella en el umbral. Sin preámbulos, preguntó:

—¿Sabe mi madre que estás aquí? No figuras en la lista.

El golpe era directo. Sacudí la cabeza con dificultad.

—Se pondrá furiosa cuando se entere —añadió Lottie.

Yo lo sabía ya, pero inquirí:

—¿Por qué furiosa?

—Porque prometió a aquel hombre que los fines de semana te irías a casa.

No había mostrado intención de entrar, y yo estaba demasiado turbado para ser cortés.

—¿Qué hombre?

—Creo que es un infra. —Sonreía como alguien que oculta un secreto—. No se lo digas a mi madre, pero a mí me parece atractivo. A su manera tosca. —¡Buen Dios! —. No imaginaba que los infra fueran así.

—Y no lo son —le dije—, ni él tampoco lo es. Mira, no se lo diré a tu madre si tú no le dices que estoy aquí.

Dudo que por parte de ella fuera necesario el compromiso, pero, todavía medio niña y medio mujer, le gustó la idea de una pequeña intriga. Dijo:

—¡Secretos!

Se llevó un dedo a los labios y se marchó.

Naturalmente, se lo contó a su madre. No enseguida, pero tampoco tardó mucho.

La señora me mandó llamar un lunes por la mañana.

—No has ido a casa el fin de semana.

No me atrevía a descararme con ella. Respondí tímidamente:

—No, señora.

—Ni los tres fines de semana anteriores.

Me di cuenta, y con cierta pena, de que no estaba asustado.

—No, señora.

—¿Por qué no?

Con la sensación de que iba a dar un paso hacia el abismo, me preparé para la caída reuniendo todo mi coraje.

—No he querido ir, señora. No quiero volver allí jamás.

Ella me contempló con un aire extraño, no como si yo hubiera hecho algo malo, sino como si viera su propia obra y se culpase a sí misma por el resultado; y fue a sí misma, más que a mí, a quien dijo:

—Nada se ganará obligándote. —Luego preguntó—: ¿Eres feliz aquí?

—Sí, señora.

Mi respuesta era, naturalmente, sincera. Me sentía henchido de felicidad, y más entonces, cuando presentía que ella no iba a destruirme.

La Señora jugueteaba con los objetos que tenía sobre el escritorio, alineándolos al azar; suspiró y dijo:

—Vuelve a tu trabajo.

Yo estaba ya en la puerta cuando añadió:

—Estás rechazando y desperdiciando el amor. ¿Sabes qué significa eso?

Podía arriesgarme a la osadía, pensé.

—No, señora. En aquella casa no hay amor.

—¿Es eso lo que crees? —Me pareció percibir un ligero disgusto en su tono, pero todo lo que dijo fue—: Eres ingrato.

—No, señora, no lo soy. —Tenía que adoptar una posición u otra—. Pero ¿he de mostrarme constantemente agradecido mientras dejo pasar mis oportunidades?

Pareció que me miraba sin verme y que sus pensamientos iban y venían, salían y entraban, daban vueltas y vueltas.

—Quizá —dijo al fin— será mejor que te quedes aquí, donde yo pueda vigilarte. Para que no cometas errores ridículos.

Fijó nuevamente la vista en la superficie de su escritorio. Era su manera de indicarme que me retirase.

Más tarde, ya con la cabeza más fría, se me ocurrieron otras ideas a propósito de su última observación. La escena no podía ser alterada ni interpretada de distinto modo: encerraba una advertencia contra algo que yo no alcanzaba a identificar.

Lottie vino a verme. Había estado llorando.

—No quería decírselo. No se lo dije, Francis, pero de alguna manera ya lo había averiguado, y además aquel hombre estaba allí.

Si Billy me quería de nuevo en casa, no había conseguido cazarme. ¿Por qué querría que volviese? ¿Quizá porque Mamá le fastidiaba pidiéndoselo?

Bien, se había acabado, y Lottie se preparaba a llorar otra vez sobre su infortunada traición. Necesitaba consuelo y yo me sentía generoso. Además, ella me gustaba y su encanto empezaba a florecer.

LA GENTE DEL OTOÑO

SEGUNDA PARTE

Andra despertó temprano, lo cual, según sus experiencias personales, significaba que su mente había entrado en actividad y le ordenaba que continuase persiguiendo su obsesión; el sueño vendría cuando fuese necesario, cuando la fatiga le sumiese de nuevo en él.

Había dejado descorridas las cortinas y desde la cama podía ver un rectángulo de cielo, del cielo gris de la mañana, con sólo una promesa de azul, sembrado de jirones de nubes cuyos bordes orientales estaban levemente teñidos de rosa. Los colores se hicieron más cálidos y profundos mientras miraba.

En la semioscuridad grisácea del dormitorio dio forma a su obsesión, a la armazón en torno a la cual construiría la trama de su obra. Su forma era la de un hombre haraganeando en la penumbra de una esquina, mascando lentamente, sonriendo familiarmente, desafiando la nada y el vacío. Andra le quitó la ropa, se esforzó en ver su cuerpo, en descubrir qué músculo podía adherirse a los huesos y cubrirse con un mínimo de grasa, en observar el entramado resultante de las venas superficiales, en manipular su postura y mantener la columna vertebral y la pelvis girando en equilibrio para obtener un movimiento natural. Una vez seguro de cómo el hombre se sostenía y se movía, volvió a colocarle la ropa y se entretuvo en estudiar cómo le sentaba, cómo se le ajustaba, y finalmente cómo se arrugaba.

La cara era difícil. ¡Cara de rata! La nariz insistía en ser demasiado larga y tendía a fruncirse en su dirección y husmeaba por encima de unos dientes demasiado afilados. Una muy laboriosa visualización.

El trance fue roto por la pantalla fija en la pared, que emitió un chirrido para llamarle la atención. Se sentó en la cama, murmurando maldiciones porque ya su figura mental se desvanecía, y tanteó en busca del control remoto para cortar el chirrido y rechazar la llamada. Pero ésta volvió a sonar enseguida, ahora con la voz de Lenna superpuesta a la señal:

—No desconectes, Andra. Contéstame, por favor.

Él gritó a la pantalla:

—¿Siempre te levantas de madrugada?

—Son más de las siete. Pensaba que...

Cierto, y en plena luz del día, con el sol temprano que entraba resplandeciente en la habitación: el tiempo había volado mientras su mente construía un hombre con retazos de sombra.

—Sí, sí, está bien. Me has sorprendido trabajando.

—Lamento interrumpirte.

—Yo también lo lamento —dijo él mezquinamente, porque necesitaba una pequeña venganza—. ¿Qué puedo hacer por ti?

En medio de todo, se alegraba de que ella no hubiera optado por la comunicación visual. ¿Qué aspecto tendría a aquella hora, antes de que el disfraz del día, moldeado y pulido, estuviese a punto? El de una tutora muy dueña de sí misma, por descontado: sólo los actores guapos parecían fetos al amanecer.

En tono claramente conciliador, no demasiado doctoral, ella dijo:

—Podríamos desayunar juntos. Tendrás preguntas que hacerme.

—Muchas, pero había pensado en que nos reuniéramos más tarde.

—Me temo que no sería antes de esta noche. He de dar mi clase habitual y cumplir con mis deberes tutelares y administrativos. A partir de hoy no estaré tan ocupada.

Le estaba diciendo, sin innecesario énfasis, que accedía a concederle su tiempo en aquel momento y que él podía tomarlo o dejarlo. Acostumbrado a su propia autocracia, Andra se sometió de mala gana y recurrió a una pizca de seducción histriónica para adornar su voz:

—Muy amable de tu parte. Por favor, perdone mi intemperancia. Normalmente me levanto tarde, y cuando lo hago no estoy en mi mejor forma.

—¿Y quién lo está? ¿Dentro de media hora, pues?

—Sí.

La oyó tomar aliento antes de preguntar, volviendo a la timidez que la afligía cuando se trataba de sus escritos:

—¿Cuánto has leído?

—La primera parte, hasta el momento en que esa bestia de niño se marcha de su casa. —Probablemente esperaba más, le agradecería algo alentador—. Extraño. Interesante. Evocativo.

Con aquello tendría suficiente para media hora.

—Ah.

La pantalla se desconectó con un discreto eructo. En la penumbra de su esquina, Billy Kovacs hizo revolotear la mano para cubrirse la boca con sus dedos huesudos, imitando torpemente los buenos modales que nunca dominaría. Aquello requeriría trabajo, so pena de provocar risas entre el público en momentos inadecuados.

Pulsó los mandos para saber la temperatura exterior: nueve grados, moderada para la primera hora de la mañana en aquellos veranos que se enfriaban y decaían; veintidós más tarde, prometía la previsión. Chaqueta y pantalones gruesos, decidió.

Como le sobraba un cuarto de hora, dio un rodeo por los prados, y el aroma

matinal de arbustos y flores, en el aire límpido, le asaltó la memoria. Muy raras veces se levantaba tan temprano y, por descontado, nunca salía a aquella hora: la frescura del mundo le retornó a la infancia.

Aquel extremo meridional del campus estaba comunicado por la escalera mecánica de South Hill, que bajaba cuatrocientos metros hasta la orilla del río. El precipicio brindaba una extensa panorámica de la ciudad, que todavía conservaba parches brillantes de niebla nocturna en sus oquedades, con las islas del intrincado delta del Yarra más allá, y más allá todavía el mar verdiazul y una suave línea de bruma en el horizonte.

Una solitaria figura, en el tramo ascendente de la escalera, creció hasta convertirse, sorprendentemente, en Marin, vestido sólo con pantalones cortos y una camisa ligera, como si la temperatura fuese una preocupación de razas inferiores; los no cristianos, por ejemplo. Andra, que se preparaba a soportar su peculiar carácter y a tratar su insolencia con distante buen humor, recibió en cambio el saludo de un muchacho jovial (¿tendría diecinueve años?, ¿veinte?), que se empeñó en acompañarle y mostrarle el campus, y a quien decepcionaron sus pocas ganas.

—Quizá después del desayuno, Marin. Con el estómago vacío soy incapaz del menor entusiasmo.

—Tampoco será capaz de mucho después del desayuno de la doctora. ¡Café y un mendrugo! Podríamos ir al Comunal y comer como Dios manda.

Sorprendido, Andra preguntó:

—¿Tú también desayunas con la señorita Wilson?

—Sí, me ha llamado para que subiera. Tiene una proposición que puede interesarle a usted. —Tomó familiarmente el brazo de Andra, aunque al hablarle seguía respetando el protocolo (¡extraño personaje!)—. Mire hacia allá, artista.

Señaló un punto situado más lejos que la Ciudad Nueva, más lejos que las islas, en un promontorio todavía borroso en la atmósfera de la mañana, que distaría unos veinte o treinta kilómetros. Tras un silencio, explicó:

—Es el único Enclave edificado a suficiente altura para que el agua no lo haya inundado nunca. Está arruinado y maltrecho por las tormentas y la erosión, y probablemente por prácticas de construcción apresuradas, pero los pisos bajos se encuentran más o menos intactos, con sus divisiones interiores. También se conservan los paseos. Se puede andar de verdad por la calle, entre las torres.

Lo decía con evidente pasión. Andra le miró por el rabillo del ojo y descubrió genuino candor en la expresión del muchacho.

—La doctora sugiere —agregó éste— que las visitemos esta mañana. O a primera hora de la tarde, si es más conveniente. Piensa que debería usted verlas.

—Entonces supongo que debo verlas.

¿Y qué sería de sus necesidades, sus rutinas, sus hábitos de trabajo? Ella diría con su sonrisa doctoral: *Todo a su debido tiempo, Andra; ahora, ante todo, debes...* Porque él había solicitado un permiso de investigación, ¿no?

—Esta tarde —dijo, tratando de no mostrarse ni sumiso ni rebelde.

—¿Enseguida después de almorzar? ¿Le parece a la una? ¿En la lancha? Valdrá la pena. Hay pasajes del libro que se comprenden mejor teniendo en mente la realidad.

—¿Pasajes del libro?

—De la novela. Ella me ha dicho que usted la empezó anoche.

—¿Te lo ha dicho?

—Por eso me ha invitado a desayunar.

—Ya veo. —No veía nada en absoluto, pero pensó que las cosas se aclararían en su momento—. ¿Tú también la has leído?

—Naturalmente.

¡Naturalmente!

—¿Qué efecto te causó?

—Yo no soy un juez en literatura, artista.

Era una suerte que la cristiandad tuviera poco que decir sobre crítica literaria.

—Pero ¿te gustó?

El talante juvenil de Marin cedió ante la consabida actitud moralizante:

—Propone una visión indulgente de la gente del Invernadero, y sin embargo no hay en el relato una sola acción, o casi, que no sea, por lo menos, venal.

—Ah.

—Pero capta la atención. Es una debilidad de la carne que... —su cambio de tono anunció una contundente muestra de pronunciamiento moral—... que a uno le fascine la contemplación de la perversidad.

—Sí, ciertamente. —Andra se abstuvo con prudencia de sugerir que una relación más íntima que la contemplación producía una fascinación todavía más fuerte. Cautelosamente, porque no estaba seguro de que podía herir el puntillo del muchacho, preguntó—: ¿Sería indiscreto saber por qué la señorita Wilson te dio a leer el libro?

No parecía ser una intrusión.

—Creo que quería ampliar mis horizontes mentales, como suele decirse. —Extendió el brazo para abarcar el conjunto de la Ciudad Vieja y la Nueva—. A ella le gustaría que contemplase todo esto desde distintos puntos de vista. En una ocasión describió el cristianismo como una rendija demasiado estrecha para ver el mundo.

—Me inclino a coincidir con ella.

—Supongo que profesionalmente, sí. Su profesión, artista, refleja el mundo, pero no lo explica.

Andra contuvo el impulso de pegarle, admitiendo para sus adentros que una confrontación terminaría para él, probablemente, con sangre y cardenales: los cristianos nunca habían sido una casta pacífica. ¿No había provocado su fundador un tumulto en un templo esgrimiendo un látigo? ¿Y no dijo que no traía «la paz, sino la espada»? (Bonita nota, ésta).

—La doctora opina también —prosiguió el muchacho— que comprender el mal

es necesario para verlo a través de los ojos de quien lo hace. Algunas partes de su libro son un intento de conseguir esto. Muy instructivo.

Andra reflexionó que el terreno se hacía demasiado peligroso.

—Ya es hora de que vayamos a desayunar.

El desayuno de Lenna consistía realmente en café y un mendrugo (bien, de hecho se trataba de una tostada untada con algún tipo de viscosidad dietética y sin azúcar), pero para sus invitados tenía huevos y fruta cocida y recipientes de sal y azúcar, que ella no tocó.

Andra no pudo abstenerse de comentar que Marin no hacía la ofrenda.

—¿Cómo lo sabe, artista? La oración en voz alta no es un distintivo de virtud.

Lo tengo merecido. No hables de lo que no sabes.

—Dispongo de poco tiempo —dijo Lenna—. ¿Tienes preguntas urgentes, Andra?

—Varias docenas que pueden esperar el desarrollo de los acontecimientos, una que querría plantear antes de seguir. La división radical entre supra e infra me desconcierta.

—Nunca fue completa, como verás en capítulos posteriores.

—Existía la Periferia, pero parece haber sido una zona destinada a amortiguar los choques.

—La intención fue exactamente ésa. Cada Enclave estaba rodeado de una Periferia y de una franja de parque abierto, y cada Enclave tenía en su seno un potente centro militar.

—Así pues, ¿era una tiranía?

Marin sugirió:

—¿Una relación amo-sirviente? ¿Mantener a los infra en su sitio y hacérselo entender? No era precisamente así.

Lenna le dedicó su actitud más doctoral:

—Si has captado todo eso...

Con evidente cautela, el muchacho dijo:

—He leído otras cosas al margen.

—Entonces cuéntame qué conclusiones has sacado.

Marin, pensativo, se concentró en su desayuno como si previera complicaciones. Pero finalmente respondió:

—El objetivo no era la opresión, sino la preservación. Los supra, instruidos, y en conjunto el sector más competente de la población, con la proporción normal de oportunistas, eran necesarios para administrar el Estado. Tras el colapso del comercio y de toda la industria, excepto la esencial, los infra se convirtieron en una carga para la economía y resultó más fácil y barato mantenerlos si estaban concentrados en áreas reducidas.

—¿Quieres decir —preguntó Andra— que construyeron los Enclaves y encerraron en ellos a los desempleados?

—No, no. Todo se produjo casi por accidente. Los cambios de gran alcance

siempre ocurren sin previa planificación; el aprovecharlos viene después. Al finalizar el milenio, la situación del empleo era tan mala que los gobiernos se vieron obligados en todos los países a levantar edificios de apartamentos de gran altura para acomodar allí a las personas sustentadas por el Estado. Sabían que aquel tipo de edificios era socialmente una solución pésima: el medio siglo anterior lo había demostrado, pero con dos tercios de la población viviendo de pensiones o subsidios la situación financiera era desesperada. Además, la población aumentaba incesantemente y no se la podía dispersar por los campos. La tierra productiva ha de producir, y Australia nunca ha sido un país fértil. Por lo tanto, los Enclaves crecieron. Al acabar la segunda década ya se los reconocía como una forma de existencia y el Estado se reorganizaba en torno a lo que se había convertido en un hecho vital.

Marin miró a Lenna, no preguntando explícitamente: *¿Qué tal lo hago?*, pero sí alentado por su gesto afirmativo. Andra pensó que aquello sonaba a discurso preparado: ¿estaría presenciando un examen oral? Dijo:

—¿Todos consideraron que era una buena idea y se instalaron apaciblemente? ¿Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio?

—Al principio no, artista. Las cuestiones humanas no son tan simples. Los supra no representaban un problema para el Estado: sabían que la Cultura de Ordenador estaba ya saliendo de la historia y que la disrupción del clima y de la agricultura que comportaba el Invernadero era el golpe final. Sabían que las ventajas de que gozaban dependían de que respetaran cualquier norma que el Estado decretase, y el Estado jugó con su miedo a la pobreza. Los supra pasaron a ser una especie de aristocracia escalonada desde la servidumbre al poder. —Añadió, a manera de resumen—: La cultura morbosa de la descomposición.

—¿Y los infra?

—Ellos no querían tener nada que ver con los supra. Los despreciaban.

—Eso necesita una explicación.

Marin sacudió la cabeza.

—Yo mismo no estoy seguro de entenderlo. ¿Doctora?

Lenna dejó su taza de café y apoyó las manos en un atril invisible.

—En una sociedad sin clases, o por lo menos sin castas, parece una actitud irracional, pero en el curso de la historia ha constituido un refugio psicológico para los pobres, desde el cual denigrar a sus llamados «mejores», satirizar sus excesos y sus maneras y su conducta y pretender que ellos estaban por encima de aquella existencia tan artificial. Los infra pensaban de sí mismos que eran las verdaderas personas y sublimaban su envidia disfrazándola de desdén. Pretendían no tener nada que ver con los supra y la vida en el Enclave garantizaba precisamente esto. Al cabo de un par de generaciones, los infra habían fundado una nueva cultura, basada en la necesidad, la autopreservación y la falta de información.

Andra empujó un trozo de cáscara de huevo en derredor de su plato.

—No tiene sentido. Debió haber ira y envidia.

—Naturalmente. Ira, envidia, amargura. El desprecio era una excusa, un escudo para hacer la pobreza soportable, incluso honorable, y permitir un sentimiento de orgullo. En la historia es un lugar común. Debería usted consultarlo con un psicólogo.

—No, no será necesario. —Pero lo consultaría—. ¿Y cómo fue que no surgiera un líder que los sacara de los Enclaves y borrara del mundo a los supra? Habrían sido como una marea humana.

Marin ofreció uno de sus ramalazos de sabiduría gnómica:

—Las revoluciones empiezan en las universidades; las calles sólo engendran disturbios.

—No me fío de los aforismos, muchacho.

Lenna dijo:

—Pero es un punto a considerar, y que se acerca lo suficiente a la verdad para que las excepciones no cuenten. Las revoluciones, por lo general, han estado incubándose durante décadas antes de estallar; las dos grandes revoluciones del período Medio Tardío, la rusa y la francesa, se cocieron a lo largo de un siglo de debates intelectuales antes de que los demagogos se levantaran y empezasen las matanzas. Sin intelectuales que les inciten, los pobres tienden a aceptar su condición e inventar filosofías que la hagan tolerable. Sólo tensiones ocasionales provocaron brotes de violencia, dominados con facilidad porque eran principalmente incidentes descentralizados que no respondían a ningún plan.

—Dominados con facilidad —señaló Marin— porque allí estaba el destacamento militar con toda su potencia de fuego y el ejército entero esperando a la puerta. Era también posible devolver a los revoltosos a sus casas esparciendo desde el aire productos, digamos, molestos. Y los parques abiertos hacían visiblemente estúpido cualquier intento de que un número nutrido de personas pasara al territorio supra. Creo que a los parques los llamaban zonas de fuego.

—Y aún dices que no era una tiranía.

Marin lanzó a Lenna una mirada pidiendo ayuda, y ella explicó:

—La fuerza casi nunca era necesaria. El deterioro de la capacidad del Estado para dar a las torres el servicio adecuado causó la rebelión de los Jefes de Torre. Éstos fueron al principio pura y simplemente gangsters, pero unos pocos hombres lúcidos alcanzaron autoridad en algunas torres y establecieron un régimen de pequeños estados dentro del Estado. La policía y los directivos de la Seguridad Política se percataron de la validez del sistema y lo favorecieron abriendo las corruptas líneas de comunicación sobre las cuales debiste leer la pasada noche. Dieron a los infra un cierto grado de satisfacción dejándoles manejar sus propios asuntos hasta donde fuera posible. La otra cosa que hicieron, con excelente sentido de gestión política, fue convencer a los Jefes de Torre de que sólo una condición de *statu quo* podía salvar aquella civilización que estaba al borde del colapso. Su frase predilecta era: «No rompáis la armonía». Cincuenta años antes pudo haber sido un buen consejo, pero los hombres que llevaban más tiempo preservando la paz sabían que ya era demasiado

tarde. La única suposición que hoy podemos hacer es que persistían con la esperanza de que ocurriera un milagro.

Desde el amarradero, en una de las confusas vías del delta, el Enclave era al principio impresionante, majestuoso para las personas que no consideraban la gran altura una necesidad imperativa de la construcción. De la torre más próxima habían quedado más o menos once pisos, llenos de mordeduras que se dibujaban contra el fondo del cielo y hendidos en dos lugares por sendas grietas que llegaban hasta el suelo. Mirando ladera arriba, desde la lancha motora era imposible no valorar aquella enorme reliquia en términos de poderío y de eternidad y desde la infinita tristeza del silencio.

Marin encabezó la marcha por un sendero lleno de malezas y arbustos. Era evidente que los árboles habían sido aclarados para permitir la abrumadora vista desde más abajo, y que además habían sido eliminados del ruedo de cemento de unos cien metros que bordeaba la primera torre, así como de las calles contiguas. El resto del Enclave había sido abandonado a la avidez de la selva. Andra contó diecinueve muros gigantescos que se alzaban entre los árboles, y probablemente había otros varios, más dañados todavía por el tiempo, que no rebasaban la altura de las copas. En conjunto, los Enclaves inundados se habían conservado mejor, pues sus bases se hallaban protegidas de los ciclones y de la contaminada agua de lluvia.

La energía de las cosas vivas confundía la imaginación. En aquellos claros abiertos por el hombre la tierra superficial que se había formado o depositado era muy escasa, pero las calzadas habían prácticamente desaparecido bajo matorrales, arbustos, árboles, hierba y plantas diversas. El recio manto de cemento tendido como un escudo en torno a la base del edificio se había llenado de prominencias, orificios y resquebrajaduras, por donde los árboles se abrieran paso vigorosamente en busca de la luz del sol, y plantas tan frágiles como las flores silvestres habían hendido y triturado el material para instalarse en las grietas.

Sin embargo, una ruina es una ruina, un resto caído, y su último testimonio es el de un fracaso. En el esfuerzo de Andra por imaginar el Enclave en su antigua condición, con el brillo del sol en las ventanas, envuelto en el zumbido de la vida en la calle, esta imagen duró sólo un momento y se precipitó en la más lastimosa decadencia. Rápidamente todo se tornó feo, monótono, simple piedra muerta.

Fisgoneó con interés la planta baja de la primera torre, que se conservaba limpia de escombros para facilitar la inspección; fue de acá para allá, estudió la disposición de escaleras y corredores, los pozos de los ascensores, los patios de luces y las varias dependencias de mantenimiento. Un ámbito desoladoramente angosto. Los arquitectos no sólo no habían desperdiciado espacio, sino que en éste habían situado más elementos de los que su parquedad permitía. El interior de la torre era claustrofóbico.

Aquellos edificios debieron ser autosuficientes en medida sorprendente. Marin identificó el eliminador de basuras, la instalación de tratamiento de aguas residuales,

el acondicionador de aire y otros servicios, a partir de los fragmentos de maquinaria todavía visibles.

—La mayor parte del metal se lo llevaron para refundirlo cuando empezó la nueva era tecnológica. Cogieron todo lo que podía servirles.

Andra pensó en que la historia se repetía.

—Sus antepasados... nuestros antepasados desmantelaron gran parte del Coliseo romano para levantar casuchas.

—Sin embargo, todavía existe, y lo nuevo prácticamente no, aunque en realidad poco puede salvarse de una masa de cemento.

—¿Te interesa la historia?

—Cierta historia, artista. Pienso escribir la historia de las iglesias cristianas.

Andra se sobresaltó: el tema monomaniaco esperaba agazapado detrás de la más inocente y ajena observación.

—La doctora me ayuda —continuó Marin.

—¿Eres estudiante?

—A tiempo parcial.

—Explícame, por favor, la razón de que una profesora de alta categoría académica se dedique a ayudar a un estudiante a tiempo parcial.

Él había tenido que luchar con uñas y dientes contra toda clase de obstáculos para obtener los limitados servicios de Lenna; y sólo gracias a su reputación profesional, que en su esfera era tan alta como la de la doctora, había conseguido audiencia.

—La profesora Wilson es mi tía abuela.

El nepotismo florecía. Andra, celoso, dijo:

—Eres afortunado.

—Sí, artista —dijo Marin con presunción, consciente de su privilegio—. No se ocupa mucho de mí, en realidad, porque tengo otro tutor fijo, pero localiza referencias oscuras en el Banco de Datos que me son útiles, y me hace escuchar grabaciones del período Medio Tardío. Y me explica teoría de la historia. Y me dejó leer su novela.

—Que está lejos de ser una historia cristiana, imagino.

Terminada ya la visita a la torre, dieron la vuelta para descender al punto donde habían dejado la lancha. Andra se alegró de tener los viejos monstruos a su espalda: la inspección había sido provechosa, pero el silencio de las ruinas resultaba, al final, opresivo. Cualquier detalle adicional que necesitase para estructurar su obra podía obtenerlo de hologramas y reconstrucciones.

—Me parece —dijo Marin, todavía inmerso en su tema favorito— que la doctora subvertiría mi fe si pudiese. —Como un hecho estricto, como si no fuera un desafío a los poderes terrenales, declaró—: Pero yo conozco mis fuerzas.

En cualquier caso, decidió Andra, crees en ellas por poco que las conozcas. Le incitó:

—¿La novela?

—Ella quería hacerme ver que la virtud puede existir sin una base religiosa.

—¿Y bien?

—Percibo ciertas virtudes en sus personajes y recuerdo que sus acciones eran las de personas reales. La mayoría de ellos, en aquella época, eran nominalmente cristianos, pero paganos de corazón, de modo que sus virtudes no lograban nada porque no estaban enraizadas en la fe. Sus virtudes se convertían en vanidades por falta de humildad.

—No observo mucha humildad en ti —dijo Andra; y se habría tragado las palabras, pero se sintió mejor después del pequeño desahogo.

—Como usted diga, artista.

Cautelosamente distante en su respuesta, Marin guardó silencio mientras bajaban por la ladera. Andra iba pensando en qué clase de rama de olivo podía ofrecerle a aquel espinoso muchacho.

Pero la curiosidad del propio Marin le ahorró la molestia:

—¿Respecto a su obra de teatro, artista? —preguntó vacilante.

—¿Sí?

—¿Tiene ya en mente algo concreto?

—Todavía no. Concreto, no. Sólo una cosa: Kovacs. Un hombre con muchas facetas. Una obra necesita por lo menos un personaje que sea completamente original.

Unos pasos más allá, Marin dijo con apacible inocencia:

—Habría supuesto que un artista se daría cuenta de que todas las personas somos completamente originales.

Pago equitativo. Andra retuvo una sonrisa: dejaría que el chico se apuntase el tanto.

—Me gustaría representar el papel de Kovacs.

Marin, que caminaba delante, dio un traspié y se volvió a mirarle.

—Difícilmente podrá hacer eso.

Andra le ofreció a cambio una frialdad que helaba el aire, el genuino hielo del experto desafiado en la esencia de su ser.

—¿Y por qué no?

El eco de una arrogancia que se equiparaba a la suya tuvo su efecto en el muchacho.

—Quiero decir, artista, que... bueno, ¿cómo explicárselo? Las condiciones físicas son diferentes.

Andra, adivinando el problema, cedió un poco en su frialdad. No mucho.

—¿Por lo tanto?

—Kovacs fue un hombre delgado, usted es corpulento. Tenía la cara estrecha y una nariz larga y puntiaguda, que buscaba, que husmeaba. A través de la carne se le notaban los huesos.

—¡Mira!

Con las palmas de las manos, Andra se apretó las orejas contra el cráneo, tirando hacia atrás de la piel del mentón y las mejillas. Abatió los hombros y los inclinó hacia adelante, con lo que redujo su anchura en más de diez centímetros. Con los ojos entornados, el rostro tendido al frente y las mejillas chupadas para destacar los pómulos, recitó con voz lisonjera y taimada:

—Ese Casio tenía una expresión mezquina y codiciosa...

Y así la tenía él, en plena luz del día, sin el distanciamiento del escenario, sin maquillaje, sin la engañosa cobertura de la ilusión.

Marin murmuró:

—Le presento mis excusas, artista. Usted puede representar cualquier papel.

—Cualquier papel humano —le dijo Andra, y tropezó dolorosamente con una piedra como castigo a su vanidad.

El condenado Dios cristiano de Marin, pensó, estaba a la escucha.

A través de la ventana de Lenna, un crepúsculo rojizo derramaba su encanto sobre el campus y la ciudad mientras Marin daba su versión de la visita de aquella tarde; versión no muy significativa para Andra, quien encontraba embarazoso presenciar cómo el entusiasmo juvenil se trocaba, frase tras frase, en fanática moralidad, hasta terminar con:

—Es fácil compadecerse de ellos, pero en suma fueron una gente perversa que llevó su mundo a un final perverso.

Lenna, todavía envuelta en su áurea de academicismo gris, sugirió amablemente que, enfrentados a lo insuperable, aquellos hombres habían hecho lo que mejor pudieron.

—¡Coraje sin virtud! No les bastó, ¿verdad? —replicó Marin. Miró por la ventana, prescindió de la historia y exclamó que el día casi había terminado y debía aún ocuparse de limpiar y poner la lancha a punto—. Adiós, tía Lenna. —Ante la sorpresa de Andra, la besó—. Seguro que volveremos a vernos, artista.

Y se marchó a la carrera para aprovechar la última luz.

Andra dijo:

—Es la primera vez que le he oído dirigirse a ti familiarmente.

—A veces olvida su reserva. Sobre todo, teme que otros piensen que debe sus estudios a mi protección.

—¿Y no es así?

—No del todo... Es un buen estudiante, aunque admito que le ayudo.

—Tarde o temprano tendrá que elegir entre moralidad y realidad.

Ella rió.

—Eso se dice pronto, pero; ¿qué es una cosa y qué es otra? ¿Te apetece una taza de té?

—Sí, muchas gracias. Esta tarde me estaba preguntando si Dios permite a tu sobrino que persiga a las chicas.

Lenna volvió a reír.

—Con entusiasmo.

—Celebro oírlo. ¿No hay en eso conflictos entre moralidad y realismo?

Ocupada con la tetera y el agua caliente, ella dijo:

—No le he preguntado qué pasa por las noches a bordo de la motora. No querría ser causa de una sagrada esquizofrenia.

Abajo, la disminuida figura de Marin trotaba en dirección a la escalera mecánica; por lo demás, el campus, lleno de actividad cuando ellos habían subido del río, estaba desierto: la galerna nocturna no era tan intensa que implicase peligro, pero sí lo suficiente para desaconsejar la exposición innecesaria. La ciudad se retiraría tras de las puertas durante la turbulenta media hora. Mientras Andra miraba, un resplandor, como un velo luminoso en la lejanía del océano, anunció la proximidad del fenómeno, y en el exterior de la ventana las ramas se agitaron con el primer y todavía suave balanceo.

—Pues yo —dijo él— prefiero sus dilemas morales a los de los dos impíos hijos de Alison Conway. Aquellas deserciones, ¿ocurrieron en realidad?

—Sí. Ella llevaba un diario que se conservó en una de las cápsulas del tiempo.

—Una pareja repulsiva.

—Deberías cambiar de opinión sobre los chicos... Era producto de la época. Los lazos familiares se habían estado aflojando durante tres generaciones antes de que ellos nacieran, de esto hay evidencia sobrada.

—¿Desaparición del amor en una cultura pragmática?

—No, no en absoluto. —Sacó las tazas y unas pequeñas galletas—. Un cambio de significado, quizás. Amor fue siempre una palabra que cubrió mucho territorio, desde amar a una esposa hasta amar un deporte o la justicia abstracta, y los traficantes de emociones, en los espectáculos populares, lo presentaban siempre como imperecedero y exclusivo. En una cultura sometida a tales tensiones, la verdad no podía ser disimulada bajo plumajes sentimentales. La gente del Invernadero aprendió a apreciar el amor sin glorificarlo. —Hizo una pausa, y sus ojos buscaron distraídamente por la mesa algo que no le venía a la memoria—. ¡Azúcar, claro! Tu veneno.

Andra agradeció a la fortuna que su vida no estuviera dominada ni por Dios ni por la dieta. Con amor y tensiones se encontraba en mejores términos.

—En tu novela se echa de menos una tensión determinada, una tensión que alguien tan egocéntrico como Francis debió percibir con mucha intensidad. Me refiero a la amenaza de guerra nuclear.

Lenna sirvió el té. Dijo:

—Cuando se edificaron las torres ya nadie creía en serio en esa amenaza.

—¿Es una tesis tuya o un principio de historia aceptado?

—Un principio aceptado. Nuestra literatura popular, o los seriales del triv, le dan mucha importancia, pero el hecho es que desapareció del pensamiento contemporáneo a principios del tercer milenio.

—Sin embargo, uno la imagina como una sombra proyectada para siempre sobre el mundo.

—Siempre fue una posibilidad, pero no un miedo importante. Las masas, simplemente, dejaron de pensar en ella. Todos hacemos lo mismo, ¿no? Suprimimos la noción del pecado, la conciencia de que somos mortales, la posibilidad de un accidente, la incomodidad de las incógnitas del mañana.

—¿Una filosofía fatalista?

—Más bien una especie de complacencia. Las mayores potencias nucleares, Estados Unidos y la Unión Soviética, admitieron una estabilidad inherente a su condición de custodios de una energía que creaba problemas mayores que los que podía resolver. Mantuvieron una pugna de un siglo sobre los motivos de cada parte, y en retrospectiva vemos hoy que ambas potencias reconocían que mientras hablaban, por muy duro que fuera su lenguaje, ellas y el planeta entero estaban razonablemente a salvo. Sin necesidad de un acuerdo formal, las dos se oponían a que los países pequeños y los grupos terroristas tuvieran acceso a las armas nucleares y los mantenían más o menos bajo control con intrigas que los dividían y por medio de coacciones financieras.

—¿Más o menos?

—Más que menos. Hubo intentos de utilizar bombas de fisión con fines terroristas o de simple extorsión. Quienes lo intentaron fueron eliminados. Sin piedad. Quedaron reducidos a sucesos de un día en los noticiarios. El armamento nuclear se convirtió en una técnica de disuasión y aplazamiento, solución tan buena como cualquier otra en una cultura básicamente neurótica. La física nuclear no desaparecía, pero la guardaron en el estante de arriba, fuera del alcance de los niños. El mundo siguió adelante con sus problemas de egoísmo e inanición general.

Andra objetó que la descripción era demasiado simplista.

—¿Y por qué no ha de ser buena una respuesta simple? —replicó ella—. La amenaza nuclear nunca estuvo ausente de las negociaciones internacionales, pero dejó de ser noticia. Y todavía se perdió más de vista cuando los programas espaciales se acabaron por mera falta de financiación. Se alcanzó un nivel tecnológico a partir del cual el más mínimo avance implicaba costes astronómicos. El peligro que presentaban los satélites declinó hasta desaparecer.

—Pero debió haber una conciencia subyacente...

Lenna cortó con brusquedad:

—Claro que la había. Sencillamente, se acostumbraron a ella. ¿Te preocupa a ti el Largo Invierno?

Sorprendido por el cambio de dirección, él reflexionó unos instantes.

—¿Debería preocuparme? Está muy lejos de nosotros.

—¿Y por ello deja de tener importancia? ¿Realmente está lejos? Nuestras galernas al anochecer pueden ser el primer signo, ¿quién sabe? Algunos dicen que el Invierno puede llegar de súbito: una serie de olas de frío, y aquí estará para quedarse.

—Todo son «puede ser», «puede llegar». Hay equipos de planificación...

—¿A nivel gubernamental? —Lenna parecía disgustada con él—. Son cuestiones que atañen a otros. Así, ¿por qué preocuparse? ¿Es eso?

—¿Qué ganaría preocupándome? No soy un hombre de ciencia. —De pronto, se vio a sí mismo enojado, blandiendo en dirección a Lenna su taza de té medio vacía: un actor que había olvidado su papel e improvisaba con torpeza. Depositó cuidadosamente la taza sobre la mesa y mudó de escenario—: ¿Cuál te parece que debería ser mi actitud?

Ella le contempló con aire burlón.

—La actitud de un artista absorto en sí mismo que utiliza su vanidad para deleitar al público. —Rápidamente, impulsada por el dolido asombro de Andra, prosiguió—: Mantente lo mejor que puedas al nivel de la información científica y serás capaz de pensar de forma útil si llega el momento de pasar a la acción. Si no, vive como quieras. Sé como los infra, consciente pero despreocupado.

Lenna pensó que si él miraba fijamente su taza era porque, irritado por su sarcasmo, tramaba en silencio la venganza. De hecho, Andra estaba preocupado por una consideración técnica que los conocimientos históricos no resolverían: la supresión de la amenaza nuclear haría más manejable el flujo dramático en su proyectada obra, porque significaba una tensión menos, y muy penetrante, que incorporar; pero la imagen que modernamente se tenía de aquel período, fomentada por los románticos, era distinta. ¿Cómo, entonces, explicar aquello a los espectadores en un fragmento de diálogo encajado en el curso de la acción, sin darle especial énfasis, no recurriendo a sacarlo del contexto a manera de paréntesis, sino haciendo que surgiese naturalmente del desarrollo de una escena?

—Necesito pensarlo mejor —murmuró.

—¿Pensar en tu actitud?

Con la atención muy lejos de Lenna, él dijo:

—No, en la de ellos. —Abandonó la taza de té y se levantó para marcharse—. Seguiré leyendo tu libro, a ver qué me sugiere. Buenas noches, Lenna.

Su despedida no era descortés, sino sólo súbita. Él ya se había marchado cuando se encerró en sus pensamientos; el resto consistía simplemente en que su cuerpo le había seguido.

Lenna se preguntó si también ella se comportaba de aquel modo cuando estaba inmersa en su trabajo. Probablemente sí. Claro que resultaba un poco enervante verlo en otra persona.

EL MAR Y VERANO
SEGUNDA PARTE

7

TEDDY CONWAY
Años 2044-2045

I

Me aplicaron el Test, que era escrito y oral, durante dos días consecutivos. ¡Preguntas fáciles! Preguntas fáciles para mí, porque estaba lleno de confianza. Otros chicos balbuceaban y se inquietaban temiendo que las respuestas obvias ocultasen trampas, dudaban y se equivocaban en la elección. Teddy no era los otros chicos.

El nudo de la cuestión no residía en ser o no ser extra: yo había sabido siempre que lo era. Lo que contaba era escapar a las Escuelas Especiales, donde podría olvidar que mi familia existía. Los otros chicos tenían padres y hermanos, pero yo tenía un diseñador industrial de segundo nivel y Francis. Papá era débil como un muñeco, siempre gimiendo porque las cosas iban de mal en peor mientras él malgastaba nuestro dinero en aquel coche inútil. Mamá no podía remediarlo a pesar de que le doblaba en energía e inteligencia. ¡Y Francis! Una mierdecilla, un embustero, un ladronzuelo, un mocosito, ¡siempre pegado a Papá como si él pudiera llevarle a alguna parte! Cuando descubrió su talentito (cómo contar sin usar los dedos), parecía que fuera Einstein, y de hecho era tan torpe que si manejaba una calculadora equivocaba todos los resultados.

Yo no les odiaba. No odias aquello a lo que estás acostumbrado, lo toleras, pero yo sabía que no llegaría a ser nada si no les dejaba atrás.

Mamá no era tan deficiente. Es decir, no lo era hasta la noche en que Papá se rebanó el cuello y ella se mostró tan inútil como Francis cuando las cosas venían mal dadas. Se afligía por el hombre que nos había arruinado porque fue incapaz de

conservar su empleo, y cuando yo expuse la fría realidad, ella me pegó.

No dije nada mientras nos trasladábamos a Newport y nos instalábamos en aquel barrio miserable, porque confiaba en que pronto llegaría el resultado del Test. Después, ¡adiós!

Quien finalmente ahogó en mí la buena voluntad fue Kovacs. Entre los bastardos de ínfima calaña, él era algo nuevo; era un animal sin carne dotado de un rostro hiriente, capaz de abrir en ti agujeros, y de unos ojos suaves y pardos que intentaban disimular que lo que asomaba a ellos no era el alma de una rata. Extorsión, asesinato, robo: podías apostar a que en estos deportes se había proclamado campeón local. Transpiraba vileza desde su ropa de segunda mano hasta aquella voz infra que pretendía disfrazar de habla humana para que no se le notase el acento barriobajero.

Mamá ni siquiera intentó oponérsele: cuando se la ponía a prueba era tan débil como mi padre. Kovacs entró en casa y se acomodó y se puso a ronronear, y ella le dejó. En cuanto a Francis, le tomó una afición al tipo que a mí me revolvía el estómago, y le seguía a todas partes con unos ojos como estrellas.

Me negué a dirigirle la palabra a aquel animal infra si no era absolutamente imprescindible, y él nunca intentó trabar amistad conmigo, ni mucho menos imponérseme. Era de esas gentes sin auténticas agallas, y yo, sin embargo, demasiado pequeño para aprovecharlo.

Ya ven, pues, cómo eran y por qué tenía que marcharme.

Lástima que también hayan descubierto cómo era yo.

El bastardo de Kovacs intentó burlarse de mi éxito, porque le era imposible admitir que alguien se librara del cepo de su clase social. Pero tuvo el buen sentido de no acercarse por casa la mañana en que partí.

Pese a todo, sentí un tirón interno al separarme de Mamá, aunque no había ya nada que hacer. ¿Qué podía ella ofrecer que Kovacs no hundiera y degradase? En Francis ni siquiera pensé.

El hoverbús estaba lleno de chicos que no se conocían unos a otros y trataban de entablar conversación. La niña sentada a mi lado dijo:

—Hola.

—Hola —dije yo.

Eso fue todo. Yo quería estar a solas con mi sensación de alivio y mis visiones del futuro. ¿Qué esperaba? Una entrada espectacular en un salón de actos lleno de adultos sonrientes que nos daban la bienvenida a la vida intelectual, un jovial discurso de acogida por parte de algún dignatario, y a continuación... ¿Qué?

No hubo salón de actos ni discurso de bienvenida. El hoverbús no llegó a atravesar el Centro Urbano, sino que se dirigió a un gran tinglado metálico, tan antiguo que la herrumbre se comía el hierro a través de la pintura, cuyo suelo de cemento tenía empotradas varias líneas de raíles paralelos. Uno de los chicos murmuró que era una vieja cochera de tranvías eléctricos, pero ninguno de nosotros recordaba tranvías que circularan sobre raíles.

En el lugar se concentraron otros hoverbuses con aproximadamente 300 chicos. Unos escritorios se alineaban paralelamente a una pared y en cada uno de ellos había un adulto que no sonreía y a quien no parecían importarle un comino nuestros intelectos, que no tenía preparado ningún discurso de bienvenida y que sólo quería deshacerse de nosotros lo antes posible. Preguntas, comprobación de datos y entrega de una bolsa grande y pesada que llevaba estampado un número.

—Éste es el número de tu grupo y éste el de tu hoverbús. Busca tu bus y quédate en él. Si necesitas ir al lavabo, díselo al conductor. ¿Alguna pregunta?

—¿Sobre qué?

Mi grupo de noventa y seis cerebros brillantes, pero momentáneamente ofuscados, comenzó a formarse a partir de pequeños subgrupos. Inevitablemente, había extraños a quienes ningún grupo quería o que no querían aún unirse a un grupo; a mí seguía apeteciéndome estar solo. Habría tiempo de entablar amistades una vez explorado el terreno.

Una de las chicas se acercó al conductor, que esperaba al volante; supongo que querría ir al lavabo. No alcanzamos a oír lo que hablaron, pero vimos que ella perdía bruscamente su temblorosa timidez y se marchaba en la dirección que el conductor le había indicado obviamente encolerizada. Cuando regresó, una ráfaga de escándalo se expandió por el grupo como sólo el escándalo se expande.

—¡Apenas ha entendido lo que le decía el conductor! ¡Es un infra!

Me resulta raro recordar hoy nuestra reacción ante aquel retazo de información, que fue desde la indignación mojígata a la emocionada curiosidad. ¡Un infra auténtico! Domesticado, era de esperar.

Su presencia, sin embargo, era un enigma. Un infra desempeñando un empleo representaba una flagrante contradicción; no podíamos explicárnosla. (Era una trampa, por supuesto, una cuña hincada en nuestras ideas: las Escuelas no hacían nada sin un propósito).

Cuando finalmente nos colocaron en nuestros asientos, cada hoverbús partió en una dirección distinta. Evité preocuparme respecto a cuál sería mi destino; todo consistía en aceptar lo que viniese con el aplomo propio de una mente extra. Y lo que vino después de una carrera de dos horas fue un gran campo de rastrojos de hierba parda que se extendía hasta una distante agrupación de tiendas de lona. Nos reunimos fuera del vehículo según las instrucciones que el conductor impartía en su jerga infra, procurando que pareciese que en realidad no obedecíamos órdenes de una escoria, y como un rebaño, alicaídos bajo el ardiente sol, nos adentramos por una senda solitaria entre incontables hectáreas de campiña desnuda.

Pronto salió a relucir que ninguno de nosotros había pasado nunca una noche bajo una lona. Lo que afrontábamos era un impacto cultural.

A través del campo, que a nosotros se nos antojaba una especie de erial, un hombre caminaba calmosamente a nuestro encuentro. Al aproximarse agitó la mano y en tono amistoso dijo al conductor:

—Puedes irte, Larry.

Larry retrocedió hacia el hoverbús y se marchó, llevándose la civilización consigo.

El hombre solitario nos sonrió como un tiburón presto a morder.

—Bienvenidos a casa.

Miramos hacia las tiendas y guardamos silencio. El hombre añadió:

—Yo soy vuestro Supervisor de Grupo... vuestro jefe de estudios, si lo preferís. Os dirigiréis a mí llamándome señor Nikopoulos y me llamaréis Nick a espaldas mías siempre y cuando yo no os pesque diciéndolo. Ahora, cargad con vuestros equipajes y seguidme.

Éste es el lugar adecuado para decir algo sobre Nick, a reserva de posteriores explicaciones más complicadas.

Era griego, por descontado, pero Australia había sido el hogar de emigrantes griegos desde hacía más de un siglo; como nación, nosotros teníamos tantas sangres mezcladas que no merecía la pena identificarlas. En cualquier caso, ya no se podía distinguir la estirpe inmigrante de la remota población convicta original, porque el mestizaje se había equilibrado y generalizado. Nick se diferenciaba porque era australiano de tercera generación, sin apareamientos mixtos en su genealogía, un griego puro de cabello negro, ojos pardos y el cuerpo macizo de sus antepasados campesinos.

Sin embargo, para mí, en aquel día crítico, era sólo un patán malévol, supermusculado, dotado de una autoridad a la que había que someterse. Formaba parte de nuestra transferencia a un escenario bárbaro que arruinaba todas las esperanzas que el Test había hecho surgir en nosotros, y por vía instintiva se convertía en culpable de ello.

Encarnaba la autoridad sin explicación ni razón. Nosotros habíamos leído cosas sobre las antiguas Juntas militares, los nazis, el Kremlin rojo y los rumores de que tales sistemas todavía operaban en nuestro mundo moderno: formaban la corriente subterránea de sospechas que dividían a las naciones y derivaban hacia el patriotismo la necesaria defensa de la libertad. (A los doce años no pones en cuestión este tipo de historias). La asunción de indiscutible autoridad por parte de Nikopoulos removía aquellas lecturas en nuestra memoria; traducíamos su benigna orden por: *Yo soy aquí el jefe, y os digo: ¡en marcha!* Nunca nos habían tratado así en nuestras escuelas psicológicamente esterilizadas.

También era, aunque no lo descubrimos sino mucho después, un oficial del Servicio de Investigación Policial a quien aquellas incómodas obligaciones tutelares ofendían tanto como a nosotros.

A mí me desagradó a primera vista; me desagradaron su faz atezada, su físico animal, su acento australiano neutro e inidentificable: un tipo tan obviamente griego no tenía derecho a hablar como uno de nosotros. El desagrado se trocó rápidamente en animosidad. Aquello cambió con el curso del tiempo, pero el proceso fue lento.

Las tiendas estaban a un kilómetro largo de la senda, un kilómetro particularmente infernal. Debe recordarse que ninguno de nosotros tenía más de doce años, que acarreábamos la pesada bolsa que nos habían dado en la cochera, más nuestro propio equipaje, y que en casi todos los casos éste contenía aproximadamente el doble de lo que estipulaban las instrucciones escritas. Las ofendidas madres vieron sólo ineptitud en unas instrucciones que recomendaban una sola muda de calcetines y ropa interior y ninguna camisa ni calzado adicionales e indicaban que se nos suministrarían los artículos de tocador. Uno de los chicos llevaba una manta arrollada; otros varios, trivs portátiles. Muchos tenían dos maletas en lugar de la única requerida, con lo que la bolsa de la cochera representó para ellos un serio engorro.

Hubo un movimiento general para dejar aquellas bolsas en un montón, con intención de volver a por ellas más tarde, pero Nikopoulos lo impidió. Con gran cortesía, como si no fuese una broma pesada, dijo:

—Me doy perfecta cuenta de que unos padres concienzudos pueden ser un problema, pero ahora sois vosotros quienes debéis resolver el problema, aquí mismo y solos con vuestro equipaje. Recordad que la bolsa reglamentaria contiene monos de trabajo y las prendas esenciales y que no hay tiempo estipulado para que volváis a este punto. Debéis tomar vuestras decisiones al instante. Seguidme.

Eché a andar y no miró atrás ni una sola vez.

Allá fuimos, pues, maleta en mano, otra maleta pequeña apretada incómodamente bajo el sobaco izquierdo, la bolsa en la mano derecha y otros artilugios dispuestos según el ingenio de cada cual, tambaleándonos a través de los rastrojos. Bajo un sol furioso.

El grupo se descompuso por sí solo en noventa y seis sofocadas unidades distribuidas irregularmente a lo largo de un centenar de metros, desde los vacilantes líderes hasta los quejumbrosos rezagados. Yo tenía la suerte de llevar una sola maleta (aunque pesaba bastante por la cantidad de tonterías que había considerado imprescindible) y de ser fuerte para mi edad. Estaba seguro de cubrir la distancia, aunque no con comodidad.

Muy al principio pasé junto a la chica a quien había desairado en el bus. Había abierto sus maletas e intentaba comprimir en una el contenido de las dos. Era sencilla, vestía modestamente, probablemente no estaba en mejor posición que los Conway, y le dije:

—Si quieres, puedo meterme unas cuantas cosas en los bolsillos.

Me replicó chillando y sin mirarme:

—¡Ocúpate de ti! ¡No necesito ayuda!

Obstinada en su frustración, estaba a punto de llorar, de modo que dejé que se las arreglase sola.

La senda se convirtió en un rastro de pertenencias abandonadas, maletas enteras, trivs portátiles, la manta arrollada, prendas de vestir y hasta un muñeco.

Nikopoulos se paseaba, consciente de la suelta de lastre y de los apuros, pero sin volver la cabeza. Esperó junto a las primeras tiendas hasta que estuvimos todos reunidos. Se necesitó bastante tiempo. Después dijo:

—Quienes se han desprendido de las cosas de que podían prescindir han demostrado tener capacidad de decisión en una situación en que elegir era necesario. Los que han luchado para traerlo todo han demostrado tenacidad. En un mundo irracional los extras necesitan ambas cualidades.

Uno entre los noventa y seis, una chica, dijo quedamente, pero con claridad:

—So bastardo.

—¡Bien, ese lenguaje no es propio de una dama! ¿Quien lo ha dicho quiere identificarse, o prefiere el anonimato que dicta el buen sentido?

Atrapada hiciera lo que hiciese.

—Lo he dicho yo.

Era la chica que me había rechazado. Estaba furiosa y había llorado. Su voz, su acento, eran diferentes de los que yo estaba acostumbrado a oír; no supe situarlos.

Nikopoulos le dedicó su sonrisa de tiburón.

—¿Prefieres la valentía al buen sentido?

—No hace falta valentía para replicarle a usted.

—No hace falta valentía. —La corrección fue vejatoria para la niña, pero a mí me permitió clasificarla socialmente. Desclasada, habría dicho un supra: demasiado tiempo en la Periferia, deslices ocasionales en las normas de conducta—. Sin embargo —prosiguió Nikopoulos—, se necesita más rabia que lógica. La cobardía, según como se mire, puede ser una cualidad para la supervivencia. —Y a continuación, tras haber convertido delicadamente el enfrentamiento en una lección positiva, dijo—: Ahora os vais a distribuir, cuatro en cada tienda. Para ello tenéis cinco minutos, tiempo que os ahorrará tonterías innecesarias sobre quién se coloca con quién. Terminado el plazo sonará una sirena y vuestros estómagos os enseñarán otra cualidad útil para sobrevivir. —Señaló una tienda de gran tamaño plantada a cierta distancia. (Todo allí, descubriríamos, estaba a cierta distancia)—. ¿Preguntas?

Alguien inquirió:

—¿Cuándo podremos recoger las cosas que hemos dejado?

—Desechado. ¿Para qué queréis lo que habéis desechado?

Para entonces me había irritado ya tanto que di un paso al frente para decir:

—No tenemos que dar explicaciones de por qué queremos lo que es de nuestra propiedad.

Él asintió afablemente.

—No, no tenéis que darlas. Pero ¿cuándo encontraréis tiempo? Vuestra jornada ha sido programada al minuto. —Alzó la mirada al cielo—. Aquí no ha llovido en dos años y sería muy raro que lloviese hoy, ni tampoco está previsto que sople el viento, así que vuestros pertrechos pueden seguir donde los habéis tirado hasta que encontréis tiempo, ganéis tiempo o inventéis tiempo para recogerlos. Os aseguro que

nadie robará nada. Y ya sólo os quedan cuatro minutos para elegir vuestras tiendas.

Barahúnda. Tras cuatro minutos de caos una sirena aulló como alguien que estuviera muriéndose, y el hambre nos acometió de golpe; pero todos habíamos ya colocado nuestras pertenencias en una parte u otra.

Nos sirvieron una comida civilizada y muy abundante, y cuando regresamos a las tiendas, los equipajes antes depositados en confusión habían sido recogidos, ordenados y dispuestos de manera que fuera fácil identificarlos. Primero la lección, después el pastelillo de mermelada: métodos elementales que a nadie consiguieron apaciguar.

Mucho, mucho tiempo después deduciría yo que el propósito del ejercicio de aquella mañana fue la preparación mental para toda clase de aparentes irracionalidades que terminarían por tener alguna razón. Habían estado diciéndonos que el mundo no es el lugar que nosotros pensamos que es. No es racional ni justo.



Pasamos doce meses en aquel campamento. La instrucción y las clases producían el efecto de un aturullamiento de trabajos duros, pero eran de hecho un sistema para poner de manifiesto y evaluar nuestros potenciales latentes. Se parecía mucho a la instrucción militar, sin armas, sobre todo en su aspecto físico. Nos levantábamos cada día con el alba y trotábamos cinco minutos hasta el arroyo donde nos lavábamos; a lo largo de la jornada hacíamos tanto ejercicio físico como trabajo escolar, con especial énfasis en los juegos de equipo. Algunas noches, cosa sorprendente, había estudios de arte dramático. Si yo detestaba los días, amaba en cambio las noches de Shakespeare, Ibsen, Brecht, (ningún autor moderno, como puede notarse), los debates sobre personajes, significados, técnicas. Parecía irrelevante y no lo era.

Nuestros tutores, hombres y mujeres, nos organizaban en grupos de seis, de modo que la enseñanza era intensiva y personal. Eran personas amistosas, pero distantes; nos brindaban el convencional «acude a mí si tienes problemas», y, sin embargo, sus tiendas estaban plantadas tan lejos que la cuestión había de ser condenadamente urgente para que sacrificáramos el tiempo necesario para encontrarles.

Fuera de las horas lectivas quedábamos en libertad. En completa libertad. Nadie inspeccionaba las tiendas ni nos sermoneaba ni nos dictaba normas de conducta, nadie ordenaba «fuera luces» ni se preocupaba si nos saltábamos un baño matinal en el arroyo.

El resultado fue al principio tumultuoso. Nosotros éramos extras, superiores y conscientes de serlo. Las tiendas se convirtieron en focos de tensión, donde cada uno pretendía ser el más inteligente y los más débiles caían en crisis de autocompasión. Día y noche florecían vociferantes competiciones, y muchos chicos desertaban airados de sus tiendas para dormir en el suelo, antes que verse mezclados con cerdos pseudointeligentes, lágrimas de rabia y alguna que otra pelea. Unas veces interrumpíamos las peleas, otras azuzábamos a los contendientes, y las chicas no eran mejores que los chicos. Ni yo era mejor o peor que los demás.

Durante diez días no vimos a Nikopoulos. A los tutores no parecía interesarles cómo nos comportábamos fuera de clase; los únicos delitos eran llegar tarde y no prestar atención.

El décimo día los grupos se reunieron en la zona de profesores (la mayoría de las clases se daban al aire libre) y se nos dejó allí esperando; cuando empezamos a hablar se nos ordenó guardar silencio. Esperamos media hora.

Nikopoulos apareció, deambulando, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, nos lanzó una ojeada general y dijo:

—He visitado vuestras tiendas. Vivís como animales. He oído el ruido que hacéis por las noches. Los animales demuestran mayor conciencia social que vosotros. Os comportáis según la idea que tenéis de los infra. Pero ellos tienen cierta excusa.

Luego se alejó dando un paseo y el resto del día transcurrió como siempre.

Ninguna amenaza, sólo un despectivo golpe al esnobismo y los temores en que habíamos sido criados. Nuestros estudios sociales habían empezado con un examen de conciencia.

A partir de entonces, Nikopoulos solía vagar en torno a los grupos de alumnos, escuchaba un rato y luego intervenía con su personal inyección de lo inesperado, amarrando a uno u otro de nosotros con sus nudos, para después proseguir su paseo, consumada la destrucción.

Un día me eligió a mí y lo que ocurrió fue extraordinario, aunque sólo yo supe hasta qué punto. Me sorprendió en uno de aquellos momentos en que mi mente erraba por los vericuetos de alguna digresión personal, y cuando pronunció mi nombre acudí a la carrera, pero no había oído su pregunta.

Con apreciable gentileza dijo:

—Presta un poco de atención, muchacho. Preguntaba por qué los ingenieros del siglo veinte construyeron un sistema tan bueno de carreteras y después permitieron que se estropearan.

Enfadado porque me había pillado en las nubes, le repliqué secamente:

—No permitieron que se estropearan. Eso lo hicimos nosotros.

Pensé que iba a responderme en un tono parecido, pero sólo dijo:

—Es cierto, lo hicimos nosotros. Dejamos que se perdieran sus magníficas y carísimas carreteras. ¿Por qué, Conway?

Quitó importancia a la cuestión:

—¿Para qué necesitamos carreteras si usamos aerodeslizadores?

Mi tono había sido francamente rudo. Aquellas clases al aire libre me parecían primitivas, me resultaban incómodas, me hastiaban.

—Podrían aprovecharlas las bicicletas.

La observación tenía que ocultar alguna trampa, no era seria. Las únicas personas que se desplazaban en bicicleta eran unos pocos supra campesinos que se tambaleaban de acá para allá montados en herrumbrosos armazones, sobre ruedas macizas fabricadas a partir de desechos y chatarra; a veces se les veía en las comedias del triv. Un ciudadano sirviéndose de aquellos artilugios era inimaginable; un hombre en bicicleta perdía la dignidad o carecía del sentido del ridículo.

Mi rostro debió traslucir la mayor parte de lo que pensaba, porque Nick se tornó irónico.

—¿No hay bicicletas? Nuestros padres circulaban en bicicleta.

Su mirada exigía un comentario. Yo era aquel día la víctima propiciatoria.

Pero la vanidad y el resentimiento forman una combinación destructiva. Dije:

—Hemos progresado desde entonces.

Él no podía saber que la palabra padres había conjurado la imagen del mío montado en una de aquellas máquinas, incompetente, prominentes los codos, la cara enrojecida por el esfuerzo, bombeando con las rodillas.

—¿Es progresar perder algo útil?

¿Cuántos de nosotros hemos identificado posteriormente aquella pregunta como una palanca aplicada bajo nuestra ignorancia del mundo? Yo me lancé a ciegas hacia la respuesta:

—Ellos eran unos incultos. Además, la gente tenía automóviles. —La confusión se había colado por alguna parte, impulsada por la sombra de mi padre; la lógica se perdía en un laberinto de reacciones—. Tenían todo lo que no necesitaban. Con sus coches se mataban unos a otros; con ellos mataban a centenares de personas cada día. Lo sé. Mi padre tenía un coche.

Mi memoria era un caos de escollos, con mi padre en el centro, siempre lamentándose de que antes todo era mucho mejor... Sentí frío bajo el sol caliente, porque estaba perdiendo el control además de la lógica y notaba como si el grupo desapareciera de mi entorno. Nick no pareció notarlo, preocupado sólo por el hilo del diálogo.

—Quizá tu padre pensaba que el transporte privado tenía sus ventajas. ¿Te dijo esto alguna vez?

Una parte de mi ser desapareció como desaparecía el grupo, y de pronto pude captar mi propia ira y oír mi voz quebrada que gritaba:

—¿Qué importa lo que dijese? ¡Todo era mierda! ¡No tenía cojones para vivir en el mundo real! ¡Se suicidó!

En medio del silencio, a lo lejos, un martín cazador emitió su risa, que era posiblemente la apostilla justa, pero el grupo permaneció callado y con los ojos fijos

en el suelo. Aquellos chicos habían visto dónde subí al hoverbús, en Newport, y ahora observaban la valía de una estratificación social inteligente: se necesitaba un prófugo de la Periferia para crear una situación más allá del protocolo y los buenos modales. Pensé en aquello mientras mi incontrolada lengua hacía su último comentario, añadía una coda improvisada destinada al recuerdo:

—Había sangre por todas partes.

Nikopoulos fue inhumano. Continuó como si Edward Ellison Conway no existiera, simplemente trasladó su interrogatorio a otra víctima y siguió aplicando su propósito de trastocar la visión que el grupo tenía de la historia y de los avatares de la humanidad.

Esperé por si el pájaro reía de nuevo. Me habría sumado a él para burlarme de los problemas de un extraño en una tierra imprevista. De uno de tales problemas acababa en aquel momento de librarme. Había asumido la pesadilla de Papá y la había expulsado de mí para siempre.



Al final de la segunda semana hubo tres días de asueto para visitar a la familia. Yo permanecí en el campamento. ¿Qué objeto habría tenido volver atrás? Nunca estaba solo, nunca me faltaban recursos internos.

A la autoridad escolar no le gustó, pero no se opuso con excesiva firmeza, e incluso pareció comprenderlo a su manera distante. Finalmente, con mi consentimiento, se escribió una carta. Fue una carta deshonestas, pero su significado era claro. Una ruptura limpia causa menos dolor.

¿Menos dolor a quién?



Cada día, a partir de la primera quincena, media docena de alumnos eran convocados a una entrevista privada con Nick, y las cosas que aquel bastardo de hombre había indagado sobre nosotros bastaban para hacerte creer en el mal de ojo.

Una de sus obligaciones era la preparación de informes sobre el progreso de cada uno de los noventa y seis pupilos. Muchos años después, cuando yo podía ya mirar atrás sin sobresaltarme, tuve ocasión de examinar mi propio historial y grabar algunos extractos (ilegalmente), para averiguar, aunque fuera parcialmente, cómo un vulgar intelectual de doce años llegó a ser, si no un hombre de bien, por lo menos un hombre que llevaba consigo sus ignominias personales en calidad de experiencias instructivas.

He aquí una de las grabaciones de Nick sobre mi progreso, hecha dos meses después de mi admisión y dictada en el tono llano y cansado de un hombre que se esfuerza por mantener la emoción al margen de una actividad emocional.

10 agosto 2044.

Sujeto: Conway, Edward Ellison. *Clasificación:* Extra, Grado B. Progreso-Resumen y comentario n.º 2.

General: Pocos cambios evidentes. Presuntuoso, reservado, entabla relaciones pero no amistades. Trabajo en equipo, deficiente; busca reconocimiento personal, necesita aplauso, luego simula ignorarlo. Solitario, falta de compañía, aunque no lo admita ni siquiera ante sí mismo. El Departamento Psicológico advierte que las relaciones familiares son cruciales para la estabilidad de su desarrollo; para comentarios, ver Apéndice.

Físico: Constitución corporal robusta, musculoso. Inadecuado para proezas atléticas, ideal para actividades de resistencia. Puede desarrollar un buen físico de combatiente.

Educativo: Deficiente en matemáticas. (¿Rechazo fraternal del insólito talento de su hermano?). Visión romántica de la ciencia: disfruta con extrapolaciones y predicciones fantasiosas; pero tendencia e interés escasos por la investigación. Excelentes dotes de expresión verbal; fuerte interés en literatura y teatro. Repito, teatro.

Preferencia declarada: Operaciones de Investigación Policial. Una elección más romántica que racional, aunque es posible prepararle con éxito. Sus tendencias personales también hacen posible que fracase totalmente.

Apéndice del Supervisor: Considero que el breve período de residencia en la Periferia endureció sus incipientes actitudes y su concepto del mundo. El diagnóstico evidente es una profunda insatisfacción consigo mismo de la que no se ha percatado aún. El Departamento Psicológico sugiere que le persuada

para que visite su casa con regularidad, pero él opone dura resistencia; su disposición a colaborar en aquella engañosa carta a su madre no fue una nimiedad. Desearía que el Departamento se ocupase de persuadirle, no yo. El rechazo de madre y hermano puede ceder con el tiempo y bajo presiones, pero Kovacs es un obstáculo inamovible. El informe policial sobre Kovacs resulta interesante. Es un Jefe de Torre con inteligencia y habilidad y la sensatez suficiente para operar sin salirse de sus límites. Algunas contradicciones: un hombre hogareño y libertino, un extorsionador con tendencia a la generosidad, un ladrón y un estafador y probablemente un asesino que protege su torre con una moralidad pragmática que incluye la información a la policía sobre elementos de la oposición. Lucharía, pero prefiere conspirar. Intentos de autodidactismo. ¿Un tardío *condottiero* del Renacimiento (un bandolero inteligente), señor del reino de la chusma? Apariencia física no atractiva, pero intenso hechizo sexual. Para Conway representa todo lo que hay de despreciable en la condición infra, pero tiene una sólida posición junto a la señora Conway como amigo de la familia. ¿Qué hacer para que el chico vaya a casa... voluntariamente?

1. ¿Sacar a Kovacs de su territorio? Fuera de discusión: es demasiado valioso como Jefe de Torre.
2. Trasladar a los Conway a otra Periferia. Demasiada oposición de los departamentos estatales afectados, con eventual rechazo por razones políticas.
3. ¿Conseguir la ayuda de Kovacs con el chico? Pero ¿cómo? Delicado, espinoso.
4. Desmontar el concepto del mundo que tiene el muchacho y reconstruirlo.

Los puntos 3 y 4 son los más arriesgados y difíciles, pero también los más prometedores con vista a la eventual carrera del muchacho.

Un proyecto a largo plazo podría ser conseguir la participación activa de Kovacs; este tipo de alianza con los infra es resbaladizo en términos sociológicos y psicológicos, pero podría ensayarse como objetivo lejano. Habrá que considerarlo.

Mi principal problema con este chico es su personalidad difícilmente integrable, con muy pocas aperturas a la simpatía. Es desdichado, pero se cierra completamente. Resulta muy duro querer ayudarlo.

¡Con cuánta antelación planificaba Nick, y con qué tortuosidad! Yo no sabía que su rango fuera el de capitán en el Servicio de Investigación ni que su destino como instructor fuera considerado una prebenda, casi una especie de vacaciones. Una broma entre colegas, supongo.

8

CAPITÁN NIKOPOULOS

Año 2044

Teddy Conway pasó de ser un pequeño bribón, duro e inteligente, a ser un hombre inteligente y duro. No el hombre que lleva consigo contratiempos e inconvenientes (al cual normalmente se maneja con facilidad), sino aquel a quien no hay forma de echar mano porque el exterior de su mente está liso y pulido.

Nunca desespero de comunicarme con un rapaz (los extras pueden ser más aviesos que la mayoría de los rapaces), pero me costó más tiempo del que habría sido razonable darme cuenta de que las claves para llegar hasta Teddy estaban en aquel segundo informe. De hecho, mi penetración en el Teddy interior empezó cuando le llamé para la entrevista reglamentaria, poco después de haberlo dictado.

Como algunos de sus compañeros, entró en la tienda simulando dominio de sí mismo, pero no podía contener la curiosidad (pensando que no se le notaba) de inspeccionar los muebles y enseres.

No había alumno que no empezara creyendo que las tiendas de los tutores eran una fachada que ocultaba el mobiliario y las instalaciones adecuados a una vida de orgía. No iban a dejarse engañar por las camas de tablas iguales a las suyas ni por los escritorios de sencilla madera, sin otros aparatos encima que la grabadora y el intercomunicador. Todo apariencias, razonaban. Tenía que haber pantallas, micrófonos, terminales de acceso directo... Sólo gradualmente aceptaban que los tutores vivían poco más o menos como los alumnos. ¿De qué otra manera habríamos podido inculcarles la noción del trabajo ininterrumpido día tras día?

Le dejé que se asegurara de que no había indicios olvidados para que se abalanzara sobre ellos, y después dije:

—Has estado peleando.

Él sabía que no aceptaría su silencio hosco, pero el también hosco «Sí» no me bastaba.

En tono fatigado, porque con Teddy aquello era una pugna constante, corregí:

—Sí, señor.

¿Por qué no *Sí bastardo* y terminar de una vez?

—¿A propósito de qué fue la pelea?

Explicar un acceso de ira ciega nunca es fácil: murmuró que era una cuestión privada.

—No lo era. Lo que ocurre en clase es público. Tu profesora de arte escénico lo cree así. ¿Se equivoca?

—Supongo que no... señor.

—Yo también lo supongo. Repito, ¿a propósito de qué fue la pelea?

¿Cómo cargas las culpas a la pasión y la ignominia que hervían buscando una vía de escape, que le hicieron cometer un error, y que de todos modos eran desproporcionadas a la causa?

De mala gana, empezó:

—Estamos preparando *Macbeth*...

—Lo sé, y sé que la clase de arte dramático te gusta. Ve al meollo del asunto.

Cuadró su macizo cuerpo y miró fijamente a la nuez de mi garganta como si planease algún daño.

—Era la escena de la daga: «¿Es una daga lo que veo ante mí?». Hubo una discusión.

Calló de repente, necesitado de ayuda. Yo dije:

—Siempre las hay en relación con esa escena. Siempre hay alguien que querría una daga auténtica flotando en el aire, plateada y amenazadora. Para sobresaltar a las personas de mal gusto.

¡Oh, astuto Nick! Se apuntaba un tanto al leer en aquellos ojos la sorpresa de que un palurdo autoritario conociese suficientemente a Shakespeare como para conversar sobre su obra. Dado que ahora hablábamos ambos el mismo lenguaje, insistí:

—¿Y por qué no? El fantasma de Banquo aparece más adelante, encarnado por un actor; entonces, ¿por qué no una daga de verdad?

Su lengua se movió obedientemente, reviviendo la discusión en clase:

—Pero eso es porque en tiempos de Shakespeare un fantasma podía ser real. *Macbeth* ve a Banquo aunque nadie más le vea: los fantasmas hacen cosas así. Es decir, la gente cree que las hacen. Pero la daga está sólo en la mente de *Macbeth*. Y él ni siquiera la ve con claridad, por ello pregunta: «¿Es una daga...?».

Es maravilloso cómo un poco de entusiasmo puede llenar de vida la cara de una mula testaruda.

—¿Y bien?

—No hay una daga en escena. Él la representa, y al hacerlo consigue que uno la vea. Una especie de ilusión.

Si la explicación cojeaba, la idea, en cambio, era válida. Pregunté:

—¿Cómo debe hacerlo? —No era una pregunta honesta, y lo fue menos cuando pedí—: ¡Enséñamelo!

Beth Castle había dicho que la habilidad del muchacho era considerable, pero ponerse en situación en una clase de arte dramático, con todos los presentes en armonía y el aire impregnado ya de las esencias de otro mundo, es muy diferente que

hacerlo partiendo de cero en una calurosa tienda y con un fulano con ojos como barrenas que te desafía a que pruebes tu tesis. Pronunció la primera fase y se quedó cortado, perdido en ese terrorífico vacío total de la memoria que es la pesadilla de los actores.

Yo salí de detrás del escritorio, me situé delante y adopté el papel de Macbeth, una mano extendida para apartar el horror, los ojos fijos en un rincón de la tienda.

—¿De esta forma? —pregunté, y me lancé a recitar—: «¿Es una daga lo que veo ante mí?».

Mi voz tenía, naturalmente, los timbres huecos y altisonantes de rigor. Debió de ser penosísimo, pero él me dejó continuar el recitado hasta «Y en tu hoja y tu empuñadura gotas de sangre», antes de interrumpirme sinceramente ultrajado:

—¡No, no, así no, Nick!

Aquello era de lesa majestad, pero la ocasión no se prestaba a que me mostrase quisquilloso.

—¿Qué he hecho mal?

Frunció el entrecejo y me fulminó con una mirada que recogía la indignación de todos los grandes directores desde Stanislavsky.

—Usted actúa todo el rato. El público ha de estar buscando la daga con la mirada, ¡no observándole a usted! La mirada de la gente ha de seguir la suya, hacia fuera. Usted debe permanecer lo más quieto posible. —Estaba completamente entregado, situando su técnica al alcance de un desmañado ignorante—. Puede moverse cuando dice: «Mis ojos han puesto en ridículo a los demás sentidos». Aquí puede volver la espalda a la visión, pero en la nueva dirección, allí está otra vez. Usted dice: «Todavía te veo», pero ahora en ella hay sangre y no desaparecerá porque es su mente la que la mantiene allí. Eso es lo que usted dice: «No existe tal cosa; es la sangre vertida lo que te da forma ante mis ojos». Por lo tanto, no es posible utilizar una daga real.

Una bella lección, Teddy, pero ahora volvamos a tocar el suelo con los pies, volvamos a la tienda y al ogro tiránico.

—¡Muéstramelo!

Me lo mostró, ya lo creo, pronunciando el discurso con un mínimo de movimiento corporal, excepto por aquel único giro, y hablando no con voz fuerte, sino como un hombre que habla distraídamente consigo mismo. No era la actuación de un gran artista (los niños no son grandes artistas), pero revelaba lo suficiente para hacerme reflexionar. Él veía realmente la maldita daga.

El dístico final le venció, como ha vencido a tantos Macbeths a lo largo de siglos, porque no hay forma de recitarlo que no quiebre la magia.

Le expresé mi aplauso asintiendo con la cabeza, sin cumplidos extravagantes, y le pregunté:

—¿Es así como lo hiciste en clase?

La hosquedad volvió con toda su fuerza.

—No... señor.

—¿Cómo, entonces?

El jovenzuelo se tomó la revancha con rostro inexpresivo:

—Más bien como lo ha hecho usted, señor. —El señor salió con facilidad, como un alarde de desfachatez—. No había tenido ocasión de prepararlo.

—Pero hoy has dedicado tiempo a prepararlo. ¿Por qué?

—Porque anoche lo entendí mal.

—¿Y se burlaron de ti?

Si, como dicen, las miradas matasen...

—Sí... señor.

—En consecuencia, arremetiste contra los dientes que tenías más cerca.

Sin asomo de remordimiento:

—Sí, señor.

—Que pertenecían al alumno Graves.

—Sí, señor.

—¿Un enemigo?

—No, señor.

—Simplemente el que estaba más cerca.

—Sí, señor.

—Naturalmente. ¿Quién ganó?

Se enfurruñó.

—Nadie. Nos separaron.

¡Oh, válgame el cielo, cuidado con la próxima vez, Graves!

—Si no os hubieran separado, ¿quién habría vencido?

—Habría vencido yo. —Consciente de que podía parecer una baladronada, rectificó—. Yo soy más fuerte que él.

—Quizá, pero cuando pegaste a quien tenías más cerca, ¿qué habría pasado si hubiera sido tu tutora, la señorita Castle? ¿Tendría ahora un labio partido?

Viendo la fosa cavada a sus pies, admitió de mala gana:

—No, señor. Me habría contenido.

—Pegar a un tutor no está permitido, ¿pero un puñetazo en los dientes a Graves sí lo está?

La humillación consiste en cavar tu propia fosa y después verte obligado a meterte en ella.

—No... señor.

Señor, so bastardo.

—Pero la violencia prohibida es una golosina, ¿verdad? —Había llegado el momento de poner en práctica un plan que tenía preparado para él y para otro par de exaltados—. A partir de la semana próxima asistirás a un curso nocturno adicional. Tres veces por semana. Judo.

Su cara me dijo que nunca había oído aquella palabra. ¿Por qué debía oírla? La

enseñanza de las artes marciales llevaba prohibida treinta años. (Pero el Servicio de Inteligencia las enseña. Muy avieso).

—Es un curso sobre la filosofía de la no-violencia aliada al arte de la defensa propia. Aprenderás cómo protegerte, lo cual es esencial para un policía, pero también hasta qué punto la violencia puede ser autodestructiva. Recibirás un adiestramiento mental para que reprimas la violencia en ti mismo. ¿A qué crees que conducirá todo esto?

No era lerdo.

—Al autocontrol, señor.

—Yo seré tu instructor.

Mi anuncio no fue bien acogido, de modo que pasé al siguiente tema, donde esperaba encontrar fuerte resistencia.

—Tu madre quiere que la visites.

Puso cara de asesino: no se me ocurre otra manera de describir su expresión. Me chocó tanto que por un momento perdí el dominio de la situación y dije algo que no sólo era falso sino estúpido:

—Y lo mismo quiere tu hermano.

Replicó sin reservas:

—No le creo.

Poco le importaba cuál pudiera ser mi reacción. No estaba enfadado; estaba asustado y luchaba por su libertad. Aprovecharme de un chiquillo me produjo una sensación extraña: yo había irrumpido en sus secretos con excesiva precipitación, comprometiéndome demasiado para hacer ahora marcha atrás.

Pero tuve la suerte que favorece a los desatinados; él mismo me ayudó:

—Ese desgraciado no me miraría ni aunque estuviera muriéndome.

La frase eliminaba a Francis.

—Tu madre...

Me interrumpió, no tanto por rudeza natural como para prevenir apremios indeseados:

—Ella sabe que no volveré.

Las cartas que la mujer había escrito al Departamento indicaban otra cosa.

—¿Te dijo eso?

Me miró cara a cara, con descaro juvenil.

—Se nota. Siempre se nota.

—Siempre se nota lo que a uno le gustaría notar.

—Quizá.

Contundente, desafiante, también cerraba de golpe aquella puerta.

—¿Acaso te pegaba?

—No. —Luego, con inclemente despecho—: Me pegó una vez. Sea como sea, no volveré.

—No hay nada que te lo impida —dije, y a ciegas di en el blanco.

—Sí lo hay —respondió—. Kovacs.

Yo tenía noticias de su aversión, pero no de la intensidad de la misma.

—¿Billy Kovacs?

Le sorprendí.

—¿Le conoces?

—Sé cosas de él.

Lo que yo supiera no le preocupaba, pero a nadie le gusta enterarse de que la Autoridad está manoseando su vida privada.

—Es pura mierda.

—Eso sólo significa que a ti no te cae bien.

—Es un criminal.

—¿Puedes probarlo?

—Le quita el dinero a mi madre. Un repugnante chulo infra.

—Cuida de tu madre y de Francis.

—Por diez dólares semanales cada uno.

—Lo que hace los vale.

Al borde de las lágrimas, preguntó:

—¿Usted qué sabe?

—Saberlo es mi trabajo. Todo lo que concierne a los Conway es de mi incumbencia; por lo tanto, sé que cuida de ellos.

Se enfurruñó.

—Nadie se lo pidió.

—De no ser por él, os habrían asaltado, os habrían robado todo lo que tenéis, os habrían dejado tirados en cualquier basurero. Tiene sus dólares bien ganados.

Cambió de terreno con un leve gemido.

—Está constantemente colgado de Mamá. Constantemente. Constantemente allí.

¿Así era? Mi información no incluía aquel dato, y bien merecía un tiro al azar.

—¿Tienes miedo de que te eche?

—No. Ella no le dejaría.

De modo que persistía un resto de confianza.

—Sí, eso es muy propio de las madres. Lo perdonan todo. En cualquier caso, deberías estarle agradecido a Kovacs.

—Apesta.

Lo decía en sentido literal, y casi con seguridad sería cierto, pero me brindaba la ocasión de clavar una púa.

—En las torres no siempre se consigue agua suficiente. Si la gente se lava, tendrá que ponerse ropas sudadas porque el agua disponible no alcanzará para lavar también las ropas. A lo que Kovacs huele no es necesariamente lo que Kovacs es. Y ha sido bueno contigo.

—Es pura mierda infra.

Me habría complacido aporrearle la cabeza, y lo más fuerte posible.

—Esa forma de hablar es fruto de tus prejuicios. Él podría enseñarte mucho.

—¿Para qué necesito aprender las guarradas infra?

—Necesitas conocerlas como futuro oficial de Investigación. Las nueve décimas partes del Estado son infra.

Aquél era un hecho del cual las mentes supra rehusaban obstinadamente ocuparse; no sólo porque sus implicaciones eran demasiado oscuras, sino porque, debido a su adiestramiento social, los infra les resultaban a los supra casi invisibles. La idea de que pudiese haber extras entre los infra nunca se le ocurriría a un supra, e incluso sobre los habitantes de la Periferia habría tenido dudas. Decirle que noventa y seis chicos infra ocupaban un campamento similar en otro lugar del Estado habría desorganizado su pensamiento, porque los términos serían contradictorios.

Teddy expuso su propia racionalización:

—Eso no significa vivir con ellos.

—¿Por qué no?

Estuvo a punto de decir: «Porque es imposible», dado que era esto lo que creía y sentía, a mi entender; pero dejó vagar la mirada por la tienda, como si buscase algo, una escapatoria ante la idea de que, a fin de cuentas, quizá sí sería posible; luego soltó un largo y desesperado suspiro y dijo:

—Yo no puedo.

En realidad quería decir que no podía ir a casa, porque había adoptado una determinada actitud y no sabía cómo desprenderse de ella.

Abandoné el tema por aquella noche. Despacio, despacio... Pero su adolescente subida al Calvario no había terminado aún. Le pregunté:

—¿Quién es aquí tu mejor amigo?

Movió los hombros adelante y atrás casi imperceptiblemente. Me fastidiaban ya aquellos encogimientos, aquellas vacilaciones, aquellas evasivas, y me daba cuenta de que provocaban en mí un enojo creciente. Pero una vez has empleado algo tienes que encontrar una u otra forma de llegar al fin.

—¿No tienes un buen amigo?

Volvió a jugar su baza de atacar en lugar de ceder:

—¿Es necesario que tenga favoritos?

—No. Tampoco lo es que despiertes la aversión general.

Otra vez su maldito encogimiento de hombros.

—De eso, que se preocupen ellos.

—¿Teddy sólo necesita a Teddy?

Si me hubiera desafiado con un sí, le habría pegado y al diablo con las consecuencias; pero respondió pulcramente:

—No se acepta a los periféricos.

—Hay periféricos en otros grupos que se han integrado.

Evitó, como siempre, colocarse en posición defensiva:

—¿Por qué he de unirme a la masa? ¿Para eso sirve ser extra?

—Unirte a la masa, no; sumarte al equipo, sí. El Servicio de Información no favorece al lobo solitario, al superhombre que combate el crimen a solas. Entre los lobos solitarios, el número de bajas es demasiado alto.

Más enfurruñamiento de su parte.

—No se comportan como personas inteligentes. Todavía son unos críos.

—Y tú también. Ninguno de vosotros se comportará como una persona inteligente hasta que trascurren uno o dos años. Borra de tu astuta mente la idea de que puedes mirar a los demás desde arriba. Eres un extra de grado B, no estás en la cima del montón.

Esto le conmovió seriamente. Rara vez comunicábamos a los alumnos sus grados, porque ello fomentaba las élites internas, pero aquí la necesidad lo justificaba. Fue cruel, pero no gratuitamente cruel. Él no sabía que, si bien ocasionalmente teníamos que prescindir de algún alumno, luchábamos con la mayor dureza por impedir que una mente bien dotada fuera a pudrirse en los infiernos. Los extras fracasados tendían a terminar en las torres, convertidos en mascadores amodorrados.

El golpe abrumó su capacidad de absorción: el concepto que tenía de sí mismo era el de la mente más madura del grupo. (De alguna manera no del todo grata posiblemente lo era, dependiendo de cómo definiera uno la madurez). Era sólo un chico afligido cuando hizo la pregunta obvia:

—¿Quiénes son los de grado A?

¡Nombra a mis competidores!

—No te lo diré. Recuerda solamente que cerca de ti hay mentes mejores que la tuya que, sin embargo, prefieren no rebajarse a la categoría de cerdos buscando la manera de emular tus rabetas y tus miserables mamporros.

Tuve que reconocer su flexibilidad. Con verdadera dignidad preguntó:

—¿Me marcho ya?

—¿Puedo marcharme ya, señor?

Repitió las palabras, pálido y enfurecido. La diferencia entre nosotros residía en que yo disimulaba mejor.

—No, no puedes. Tengo algo más que decirte. Una inteligencia mediocre puede descollar sobre las que son mejores que ella si utiliza su máxima capacidad. Tú no eres mediocre, pero hay otros mejores que tú. Las mentes privilegiadas pueden caer en la trampa de lucubraciones estériles, mientras otras más modestas investigan para saber lo que son capaces de llevar a término. Tú tienes talento para el idioma y las artes dramáticas. Piensa en ello. Tienes además un «ábrete, sésamo» hacia la experiencia de la vida que la mayoría de tus compañeros no tienen, y algún día irás a tu casa y te pondrás a estudiar a Billy Kovacs.

Era pronto aún para determinar cuánto había penetrado en su conciencia, pero algo había penetrado, porque Teddy Conway estaba deshaciéndose en un mar de las poco seductoras lágrimas de los doce años, las lágrimas moqueantes de un niño pequeño sin pañuelo en el bolsillo que no podía hacer otra cosa que aguantar firme y

desafiante.

—Buenas noches, Teddy.

Salió de la tienda sin responder, y yo no le volví a llamar; uno puede quedar harto de aquella clase de minúsculas pruebas de fuerza. Por otra parte, mi papel no había sido precisamente una hazaña digna de ser anotada en mi hoja de servicios ni de la cual pudiera envanecerme.

9

TEDDY

Años 2044-2045

Aquella noche debió de constituir una especie de punto crítico, pero ¿cómo puede uno saberlo? En aquellos momentos yo odiaba sus impías entrañas por la forma en que había husmeado bajo las cubiertas protectoras de mi mente.

Estaba en lo cierto respecto a Mamá, pero ¿qué podía hacer yo?

Tenía razón respecto a Kovacs, pero yo no estaba dispuesto a admitirlo. Tardaría todavía años.

No se equivocaba tampoco respecto a mí, y yo lo sabía, pero saberlo no comportaba ninguna diferencia. Uno no decide: *Voy a convertirme en una persona mejor*, y lo hace, como el místico que responde a la llamada divina. El cambio es trabajo de toda una vida y exige cuidado y perseverancia.

Reflexioné sobre ello, concienzudamente, cuando vagaba por los rastrojos de regreso a las tiendas.

Para llegar a la mía tenía que pasar por delante del cuadro de arena donde estaban las barras paralelas y demás pertrechos acrobáticos. A la brillante luz de la luna pude ver a alguien que practicaba vueltas de campana desde las barras al trampolín, un ejercicio muy peligroso, susceptible de partirte la espalda, prohibido por los instructores de gimnasia. Sólo podía ser Carol, la zorra que me mandó a paseo cuando me ofrecí a ayudarla, totalmente concentrada en sí misma a la luz de la luna, practicando sus inútiles habilidades.

Había procurado desagraviarme por lo ocurrido aquel día (excusándose de alguna manera, cosa que los chicos sólo hacen bajo presión) y me fastidiaba hablándome siempre que pasaba cerca de mí. Era una apremiante promotora de amistades. Su persistencia me agobiaba, y me agobiaban sus vocales distorsionadas por una larga permanencia en la Periferia.

Dos años pasaron, y estábamos ya prosiguiendo nuestra instrucción de nuevo en la ciudad, cuando las cosas cambiaron y, poco a poco, nos hicimos amigos. Otros seis transcurrieron antes de que nos casáramos. Menciono esto aquí, aunque no venga a cuento, porque no tendré espacio para entretenerme en la historia marginal de un noviazgo.

Aquella noche era demasiado tarde para hacer otra cosa que no fuera mirar al frente mientras rodeaba el cuadro de arena, y por supuesto ella me vio. Me habría visto en mitad de un doble salto mortal. Y como era idiota en la amistad, y porque adivinó el motivo de que yo viniera de aquella dirección, me dijo:

—Parece como si Nicky te hubiera arrancado la piel a tiras.

En calidad de saludo era simpático y cordial, pero yo gruñí:

—Mierda, cierra la boca.

Me aseguré de que captase las palabras y el tono. Y supe que estaba sentada, completamente inmóvil, en el flanco del trampolín, cuando dijo, ya a mis espaldas:

—Malcriado, bastardo malcriado...

Después de Nick, aquello era demasiado. Tuve que andar más de diez minutos, describiendo círculos en la oscuridad, antes de estar seguro de que en mi rostro ya no había huellas de lágrimas.

Nick debía de saber aquella noche lo que estaba haciendo: nunca más volvió a tratarme con tanta rudeza.

La forma en que me afectó es difícil de precisar. Uno no observa en sí mismo los cambios; las nuevas actitudes siempre parecen ser lo que, de todos modos, ya venía uno desarrollando. Las demás personas no dicen nada hasta que el cambio se ha consumado, cuando empiezan a usar frases como: «Si pienso en el podrido monstruo que eras...», y tú no ves que ya no eres básicamente el mismo que siempre fuiste. Y en realidad lo eres, sólo que has aprendido a dominar mejor a la bestia.

Yo he seguido mis propios cambios, hasta cierto punto, a través de los informes de Nick. He aquí uno correspondiente al undécimo mes:

8 de mayo 2044.

Sujeto: Conway, Edward Ellison. *Clasificación:* Extra, Grado B. Progreso-Resumen y comentario n.º 11.

General: Grandes progresos. El reconocimiento de que hay iguales y mejores ha sustituido el engreimiento por la voluntad de sobresalir, a veces igualmente objetable. Sigue siendo básicamente un solitario, pero tiende menos a rechazar las insinuaciones de amistad. Incapacitado para volver a su casa, por propia decisión, ha aceptado la necesidad de adaptarse a las circunstancias sociales.

Físico: Mejora continuada, particularmente en acrobacia y artes marciales. Actitud respecto al equipo, todavía pobre; esencial para la personalidad.

Educativo: Importantes progresos en matemáticas: no le gusta la asignatura, pero menos le gusta quedarse rezagado. Sigue su escaso interés por las ciencias. Cierta aptitud para las reparaciones y pequeños trabajos mecánicos. Su inicial interés por el arte dramático ha tomado nuevos rumbos (ver Anexo).

Interés creciente por la historia moderna; atraído por las diferencias entre lo que le habían enseñado y la verdad efectiva.

Apéndice del supervisor: Su instructor de arte dramático dice que el chico ya no sirve para el teatro convencional. Ha dado forma a un estilo de actuación «realista» que exige la inmersión total en el personaje, fuera de lugar en la representación de papeles que piden los textos teatrales. Opina que los textos se concentran exclusivamente en los rasgos más destacados del personaje y prescinden de todo lo demás, de todo lo que no pueda verse en el escenario. Dice que las personas, en la vida real, ocultan las reacciones que una obra de teatro les obliga precisamente a manifestar, y que un actor no puede transmitir humanidad cuando se le obliga a «retratar» en lugar de a «proyectar».

Le he visto demostrar su teoría. Representó durante diez minutos (improvisando, sin nada escrito) a un estudiante que copia en un examen, que es descubierto y expulsado. Actuando solo, con mímica, salvo unas pocas palabras cuando «le pescan». Resultaba aburrido porque era la misma realidad, sin dramatizaciones que subrayasen las implicaciones psicológicas ni las introspecciones «sagaces». Pensé que aquello podía constituir una cualidad apropiada al trabajo secreto, a la infiltración y la clandestinidad. Más adelante le daré a conocer el lenguaje que verdaderamente hablan los infra; luego veremos hasta qué punto es bueno, qué grado de asimilación alcanza con lo repelentemente desconocido.

Pronóstico: Apto para el Servicio de Investigación. ¿Agente secreto? Hay que esperar y ver.

Supongo que, desde su aventajado punto de observación (por encima de nosotros y tirando de las cuerdas), era fácil reducir a un chico a un esquema de factores simples y empujarle en la dirección deseada. Mientras su dirección fuera también la mía, todo iría a pedir de boca.

¿Y si su dirección y la mía no hubieran coincidido? Especulación estéril; pero yo nunca me habría reconciliado con él de corazón si no hubiese reconocido, en lo más hondo, que ambos trabajábamos con un fin común y que toda su subversión era el prelude de una tarea constructiva. La mayor parte de mis dificultades estaban enraizadas en la testaruda resistencia a considerarme a mí mismo menos que perfecto.

10
NICK
Año 2045

Los alumnos sabían que todas las clases eran grabadas para posterior debate de los tutores. Nacidos en una sociedad recopiladora de datos (lo cual significa una sociedad vigilante, por muy elegantemente que se disfrace), todos daban por sentado el hecho, y sin embargo las sesiones podían ser tan animadas y espontáneas como una charla en familia. Porque la familia, si uno se para a pensarlo, es en alto grado una sociedad vigilante.

En los doce meses de campamento, que los tutores llamaban «las estaciones del Vía Crucis», se procuraba ofrecer indicadores útiles para que los chicos reflexionaran básicamente por su cuenta. Las pruebas y las composiciones escolares no sirven para esto; están sometidas a demasiadas consideraciones y tienden demasiado a producir respuestas previsibles. Yo prefería señalar un tema de disertación, permitir unos minutos de reflexión y acto seguido plantar al alumno frente a su grupo para que sacase las conclusiones que pudiera. Para unos era una tortura de los nervios, para otros una ocasión de exhibirse.

El tema «¿Cuán buenos fueron los Buenos Tiempos Pasados?» constituyó para Conway un peculiar ejercicio privado que en la posterior conferencia de tutores fue definido como la obra de un condescendiente, histriónico e intelectual pequeño mierda. Definición bastante exacta.

Pero había más que aquello en el chico, y nuestra posterior sesión particular, mano a mano, nos condujo mucho más adelante. No tenía aquella noche su actitud insolente, sino que me sostenía mansamente la mirada, con el vislumbre de una sonrisa tímida, con la esperanza de congraciarse. Yo había visto tantas veces aquella expresión en alumnos que esperaban que sus discursos fueran triturados, que casi no me di cuenta de que en él era insólita: generalmente afrontaba las sesiones críticas con decisión y sin asomo de arrepentimiento.

—Déjalo correr —le dije.

Mostró perplejidad y sorpresa, que reprimió al instante, una ligera contorsión de incomodidad y una «voz de estudiante» que protestaba con primorosa corrección:

—No comprendo, señor.

—Nunca te he pegado, Conway, ¿verdad?

Aquello interrumpió su actuación. La idea era inconcebible.

—¡Por supuesto que no!

Sobresaltado, desafiante y sin «señor».

—Tendrá que haber una primera vez. ¿A qué juegas?

Se recobró enseguida, sin creerme (sin percatarse de que debería haberme creído), y respondió con grandilocuencia que estaba «explorando».

—¿Explorando qué?

—Cómo piensan... el resto del grupo.

—¿Respecto a mí?

Era un flagrante descaro, pero interesante.

—Le tienen miedo. Es decir, se lo tienen algunos. Yo quería ser uno de ellos, averiguar qué se sentía.

—¿Y qué se siente?

—No estoy seguro. Una especie de falta de coraje.

—¿No confundirás la falta de coraje con, simplemente, buenos modos?

—Creo que no.

—¿Y no me tienes miedo?

Esperando un brusco «No», me resigné a esperar mientras él consideraba el asunto. La respuesta fue fascinante:

—No le tengo miedo a usted, sino a lo que podría hacer si quisiera. En eso consiste la autoridad, ¿no? ¿El poder de infundir miedo a la gente?

Como muchas definiciones de la actividad humana, aquélla era válida a medias, o era errónea a medias. Le aguijoneé:

—Describes la autoridad como algo de lo que podríamos prescindir.

—No. —A los trece años escasos ya se le arrugaba la frente cuando se concentraba—. En ocasiones, una persona tiene que dar órdenes y todas las demás deben obedecerlas, incluso si no quieren.

—¿Si no quieren exponerse a un castigo?

—Eso es lo que está mal. Por discrepar no deberían castigarte.

—No creo que tal cosa sea frecuente. —En el campamento no lo era, pero en la mayor parte de aquel mundo que se desintegraba y que sólo permanecía unido por la fuerza despótica, ocurría, ocurría, ocurría—. Se te castiga por llevar a la práctica la discrepancia hasta convertirte en un estorbo, quizás en una amenaza. ¿Es eso malo?

—Supongo que no... Sí, es malo. Autoridad no debería significar solamente amenaza de un castigo.

Buen chico.

—¿Qué debería ser?

—Comprensión. Corrección. Benevolencia. Algo de lo que se tiene necesidad.

En aquel momento estuve absolutamente seguro de su futuro.

—Algún día —le dije— te recordaré tus propias palabras.

Dando por cancelado el tema, y mientras él todavía digería su sorpresa, oprimí la tecla de la grabadora para reproducir los pasajes más belicosos de su disertación escolar:

«La fábula es una cosa, la historia es otra. La fábula hace la historia más apetecible porque la embellece: la historia auténtica es sólo suciedad, miseria, hambre y plagas. La leyenda de los Buenos Tiempos Pasados ha sido siempre una manera de justificar que algo no nos gusta. —La voz grabada tenía una cualidad de certidumbre condescendiente, un tono de superioridad protectora que se apartaba de su malhumor habitual—. Si nos acercamos a los tiempos presentes encontraremos el mismo afán de idealizar...».

Corté.

—¿Qué demonios pensabas que hacías? ¿Preparar un discurso político? ¿Un manifiesto?

Ante cualquier reto, Teddy Conway diría siempre la verdad:

—Me dirigía a una sala llena de gente... la Academia de la Historia o algo así.

En suma, había representado un papel.

—¿Por qué?

—Porque de este modo resulta más fácil. —Se tomó tiempo para encontrar la expresión exacta. Yo había ya aprendido a esperar—. Fue a causa del tema... No se prestaba a hablar más que de cosas obvias. La clase de cosas que, cuando el grupo las oiga, sabrás de antemano cómo va a reaccionar. Me refiero a que el tema necesitaba un poco de vida.

—¿Para tus compañeros?

—Para mí.

Bien, ¿no consiste en eso la representación de un papel?

—Entonces, adoptaste la personalidad de un conferenciante autoritario, con prestigio para dar peso a tus palabras, por ligeras que fueran, y con un lenguaje provocativo para completar la imagen.

—Más o menos.

Ahora correspondía un toque de crueldad:

—¿Cómo suena el discurso fuera de la sala de la Academia, abarrotada de un público hechizado? ¿Cómo suena dedicado únicamente a ti y a mí?

Se ruborizó.

—Una mierda. Pretencioso.

—Bien dicho. Procura intercalar un «señor» de vez en cuando.

—Sí, señor.

Aquello seguía ocurriendo en cada sesión.

Volví a poner la grabación en marcha.

«... como le pasaba a mi padre, que vivía atado a un pasado color de rosa. Tenía un automóvil, una reliquia de la era del estatus personal, del que no quería desprenderse aunque sus averías hicieron añicos nuestro presupuesto. Su pasado era

el paraíso y todas las cosas nuevas eran abominables. Si viviera hoy proclamaría que el nuevo sistema de cupones terminará por provocar el colapso total de la moneda (*tu padre atinaba más de lo que crees, querido Teddy: dentro de dos años, o de tres, o de cinco...*) y se empeñaría en convencernos de que era mejor cuando uno se pasaba el día calculando cuánto interés tendría que pagar, comprobando el saldo de su cuenta y estudiando los cargos por servicios y preocupándose por la extensión de la hipoteca y temeroso de gastar porque su techo financiero podría caérsele encima».

Como a su padre le cayó el suyo. Estaba repitiendo lo que decían las cuñas de propaganda estatal del triv, el confortante discurso de que el sistema de cupones es más sencillo, más seguro, y no se deteriorará; de hecho, la apelación a una población aborregada que sólo quiere que la descarguen de sus problemas. Y casi tenía razón.

«Sin embargo, en el curso de su vida, las calles infestadas de peligros se hicieron seguras y se pudo pasear por ellas en paz, las redes de datos pusieron la información al alcance del mundo entero en cuestión de segundos, la estatura media aumentó cinco centímetros, la duración de la vida diecisiete años y el índice de inteligencia seis puntos. Escuchándole, se hacía evidente que el buen tiempo pasado era sólo nostalgia en las mentes de personas descontentas que no recordaban con propiedad».

Detuve la grabación.

—¿Bien?

Fue prudente al emitir su juicio:

—La expresión verbal es buena. —Para su edad, sí—. Creo que suena un poco... inflado. —Sonaba, en realidad, desdeñoso e inexorable, como si alguien tuviera que sufrir por ello. Concluyó—: Pero la idea es correcta.

—¿Lo es, de veras? ¿Opinas todavía, después de todas tus clases de historia, que puedes hacer con el pasado borrón y cuenta nueva porque fue un fiasco? Estamos aquí, ¿no es cierto? ¿Cómo lo hemos conseguido? No lo hemos conseguido nosotros. Nos han situado aquí nuestros sucios y estúpidos antepasados.

De nuevo la pausa y un breve, insatisfecho suspiro.

—Quizá debería rehacer el discurso, señor.

—No, simplemente borraremos la grabación. —Así lo hice—. Tu lista de valores contemporáneos elogia diversas actividades sin mencionar su calidad.

—¿Quiere decir que la gente era más feliz entonces, que realmente el pasado era mejor?

—¿Cómo voy a saberlo? Yo no estaba allí. El pasado reciente puede parecer peor que el tiempo presente, pero las personas que vivieron en aquella época quizá no lo admitirían. Era diferente. La gente saca el mejor partido de lo que tiene y es feliz o no es feliz. Nuestros padres amaban la vida y el mundo y dejaron muchos testimonios que lo prueban.

Capté el titubeo que significaba que me iba a dar una réplica contundente.

—¿Qué pensarían de eso los infra?

Contundente, sí, pero que le dejaba a mi merced.

—¿Te parece que ellos no son felices?

—Desdichados.

Desdichados infra era una expresión de uso común.

—Lo serán por sus circunstancias materiales, en comparación con las tuyas. Esto no afecta a sus corazones, porque en conjunto no son infelices. —Su aire de paciente tolerancia me irritó. Él sabía que los *infra* no podían en absoluto ser felices como... como las personas—. Nunca has estado entre ellos.

—¿Cómo podría? Pero se nos dice...

—Quienes lo dicen tampoco han estado entre ellos. Hay alegría y risas en las torres, hay incluso contento y satisfacción. Tanto, por lo menos, como entre los *supra*, lo cual quizá no sea demasiado.

Me di cuenta de que no progresaba. Mis palabras estaban en contradicción con un credo fundamental.

—No estoy seguro de entenderle —dijo él, descaradamente para ganar tiempo.

Respondí con brusquedad:

—Algún día lo verás por ti mismo.

Aquello fue una estupidez por mi parte, y tendría que pagarlo. Era demasiado pronto para tal información, pero ya no podía echarme atrás.

—¡Señor!

Más que resistencia a comprender, lo que en él había era enérgico rechazo.

—Digo que lo verás por ti mismo.

—¡Ir yo a mezclarme con ellos! ¿Qué tengo que hacer allá abajo?

Allá abajo...

—El trabajo que has elegido. Reunir información.

Era la venganza por todas las frustraciones que me había deparado. (¡Oh, los delirantes seriales del triv, donde los agentes secretos se infiltraban en las selvas del Tercer Mundo, saltaban en paracaídas sobre la secreta China protegidos por pantallas portátiles antidetección o se arrastraban por el fondo del océano hasta los puertos de los Estados del Golfo!). ¡Entre los *infra*! ¡Vaya trabajo!

Debería haberme avergonzado, pero no fue así. Tras once meses de progreso seguía siendo un crío insoportable.

—¿Qué se puede averiguar de ellos? —resopló.

—Si, quién sabe, el presente es mejor que el pasado. —Había llegado el momento de terminar—. Buenas noches, Teddy.

Se resistió a la despedida.

—Pero ¿cómo... cómo?

La idea, pues, había producido un pequeño impacto.

—Con dificultad al principio. Transformándote mentalmente en uno de ellos. Una tarea propia de un actor.

—Yo sólo puedo representar lo que conozco —protestó—. Los *infra* no son como nosotros. Son... —previó el desastre, pero ya no podía contener la lengua—

animales. No sé cómo representar un animal.

Esperó cautelosamente que estallara la tormenta, pero yo me limité a decir:

—Sí sabes. Todos sabemos. Piénsalo.

Una vida entera, hasta entonces condicionada, se rebeló:

—Yo no sería la clase de animal que son los infra: sucios, criminales, ignorantes.

Necesitaba un golpe bajo que burlara sus defensas.

—Cambia tu manera de pensar respecto a ellos. Por ejemplo: si el Test para los extras hubiera empezado a aplicarse treinta años antes, podría ser Billy Kovacs quien se sentara en mi lugar y tratase de inculcarte sentido común. Su cerebro, desperdiciado, es probablemente tan bueno como el tuyo.

Lo que debería haber sido indignación afloró como una mohína queja:

—De una manera u otra, usted siempre va a parar a él.

—Lo mismo harás tú algún día.

—¡No!

Explosivo, furioso.

—Sí. Con el tiempo. Buenas noches, Teddy.

—Quiero que...

—Buenas noches.

Su repentina calma no fue una capitulación. Su encogimiento de hombros decía: *No llegaré a ninguna parte con este estúpido, y su mirada: Pero no hemos terminado.*

—Buenas noches.

—Señor.

—¡Señor!

Me dejó solo con mis errores. Aquella conversación habría circulado antes de medianoche por todos los grupos y un día o dos después yo sería seguramente reprendido por mi salida en falso del plan de estudios. Tanto peor para el instructor de frío intelecto, siempre en cabeza de las innovaciones.

11
TEDDY
Año 2045

Carol estaba en el cuadro de arena; me esperaba siempre, practicando los saltos mortales y las contorsiones que se iban refinando hasta convertirse en líneas matemáticas y espirales llenas de gracia. ¿Cómo habían llegado a producirse aquellas esperas? El recuerdo no lo dice; habían surgido sigilosamente entre nosotros, como suele ocurrir con estas cosas.

Le conté toda la entrevista. La única cosa que yo tenía en común con mi hermano Francis era el talento propio de los actores (no de todos, sin embargo) para rememorar al pie de la letra. Al final dije llanamente que no le había creído.

—No malgastarán a los extras con los infra.

Carol estaba menos segura.

—Si Nick lo dice...

No podía negarse. Lo que Nick decía siempre terminaba siendo cierto. Éste era uno de sus rasgos más sobresalientes: sus ideas más extravagantes, con el tiempo, tenían sentido; sus ofensivas aseveraciones se condensaban en verdades que uno tenía que tragar.

—Quizá no se refería a todos nosotros —añadió Carol, pensativa—. Yo no podría ir allí. No podría fingir.

Ciertamente, no. Era una pésima actriz, se movía y hablaba como si el significado no se hubiera inventado. Y Nick no había dicho todos, había dicho tú, refiriéndose a mí.

—Podrían ser sólo los que han optado por el Servicio de Investigación.

—Entonces también me incluiría a mí. Y yo no sería capaz. Tú sí, porque eres un buen actor.

Había tocado mi vanidad. La situación se invirtió sola, y de pronto me vi a mí mismo como alguien extremadamente útil, poseedor de un don especial que me permitía alcanzar lo que para otros era imposible. En un momento de exaltación hice lo que había dicho que no podría hacer y me introduje en la mente del único infra sobre el cual sabía alguna cosa, estirando mi cuerpo de serpiente a lo largo de la cerca, mascando mientras contemplaba a la imprudente mujer y a sus niños que

entraban en mi mundo, calculando cómo podría engatusarla, valorándola mientras mi lengua bífida seleccionaba el punto donde atacar... Sentí en mí las ropas sucias y la roñosa miseria, la piel tensa sobre mi cara angosta, el tascar de mis quijadas y el alma aguda y cortante presta a la caza...

Aquello era lo que Nick me había prometido. Lo inaceptable se glorificaba a sí mismo hasta hacerse necesidad. Se me había planteado el desafío de revolcarme en la inmundicia y salir inmaculado y yo era el único que podía conseguirlo. A su manera aguijoneante y socavadora me había prometido el uso más extremo de mis cualidades. Le vi como lo que era, un hábil fustigador de la mente que desprendía de ésta la corteza encallecida para dejar al descubierto el interior palpitante.

Que todo esto contribuyese al ejercicio de una vanidad halagada importaba muy poco. De ser mi oponente, Nick había pasado a ser mi cómplice.

La alianza se marchitó al nacer. Varios años pasaron antes de que volviese ni siquiera a verle.

Mientras yo me emperejilaba con el descubrimiento de mí mismo, Carol difundía los chismes sobre mí de tienda en tienda, donde eran recibidos con diversos grados de credulidad, incredulidad, carcajadas tolerantes y franco pavor, según los casos. Por la mañana, cuando se reunieron los grupos, provocaron preguntas nerviosas dirigidas a los tutores. Las preguntas generaron una confusión de respuestas embarazosas, conflictivas, recursos para ganar tiempo, que culminó en una imprevista conferencia de tutores a mediodía. Después, Nick desapareció silenciosamente y otro ocupó el cargo de jefe de estudios. Fue generalmente admitido que mi ligereza de lengua había precipitado la caída de Nick (los tutores hablaban solamente de relevo rutinario) y yo adquirí entre los grupos una notoriedad efímera de hombre contra el que había que precaverse, de iconoclasta a quien no convenía oponerse a la ligera.

Los tutores me observaban con cara de palo y simulaban que no había ocurrido nada fuera de lo normal.

Al finalizar el curso (bronceados, crecidos, eufóricos, rebosando salud) nos trasladaron de regreso a Melbourne, donde nos dispersamos con destino a los diversos escenarios de la última etapa de nuestra educación. Carol y yo, con una docena más de compañeros, fuimos conducidos a la Escuela de Reclutamiento del Servicio de Investigación Policial, y allí experimentamos la primera y turbadora sorpresa al descubrir que no constituíamos más que la mitad del cuadro.

La otra mitad se componía de infra.

Nuestra presencia los trastornó tanto como la suya nos desmoralizó a nosotros. Nos escrutamos mutuamente a través de una barrera de incredulidad social. Ni una ni otra mitad comprendían, porque no habrían sido hasta entonces capaces de comprenderlo, que aquello era el clímax del largo proceso de socavado de nuestros prejuicios.

Una cosa que nosotros, los supra, descubrimos muy pronto fue la razón de los anteriores doce meses de vida dura: habían servido para que alcanzáramos la plenitud

de nuestro vigor y nuestra forma física. Los chicos infra eran ya veteranos de las peleas callejeras cuando nosotros jugábamos aún en el parvulario.

12
ALISON
Años 2044-2047

I

Yo era instruida, bien educada, socialmente competente. Había leído mucho, tenía criterios mundanos y equilibrio mental. Era una esposa, una madre, y conocía el éxito en mi ambiente. Gozaba de la seguridad de pertenecer a la clase media, de la seguridad de estar casada, de la seguridad de estar bien situada. Vivía tranquilamente a salvo, a salvo, a salvo.

Mi marido se suicidó y, de la noche a la mañana, fui una nulidad, una presencia indecorosa sin ingresos ni posición, de la que se esperaba que tuviese la decencia de desaparecer sigilosamente de la vista. Pero yo me enorgullecía de tener valor y sentido práctico. Mi valor era el de la rata acorralada y mi sentido práctico el del animal doméstico sin otra alternativa que aceptar la trailla, a pesar de lo cual por unos días representé el papel de heroína, de madre tigresa con cachorros amorrados a sus mamas, de competente manipuladora de problemas, de indómita desafiadora de la suerte, caída en posición ambigua pero poseedora todavía de la altivez supra y de la certeza de los supra sobre el bien y el mal.

Billy me despojó de todo aquello en media hora. Le hice frente (o así lo pensé) aceptando con dureza lo inevitable, cediendo lo que debía ser cedido para que mis hijos vivieran en seguridad y no perdieran el respeto a sí mismos. Lo cierto es que claudiqué en todas las líneas porque no me atreví a hacer otra cosa, e improvisé una bonita mezcla de odio y desdén para apuntalar mi papel de sufriente heroína.

Me deseaba. Lo noté desde el principio, y fui lo bastante tonta para creer que ello

me daría poder sobre él siempre y cuando no le permitiese poseerme. Era la psicología idiota absorbida de los seriales del triv. No fui yo quien le hizo bailar colgado de la punta de mis arteros dedos, sino él quien me acomodó gradualmente en mi lugar en la sociedad barriobajera, sin acercármeme nunca hasta estar seguro de que yo me veía a mí misma sin distorsión y también le veía a él como lo que era.

Su paciencia fue monástica. Y la potenciaba el amor, único impulso que yo no le hubiera reconocido; durante dos años de celibato supe que quería entrar en mi cama (entre otras muchas camas, según averigüé), sin soñar siquiera que deseara, necesitara, algo más. Yo no admitía en los infra la capacidad de amar. Peor aún, no admitía en mí la capacidad de amar a un infra. (¡A un infra que ya tenía una esposa y una familia, fundada hacía veinte años!). Cuando mi casta necedad se vino abajo, casi no me percaté de que ya la había perdido.

Nunca he entendido del todo a Billy. En el amor es considerado, afectuoso, infinitamente tierno, superior en energía y devoto de la participación. Atrapado en alguna debilidad, en alguna actividad tortuosa o, más doloroso aún, en alguna situación de desprestigio por falta de educación o de experiencia social, es infantil y rencoroso. Lejos de las personas que ama es un intrigante lleno de duplicidad, un ladrón, un camorrista, un espía y, estoy casi segura de ello, un asesino. Es también la personalización de la ley esencial en el área de Newport que le corresponde. Yo le amo. Dejemos sentado esto para una mejor comprensión.

¿Es Billy una variante de la humanidad salida de las fraguas exclusivas del mundo infra? ¿Hay más como él? ¿Son una raza contradictoria engendrada por las presiones de una cultura en decadencia?

La deserción de Teddy me hirió, pero él y yo nos habíamos visto claramente uno a otro la noche que murió su padre. Además, yo estaba todavía insensibilizada por el desastre, inmunizada contra las emociones. Billy, por su parte, se quedó perplejo, incapaz de comprender que las familias pueden desintegrarse cuando el mito del «afecto natural» es puesto a prueba; una familia infra es indivisible, es una tribu invulnerable a odios y distensiones internas. Teddy confirmaba su opinión de que los supra son esencialmente egocéntricos. No estaba del todo equivocado.

—Volverá —predijo—. Se ha marchado lleno de petulancia para plantarse frente al mundo, pero tú espera simplemente a que el mundo le remodele, y entonces volverá.

No. Yo podía imaginarle derramando lágrimas en solitario, pero no arrastrándose derrotado de regreso a casa. Era demasiado orgulloso para esto.

—Jodido orgullo —dijo Billy—. O se desgasta o te lo quitan a porrazos. Volverá a casa cuando vea las cosas claras.

El ver las cosas claras en el curso de tu vida, mezclado con la debilidad de engañarte a ti misma, es un componente de la condición de madre. No me hacía ilusiones tampoco respecto a Francis, que era un chico egoísta y falso, pero mi profunda insensatez confiaba en su debilidad para retenerle en casa, donde tenía

seguridad y afecto. Sólo muy lentamente comprendí que la seguridad y el afecto eran un regalo de los infra cuya protección había comprado por unos dólares semanales.

Al principio interpreté su afecto por Francis como un punto flaco susceptible de explotación, una blandura de gatito en contraste con su amenaza de tigre. Le valoré mal en nuestros primeros tratos. Era un desdoro que había que tolerar, un vulgar sirviente mal pagado con unos pocos dólares, una incomodidad, pero alguien a quien podría manipular. ¡Qué vanidad! Me convencí a mí misma de que tenía empleado y dirigía a un peligroso malhechor ligado a mi hijo y a mí por un sentimiento no correspondido. Oh, sabía que Francis le adoraba, pero las pasiones de los colegiales se convierten pronto en humo. (Y en humo se convirtió la suya, Francis terminó con Billy, y también terminó conmigo. Pero eso fue más tarde).

Una se adapta con facilidad. Los años que empezaron en medio del terror y la soledad dieron paso a la rutina doméstica de alargar el presupuesto hasta fin de mes. Cuando recuperamos el placer de las pequeñas diversiones hubo tantos ratos buenos como malos, y fueron fruto de los cuidados de Billy; mientras que mi actitud hacia él fue deslizándose, casi imperceptiblemente, del airado disgusto a la tolerancia contenida, a la alegre cordialidad, a la franca dependencia, a...

... A la noche de las «palabras mayores». Ésta era su contundente descripción de lo que él consideraba una declaración de amor: la recuerdo con un vuelco del corazón, entre la exasperación y la risa. Así pues, llegaron las «palabras mayores» y yo me disolví en la pasión que había esperado al acecho a que se avivaran mis sentidos.

Billy creía que a Francis le había desagradado el compromiso; el chico no dijo nada, pero el vínculo entre ellos se aflojó. Esto era lo que Billy afirmaba. Yo, tonta como una colegiala en mi nueva adoración, me despreocupé de lo que Francis pudiera pensar; de que cediera, bajo mi punto de vista, una brizna del solaz de su corazón en favor del solaz del mío. A fin de cuentas, él tenía todavía que crecer.

Me asombro de mi amor por Billy, como si yo fuera una observadora exterior desconcertada ante mi propio gusto por caer entre los brazos de un infra. Un residuo de vieja aristocracia susurra: *Nostalgie de la boue*. Lo acepto. Fui feliz.

Esto es suficiente por lo que se refiere a mí. Es de Billy de quien necesito hablar.

Billy sabía tanto de lo que llamaba «el mundo real», refiriéndose a las torres, como tan poco de lo que había fuera de ellas. Consideraba la educación como una herramienta deseable, pero tenía escasa idea de lo que era o de cómo se utilizaba; a contrapelo llegó a entender que su acumulación de datos al estilo urraca no constituía una educación. Era duro para un hombre en la cuarentena enfrentarse a la idea de que mucho del esfuerzo realizado en favor de sí mismo y de los demás se fundamentaba en conceptos turbios. Que se sobrepusiera a su ira y a su resentimiento y acudiese a mí en busca de instrucción da la medida del hombre que pudo haber sido en circunstancias más favorables. (Los hombres infra no recurren a sus mujeres para estas cosas; mi posición en su vida, pues, era para los congéneres suyos que le

observaban singular y cuestionable).

Al principio me serví de mis superiores conocimientos como de un bastón para castigar su complacencia; fue un milagro que no me pegase, y un milagro mayor aún que su devoción sobreviviera a la tentación de hacerlo. Su inflexible dominio de sí mismo me avisó a tiempo de que me soportaba porque necesitaba mis conocimientos como... (he estado a punto de escribir «como una flor necesita el sol», pero esto no liga con Billy) ...como un perro necesita su comida: con hambre ciega.

Sin embargo, conocía y comprendía cosas que habían estado durante años ante mis narices sin que yo las viese. Tal fue el caso de los noticiarios.

El tema surgió una noche, mientras él descansaba entre mis brazos. Debido a que pasaba mucho tiempo ausente, dedicado a negocios que yo prefería ignorar, la mayoría de nuestras conversaciones íntimas tenían lugar en la cama, donde aquel macho dominante gustaba de ser mimado. Un psicólogo podría extraer de ello alguna consecuencia.

Era una noche en las secuelas de una marejada tempestuosa que había hecho retroceder el río varios kilómetros. Las calles más bajas quedaron sumergidas un día entero, castigadas por peligrosos remolinos y corrientes opuestas, y los Jefes de Torre habían trabajado hasta el límite durante cuarenta horas en la organización y el rescate. Los muy jóvenes y los muy viejos representaban una gran responsabilidad en época de inundaciones.

Como siempre que su cuerpo y su mente habían sido puestos a prueba más allá de la resistencia razonable, necesitaba un período de relajación antes de dormirse, como si sólo descansara en condiciones de equilibrio anímico. Hablaba de salvamentos en el último segundo, de lamentables deserciones, de almadías improvisadas libradas del naufragio en condiciones inverosímiles, de un niño que flotaba en una cuna calafateada y de una abuela que lo seguía dando traspiés y chillando, no porque le preocupase la suerte de la criatura, sino aterrorizada porque el padre la despellejaría viva por su descuido.

En un momento determinado, dijo:

—A pesar de todo, estamos mejor que los de la Costa del Oro, allá en el norte. Ellos tienen ciclones, monstruos enormes que giran como locos y pueden partir una torre por la mitad y matar a cientos de infelices en un instante.

—Eso ya no ocurre —respondí yo.

Torció el cuello para mirarme.

—¿Que no ocurre?

—Los especialistas en el control del clima encontraron la manera de reducir la potencia del viento antes de que los ciclones alcanzaran la intensidad máxima.

—¿Cuándo fue eso?

—Oh, hace años. Recuerdo haberlo leído... Dominar los ciclones aumentó la interferencia con los frentes lluviosos, pero era un mal menor.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. ¿Crees que no puede ser verdad?

Con la mejilla apoyada en mi pecho dijo que nunca se podía tener la certeza con aquellos bastardos que hacían y deshacían las noticias según su conveniencia.

—Como los incendios del chaparral. ¿Cuándo ves en el triv noticias sobre los incendios del chaparral? ¿Sobre granjas enteras que desaparecen y centros rurales que se convierten en cenizas? Y la mayoría son centros infra. ¿Cuándo has visto esas cosas por última vez? ¿Y cuándo verás en el triv la inundación de hoy, cuándo te dirán el número de ahogados o de personas que han perdido hasta el último miserable trasto que poseían porque ya no existe el servicio de socorro? ¿Cuándo verás cómo curamos los huesos rotos en los corredores de las torres porque los servicios médicos del Estado no pueden atenderlos? ¡Nunca!

Pensé con inquietud y sorpresa que todo aquello era cierto. En el País Afortunado no ocurrían desastres. Es decir, no ocurrían para el público. Sufríamos incidentes, había en el chaparral incendios que estaban «controlados», algún torrente desbordado «reducía su nivel» y los efectos de las sequías «eran mínimos». Otros continentes vivían en permanente catástrofe, amenazados por las calamidades, azotados por el hambre y la muerte colectiva, mientras los ecosistemas arruinados se desmoronaban bajo unas condiciones climáticas sin norma que anegaban o quemaban al azar, cualquiera que fuese la estación del año. El hemisferio septentrional, se nos decía, sufría más que el meridional. Esto había sido siempre así, declaraban los paleontólogos. Y en el hemisferio meridional nosotros seguíamos siendo el País Afortunado.

¿Era así? ¿Era realmente así?

Billy dijo:

—Cualquiera con dos dedos de frente sabe que las noticias están amañadas... cualquiera que todavía tenga un triv que funcione, naturalmente. Vosotros, los supra, no lo pensáis porque no os lo permiten. A vosotros hay que manteneros tranquilos para que administréis el Estado... o creáis que lo administráis. Para vosotros no debe haber sobresaltos por causa de la gente que muere innecesariamente, no debe existir la desesperación ante la muerte ni ante la falta de seguridad, de alimentos, de cobijo. No debéis conocer la verdad porque entonces empezaríais a pensar y la mitad os moriríais de miedo.

Como de costumbre, me había sorprendido con una posibilidad y a continuación la había desarrollado con exageraciones. Ahora estábamos en la teoría de la conspiración, el viejo espantajo.

—Alguien ha de conocer la verdad —dije—, por lo menos para suprimirla. Y se filtraría.

—Se filtra. Rumores. Oye, ¿te has enterado de...? Enseguida se olvidan, porque nadie está al corriente de todos los hechos. Si sólo es charlatanería no importa que algún fragmento de la verdad se escape. ¿Quién lo notará?

—No podría hacerse.

Me mordisqueó un pecho con cierto rencor.

—Hitler lo hizo y Stalin lo hizo, y Churchill, y Nixon, todos en el mismo siglo, únicamente en el espacio de unos pocos años.

¡Sus condenadas lecturas picoteadas acá y allá!

—Quizás ellos lo hicieron, pero no es como para decir...

¿Para decir qué? ¿Por qué las noticias eran siempre buenas o, como máximo, sólo trivialmente preocupantes?

—¡Sí es para decir, Allie! Los supra pagan impuestos y hacen que el Estado funcione todo lo bien que un armatoste destartado puede funcionar, y por lo tanto el Estado les deja creer que cuida de ellos. Cuéntales lo mal que están todos los demás y no causarán molestias a sus protectores, ¿entiendes? Lo mismo pasa con los infra: hazles ver que no es bueno sublevarse para conseguir más, porque, simplemente, no hay más, y en todo caso ellos están mejor que los pobres bastardos de la India o de Siberia. ¡Dificultades y conflictos por todas partes, menos en casa! Puedes apostar a que los demás países hacen exactamente lo mismo.

El sueño le venció al fin, de forma bastante repentina, y yo me quedé quieta, pensando que lo que había dicho era tan difícil de refutar como de creer. Como posible prueba de que tenía razón en la esencia, si no en el detalle, cuando yo también me adormecía se me ocurrió que todo aquello apenas importaba ya: nosotros habíamos hecho este mundo y era el único que teníamos. A este respecto nada había que añadir. Fred le habría creído: él había muerto de una sobredosis de verdad.

Por un instante sentí un inmenso terror. Después vino el sueño.

Como ocurría con frecuencia en aquellas charlas de alcoba, una cosa curiosa que Billy había dicho se perdió entre el resto de las palabras, pero por la mañana emergió mientras preparaba el té y tostaba unas rebanadas del pan apelmazado que los hornos estatales fabricaban con Dios sabe qué para que «diera más de sí».

Billy churrupeaba su taza (nunca conseguí corregírselo) en calzoncillos, mientras Francis, pulcramente vestido para ir a la escuela, bebía y desaprobaba en silencio. Detestaba el desaliño matinal de Billy, pero yo era lo bastante insensata, y supongo que estaba lo bastante enamorada, como para considerar sus escrúpulos una muestra de la fase «yo soy mejor que tú» de la adolescencia.

A decir verdad, Billy no es por la mañana una visión apta para personas sensibles. Holgazanea miserablemente, semidesnudo, hasta que el té y las tostadas le «ponen a punto» y queda listo para afeitarse y vestirse. Su metabolismo rehúsa depositar más que una mínima cantidad de grasa y sus músculos penden como glóbulos de un armazón. Si con la ropa puesta parece pulido, desnudo es como una figura improvisada con el juego infantil de construcción. El cabello lacio cae sobre su angosta faz para encontrarse con la sombra negra de una barba que crece rápidamente, y yo imagino que pienso, como otras mil mañanas: *Dios sabe que es feísimo... y que yo soy una mujer tremendamente afortunada.*

Aun así, su desaseada presencia me permitía creer que comprendía cómo vivían

los pobres. Nosotros, por supuesto, estábamos mucho mejor. Teníamos cuanto necesitábamos... Y fue en este punto cuando me vinieron a la mente las palabras que me intrigaban. Pregunté:

—¿Qué querías decir anoche cuando hablaste de la gente que todavía tiene un triv que funcione?

—¿Dije eso? Pues es exactamente lo que quería decir.

—Todo el mundo tiene una pantalla en casa. Es obligatorio por ley, como las ventanas y el agua corriente y el alcantarillado.

—¿Y qué? —Se rascó el vientre como si con ello contribuyera a aclarar las cosas, y Francis miró delicadamente en otra dirección—. ¿Qué pasa cuando el triv se estropea?

—¿Qué pasa?

—Sí. No hay más pantalla, o no hay más agua corriente y te asfixia la peste del caga... del cuarto de baño. Salvo que en tu torre tengas a un reparador eficiente.

—Pero si lo único que tienes que hacer...

Me interrumpí al recordar ciertas cosas que había oído contar, sin prestarles créditos, en mis días de supra.

Billy abrió mucho los ojos y me imitó burlonamente:

—Lo único que tienes que hacer es llamar a Averías y te enviarán un técnico en cuanto haya alguno disponible.

—He llamado, y el técnico ha venido antes de una hora.

—Eso ocurría cuando eras supra y tu marido pagaba impuestos, que le daban derecho a obtener servicios. Para los infra no hay técnicos, la pantalla se queda a oscuras y tienes que ver el triv en casa del vecino, hasta que a él se le avería también. Pero el técnico nunca viene.

No dije nada, porque una casa sin pantalla me asustaría. Demasiadas cosas dependían de aquellas pantallas y de sus terminales auxiliares, a pesar de que la nuestra actual no estaba completamente equipada. Me había preguntado con frecuencia cómo se las habría arreglado la gente antes de que existiese el triv.

Francis, joven y truculento, preguntó:

—¿Y qué hay del cuarto de baño? Quiero decir, cuando el desagüe no funciona.

No tendría objeto protestar de que el tema fuera impropio de la mesa del desayuno: Billy cuidaba de que Francis recibiera siempre las respuestas necesarias. Ambos hablaron prescindiendo de mí.

—Aguantan hasta que se obstruyen unos cuantos más y la peste se hace insoportable. Entonces Averías atiende las quejas y envía a un operario. Y yo tengo que asignarle una escolta protectora.

—¿Tienen miedo de una epidemia?

—No sé nada de epidemias, pero no les gusta cuando a todos les da la cagarrina y se extiende.

Dejé mi tostada con una revulsión que era secuela de mi decoro perdido, e incluso

Francis, con su repulsiva pedantería particular, le corrigió:

—Contraen diarrea.

—¡Vaya si la contraen! —Billy me sonrió—. Conforme, diarrea.

Debía parecerle que la palabra era más adecuada a los estómagos débiles. Estaba orgulloso de su habilidad para adecuar su forma de hablar a la compañía en que se encontraba, desde el infra profundo a la «clase alta», pero el estilo se le embrollaba penosamente.

A Francis no se le disuadía con facilidad.

—¿Por qué esperan tanto? ¿Y por qué no reparan los trivs? Donde vivíamos antes se reparaba todo. Incluso aquí...

El hecho nos sobresaltó a ambos en mitad de la frase: nunca habíamos tenido a un operario en nuestra actual vivienda porque nunca habíamos cursado una reclamación. Pequeñas cosas se estropearon, pero, o bien Billy las reparaba con una especie de entusiasmo de «hombre de su casa», o bien se llevaba el utensilio averiado y lo reemplazaba (mejor no averiguar cómo) o lo hacía reparar.

Billy fruncía el entrecejo, como Francis, ante el trabajo doméstico, sugiriendo que sus habilidades entraban en una zona de incertidumbre.

—Reconocemos que faltan personas preparadas.

—Se podrían preparar miles en seis meses.

—Habría que pagarles salarios.

—Naturalmente.

—¿Con qué? ¿Con qué se pagarían? Si hubiera dinero para pagar lo que la gente necesita no existiría un solo infra. El Estado está arruinado. Yo diría que el mundo entero está arruinado. Si estuviera a mi alcance el tipo de información que los supra tienen, pronto lo sabría y podría sacar las consecuencias. ¿No lo sabes tú, Allie?

Sí, yo lo sabía, pero nunca había visto la necesidad de organizar el conocimiento según una pauta de causa y efecto. El planeta había sido insolvente desde hacía más de una generación: hubo el repudio de las deudas del Tercer Mundo, las horribles consecuencias de los cambios climáticos, la bancarrota de una masa de desempleados que subsistían de las migajas de la vida... Yo lo sabía, pero era un conocimiento de algo remoto: yo no pasaba hambre. Se remediaría sólo porque en alguna parte los mejores economistas mundiales retorcían las teorías del dinero y los recursos para darles formas nuevas y hacer que el círculo del crédito (es decir, el aprovechamiento de las ganancias de otros) rodara y rodara simulando que hacía el trabajo de las inexistentes reservas nacionales.

Todos los supra lo sabían. El mundo estaba planificando su salida de una mala época; habría todavía años duros, quizá décadas, pero también habría un final para ellos. Eso no era ningún secreto, y sin embargo Billy lo ignoraba, no podía acceder a la información.

Comprendí al fin lo que significaba ser infra. (Así lo pensé, porque estaba sólo empezando a comprenderlo). Los infra, la mayor parte de la población, eran

mantenidos en la ignorancia, condicionados a vivir en el infierno y no preguntar por qué. No se les decía nada que pudiera turbarles, confundirles, inducirles a pensar...

¡Buen Dios, ya estoy en la teoría de la conspiración! Tan perdida como el mismo Billy. Vuelve a tierra, hija, antes de que la paranoia rabiosa te muerda.

Francis estaba incorporando a su vocabulario una expresión que no le era familiar.

—¿Sería una persona preparada un infra capaz de hacer el trabajo de los operarios de Averías?

—Eso es exactamente, chico. Tengo cinco en mi banda... en mi grupo. Mi torre es la mejor del distrito.

Raramente hablaba de su «grupo», y la mención de los técnicos alteró la vaga idea que yo tenía de sus funciones, aunque seguí pensando que «banda» sería la palabra más adecuada.

Francis preguntó:

—¿Dónde aprendieron?

Billy sonrió ferozmente.

—Son supra que perdieron sus empleos y cayeron entre los infra. Los hay de todas clases. Tengo uno que repara los trivs si le conseguimos las piezas necesarias.

Quería decir que robaban las piezas, pero le gustaba guardar las apariencias con nosotros, que constituíamos la faceta elegante de su vida. ¡Dios le ayude! Muchas veces he necesitado llorar por Billy, pero nunca me he reído de él. Destroza el corazón ver que alguien contempla con envidia los harapos de nuestra perdida sofisticación.

Pocos días después de aquello, el sistema mundial de cambio se derrumbó. Todo el dinero fue retirado de la circulación. Fue una suerte de golpe de mano perpetrado por las grandes potencias, otra apuesta en el juego de mantener el planeta en débil movimiento.

Me encontraba sola en casa cuando la noticia fue difundida en un informativo especial rebosante de afirmaciones tranquilizadoras, intrascendente y cotidiano, que incluía detalladas explicaciones sobre la manera en que las nuevas normativas sobre asignación de cupones y presupuesto familiar harían menos complicada la vida. Yo me senté y lloré, sin saber exactamente por qué. ¿Sería por el desorientado presentimiento de que aquello era el final de todas las cosas? Tras perder el tiempo sin objeto, opté por concentrarme en la rutina doméstica de limpiar nuestras habitaciones, que en el fondo significaba preservar la normalidad ante la faz de lo desconocido.

La pareja de ancianos, con quienes había llegado a establecer una distante relación social, llamó a la puerta, entró en casa y dio rienda suelta a su congoja expresando temores no menos imprecisos que los míos. Su único recurso era Billy y tenían puestas sus esperanzas en que yo intercediese en favor de ellos. El señor Billy, balbuceaban, sabría lo que había que hacer.

El señor Billy no tenía la menor idea sobre lo que había que hacer, ni tampoco

tenía una idea clara de lo que representaba la muerte del dinero. La confundía con el comunismo, que las doctrinas infra equiparaban a la peste negra. Me costó una noche entera de explicaciones, cada vez más confusas a medida que sus preguntas ponían al descubierto mi ignorancia, ahuyentar aquel fantasma.

Después de tantas lágrimas y temores no ocurrió nada devastador. La planificación había sido excelente. Nos adaptamos a los nuevos métodos de gestión y contabilidad y llegamos a creer que eran una mejora. Se nos hicieron habituales. Los hábitos son seguros y cómodos y los adquirimos con rapidez.

El mundo siguió rodando fatigosamente cuesta abajo.

A mi memoria le falla el sentido del orden. Intento fijar aquellos años y sólo consigo rastrear incidentes dominados por Billy, a pesar de que en muchas cosas se autopostergaba y adoptaba una actitud casi mendicante. Yo era para él ramera y madre, y él era para mí sátiro y niño, embrollo satisfactorio para ambos. El hecho de que tuviera una esposa y una familia consistente no interfería con mi satisfacción; la conciencia mira hacia donde desea mirar, no hacia donde debería mirar. Mi inclinación al alcohol pudo haber sido la manifestación material de una culpa disimulada e ignorada.

No, no, no me di a la bebida a lo grande ni me convertí en una de esas arpías empapadas en aguardiente, pero esperaba con fervor el momento de compartir con Billy una botella de vino, al anochecer, cuando en otro tiempo habría preferido una honesta taza de té. Algún que otro paquete de té de Ceilán venía incluido en el lote de la señora Parkes, pero el té de importación no se conseguía fácilmente, ni siquiera por la vía de sus corruptos tentáculos; en cambio, una botella de vino de calidad era un regalo mucho más frecuente.

No bebíamos hasta que Francis se había retirado por la noche a su habitación, porque él miraba las botellas con recelo: tenía la mente llena de seriales del triv que presentaban a los infra sumidos en el estupor de la embriaguez. La insistencia de Billy en que las borracheras eran más corrientes entre los supra que entre los infra (porque éstos raramente podían conseguir otra cosa que «cerveza casera») no le convencía.

Nos dijimos uno a otro que se estaba haciendo hombre, que navegaba por los difíciles años entre la adolescencia y la edad adulta. Pero su creciente actitud introspectiva no nos previno de que no sólo estaba muriendo en él la confianza, sino también el amor.



La señora Parkes era generosa; sería ingratitud decir que nos faltaban las cosas importantes. Nos proporcionaba alimentos de calidad, ropas de repuesto, prendas de vestir especiales e incluso las pequeñeces que marcan la diferencia entre la subsistencia y un cierto goce de vivir. Lo que no nos facilitaba eran los artículos básicos y baratos, tanto de vestir como de comer, que podían obtenerse con los cupones oficiales. Esto era razonable, pero anunciaba un gran cambio en mis costumbres.

Cuando murió el dinero me dirigí a nuestra oficina de Correos, a pocas manzanas de distancia, para retirar la primera serie de los nuevos cupones, y me sumé a una larga cola de rostros que reconocía pero no podía nombrar: los periféricos son un grupo humano insociable.

La mayoría recibían sus cuadernillos con el mismo ánimo mortecino que traslucían sus caras, pero también se oía alguna que otra exclamación marcada por el miedo. Una mujer gritó: «¡No, yo no podré comprar allí!», y le dio un ataque de histeria, y un inesperado agente de policía, que estaba presente, la condujo a la calle. Yo pensé: *Así que incluso los establecimientos donde hemos de comprar han sido predeterminados*, y me encolericé, hasta que comprendí que para el adecuado racionamiento de las cantidades asignadas aquella organización era inevitable.

Obtuve mi cuadernillo de cupones. La cubierta llevaba estampada la indicación NE4, que era el código de la tienda donde tenía que proveerme. Consulté el mapa colgado en la pared, que los demás miraban también para descubrir qué deprimente tienda les había correspondido. Un hombre a quien conocía de vista se volvió para marcharse, y cuando nuestras miradas se cruzaron me habló por primera vez:

—No es necesario consultar nada: toda la calle ha de ir al mismo sitio. Ya estamos clasificados.

No le creí hasta verlo. Sin embargo, era cierto.

Me sentí atemorizada. Me rehice enseguida, pensando que Billy lo arreglaría; que mi Billy no permitiría nunca...

Pero es preciso, antes de seguir, que exponga la verdad respecto a Billy como manipulador, mediador y componedor de dificultades.

Sus intimidades rufianes mantenían un orden peculiar en el área de su torre por métodos que la policía no podía emplear sin arriesgarse a una guerra civil y a la matanza de sus agentes; a cambio, se le hacía copartícipe de ciertos «contactos» y podía confiar en que se cerrarían los ojos a sus errores de juicio. En otras palabras: mi Billy mantenía el orden en su torre aplicando una despiadada justicia privada. Operaba a veces en secreta cooperación con la policía y era, en términos crudos, un soplón. Sus soplos se limitaban, más o menos, a informar a la policía sobre cómo podría, con la ayuda de los soldados, montar una redada que estaba más allá de sus normales recursos, pero no tenía inconveniente en utilizar esto para dejar fuera de

juego a un rival si sus propios medios fallaban.

Es indicativo de la habilidad humana para acallar su moralidad el hecho de que este estilo de protección privada se desarrolló a partir del muy efectivo sistema de Vigilancia del Vecindario propiciado por la policía en el siglo pasado.

No tiene sentido ponderar la moralidad infra. Soplón siempre ha sido una palabra sucia, aunque evidentemente existen situaciones donde únicamente el «soplo» puede evitar atrocidades. Cuando, en cierta ocasión, encontré el valor necesario para preguntar a Billy sobre sus métodos, me escuchó hasta el final y después me endosó un sermón sobre la supervivencia de los más aptos. Recuerdo sus últimas palabras:

—Los más aptos no son los más fuertes. Si yo dependiera de la fuerza, no duraría ni un día. Ser apto no es ser lo que se es, sino lo que uno hace con lo que es.

Es decir, resueltamente, ser un malhechor que es asimismo un servidor de la policía y un mandadero. Eso era; en cuanto a lo que hacía con lo que era: lo mejor que podía para su torre.

Yo no valoraba plenamente estas cosas cuando me lamenté de la imposibilidad, para mí, de ir a comprar a Nordeste Cuatro de Newport y él dijo secamente:

—Tendrás que ir si necesitas los suministros.

Estábamos en torno a la mesa del té y Francis se puso inmediatamente tenso al oírme mencionar el centro de distribución. Con la voz mansa que usaba cuando quería oponerme a Billy, repliqué:

—No puedo ir allí, y no iré.

—Entonces prescindirás del racionamiento.

Desesperadamente, sugerí:

—La señora Parkes...

—No utilizarás a la señora Parkes. Ni lo pienses.

Acobardada, debí mirar a Francis, porque súbitamente se puso a berrear, y no se me ocurre una expresión más gráfica:

—¡Yo no iría allá abajo! ¡No iría a ningún precio! —A borbotones contó una confusa historia sobre unos niños que mataban a otro a puntapiés en plena calle, y sobre sí mismo, salvado en última instancia por un hijo de Billy, el que había muerto en un altercado uno o dos años antes—. ¡Billy está enterado de esto!

Billy estaba enterado.

—Al niño no lo mataron, apenas le hicieron daño. Tú te asustaste, nada más.

Pero yo me había alterado hasta perder el buen sentido, y me lancé a despotricar contra él como una bruja, aduciendo que si esperaba que me aventurase...

Me hizo callar con un grito de cólera que debió petrificar de terror a los ancianos que vivían en la otra mitad de la casa.

—¡Qué leches, mujer, cierra ya la boca! ¡Déjame pensar! —Y luego añadió, malhumorado—: Tienes que aprender, eso es todo.

—¡Eso es todo! —repliqué furiosamente, y vi la cara que ponía y deseé no haberme ido de la lengua.

Se me había ocurrido que uno de sus hijos mayores podría recoger el suministro por mí, pero ya no tuve valor para proponerlo.

No hubo sexo aquella noche. Yo estaba asustada, resentida, humillada, y todo hasta extremos insoportables, y él se había impacientado ante algo que consideraba irracional. Continuó explicándome:

—Yo no soy Dios ni de lejos. No puedo hacer que se modifique la situación de la tienda donde has de comprar. Todo eso sale procesado de la Central de Datos sobre un mapa cuadrulado que no sabe nada ni de supra ni de infra. Lo único que sabe es qué tienda está más cerca de tu punto de residencia.

—¡Pretenden hacer de mí una infra! —protesté entre lloriqueos.

Pensé que iba a pegarme. Probablemente hubiera debido hacerlo.

—Sólo eres infra cuando tú crees que lo eres —dijo—. Yo he pasado allí toda mi vida y no soy infra.

Cuando le convenía proclamaba que era infra y que estaba orgulloso de serlo, pero en realidad, y con certeza, consideraba que pertenecía a un peldaño superior.

Más tarde, cuando me serené, procuró razonar conmigo:

—Tienes un concepto equivocado de los infra, basado en lo que tus padres te enseñaron y en las barbaridades que aparecen en el triv.

—¡Pero esas cosas ocurren! No me dirás que no.

—No constantemente ni por todas partes. Los supra son igual de malos detrás de sus puertas cerradas, salvo que no los ves. En las torres viven unos encima de otros y todo está a la vista. Está a la vista todo lo rastrero, lo feo, lo indigno que las personas se hacen unas a otras, y como lo tienes ante las narices, llegas a pensar que en la vida no hay otra cosa. Bueno, pues sí la hay. La mayoría de los infra son tan decentes como tú o como yo.

No me atreví a reír. Él prosiguió:

—No pensarán como piensas tú, pero eso no les hace peores.

—Entonces, ¿para qué tienes a tus guardianes?

—Para que el mal no se nos vaya de la mano.

Me volvió la espalda y no logré hacerle cambiar de actitud. Acostada allí, detrás de él, me sentí ignorante y un poco estúpida.



Por la mañana se marchó como de costumbre, sin una palabra sobre dónde estaría ni

lo que haría, pero, insólito en él, con un lacónico:

—Volveré a eso de las once.

Volvió. El pobre Fred habría hecho un drama de tener que reorganizar su mundo para encontrar un poco de tiempo que dedicarme, pero Billy dijo tranquilamente, como si yo hubiera estado esperándolo:

—Cámbiate de ropa y te llevaré a la NE4.

Era terrorífico, aunque yo sabía que, si había reflexionado a fondo, tenía que suceder.

Dije estúpidamente:

—¿Cambiar de ropa? ¿Para ir a un barrio infra?

—Ponte lo más viejo que tengas. Lo que llevas para hacer trabajos sucios.

Ensayé una broma:

—¿Aquellos pantalones viejos de Fred? ¿Los de las rodillas remendadas?

—Eso servirá. —Lo decía en serio—. No te maquilles, no te pongas ni polvos. Péinate sólo un poco, como una mujer infra que trata de lucir lo mejor posible sin tener nada con que ayudarse. —Luego, gozando con algo que sabía que me escandalizaba, precisó—: No te laves.

Mi resistencia de la noche anterior parecía no haber existido, lo cual significaba que mejor era no resucitarla. Así que me vestí como una maritornes, con los pantalones de un muerto (bien ceñidos a la cintura y con las perneras parcialmente arrolladas), un viejo blusón sin mangas, un par de zapatos gastados, y estuve segura de que había ido demasiado lejos (Allie la Puta Callejera con el Hombre Que la Perdió), pero él lo aprobó con un movimiento de cabeza. (*Justo lo que un tipo esperaría de su chica*).

Mis immaculados capazos y bolsas de la compra eran suntuosamente inadecuados. Billy encontró y me entregó dos mugrientos sacos de papel, grandes, como los que suelen contener cemento. Yo deduje que llevar paquetes era tarea femenina.

—Vámonos —dijo.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—Tú vas vestido. Vas limpio y elegante, y yo disfrazada de trapero.

—Cierto, pero yo soy Billy Kovacs. Por esos barrios soy «alguien». Tengo que guardar las apariencias. Ya verás.

—¡Mientras yo paseo mis harapos! —insistí.

Dejó escapar el gran suspiro masculino que se ha transmitido de época en época, el suspiro dedicado a la estulticia de las mujeres.

—Las gentes de la NE4 no te conocen. Más adelante podrás vestirte un poco a la moda, pero primero tienen que acostumbrarse a ti. Si te toman por una supra presumida se pondrán en contra tuya... La dama supra que baja a los barrios infra a divertirse, ¿entiendes?

A disgusto, lo entendí.

En la calle me tomó del brazo y anduvo por el lado exterior de la acera. (Los infra tienen unas normas de educación olvidadas hace tiempo por las clases superiores). Me acompañaba con la formalidad de un paje. Yo procuré desde el principio mantener impassible el rostro, segura de que con un Jefe de Torre como escolta ningún mal podía alcanzarme.

Había poca gente en el extremo de la Periferia. Traté de ignorar que cuantos pasaban conocían a Billy por lo menos de vista y me examinaban con todo el detenimiento a que se atrevían sin que resultara ofensivo... para él, claro.

Una calle en la que yo nunca había puesto los pies llevaba cuesta abajo desde la Periferia hasta el corazón del Enclave infra. Hay veinticuatro torres en Newport, donde se alojan aproximadamente millón y medio de personas; un promedio de ocho por cada apartamento de tres habitaciones (diseño estatal), cifra que el pánico fundamental rehúye considerar que es abominable. La torre más próxima estaba a menos de trescientos metros de distancia, alzándose como una Babel hasta desesperante altura. Para llegar a ella teníamos que recorrer un pavimento reducido a pedruscos hacía muchos años.

Entonces pareció que, con una docena de pasos, hubiéramos traspuesto el invisible límite de la Periferia para entrar en el agitado vientre de una vasta e ignominiosa ciudad.

Los infra se despertaban tarde, pero una vez despiertos brotaban a raudales de sus atestadas madrigueras y salían a la luz. Cada torre comunitaria era un tallo romo que asaltaba el cielo y en torno a su base, como la falda de una bailarina, se extendía un desierto de cien metros de hormigón. De no haber existido aquellos amplios espacios, la gente se habría amontonado en las calles formando una masa inamovible.

¡La gente! Yo nunca había visto una humanidad tan densa. Las calles que hasta entonces había conocido como concurridas eran vías libres en comparación con aquel apelotonamiento de cuerpos. Ésta era la primera y opresiva imagen, que poco a poco permitía observar que la masa se movía con determinación y con la facilidad que da la costumbre. Con ello no perdía nada de su monstruosidad.

Porque además apestaba. A través de la anchura de la calle apestaba a cruda suciedad y a sudor. Con un pie en el bordillo, me habría detenido para retroceder aterrorizada ante el mito infra si la mano de Billy no me hubiera forzado a avanzar. Cruzamos la calzada ruinosa y pisamos la gran falda de hormigón de la torre.

Yo me sumergí en aquella condición de estupor mental en que los sentidos operan y el cuerpo siente, pero la voluntad está paralizada, enfrentada al espantajo de mi educación, la inimaginable presencia de los infra.

Advertí, sin entenderlo de inmediato, que en el apretado desierto de carne reinaba una especie de territorialidad. En el hormigón indistinto había cuerpos sentados o recostados, la mayoría de ellos bronceados y semidesnudos bajo el calor, como figuras que en una demencia contagiosa simulasen para sí mismas tomar baños de sol en alguna playa soñada. Entre ellos y en su derredor otros recorrían sendas que por un

misterioso consenso permanecían abiertas: el rebaño en su redil, revolviéndose según su propio e inescrutable orden. Por añadidura, aquella masa sin nada que hacer ni nada que esperar no era un pantano semihumano de desaliento, moroso e inerte. Vivía. Su cuerpo común era vital y sus distintas mentes trabajaban.

La mía no. Si yo me movía en mi estupor, registrando con los ojos el entorno como una cámara inerte, era porque Billy Kovacs me obligaba.

La NE4 estaba en alguna parte más allá de la torre, en otra calle; tuvimos que atravesar el desierto de carne, en medio del nauseabundo hedor a humanidad, a ropas y a cuerpos impregnados de miseria. La multitud al pie de su torre era basura expulsada para contaminar el aire.

Mi único pensamiento coherente era que si alguno de aquellos habitantes harapientos me tocaba, chocaba conmigo al pasar, gritaría de pánico. No ocurrió. Los grupos se dividían, se hacían a un lado; el contacto se evitaba. Me fui dando cuenta de que nos cedían el paso personas que conocían a Billy, que le saludaban a cada momento y abrían camino al Jefe de Torre y a su... lo que fuere que pensarán de mí. Porque algo pensaban. Todos los ojos me escudriñaron. Debió ser aquel escrutinio lo que me hizo reaccionar porque, de forma bastante súbita, mi terror se aplacó, se redujo a tensión nerviosa y fui sensiblemente capaz de captar lo que veía.

Me había preparado para encontrar monstruos y allí no había ninguno. Si se les lavaba, se les peinaba y se les vestía decentemente, ¿quién distinguiría un infra de un supra? Sus rostros eran los de hombres y mujeres, afanosos o reservados, inteligentes o lerdos, nada menos, nada más. Sus bocas abiertas contaban otra historia, no sólo por el tosco dialecto del que yo apenas entendía alguna palabra dispersa, sino por los colmillos parduscos, raigones de dientes y labios deprimidos sobre encías desnudas. *¡Pero si la odontología es gratuita!* El horror replicaba: *Éstos no son los desposeídos; son los abandonados. Para ellos el odontólogo no existe.*

Me sorprendió el número irracional de personas extremadamente viejas, decrepitas, arrugadas y vacilantes; sin duda centenarios que habían vivido hasta alcanzar semejante decadencia física. Luego recordé cómo los supra ancianos eran cuidados, conservados por métodos antidecrepitanes y medicina cosmética: aquellas hordas de vejestorios infra no eran tan viejas, estaban simplemente más allá del costoso amor del desventurado Estado. Eran lo que yo sería dentro de una o dos décadas. Aparté de ellos la mirada.

Entre las personas más jóvenes había enorme barullo, vocerío, un torbellino de bromas bastas, algunos juegos. Pero también había música, canciones que yo no había oído nunca, dedicadas a grupos que escuchaban y aplaudían; acompañadas por instrumentos, la mayoría de ellos desafinados y de fabricación casera, aunque los había asimismo caros (¿robados?) y tocados con el talento natural que reclamaba tutela y enseñanza. Existía el sentimiento completamente vivo, de una cultura establecida; no me refiero a un arte, sino a una manera de vivir aceptada y comprendida, que desafiaba la suciedad y la bajeza.

Cada cosa que veía me convencía de mi ignorancia de todo un mundo que, como las demás personas de mi clase, alimentadas de charlatanería, había dado por sabido; un mundo tenido en cuarentena por el miedo de los supra, la conveniencia del Estado y las diferencias de cuna y circunstancias. Pero el envolvente hedor y la protectora mano de Billy me recordaron que no basta con ver. Bajo las apariencias se ocultan auténticos demonios. La faceta intrigante de su personalidad era uno de ellos.

Más allá de la falda de hormigón, en lo que era propiamente la calle, la congestión se duplicaba y reduplicaba; la masa se movía, se contorsionaba allí, demasiado espesa, sin la ligereza y elasticidad que se daban en la falda. Mis temores volvieron en forma de irresistibles y cobardes impulsos de echarme atrás cuando Billy asió con más fuerza mi codo para conducirme a través del gentío con una decisión que yo no habría tenido nunca, aterrorizada ante el posible ataque de alguna bruja enfurecida o el simple empujón de un distraído. Finalmente, el gran rótulo de la NE4 se cernió sobre mi cabeza, y observé que muchos de sus trazos se habían deteriorado o desprendido. Pasamos por debajo y entramos en el local.

Grande como un bloque de casas... dividido en corredores por los anaqueles llenos de artículos... diez veces mayor que un supermercado supra... atestado de compradores como ningún recinto supra lo había estado nunca... atestado, opresivo.

Mi instinto me exigía huir de la presión del sudor y de los cuerpos, pero Billy me llevó a una de las diez o doce colas formadas para entrar en el área de ventas, donde, a través de un punto de control, sólo una persona pasaba cada vez que otra salía. El ruido ensordecedor, oprimido entre paredes y techo, se convertía en un clamor uniforme que apagaba incluso el estruendo de las bandejas que, desde lo alto, iban rellenando los anaqueles que constantemente se vaciaban. El hedor humano era insoportable. Mi imaginación vaciló al pensar en aquel mundo de tuberías herrumbrosas, desagües obturados y operarios que jamás acudían a reparar nada.

—¡Voy a vomitar! —dije.

—¡De ningún modo!

Era una orden y una amenaza. Me causó dolor contener las náuseas. Y digo dolor: quienquiera que lo haya hecho me entenderá.

Avanzando centímetros a centímetro, entramos en la caverna de los suministros racionados. Mi estúpida aprensión supra contra una turba forcejeante, pugnano con salvaje determinación por arrancar de manos del vecino el artículo codiciado, era sólo esto: una idiotez supra. Los compradores se movían lentamente, fijos los ojos en los anaqueles, estirándose para coger o pedir algo mientras seguían el paso de la monótona fila. Una especie de flácida acomodación parecía ser la regla, el hábito, menos deliberada que la cortesía, menos positiva que la ley. Nadie se desplazaba contra corriente; quien olvidaba un artículo o no se fijaba en él, allá quedaba el artículo. Mi mente observó, anotándolo como en un espasmo, que allí donde la anarquía habría sido instantáneamente catastrófica, se había generado de manera natural una específica norma de conducta.

Entonces, ¿qué había de los seriales del triv y de los chismorreos sobre la fiera perversidad de los infra? Caminando laboriosamente en aquella cola interminable, me vino entre nubes a la memoria el hecho de que la ley de la selva es una suma de comportamientos prácticos. Animales de una docena de especies distintas se congregan a la puesta de sol en el abrevadero, cada uno en su grupo protector, sin conflictos ni temores; durante el día, predadores y presas se reúnen a la vista unos de otros hasta que llega el momento en que una de las presas, sólo una, es apartada y muerta. Existe un orden. La NE4 era el abrevadero. Fuera... mejor no dar gratuitamente por sentado el orden.

Las mujeres situadas delante de mí me lanzaban miradas por encima del hombro: me sentí desnuda, medida, evaluada. Les habría dicho algo estúpidamente ofensivo, de no ser porque Billy clavó sus ojos en los míos e hizo con la cabeza un signo negativo casi imperceptible.

A mis espaldas, dos mujeres calculaban los totales y el número de cupones-puntos requeridos para un artículo u otro, y me avergonzó que aquellas simples y fatigadas criaturas me dieran mil vueltas, a mí y a la mayoría de las supra, en aritmética mental. En una tribu sin calculadoras portátiles, era un factor de supervivencia.

Yo estaba aprendiendo, aprendiendo, aprendiendo, casi olvidada de mi propósito: comprar lo que necesitaba para mi hogar. Procuré escudriñar los anaqueles y aplicarme en mis sumas y restas. A paso de caracol avanzamos pasillo adelante, doblamos la esquina, volvimos pasillo abajo, explorándolo todo. Mis compras de aquel día fueron un embrollo incompetente, en parte porque no sabía lo que habría disponible (poco, y elemental) ni dónde encontrarlo entre los inacabables anaqueles, y en parte por mi falta de preparación general. A medida que pasaba el tiempo, por lo menos, la peste se hizo menos aparente, o mi nariz se rindió a ella.

La gente se mostraba abiertamente curiosa respecto a mí, casi siempre con miradas cautelosas dedicadas a Billy. Él se distendió sólo una vez, para susurrarme al oído:

—Cuanto más se acuerden de ti, mejor.

Cuanto más se acordaran de que estaba bajo protección, naturalmente. Mi galante escolta, sin embargo, no transportaba los paquetes de su dama. Ella llevaba en la mano el saco no lleno todavía, y el otro colgado del hombro con una soga. El macho se pavoneaba a su lado.

En el punto de control (control por ojo mágico, puertas automáticas, sin intervención de manos humanas) los sacos fueron vaciados y vueltos a llenar mientras yo temblaba ante la casi certeza de que mis pocos fiables cálculos habrían sobrepasado el valor de los cupones. Mi cálculo fue erróneo, pero por debajo, no por encima, pero en cualquier caso yo debería haber supuesto que Billy llevaba su propia cuenta y no me habría permitido comprometer su reputación poniéndome en ridículo públicamente.

Fuera, luchamos por abrirnos camino entre la presión, yo con un pesado saco

colgado del hombro y otro entre los brazos, él empujando y apartando con aire señorial para dar paso a su bestia de carga. Nunca habría creído yo que la compra de la semana pudiera ser de tan difícil manejo.

En la relativa libertad de la falda de hormigón entramos cómodamente en la comunidad de los que estaban sentados o recostados, los que cantaban, los que murmuraban, los que jugaban, los que estaban absortos en sí mismos. Y fue allí donde Billy montó una grotesca demostración. (Más tarde me diría que había elegido un lugar donde varios de sus amigos y de sus matones se encontraban lo bastante cerca para ver y oír). Se detuvo, se volvió hacia mí con calculada formalidad, cogió el saco que yo llevaba entre los brazos y dijo en voz muy alta, empleando la jerga infra que raramente le oía:

—T'echaré una mano, shata.

Las cabezas giraron en nuestro entorno. Enseguida reemprendimos la marcha, ahora dejando una estela de murmullos. Dios sabe cuántos presenciaron nuestro avance y anotaron los puntos de buena crianza de la públicamente proclamada hembra de Billy Kovacs.

Pon fin a la pesadilla y termina tu angustia.

—¿Y bien? —preguntó Billy cuando dejamos las torres atrás.

Yo fui capaz de simular una especie de balance juicioso:

—No ha sido lo que esperaba.

Él no se dejó engañar.

—No podía serlo, ¿verdad? ¿Asustada?

—¡No! —Guardó silencio—. Está bien, pues... a ratos. —Me había asustado tontamente. Para probar mi serenidad de espíritu, dije—: Me ha parecido ver a un grupo que representaba unas escenas, una especie de teatro callejero. Me habría gustado verlo mejor.

—Otra vez será. Siempre hay algo del mismo estilo. Si nos hubiéramos parado hoy, se habrían amontonado todos. Para mirarnos.

—¿A mí porque estaba contigo? —¡Gran noticia! Su sonrisa era ofensiva—. Cualquiera se da cuenta de que eres un hombre importante.

—No un vulgar rufián, ¿eh?

—Eso no es justo. Ya sabes a lo que me refiero.

—¿Sí? Bien, pues soy un rufián. Es, simplemente, que soy un rufián importante. Para ellos, claro está. —Una expresión ceñuda se sobrepuso como una máscara a su cara angosta—. No parece darte cuenta de lo que significa ser un gran hombre en las torres.

Hizo que me sintiera inadecuada y desatenta. Intenté salir del paso con una broma:

—Entonces, ¿por qué no eres rico?

—Lo soy —dijo—. Tengo respeto y autoridad y gente que depende de mí y contactos que me permiten cuidar de mi gente. Eso es ser rico, ¿no? Tú también eres

rica, pero no lo entenderás mientras pienses como una supra.

Me hablaba de un país extranjero, forzándome a cambiar la visión que yo tenía del mundo. Continuó:

—Vendré contigo dos veces más. Eso lo hará oficial. Después, actuarás por tu cuenta. No vayas a ninguna parte que no sea la tienda y no pasará nada.

¡Como si pudiera! Llegué a casa reflexionando con melancolía sobre el futuro de aquella aventura semanal.

Él se dispuso enseguida a marcharse de nuevo. Gimoteando un poco, le pregunté:

—¿Tienes que salir?

Sacudió la cabeza con aquella media sonrisa que significaba que yo no hacía uso de mi buen sentido.

—¿Cuántas personas viven en esta calle, todas ellas gente de la Periferia que hoy va por primera vez a un barrio infra?

Mi histeria de la noche anterior le había inducido a organizar un nuevo estilo de operación. Tenía a cincuenta hombres y mujeres forcejeando entre el gentío, hora tras hora, instruyendo a los aterrorizados periféricos para que se calmasen sus temores. Conspirador, ladrón, embustero, soplón, lujurioso, quería sin embargo ganarse el respeto que se le debía y en que el orden y la corrección eran responsabilidad de quienes podían crearlos o imponerlos. Su moralidad estaba fuera de mi alcance. Durante años me costó creer que hombres y mujeres existían con una necesidad innata de preservar la humanidad esencial, sin que importase el coste en trabajo y riesgo.

El coste moral confundió los principios que me habían sido inculcados respecto a la santidad de una determinada actitud o la inviolabilidad de cierta convención hasta que Billy dijo:

—Los supra te expulsaron porque de pronto te encontraste en la pobreza, ¿no es así? Ésa fue la única norma que violaste. ¿Dónde está la moralidad?

Y en otra ocasión:

—Quienes te dan consejos morales son solamente personas que no han visto el mundo tal como es.

—El mundo no puede ser completamente perverso.

—Es peor. Es estúpido.

Yo sugerí, para aguijonearle:

—La violencia es estúpida.

—Eso no prueba nada, por descontado, pero sólo es estúpida cuando te perjudica. Entonces quiere decir que has planificado mal las cosas.

No se puede derribar a un tentetieso.

La tercera semana, unos cuantos hombres me saludaron cuando cruzábamos la falda de la torre. A duras penas entendía sus palabras, enmascaradas por el pesado acento. Lo que sonaba como «Bueniora, Billy» llegué a dilucidar que quería decir «Buenos días, señora Billy». Me dio risa la extravagancia de «Señora Billy», hasta que descubrí que no era extravagante para Billy, quien me dijo rígidamente:

—La señora Kovacs es otra persona.

La existencia de aquella otra persona no era algo que él me recordara con frecuencia.

Dentro de la NE4, algunas mujeres me hicieron con la cabeza un signo de distante acogida. Dos o tres murmuraron el saludo ritual, y yo repliqué como se me había enseñado: «Bunias». No era preciso que conociera sus nombres, salvo que ellas mismas me los hubieran dicho; el sistema tasaba a los extraños gradualmente. Las costumbres deben ser aprendidas.

La cuarta semana fui sola. Tenía el corazón en la garganta, pero bien pudo haberse quedado en su sitio: no fui violada, ni robada, ni sometida a la menor indignidad. Mi camino había sido allanado con tanta precisión que pronto respondí a los saludos con un sentimiento casi de alegría.

En la tienda observé que un chico de unos dieciséis años, flaco y de cara angosta, no se alejaba mucho de mí en todo el rato. Nunca había visto a los hijos de Billy, pero sospeché que él había delegado en un aprendiz de la familia aquella discreta vigilancia. El muchacho en ningún momento me miró de frente, pero tampoco me perdió de vista. En una ocasión se detuvo para hablar con una inmensa jalea de mujer, una de esas desdichadas que en la edad madura se hunden en la exuberancia del peso de sus brazos y muslos elephantinos. Debió de ser bonita en su juventud, pero su presunta belleza se había desvanecido en el cabello grisáceo y en los ojillos que brillaban sumidos en sus gruesas mejillas. Iba comparativamente mejor vestida que otras mujeres de su estilo, menos remendada, menos desteñida... y limpia. Lo mismo ocurría con el chico. Miró al frente cuando nos cruzamos, yo patrullando el pasillo en una dirección, ella en la contraria, pero estuve segura de que me veía e inventariaba cada centímetro de mi persona. Si hubiese habido algún lugar donde ocultarse, allí habría ido yo corriendo sin titubear.

Aquella noche, ya tarde, mientras jugaba a ser un niño pequeño y me restregaba el pecho con su puntiaguda nariz, Billy dijo:

—Hoy has visto a Vi.

Era la primera vez que yo oía su nombre: Vi... Violeta. ¡Aquella montaña de mujer! Era una injusticia del destino.

—Se me ha ocurrido que podía ser ella. Seguro que me odia.

—¿Por qué?

No había ni levantado el rostro para mirarme. Mera curiosidad.

—Cualquier mujer me odiaría.

—¿Eso crees? —Estaba rumiando, no burlándose de mí—. Vive la mar de bien. Tiene cuanto necesita... Bueno, casi. Una posición, una familia. ¿Por qué habría de importarle?

¿Se hacían las cosas de manera distinta en las torres? ¿O era Billy totalmente insensible? No, no lo era. Lo fuera o no, yo no tenía intención de rendírselo a su esposa. Su concepto de la moralidad se tornaba para mí más inteligible: es algo que practicas cuando puedes permitirte, y yo no podía permitirme un lujo como la moralidad.

Sí le importaba. Invadió nuestra casa un día, en un arrebato de cólera asesina, y no tuve el coraje de enfrentarme a ella. Billy llegó (mi miserable caballero andante) cuando ella desvariaba entre bramidos y yo reculaba intimidada, y la echó de allí con malos modos. Me gustaría borrar el recuerdo de mi cobardía; sentirte culpable tiene estas consecuencias.

Acaso yo representé su última protesta contra lo que el tiempo y las incontrolables glándulas le habían hecho, pues todo lo que oí referente a ella a partir de entonces la mostraba como una persona inteligente y reservada.

A continuación, Francis se marchó de casa con una mentira en los labios, y no regresó. Billy trató de consolarme. Pobre, desmañado Billy. No solía ser torpe, pero había dado amor a Francis y sabía que el consuelo no era posible. Un rechazo insospechado puede ser degradante y devastador.

Lloré por mi fracaso como madre. Con el tiempo dejé de preocuparme. Esto no es cierto: la preocupación no cesa, únicamente cae entre el montón de desechos del subconsciente, y allí se pudre.

U

«Invierno» se había convertido en una palabra que designaba las pocas semanas del año en que transpirábamos por el esfuerzo físico, no por la humedad, y en las que el gentío de la NE4 olía, no mejor, porque esto nada hubiera podido lograrlo, pero sí menos intensamente. A medida que la temperatura del globo se arrastraba hacia arriba una fracción de grado por año, nuestro Estado, en otro tiempo templado y ahora subtropical, fluctuaba entre extremos de sequía y lluvias torrenciales. Los cultivos fueron arruinados por ambas.

Los infra medían el desastre por el suministro de alimentos. Súbita escasez de

cereales u ocasional plétora de patatas, desaparición del azúcar durante más de un mes, racionamiento de leche en mitad del verano o, lo que más enfurecía a la gente, ensayos de substitución de productos básicos por sucedáneos que no sustituían nada ni tenían el menor atractivo.

«Invierno» significaba cálidos aguaceros que anegaban el Estado como si la atmósfera empachada hubiera aliviado de golpe sus repletas tripas. En los aledaños de las torres los niños bailaban bajo la lluvia, mientras sus mayores murmuraban con conocimiento de causa a propósito del Invernadero, como si la palabra equivaliese a comprensión. Luego el río creció y una marejada de aguas sucias se desbordó por sus riberas. Cuando había tempestades marinas, el río y la marea competían en las calles y en las viviendas de las plantas bajas. Yo evocaba mi delicioso mar azul de los veranos de gloria; lo evocaba ocasionalmente con alguna lágrima inútil.

Una noche, después de haberse marchado mi hijo y con Billy ausente por algún negocio no mencionado y quizás inmencionable, dormí sola mientras la lluvia tabaleaba y el viento aullaba en torno a mis sueños, aunque los sueños fueran de brillante arena amarilla como una franja de oro bajo un sol sonriente y una niña pequeña casi desnuda se abandonase en éxtasis a las acariciantes olas.

A una incierta hora de la noche, el mar subió del delta para lamer el umbral de mi puerta, pero mi sueño, batido por el viento, no lo registró. Nunca antes había subido tan arriba, ni siquiera en el asediado Newport.

Por la mañana descubrí que la lluvia había cesado y brillaba el sol; me hice una taza del té de la señora Parkes y me senté a beberlo, a medias preocupada porque Billy no había vuelto a casa, a medias gozando de no tener que afanarme en prepararle el desayuno. Desde la pantalla fija en la pared, el boletín de noticias hablaba de la confluencia de una marea insólitamente alta impulsada por vientos de galerna y una riada relámpago potenciada por los aguaceros caídos en los Montes Baw Baw. Los pisos bajos de las torres, pensé, serían un hediondo revoltijo de lodo y basura, donde los infortunados habitantes tratarían de salvar lo que pudiesen de aquel nuevo asalto de su recurrente miseria. Algunos de ellos serían personas a quienes yo conocía superficialmente. No estarían nadando como locos (¿cuál de mis hijos tuvo esta obscena fantasía?), sino reconstruyendo amargamente sus vidas tras la décima o duodécima inundación.

La puerta de entrada crujió y se cerró de golpe, y apareció Billy, desaliñado y sucio, el cabello como colas de rata, las ropas arrugadas y desgarradas, los zapatos colgados del cinturón, los pantalones arrollados hasta las rodillas y los huesudos pies impregnados de barro negro que chorreaba sobre mi limpio suelo. Estaba pálido de fatiga, próximo al agotamiento.

Se dejó caer en una silla, sin hablar, y yo le di té, sosteniendo la taza ante su boca, y luego lavé y sequé sus enfangados pies y piernas. Cuando al fin habló fue para preguntar:

—¿La casa bien?

Asentí, y él cerró los ojos. Fue un trabajo duro desnudarlo, y más duro todavía llevarle al dormitorio y a la cama.

—¿Te has hecho daño? —inquirí—. ¿Tienes alguna herida?

Movió negativamente la cabeza.

—Cansado.

Pensé que se dormiría inmediatamente, pero se enderezó para decir:

—Día de compra, ¿no?

¡En medio del desastre se acordaba de aquello!

—Sí.

Casi dormido, habló en el dialecto infra, pero entendí que la NE4 había sido devastada, que no quedaban tiendas ni almacenes. En una casa amparada por la señora Parkes ello no era una gran tragedia, pero para los miles de infelices que calculaban hasta la última comida de la semana...

Preguntándome qué habría hecho toda la noche en las aguas desbordadas, mi inexperiencia imaginaba sólo escenas sentimentales de niños salvados de ahogarse y de ancianos ayudados a subir a los pisos altos, no la organización y el trabajo tenaz que habían consumido hasta la última gota de su energía. Las manchas de barro en el suelo me provocaron incluso un ramalazo de fastidio porque no se hubiera limpiado los pies antes de entrar.

Desde la puerta principal vi la causa. Durante la noche, el agua se había deslizado en mi tan ambicioso como frágil jardincillo y aplastado bajo el barro negro pensamientos, claveles y caléndulas. El barro cubría las tablas bajas de la galería y empapaba el felpudo de la puerta; de haber subido un centímetro más, habría rebasado el umbral y entrado en el pasillo. El agua nunca había amenazado mi casa anteriormente. Pensé que nunca más volvería a sentirme segura.

Pero las riadas relámpago se van tan deprisa como llegan, y el enemigo estaba ya en retirada. Caminé pesadamente por el barro hasta la esquina de la calle para ver a menos de veinte metros de distancia su borde en retroceso. La suave pendiente de la calzada había desaparecido bajo un lago de aguas pardas, rielantes ante la promesa de un día sin nubes. Las casas situadas unas pocas puertas más abajo de la nuestra, escasos centímetros más abajo de la pendiente, habían sufrido la invasión de aquella especie de albañal que cubrió el suelo y que, más abajo todavía, había dejado su marca hasta la altura de los alféizares de las ventanas.

Avancé chapoteando en medio metro de agua sucia, horrorizada al ver arruinados los pequeños jardines, las cercas rotas, los vecinos perdiendo el tiempo desalentados en medio de la degradación de lo poco y casi único que poseían. Allá donde las torres se erguían bajo el sol esplendente, pisos enteros debían estar sumergidos aún, mientras la riada reflúa dejando sus huellas en paredes y techos.

El muchacho de cara angosta a quien conocía de la tienda apareció repentinamente a mi lado. Con la meticulosidad de quien practica un idioma extranjero, dijo:

—No vaya allá abajo, señora, no podrá usted hacer nada. —Renunció al esfuerzo y revertió a su lengua habitual—: ¿Stá mi par'hí?

No estuve segura de haberle entendido, pero respondí:

—Sí, está durmiendo.

Asintió.

—Queó'odido.

Me dio unas graves instrucciones (probablemente de parte de su madre) que únicamente pude traducir por asociación y deducción. Le dije:

—Cuidaré de él, por supuesto.

Me pareció que lo comprendía, porque me dedicó una sonrisa idéntica a la de su padre, se volvió y chapoteó calle abajo para reunirse con un compañero que le esperaba en una almadía improvisada con bidones metálicos. Antes de alejarse me hizo descaradamente un corte de mangas, gesto que me había indignado hasta que descubrí que era el saludo normal de moda en las torres.

Le imaginé informando a Vi de que la mujer de la Periferia cuidaría bien de papá, así que no debía preocuparse, y me quedé plantada como una tonta, hundida en el agua hasta las rodillas, perpleja ante la implícita aceptación de las cosas tal como eran. No sé el tiempo que pasé allí, helada bajo el cálido sol, obsesionada por mi ignorancia del mundo del desastre sin fin.

Una vocecita susurraba insistentemente en el fondo de mi conciencia que, mientras el nivel de los voraces océanos subiera año tras año, la verdadera catástrofe estaba todavía por llegar. Y más allá oía asimismo la cobarde plegaria de la humanidad de todas las épocas:

—Por favor, no en mi tiempo.

13
TEDDY
Años 2045-2047

I

Decir que los supra y los infra aprendieron a entenderse unos con otros sería desfigurar la verdad. Aprendimos a mezclarnos sin fricciones, pero a pesar de que algunas auténticas amistades, e incluso uno o dos idilios, se saltaron las barreras sociales, fueron excepciones, no más.

La insistencia de los tutores en que los componentes infra aprendieran a hablar correctamente y fueran capaces de pasar por supra en voz y maneras, les ofendía: no lo consideraban un progreso, y sólo bajo presión se hacían bilingües. (Lo cual, según se reveló más adelante, bastaba para empezar a socavar sus lealtades de clase).

Más curtidos en el sentido social estaban los periféricos, a quienes los infra consideraban falsos supra y los supra veían como contaminados de infra. Atrapados entre ambos, forzados a mirar arriba y abajo, nos dimos cuenta antes que los demás de cuán deliberadamente propiciaba el Estado tales actitudes. (Que la intención del Estado no era tanto estimular la división como preservar un estatus que económicamente manejable era una sofisticación que en aquellos momentos estaba todavía lejos de nuestras percepciones).

A través de todo este proceso, Nick persistió sin rencor en los entresijos de mi mente. Con la ilógica proclividad de los adolescentes hacia la pasión, eché muchísimo de menos la mano que pudo haberme aplastado pero nunca lo hizo. Una mala crisis de substitución de la imagen paterna.

Otros trastornos de la adolescencia afloraron. Carol y yo teníamos catorce años

cuando ella me enseñó aquellos hechos de la vida que yo conocía sólo de una manera risiblemente teórica. Tuve la suficiente sensatez, o había desarrollado el suficiente respeto propio, para no preguntarle dónde los había aprendido. A continuación, durante un año, la dominó un complejo de ordenancismo perfeccionista, agobiantemente estricto en sus normas y reglas. Me dijo que yo me entregué a la interpretación de roles hasta tal punto que la gente me evitaba porque no estaba segura de quién iba a ser en un determinado momento, de lo cual ni yo mismo me había dado cuenta. Ambos sobrevivimos a nuestros respectivos períodos de sobrevaloración del ego, estábamos todavía unidos cuando pasaron, y nos revolcábamos dichosos en cualquier ocasión que nos permitiese un cierto grado de intimidad.

Una o dos veces intentó convencerme de que visitara mi casa, y estuvimos a punto de pelearnos. Ella aprendió a dejar al margen el tema, y yo asimilé mi sentimiento de culpa a medida que se acumulaban los años y aumentaba para mí la imposibilidad de cerrar la brecha. «*Mamá, he vuelto a casa*». «*¿Por qué? ¿Hay algo que olvidarás llevarte?*». No, no podría enfrentarme a aquello.

Oí decir que Kovacs se había trasladado y vivía con mi madre; parecía imposible, degradante. Ahora sé que aquella información me fue deliberadamente filtrada y que Nick estaba, en la sombra, en el origen de la filtración. Brindaba una sólida razón para acusarla de traición (¿contra quién?, ¿contra mí?) y endurecer mi corazón más todavía. Siendo los corazones lo que son, el mío sólo maldecía y se apenaba.

También se filtraron noticias de cómo se ganaba la vida Francis; llegadas a mí de una forma que hacía hincapié en sus aspectos criminales, me parecieron satisfactoriamente rastreras.

Si el campamento había trastornado nuestras creencias juveniles, la Escuela de Investigación las destruyó. Allí nos restregaron las narices con hechos que todo el mundo conoce, pero que, como son calamidades que afectan a otras personas, no reciben ninguna atención; por ejemplo, que las dos terceras partes de la población mundial pasan hambre aunque no sería difícil, con una pequeña ayuda, evitarlo.

En nuestras mentes nunca habíamos ubicado correctamente aquellos hechos tan remotos. ¿Por qué hacerlo? Al ser educados como supra, desde la cuna nos habían apuntalado contra los horrores, y era deber de los padres desviar nuestro pensamiento del abismo. Si nuestra estirpe era infra, desde la cuna nos habían enseñado que podíamos disponer del cupo que nos asignaba el Estado (una ración frugal, pero científicamente calculada) y de nada más; que vivir significaba sacar el máximo provecho de muy poco; que no existía una vía de salida de las torres infra (falso) y que la preservación del Estado dependía de que reconociéramos cuál era nuestro sitio y no sacudiéramos el bote. ¿Por qué, pues, inquietarnos por cosas tan ajenas?

Aprendimos, extrañados ante lo obvio, que el Estado no se limitaba a fomentar aquellos consejos de resignación, sino que los promulgaba activamente. Los más brillantes estudiantes de historia observaron con decorosa sorpresa que tanto la

Iglesia como el Estado habían predicado aquella doctrina del sitio predeterminado en el esquema de las cosas dos siglos atrás. Nuestro mundo había retrocedido un paso. Oí el sarcástico Nick inquirir una vez más cuál era el significado del concepto «progreso».

El resultado fue la indignación del equipo tutorial. El tutor del día escuchó, frenando extravagantes protestas acá y allá, pero en general coincidiendo con nosotros. ¡Estaba allí sentado reconociendo que un Estado monstruoso mantenía el orden por medio de mentiras y fraudes! Su aquiescencia nos hizo callar más deprisa que el autoritario restallar de un látigo, hasta que una única voz quedó, gritando: «Pero...» y sumiéndose luego en el silencio general.

—Pero... —repitió Larry. Era un policía que nos trataba con genial tolerancia y accesos de histriónica desesperación—, ¿pero qué, coléricos papanatas políticos? ¿Qué haríais vosotros para cambiarlo?

¡Qué no habríamos hecho! El aire hervía de utopías y de fórmulas para neutralizar los errores filosóficos del Estado. Al final, Larry dijo:

—Este estallido de necesidades bien intencionadas tiene lugar cada año en este punto del programa de estudios. Vosotros no sois ni mejores ni peores que la mayoría, sólo sois más ruidosos. —Se sentó en un ángulo del escritorio, balanceando una pierna y contemplándonos con una ceja enarcada, signo de que se estaba desilusionando rápidamente—. Cada uno de vosotros prepara un esquema para la solución del problema planetario del hambre. Si consideráis que el principal problema son las fluctuaciones del clima, al que debemos enfrentarnos perfeccionando la meteorología, estableciendo pequeñas estaciones de control del tiempo y mejorando la administración de las explotaciones agrícolas, quedad advertidos de que no será así. Vuestras preocupaciones deben ser la salinización, la educación, la financiación, el transporte, la religión, la política internacional y el egoísmo. Como documentación recomiendo los Procedimientos Gubernamentales y los Anuarios de los principales países. Vais a tener sorpresas. Podéis iros.

Cuando ya nos marchábamos se le ocurrió otra cosa:

—Si al cabo de una semana alguno de vosotros desespera de terminar el ejercicio, lloraremos juntos pero no habrá rebaja de puntuación. Esto, sin embargo, no os absuelve de intentarlo.

Nos empantanamos en un lodo más profundo de lo que habíamos soñado en nuestras lucubraciones. Transcurrido el plazo, nadie había completado la tarea; lo que encontramos en aquellos textos recomendados expulsó de nosotros la necesidad por simple y escueto terror. El Servicio de Investigación Policial obtuvo una gran victoria sobre los condicionantes sociales. Empezamos torpemente a pensar.

Larry opinaba que cuando las palabras explicitaban la ignorancia, quedaba espacio libre para que empezara a entrar la información, del mismo modo que el problema de la superpoblación procedía, obviamente, del de los alimentos. De hecho, lo sucedía al día siguiente.

El grupo coincidió en que era, básicamente, un problema de los gobiernos nacionales. Cuando se ha nacido en el seno de un sistema de los calificados Estado Providencial, que asume la responsabilidad de todo, la tendencia general suele ser dejarlo todo a su cargo. La natalidad afecta a la comunidad entera, de modo que el Estado debería...

¿Debería qué?

Larry subrayó los intentos que se habían hecho en el pasado: esterilización reversible e irreversible, decretos limitando el tamaño de la familia, concesión selectiva del derecho a procrear, castigos salvajes a la concepción ilegal, exhortaciones de líderes carismáticos y aberraciones tan grotescas como la segregación de los sexos o el estímulo a las relaciones homosexuales.

Las dos últimas las veíamos claramente como rechazos de la genética heterosexual.

—¿Las otras no? —preguntó Larry.

Bien, sí, las otras también... pero algún tipo de restricción era necesario...

—¿Restricción aplicada por quién?

Vaya, ejem, pues por los procreadores en perspectiva. La contracepción era, a fin de cuentas, libremente asequible.

—Una actitud moral muy respetable para una clase cuya intensidad sexual combinada no produciría ni un aliento a la puerta de un burdel. ¿Qué pasa con las consecuencias de denegar la paternidad?

Nosotros las conocíamos por referencias, a través de lecturas. Evaluadas a lo largo de tres generaciones de pruebas por todos los países importantes, implicaban la quiebra de la unidad familiar, el incremento de la violencia callejera y doméstica, la apatía, la depresión mental, la evasión de responsabilidades y, lo más grave desde el punto de vista del Estado, las inquietudes que se manifestaban a través de la destrucción de propiedades, la disensión política y la franca insurrección.

—Eliminad el núcleo de la actividad sexual, la procreación, y la energía emocional buscará otra vía de escape. La alternativa a la creación es la destrucción. La gente quiere hijos.

La adolescencia puede ser una edad generadora de cinismo, así que no fue una sorpresa que una voz dijese:

—Los pobres sí.

La voz pertenecía a un chico a quien llamábamos Arry^[3] en vez de Harry porque había elegido responder a este nombre en lugar de rechazarlo por reflejo de sus orígenes infra; un exceso de susceptibilidad habría desencadenado más peleas de las que un luchador del arroyo habría podido soportar sin sucumbir. Además, era flaco y desmañado y no demasiado bueno para nada, excepto ciertos ejercicios gimnásticos y las carreras de fondo. A mí me caía bien de una manera informal, casi contra mi voluntad, pero lo suficiente para ponerme de su parte cuando necesitaba apoyo y no molestarme cuando no me daba las gracias por ello. Supongo que a mí se me notaban

todavía los posos de la vanidad, porque él era el único infra que se me acercaba sin reservas.

Los chicos supra de nuestro grupo no discutieron su afirmación respecto a los pobres porque Arry era pobre, mientras que los infra sabían exactamente a qué se refería. La historia respaldaba lo que había dicho: la pobreza había sido siempre un paridero, y en el corazón de los problemas de nuestra época estaban los pululantes e improductivos pobres.

A Larry le tenían sin cuidado los supra o los infra o los sentimientos de unos y otros.

—Cierto —dijo—, ¿por qué?

—Hábito —respondió Arry, un tipo lacónico.

—¿De veras?

—Si lo pierdes te conviertes en una especie en vías de extinción.

—¿Y eso es todo?

—Necesitas una distracción cuando tienes mucho tiempo libre.

Larry frustró nuestro regocijo diciendo:

—Eso es literalmente cierto. Un rasgo de la pobreza inactiva es la incapacidad de desarrollar los recursos internos. Los pobres necesitan diversiones que no les cuesten nada. —Ante el rumor de siseos contenidos, añadió—: Si hay que pagar por ello es que no lo mereces.

Aquello provocó entre las chicas un revuelo de protestas contra los desconsiderados varones que las trataban como objetos sexuales.

—¿Queréis decir que deberían pagaros por ello? Bien por vosotras, pero decidme, ¿cómo tratáis vosotras a los varones?

¿Eh? Oh, como compañeros, como posibles partícipes de una vida en común.

—Y a veces —dijo Carol, para cuyo sentido del humor no había favoritos—, como objetos sexuales.

—¿Sólo a veces?

Ella no se dejó arrastrar; llevar más lejos la traición al clan femenino le habría deparado una temporada en el infierno por parte de las otras chicas. Cuando las cosas se calmaron, alguien preguntó algo que debió haber sido preguntado antes:

—Pero ¿por qué falla la educación contraceptiva?

Larry expresó en su rostro la imperturbable inocencia del mentiroso que rehúsa ser interrogado.

—La verdad es que no lo sé. Podría ser un tema interesante a investigar. Exponedme vuestras ideas dentro de una semana a contar desde hoy.

Una docena de voces inquirió:

—¿Referencias?

—El sexo no se investiga en la biblioteca. Intentad reflexionar... o lo que sea.

Había sido un buen lote de estímulos a asimilar en dos días, pero era viernes y la mayoría de los alumnos se irían a sus casas a pasar el fin de semana. El problema de

la superpoblación se dejó cocer a fuego lento. Sigue cociendo a fuego lento todavía.



Los alumnos corrieron a ponerse sus ropas de calle, cogieron sus bolsas y se demoraron únicamente para el control reglamentario en la salida. A continuación, el pequeño grupo de los que por una u otra razón no nos marchábamos a casa nos acercamos al tablero de avisos para ver si había alguna novedad, y no encontramos ninguna.

En el tablero había, sin embargo, un mapa de calles, un mapa grande, con el Centro Urbano señalado en rojo y los nombres de los principales edificios indicados como referencia. Lo examiné con una punzada de la antigua fascinación, pues en nuestro cuarto año de estudios el Centro Urbano había sido declarado «libre» para nosotros, es decir, susceptible de ser visitado sin restricciones. (¡Permiso para ser adultos!).

De niños, habíamos hablado mucho del misterioso Centro Urbano y de sus fabulosos laberintos del poder. Más tarde supimos que era simplemente una joya de anticuario, con sus viejos edificios preservados por falta de dinero para derribarlos y reconstruirlos y que estaba plagado de planificadores, programadores y secretarios y mensajeros, pequeños supra que trabajaban a las órdenes de los grandes supra que tomaban las decisiones del Estado. Persistieron un tiempo los rumores sobre las bandas de ladrones infra que salían del alcantarillado; nosotros no llegamos a darles crédito, pero nunca se puede estar seguro...

Quienes habían visto el Centro en la actualidad decían que nadie en su sano juicio se acercaría a aquel mohoso lugar: «Caserones miserables donde no hay apenas un alma viviente». Probablemente era verdad, pero el atractivo no se había desvanecido para mí; en todo caso, quería comprobarlo personalmente.

Mientras contemplaba el mapa, una voz infra susurró junto a mi oído:

—¿Quiesí, Teddy? —Era Arry, quien en un abrir y cerrar de ojos podía olvidar su correcto inglés. En tono apoloético y procurando expresarse con la elegancia que le habían enseñado, repitió—: ¿Quieres ir, Teddy?

Por supuesto que quería ir, pero para conseguir un pase de salida válido para el Centro Urbano era necesaria la ropa de calle, y no la tenía. La ropa con que había ingresado se me había quedado pequeña y no encontré manera de reemplazarla: el Estado no veía motivo para suministrar cupones de ropa corriente además de

uniformes.

—No tengo ropa —dije escuetamente, disimulando mi vejación. Luego le traspasé la vejación a él—: ¿Y tú dónde encontrarás ropa de ciudad?

Los atuendos que vestían los infra cuando se iban a casa hubieran sido objeto de escándalo en el Centro. Pero Arry me lanzó una curiosísima mirada de soslayo, en la que se mezclaban la benevolencia y la complicidad.

—Puedo conseguirlas. Y que me presten algunas para ti.

No creí ni una palabra. Educados o no educados, los infra eran infra, es decir, falsos y tortuosos. Pero yo deseaba fervientemente visitar el Centro. Él tomó mi silencio por asentimiento, o simuló tomarlo.

—Veinte minutos —dijo—. En tu litera.

Tardó menos aún. Apareció en mi cubículo con dos equipos completos: pantalones, camisas, cinturones, gorras, dos pañuelos de cuello de los que aquel año estaban de moda y dos brazales que nos identificaban como cadetes. Reconocí las prendas que me dio y supe que me irían a la medida, como también supe que su propietario estaría dos días ausente y que era un presuntuoso supra de quien Arry jamás habría conseguido que le prestase nada.

—¿Una llave falsa?

—Un préstamo —insistió Arry, con una sonrisa de abierta conspiración—. Pero de alguien que no apreciaría que se lo agradeciéramos.

Tuve remordimientos.

Pero también tenía una ocasión de ver el Centro Urbano.

Me vestí de calle.

Lo mismo hizo Arry, con una diferencia. Cada vez que se ponía una prenda se estudiaba en mi espejo de pared, hechizado por la imagen de un extraño. Nunca en su vida había llevado ropa bien hecha y conjuntada.

Se previno a sí mismo con un murmullo:

—No tropala.

Yo lo traduje como: *No debo estropearlas*, o algo similar.

Luego recogimos nuestros pases en el control, y salimos.

La Puerta Sur del Centro Urbano estaba a media hora de camino, siguiendo la St. Kilda Road con sus árboles y sus céspedes y los edificios del Consorcio Nacional, cada uno con su placa descriptiva (Hospital, Cuartel de Policía, Hotel, Iglesia del Cristo Científico, ¿qué demonio sería esto?), hasta el Princes Bridge.

Era un día cálido y brillante, y todavía nos quedaban cuatro horas de luz para mirar y descubrir. Yo olvidé la incomodidad de la ropa «prestada» y, casi cantando, exclamé:

—¡El mundo es magnífico, Arry! —Luego, bromeando cordialmente—: Quiero decir Harry.

En sus labios se dibujó una angosta sonrisa.

—Arry es correcto. Así me bautizaron mis padres. No sabían más.

¿Padres? Estuve al borde de meter socialmente la pata. Uno no preguntaba por qué otro no se iba a casa los fines de semana. A mí me habría resultado imposible aclarar mis propias razones.

Él continuó como si hubiera oído lo que yo callé:

—Y cuando llegó el día en que pude habérselo dicho, ya habían muerto. — Aquello levantaba una barrera de cuestiones impreguntables, pero se aprestó espontáneamente a explicarlas como si supiera que yo necesitaba de sus confidencias antes de hacerle las mías—. A los siete años yo era un chico del arroyo. ¿Sabes lo que es eso? —Yo conocía el término, nada más—. Cuando la gente de las torres muere, los que sobran en un apartamento vienen y se apropian de todo. Y no siempre se ocupan de los niños, si los hay. Y a veces éstos se escapan por su cuenta. Yo me escapé: los que se instalaron en nuestro apartamento eran mierda.

—¿Y cómo viviste?

—No del todo mal. Hay miles de ellos en las calles. Duermen en cualquier parte: en los corredores, fuera, sobre el hormigón si no llueve, en cualquier parte. Te unes a una banda, mendigas, robas.

Apenas comprensible.

—Pero ¿cómo te las arreglas con la comida, con la ropa cuando está demasiado estropeada, o cuando caes enfermo?

Su respuesta inició, según creo, mi comprensión de la subcultura infra, del orden bajo la inmundicia y la violencia.

—El Jefe de Torre cuida de los suyos. Procura que tengan lo que se supone que deben tener. —Su voz conservaba el recuerdo de su confianza en aquel sistema inverosímil. El golfillo infra había aprendido a hablar, pero no se había desprendido de su crianza.

Yo dije impulsivamente:

—Conozco a un Jefe y es una bestia asesina.

Arry no se sorprendió.

—Todos lo son en ocasiones cuando tienen que serlo. El jefe lucha para ser jefe y lucha para seguir siendo jefe y lucha por su gente, ya que nadie más lo hará. No puedes imaginar cómo son las torres.

Verdad. Yo no estaba en condiciones de decir sobre ellas una sola palabra inteligente, sólo podía preguntar cosas como:

—¿Hay allí escuelas?

—Ya no. Pero sí maestros.

—Bien, ¿cómo...?

Su permanente sonrisa empezaba a afectarme un poco.

—Las máquinas dejan a los supra sin empleo y muchos supra instruidos van a parar entre los infra. Enseñan porque es para lo único que sirve la mayoría de ellos. Los jefes procuran conseguirlos para los chicos espabilados. Yo tuve uno que había sido maestro de verdad en las escuelas.

—Pero si no hay escuelas ni, por lo tanto, registros de calificaciones, ni historiales, ¿cómo os seleccionan para el Test?

—Los maestros avisan al jefe de la Torre cuando creen que tienen un buen alumno y él resuelve lo del Test.

Aquello era sorprendente porque implicaba una interacción entre las torres y el Estado. Uno pensaba en las torres como en el limbo, algo marginal, ignorado.

Con un punto de impaciencia, dije:

—Das a entender con eso que los jefes son servidores del Estado.

Consideró la idea, serio y pensativo.

—No, pero hay una cierta comunicación a través de la pasma, una especie de toma y daca en el que ambas partes saben lo que pueden hacer.

—No funcionaría.

—Funciona —dijo Arry escuetamente—. Ha sido organizado por ambos, la pasma y los jefes. El Estado dicta las normas para que todo el mundo esté alojado y alimentado, hasta cierto punto, digamos, pero el verdadero trabajo de administrar las torres lo hacen la pasma y los infra. No se trata de leyes y burocracia, sino de saber hasta dónde puedes llegar en un sitio y cómo tienes que desempeñarte de manera distinta en otro.

—Sigo pensando que no es posible.

—Nadie lo explica detalladamente, pero así es. Se prueba, se equivoca uno, se vuelve a probar. ¿Cómo encaja en esto el jefe que conoces?

—Es sólo un ladrón, un intrigante, un bastardo.

—¿Te parece que si no lo fuera podría gobernar aquellas pocilgas de docenas y docenas de pisos? ¿Cómo se llama?

—Kovacs.

—¿Billygoat? —Estaba impresionado, lo cual me irritó—. Todo el mundo le conoce. Es de la vieja escuela... Aporréales primero la cabeza, luego diles cómo deben comportarse y sigue pateándoles el culo hasta que aprendan. Los jóvenes, los nuevos son diferentes... Casi dirías que han sido adiestrados.

De aquella forma tan simple, sin darse cuenta de lo que hacía, reveló con todo detalle cuál era la carrera que Nick había planeado para mí, lo que explicaba toda su paciencia y todos sus enojos, todo lo que había dicho y hecho. Mejor era que nuestros caminos se hubieran separado... A mí no iba a entregarme a los infra un magnánimo benefactor cualquiera.

En la Puerta Sur expulsé a Nick y a Kovacs de mis pensamientos mientras mostrábamos nuestras muñequeras al control electrónico y se nos franqueaba el paso al Centro Urbano.



Desde la entrada del puente contemplamos el perfil de los edificios contra el cielo como si nunca lo hubiéramos visto desde el otro lado de la barrera. Se decía que no había cambiado desde los años noventa, cuando el primer derrumbe de la base financiera había sacudido la industria de la construcción, viejo barómetro de la estabilidad fiscal. Aquella recesión fue un hito histórico, el principio del final de la era antigua, pero nosotros nunca habíamos entendido del todo las explicaciones académicas de la erosión de un sistema económico que había perdurado a lo largo de milenios. Veíamos la ingenuidad del concepto básico de que la expansión estaba limitada únicamente por los recursos naturales, aunque no comprendíamos cómo los antiguos economistas se habían dejado embaucar por ello. Sus teorías no habían incluido una para detener la descomposición.

Aquellos viejos edificios no eran altos en comparación con las torres comunitarias; muchos eran estrechos y planos; algunos habían sido forrados de vidrio (vanidad estúpida) que se rompió acá y allá y fue apedazado con materiales más prácticos que te miraban como ojos ciegos, aunque unos pocos todavía brillaban esplendorosos al sol de la tarde. La mayoría eran de un gris sucio o estaban manchados por la contaminación y la humedad, plantados como centinelas zarrapastrosos junto a los cañones tendidos a sus pies.

Arry dijo:

—Te hace pensar.

—¿Pensar en qué?

—En por qué edificaron tan alto y después pusieron las torres todavía más altas. —Su lenguaje, lejos de la clase de sintaxis, tendía a hacerse confuso—. Sabían que no estaba bien. El siglo pasado los llamaron rascacielos para obreros, y no daban más que problemas. —No me pareció que aquello justificase la cólera que de pronto le acometía. Su voz se hizo chillona—. Encerraron a la gente como gallinas en una granja avícola, salvo que no ponían huevos. —La frase sonaba como tomada de un libro, y se lo dije, pero él insistió—: Fracasaron una vez, pero volvieron a empezar, ahora con edificios de setenta pisos, y encajonaron en ellos a nueve millones de personas. Aquellas personas vivían allí como cerdos, pero siguieron construyendo. ¿Por qué? —Su flaco cuerpo se estremeció, y su lengua resbaló de nuevo hacia la jerga infra—: ¿Poré, Teddy? ¿Poré nosieron eso?

¿Qué puedes decir ante una angustia que no comprendes? Él sorbió desdeñosamente y, con un toque de salvajismo infra que casi me hizo reír, poniendo tanto cuidado como si hablara en clase, repitió:

—¿Por qué nos hicieron eso a nosotros?

Quería una sofisticada respuesta supra que pudiese devolverme tergiversada, pero yo prefería la paz.

—Supongo que no fueron capaces de pensar en otra cosa mejor. Tú has visto en el

triv imágenes de Calcuta y Shanghai y Sudamérica y África... Todo chozas y gente esquelética, sin cloacas, sin grifos de agua, sin manera de distribuir comida, sólo calles enfangadas para caminar. —Así me encontré defendiendo un Estado que todos sabían era un fracaso—. Hicieron lo mejor que pudieron.

—¡Y todavía somos el País Afortunado!

Aquella expresión había sido nuestro fantasma en el discurrir de los años, significando al parecer que nosotros escapábamos siempre de las peores congojas del mundo gracias a la suerte o a la distancia, pero en boca de Arry era una maldición infra.

Desde el puente eché una mirada al río, una corriente sucia, parda de basuras, que se deslizaba a la altura de la ribera, a pocos metros bajo mis pies, transportando ramas y botellas y animales muertos y manojos de restos sin nombre. Probablemente se desbordaban también las cloacas. No podía decirse que apestara, pero despedía un olor parecido al de Kovacs el día que le vi por primera vez, que era la acritud de la podredumbre infra.

El río tenía la anchura de un campo de fútbol, cubría los andenes de la estación ferroviaria en desuso que había en una de sus riberas, lamía los muros de la abandonada sala de conciertos en la orilla opuesta y se extendía hasta perderse de vista entre las calles desérticas de Melbourne Sur.

Arry leyó el marcador de nivel prendido en el soporte de una farola.

—Cuatro metros de crecida. El triv dirá que llueve en las colinas.

Aquéllos eran los años en que Victoria soportaba su porción de tiempo loco, cuando se fundía la capa de hielo antártica, enfriando las principales corrientes y alterando sus cursos; cuando cambiaron los gradientes de temperatura y la línea de los vientos predominantes, anegando desiertos incultivables bajo aguas inútiles mientras los antiguos bosques eran tostados y desnudados por la crueldad del sol; cuando un año daba y el siguiente expoliaba, y los pastos se convertían en yesca y llovía donde no debía llover y se contaminaban las aguas de los ríos.

Arry fue al grano:

—Tu Kovacs se estará mojando el culo. Newport está justo al nivel del río. A estas horas ya tendrán dos pisos inundados.

—Jolgoriosa idea —dije yo.

Pero, con aquel sentimiento de culpa superfluo respecto al cual nada podía hacer, pensaba en mi madre. Su casa se encontraba a suficiente altura para escapar a la riada. ¿O no era así? Yo no lo sabía. Esperaba, en una confusión de plegaria e ira, que Kovacs estaría ganándose sus miserables dólares, no encogiendo sus huesudos hombros y marchándose con la espalda vuelta al infortunio.

No podía marcharse: vivía allí. Mi súbito sentimiento enfermizo de que debía tragarme el orgullo y volver a casa se desvaneció en el olor de Kovacs y del río. *¿Qué te trae a casa, querido Teddy? Tu mamá está a salvo conmigo. ¡Lárgate, pequeño supra!*

Arry me devolvió al mundo inmediato:

—¡Los supra viven en Balwin Heights y en las zonas altas, pero los malditos infra morirán ahogados!

El abandono, sin embargo, nada tenía que ver con la casta. Sólo vagamente podíamos imaginar los miles de millones que costaría contener las crecidas de los ríos y el ascenso del nivel del mar, aunque sí sabíamos sin ninguna vaguedad que el Estado se hallaba en bancarrota.

Cruzamos el puente para entrar en el Centro.

Caserones miserables donde no hay apenas un alma viviente. Años atrás, las empresas se trasladaron a los suburbios porque, al quebrar el transporte público, la gente dejó de desplazarse a un trabajo que ya no existía. Ahora tampoco existían las empresas. En el Centro Urbano, los viejos edificios alojaban departamentos estatales que empleaban a las tres cuartas partes de la fuerza de trabajo, de modo que podía haber un cuarto de millón de personas en los cuarenta bloques del conjunto.

No vimos a muchas; estaban dentro, administrando el Estado, y aparecían brevemente en la calle cuando cambiaban los turnos. Las pocas que distinguimos tenían algo que hacer, se dirigían por obligación de un punto a otro; para ellas no había nada que mirar, nada que las demorase.

Las calles estaban limpias, cuidadas por robots rodantes que patrullaban por las calzadas y efectuaban incursiones en las aceras cuando sus sensores les indicaban que no iban a encontrar a nadie. Nos divertimos obligándolos a regresar a la calzada, plantándonos delante de ellos cuando detectaban algún resto de basura y se dirigían hacia él; incluso les pedíamos perdón, e intercambiábamos burlonas especulaciones sobre si las máquinas podían sentirse frustradas. Los escasos transeúntes no nos prestaron atención: nuestros brazales decían quiénes y qué éramos, y seguramente estaban hartos de ver a cadetes extras exhibiendo su ingenio en horas de permiso.

Había pocas tiendas. Podías comprar revistas y comidas ligeras, pero únicamente en un par de establecimientos vendían ropa, localidades de teatro o artículos que no fueran de inmediata utilidad. Al Centro se iba, no se vivía en él. Era inerte.

Encontramos, no obstante, cosas que ver. La antigua biblioteca pública se había conservado, y en una cultura de grabaciones magnéticas y bancos de datos su contenido era fabuloso. Más de un millón de libros reunidos en un determinado lugar era algo difícil de creer; creer que todos ellos merecían ser conservados era más difícil aún. La mayoría seguramente no valían ni una ojeada, y mucho menos la atención reverente del personal de la biblioteca, pero una insinuación en este sentido hizo que los labios del anticuario se fruncieran en una mueca de desdén. No había otros miembros del público más que nosotros; entonces, si nadie se servía de los libros, ¿para qué conservarlos? ¿Porque ya estaban allí?

La historia estaba allí, ensombreciéndose inútilmente en la calle.

—Está todo muerto —dijo Arry—. Las personas que vemos también están muertas.

A despecho de su apariencia mohosa, empero, al Centro se iba, no sólo se lo cubría para la desinteresada posteridad por una capa de polvo. Encontramos una cafetería, aunque la comida estaba en el altísimo nivel de cupones reservado a empleados con bonificaciones generosas. Yo habría dado media vuelta, pero Arry dijo:

—Te invito.

—¿Con qué?

Me mostró por un instante un fajo de cupones azules lo bastante grueso para empachar a un glotón, que rápidamente volvió a ocultar en el bolsillo.

—¡Robados!

Debí parecerle un campeón de la mojigatería, un modelo de probidad escandalizada, pero los chicos supra habíamos sido educados en la creencia de que robar era impropio. Buena panda de imbéciles salimos.

—Mi Jefe de Torre me los envió.

Tuve la poca generosa visión de un Jefe de Torre sobornando anticipadamente a un extra que con el tiempo podía serle útil. No concedí al hombre el beneficio de creer que estaría orgulloso de su patito feo y arriesgaría la libertad para cuidar de él; sólo gruñí desairadamente que debieron ser robados en uno u otro momento.

Arry me explicó con paciencia ejemplar que los cupones eran una moneda de cambio esencial, que la policía los pasaba en compensación de «favores» recibidos. Pagos por información y traiciones, refunfuñó mi educación de «soy mejor que tú», mientras mi estómago pensaba únicamente en la comida expuesta en los mostradores.

—Ser infra tiene algunas ventajas —declaró Arry—. No muchas, pero algunas.

Encargamos una cena propia de los magnates del Estado que aparecían en los seriales del triv. La moralidad se estremeció, pero engulló hasta hartarse.

Después de aquello encontramos, justo en el límite oriental, un viejo edificio cuya decorativa fachada transpiraba épocas de esplendor: el Princess Theatre. Su correspondiente placa decía que fue construido en el siglo diecinueve y todavía seguía en uso. La Sociedad de Cinematografía Primitiva proyectaba un ciclo de películas que nunca habíamos oído mencionar, así que gastamos unos cuantos cupones más de la reserva de Arry.

Fue una peculiar experiencia contemplar lo que había hecho gozar a nuestros bisabuelos, quienes probablemente lo consideraban la última palabra en tecnología de impacto. Eran películas cortas que cubrían un siglo o más de «arte» cinematográfico, si era así como lo llamaban. Todas eran bidimensionales, anteriores al triv; algunas no tenían color y otras no tenían sonido, como dibujos animados donde los muñecos eran doblados por actores. La mayoría eran casi ininteligibles, porque la forma de actuar había cambiado y los criterios dramáticos se habían hecho más sofisticados. Sólo las cómicas más primitivas, payasadas sin diálogo, eran enteramente comprensibles, aunque primarias e idiotas, pero Arry se desternilló de risa e insistió en ver el programa completo. Yo decidí que los infra debían crear la mayor parte de

sus propias diversiones, lo cual no propiciaba la sensibilidad artística. Cuando salimos de nuevo a la calle, había oscurecido.

Paseamos por los cañones iluminados a medias. Brillaban las ventanas allí donde trabajaban los turnos de noche (¿qué harían entre las pilas de ordenadores y las operaciones automatizadas?), pero la mayoría estaban a oscuras; los pisos altos desaparecían en un cielo cubierto de nubes que amenazaban lluvia. Las aceras se hallaban iluminadas a ahorrativos intervalos: una farola encendida de cada tres, un corredor de sombras. En el complejo entero reinaba tal silencio que los pequeños ruidos se identificaban en la distancia como pasos, como el roce de trozos de papel impulsados por la brisa, e incluso como discretas conversaciones entre fantasmas situados en lugares invisibles.

Descendimos rápidamente por Bourke Street. En aquel momento yo quería regresar ya a nuestros cuarteles, alejarme de las aceras vacías, de las negras calles y callejuelas que entre edificios se sumían en los bloques silenciosos. Casi silenciosos. Unas voces chirriaban en la oscuridad.

—Infra —dijo Arry.

Recordé los rumores que sobre las bandas de las cloacas circulaban entre los estudiantes.

—¿Qué hacen?

—Buscan cosas aprovechables en las basuras.

—¿Y la policía no...?

—Ninguna ley impide a los infra venir al Centro o ir a donde sea, pero aparece por aquí descalzo y medio enseñando el culo y te expulsarán en un abrir y cerrar de ojos por vagancia o por lo que se les antoje. De noche, no. De noche es diferente. Toma y daca. La pasma mira hacia otro lado.

—¿Atracadores?

Arry se echó a reír.

—¿En el Centro? ¡Qué ideas tenéis los supra! Los Jefes de Torre no lo tolerarían; tendrían que estar compensando continuamente a la pasma, quizás entregándoles los atracadores para que se quedaran quietos. Vienen a rebuscar.

La imagen acumulativa del mundo infra como una cultura destartalada con una jerarquía y unas normas y una especie de sucia protección del orden empezaba a operar sobre mi mente.

Arry me asió del brazo.

—¡Fíjate!

Lo único que se movía en la calle era una hilera de robots limpiadores, una docena, que avanzaban en dirección a nosotros, desplegándose, pensé yo, para un nuevo barrido.

—¿Fijarme en qué?

—Los limpiadores.

El robot que iba en cabeza subió a la acera frente a la boca de un callejón, abrió la

compuerta de su depósito y expulsó la totalidad del contenido de éste, que formó una pila de desechos de oficinas, de cafés y de la propia calle; luego retrocedió un poco y se detuvo, como en espera de acontecimientos.

Los basureros surgieron del callejón y se pusieron a revolver los desperdicios. Desde el otro lado de la calle y a cincuenta metros de distancia, nosotros no podíamos ver demasiado bien en la escasa luz, pero era obvio que ellos sabían lo que querían y trabajaban con método. En cuestión de minutos el montón quedó reducido a un tercio de su tamaño y el material extraído pasó por una cadena de manos a la oscuridad. Una figura semidesnuda manipuló un control en la estructura del robot; éste avanzó, aspiró la basura que había sobrado y se alejó camino del vertedero a que estaba destinado. Otro robot ocupó su lugar.

—¿Qué es lo que recogen?

—Todo lo aprovechable. Botellas, latas, trozos de metal, agujas, pinzas y harapos, pero principalmente papel.

—¿Papel? Estará escrito o hecho una mierda.

—Si está escrito sólo por una cara, las mujeres lo planchan para que se pueda escribir en la otra. El resto, envoltorios o lo que sea, lo hacen pulpa, lo empastan y lo prensan para los moldeadores. Se pueden hacer muchas cosas con papel, incluso ciertos muebles.

¿Cuánto durarían un aparador o una alacena de papel? ¿Qué importaba, si podías hurtar los materiales para uno nuevo?

Arry dijo:

—En la basura de las cocinas hay comida, restos, trozos. Lo hierven todo y lo mezclan con el rancho.

Repugnante rancho. Pero la ración del Estado estaba calculada... Allá en la Periferia, Kovacs había dicho que los infra robaban a los infra, los fuertes a los débiles, hasta los adultos a los niños... Siempre habría alguien necesitado de alimento, hambriento entre los hartos... No podría evitarlo ni el más implacable de los jefes de Torre. Sentí la nauseabunda vergüenza de no haber padecido hambre nunca, de haber sabido toda mi vida que existía otra cara del mundo, sin sentir por ella más que repulsión; y en aquellos momentos, de no alcanzar a comprender la mentalidad de Arry, que lo sabía mejor aún que yo y en gran parte lograba contener su ira.

Al otro lado de la calle, el contenido de los limpiadores era seleccionado con el metódico proceder de una operación estatal. Interferencia con la propiedad del Estado... Mi conciencia seguía estando con la ley.

—¿No lo impide la policía?

—Sigues sin entenderlo, ¿verdad? La pasma programa los limpiadores para que se detengan en los puntos de recogida cuando están llenos.

En mi mente, la estructura de la sociedad cambió de nuevo. Vislumbré en la media luz la picaresca sonrisa de Arry.

—Si podemos aprovechar lo que los supra tiran, ¿por qué no? —añadió—. Los pasmas son unos bastardos, pero no estúpidos. Y en las torres, una cosa ha de estar completamente, absolutamente machacada para que se la dé por definitivamente inservible.

Dos hombres se separaron del grupo de basureros y cruzaron la calle un poco más abajo de donde estábamos nosotros. Casi desaparecieron en la sombra de una veranda.

—Nos han visto —dije.

—Nos han visto desde que llegamos aquí. ¿Y qué?

—Se nos acercan entre las sombras.

—Sólo pueden acercarse entre las sombras. Pero no se esconden.

Así era: andaban rápida y abiertamente.

—¿Qué querrán?

Un encogimiento de hombros.

—Ya lo dirán.

Se pararon a unos metros. El más próximo a nosotros era relativamente bajo de estatura, musculoso, pero yo no podía ver mucho de su rostro porque llevaba una espesa barba. (Afeitarse, si te detienes a pensarlo, es un lujo caro).

Con voz suave, el barbudo dijo:

—¿Arry?

Mi desolada reacción fue pensar que el infra Arry me había arrojado a sus lobos infra. Acepté la traición al instante como un hecho indiscutible, sin mayor razón que el hecho de que la desconfianza de clase tarda en morir. El rictus del pánico me inmovilizó. Yo era novato, estaba vacío de experiencia, todo intelecto y ningún recurso. Más adelante aprendería a desenvolverme en las encerronas, a aplicar mis instrumentos mentales o a estallar en acción, según lo requiriese el caso, pero aquella noche era un completo inútil. Como un conejo hipnotizado me quedé allí, mientras a mi lado fluía la jerga infra más deprisa de lo que era capaz de captar. Hasta que Arry dijo:

—¿No le reconoces, Teddy? Nick Nikopoulos.

La juventud es estúpidamente adaptable. Un hombre más viejo, como yo mismo hoy, por ejemplo, con conocimiento práctico del mal y la violencia, se habría distendido con franco alivio al desaparecer la amenaza. Yo, con quince años e infinitamente elástico en ignorancia y rapidez de recuperación, sólo moví la cabeza para asentir y dije:

—No le había reconocido por la barba.

Él vino con la mano tendida, y capté su hedor infra, sudor bruto y desagües. Una caracterización perfecta. Estrechó mi mano con el vigor de un hermano de sangre y dijo:

—Era hora de que te echase una mirada.

Como un idiota, pude únicamente replicar:

—¿Para qué?

Cierta mueca detrás de la barba fue quizás una sonrisa.

—Para ver si ya has crecido.

El segundo infra permanecía perfectamente inmóvil, fuera del alcance de nuestras voces, pero no distanciado. ¿Un refuerzo? ¿Un guardaespaldas? Algo por el estilo.

Yo dije que me parecía que lo hacía bastante bien.

—Pero todavía no has ido a casa.

Era una afirmación, no una pregunta, formulada con falsa espontaneidad.

Le puse a prueba:

—¿Cómo está mi madre?

—Bien. Envía su cariño.

Recurrir a ella, y que su perdón pudiera aún, a aquellas alturas, angustiarme, era tan indecente como un golpe bajo. Liberé abruptamente mi orgullo herido y mi sentimiento de culpa:

—No he pedido cariño.

—Imagino que no, pero ella no deja que tu deserción influya en sus afectos.

—Ya tiene a Kovacs —gruñí.

—¿Preferirías que Kovacs la abandonase a sus propios recursos? Él la quiere también.

Aquello no mejoraba las cosas.

—Y tiene una esposa infra.

—Entre otras. Su nombre de pila es Istvan... Stephen, pero es más conocido como Billygoat. —Ante mi franca zozobra, dijo suavemente—: Arry, ¿todavía no le has enseñado nada?

—No ha habido muchas ocasiones —respondió Arry.

—Saca de Arry toda la información que puedas sobre los infra. Aprende las palabras, practica el acento hasta que seas capaz de pensar en su lengua.

La implicación me pareció amenazante.

—No estoy a cargo de usted.

—Cuando llegue el momento lo estarás.

—Porque ya ha sido determinado, ¿no? ¿Quién lo dice?

Pasó por alto mi tono de mofa.

—Ha sido determinado, en efecto.

—¿A pesar de...?

—A pesar de que perdí la calma contigo y de que ello me costó el relevo. Tú eres mío, Teddy. Os escogí a ti y a un par más y quiero teneros a todos.

—Eso le parecerá a usted un cumplido, so bastardo —dije yo.

—Lo es.

—No voy a pasarme la vida escarbando entre los infra.

—No la vida entera: sería desperdiciarla.

—Ni siquiera una parte. Ya no me siento orgulloso de ser extra, pero no quiero ir

a trabajar a las torres.

—¿Ni aunque fuese para localizar y seleccionar a los pobres gusanos que no tendrían una oportunidad si alguien con simpatía no los sacara de allí y los incluyese en las listas de candidatos al Test? Necesitamos personas que puedan representar su papel a fondo y ser infra sin olvidar nunca que son supra. Éste es tu caso, Teddy.

—¿Ahora halaga mi vanidad?

Se echó a reír.

—Ciertamente, ciertamente. ¿Cómo sientan mis halagos?

Más que dotes para halagar tenía inteligencia, la suficiente para saber que mi actitud en el campamento había encubierto la confianza y la necesidad de atraer su frío interés. Yo había rechazado a mi padre, reaccionado con desprecio contra Kovacs y dado a él, Nick, sólo el resentido servicio de los coaccionados, añorando todo el tiempo y en silencio a alguien que me inculcase sentido común y afecto. Él sabía aquellas cosas porque su trabajo consistía en volver a los chicos del revés y conocerles, mientras que yo sólo confusamente me percataba de que quería trabajar con él y que él se enorgulleciera de mí... pero de acuerdo con mis condiciones, no con las suyas.

—Encárguele a Arry que haga la selección —dije—. Él conoce el terreno.

Arry murmuró:

—No salí de allí precisamente para volver.

—Arry está destinado a otro trabajo. Tiene cualidades poco comunes.

—¿Quiere decir que no me queda opción?

—Puedes intentar que te transfieran a una especialidad fuera de mi alcance. A la rama administrativa, digamos, donde te pasarás la vida pulsando teclas.

Era de alguna manera una extorsión, el cebo disfrazado de escarnio. Un cebo lo bastante atractivo para que yo refunfuñase que me preocuparía de ello cuando llegase la hora, sin comprometerme.

—¿Estás preparado ya para volver a tu casa, en Newport? —preguntó.

—No.

—Como prefieras. Seguiremos en contacto. Buenas noches, Arry.

Se alejó pausadamente, y su guardaespaldas con él.

Yo tenía ganas de pelea.

—¡Esto lo habías preparado tú, Arry!

Arry no manifestaba el menor signo de arrepentimiento.

—Fue Nick quien lo dispuso... Yo sólo tenía que buscarle. Mejor será que regresemos a los cuarteles.

Insistí:

—¿Qué eres tú, el espía oficial de nuestro curso? ¿Informas a Nick? ¿O a otras personas?

Suspiró.

—No seas tan condenadamente estúpido. Él sólo quería verte. No le juzgues por

debajo de lo que vale, Teddy, es un gran tipo.

—¡Una mierda es! ¿Y el que le acompañaba? ¿Otro pasma que juega al escondite?

—Quizás. O quizás alguien de su familia de la torre. —Atento al efecto de sus palabras, añadió—: El padre de Nick es mi Jefe de Torre.

Aquello me frenó como una bofetada en el rostro. Sin embargo, adquirió cierto sentido cuando dio paso a la grotesca y humillante idea de que, de las tres personas más allegadas a mí, Carol era una periférica y las otras dos eran infra. Un psicólogo pudo haber interpretado que yo las había elegido según la inclinación de mis instintos. Mi cólera se disolvió mientras mi mente reflexionaba sobre el significado de aquella paradoja.

—Allí deben saber que Nick es un policía.

—¿Los infra? Algunos lo saben.

—Siempre me habían dicho que la pasma no podía entrar en las torres.

—Y a mí me decían que la pasma capturaba a los niños infra para violarlos en grupo.

—O que los infra secuestraban a las muchachas.

Mi dócil sociólogo asintió juiciosamente.

—En todo ello debe de haber un fondo de verdad... Cosas que ocurrieron y que sirvieron de base a exageraciones... bien o mal intencionadas...

—El caso es que la policía sí puede entrar en las torres.

—No exactamente. Pueden entrar determinados agentes, pero ninguno que vista uniforme se arriesgaría. Si fuera solo no volvería a salir.

Nada, al parecer, era blanco o negro.

—Unos pueden, otros no pueden. Hay anarquía y hay orden. Hay abundancia, hay escasez. Es imposible que funcione así.

—Funciona. El padre de Nick dice que la historia se corrige a sí misma para volver a empezar.

—Mierda.

—Fertilizante —convino Arry—, y todos metidos en ella.

A veces se comportaba como un vulgar presuntuoso. Finalmente, tuve que preguntarle lo más esencial:

—Así pues, ¿qué hace Nick de vuelta allí?

—No pensarás que me lo ha dicho, ¿eh? ¿Por qué ha de hacer algo? Puede haber ido a visitar a su padre. O quizá se trate simplemente —intentó recordar una frase que habría leído, pero la recordó mal— de la evocación de la inmundicia.

Se puso a llover antes de que alcanzáramos el control de entrada. Quedamos empapados y pasamos la mayor parte del domingo limpiando la ropa «prestada».

Yo experimentaba vagamente la necesidad de un castigo mayor que aquél. Había empezado a considerar la ignorancia como un crimen.

14
NICK
Año 2050

Mi padre, a los setenta y un años, creía que todavía gobernaba su torre, en Richmond. De hecho, mis hermanos y sus respectivos hijos mayores se ocupaban de las tareas violentas, y mi hermana, que había fallado el Test por un pelo, era quien planeaba y administraba; el viejo se llevaba todos los honores disponibles y se amaba infinitamente a sí mismo. Nunca me perdonó el que me hiciera policía, rehusaba hablarme cuando iba de visita, pero una vez al año atestiguaba que su paternal corazón sangraba todavía por aquel hijo testarudo: me enviaba una tarjeta de felicitación en Navidad.

En un pasado sentimental había adquirido, quién sabe cómo, varios centenares de aquellas tarjetas y cada año distribuía unas pocas como muestra de estimación. Las felicitaciones eran tradicionalmente estúpidas, con rojos Santaclauses saludando entusiastas desde sus trineos que, tirados por sonrientes renos, se deslizaban por el cielo azul de la medianoche sobre paisajes nevados, y con unos versitos en el dorso escritos por algún analfabeto de buena fe. Todo ello para festejar la Navidad australiana, con el aire a una temperatura superior a los cuarenta y dos grados, asfixiante como vapor escapado de una caldera.

El detalle, como suele decirse, era una delicadeza, pero la tarjeta del año 2050 contenía algo más que el usual y escueto: *Nick, de Tu Padre*. Contenía un mensaje, el primero en casi veinte años, garabateado por su mano inexperta: *No vienes a verme nunca*. Lo cual era falso: iba dos o tres veces al año y me estaba por allí mientras él fingía no verme. Sin embargo, supe lo que realmente significaba el mensaje: estaba dispuesto al perdón oficial.

Dejé la felicitación sobre mi escritorio mientras iba a ver qué deseaba el coronel (Maestro Jefe de Operaciones).

Lo que quería eran mis servicios durante el período de las vacaciones navideñas. Debido a una confluencia de previsiones meteorológicas que hacían del día de Navidad una fecha tácticamente favorable, según sus estimaciones, para una incursión en territorio infra. Yo pude haberme hecho el remolón, pude incluso discutirlo, de no ser porque la misión debía cumplirse en Newport y a petición (por

canales ilícitos) de la Torre Veintitrés: Billygoat.

Guardé la tarjeta de mi padre en el cajón donde estaban todas las demás que había recibido de él, pensando que necesitaba encontrar una manera de explicar que el deber profesional se antepone incluso al perdón más soberano, cuando se me ocurrió una idea (relacionada con el perdón) que al principio sólo estimuló mi imaginación, pero que luego, considerada más a fondo, me pareció prometedora. Podía adelantar un propósito mío demorado ya excesivamente, podía colocarme en excelentes relaciones con un Jefe de Torre cuya buena posición no era un valor demasiado firme, y podía dar el espaldarazo a un joven agente de Investigación Policial, brillante pero todavía desorientado.

Aquel germen de idea tuvo consecuencias de largo alcance.

Ahora voy a ocuparme de la corrupción... y de Nola Parkes.

El sistema de cupones era engorroso pero necesario. El racionamiento computerizado habría sido más sencillo; sin embargo, colocar a los infra a merced de la Contabilidad Molecular de Almacenaje (lo cual les habría dicho cuándo y cómo podían tener qué, sin margen para las preferencias individuales) podría haber constituido una incitación a la violencia, más grave que la controlable sin recurrir a matanzas. Las turbas estaban siempre a punto de ebullición, y el acosado Estado sabía lo que hacía al no suprimir del todo la autodeterminación.

Se había confiado en que el sistema de cupones inhibiría la corrupción; el Servicio de Investigación Policial, para el cual la corrupción era un componente del aire que se respiraba, podría haber dicho algo muy diferente. Aun cambiando los colores cada mes, identificando los números de serie con las personas, imprimiendo sus huellas digitales en cada cupón que entregas: la perversión sabrá encontrar su camino. Los cupones, por supuesto, no eran moneda... ¡oh, pero sí que lo fueron! No podían ser atesorados, aunque sí gastados pródigamente. Pequeños beneficios, rápida retribución... para los falsificadores.

Asimismo, el SIP los utilizaba para sobornar a los delatores, con imitaciones cuidadas a las que hasta el computador más sensible daba el visto bueno. La moralidad de la corrupción depende de la mano que uses y de que procures que la izquierda no se entere de lo que hace la derecha. Nosotros nos valíamos de la corrupción para alcanzar los que considerábamos fines justificables. ¿Escrúpulos morales? Los imperativos culturales, que articulaban la moralidad, cambian como el tiempo.

La auténtica corrupción florecía entre los jefes de departamentos que controlaban la producción, importación y distribución de los artículos de consumo. De éstos últimos podía borrarse el rastro y burlar la contabilidad con más facilidad que con los cupones: ningún sistema computerizado puede seguir el paso de un artículo por una docena de manos que nunca oprimen una tecla. El Estado ni siquiera lo intentó. Lo que hizo fue emplear el SIP para descubrir quiénes entre los grandes supra rapiñaban más libremente de lo que su valía para el Estado justificaría como tolerable. Después

de que unas pocas cabezas rodaran a territorio infra los demás entendieron el aviso.

La señora Parkes, superintendente en el Ministerio de Importación Marítima, no necesitaba aviso: nunca había sido codiciosa.

Jamás le habíamos llamado la atención; a muchos de nosotros nos caía simpática. Se había hecho cargo de los negocios (cuando «negocios» todavía significaba «finanzas») a la muerte de su marido porque tenía olfato suficiente para oler la putrefacción y prever que la liquidación de aquellos negocios para vivir de una renta fija podía terminar muy mal, entre migajas y con un futuro amenazante. Lo que no había olfateado era la red de presiones y contrapresiones, la extorsión tanto social como financiera entre las cuales el difunto Raymond Parkes había mantenido a flote sus negocios en un mar de tiburones. Tenía que adaptarse o sucumbir, y sucumbir era precipitarse en el submundo infra.

De acuerdo con la moralidad clásica, tendría que haber llevado sus problemas a los tribunales, confiando en la virtud para que se hiciera justicia, pero la ley nunca en la historia ha reconocido la «virtud»: prefiere el aséptico «deber» y el maleable «derecho» para mantener sus veredictos libres de trabas, y ella lo sabía. La honestidad habría sacado del agua las redes, con los tiburones y con la misma agua, a la cual todos ellos habrían vuelto a caer para hundirse sin dejar huella.

Eligió la vida del subterfugio y del temple de acero. Yo también la hubiera elegido. Obramos con rectitud cuando el coste es soportable, pero la moralidad florece sólo entre aquellos que no sufren por su causa.

Todo lo cual conduce a esto: nosotros sabíamos y ella sabía que nosotros sabíamos, de modo que no me negaría un sencillo favor.

Camberwell está en un lugar elevado, confortablemente seguro en la actualidad, aunque algún día será parte de una cadena de islas difuminadas entre la ciudad sumergida y los Dandenongs. La mansión Parkes es antigua, fue construida cuando la arquitectura todavía imitaba los estilos ingleses. El suyo lo clasifiqué yo como estilo satisfecho-sedante, no concebido para un lugar que sería el centro de una tela de araña, con una inquieta y vigorosa araña anidando en él. Allí intrigas y los ardidés contables deberían ser conducidos con bien educado aplomo. Todo eran muros desgastados por la acción de los elementos, verandas entre columnas, altas ventanas abiertas entre finas hileras de mosaico verde, rojo y amarillo, una senda para vehículos aerodeslizantes discretamente protegida por árboles ornamentales, y céspedes brillantes, vigorosos bien regados en una tierra de aguda carestía. El Estado valoraba a la señora Parkes y seguiría valorándola al mismo nivel mientras ella royera las arcas nacionales sin saquearlas.

Era demasiado inteligente para dirigir sus operaciones clandestinas desde las oficinas que tenía en el Centro Urbano, donde los oídos celosos se agudizarían para captar retazos de información.

El trabajo delicado (por ejemplo, la doble contabilidad a cargo del joven Francis) se llevaba a cabo donde pudiera efectuarse con todo el refinamiento supra, es decir,

en casa.

Elegí una hora temprana de la tarde con la esperanza de encontrar a Francis, a quien nunca había visto, antes de que se retirase a las Dependencias (una especie de cuartel situado en la trasera de la mansión) para pasar la noche. El control de la puerta no perdió tiempo conmigo: Guiñó, miró, guiñó; mi uniforme me garantizaba la entrada.

Un sirviente personal de la Señora vino a abrirme. La visita de un policía habría provocado comentarios innecesarios entre el resto de los empleados.

El sirviente personal era Francis. No había posibilidad de confundirle, aunque, observado el detalle, los dos hermanos no se parecían. Teddy, a los dieciocho años, era macizo, fuerte, taciturno, con una vena de mal genio domesticado y disciplinado, pero siempre a punto y siempre perceptible. Francis, quince años, era ya el más alto, también el más esbelto, casi frágil, con una expresión de «en qué puedo servirle» heredada de muchas generaciones de gente que se restregaba las manos como los usureros. En su estilo, recordaba físicamente a su madre, a quien yo sólo conocía por excelentes holografías del Servicio de Investigación, pese a que en cierta ocasión dejé a Teddy creer lo contrario. A primera vista, Francis me desagradó, y me pregunté qué inocencia infantil habría seducido el corazón de Kovacs en otro tiempo. Billy, no obstante, tenía fama de chiflarse por los niños; Dios sabía que él mismo los había engendrado en ristra y que se hallaban esparcidos por todas partes.

—La señora Parkes.

Yo sabía que estaba en casa.

La desinteresada expresión del chico no cambió al preguntar si tenía concertada una cita. No la tenía.

—Quizá —sugirió— debería pedirla de antemano.

—Quizá deberías decirle que vengo a hablarle de algo concerniente a Kovacs.

Aquello, pensé, le haría reaccionar, pero se quedó impassible como una roca: guardar secretos ajenos es una gran escuela de autodomínio. Se encogió de hombros, muy ligeramente, con lo que debió considerar exquisita insolencia. Entonces agregué:

—Joven aritmético —aquello sí le afectó—, límitate a correr en busca de la Señora para comunicarle lo que el perverso policía ha dicho.

No se atrevió a escupir. Replicó:

—Sírvase esperar. —Se retiró, y volvió momentos después para añadir—: Sírvase seguirme.

Estaba bien adiestrado en los negocios de la araña: ni siquiera había preguntado mi nombre. Tampoco, al parecer, lo había preguntado la propia araña. Cuantos menos nombres, menos engorros.

De nada serviría describir la casa. La mitad de mi vida había transcurrido entre los infra y la otra mitad en dependencias del Estado; ignoro los términos apropiados para referirme a la mayor parte de lo que vi. Cosas como mobiliario de artesanía, pinturas, cortinajes, ornamentos de metal y cerámica, habitaciones como joyas,

alfombras como cuadros y una iluminación que revelaba y acariciaba.

Algunas personas de mi clase detestan todo esto y hablan de pan robado a las bocas de los necesitados y de que unos merecen más que otros. A mí no me importa en absoluto la lógica del desposeimiento (ningún mundo tendrá nunca lujos bastantes para todos), porque vendería mi alma, suponiendo que valiese algo, por poseer lo que vi en aquella casa. Yo no guardo ningún resentimiento contra la Señora; simplemente la envidio.

Sin embargo, la pequeña oficina donde fui a parar era sólo una oficina: un escritorio, sillas, una terminal de comunicador, una calculadora empotrada, una grabadora vocal y una mujer.

Ésta tenía unos cincuenta años, ojos y cabellos negros, estaba en camino de poseer un cuerpo pesado, apenas llevaba maquillaje y era bella de un modo que dependía más de su personalidad que de su estructura ósea. Según su ficha, nunca se había sometido a cirugía plástica. Su mirada no era defensivamente inexpresiva, sólo un poco entre inquisitiva e irónica.

—Eso será todo por esta tarde, Francis —dijo.

El chico se hizo el remolón; quería quedarse y escuchar. Observó:

—Ha mencionado a Kovacs.

—Eso me has dicho. Hasta luego.

—Buenas tardes, señora.

Cuando salía me dedicó una dura mirada, acaso destinada a fijar mi rostro en su memoria. En el inventario de sus dotes constaba que poseía una memoria anormal.

La Señora esperó. Ambos esperamos, jugando en silencio a un juego de fuerza, sabedores los dos de que era un juego. Ella suspiró, no porque cediera, sino para poner fin a aquella insensatez, y dijo:

—Cinco minutos.

Respondí enseguida:

—Soy un oficial del Servicio de Inteligencia Policial. Nací infra. Soy amigo de Billy Kovacs.

Lo último era falso. Aún no le conocía personalmente.

—¿Está él en alguna dificultad?

Aquello me sedujo irremediablemente. No: *¿Qué es lo que quiere?*, sino: *¿Está en alguna dificultad?* Entre una supra y un infra significaba mucho.

—No, señora, ni tampoco necesita nada que no tenga ya.

Era un modo de hacerle entender claramente cuánto sabía yo.

Ella asintió, y su mirada mostró un poco más de luz, menos irónica y se tornó más inquisitiva.

—Por lo tanto, es usted quien quiere algo.

—Nada que usted no esté dispuesta a dar.

Se distendió a ojos vistas, porque la palabra que no había sido pronunciada, extorsión, quedaba implícitamente excluida del intercambio.

Yo dije:

—Quiero ofrecer a Billy y a la señora Conway un regalo de Navidad. Quiero que Francis pase el día de Navidad en casa con ellos.

No preguntó el motivo: una persona de mundo sabe que nadie es honesto a la hora de revelar sus motivos. Fue directa al grano:

—Se negará.

—Confíe en él.

—¿Qué bien le hará eso a Francis? —preguntó.

—No lo sé. Puede que ninguno, y no me importa. Pero su madre lo merece. Y también Kovacs, puestos en el caso.

—Oh, coincidido en ello. No conozco a la mujer, pero él es un hombre excelente, desaprovechado en aquel entorno.

—Desaprovechado no, señora. Está haciendo un trabajo para el cual nació.

—Y tiene por amigo a un policía. Se me ocurren una docena de preguntas que usted rehusaría contestar.

—Le contestaré una: Billy jamás me ha dicho una palabra referente a usted y Francis.

—Gracias. Siempre ha tenido toda mi confianza.

—Siga dándosela. Bien, ¿qué hay de Francis?

Una leve mueca me sugirió que el chico Conway le era más necesario que querido.

—Hasta Navidad dispongo de siete días para reflexionar sobre la manera de enfocar el asunto. ¿Ha de relacionarle a usted con ello?

—Es mejor que no.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Nada más, señora.

Cuando me marchaba pensé en decir: «También puede usted confiar en mí». Ella me sonrió; es decir, pensé que en realidad sonreía a aquello y a las otras muchas cosas que ambos no habíamos dicho. Era como la jugadora que contempla el resultado de una partida. Pero me apresuré a salir de la casa porque si me hubiera demorado habría sido por horas, roído de envidia. Fue la única ocasión en que vi cómo vive la centésima parte del uno por ciento.

La causa de aquella intromisión mía era Teddy. A los dieciocho años había completado su formación básica y pasaba al aprendizaje sobre el terreno. Había cumplido como era de esperar (es decir, muy bien) en los estudios técnicos, y menos bien en su desarrollo como ser humano. Comprendía la estructura social y las desesperadas razones para preservarla frente a la menguante calidad de vida, pero apenas parecía pertenecer a tal estructura. Observaba el mundo como si no participase en su devenir.

Había tenido una única relación sexual, la cual semejaba, contra toda expectativa, dar señales de estabilidad con Carol Jones. A su edad no era suficiente; digan lo que

digán la psicología y las convenciones sexuales, un hombre del Servicio de Investigación necesita amplia y, si es preciso, desdichada experiencia de la vida.

De un modo similar, había hecho sólo un único amigo, como si de todas las cosas le bastara siempre con una. Su amigo Arry Smivvers era un infra flacucho que demostró especial aptitud para las ciencias físicas, y que por tal razón fue trasladado a un ámbito de sutilezas intelectuales donde un policía tendría escasos contactos exteriores. Teddy había encajado la separación con malhumorado silencio, como una afrenta personal de la vida, pero ambos siguieron reuniéndose de vez en cuando.

Teddy necesitaba de otras relaciones menos comprometidas que le enseñaran la multiplicidad del género humano, y le demostraron que ser meramente uno mismo en un ego aislado no basta, y que el ego debe ser infinitamente elástico en un mundo en constante evolución. Como actor podía trabajar sin el más mínimo fallo a partir de un guión; eran las situaciones improvisadas las que hacían aflorar sus limitaciones.

Necesitaba de las personas.

Necesitaba el trabajo.

Necesitaba recordar que era yo quien había influido sobre su educación para hacer de él el instrumento cuya tosca forma vislumbré seis años antes.

La incursión del día de Navidad en Newport Veintitrés requería un nutrido equipo, en cuyo seno la presencia de unos pocos novicios no causaría daño, así que pedí que Teddy fuera incluido «para adquirir experiencia» y añadí otro par de muchachos para proporcionarle nerviosa compañía en su primera operación importante.

15
FRANCIS
Año 2050

Durante años llené los fines de semana con numerosas lecturas y estudio.

Nuestros tutores me revelaron lo que la enseñanza puede ser: aprender de ellos no era un trabajo penoso, sino más bien una liberación, y los largos días escolares perdieron su rigor mientras el mundo se abría con una facilidad que convertía en claustrofóbico todo mi pasado.

También aprendí a relacionarme socialmente. Había empezado muy mal con los empleados veteranos de la Señora e intercambiamos muchas inconveniencias antes de que yo descubriese la valía de la discreción, pero al final me llevé muy bien con todos. Los años de la Periferia se fueron borrando.

Luego llegó la Navidad de 2050, y nuestro Departamento cerró para las tradicionales vacaciones. Las Dependencias se vaciaban antes de Nochebuena, pues la mayoría del personal tenía amigos o parientes que visitar, y las salas comunitarias se convertían en cavernas sólo habitadas por unos pocos fantasmas susurrantes, como yo mismo. No me importaba: la soledad no era una carga.

Me quedé sorprendido cuando la Señora me llamó a la casa la mañana de Navidad. Pensé al principio que tendría para mí un trabajo de vacaciones, lo cual únicamente podía significar una bonificación de regalo, pero mi esperanza se evaporó cuando me puso en la mano un sobre que llevaba escrito el nombre de mi madre, y dijo:

—Necesito que entregues esto por mí, Francis.

No sé qué barullo de palabras pronuncié tratando de eludir la imposible misión, a sabiendas de que no lo conseguiría, de que estaba atrapado como una bestia en un cepo. Ella me escuchó pacientemente y, sin pizca de compasión, dijo:

—Hoy es un día para revivir el amor; el perdón surge sin esfuerzo en Navidad. Tú necesitas perdón.

¿Por qué? ¿Por haberme arrancado a mí mismo del lodo infra? Sin embargo, si temía las lágrimas de Mamá y las manos de Billy, mucho más temía a la Señora. Cedí porque debía ceder.

Me vestí desconsoladamente para una Navidad negra. Mientras duró el largo

trayecto en hovertram hasta la Periferia de Newport ensayé sin fe diversas maneras de presentarme, incluso el gimoteante «Mamá, lo siento» acompañado de unas cuantas lágrimas, persuadido de que no podría fingir de manera convincente.

Menos aún sería capaz de admitir el perdón y el futuro retorno a aquella escuálida media casa cada fin de semana.

Desde la parada del hovertram tuve que andar todavía un kilómetro bajo el sol, con un calor de casi 45 grados; la casa de Mamá no tenía aire acondicionado y sería un horno. Fuera, en la calle, aportando una nueva y temible nota de repelencia el lugar, estaba el agua.

Si algunas veces las mareas altas fueron visibles desde la cerca trasera, aquel día vi los lengüetazos de la riada en la puerta misma de la casa. En las torres, todos los pisos bajos debían de estar sumergidos.

Sentí un escalofrío en pleno sol veraniego, y también el impacto de un recuerdo: los infra nadando como locos... El jardín había sido devastado por las aguas, así que la inundación debía encontrarse ya en recesión, pero el barro me dejó los zapatos hechos una porquería. Vacilé entre la aprensión y la necesidad de gritar de rabia.

Al llamar a la puerta me pareció que me precipitaba al vacío.

Cuando Billy Kovacs abrió quise echar a correr. Se me secó la boca. Tuve la sensación de que Billy se cernía sobre mi nervioso cuerpo, por más que entonces yo era ya tan alto como él. Vestía únicamente calzones cortos, y el esqueleto que sostenía tanta energía en sus enjutos músculos le daba más que nunca el aspecto de una araña de miembros como palos nudosos, con la angosta cara presta a picar. No dijo nada, únicamente me miró sin expresión, como si no le importara que yo hablara o cayese muerto.

Ni siquiera necesité coraje: le hice frente porque no tenía otra elección. Mostré el sobre que llevaba escrito «Señora Conway» y me las arreglé para decir:

—Debo entregarle esto a Mamá.

Él no miró las letras que su débil vista no habría conseguido identificar, sino que giró sobre sus talones para dejarme paso.

Vi a alguien en el pasillo, detrás de él: un joven fornido, moreno, con vestimenta infra. Estaba en la sombra, pero cuando avanzó un paso hacia la luz le reconocí.

Su rostro alerta, avivado todavía por la certidumbre de su superioridad, despertó instantáneamente una ciega aversión que hasta aquel momento yo ignoraba que esperase en mi interior la ocasión de brotar y derramarse. El antiguo hábito de mantener con él una entente se evadió ante la conciencia de tantas humillaciones y vergüenzas, reprimidas porque tolerarlas habría sido demasiado hiriente. Ahora se adueñaban de mi corazón y de mi mente con la fuerza de todas las cosas que hacían aquella casa detestable y temible; me nublaron la vista, distorsionaron el mundo.

Mi furia debió calmarse en cuestión de segundos, porque me encontré bañado en sudor frío pero dueño de mí mismo, y ninguno de nosotros se había movido aún.

Tiré el sobre pasillo abajo, a sus pies, y dije:

—¡Dáselo tú, niño mimado!

Las palabras debieron hacerle el efecto de un salvazo.

Recogió el sobre, pero no habló; la compleja expresión de su rostro, más atemorizada que atemorizante, nada significaba para mi ira.

Billy, por una fracción de segundo, pareció consternado, aunque no se movió. Yo agregué:

—A mí ya no se me necesita aquí para nada, ¿verdad?

Hizo un ligerísimo, casi estupefacto gesto de asentimiento con la cabeza.

Triunfante, les dejé allí plantados y me marché.

La Señora tendría que aceptar la situación.

Y así lo hizo, en efecto. No repitió el intento de forzarme a volver a casa; pudiera ser que Billy le diese alguna clase de explicación.

Una cosa me llenaba de alegría.

Teddy, el brillante, el conquistador, el extra Teddy, había malogrado su oportunidad. Estaba de regreso en aquel hogar de la Periferia con el segundo padre a quien despreciaba. ¡Vaya caída!

Yo no caería. La Señora, por entonces, arrendaba mis talentos a un selecto número de altos cargos departamentales y yo estaba ganándome amigos muy poderosos. Dejando bien sentado, además, que todos ellos me necesitaban.

16
TEDDY
Año 2050

I

Mi primera idea cuando me alistaron fue que la misión llenaría las vacaciones de Navidad; la siguiente, que según la tradición y el folklore académico una primera operación «disfrazada» tenía que ser inesperada y desagradable.

Lo fue.

Cuatro novatos nos dirigimos a los llamados «cuartos infra» para que nos encerrasen en ellos durante los seis días previos a la fecha señalada, en compañía de cuatro veteranos (dos hombres, dos mujeres) dedicados a observarnos y evitar desastres. Ocho personas eran el promedio reconocido para un apartamento infra de tres piezas; en las torres los había también de cuatro piezas, pero supongo que se pretendía ofrecernos la máxima incomodidad.

—Cuando salgáis —dijo el simio que nos encerró— tendréis sólo una remota noción de lo que significa ser infra.

Los tres-piezas habían sido diseñados unos treinta años antes para albergar, como máximo, tres personas. «Como máximo» indicaba ahora el número total de personas que podían encontrar espacio en el suelo. Dos de los veteranos se apropiaron de la cama doble mientras nosotros tratábamos todavía de asimilar la depresiva mugre general, y nos anunciaron burlescamente:

—Padre y madre se quedan la dormidera, los demás os acostaréis donde podáis.

La otra veterana (se llamaba Elsie) reclamó la cama individual y Freddy el Cerdo (uno de nuestros extutores) se instaló en el diván.

—El suelo está libre —dijo, disponiéndose a dormir.

Ninguno de ellos tenía la menor intención de ayudarnos.

Examinamos el apartamento. El mobiliario, viejo, gastado y desvencijado, estaba de acuerdo con el ambiente. En el dormitorio no había luz artificial. («No se necesita» dijo el «padre» con desenvoltura). Los aparadores estaban vacíos; en la cocina, un anaquel sostenía unos cuantos recipientes y sartenes y la mitad de la vajilla que necesitábamos, en su mayor parte desportillada y descolorida. Las sucias ventanas ofrecían la vista de una pared desnuda al otro lado de un callejón.

Nuestro equipo personal no era mejor. Teníamos el atuendo infra que llevábamos puesto y que vestiríamos durante la misión, más una muda de ropa interior. También teníamos cupones estatales para el suministro de una semana, que deslizaríamos por debajo de la puerta con una nota de lo que queríamos.

Debatimos cómo usar inteligentemente los cupones para cubrir nuestras necesidades durante aquellos días. Prescindimos de nuestros monitores, sabiendo que continuarían sin ayudarnos. Previmos un gasto en alimentos muy inteligente antes de que alguien pensara en detergentes y papel higiénico, y tuvimos que efectuar una serie de modificaciones más inteligentes todavía para incluirlos sin minimizar las raciones. Afortunadamente, yo recordé algunas de las cosas que le había oído a Arry y pensé en inspeccionar la cocina. Uno de los fogones funcionaba. Los otros podían repararse fácilmente... si alguien disponía de una llave o un destornillador, lo que no era el caso. Aquello nos obligó a modificar otra vez la lista, aumentando el pedido de frutas y conservas, cuyo precio en cupones era alto. La sencilla cuestión de fijar una dieta suficiente empezó a complicarse, pero nos reímos de nosotros mismos y salimos del paso.

Dejamos de reír cuando, tras la llegada de los suministros, descubrimos que la nevera no funcionaba y tuvimos que hacer unas cuantas comidas copiosas antes de que se estropeará lo que no podía conservarse, y pasar con raciones penosamente ligeras los últimos tres días. Los monitores en ningún momento se brindaron a compartir sus más experimentados apaños.

La pantalla del triv estalló la segunda noche. Una llamada sin esperanzas a Averías produjo un resultado nulo.

No tiene objeto detallar las hecatombes de la semana: lo malo fue humillante y lo bueno poco mejor.

Un hecho sumamente depresivo fue el descubrimiento de que el agua, cuando no era herrumbrosa, manaba sólo de vez en cuando, no siempre a las mismas horas y entonces en chorros sin presión. Tuvimos que almacenarla en la bañera por falta de recipientes (después de haber improvisado un tapón) y usarla principalmente para cocinar. El segundo día la limpieza personal se fue a paseo.

El retrete se convirtió en un gran problema. Llegado el cuarto día aprendimos las consecuencias de vaciar la cisterna únicamente cuando manaba agua, en lugar de utilizar parte de la preciosa reserva de la bañera: el desagüe se obstruyó. Olvidemos

las maniobras e improvisaciones a que nos vimos forzados el resto del tiempo. El hedor era asombroso.

Los monitores, por supuesto, se adaptaron como acostumbrados desde la cuna. Las muchachas nos enseñaron la realidad de la falta de intimidad desnudándose indiferentes cuando les convenía y eligiendo nuestras idas al retrete para sentarse en el borde de la bañera y conversar mientras hacíamos nuestras necesidades, sin moverse ni cuando llegaba el momento de echar mano del rollo de papel. Limpiarse el culo bajo la mirada de una mujer atractiva es un excelente remedio contra las inhibiciones. Por lo demás, los monitores se limitaban a observarnos y a chistarnos si el mal genio asomaba con excesivo calor.

Porque no fue raro que asomase. La primera pelea ocurrió el tercer día, tras una discusión sobre comidas, bochornoso asunto que acabó sin ocasionar mayores males. Los monitores fueron observadores atentos. La segunda pelea llegó algo más tarde, pero continuó siendo una confrontación caballeresca. La última, la víspera de Navidad, desató un alboroto de gritos que pudo haber terminado mal de no haberse interpuesto los monitores con unas pocas llaves y algún que otro golpe vigoroso.

—Buenos infra sacaremos de este puñado de matoncillos —comentó Freddy, y dejó de prestarnos atención.

Cuando llegó el momento de salir en libertad, el aire del corredor fue como un perfume, pero el guardia uniformado que nos abrió dijo:

—Por Dios, vaya si habéis acertado con el olor exacto. —Pedimos ir al baño, y él nos envió directamente a la Reunión Informativa—. Cuidado con eliminar ese aroma después de haber trabajado como cerdos para conseguirlo.

Aquello, según creímos (erróneamente, como de costumbre), sería la razón principal del sucio ejercicio que nos había sido impuesto.

Había sesenta y cuatro operadores en la Sala de Reuniones, disfrazados todos, con aspecto general de haber pescado sus míseras galas en algún vertedero de basuras. Posiblemente era así, pero cualquier cosa que no fuera un retrete atascado olía para nosotros a agua de rosas.

El oficial encargado de la información era Nick. Yo pensé: *De modo que ha conseguido atraparme*; y no estuve seguro de si me sentía enojado u orgulloso, aunque sí me mostré precavido.

Su apariencia no era distinta de la de aquella noche, en el Centro Urbano, tres años antes. Me saludó con familiaridad y dijo:

—Arry te desea buena suerte.

Con ello restablecía la intimidad, como si nunca nos hubiéramos separado. Pero a continuación me trató sencillamente como uno más del grupo operativo, dando por hecho que retomábamos nuestra relación en el punto donde la habíamos dejado. La confianza en sí mismo que traslucía le volvía a uno loco.

Los cuatro novicios permanecíamos juntos, olvidadas nuestras disputas, buscando apoyo uno en otros. Nick nos contempló un momento y comentó:

—Veo que ha habido guerra. ¿Quién empezó?

—Yo empecé —dije, tratando de no parecer resentido.

—¿Alguien no te dejaba hacer lo que querías?

Sus malditas preguntas siempre requerían respuesta.

—Algo así.

—¡Señor!

—Señor.

—Apostaría a que fue exactamente eso; a que en seis años no has aprendido. ¿Cómo estuvieron, May?

May, que había pasado la mayor parte de la semana en cama con Roger (quien finalmente se nos reveló que era su marido), dijo:

—Como ratas en un pozo. Quejumbrosos, pero hinchados como víboras del desierto. Tuvimos que parar una pelea. Más o menos normal para lo que es el curso, diría yo. —Luego añadió—: Estómagos muy delicados.

La observación provocó la risa despiadada de los miembros veteranos del grupo: también ellos habían conocido los días de los «cuartos infra».

Nick todavía lo empeoró:

—Es una manera dura de entrar en el estado adecuado de olor corporal y ropa interior sucia, pero en el futuro podréis perfumaros convenientemente en el último minuto. El verdadero propósito de la prueba ha sido haceros comprender algo de lo que representa ser infra y quitaros el prejuicio de nosotros contra ellos. Vais a tratar con seres humanos, algunos de los cuales serán monstruos, otras gentes cuyas oportunidades e intelecto no admiten comparación con los vuestros, pero que no por ello son menos vuestros iguales a los ojos de Dios, del Servicio de Inteligencia e, incidentalmente, de ellos mismos.

¿Los ojos de Dios? Nick se proclamaba ateo, pero las antiguas maneras de hablar tardaban tanto en morir como la fe que las había engendrado.

—No vais a estar indagando tranquilamente por ahí y arrestando a alguna que otra persona desagradable, o quizá peligrosa —continuó—, sino protegiendo a los buenos y a los inocentes, de cuyo degradado entorno habéis tenido un atisbo la pasada semana.

Pensé que se había extraviado en uno de aquellos mensajes que emanaban del corazón sin una idea clara que los guíe, pero en aquel momento se interrumpió en seco, echó una mirada a sus notas y siguió diciendo:

—La operación consistirá en capturar a un importante grupo criminal, una banda muy fuerte, con cuatrocientos componentes, si no más. El Grupo de Soporte del Ejército estará a la espera, únicamente como reserva, para intervenir si lo necesitamos.

Cuatrocientos. O más. Sesenta y cuatro nosotros. *Si lo necesitamos*. Aquello era gordo. Casi se notaba cómo aumentaba la excitación en la sala.

—Nos trasladaremos al área en cuanto esta información concluya, y la operación

empezará a las tres de la madrugada.

Alguien murmuró:

—Día de Navidad y narices sangrando por todas partes.

—Más o menos. El objetivo es la Torre Veintitrés de Newport. Una fuerza de cooperación interna será dirigida por el Jefe de Torre Istvan Kovacs.

No miró en mi dirección, ni lo necesitaba. *¿Qué otra cara ocultas en la manga, tahúr?*

—Las torres Veintidós y Veinticuatro están controladas por la familia Swain, quienes parecen creer que necesitan la Veintitrés para consolidar su dominio del ángulo norte. Quieren las conexiones de Kovacs. Se sirvieron del aviso de inundación del pasado día dieciocho para infiltrarse en los pisos bajos, antes de que el agua subiera, con maleantes que se hacían pasar por tipos de la calle no comprometidos y se quedaban a dormir en los corredores.

El procedimiento era propio de las luchas internas en las torres: nadie cuestionaría la presencia de refugiados de la riada ni los expulsaría antes del reflujo. Un invasor podía introducir hombres suficientes para bloquear las salidas y las escaleras y aterrorizar a los vitales pisos bajos, y luego sentarse tranquilamente mientras el hambre hacía su labor más arriba.

Una voz preguntó:

—¿Y Kovacs no ha tomado ninguna medida?

—La ha tomado. Se ha puesto en contacto con nosotros.

—¿Para que hagamos el trabajo por él? ¿A nosotros qué nos importa? ¿Cuál ha sido el señuelo?

—Ofrece pruebas de dos asesinatos cometidos por orden de los Swain y evidencias de otros dos.

—¡Gran corazón el de Kovacs, el amigo del policía! Aprovecha la inundación para tenerlos sitiados hasta que llegemos nosotros. El perro se come al perro e invita por anticipado al banquete. Pero ¿un par de muertes son excusa suficiente para llamar al Ejército?

Buena pregunta. Los asesinatos infra raramente importan por sí mismos. En cambio, si se hubiera eliminado a un supra...

Nick dijo:

—En esto hay algo más que un par de ratas estranguladas, unas pocas familias hundidas en la miseria y una manada de lobos arruinando la vida que a los infra les queda. —No nos reprochaba nada, únicamente establecía un hecho. Es sumamente fácil adoptar un punto de vista distanciado cuando estás pensando en términos de tácticas y eficiencia en vez de pensar en personas—. Kovacs asegura tener evidencia de la conexión de los Swain con la falsificación de cupones, que está causando una gran confusión en las entregas y la distribución en Newport. —Con frialdad, concluyó—: Es una oferta que no podemos rechazar.

Ciertamente que no podíamos. El sistema, el equilibrio, el *statu quo*, debían ser

preservados: era un hecho que trascendía todo lo demás.

Elsie tomó la palabra:

—Nosotros le limpiaremos su nido de ratas, y entonces él nos paga con una evidencia que no bastaría ni para ahorcar a un perro.

—Kovacs es de fiar: en este rasgo basa su supervivencia. No arriesgaría su torre si no estuviera seguro de sacar un buen bocado. Dejó entrar a los Swain para atraparlos indefensos.

—Pero ¿qué bocado saca, excepto reforzar su reputación de sinvergüenza amigo de los policías?

—¿Qué te parece que gana... Teddy?

Ningún problema. Respondí.

—Un enemigo muerto. Además, el control de las torres Veintidós y Veinticuatro. Todo el ángulo norte para él.

Mi voz debió de sonar áspera.

—¿Lo desapruebas?

—¿Qué diferencia habrá entre Kovacs y los Swain? Probablemente se quedará también con el negocio de los cupones.

—¡Eso no! Y la diferencia entre él y los Swain es importante. Podemos hablar con el propio Kovacs de ello.

Su sonrisa falsa indicaba que no se andaría con rodeos para valerse del trabajo en beneficio de sus interferencias en mis asuntos personales.

Una de las chicas preguntó si llevaríamos armas.

—¡No! Si se nos enfrentan con pistolas, cosa improbable, llamaremos a los soldados. Sin embargo, tan pronto como esta reunión termine, os pondréis cotas de malla.

Las ligeras camisetas metaloplásticas eran una novedad y no habían sido probadas; así, pues, seríamos conejillos de Indias además de combatientes, aunque el karate contra cuchillos y barras de hierro no implique una desigualdad. Uno puede acabar con las manos cortadas o la cabeza rota si no es rápido, pero muy pocos infra tenían algo más que nociones elementales de combate individual: su fuerte eran las tácticas de grupo; tampoco tenían los instructores ni la dieta adecuados para adquirir la energía direccional y la reacción en fracciones de segundo imprescindibles en aquel género de lucha.

Las cotas eran de malla sólo por el nombre. Habían sido cortadas de láminas que tenían un tacto suave como el del percal. Eran lo bastante largas para cubrir los genitales y, por arriba, protegían la base del cuello y los brazos hasta el codo; la pechera, que habría sido demasiado visible, fue previamente ensuciada de polvo por la intendencia. No tenían la menor apariencia, ni menos la textura, de una armadura convencional, pero ni el más fuerte de nosotros consiguió hacerles un rasguño. Nos causaron una impresión considerable.



Las unidades de transporte nos llevaron bordeando la tierra firme de Yarraville y luego a través de la franja industrial entre Yarraville y Newport hasta el comienzo de la zona inundada. A la luz de las estrellas, sin luna, subimos a bordo de unas canoas, cuatro en cada una, y avanzamos remando por el agua que invadía las calles descendentes. Veíamos ante nosotros las torres de Newport, negras formas como fichas de dominó donde los puntos fueran ventanas iluminadas. Los infra quizá vivían de día, pero las torres nunca estaban enteramente a oscuras.

Como era de suponer, Nick me había incluido en su canoa. También estaba con nosotros Elsie: la idea parecía ser que una mujer inspiraría calma y confianza a las mujeres infra cuando empezara el alboroto, por lo cual había una en cada escuadra de ataque. Psicológicamente quizás era correcto, pero yo compadecía al infra que tuviera que enfrentarse a Elsie tomándola por una doncella desvalida.

Hacía un calor repugnante, incluso para una Navidad australiana, y los poros de la cota eran un magro alivio: nos sentíamos como encerrados en un baño turco. Remar era perforar la resistencia de la noche. Ninguna luz se distinguía en las fábricas de la franja industrial, que carecían de ventanas y estaban prácticamente selladas contra la violencia y el pillaje; su zumbido lejano era el único sonido en la densa soledad. Flotando frente a sus moles automatizadas, en cada una de las cuales media docena de empleados supra vigilaban las pantallas y los indicadores, porque nadie tenía que instruir a las máquinas en su trabajo, no era difícil aprender la lección de economía deducible del hecho de que aquellos edificios se asentaban sobre pilares, a salvo del acoso del agua, mientras que no ocurría lo mismo con las viviendas de los infra. La maquinaria no debía sufrir daño, pero los infra sí deberían evacuar dos o tres pisos habitados hasta que pasara la incomodidad.

Pese a ello, las fábricas no estaban seguras: las crecidas eran más copiosas de lo que los constructores habían calculado y, en muchos casos, el agua llegaba ya uno o dos centímetros más arriba del umbral de las puertas. Fueron situadas a aquella altura en los años en que el pánico aconsejó hacerlo, confiando en que las riadas seguramente no alcanzarían aquel generoso nivel. Las riadas lo alcanzaron y alcanzarían niveles superiores. Era hora de trasladar la producción a las colinas. Si se podía soportar el coste. Los problemas engendraban problemas.

Mientras el Estado se debatía en la bancarrota, el Servicio de Investigación Policial, sin ningún interés por el automatizado sustento de la civilización, se dirigía a Newport Veintitrés respondiendo a la llamada de un trafagón intrigante que se había jugado su torre y todo cuanto contenía para ampliar su imperio personal. Yo no podía ver nuestra operación de otra manera.

Nick, sentado directamente frente a mí, era sólo una silueta, firmes los hombros, de los que llevaba colgado el cilindro de una bomba de sonido. Su sirena sería la señal para entrar en acción.

En voz baja le pregunté cómo sabría Kovacs con tiempo suficiente que debía tener preparados a sus hombres, aunque la pregunta podía ser tonta y la respuesta obvia. Quizá lo eran, porque al parecer Nick había destacado allí un agente, desde el primer día (un agente «conectado», según dijo), cuando se produjo la infiltración. Los Swain no tuvieron nada que hacer desde el momento en que Kovacs los eligió como ofrendas a la ley y a su propio provecho.

El agua cobró vida a nuestro alrededor, se llenó de cabezas enfundadas en negros gorros: los submarinistas del Ejército se unían al avance, nadando perezosamente. Estábamos ya cerca de la Torre Veintidós, lo bastante cerca para distinguir vagamente las grandes lanchas neumáticas militares amarradas a su sombra, cuatro en total, y en cada lancha un pelotón armado con metralletas. Su misión era capturar prisioneros, posiblemente los cuatrocientos; nadie quería que intervinieran para otra cosa, salvo que la situación se hiciera desesperada. No necesitábamos sangre ni muertos.

Progresamos a través de la falda sumergida de hormigón, camino de la Torre Veintitrés, y a una señal de Nick remamos a la inversa hasta detenernos. Los submarinistas se acercaron para recibir las instrucciones finales. Nick habló sosegadamente, pero cada palabra fue audible a la distancia adecuada.

—Ésta es la Veintitrés. Como podéis ver, el agua llega hasta la mitad del segundo piso. Afortunadamente para nosotros, porque allí es por donde entraremos. Las luces que brillan sin protección en los pisos tercero, cuarto y quinto están al extremo de los corredores. La gente de Swain está en esos pisos, esperando que Kovacs ataque desde arriba. No es probable que vigilen el agua, pero podría ser, de modo que procederemos desde la esquina, totalmente en la sombra, rozando la pared hasta que cada fachada esté cubierta por cuatro destacamentos. Entonces, adentro por las ventanas. Ya sabéis lo que debéis hacer a continuación. ¿Preguntas?

—¿Algo para nosotros?

Era el capitán de los submarinistas.

—Quedaos en las ventanas del segundo piso, en el agua. Coged a quienquiera que intente salir. Nada más si no os aviso. No espero encontrar excesiva resistencia.

¿No lo esperaba? ¿Con cuatrocientos hombres listos para atacar?

No hubo otras preguntas.

—Muy bien. De ahora en adelante hablad únicamente infra. Haré ejecutar al papanatas que hable supra.

Era una orden necesaria. Sólo unos pocos hombres de confianza de Kovacs sospecharían cómo éste había sacado de las aguas desbordadas a una tropa de combatientes infra para emparedar a los Swain entre un asalto desde arriba y otro desde abajo.

La piel me hormigueaba. Era mi primera operación policial, una operación importante, y yo era lo bastante joven para responder al dramatismo de la negra noche y al pálpito de violencia que se percibía en el aire.

La realidad no fue frustrante; fue más bien una deflación gradual que según la

correcta planificación iba demostrando para qué sirve planificar. Todo se desarrolló con la precisión de un taladro.

Cada canoa eligió un punto a lo largo del muro para aplicar sus ventosas de amarre, a distancia suficiente unas de otras para que cada grupo tuviera cerca una escalera interior distinta. Nick quitó el panel de una ventana con un instrumento que yo nunca había visto anteriormente, un cortavidrios que disminuía la cohesión molecular hasta sacar el panel entero sin el menor ruido. Por la abertura nos colamos en el apartamento inundado. Nadar completamente vestido no es difícil si la distancia es corta.

Ante la puerta de entrada del apartamento, Nick se sumergió en busca de la cerradura y la descorrió con una llave maestra. En menos de treinta segundos estuvimos al otro lado del corredor, en el apartamento opuesto, que daba acceso a un patio de luces. Nick se adelantó para abrir la ventana interior y arrojó la bomba de sonido al patio de luces, donde quedó flotando mientras su espoleta ácida empezaba a consumirse.

Continuamos hasta la escalera que teníamos asignada. El primer piso ocupado estaba a menos de dos metros sobre nuestras cabezas; oímos gruñidos y ronquidos. Los Swain, según calculamos, lo utilizarían como dormitorio, posiblemente también el inmediato superior, y mantendrían centinelas sólo en el nivel más alto.

La fetidez desafiaba toda descripción. Nuestros «cuartos infra» no nos habían preparado, pese a todo, para el denso hedor de una humanidad sucia, sudorosa, apretujada, y de sus emanaciones tras una semana de encarcelamiento por la inundación. Sólo el Cielo sabía lo que había ocurrido con sus desagües cuando subió la riada, pero lo cierto es que habíamos estado nadando en una auténtica cloaca. Oí detrás de mí el sonido de una arcada contenida.

—Si alguien necesita vomitar —susurró Nick— que se sumerja primero un metro o dos.

Era un sarcasmo: a mí nada me habría inducido a abrir la boca bajo la superficie de aquella letrina.

Él subió al rellano de la escalera y atisbó por el corredor; luego nos hizo señas de que asomáramos la cabeza y observásemos. El corredor tenía unos cien metros de longitud por dos y medio de anchura. Los cuerpos dormidos yacían tan estrechamente apiñados que resultaba aventurado estimar su número; hombres y mujeres estaban embutidos como sardinas en lata, la mayoría semidesnudos para defenderse del agobiante calor. Aquí y allá alguno se movía o murmuraba o roncaba, pero casi todos eran meros trozos de carne, exhaustos como estaban, quizá menos a causa del calor y la tensión que del momentáneo y bendito alivio de la degradante vigilia.

Debía de haber más de mil personas en cada piso de los setenta que tenía aquel hormiguero. La realidad era mucho peor que los tradicionales temores supra o que las enseñanzas del SIP: allí no había desesperación ni miseria, sino existencia simple y bruta. Uno nunca puede precisar el momento exacto en que la revolución estalla en su

corazón y en su mente, pero creo que fue aquel burdel de desesperados y desposeídos lo que ahuyentó de mí el último espasmo de desprecio por los infra. Vi la verdad en el fondo del pozo humano: aquellas gentes eran las más infortunadas de todas, brutalizadas incluso más allá de sus pobres normas por las rivalidades entre los Jefes de Torre, pateadas y hundidas por sus propios hermanos.

No se trataba de que mi compasivo corazón se derritiera de pena: el sentimentalismo fácil nunca ha sido cosa mía, y los años de crudo realismo de la academia del Servicio de Investigación habían agudizado mi visión más que desarrollado mis emociones. Sin embargo, sí me sentía culpable, porque todos nosotros, los felices y privilegiados supra, compartíamos la responsabilidad de la existencia de aquel corredor y de otros centenares de corredores similares. El nauseabundo olor de aquel lugar era el olor de nuestras propias manos, limpias, enjuagadas, y sin embargo sucias para siempre.

Aquel sentimiento vino y se fue instantáneamente. No era momento para entretenerse en filosofías turbadoras.

Nick nos guió por el siguiente tramo de escaleras. Consultó el reloj que llevaba cubierto por la manga, oculto a la vista, contando los segundos que transcurrían mientras la espoleta ácido devoraba el tapón de la bomba que flotaba en el patio de luces. Nos indicó por gestos que nos colocáramos las orejeras que formaban parte de nuestro equipo. Encontramos el cuarto piso tan atestado como el tercero. Nick nos hacía señas: de prisa, de prisa, y nos situamos cada uno en posición hasta que los dieciséis que componíamos el pelotón asignado a aquel tramo de fachada quedamos distribuidos en grupos de cuatro en los rellanos superiores de las cuatro escaleras.

En aquel piso algunos estaban despiertos, y cuando entramos en el corredor un niño se puso a berrear en brazos de su madre, que se alarmó inmediatamente. De algún punto de la alfombra humana brotó una voz de alerta y enseguida todo el lugar estuvo en movimiento. Lo que vieron o creyeron que veían en el acceso a cada escalera fue la intrusión de unos infra chorreantes por haber vadeado la riada; error que persistió lo suficiente para que empezasen a preguntar quiénes éramos y qué ocurría, hasta que observaron que nos colocábamos espalda contra espalda, por parejas, bloqueando las salidas, con cachiporras y nudillos metálicos.

Fuera lo que fuese lo que habrían hecho, los congeló el sobresalto general producido por el repentino aullido de la bomba de sonido. Justo a tiempo, en el momento mismo en que estábamos en posición y a punto, la espoleta perforó el tapón de plástico y el aire comprimido hizo sonar la sirena. Empezó con plena fuerza y en el tono más alto, no ascendiendo, sino chillando desde el primer instante como para perforar los tímpanos. Nadie en todo el edificio habría escapado a aquel sonido diabólico; debió de oírse desde el Centro Urbano y desde las torres de Hampton, que estaban al otro lado de la bahía. Nuestras orejeras eran una buena protección, pero los infra fueron presa inmediatamente del dolor, y aunque la plena intensidad del aullido no duró más de diez segundos tuvo que causar destrozos entre ellos. Luego fue

bajando de registro hasta terminar como los gemidos de un perro, y al fin cesó.

Los infra se habían quedado con la mirada fija, sin reaccionar, paralizados por el alarido, conscientes del desastre e incapaces de hacer nada contra él por falta de un orden o de una idea.

En la pausa siguiente, una mujer se golpeó las orejas con las palmas de sus manos temblorosas. Cuando me quité las orejeras la oí gritar:

—¿Quesquesquesqués...?

Nick le hizo una mueca.

—¡Esa bomba que te descabeza, niña Swain!

Aquello, como él pretendía, nos identificó al nivel de su capacidad de comprensión. Un hombre gritó:

—¡Zon lo chico Billy!

Se precipitó hacia el angosto vestíbulo. Nick le dio un puntapié en la rótula y le mostró amenazador sus nudillos metálicos. La cólera y un murmullo hostil se extendieron por la apretujada masa. Ésta empezó a moverse, informe, contra nosotros.

Pero la suerte no nos abandonó. En aquel instante estalló la lucha en los pisos superiores, un tumulto de sordos golpetazos y gritos que, por el hueco de las escaleras, llegó hasta nosotros. Kovacs, según supimos más tarde, había tenido a sus hombres situados prácticamente sobre las cabezas de la gente de Swain, y atacaron en cuestión de segundos. El estrépito hizo cundir la vacilación en nuestro corredor el tiempo suficiente para que la turba de cazadores se diera cuenta de que eran ellos los cazados y de que cuatro vigilantes en cada salida a las escaleras, armados y resueltos, podían defender indefinidamente los estrechos pasos contra una masa sin planes ni concierto.

Hubo un momento de peligro cuando el tropel del piso inferior subió a la carrera para averiguar qué había pasado y los infra se vieron rechazados a puntapiés por unos grupos de lo que supusieron eran secuaces de Billy, empapados y salidos de ninguna parte.

La lucha fue mínima. La desorganizada oposición se desintegró como Nick había predicho en la Reunión Informativa. La mayoría de los infra optó por la salida obvia de lanzarse al agua desde las ventanas, sólo para ser apresados por los submarinistas y conducidos a las lanchas neumáticas; los demás se retiraron en melancólico silencio. Pocos escaparon de un lote de más de trescientos, de los cuales únicamente tres, al final, quedaron detenidos como los asesinos denunciados por Billy.

Éste había soltado un torrente de hombres y de no pocas mujeres combatientes escaleras abajo, con tanta rapidez que se apoderaron de las salidas antes de que los seguidores de Swain se percataran de lo ocurrido. Quienes no tenían nervio para arrojar al agua cedieron tras una resistencia simbólica. El problema de los líderes de Swain era que, en retirada, no propiciaban la lealtad: sus seguidores habían estado demasiado coaccionados y eran demasiado proclives a la desertión si ésta se producía

sin riesgo. Kovacs probablemente habría podido expulsarlos sin el apoyo de nuestra sorpresa y nuestro ruido, pero quizá no en aquel momento, sino en alguna ocasión futura. Además, no buscaba únicamente la victoria, sino trofeos y beneficios. Como nosotros, educados en el pragmatismo, veía claro a su manera.

En nuestro corredor, unos pocos exaltados pretendieron luchar (siempre hay entre los necios un elemento de «gloria o muerte»), pero yo diría que no pegué a nadie con fuerza suficiente para causarle daño. ¿De qué hubiera servido? Aquello era una operación policial, no una pelea callejera. Terminamos conduciéndolos como un rebaño al nivel del agua, donde el Ejército los fue embarcando apenas asomaban la cabeza. Resultó, en suma, una acción prácticamente mecánica, pero yo me alegré de volver a guardar mi porra y mis nudillos metálicos. No me disgusta una buena trifulca, pero, sólo si la parte contraria tiene alguna oportunidad.



Kovacs compareció con un puñado rezagado de fanfarrones camorristas del arroyo a sus espaldas. Me vio situado detrás de Nick y me reconoció a pesar de lo que había crecido y de los seis años de separación, pero sólo me dedicó una mirada rápida. Examinó apreciativamente nuestro grupo, mascando lentamente, y dijo:

—¡'Migos! ¡M'legro veros! ¿Qui'ns Nick?

Deduje que sabía de sobra quién era Nick, pero que aquella farsa debía representarse en beneficio de sus incautos compañeros.

—S'yo —dijo Nick—. ¿Tu's Billy?

—S'yo. —Kovacs se dirigió a sus seguidores—: Nick é lo chico d'Ya'ville. C'lega.

De este modo, con una mentira fácil, se establecía nuestra procedencia y aparecíamos como héroes a los ojos de una bienqueriente banda que olía tan mal como nosotros, más el aroma agridulce de la mascada que se mezclaba con el tufo a sudor. Hechas las presentaciones, ellos fueron absolutamente prácticos: su conversación estuvo dedicada por entero a poner de nuevo la torre en condiciones, en particular los desagües. Hablaron de un fontanero recién caído en la Periferia, automáticamente excluido de la vida supra... Se le podía traer, a la fuerza si era necesario, hasta que aprendiera los hechos esenciales de otra vida distinta...

Kovacs no me miraba, pero a mí no me quedaba la menor duda de que él era la razón por la cual Nick me había reclutado para aquella incursión. Era más bajo de lo

que recordaba, ¿o se debía a que yo había crecido? Las arrugas de su cara de rata se habían hecho más profundas y tenía en torno a la boca como una sombra de tristeza que antes no tuvo. Yo no podía saber entonces que había perdido a su hijo mayor y había visto a otro menor tullido de por vida desde la última vez que nuestros caminos se cruzaron. Era todavía anguloso y fuerte, a la vez flaco y musculoso, alerta y completamente distendido, vivaz pero reacio a desperdiciar energía en movimientos inútiles; dedicado ahora a envolver a Nick en un afecto hipócrita y a estrecharle en el típico abrazo del estafador. ¿Acaso esperaba engañar al Nick de las torres de Richmond, que le tenía por un mentiroso, un falsario y un asesino? (A pesar de que seguía elogiándole en mi presencia).

Les escuché mientras ambos parloteaban en la jerga en la que fueron educados, a una velocidad que me obligaba a imaginar más que a entender buena parte de lo que decían. Nick reclamaba el precio de la intervención, en tanto que Kovacs eludía la cuestión y divagaba para reservarse todo lo que pudiera como salvaguardia ante la eventual necesidad de futuras traiciones. Tenía, no obstante, que dar lo prometido.

Cuando el cambalache terminó, Nick me empujó hacia adelante.

—¡Billy! S'Teddy Conway. ¿'Noces?

Kovacs lanzó al suelo un escupitajo y lo restregó con la suela del zapato, tan inocentemente que la acción pudo no tener significado alguno.

—Sip. 'Nozco.

—Ve coné, Teddy. Yeva su tra'to.

La frase causó en mí una ligera conmoción. ¿Llevar sus trastos, ayudarle a acarrear su equipo? En el retorcido y frecuentemente ambiguo lenguaje infra, dada la situación, podía significar que me fuera con Kovacs y «cargase con lo que me diera», es decir, con toda la evidencia que él soltase. Pero también significaba literalmente otra cosa.

Vi la trampa que se abría ante mí, en cuyo fondo estaba el reencuentro con mi pasado. Pregunté:

—¿I coné, yo?

Lo que quería decir era: *¿Por qué yo? Encárgueselo a otro.* Nick me entendió perfectamente. Esbozó una sonrisa fría y dominante.

—Nah. Tú.

Volvió a empujarme hacia adelante con suavidad.

Yo habría deteriorado su imagen discutiendo, y no digamos negándome, pero no tenía coraje para ello. Un tropiezo a aquellas alturas habría arruinado mi futura carrera. Por otra parte (y él lo sabía, como lo supo siempre), una chispa de curiosidad brillaba detrás de mis resentimientos.

Kovacs no dijo nada, pero empezó a subir las escaleras. Cuando llegó al primer rellano, una mirada de reojo le reveló que yo subía inmediatamente detrás de él y esto le aportó mayor rapidez. Tenía alrededor de cincuenta años, casi el triple de los que tenía yo, y sin embargo subió cuatro pisos a una velocidad que me dejó rendido. Era

una de esas descarnadas maravillas de energía natural que, como si nada, hacen cosas que a los demás nos cuestan esfuerzos agotadores. Se detuvo en el descansillo entre los pisos ocho y nueve, me escudriñó con aquella mirada hambrienta que era parte tan importante de su personalidad y habló suavemente en su pedante y dificultoso inglés.

—¿Te digo algo? Hay ocho ascensores en la torre, y una vez conseguí que funcionaran todos. Pasaron tres semanas antes de que volviera a estropearse el último, y ya lo dejé correr.

Me habría gustado saber cómo se las arreglaban los habitantes de los pisos superiores, pero estaba demasiado enojado para hablar. Él se encogió de hombros y prosiguió su veloz ascensión.

Vivía en el piso duodécimo, al fondo de un corredor. Ante la puerta de su apartamento hizo un alto para decirme:

—Tienes un excelente aspecto, Teddy. —Movi6 afirmativamente la cabeza y me dedic6 su sonrisa de rata—: El estilo pasma te sienta muy bien.

¿Quería tirarme de la lengua? Lo consigui6.

—SÍ —dije—. No lo olvide nunca.

Levant6 las manos fingiendo un grotesco horror.

—¡No querrás molerme a palos, socio!

¿Cómo manejas a un tipo como él? Abrió la puerta, y me habría pasado un brazo por los hombros para introducirme si yo no me hubiera apartado. Razon6:

—El ayer se fue ya, Teddy.

Así que todavía persistía su vena sentimental de fullero hipócrita. Le dije:

—Olvédelo. Donde está usted siempre es ayer, apesta a ayer.

Retrocedió para cederme el paso.

Era un apartamento de cuatro piezas y estaba limpio. Registrando los pisos ocupados por la gente de Swain en busca de emboscados habíamos visto algunos cubículos que eran como madrigueras de animales, pero en éste se podía vivir. Y nada más. Cada accesorio, cada mueble, eran viejos, estaban a punto de desecho, pero no rotos, y en todo caso se notaba que habían sido reparados. Aparte los inevitables olores de la pobreza, de la mascada y de los desagües, lo que peor olía allí era yo. Kovacs, descontando una mejilla arañada y un labio hinchado, tenía una apariencia casi impecable. Me sentí en desventaja, en presencia de una tronada aristocracia infra, nadando en aguas demasiado profundas.

Ignoro cuántas personas habitaban en aquel apartamento (había camas y catres por doquier), pero sólo una se encontraba presente, una mujer enormemente gorda que rebosaba, sudorosa, de una mecedora de fabricación casera y que me examinaba con curiosidad.

Kovacs me señaló con un ademán.

—S'Teddy Conway.

Por un instante centelle6 la hostilidad en los ojos de la mujer, aunque se ocult6 enseguida tras una nube de vago aburrimiento.

—¿Er p'riférico?

Kovacs no dio señales de que lo que ella pensara le afectase, como si el hecho de introducir en el hogar familiar al hijo de su amante no implicara la menor ofensa.

—Er m'mo, amó. 'Sta'n la pa'ma. —Sustituyó la jerga por el inglés—: Teddy, ésta es mi esposa.

No pude hacer otra cosa que saludar cortésmente:

—¿Cómo está usted, señora Kovacs?

Ella prescindió igualmente de la jerga infra:

—Todo lo bien que podría esperarse. ¿Vienes disfrazado, o andas siempre tan sucio?

—Me visto según conviene a la compañía.

La mecedora se balanceó con su risa.

—Agudo, ¿eh? No se te contagia la bobaliconería infra, ¿eh? —Su cabeza se proyectó hacia adelante con súbita agresividad—. ¿Cómo está tu madre?

Yo me sentía demasiado furioso para responder. Ella tomó un trozo de tela de su regazo, lo aproximó a la luz, le dio un punto de costura y añadió:

—No es que me preocupe si está viva o muerta, entiéndelo. Por otra parte, según lo que dice Billy, tampoco te importa a ti.

Con la sensación de haber sido aporreado, repliqué:

—Me importa.

—¿Lo sabe ella?

Era demasiado.

—Ocúpese de sus condenados asuntos.

La mujer agitó su trozo de tela en mi dirección.

—Son mis asuntos. Mi Billy cuidó de un par de desperdicios como tú y tu hermano —dijo esto sin despecho, como exponiendo una verdad irreversible— cuando llegasteis indefensos a la Periferia, y sus asuntos son mis asuntos. ¡Soy la Esposa de un Jefe de Torre! Vosotros, los dos mocosos, erais una pésima inversión para un hombre que echa las tripas por gente que no lo vale. Alguien debe velar por sus intereses.

Deben existir pocas sensaciones más desagradables que la de servir de blanco a alguien que ejercita contigo sus dotes de tirador. Me volví hacia Kovacs, aunque sólo fuera para darle la espalda a ella.

—¿Me ha traído aquí para esto?

Él dijo, pensativo:

—No, pero cabía la posibilidad. A las mujeres les gusta opinar.

Mi cólera iba más allá de la noción del bien y el mal.

—Y su esposa tendrá muchísimo por decir. Sus noches deben ser muy solitarias.

Hay que reconocer en su favor que no me acometió con aquel cuchillo que llevaba, siempre a mano, en el cinturón. La expresión pétreo de su cara se tensó lentamente como una máscara que se agrieta; en algún recoveco de su interior debía

llevar clavada una astilla de complejo sexual. A mis espaldas la mujer rió entre dientes; en algún recoveco de su lealtad debía ella llevar clavada una astilla de ánimo vengativo.

Era hora de poner punto final antes de que ocurriera algo peor.

—Bien, deme lo que me han enviado a buscar.

En silencio, sacó de debajo de una de las camas una bolsa y me mostró su contenido: rollos de cupones del Estado, pruebas de imprenta, un diseño con rectificaciones, un grueso bastón con una mancha como de sangre seca, un puñado de virutas y fragmentos metálicos cuya finalidad yo ignoraba, un corte de un rollo de papel de pulpa y (sorprendente, pues por aquellos días no era fácil conseguir armas) una antigua Beretta aparentemente en condiciones de uso.

—¿Esto es todo?

Asintió.

—Bastará para que los cuelguen.

—Y para pagar el trabajo sucio que hemos hecho por usted.

Su fácil sonrisa me hizo saber que el comentario era una vulgaridad.

—Cuento con ello.

Reaccionaba rápidamente y no se dejaría provocar.

Cogí la bolsa.

—Mi gente está esperando.

—Bajaré contigo.

—No es necesario.

—¿Eso crees? No estás en tu territorio, pasma. Las cosas pueden torcerse.

—¿Y le preocupa?

—Por ti no. Pero un pasma muerto es malo para las relaciones públicas.

—¿Parezco yo un pasma?

Reconoció que pocos podrían identificarme.

—Pero eres una cara nueva, y eso también es malo si no tienes quien responda de ti.

Cuando salíamos, la señora Kovacs gritó alegremente.

—¡Dale a tu madre recuerdos de mi parte! Le encantará.

Tuve ganas de echar a correr, y cuando Kovacs cerró de golpe la puerta a su espalda me habría gustado golpearle la cabeza contra ella. Pero sólo pude murmurar lleno de rabia:

—¿Había urdido todo esto con ella?

—No.

—Siempre ha sido un embustero.

—Sólo miento cuando es necesario. En este caso no lo era. Ella sabe lo que quiere.

En el corredor había escasas personas, que pasaban a nuestro lado envueltas en un aura de cascada y sudor. Kovacs se apoyó en la pared, forzándome a detenerme, y

retomó su jerga infra.

—Te digo.

O sea, que tenía algo que decirme. No intentaré transcribirlo, pues, por mucho que uno se esfuerce en la grafía, no hay fonética que reproduzca el sonido infra. Vino a decir que un Jefe de Torre necesita un confidente íntimo porque a todas las demás gentes debe mantenerlas a distancia, y su esposa, Vi, era su confidente. Lo que él sabía lo sabía ella. Correcto, ¿no?

¿Y mi madre?

No, aquello era diferente. Ella era su amor, su deleite, nada tenía que ver con los sucios asuntos de la torre. (¿Amor? ¿Deleite? Me sería imprescindible una dolorosa reflexión). Ella quedaba al margen, a ella debía protegerla.

¿Y a Vi no?

Un poco, sí, pero la cuestión era distinta... Se quedó sin explicaciones porque, de hecho, no tenía ninguna; no percibía la paradoja entre sus actitudes respecto a las dos mujeres. Se trataba de lo que debía a cada una, ¿cierto? Esto era comprensible, ¿no?

Sí, yo podía comprender que él hacía lo que le parecía adecuado a sus necesidades, calculando por instinto (es decir, por egoísmo) y no parándose nunca a pensarlo de verdad. Sí, pero es diferente... Era un ser lleno de apetitos y con libertad para satisfacerlos, lleno de respuestas instintivas y con la habilidad egoísta de encontrarles justificación.

La canoa de Nick esperaba bajo la ventana del corredor del primer piso no anegado. Dejé caer la bolsa y él la atrapó. Mientras examinaba con curiosidad su contenido, yo pasé una pierna por encima del alféizar para saltar también a la canoa, pero Kovacs se adelantó y, con frío aplomo, cruzó su brazo por delante de mi pecho y le anunció a Nick:

—Teddy'ra ve a su mae.

¿Ir a ver a mi madre? ¡Ni pensarlo! Le aparté el brazo, cosa no tan sencilla como mi vigor juvenil esperaba, y me incliné hacia fuera para proseguir mi acción.

—No, por supuesto que no voy —declaré.

Kovacs me retuvo agarrándome por la chaqueta y me susurró al oído:

—¿No tienes agallas? ¿No has sabido nada... —incluso entonces se interrumpió para rectificar—: aprendido nada al crecer?

Mirando abajo, a Nick, me olí la confabulación, percibí a la luz de las estrellas el pálido e interesado fruncimiento de sus labios: su encuentro con Kovacs al finalizar la operación no había sido el primero, a pesar de la comedia de los saludos y las presentaciones. Evadirme ahora me acarrearía el desprecio de ambos lados y poco importaría si era simulado o real. Buscando una vía para escabullirme entre los dos, ganando tiempo para pensar, pregunté blandamente:

—¿Aprender qué?

Kovacs me sorprendió:

—Si no tienes un pasado donde refugiarte nunca podrás decir que has vivido.

Todavía hoy no estoy seguro de si aquello era o no era una necesidad. Kovacs pudo haber apelado al instinto filial, a los sentimientos, incluso a la razón, pero en lugar de ello había apuntado tan por detrás de todas estas cosas que el choque de una comprensión elemental conmovió mi desprevenida mente.

—Está bien —dije en voz alta, para que me oyeran ambos—. Está bien.

Hubo un eco de júbilo en la réplica de Nick:

—Ahora son aproximadamente las cinco de la madrugada. Tienes un permiso especial de ocho horas. Devuélvele a los cuarteles puntualmente, Kovacs. Os llevamos hasta el borde del agua.

Ya no se molestaba en disimular.

Me lancé al agua junto a la canoa y Kovacs lo hizo a mi lado; las ventosas de amarre retuvieron firmemente la embarcación mientras nos izábamos a bordo. Nick puso rumbo a tierra firme en la dirección en que estaba nuestra casa, sin preguntar, pero nada habría yo ganado mencionando este detalle: Nick sabía siempre lo que había que saber.

Remamos remontando la calle negra, entre casas anegadas que emergían gradualmente a medida que la pendiente subía debajo de la canoa. Durante todo el trayecto ocupó mi mente una cuestión, que en realidad era un racimo de cuestiones. ¿Cómo se desenvolvían los habitantes de las torres sin ascensores? Había que bajar hasta setenta pisos cada día y volverlos a subir. Mujeres cargadas con la compra, ancianos, niños pequeños. No se lo preguntaría a Kovacs, y mi resentimiento contra Nick era en aquellos momentos demasiado grande.

Apuntaba el alba cuando desembarcamos en la acera ante nuestra casa. La crecida, en recesión, quedaba por debajo de la puerta trasera, pero la marca del lodo en la cerca mostraba que había llegado más arriba. Veinticuatro horas antes el agua debió de correr por el interior de la vivienda.

Yo estaba cansado y ni remotamente preparado para un enfrentamiento. Pensé en la palabra *enfrentamiento* y me sentí desvalido. ¿Contra qué? ¿Contra el pasado?

Hay que decir la verdad. Nunca tuve mucho ni muy definido afecto por Mamá. Ni por nadie, hasta que Carol se deslizó por una rendija y, simplemente, compareció, sin apenas la sorpresa del descubrimiento. Mis padres me habían querido, pero por mi parte no hubo el sentimiento profundo de un vínculo emocional. Estuve bien tratado, pasé por la infancia recogiendo una procesión de beneficios, aunque sin ver razones para la gratitud: lo que le daban a Teddy era suyo por derecho y darlo era el deber de los padres. Nuestra caída en la Periferia había sido un descuido en el deber, su deber. Cuando abandoné el hogar lo hice sin remordimientos.

Los remordimientos vinieron después: la sensación de una pérdida inidentificable, el agudo filo de una congoja indefinida que cortaba la soledad hasta alcanzar los secretos páramos de la mente...

Reconocer dónde estaba el fallo no despertaba automáticamente el cariño, ni anhelo, ni el arrepentimiento, sólo provocaba una profunda aprensión, así que, en la

puerta de entrada, la mano de Kovacs en mi hombro me impulsó, tembloroso, más allá de un punto sin retorno.

IU

El jardín había sido allanado, era una ruina. Mientras que mi única sensación era de inquietud ante lo que se me venía encima, Kovacs se demoraba entre las destrozadas borduras.

—Esto ocurre dos o tres veces al año, y ella cada vez vuelve a empezar. Es sorprendente.

Yo dije secamente:

—La gente no se rinde con facilidad.

—¡Un cuerno! Naturalmente que se rinde. ¿Qué crees tú que hace un Jefe de Torre, sino persuadir a la gente de que resista? Alison sería una buena esposa para un Jefe de Torre.

Aquello era un ataque duro. Yo estoy más próximo a ella que tú, querido Teddy. Tú tienes todavía que aprenderlo todo.

Preferí mirar hacia la casa que mirarle a él. Las tablas rotas de la veranda habían sido reemplazadas; las paredes, pintadas; la puerta de entrada, que fue de color castaño, era ahora verde pálido. La presencia de un hombre en el hogar...

Kovacs abrió la puerta y vi que las paredes estaban todavía humedecidas por una franja de lodo hasta la altura del tobillo, en toda su longitud. No más tarde de la noche anterior... El lugar olía a moho y a basura.

En tono tranquilizador, Kovacs anunció:

—Soy yo, Allie. Traigo un visitante.

La recordada voz llegó desde el dormitorio, saltando por encima del tiempo:

—Muy bien. Espera mientras me levanto.

Fuimos a la habitación-sala, donde nada parecía haber cambiado en seis años. Era indeciblemente más triste que los fríos colores de mi residencia policial. En la cocina, Kovacs manoseó el hornillo de gas y dijo:

—Prepararé unas tazas. Té auténtico, cortesía de la Señora de tu hermano. ¿La conoces?

—De referencias.

Me resistía a conversar, pero él persistía en su talante hablador.

—Buena persona. Cuida mucho de Francis. Ahí tienes a otro mocoso

desvergonzado que ha sabido abrirse camino...

Su modo de balancearse entre conciliación e insulto traslucía un cierto grado de nerviosa incertidumbre, de la cual podría yo haber extraído alguna ventaja, de no ser porque me encontraba demasiado tenso para maniobras tácticas.

—¿Y qué esperaba? Usted lo preparó todo.

El té que depositó en la tetera era mucho más caro que cualquiera de los que veíamos en nuestros cuarteles.

—Yo cometo errores —admitió con amargura—. Lo mismo que tú, en ocasiones. No tienes muchos amigos, me dicen.

—¿Quién se lo dice? —La cara de rata se iluminó con una sonrisa presuntuosa, teatral, y al instante me propuse obtener respuesta a la pregunta—. ¿Quién era el hombre del SIP que estuvo clandestinamente en su torre toda la semana pasada?

—¿Quién supones?

Debí haber comprendido que Nick querría hacer él mismo aquel trabajo. Aquella pareja debió de pasarlo en grande intercambiando chismes sobre la vida privada de los Conway. A mí me era imposible odiar a Nick, pero me resultaba fácil enfurecerme contra él; pasaría mucho tiempo antes de que le perdonase su contubernio con Kovacs.

Entonces entró mi madre, vistiendo sobre el pijama un kimono japonés que recordé de nuestro hogar supra. Miraba a Kovacs, pero me vio a mí y se paró en seco en el umbral con una expresión extraordinariamente pensativa, como si necesitara adecuar su mente a algo y no quisiera darse prisa.

Como mis nervios se habían desatado y mi lengua no podía estarse quieta, dije:

—Buenos días, Mamá.

Mi voz habría avergonzado a un niño asustado, y ella frunció el entrecejo exactamente como solía hacerlo antes de regañarnos o castigarnos.

Dijo, pero no a mí, sino a Billy:

—Ya era hora de que aparecieses.

Le besó; uno de esos besos que dicen *Es mío* sin malgastar esfuerzo en palabras, un beso de posesión y entrega a la vez.

—Estaba ocupado —respondió él.

—¿Ha salido bien? ¿No ha habido problemas?

—No demasiados. Teddy estaba allí. Él te lo contará.

Mi madre vino hacia la ventana, donde yo me encontraba, y me aterrorizó el brote de emoción que creí no ser capaz de contener. Ella, sin embargo, tenía mejor sentido de la oportunidad que yo. Dijo:

—Pondré agua a calentar para que te bañes. En mi casa no te sentarás a desayunar oliendo a mofeta. Puedes ponerte alguna ropa de tu padre; no te irá a la medida, pero de momento saldremos del paso. —Como yo seguía mudo, agregó—: ¿Bien?

Me facilitaba las cosas, no pedía nada.

—Sí, Mamá —asentí roncamente.

Quizá se había exigido demasiado a sí misma, porque hizo algo que me desarmó. Retomó un viejo juego privado, no de seis años atrás, sino de mi primera infancia: apoyó la yema de un dedo en su mejilla y dijo:

—Si has sido buen chico puedes besarme... exactamente aquí.

Lo hice, temblando un poco, y ella me abrazó y lloramos. Sus lágrimas brotaban por los motivos propios de una madre, las mías por el cese de la tensión. Restablecer un vínculo no es cosa fácil, pero al menos era ya posible.

Aquella vena de dureza es común a todos los Conway. El momento había cumplido su cometido, y mi madre levantó el rostro para decir:

—¡Dios mío, qué mal hueles!

Así, pues, se había cerrado el paréntesis, más fácilmente de lo que yo merecía, y fui expulsado al cuarto de baño.

No había mucha agua (¡en plena inundación!), ni estaba muy caliente, pero me pareció una pequeña delicia. Aunque mi padre había sido más alto y delgado que yo, sus ropas me sentaban bastante bien. Su calidad me sorprendió. ¿Tan ricos habíamos sido? O, en la penosa mezquindad del Estado, ¿se había degradado la ropa que usábamos hasta una calidad inferior incluso a la que correspondía a la economía de la provisionalidad? Ciertamente, ya nunca decíamos: «Cuando las cosas mejoren un poco...» ni «Cuando acaben los malos tiempos...».

En la mesa, me senté ante unos huevos con jamón, té de importación y auténtico pan de trigo: alimentos supra que exigían cupones de lujo. Los infra tenían huevos en polvo, té adulterado, lonchas de carne que podían ser cualquier cosa y lo que ellos llamaban «pan estirado», todo calculadamente sano, pero no apetitoso.

La instrucción deja marcas profundas. Estuve realmente a punto de rechazar el contrabando, hasta que me di cuenta de que en el mejor de los casos parecería imbécil y en el peor, hipócrita. Kovacs observó mi vacilación y la comprendió; tenía algo de la perspicacia de Nick.

—Los frutos del pecado —dijo—. La Señora paga con productos de buena calidad a su falsificador de contabilidades. —Y cuando yo atacé con resolución la comida—: ¡Atención! ¡Un policía comiendo raciones conseguidas ilegalmente! Seguro que eso es un delito.

—No le provoques, Billy —dijo Mamá—. No es justo.

—Puede soportarlo.

Yo habría estallado si no me hubiese fijado en su expresión, que no era sardónica ni maliciosa, sino insólitamente protectora. Podía muy bien pasarme sin ella, pero, con toda la despreocupación de que fui capaz, dije:

—He oído hablar del sistema de toma y daca. —Mientras lo decía recordé que se lo había oído a él mismo seis años antes de que Arry me lo explicase—: Ahora lo conozco directamente.

Él observó:

—Ahora te lo comes.

Sí, por supuesto: me comía mi orgullo, o lo que fuera. Kovacs añadió todavía:

—El bien y el mal no se distinguen fácil... fácilmente uno de otro.

El muy bastardo trataba de ser paternal. Me alegré cuando chupeteó una segunda taza de té con un ruido como el de destapar un desagüe y anunció que tenía que marcharse.

—Las riadas no interrumpen los negocios.

Besó a Mamá, me saludó elegantemente con el dedo y salió como cualquier esposo cuando se marcha al trabajo.

Cuando aún sonaban sus pasos en el corredor, yo solté la clase de tontería que genera la animosidad:

—Se comporta como si fuera el dueño.

—Ésta es su casa.

La frialdad de mi madre indicaba que mi desagrado haría bien respetando unos límites, pero yo había aguantado demasiado para contenerme.

—Tiene otra vida. La he visto.

Ella ignoró el intento de herirla y preguntó con sincera curiosidad:

—¿Cómo es? ¿Está tan bien como ésta? No puede ser.

—No está tan bien.

—¿Sucia? No, no puede estar sucia.

—Está muy limpia, pero atestada, y huele. ¿Por qué te interesa?

Me estudió como preguntándose si la inocencia se podría inculcar.

—Me interesa todo lo que se relacione con él, y en todas partes. Le quiero.

¿Más que a Papá? ¿A pesar de su verdadera esposa? Era demasiado pronto para preguntas tan violentas. Y allí estaba, por otra parte, aquella palabra sencilla y brutal: cariño. Pensé en Carol y en mí mismo y no pude equipararnos con Mamá y Kovacs. ¿Por qué es tan difícil imaginar a la madre de uno amando a alguien, besándole y acariciándole y retozando con él en la cama?

—No sé lo que ves en él —dije, enfurruñado.

—¿Porque tú no ves nada? ¿Qué sabes de Billy que justifique una opinión?

No me atacaba, sólo preguntaba.

—Es un asesino.

Replicó tranquilamente:

—Eso me han dicho. Puede ser verdad. No lo sé.

Tampoco yo lo sabía, en realidad. Era una de aquellas cosas que «todo el mundo sabe» y nadie cuestiona.

—¿Y si lo supieras?

—No habría ninguna diferencia. —Empezó distraídamente a retirar las cosas de la mesa—. No puedes añadir condiciones a tu elección una vez la has hecho; te pasarías la vida titubeando.

—No quieres saberlo —la acusé.

—Me gustaría saberlo todo sobre él.

—Podrías preguntárselo. Te lo contaría, claro como el agua. —Mi rencor volvió a desatarse—. Ahora mismo, no sabes dónde está ni con quién está.

Desde la fregadera, ella no se molestó en mirarme.

—Ni lo sé ni lo pregunto. ¿Por qué fastidiar a un hombre que apenas ha dormido durante una semana y que sigue trabajando porque se debe a su gente? ¿Te parece que merece que en casa le espere una zorra charlatana y preguntona?

Hubo un largo silencio, hasta que yo admití:

—No puedo remediarlo. Odio hasta sus tripas.

—Nada sabes de sus tripas. Estaba dispuesto a ser tu padre cuando necesitabas uno, pero le rechazaste sólo con verle. No te lo recrimino. A mí me costó tiempo descubrirle. Es un hombre desolado, un hombre necesitado.

¿Necesitado? ¡Oh, el ojo del espectador! Vi claramente que yo no era aceptado por entero; amado, quizá, pero no encajaba en el cuadro. El eje emocional se había inclinado en aquellos seis años y era yo quien debía buscar un nuevo equilibrio. Mamá no se desviaría de su elección. Cuando se apartó del fregadero, secándose las manos, observé que había envejecido más de lo que habría correspondido a su edad; aunque seguía siendo una mujer hermosa, parecía más dura de lo que yo recordaba, alguien que me daría la bienvenida pero que no me necesitaba. Kovacs colmaba su necesidad de amor, y mía era la humillación de comprenderlo.

Quizá para quebrar la melancolía, dijo:

—Es Navidad y no tengo ningún regalo para ti.

Ni yo para ella. Buenos deseos, seguro, pero no mi corazón. Debíamos aprendernos de nuevo uno a otro.

Se marchó al dormitorio para vestirse y regresó con un aspecto mejor y más lozano. Pensé: *Demasiado para Kovacs*, y en lo mucho más fácil que habría sido todo sin su sombra proyectada sobre nosotros.

Hablamos, ella y yo, toda la mañana, llenando los años perdidos, hasta que agotamos los temas y continuamos por mera inercia. El momento emotivo quedaba atrás y ninguno de los dos podía refugiarse en sensiblerías. Lo que viniera después dependería de la tolerancia del tiempo.

Kovacs regresó hacia las once, con aspecto fatigado al fin, después de una semana que debió de poner a prueba sus límites. El día se había hecho caluroso y él se desnudó hasta quedar en calzón corto sin ni siquiera pretender excusarse. Era, decididamente, el señor de la casa.

¿Qué veía mi madre en él? Semidesnudo, parecía un haz de nudos y bastones, con cicatrices en media docena de lugares y una, especialmente, en el vientre, un corte espectacular que sin duda estuvo a punto de acabar con él. Probablemente afrontaba el peligro con coraje, pero lo mismo debían hacer sus víctimas... Y siempre le envolvía el olor agridulce de la mascada.

Quise marcharme, pero un residuo de buenos modales bloqueó el insulto que habría significado salir cuando él entraba. Luego me disculpé y fui al jardín trasero

para estar unos minutos a solas. Mamá había plantado también allí sus flores, destrozadas por el agua, aunque el ardiente sol lo secaría todo en un par de días para que ella volviese a empezar. Cosa que indudablemente haría. Una vida entera de volver a empezar. Y volver otra vez.

El quedo sonido de unos pies desnudos me anunció que Kovacs me había seguido.

—No me marcharé simplemente por ti, Teddy. No la abandonaré nunca.

No era una explicación, no era un ruego: estaba demasiado seguro de sí. Únicamente quería asegurarse de que yo entendía cuáles eran nuestras respectivas posiciones y cuál la más elevada de las dos.

Dije entre dientes:

—Usted no es digno de ella.

—No seas ingenuo, chico. Soy lo que ella necesitaba cuando no tenía a nadie. No me miró por encima del hombro. —Yo sí lo había hecho, y debía pagarlo. Su tono se endureció—: Y también soy digno de ti. Tan bueno como tú.

Así que se le podía zaherir.

—Es usted un asesino.

Dio un pequeño rodeo para situarse frente a mí.

—Una vez maté a un hombre. No por mí, sin embargo, sino por la torre. Alguien tenía que hacerlo, y yo no acostumbro a delegar trabajos sucios, pero ello no me convierte en asesino. —En un tortuoso acceso de honestidad, añadió—: Volvería a hacerlo si me viera obligado.

—¿Quién era el hombre?

—Ésa es una pregunta propia de la pasma, y Nick sabe quién, cuándo y cómo. Tú ocúpate de tus asuntos. —Recurrió a su sonrisa de rata—. ¿Me entregarías si pudieras culparme? No sería tan difícil. ¿Lo harías?

¿Causarle semejante daño a mi madre? ¿Tan pronto? ¿Ser el gran policía con alma de acero?

—No.

—Entonces tendrás que acostumbrarte a verme por aquí.

—Supongo.

—Eso duele. Me doy cuenta. Irás por buen camino, chico.

Su confianza reavivó mi despecho.

—Por el amor de Dios, no vuelva a endosarme la historia del segundo padre. No necesité a mi padre ni nunca le necesitaré a usted.

Mamá apareció en la puerta trasera justamente entonces, enharinada hasta los codos por lo que había estado preparando en la cocina.

—Por favor, Billy, han llamado a la puerta de entrada.

—Voy —asintió él. A mí me dijo—. Sé quién es. Te interesa. Ven.

Le seguí, preguntándome qué más podía depararme aquella condenada Navidad.

Cuando Kovacs abrió la puerta no vi de inmediato quién estaba allí, de espaldas a

la luz; sólo que era un hombre joven, vestido con buenas ropas cortadas a su medida. Kovacs no le dio la bienvenida, sólo esperó. El silencio semejó cargarse de significado antes de que, quienquiera que fuese, mostrase algo y dijera:

—Debo entregarle esto a Mamá.

¡Francis! ¿Otra vez Nick en acción?

Kovacs se volvió a medias para dejarle entrar, y yo avancé un poco y le vi con mayor claridad. Él me vio también y enderezó la cabeza como un animal alerta. A los quince años era esbelto y se preparaba para ser alto y apuesto en un estilo cenceño y tierno, pero entonces tuve limitadas posibilidades de apreciarlo. Al reconocermelo se quedó absolutamente rígido, como si toda la energía se le hubiera escapado del cuerpo. Sólo su faz se alteró para expresar un rechazo profundo, total, furioso, alarmante.

Se habría dicho que estaba acorralado, pero de pronto cobró vida, espasmódicamente, y arrojó un sobre al pasillo, a mis pies, y exclamó como si escupiera las palabras:

—¡Dáselo tú, niño mimado!

En su mirada se leía un deseo como de mutilarme, de tullirme. Yo había sido objeto de desagrado otras veces en mi vida, pero no se parecía a aquélla. Cuando recogía la carta, él añadió, como una maldición:

—A mí ya no se me necesita aquí para nada, ¿verdad?

Retrocedió, desapareció del quicio de la puerta, se marchó. El perfecto supra sacudiendo de las suelas de sus zapatos el inmundo polvo infra.

Desde el interior de la casa preguntó mi madre:

—¿Quién es, Billy?

El eterno simulador contestó con la nota justa de indiferencia:

—Nada, uno que traía un recado. —Y a mí me dijo—: No ha sido agradable, no ha sido agradable en absoluto.

—¿Sentirse odiado? Enojoso más bien...

Pero no era aquello lo que él había querido decir: mis sentimientos le tenían sin cuidado.

Entregué la carta a mi madre, quien reconoció la letra.

—La señora Parkes. Siempre recuerda la Navidad. Debe de ser una buena mujer.

Por lo que yo había oído, era una vieja impostora, falsa, intrigante y traicionera. Mamá me mostró su tarjeta de felicitación, una de aquellas antiguallas con escenas de nieve que yo recordaba vagamente de tiempo atrás.

—Ingenua, ¿no? Pero bonita. Hubo una época en que todos solíamos enviárnoslas unos a otros. —Leyó en voz alta el texto impreso en el interior—: *Alegre la Navidad el nido familiar y bendiga la dulce reunión con los seres queridos.* Vaya, ¿cómo habrá acertado con una cosa tan oportuna?

—Dotes psíquicas —dije.

Porque algo había que decir para disimular el grotesco error. Le gustase o no a mi

madre, yo era el regalo navideño que Francis debía haber sido.

Más tarde, cuando Mamá cocinaba y nos quedamos un rato solos, Kovacs comentó:

—No ha funcionado.

—¿Francis? ¿Cree que Nick tenía algo que ver?

—Lo sé con certeza. Bien, cuando menos ella sí ha recibido la mitad del regalo de Navidad.

Hizo algo entonces que yo nunca pude presenciar sin revulsión: se sacó de la boca un fragmento de mascada, lo aplastó entre el índice y el pulgar y se lo pegó detrás de la oreja. «Para luego», decían los infra. Era una costumbre tan repugnante como extendida. Todo lo que él decía, hacía o simulaba procedía irremisiblemente del arroyo; como la tosca sensiblería con que añadió:

—Era un chico adorable.

—Era un quejica, un mentiroso y un pelmazo.

—También era todo eso. Tú no tienes piedad.

¡Dicho por un Jefe de Torre!

—¿Le gustaría que volviera?

—Sí. Yo soy el responsable. Yo hice de él lo que es. —Me obsequió con una de aquellas repelentes confianzas sentimentales a las que parecía ser tan proclive—: Intenté comportarme como se habría comportado un padre, pero fallé.

Incapaz de soportar una palabra más en aquella vena, le dejé y me fui a la cocina a hablar con Mamá.

U

Nick me hizo llamar apenas llegué a los cuarteles.

—¿Bien?

Quería decir: *Infórmame con detalle.*

—Gracias.

Si te interesan los detalles, búscalos; tú gobiernas mis actividades, no mi vida interior.

—¿Gracias por la experiencia? —Secamente—: Háblame de Kovacs.

—No es como yo pensaba, pero ¿se suponía que iba a descubrir que me gusta? Pues no. Me pone enfermo. ¿Por qué lo hizo usted?

—Para ampliar tu educación. Te habrás dado cuenta a estas alturas de que la

cúspide de la décima parte del uno por ciento de los intelectos no constituye de por sí una élite, de que a una mente útil se le exige algo más.

El broche final de aquel imperfecto día iba a ser un sermón de Nick.

—Conocimiento del mundo —aventuré, dispuesto a aburrirme.

—Una mierda, chico. La inteligencia superior tiende a apartarse de las consideraciones generales como si éstas pudieran dejarse a cargo del personal de servicio y sólo lo abstruso mereciese atención. No siempre, sin embargo. Tu amigo Arry está incluido en la centésima parte del uno por ciento. ¿Lo sabías?

No lo sabía, y me sentí cruelmente minimizado.

—El cosmos del quantum es muy peculiar.

—Sólo es una realidad más elemental. A tu amigo, además, le gustan las personas y les dedica su inteligencia. Le gustas incluso tú.

Yo estaba, al parecer, rodeado de benefactores empeñados en decidir quién y cómo debía ser. Para desviar el discurso e introducir un elemento propio, dije:

—El truco de Francis se ha ido a paseo. —Le conté lo ocurrido—. ¿Qué pretendía usted?

La noticia le disgustó bastante.

—Quería hacer un gesto que me atrajese aún más la confianza de Kovacs, y eso creo que salió bien. E intentaba ayudar a impedir un crimen. En esto he fracasado.

—¿Un crimen de Kovacs?

—Un crimen de Francis.

Debí haber sospechado mucho antes que el terreno era más escabroso de lo que pensé.

—¿Qué crimen?

—Todavía no lo sabemos. Pero habrá un crimen, un crimen auténtico, no una insignificante manipulación de cifras. Nuestro deber no es sólo capturar al delincuente, sino prevenir su delito.

—¿Y dónde encajo yo en eso? ¿Soy el Judas de la familia, encargado de delatar?

—No me tomes por tonto. Tú eras un disparo a ciegas. Existía la posibilidad de que los dos hermanos, en el seno de una familia reunida, facilitaríais un cambio en las cosas; que el tener siempre a la vista un hermano mayor policía sirviera de freno. Estamos probando todo lo que ofrezca alguna posibilidad de funcionar. Ahora habré de buscar una vía distinta.

—Pero ¿por qué Francis?

—Porque está donde está y es lo que es. Es egoísta, ambicioso, le asustan los infra y lo supra ocupa una posición desde la que puede causar daño. Como ves, sé mucho de tu hermano. Un día se le presentará la ocasión y la aprovechará para esconderse más entre las filas de los grandes supra, a quienes cree que la catástrofe no puede perjudicar. De manera que si la Señora termina, digamos, en el patíbulo, Francis tendrá otros amigos que le escuden.

Mientras yo reflexionaba, con un asomo de sorpresa, sobre lo sencillo y

maliciosamente claro que era aquello, él cambió abruptamente de tema.

—La redada de hoy valía la pena. Tres asesinos en espera de juicio y un puñado de empleados y regentes de la Imprenta Estatal camino de desvanecerse entre los infra. ¿Quién te parece que va a preocuparse? ¿Alguien, aparte de sus amigos y personas queridas? A veces pienso que solamente los infra cuidan unos de otros. ¿Has conocido nunca a un supra a quien le importase algo que no fuera su propia seguridad?

¡Qué maravilla los infra, qué mierda el resto de nosotros!

—Entonces, ¿qué quiere usted que sea yo? —Una frase me vino a la memoria y la utilicé sin recordar su origen—: ¿Un supra con corazón infra?

—No. Uno de los nuevos hombres.

Aquella expresión era inédita en él. ¿Una doctrina personal?

—¿Y quiénes son éstos?

Con repentina y forzada jovialidad, dijo:

—No tengo la menor idea, pero habrán de ser mejores que los viejos si la raza ha de sobrevivir a sus propias estupideces. Buenas noches, Teddy.

Dios, según dicen, actúa de forma misteriosa para hacernos víctimas de sus jugarretas. Hubo un crimen, por supuesto, pero no lo cometió Francis. No creo siquiera que, a despecho de su egotismo, se hubiera mostrado en connivencia con él.

17
NICK
Año 2050

I

Cuando has metido la pata a fondo, retírate con discreción. Aquello significaba para mí apartar mis manos de los Conway, aunque seguía preguntándome qué debería hacer Teddy a propósito de su hermano. No vi señales de que hiciera nada, pero ¿realmente se desentendería del muchacho? Luego procuré ponerme en su lugar y pensar qué podía hacer: no se me ocurrió una sola cosa. Francis era un problema que no tenía solución inmediata.

Teddy fue a su casa con regularidad y puso especial cuidado en no hablarme del tema. Por ello no merezco crédito alguno. Tampoco le utilicé como mensajero de Kovacs, pues no quería forzar este aspecto de la cuestión.

Durante aquellas semanas sólo una vez me preguntó algo referente a las torres que no estuviera relacionado con el servicio. Fue cuando, inesperadamente, dijo:

—¿Están todos los ascensores de las torres averiados?

—Casi todos.

—¿No se presenta el operario?

Arry le habría informado sobre el particular.

—No, ya no. En otro tiempo iba, pero los ascensores envejecieron y se averiaron con mayor frecuencia y repararlos se hizo demasiado caro. La gente encontraba maneras de salir del apuro cuando las averías duraban un mes o más. Las maneras eran efectivas, por lo cual el Estado dejó de preocuparse.

—¿Suspendió deliberadamente las reparaciones?

—En esta ciudad. Fue eliminado un subdepartamento administrativo completo. Los recortes presupuestarios se hacen allí donde son posibles.

Cada nuevo acto de salvajismo resulta increíble al principio. El muchacho se mordió los labios, digiriendo aquél, hasta preguntar finalmente:

—¿Cómo se las arreglan los viejos, los enfermos, los niños pequeños?

El conocimiento tiene sus zonas áridas.

—Si las personas viven en los niveles altos, emprenden la ascensión cuando no les queda otro remedio. Los viejos y los enfermos son reunidos en pequeños grupos cada dos o tres pisos y allí pasan el resto de sus días. —Él se estremeció, y yo apreté el tornillo un poco más—. No están peor de lo que están los supra en una residencia de inválidos permanentes.

Cuando hubo asimilado también aquello, preguntó:

—¿Cómo se procuran alimentos?

—Unos grupos formados en los pisos bajos recogen todos los cupones y van, cada uno, en busca del racionamiento que corresponde a un piso entero, luego lo pasan de mano en mano desde el nivel de la calle hasta el último piso, cinco o seis niveles por relevo. Requiere tiempo, pero funciona. Además, proporciona a los parados algo que hacer.

Él vio en esto un poco de luz.

—¿Actúan como una comunidad?

Uno no debería ser soñador tratándose de personas.

—No es el amor lo que les motiva, no son sentimentales fuera del ámbito familiar. Si alguien no colabora, los vecinos tienen maneras de perjudicarlo. A él o a ella. El ostracismo es el más simple. Las culturas se fundamentan en necesidades de grupo, así que cooperan, y es castigado quienquiera que no entre en el juego.

—Hará falta mucha organización.

—Pregúntale sobre ello a tu Jefe de Torre favorito. Él carga con las culpas cuando el sistema falla. Pregúntale a Billy Kovacs.

Su buen talante se esfumó al oír la mención del nombre.

—Cualquier cobarde miserable puede decir: *Lo siento, es culpa mía*. Kovacs dice que Francis es como es por culpa suya, ¿pero hace algo para remediarlo?

Fue en aquel momento cuando descubrí algo obvio: que Billy era el agente ideal para mantener a Francis bajo vigilancia.



Aunque vistiera de la manera adecuada y apestase de forma conveniente y hablara como es debido, yo nunca me sentía tranquilo moviéndome solo por las torres, excepto en el territorio de mi propia familia. Algunos de los hombres de Billy sabían quién era y me habrían tendido una mano si mi cara desconocida provocaba algún conflicto, pero entrar abiertamente en la Veintitrés era incluso así un poco arriesgado.

(El tiempo erosiona. De hecho, yo tampoco estaba a gusto con mi familia. Ellos no compartían la obsesión de Kovacs por la limpieza, y su olor y su mugre los situaba a una distancia que me resistía a aceptar. El aroma del mundo supra nos corrompe a todos).

Me aseguré de que Billy estuviera esperándome: era imposible pescar a aquel saltamontes atareado sin una cita previa. Su apartamento estaba aquel día lleno de nietos, mocosos que jugaban en torno y debajo de las camas y que me saludaron burlonamente en jerga infra hasta que Vi les chilló que no usaran aquel lenguaje en casa; en la calle sí, ¡pero no dentro! La familia era, efectivamente, bilingüe. Sus miembros, estaban también presentes en todo género de conversaciones; nadie decía a los niños *salid a jugar ahí fuera*. No existían secretos en el hogar; los pequeños debían distinguir desde el principio entre chismes y «charla familiar». Los mayores eran incorporados a la red de Billy tan pronto como se podía confiar en ellos, es decir, sumamente temprano. Billy Kovacs estaba instituyendo una dinastía.

En aquel apartamento transcurría su vida real. Yo ubicaba a Alison Conway en una vida de fantasía que él necesitaba desesperadamente para sostener el peso del liderazgo y de las dos veces doble moralidad; con ella era el hombre que quería ser, y con Vi el hombre que debía ser. Una lectura fácil, quizá, pero cercana a la verdad.

Vi preparó café auténtico (cortesía de la Señora) y ofició de ama de casa, en tanto que los niños jugaban en derredor, tranquilos pero, por lo demás, como si nosotros no estuviéramos. Al principio me intimidó hablar de los Conway, pero la mujer no demostró ningún prejuicio. Ella y Billy debieron haber establecido un terreno de tregua hacía mucho tiempo. Cómo, no podía imaginarlo. En el lugar de Vi, yo habría matado a aquel bastardo.

Fue ella quien preguntó, después de mis explicaciones:

—Pero ese crío, Francis, ¿qué puede hacer que sea peligroso?

Billy dijo enseguida:

—Venderse.

—¿Cómo? Ahora no es lo mismo que cuando había dinero. Todo el mundo sabe lo que te corresponde tener, y un exceso de cualquier cosa es sospechoso.

—Puede vender su aritmética a alguien situado muy arriba, con más influencia que la Señora. Y después a otro más arriba aún, hasta llegar a donde sea posible.

Ella consideró la idea.

Su gruesa e inteligente cara trabajaba mientras se relajaba su obeso cuerpo.

—¿Pero qué conseguiría así? ¿Acaso quiere ser primer ministro?

—Seguridad —sugirió Billy, inclinando la cabeza hacia mí.

—En efecto —asentí—. Fue educado en el terror a lo infra. Además, su padre...

Billy me interrumpió:

—Le ocurrió algo feo el primer día de su estancia en la Periferia. Algo que heló de miedo las tripas de la pobre criatura.

Yo ignoraba aquello, pero encajaba.

—Quiere un lugar seguro del cual no puedan derribarle. Ese lugar no existe, pero ello no le detendrá en su ascensión, arriba, arriba, y por lo que me han dicho de él deduzco que no le importará a quien pisotea mientras sube.

Billy se inquietó.

—¿A la Señora, por ejemplo?

Vi no lo entendía.

—¿Cómo?

Tuve que explicar algo de la trama de interdependencias que la señora Parkes no estaba en condiciones de romper, de la que no podía liberarse, y del precario equilibrio de corrupciones (individualmente pequeñas, pero monstruosas en total) que minaban la Administración.

Aquello la divirtió.

—¿Quieres decir que el Estado tolera eso porque es más fácil que combatirlo?

—Más aconsejable. Los corruptores son los que tienen talento.

—¿Y esa mosca asustada puede derrumbarlo todo plantando el pie encima de una cabeza equivocada?

—No todo, pero al desalojar a la Señora derribaría a algunos de sus contactos, y cada uno de ellos... Bien, pasaría como con las fichas de un dominó.

—No, eso no debe ocurrir —decidió Vi—. Las cosas empeorarían todavía más. Muchos países están peor que nosotros, así que aún podemos caer más bajo. Lo que roban los supra, ¿representaría mucho si se repartiera?

Inteligente pregunta.

—Entre millones, ni siquiera se notaría.

—Bien —dijo, acercándose a los labios la taza de café ilegal—, nosotros también tenemos parte en el chanchullo.

—Nos ganamos lo que tenemos —objetó Billy.

Ella me guiñó un ojo.

—A Billy le gusta sentirse honrado. Mejor será que avises a la Señora, Billy.

—Lo descubrirá ella misma.

—Por si acaso.

—Está bien.

Se entendían perfectamente uno a otro: en cuatro frases habían debatido un tema y llegado a un acuerdo.

Yo dije:

—A pesar de todo, tú deberías vigilarle.

—¿Crees que no lo haré? Si las cosas se ponen feas para Francis, también se

pondrán feas para mí, ¿no? Por lo tanto, vuestro codicioso Billy tendrá los ojos bien abiertos.

Vi observó:

—Dices que es muy listo, Billy. ¿Qué pasará si él decide ocuparse de ti? Ya te clavaron una vez un cuchillo en el vientre. Y fue un adolescente quien lo hizo.

Pensé que necesitaba un retrato más claro de Francis.

—¿Iría tan lejos si le asustaras?

Billy abrió y cerró la boca, perplejo por tener que encontrar una respuesta. Vi le contempló inquisitivamente, hasta que él dijo:

—No es tan malo. —Fue un murmullo sin convicción—. Es mi chico, a fin de cuentas.

—Lo ha sido mientras tú le eras útil —replicó secamente Vi—. Los niños no son juguetes vivientes; son animalitos de los que, además de quererles, hay que guardarse.

Debajo de su grasa había músculo. Pregunté a Billy cómo le plantearía la cuestión a la Señora, y se puso de mal humor.

—Tengo que pensarlo.

—Muy bien. Infórmame de lo que diga.

—Lo haré.

Vi sirvió más café, mientras regañaba a su marido por ser demasiado rudo. Me habría gustado saber cómo reaccionarían los habitantes de la torre viendo el comportamiento de su Jefe en el hogar.

Luego, Vi dijo inesperadamente:

—Cuéntale lo de los soldados.

Tuve la impresión de que ambos habían estado pensando en aquello todo el tiempo, especialmente por la forma en que Billy titubeó y descartó la cuestión con un ademán.

—No es incumbencia de Nick.

—Pero él puede enterarse. Puede preguntar por ahí.

Comprendí que era un precio a pagar. Toma y daca.

—De acuerdo —dijo Billy—. Hay gente enferma. Demasiada.

En las torres, aquello podía ser peligroso: la posibilidad de una epidemia en la inmediata vecindad era un temor que la Sección Médica verificaba constantemente.

—¿Qué dicen los sanitarios?

—No dicen nada. —Lo que añadió me produjo un escalofrío—: Simplemente, se llevan a los enfermos.

—¿Al hospital del Ejército?

—Fuera del Enclave.

Mis reflejos proclamaban: plaga, mientras mi mente procuraba concentrarse en los detalles esenciales.

—Vi ha hablado de soldados. ¿Qué tienen que ver con ello?

—Al principio fueron los soldados quienes caían enfermos. Luego fueron las chicas de aquí que jodían con soldados. Después, unos cuantos vecinos.

Confié en que Billy se hubiera formado una idea inteligible de la extensión del mal.

—¿Cuántos?

—Hasta ahora, diecisiete en esta torre.

—¿En cuánto tiempo?

—Aproximadamente en dos semanas.

No era mucho, pero sí suficiente.

—¿Se ha establecido alguna cuarentena?

—¿En la torre? No.

—De modo que es una infección por contacto. ¿Venérea?

Sus hombros subieron y bajaron.

—No se dice, pero, aunque se supone que el Ejército está sanitariamente limpio, el mal viene de los soldados a través de sus relaciones con las chicas. Quizá se propaga indirectamente, como el cólera a través de la mierda.

—¡Ese lenguaje! —le regañó Vi, en tono de maestra de escuela.

Detrás de cada hombre que triunfa, afirmó alguien, hay una mujer que vigila, o algo por el estilo.

—¿Síntomas? —pregunté yo.

—Raros. Una especie de fiebre que va y viene, pero la temperatura baja en vez de subir. También baja la tensión arterial. Más adelante afecta al cerebro: los enfermos pierden el control del habla y se les enturbia la memoria. Después les salen ampollas alrededor de... ¿de qué, Vi?

—De los ganglios —dijo ella—. En los sobacos.

—Ganglios linfáticos.

—Si, éstos.

No recordé nada parecido entre las enfermedades corrientes.

—¿Cuántos han muerto?

—No lo sabemos. En la torre no ha muerto nadie, pero ¿qué sé yo?

—¿Han devuelto a alguien?

—A nadie. Estarán todavía en el hospital. O habrán muerto.

Probablemente un virus. Las bacterias pueden ser eliminadas en uno o dos días, pero un virus nuevo requeriría una recombinación de técnicas para llegar a la inmunización.

—¿Cuántos han enfermado en las otras torres?

—Varios en la Veintidós y la Veinticuatro, pero no tengo las cifras. Ningún muerto, de todos modos. —Se quejó con disgusto—: Allí ni saben lo que es organización.

Yo dije:

—Algo de lo cual podrías ocuparte tú.

Pero rechazó la idea en redondo:

—¡Un cuerno! Les he quitado de encima la mierda de los Swain, ¿no? Pues cuando ellos hagan algo por nosotros será el momento de volver ayudarles.

—Personas muy egoístas. —La lengua de Vi era escrupulosamente formal—. No cooperan.

—¿Se ha prohibido a las chicas de las torres la relación con los soldados?

—Se ha intentado, pero ¿qué puede hacerse? ¿Cómo impides que una criatura hambrienta intercambie un polvo por un poco de fruta o de chocolate?

—¡Billy! —Vi estaba al borde de la indignación—. Te he advertido mil veces de que no hables así delante de los niños. Después tengo que reeducarlos, y cada día es más difícil.

Él asintió, aunque no parecía arrepentido:

—Lo siento, querida.

En el silencio subsiguiente, y desde un escondrijo seguro, una voz infantil exclamó:

—¡Jódete!

Una risita siguió a la emocionante impudicia. La abultada cabeza de Vi se volvió al oírla, sus ojos buscaron por los rincones, sus miembros vibraron preparándose para la persecución y el castigo, y la habitación entera contuvo el aliento.

—Recogeré toda la información que pueda —dije yo.

Me marché antes de que estallara la tormenta.

Fue coincidencia que en mi camino me cruzase con un equipo sanitario uniformado (los únicos supra que podían moverse por las torres sin ser molestados) que sacaba a una mujer en una camilla. Su presencia era siniestra; su salida lo fue todavía más. Una epidemia en las torres infra, sin una sola queja pública de la Sección Médica... ni una palabra a los informadores secretos que operaban en los Enclaves...



La idea de Vi de que obtendría información simplemente preguntando en mi entorno emanaba del desconocimiento de la conducta administrativa fuera de las torres. Aquella clase de preguntas me depararía únicamente labios sellados y, lo más probable, un trompazo de las alturas: El Servicio de Investigación Policial no iniciará, repito, no iniciará pesquisas en áreas asignadas a otros Departamentos estatales. La

Sección Médica podía ser muy quisquillosa en lo concerniente tanto a sus secretos como a sus errores.

Yo estaba preocupado por las implicaciones de un elevado riesgo de contagio. Aquello, en un Enclave lleno de personas jóvenes, briosas y pagadas de sí mismas, con los soldados proclives a quebrantar las normas sobre fraternización por la clase de revolcón apresurado que pagarían con media ración de cualquier cosa, podía extenderse sin freno. Diecisiete casos en la torre de Billy representaban, si se tomaban como promedio, varios centenares solamente en Newport. Y en otros distritos...

Ni una palabra, ni un indicio, en el Boletín Confidencial semanal. El Comisario del SIP podía saber algo al respecto, pero pertenecía al género de los que únicamente hablan con el Gobierno y con Dios.

Si las indicaciones eran tal como yo las veía, al diablo con el comisario y el Gobierno. Su forma de tratar a los infra estaba marcada por el temor de clase que sus predecesores habían creado a rastras del miedo a las masas. Se sentaban, aterrorizados, sobre sus secretos.

Las vías de información pueden ser tortuosas; los contactos privados y personales suelen ser útiles. Para extraer información de lo más alto debes a veces introducir la pipeta por fondo. Así, pues, hice venir a Teddy.

—Un pequeño trabajo para ti. Tranquilízate, no es oficial.

—¿Necesita un recadero?

—Deja de ser un crío de una vez. Lo que necesito es tu ayuda. Tendré que revelarte más de lo que debería y confío en que mantendrás la boca cerrada.

Le gustó aquello. Para lograr que las personas sean dignas de confianza debes empezar por confiar en ellas. Le repetí lo que Billy me había contado, sin los detalles clínicos, destacando que los sanitarios sacaban subrepticamente a los pacientes de las torres.

—No hables de esto con nadie, excepto con la persona cuyo nombre te daré. Con nadie más, ni siquiera con tu madre.

—¿Montó Kovacs su numerito cuando le contó esas cosas? —me preguntó.

—¿Número?

—Disertar sobre la Gran Selección. Cómo el problema de la superpoblación se resolverá por medio de epidemias inducidas. Matar a todos los infra y dejar a los dichosos supra celebrando grandes fiestas en el nuevo mundo medio vacío. La idea le obsesiona.

No era el único que tuviera esa obsesión. Aquella idea circulaba de vez en cuando, o mejor dicho, con bastante frecuencia, entre los alarmistas. Era el tipo de teoría que satisfaría a una persona como Billy, informada a medias, y sin embargo nadie que conociera la desagradable cara oculta del racismo internacional, de la pobreza y del hambre, se atrevería a jurar que no iba a hacerse realidad. Se rumoreaba que habían sido inventados algunos trucos arteros, como, por ejemplo, un gen

autolimitativo que evitaría que la plaga afectase a sus creadores...

Era importante descubrir de qué modo los miembros del Ejército habían contraído la enfermedad. Tenía que existir un portador, un contacto peculiar de los soldados.

—Olvídate de Billy —dije—, ¿estás todavía en relación con ese pequeño ultra compañero tuyo? ¿Arry?

—Seguimos relacionándonos, sí.

No admitiría sentir afecto por nadie. ¿Por Carol, quizá? Sería interesante espiar a Teddy entregado a sus efusiones sexuales. O nauseabundo.

—Los ultras —dije— tienden a hablar especialmente entre ellos, entre personas que entiendan su jerga especializada y su dicción abreviada sin dificultad.

Replicó agriamente.

—Puede que Arry haga una excepción conmigo, porque yo no hablo de física.

Hace una excepción contigo, mocososo, porque años atrás se le dijo que te instruyera informalmente en la práctica y la filosofía infra. Además, tú le caes bien, no entiendo por qué.

—Puede, pero en su otra vida habla con docenas de científicos bisoños como él, y todas las ciencias, tarde o temprano, tienen que recurrir a los físicos.

Se me anticipó:

—Entonces, si tiene contactos en el ámbito médico... y puede pescar algún chisme de laboratorio junto a la máquina de café... ¿Sabe que tienen café auténtico? —Yo lo sabía: la distancia entre extras y ultras es insultantemente grande—. Luego, yo le transmito a usted lo que haya averiguado.

—Él me informará a mí. Si quiere hacerlo. No puedo coaccionarle, está fuera de mi jurisdicción. No le preguntes por los resultados, déjale que venga a mí, porque cada eslabón adicional introduce alguna distorsión y deja una pista.

Lo tomó como cosa personal, por descontado, siempre a la expectativa de un desaire.

—Y a lo mejor hay algo que usted no quiere que yo sepa.

—A lo mejor.

—Bastardo.

Le gustaba introducir aquella palabra cuando nuestra conversación no era, por decirlo así, oficial. Probablemente equivalía a *Yo también te quiero, cabrón*, pero esto rebasaba el límite de lo que jamás confesaría.

Dos días después me anunció que Arry estaba interesado.

Durante una semana no me llegó ninguna noticia y estuve mordiéndome las uñas. Me encontraba a merced de la buena voluntad de Arry, quien a su vez dependía de intangibles tales como su afecto por Teddy o el hecho remoto de que él y yo nos habíamos llevado bien, como instructor y alumno, en aquellos días de formación, tierra adentro, después de que me hubieran relevado del campamento supra para trasladarme a terreno más «seguro».

Los ultras pueden ser una curiosidad cuando abren sus bocas de alta energía, por

muy ordinarios que parezcan. Pero Arry era una curiosidad hasta que abría la boca, momento en que revertía a lo agobiantemente ordinario. Hablaba su jerga sólo con los iguales. Era un infra que nunca olvidaba sus orígenes: conservó sus relaciones en la torre con genuino cariño y les rendía voluntarias visitas, para las cuales había desarrollado una identidad de «visitante» que recogía y guardaba al regresar al mundo supra.

Incluso físicamente resultaba curioso, flaco, de hombros redondeados y sólo metro cincuenta y cinco de estatura. Su cara traslucía la sabiduría del arroyo propia de un chico malo, y del arroyo era, pero de ningún modo malo; era un triunfo de la mente sobre el entorno, y absorbía la instrucción con desenfadada facilidad, sin sumergir su personalidad infra en el baño de los privilegios supra. Él sería uno de aquellos «hombres nuevos» que yo no alcanzaba a definir, la raza que utiliza toda su experiencia de la vida en lugar de buscar refugio en el profesionalismo, gente aprovechable cualquiera que fuese la evolución de la cultura.

Perdía ya mis esperanzas cuando, un día, Arry chocó literalmente conmigo en la calle, se excusó mientras deslizaba algo ligero y resbaladizo en la pechera de mi camisa, y se alejó para atender sus propios asuntos; y yo para atender los míos, con una pequeña cosa rozándome el estómago justo encima de la hebilla del cinturón. Había sido una maniobra perfecta, auténtico fruto de la sabiduría del arroyo.

De regreso en la sede del SIP, examiné uno de los filamentos magnéticos más delgados que jamás había visto, fino como la seda. Lo llevé a la zona estéril del SIP, único lugar del edificio que esperaba estuviese a prueba de espionaje electrónico. Los técnicos parecían familiarizados con aquel tipo de hilo y me proporcionaron el aparato adecuado para escucharlo. Utilicé un gabinete individual con auriculares, seguro al 99 por ciento de que estaba aislado.

Arry es la única persona que conozco que puede hablar como un supra con acento infra. Su voz me llegó como una especie de plañido:

—¡Compañero, has puesto el dedo en algo gordo! Sé que escribes taquigrafía, así que para un momento y toma papel y lápiz. No te pierdas nada porque esta grabación se borra sola a medida que reproduce cada palabra.

No necesité parar: llevo siempre conmigo una pluma y un cuaderno de notas, porque el adiestramiento mnemotécnico es bueno, pero no infalible. Arry continuó con lentitud suficiente para facilitar la transcripción:

—Este documento confidencial está reservado exclusivamente para tus orejas de burro. Cuando estés seguro de recordarlo todo, por favor destruye tus notas.

Todavía lo recuerdo con precisión:

- 1. La infección de las torres es básicamente un depresor del sistema inmunitario. Difiere del sida del pasado siglo en sus síntomas preliminares: baja temperatura, baja tensión arterial, interferencias del habla, pérdida de memoria y ampollas linfáticas.*
- 2. Estos síntomas desaparecen a los diez o doce días, pero pueden enmascarar otras infecciones aletargadas en la baja temperatura corporal. Suprimida la inmunidad, un resfriado común puede causar la muerte. Hay también algunas recaídas, todavía no explicadas.*
- 3. Los agentes transmisores no se han determinado aún. El espermatozoides, con seguridad, quizá la saliva y sólo posiblemente el sudor. Si esto último es así, se trata de una enfermedad por contacto instantáneo; tiene que serlo, porque el virus muere enseguida cuando se le priva de humedad.*
- 4. Los portadores no presentan síntomas, sólo anticuerpos. Esto significaría un largo período de incubación o indicaría alguna inmunidad natural que puede ser identificada y utilizada en el tratamiento.*
- 5. Se conocen hasta ahora tres cepas y los investigadores sospechan un alto índice de mutación. Representa un serio problema de tratamiento.*
- 6. Es definitivo que se extiende radicalmente a partir de los cuarteles militares de los Enclaves. Tres Enclaves han dado signos hasta ahora.*
- 7. Difícil aislar los portadores, porque los soldados no admiten que busquen relaciones sexuales con las muchachas infra. ¡Escándalo social! ¡Niegan que ensucien sus pulcros penes supra entre las chicas del arroyo! La mitad de ellos caerán de todos modos entre los infra cuando terminen el servicio y no encuentren empleo. La respuesta consiste en analizar la sangre de todos los militares del país. Ya se está haciendo.*
- 8. Pregunta clave: ¿Dónde se han contagiado los soldados? No a través de los turistas, porque no hay. Tendrás que averiguarlo. También yo quiero saberlo. No dejaré de visitar a mis amigos de las torres si no es absolutamente necesario.*
- 9. Alguna gente de los laboratorios hace circular rumores de «selección», ese antiguo espantajo. Sus jefes les dicen que callen la boca y que no sean críos, aunque apostarí a que ellos lo pensaron antes. Pero ¿quién puede estar seleccionando a quién? Quizá si tú descubrieses dónde atraparon los soldados el virus... (Su voz se apagó en el curso de la sugestión, luego volvió a sonar con renovada fuerza). Quiero una compensación por esto. Señala sitio y hora y haz que Teddy me avise.*

Se había ganado la compensación que pidiera. Hice retroceder el hilo para pasarlo de nuevo. Silencio. Tal como dijo, la grabación se había borrado a medida que rozaba

con el cabezal. Yo no tenía la menor idea de cómo se conseguía tal cosa.

En lo referente al sitio y hora... Reclamé la presencia de Teddy.

—Lleva a tu amigo ultra a conocer a tu familia el próximo domingo por la tarde. Yo también iré.

Me serví de las redes del SIP para filtrar la cita hasta Kovacs. Su presencia era esencial, y yo no pensaba ir a las torres hasta que se hubiera adoptado algún tipo de profilaxis.

Reflexioné sobre el secreto que mantenía el brote epidémico excluido de los canales de información. Sería de dominio público cuando se extendiera lo suficiente; concretamente, cuando un par de supra enfermaran y pusieran el grito en el cielo...

¿Y cómo se contagiarían los supra? A través de los soldados que marchaban a casa con permiso, naturalmente. También el SIP tenía frecuentes contactos infra... Si lo único que se necesitaba era el roce con un brazo sudoroso en el curso del trabajo corriente, la enfermedad podía ya haber llegado a los supra y estar oculta por la cortina de silencio de la Sección Médica. Aunque los sanitarios no parecían saber muchas cosas, más allá de conocer los síntomas.

El viernes por la mañana, el comisario superior promulgó una Instrucción General de Aplicación Inmediata. Toda penetración del SIP o de cualesquiera fuerzas policíacas en el área de las torres cesaría a partir de aquel momento. No se mencionaba el motivo. Alguien tenía sensatez suficiente para asustarse, pero no para actuar honestamente. La más sigilosa e intrigante de las camarillas es un Gobierno que se dice democrático; a veces pienso que al Estado le importan un comino los ciudadanos mientras sus mandamases puedan guarecerse indefinidamente en sus privilegiados cobijos. Pero no, no es justo decir esto; simplemente, no saben qué hacer mientras las crisis se van amontonando.

18
NOLA PARKES
Año 2050

La familiaridad hace automática la doblez de trato, de modo que la aceptación de mi posición debería serme más fácil, pero no ocurre así. Una anomalía me perturba hasta que se corrige; lo inesperado me hace temblar ante las múltiples posibilidades de bocas que no se cierran cuando deberían permanecer cerradas, o de grietas sin sellar. Vivo acosada por una alarma latente.

Detrás de mi apariencia profesional de educada irritación yo estaba preguntándome qué querría aquel «padre» de mi «sobrino» periférico. Porque no es un hombre frívolo; su presencia tiene especiales significados.

Ahora parecía un poco más viejo (el trabajo duro, el libertinaje sexual y la abrasión de la edad madura se hacían notar), pero su esbelta figura se movía con la gallardía de siempre en sus atavíos usados hasta el límite del desecho, pero limpios y remendados: su personificación de la Periferia era excelente. La Conway cuidaba de su patito feo con buen ojo para la caracterización.

Esperaba que él empezase el ataque. Era siempre un ataque, caballeresco por ambos bandos, con el consenso como objetivo, no la decisión unilateral. Tuve tiempo de notar cómo la sexualidad animal (una sonrisa de niño con dientes de lobo asomando entre los labios, ¡cuidado, vírgenes!) infundía vida a su poco atractivo rostro. De haber sido una mujer más joven, con menos responsabilidades peligrosas que exigían circunspección, quién sabe si no me habría tentado una caída.

Él dijo, con sorprendente respeto en un hombre con tanta autoridad en sus propios dominios:

—¿Conoce usted al señor Nikopoulos, señora?

—Le recuerdo.

Había prometido no extorsionarme. ¿Habría caducado su promesa?

—Él me envía.

—¿No podía venir en persona?

—Pensó que era tarea mía. —¿Sería evidente mi nerviosismo? Él me tranquilizó apresuradamente—: No hay problema. —Luego lo pensó mejor—: Todavía no, por cuando menos.

Aguardé a que corrigiera el pequeño lío de palabras. Con un ligero fruncimiento de cejas reconoció el error, pero lo pasó por alto. La bella Conway, sospeché, le estaría persuadiendo de que aceptase sus fallos de gramática en lugar de exhibir la pedantería de enmendarlos. Una mujer inteligente.

—Se trata del chico —dijo él.

Por supuesto que se trataba del chico. Siempre se trataba del chico. Me habría gustado no haber visto nunca a Francis o no haberme dejado persuadir para introducir un elemento exótico entre mi personal; los beneficios habían sido copiosos, pero las tensiones adicionales lo superaban.

—Tiene que vigilar lo que hace —añadió Kovacs.

Su voz se apagaba tras una especie de pudor vergonzoso. Aquel tenaz afecto por Francis no encajaba aparentemente con su dureza, pero sentimentalismo y pragmatismo van con frecuencia emparejados en la mente, porque cada uno ofrece un refugio contra la tiranía del otro.

—Ya lo vigilo, señor Kovacs. ¿Qué está usted pensando?

—El chico guarda secretos, ¿no? Secretos de usted.

—Algunos.

—Bastantes, imagino. Puede revelarlos.

—¿A quién?

—A personas más influyentes que usted.

Por supuesto, por supuesto.

—¿Esa idea es de Nikopoulos?

—Sí, señora. —Y a desgana—: También es mía.

—¿No confía usted en Francis?

De haber tenido lágrimas, Kovacs las habría derramado en aquel momento por el hijo-que-nunca-fue.

—Es sólo un chiquillo, y todo lo que tiene detrás es la Periferia y son los infra. Le horroriza la chusma.

—Lo sé.

—Señora, ¡envíelo a casa! ¡Su madre y yo le enderezaremos!

¡Billy, unas veces tu gramática y otras tus impúdicos alegatos! Pobrecito Jefe de Torre, afligido por las flaquezas humanas.

La petición llegaba demasiado tarde; tenía que ser franca con aquel hombre en quien había aprendido a confiar.

—Si le devuelvo al lado de su madre, escapará. Sabe bien en qué otros lugares será bienvenido. Me abandonaría hoy mismo si no tuviera dudas sobre mi capacidad de hacerle volver, pero algún día lo hará.

—¿Y a donde iría?

—Al encuentro de alguien que, como usted dice, tiene más influencia, que le protegerá mejor de la larga caída. Usted me conceptúa como una servidora del Estado cargada de poder, pero mi poder es muy limitado y puede ser contrarrestado por otros

que también llevan una segunda contabilidad fuera del alcance de los ordenadores. Retuve en exclusiva la colaboración de Francis, pero al fin me vi obligada a... cederle en alquiler. Ahora tiene fuertes conexiones a un nivel superior al mío.

Sus dientes, grisáceos por la adherente tintura de la mascada, mordieron el labio inferior, traicionando su sufrimiento.

—Pensé que hacía lo mejor por él, que le abría un camino para que progresara.

—Usted lo hizo, y él tomó el camino. Pero es egoísta y, como todos los egoístas, se precipita sobre cuanto desea y comete los errores de la prisa insensata. —Captó el rumbo de mis pensamientos y le oí tomar aliento con un susurro—. Es posible que intente utilizar lo que sabe para arrancarle concesiones a un patrono menos maleable que yo. Todavía no tiene el valor necesario, pero puede ocurrir si adquiere más confianza.

—Le matarán.

Lo dijo como si aludiera a un hecho cotidiano.

—Arreglarán su desaparición —repliqué yo, como si aquello suavizase el significado de las palabras.

Él seguía a merced de sus remordimientos.

—¡Fui yo quien le metió en esto! —Y enseguida, como un colegial asustado—. No me atrevo a decírselo a su madre.

Yo tampoco me habría atrevido.

—Me veo capaz de sacarle de apuros si me entero a tiempo del conflicto, pero ya se ocupará él de que no me entere. Ni es probable que me escuche. La codicia y el miedo son irracionales.

Súbitamente pareció casi alegre.

—Creo que eso podría arreglarlo yo... Encontrar algo que le inspire un miedo todavía mayor...

—¿Usted mismo?

Sonrió ampliamente.

—No, señora, su hermano.

No me agradó lo que oía.

—¿El agente del SIP? Es joven y probablemente está todavía en la etapa de entrega al deber. Nos exponemos a que duplique el peligro que esto encierra para mí y otras personas.

—No, na, ¡naaa, se'ra! —No le había oído un acento infra tan áspero en años—. Teddy está de nuestra parte. Lo mismo que Nick, su jefe.

No voy a pretender que la revelación me sorprendiese; no me dejo engañar más que otros por el ideal de la probidad de los funcionarios, pero tuve la sensación de que ya no entendía la relación de toma y daca entre infra y supra. La idea de que los dedos de araña de Kovacs hurgaran en el SIP era insólita. ¿O acaso estaba el SIP estableciendo una base potencial en la torre?

—Creo que eso es todo, señora —dijo él.

Se levantó y se entretuvo a mi alrededor por si yo tenía algo que añadir.

No se me ocurrió nada que pareciera útil, pero, impulsada por un sentimiento de compañerismo hacia aquel hombre tan atrapado en su mundo como yo lo estaba en el mío, le ofrecí un crudo consejo:

—Olvídese de Francis. El chico para el cual hizo de padre ya no existe.

—No, el pasado no se borra, señora. Un niño pequeño no muere por el mero hecho de crecer.

Un caso perdido. Estoy segura de que, después de marcharse, se puso a trazar planes para el Francis que en su corazón tenía todavía nueve años.

Demasiado tarde pensé en la pregunta que debí haber hecho: ¿cuál era «nuestra parte» y cuál el interés del SIP en Francis?

Kovacs me lo habría dicho si hubiese sido necesario, pero quizás era mejor no saberlo. En cuanto a Francis, ¿qué era lo que yo debía vigilar? Sólo esperaba que mis alarmas internas sonasen cuando algo no fuera como debía ser.

19
ALISON
Año 2051

Durante cierto tiempo, después de que las aguas retrocedieran, vi poco a Billy, pero su conducta siempre había sido impredecible; siempre hubo épocas en que entraba en casa y volvía a salir enseguida, como si hubiera venido únicamente para demostrarme que no me olvidaba. Apartaba de mí su vida infra con errónea gentileza, pero aprendí a no perderme en inquietudes cuando venía bajo los efectos de la violencia, necesitado de masajes o curas. Nunca compareció mal herido: un brazo fracturado, en seis años, no es demasiado, teniendo en cuenta su forma de vida.

La ausencia no me preocupó, pero su comportamiento al regresar me turbó y posteriormente me asustó. No se trataba sólo de que no hubiera pasado ni una noche en casa durante dos semanas, sino de que ahora me besaba en la mejilla en lugar de besarme en los labios y al poco tiempo vi que evitaba totalmente tocarme la piel. Daba la impresión de que antes abrazaría un saco de ropa que mi cuerpo.

Pensé lo obvio, me dije a mí misma (salvajemente) que seis años eran probablemente más que los que muchas mujeres habían tenido de él, y me pregunté por qué se demoraría y no abandonaría ya la escena. Tuve que soportarlo pacientemente, con aquella esperanza que, según dicen, nunca se marchita.

Sin embargo, cuando un sábado por la mañana vino a anunciarme con aire indiferente que al día siguiente Teddy traería consigo a dos amigos, decidí, sin elegir racionalmente el momento, que ya era suficiente, y le grité que mi casa no era una maldita sala de reuniones y que podía llevarse a sus conspiradores a otra parte. ¿Qué inconveniente había, quise saber, en que planease sus bribonadas en casa de su nueva amante? ¿O estaba ella protegida contra la verdad sobre él?

Seguí así como una bruja, inflamada de furia, rabiando por ganarme el bofetón que recompensa a las perras rencorosas y pensando que aquel estrepitoso alivio de la tensión bien valía un cardenal o un diente flojo. La pareja anciana de la otra mitad de la vivienda debió pensar que se cocía un asesinato: su puerta se cerró de sopetón y la llave giró en la cerradura, barricada contra la catástrofe doméstica.

Billy retrocedió ante mi cólera con la boca abierta, como un chiquillo, hasta que me di cuenta, incrédula, de que no comprendía qué provocaba mi furor. Al final me

planté con las piernas abiertas y los brazos en jarras, perfecta caricatura de un marimacho, y le contemplé exhausta, jadeante, mientras él murmuraba y se excusaba, y lo que decía no tenía sentido, y yo titubeaba respecto a mi dudosa victoria. Por último me contó, avergonzado y como si fuera culpa suya, que había una enfermedad en las torres, que había tenido miedo de infectarme porque no existía manera de saber si él podía transmitirla y se rumoreaba que podía contagiarse por el sudor de dos cuerpos en contacto.

Si alguna vez ha existido un idiota brutal y brillante con el corazón blando como la manteca, éste es mi Billy.

—¿Por qué no me lo dijiste, estúpida criatura?

A su manera ratonil y zarrapastrosa, parecía una solterona pudibunda.

—Porque tú no deberías saber cosas como ésa —dijo.

¡Protegida, Dios mío, contra la malignidad del mundo real! Momentos así, ¿son para reír o para llorar?

—Yo no soy de cristal, que no se debe tocar por temor a romperlo.

—Sí lo eres, ¿sabes? —replicó, y me quedé sin habla porque, en todo el tiempo que llevábamos juntos, aquello era lo que más se había aproximado a decir *Te quiero*.

A continuación, con un aire de *Gracias a Dios que ha terminado*, pidió una taza de té y se sentó a la mesa.

Sin premeditación, sin pensar verdaderamente en lo que hacía, me coloqué detrás de él, pasé las manos por debajo de su mentón, empujé su cabeza hacia atrás y le besé de lleno en los labios antes de que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Si la epidemia se te lleva —le dije— no tendrá ningún sentido que yo quede colgada por ahí. Por lo tanto, serás mío para todo mientras sigamos juntos.

—Estás loca —respondió, pero me devolvió el beso.

Más tarde pensé que realmente estaba loca, pero no me arrepentí. Aquella noche se quedó, y yo no me llené de ampollas ni me bajó la temperatura en los días siguientes. En la Periferia o en las torres no se desdeña a la muerte, pero tampoco se la respeta, de modo que aprovechamos temerariamente todas las ocasiones.

El domingo por la mañana fue tan difícil como siempre conseguir que se vistiera en lo que él consideraba su día libre. Su atuendo dominical consistía como máximo en unos calzones cortos, y como mínimo en nada. En su esquelética desnudez, se instalaba en el mezquino césped del jardín trasero «absorbiendo un poco de sol», mientras la vieja señora Sanders cerraba de un portazo su parte de la casa y después figaba por la ventana para ver lo que hubiera que ver. (Que no era mucho, a decir verdad).

Yo quería que se vistiese para que la presencia de un ultra en la casa fuera un acontecimiento (los «acontecimientos» eran raros y se festejaban con café y galletas y mi toque de anfitriona), pero él objetó:

—Array es un infra como yo...

—Es un infra, pero no como tú.

Aquello desató una ligera discusión, pero condujo a un resultado: aunque no se puso calcetines ni zapatos, sí se afeitó y se vistió con camisa y pantalones. Nuestros pocos apañes sociales usualmente zozobraban en locos compromisos.

Los dos chicos llegaron a la hora del almuerzo, permitiéndome desempeñar hasta el límite el triple papel de ama de casa, anfitriona y madre, con una comida que a cada bocado proclamaba su procedencia Parkes, aunque por lo menos la aportación culinaria fuese mía.

Teddy, como de costumbre, se mostraba pulcro y reservado, todavía inseguro de cómo hablarme a mí con libertad, y fríamente educado con Billy, en tanto que su amigo, Arry Smivvers (¿Smithers?) resultaba apenas descriptible. A pesar del calor iba completamente vestido: camisa, chaqueta, pantalones, calcetines y pesados zapatos, pero, o no tenía átomo de gusto, o no le importaba lo que llevara puesto con tal de que pareciese caro. Dudo que a ninguna otra persona le hubiese pasado inadvertido el efecto de la chaqueta roja, los pantalones amarillos, la camisa malva, los calcetines blancos y los zapatos negros. Era bajito, flaco y, a primera vista, frágil (¿cómo habría superado aquellos años de intensa preparación física?), y tenía la cara de un conejo sosegadamente feroz, aliada a la voz aflautada de un niño pequeño.

Habló cortés y superficialmente de esto y de lo otro: me resultaba difícil creer que uno de los intelectos más finos de la ciudad comía a mi mesa. ¡Y de qué forma comía! Engullía los alimentos como si a partir del día siguiente estuviera condenado a ayunar, mientras tanto charlaba como una cotorra. Teddy me había advertido:

—Sólo tiene talento cuando se necesita talento para alguna cosa.

Le creí, por descontado.

En un determinado momento le pregunté si conocía al capitán Nikopoulos, quien debería reunirse con nosotros más tardes.

—¿Nicky? Le conozco hace años. Su padre era mi Jefe de Torre. Todavía lo es, en cierto modo.

Aquello era desconcertante. Yo me había hecho a la idea de los intelectuales infra, pero me resultaba trabajoso emparejarlos con el Servicio de Investigación Policial. ¡Sería sin duda como regalarle un arma a un delincuente! Pensamientos como aquéllos tenían que ser expurgados y reprimidos, tan fuerte era el peso del ayer.

Teddy se percató de mi confusión y se rió de mí:

—Nick es un caballero.

Arry levantó el dedo índice.

—¡A ratos! Nick es un policía de principio a fin, y cuando se muestra franco y abierto más vale no preguntarse qué esconde en la manga, porque nunca imaginarías que una manga pueda ocultar tantas cosas. Pero entre el principio y el fin tiene sus propias ideas sobre lo que es el trabajo de un policía.

—¿Quieres decir que forma parte del circuito de sobornos?

Teddy se quedó atónito al oírme decir aquello sin remilgos, pero Arry rió disimuladamente y su rostro tomó una expresión astuta.

—Él no acepta sobornos, señora Conway, pero los paga. Se entrega él mismo, ¿verdad, Billy? ¿Verdad, Teddy? —Billy había adoptado un aire de juiciosa desaprobación y estaba pálido de ira—. Te convence de la estupenda persona que es, te impresiona, y tú te lo crees y harías cualquier cosa por él. Entonces te tiene atrapado para siempre y ya no te soltará nunca. —Dobló hacia dentro sus flacos dedos hasta cerrar un puño que parecía la pata de un gallo—. Eso es Nick.

Una puede cansarse de personalidades dominantes. Dije con ligereza:

—A mí no me atraparé. Estoy prevenida.

—A usted no la necesita —replicó aquel directo hombrecito—. Ya tiene a Teddy, ¿verdad, chico?

Teddy se ruborizó y guardó silencio. De modo que mi hijo, tan autosuficiente, había encontrado un héroe... Fue grato saber que todavía era humano, un romántico en el fondo del corazón.

Me sorprendí a mí misma plagiando el esnobismo de una mujer de mundo:

—Vuestro Nick no me gusta. Una forma de corrupción no está más justificada que otra.

—Pero ¿dónde iríamos a parar sin ella? —preguntó vivamente Arry. Luego cambió de tono, como si quien hablaba fuera otra parte de su persona, y prosiguió—: Toda transacción persigue una ganancia, por un lado, por otro o por ambos, y la transacción que se dice desinteresada es corrupta por definición. La corrupción es el estado natural de una sociedad que reprime sus excesos por medio de la ley o de la moral, que son, las dos, corruptas en sus efectos y en su intención. —Me sonrió con absoluta perversidad—. Nuestra seguridad y nuestro bienestar se mantienen en equilibrio gracias a la manipulación de las corrupciones, de manera que quizá la palabra que no sea a fin de cuentas tan obscena. Nos preserva de los excesos de una sobrecarga de virtud... que es otra clase de corrupción.

—¿Así que no existe la pureza, sólo el compromiso entre el bien y el mal?

—¿Y quién sabe lo que es el bien y lo que es el mal?

Renuncié a discutir con un ultra guasón, particularmente porque no estaba segura de que bromease. Era extravagante, pero no resultaba fácil contradecirle. Me contenté, pues, con obsequiar a mis huéspedes con mi pequeña cuota de corrupción gastronómica. Si él tenía razón (y posiblemente la tenía), vivíamos en un estado de confusión entre crisis y crisis, salvando nuestro buen concepto de nosotros mismos con la añagaza de aplaudir como triunfos morales e intelectuales lo que no eran sino recursos de nuestra desesperación. Según su concepto, nuestro siglo veintiuno sólo tenía sentido como una carrera para situarse por delante de las consecuencias de su propia corrupción (el Efecto Invernadero entre ellas), con la esperanza de que el futuro ofrecería espacio donde albergar a una humanidad sin rumbo.

Era una maravilla incluso que descubriéramos motivos para reírnos, pero los descubríamos día tras día. Por lo tanto, aun en el caso de que él tuviera razón, no importaba. Sólo cuando se agotara la risa llegaría la hora de las lágrimas.

Hasta más adelante no me di cuenta de que Arry no había pretendido distender una conversación más o menos delicada con unos comentarios sarcásticos, sino que estuvo diciéndome que debíamos mirar a la cara al bien y al mal, a lo justo y lo injusto, si queríamos entender no sólo lo que somos sino lo que podemos ser.

Cuando llegó Nikopoulos, después del almuerzo, no me impresionó. Debo matizar esto: sí era impresionante su animalidad; estatura mediana pero evidentemente vigoroso, con los tallados rasgos mediterráneos que prometen una fuerte personalidad y la dan muy raras veces, y la voz apacible que puede o no puede guardar energía de reserva. Tenía, además, los ojos fríos de un fanático controlado. Mi instintiva reacción fue: físicamente vulgar y tortuoso intelectualmente; no me pareció un hombre adecuado como modelado para Teddy.

Cuando mi hijo me lo presentó, escudriñó mi rostro, aunque sin insolencia, y semejó satisfecho, como si hubiera confirmado alguna suposición.

Le ofrecí café, que tomó sin leche; sonrió y dijo:

—Calidad Royal Papuan, del distrito de Lae. Llega a través del Departamento de Nola Parkes y no es frecuente encontrarlo en la Periferia.

Era exhibicionismo deliberado, pero también una manera de decirme que hoy era un simple ciudadano civil, de acuerdo con sus ropas informales, no un policía. Yo repliqué, acusando recibo del mensaje:

—El salario del pecado.

Y con ello caí en sus redes.

—El salario de Francis —me corrigió, sin perder la sonrisa—, de quien por cierto tenemos que hablar. Teddy le habrá dicho que me intereso por él.

—No, no me lo ha dicho. —Al instante me asusté; procuraba no pensar en Francis con demasiada frecuencia, pero me asusté. Y Teddy esquivó la mirada—. ¿Qué ha hecho Francis?

—Oh, nada todavía. Se trata de lo que puede hacer. ¿Billy?

Tampoco Billy me había hablado de aquello. Ahora describió su visita a la señora Parkes y concluyó:

—Ella le tendrá vigilado, pero temo que es lo bastante listo como para no despertar sospechas. Ingenuamente listo —corrigió—, de modo que puede conseguir lo que persigue y, sin embargo, no prever las consecuencias.

Su tono sonaba práctico, pragmático, pero yo sabía que su corazón, tan poco racional, sangraba por el Francis que había amado. Francis nunca había sido un niño que inspirase amor, pero Billy, amándome a mí, había entregado su afecto al chico para ganarse mi corazón. Las emociones suelen conducirnos por rutas sinuosas.

—¡Envíamelo a casa! ¡Le quiero aquí!

Aquel chillido, mezcla de rabia y dolor, fue mío, pero no me produjo el menor bochorno.

Billy dijo con tristeza:

—No querrá quedarse, lleva fuera demasiado tiempo. Y la Periferia le infunde

tanto miedo como los infra.

—¡Yo le retendré! ¡Yo haré que se quede!

Me concedieron la paciencia de la compasión reprimida, demasiado corteses para tratarme como la imbécil que en aquellos momentos aparentaba ser.

—Yo haré que se quede.

Lo repetí para desafiarles, mientras que, miserablemente, la garganta se me cerraba en un gemido de derrota, consciente de que mis posibilidades de retener a Francis se habían esfumado en el ofuscamiento sexual, tres años antes.

Nikopoulos tendió la mano (una mano sorprendentemente pequeña y delicada, no la zarpa de un patán) para tomar la mía.

—El miedo social es difícil de superar. Los policías lo llaman el Sueño Supra, el temor a caer.

La caída es terrible, ciertamente. Incluso una caída a medias, como la mía, que no llegó al fondo del abismo...

Arry, que no tenía interés personal en la cuestión, sugirió:

—Intimídenle con otro miedo más grande, algo que le asuste tanto que corra a casa en busca de protección.

Para él era un simple problema de comportamiento, susceptible de fácil solución. Billy no replicó, pero Nikopoulos dijo:

—Merece la pena pensarlo. Ten la idea en reserva. Ahora trataremos de cosas más inmediatas.

Mi semihisteria se rebeló contra aquel abominable desplazamiento de la atención hacia otros temas. Le grité:

—¡Quiero a mi hijo!

Las angulosas líneas de su rostro se alteraron; su actitud se tornó enérgica y sombría.

—Y yo quiero que usted le tenga; el asunto no quedará olvidado. —Aunque no me agradó más por sus palabras, dejé de sentirme como una niña a la que ofrecen un dulce para después negárselo; hasta que agregó—: Pero Francis no constituye el principal problema. —Se volvió a Arry, dejándome al margen—. Ésta es tu reunión, Arry. ¿Qué deseas?

El muchacho (costaba recordar que su cara de golfo correspondía a un crío de sólo dieciocho años) ocultaba algo en su huesuda garra cuando contestó:

—Un papel en la obra.

Aquella antigua frase, o alguna de sus variantes, todavía circulaba en la jerga infra, pero no vi que tuviera allí ningún significado. Nikopoulos sí, puesto que dijo:

—Olvídalo. Tú has de ser más que un policía. —Luego, observando la cara del chico, lo entendió mejor y se echó a reír ruidosamente—. ¡Te han pescado! —Arry enrojeció—. ¡Te sobra inteligencia, pero te falta la práctica, hijo! ¡Te pasaste de listo y te han atrapado con las manos en la masa! Ya veo, quieren utilizarte para que hagas un trabajito en su favor. ¿Qué pretende la Sección Médica?

Arry se lo tomó con filosofía.

—Era un plan astuto. Había puesto en acción mi poderoso atractivo sexual... — Esto era difícil de imaginar, pero los hombres más raros tienen espectaculares vidas amorosas; Arry quizá triunfaba allí donde un físico privilegiado y una buena presencia no conducirían a ninguna parte. Me pregunté cómo sería la chica—. Hasta que ella me devolvió la pelota. Conseguí la información, por supuesto, pero luego toda la maldita Sección se me echó encima y me amenazó con cortarme el cuello con la Ley del Secreto de la Investigación si no revelaba quién estaba fisgando en su terreno. Tuve que admitir que era el SIP, pero no mencioné tu nombre, Nick. Están metidos en algo que ha de mantenerse en silencio, y sin embargo les faltan los contactos adecuados para profundizar más. De manera que, si los intrusos hijos de lo que sea del SIP encuentran lo que ellos buscan, no habrá denuncia por injerencias interdepartamentales. Tengo que llevarles lo que quieren o nos iremos todos a paseo. —Burlonamente, se secó una lágrima imaginaria—. ¡Tus prometedores pupilos hundidos en la vergüenza!

Nikopoulos dijo con preocupación.

—No le veo la gracia. ¿Qué he de hacer para salvarte el pellejo?

—Para salvar el mío y el tuyo. —Abrió la mano y mostró una tableta cilíndrica de aproximadamente dos centímetros de longitud, envuelta en polímero transparente—. Averiguar de dónde procede esto.

La tableta de color verde pálido era un elemento familiar: simplemente la razón de que el aliento de Billy tuviera con tanta frecuencia un perfume agrídulce. Nikopoulos hizo ademán de cogerla, pero Arry la retiró. Billy dijo:

—Mascada. ¿Y qué?

—¿Lo es realmente?

—Déjame ver.

Arry le entregó la tableta.

—No la abras.

Billy la examinó muy de cerca con sus débiles ojos y sacó otra tableta suya para compararlas. Arry le previno:

—Por Dios, no las confundas.

—No son exactamente iguales. La tuya es de un verde más azulado. ¿Cuál es la diferencia, aparte el color?

—Que la tuya procede de las fábricas del Estado y ha sido distribuida con los cupones de racionamiento, mientras que la mía procede de Dios sabe dónde y ha sido comercializada por Dios sabe quién. Lo que saben los sanitarios es que la mía salió del bolsillo de un infra muerto, muerto violentamente, no de enfermedad, y que el puma que examinó el cadáver sabía lo suficiente para fijarse en el color. La entregó para que la analizaran, porque la mascada del mercado negro siempre se analiza para determinar su nivel narcótico.

Billy comentó:

—Los muy tontos la hacen demasiado fuerte. Siempre les descubren.

—Esta vez no han podido duplicar exactamente el color porque el componente narcótico es un poco distinto. Tiene que serlo para acomodar el caldo de cultivo.

Todos reaccionamos sobresaltados, excepto Billy, que no conocía el término. Nikopoulos y Teddy se inclinaron para mirar de cerca la tableta.

Fui yo quien preguntó:

—¿Te estás refiriendo a la nueva enfermedad?

—Ya lo creo. La mascada es el primer transmisor. —Sacó otra tableta con una marca roja, le quitó la envoltura y la partió en dos—. Ésta es una simulación. ¿Veis cómo está hecha? El narcótico y el aromatizante están contenidos en estos panales de celdillas, que se abren con la acción de mascar. Esa otra —indicó con la cabeza la peligrosa evidencia que Billy tenía en la mano— contiene además virus latentes en un medio neutro. Cobran vida en presencia de la saliva. No son virus naturales, sino productos de laboratorio.

Hay ideas demasiado grandes, demasiado ramificadas para asimilarlas inmediatamente; perciben su existencia por la vía emocional, y el impacto viene después. Fue, pues, sólo aparente la calma con que yo observé:

—Pero eso significa que la epidemia se ha extendido a propósito.

Él ya se había acostumbrado a la idea y podía adoptar aires de sabihondo:

—¡Exacto!

—¡Matar a la gente de una manera tan horrible!

—¡Oh, pero si no ha muerto nadie! —Los ojos de Arry brillaban como cargados de sorpresas en reserva—. Todos los enfermos se recuperan. Incluso sin tratamiento se recuperan. Una bajada de temperatura, unos pocos días con la mente turbia, que muchos ya la tienen por naturaleza, luego unas temperaturas altas que hacen mutar al virus a una forma inofensiva, y se acabó. Existe cierto riesgo de una infección secundaria, como la pulmonía, pero no es preocupante.

—Entonces, ¿por qué no ha vuelto ninguna de las personas que se llevaron los sanitarios? —inquirió Billy.

—Porque las tienen en cuarentena para posterior observación. La Sección Médica guarda la operación en completo secreto.

Nikopoulos comentó enojado:

—¡Qué no cunda el pánico! ¡Que las víctimas se porten bien! —Aspiró profundamente y levantó la cabeza como el sabueso que ha descubierto un rastro—. Pero los enfermos se recuperan. No hay víctimas, dices.

—¡Oh, sí, las hay! ¡Todos ellos, Nicky! Estériles... hasta el último hijo o hija de madre. —Le hizo a Billy una alegre y pícara mueca—. De esta manera que aquí está la selección de la que cuentan que tú hablas tanto. Muy humana, además... no mucho peor que un vulgar ataque de gripe. Y autolimitada por la seguridad de que no habrá una generación siguiente para transmitirla. —Su buen humor era irritante de por sí, pero lo que le dijo a Billy fue horrible—: ¿Qué se siente cuando uno es el tipo que

siempre ha tenido razón?

Aquello fue cruel. Billy depositó la venosa tableta sobre la mesa y guardó silencio. Más tarde, cuando sólo yo le veía, lloraría por su atroz perspicacia.

20
NICK
Año 2051

Escarnecer a Billy era innecesario, pero Arry, por mucho talento que tuviera, era un infra salido del arroyo, y los infra del arroyo no gastan unos con otros mucha sensibilidad. En cualquier caso, Arry no la gastaba. Pero Kovacs sí; él era una masa de superficies burdas que actuaba constantemente con dureza porque el hombre oculto en su interior sufría. Alison Conway era su anhelado refugio.

A mí no me atraía, en cambio, lo que había debajo de la pulcra superficie de ella. Una mirada bastaba para ver qué era lo que había cautivado al ambicioso pero simple espíritu de Billy; su donaire era la secuela de una gran belleza, pero su aplomo espontáneo (llamado, en su mundo supra, «talante social») hablaba de una dureza subyacente, de una capacidad de cálculo que le permitía sujetar y probablemente manipular a su hombre. Debió irrumpir en su vida como un deslumbramiento, como la encarnación de la «clase» colocada por sorpresa a su alcance, mientras su corazón de infra latía como un tam-tam salvaje y sus avarientos lomos temblaban de ansia a su compás. Había sido un robo; la pobre Vi no tenía nada que hacer frente a aquella seducción. Sin embargo, la pobre Vi gozaba de la confianza de Billy en áreas donde Alison no podía ni entrar; Vi era la firme compañera de batalla del soldado, y Alison la puta de la victoria que debía sacar el máximo provecho de su efímera suerte.

Mientras yo pensaba en estas cosas, ella mostró que además de su eventual valía en la cama poseía parte de la habilidad de Vi para atender a lo esencial. Con un ínfimo asomo de su frialdad de anfitriona, dijo:

—Arry, deja de dramatizar y cuéntanos por qué tienen otros que hacer el trabajo duro. Sin duda la Sección Médica dispondrá de equipos que actúen sobre el terreno.

—Se supone que habría de ser así, ¿no? —dijo Arry—. Pues no lo es.

—Una de las razones —intervine yo— es que los equipos móviles tienen estrictas órdenes de mantenerse lejos del área de las torres.

Billy descargó una palmada sobre la mesa.

—Por eso no ha habido sanitarios desde hace una semana, o más.

—No son necesarios —continuó Arry—. Nadie morirá. Es el contagio por contacto lo que les preocupa, porque hace muy fácil que la epidemia se extienda a las

zonas supra.

Alison no vio sentido en aquello.

—Se extenderá de todos modos. Los soldados van a sus casas con permiso. Solíamos verlos...

—Ahora ya no van, señora Conway, ni los ve nadie. Y no irán hasta que los equipos de virología lo autoricen. Los soldados se quedan en los cuarteles de los Enclaves.

Ella se indignó.

—¿Estás diciendo que los Enclaves han sido sellados? ¿Para proteger a cuatro supra inútiles? Además, nosotros, los periféricos, compramos en las torres. La epidemia saldrá de allí.

Arry la contempló con aprobación por su ánimo, si no por su inteligencia.

—Entonces la Periferia pasará a ser infra —dijo escuetamente—. Siempre lo ha sido, en realidad. Será incluida en la cuarentena. Y los supra no son inútiles, señora... Ellos lo administran todo, ellos trabajan, ellos hacen que las cosas funcionen. Los inútiles son los infra, que han de ser alimentados, alojados y pagados por un Estado en bancarota, sin que den nada a cambio.

—Dos veces he oído la voz de la desertión en mi familia —dijo ella—. La tuya no me suena extraña.

La súbita palidez del muchacho reveló que el comentario había hecho mella en su conciencia. Yo le habría prestado mayor atención, pero Billy intervino:

—Nosotros somos sacrificables; de nosotros se puede prescindir.

Lo dijo sin animosidad: había sido educado en aquella idea. (Aunque él y los suyos no fueran sacrificables. Aunque nadie, de hecho, lo fuese).

Con denodada compostura, Arry prosiguió:

—Las torres no pueden ser selladas abiertamente sin provocar el pánico general; lo que se hace es suprimir todos los contactos posibles. —Miró de hito en hito a la señora Conway—. Aislar a los infra es, simplemente, la amenaza sensata de limitar las pérdidas al ámbito donde mejor se pueden afrontar.

—¡A sangre fría!

—¿Cómo lo haría usted, señora Conway? ¿Dejaría a la epidemia campo libre para que esterilizase a las mejores mentes del Estado?

En el rostro de la mujer se leyó claramente que le habría gustado abofetearle.

—Supongo que no. Pero si es allí donde la investigación debe empezar, ¿para qué sirve el aislamiento?

—Quizá para nada. Depende de cómo se mire. El Gobierno teoriza sobre la posibilidad de que la contaminación venga de fuera de nuestras fronteras. Esto tiene cierto sentido, porque, ¿qué gana un australiano esterilizando a los suyos? En consecuencia, la Sección Médica piensa que los servicios secretos trabajan desde aquel ángulo sin necesidad de acercarse a los infra. Pero también piensa que nosotros podríamos descubrir una pista rápida en las torres.

—¿Todo eso no te asusta? —preguntó ella.

—Yo soy infra. Nací asustado, aunque ahora ya no se note. La supervivencia primero; hay tiempo para asustarse después.

Aparentemente, la posición del Estado parecía razonable, pero a mí me faltaban elementos para emitir un juicio. A pesar de todo, podía ser una acción desde el interior; había posibles compensaciones para la traición.

Alison se dirigió a mí:

—Señor Nikopoulos, ¿qué quiere de usted este joven?

Billy se levantó y estiró sus miembros como tenazas desplegadas, y le dijo:

—Prepara algo de té, madre. Lo que él quiere es lo que ha dicho al principio, averiguar de dónde viene esta mierda verde. Deducimos que los soldados se le dan a las chicas, pero ¿y si fueran las chicas quienes se la dan a los soldados?

¡Oh, cómo se escandalizó!

—¡Pero si los soldados son supra! Ellos no mascan.

Arry le dijo fríamente:

—Sí mascan. Siempre lo han hecho. Los hombres que se aburren se sientan por ahí sin hacer nada... y mascan.

—La depravación no termina en las torres —intervine yo—. Precisamente donde alcanza sus puntos máximos es en territorio supra. Existen supra que se fabrican su propia mascada, cuatro o cinco veces más fuerte y con un aroma incorporado para que sus íntimos no perciban el olor. Aquella concentración genera adicción y puede causar mucho daño.

Alison fue a preparar la tetera y, de espaldas a nosotros, se excusó:

—Sigo siendo una esnob. Todavía creo que hay cosas que los supra no hacen. Disculpadme.

Billy dijo:

—Sea de supra o sea de infra, la mierda huele igual. Lo siento, cariño, pero así es. Y ahora, ¿alguien tiene algo que sugerir sobre la manera en que he de tratar este asunto?

—La manera en que hemos de tratarlo —dije yo—. Puedes tener serios problemas si quien no debe se entera de lo que haces.

—¿Problemas yo? Nicky, soy yo el tipo que crea problemas. Tú no puedes intervenir, de todos modos. Los equipos operativos incluyen al SIP, ¿no? Entonces, no puedes ir a los Enclaves sin que se note tu ausencia. Y si yo cometo errores y organizo un escándalo público, te necesitaré en tu puesto para que me saques del lío.

Su fe en mí era amargamente conmovedora, pero estaba en lo cierto al decir que yo no podía desaparecer ni que fuese por pocos días.

Arry, impaciente, anunció:

—La mayor parte de mi trabajo consiste en estudiar en casa por terminal. Puedo ausentarme sin que se note.

Billy le agarró por el cinturón y le levantó a la altura del hombro con más

facilidad de lo que yo habría imaginado.

—¿Cuánto pesas? ¿Cincuenta kilos? Quizá seas peligroso con un cuchillo, pero se necesitan buenos músculos si te atrapa una pandilla. Me llevaré a Teddy si Nick puede cubrir su ausencia.

—¡No! —exclamó Alison Conway furiosamente.

—Sí —replicó Billy—. Para eso le han adiestrado.

—¡Billy, Teddy es sólo un niño! ¡Señor Nikopoulos!

Le dije, sin el menor placer:

—Le han preparado para eso y yo puedo cubrir su ausencia.

Y créame, señora Conway, dejó de ser un niño hace bastante tiempo.

En el tenso silencio observé que Arry miraba con curiosidad una cara tras otra, estudiando aquel concepto que le era extraño, una familia, y en un momento en que toda reserva emocional quedaba anulada.

Teddy resolvió la situación. Estaba recostado en su silla, balanceándose sobre las patas traseras de ésta, y dijo tranquilamente:

—Me gustará trabajar con papá.

Actor consumado o no, era un triunfo. Ni por un momento creí en la tregua que ofrecía a Billy, implícita en sus palabras, pero me sentía orgulloso igualmente de la forma en que había procedido. La cara de Billy se crispó y después se quedó impasible; quizá le había engañado, o quizá no.

A Alison, creo, no la engañó. Con sequedad, aceptando la derrota, dijo:

—El agua del té ya está hirviendo.

Su rendición era generosa, pero sus dos hijos habían abandonado la protección de sus faldas y tanto al amor como a la autoridad no se renuncia fácilmente. A pesar de todo, no me habría importado estar en el lugar de Billy cuando, más tarde, se retiró con él.

21
TEDDY
Año 2051

I

Tuve que aceptar aquella colaboración. Nick no podía imponérmela, pero la deseaba; era un compromiso calculado, en función del cual me enviaba a aprender los trucos infra de un veterano en quien confiaba para que cuidase de mí. Yo sabía (y ello me amargaba) que Kovacs antes sublevaría las torres contra el Ejército que consentiría que yo sufriera daño. También Nick lo sabía. La pareja Kovacs-Conway era un equipo que había planeado hacía mucho tiempo y que ahora tenía ocasión de poner a trabajar.

Acepté, asimismo, porque Mamá no quería que lo hiciera, y yo no había vuelto a casa para someterme a la servidumbre familiar.

Acepté porque era imposible no hacerlo, una vez Arry hubo efectuado su excitada declaración. Ni podía negarme después de que Kovacs me hubiera elegido como acompañante: él era el último hombre en el mundo a quien permitiría que me considerase incapaz.

Estas cosas estaban claras, pero ¿por qué dije «papá»? No había sido involuntario; era la decisión consciente de comunicar algo. Pero ¿qué? Afecto, no. Ni siquiera esto. Creo que intentaba decirle a Nick que yo podría trabajar con aquel hombre, a Mamá que los resentimientos podían ser dejados de banda, a Kovacs que yo era tan bueno como él (y no lo era), pero que le admitía como jefe en su propio terreno. Le decía (y con solapado pasmo me lo decía a mí mismo) que confiaba en él.

Él pensó que me burlaba.

Cuando los demás se marcharon, se inclinó a través de la mesa, pálido, con los ojos como ágatas ardientes incrustadas en su rostro.

—¡No utilices nunca esa palabra conmigo si no la dices de corazón! ¡Te toleré muchas cosas años atrás, pero hoy no voy a aguantar ni una mierda de un extra fatuo, aprendiz de pasma!

Con su cara a unos centímetros y con una cólera que resultó ser el sentimiento más honesto que jamás vi en él (y con la premonición de que si llegábamos a la violencia yo me echaría atrás porque la razón estaba de su parte), tenía que apuntalar mi propia dignidad mientras aplacaba la suya.

—Usted no me gusta ni me gustará nunca —dije—, pero confío en usted y le respeto por lo que es.

Me dedicó su sonrisa de tiburón, que era peor que una amenaza.

—Y lo que yo soy no es mucho, según crees.

No conseguí dominar mi cobardía para negarlo o buscar una evasiva, sino sólo lo suficiente para sostener su mirada y no decir nada en absoluto. Él asintió enérgicamente para sí mismo y salió del cuarto.

Mamá, que debió haberlo presenciado todo con una especie de horror, exhaló un suspiro y dijo:

—Por lo menos esto aclara la atmósfera. —Situaba un mal momento en inteligente perspectiva—. Pero él siempre fue bueno contigo y es muy vulnerable.

—También lo son sus víctimas, supongo.

—No conozco ese lado suyo, no me deja que lo vea. —Fijó en mí el género de mirada con que imagino que las madres espartanas enviarían a sus hijos a desastres como las Termópilas, orgullo materno sofocando un corazón acongojado—. Cuida de él, Teddy, se está haciendo demasiado viejo para su trabajo.

Por el amor de Dios, ¿quién de los dos le preocupaba?

—Mamá, será él quien cuide de mí, y es el viejo más duro y sinvergüenza que nunca te has echado a la cara.

Pareció absolutamente satisfecha.

Kovacs reapareció vestido de manera más adecuada al concepto que tenía de un domingo (una toalla arrollada a la cintura), tan tranquilo como si sus diques personales no hubieran estado a punto de romperse, y empezó a exponer sus ideas respecto a nuestra operación.

Me quedé fascinado por las fuerzas, no entrenadas pero dóciles, que se hallaba en condiciones de movilizar, y de los extraordinarios riesgos que él y la gente de su torre estaban dispuestos a correr. Podía planear acciones que el SIP, embarazado por los condicionantes políticos y las normas policiales, no se hubiera atrevido ni a soñar. En un determinado momento dije:

—Con esa clase de influencia y el recurso de las torres, podría apoderarse de la ciudad.

—¿Eso crees? Por supuesto que podría. Fácilmente. ¿Y después qué? ¿Acaso

estaríamos mejor cuando terminase el saqueo? La mitad de las funciones de un Jefe de Torre consiste en impedir que las bestias estúpidas se amotinen. Si nosotros domináramos la ciudad, no sabríamos siquiera cómo hacer funcionar el transporte, y mucho menos la Sección Médica o el suministro de alimentos. Melbourne se moriría de hambre antes de que saliéramos de ella. Nunca des a las personas lo que quieren: es malo para ellas y para los demás.

De este modo comprendí un poco mejor cómo se mantenía el equilibrio entre los supra y los infra: éstos lo respetaban porque sin él vivirían aún mucho peor.

Kovacs preguntó:

—¿Sabías que los infra están más sanos que los supra? Hay estadísticas que lo prueban.

—No lo sabía. ¿Cómo es?

—Dieta. Calorías, proteínas, vitaminas, todo eso: compensado. Reciben lo suficiente de todas las cosas necesarias y adecuadas. Los supra consiguen con sus cupones todos los lujos y requisitos, con los cuales se vuelven gordos, lentos y enfermizos. Es un chiste dedicado a ti.

La cara agria del mundo también tenía su sonrisa.

—Otra cosa —añadió—. Nuestros infra viven mejor en muchos aspectos que la mayoría de la gente en todo el curso de la historia, con excepción de una parte del siglo pasado.

Aquél era uno de los hechos abrumadores de nuestra sensación de pobreza general: en la mayoría de los períodos históricos nuestros pobres habrían sido envidiados, porque por lo menos estaban alimentados, alojados y atendidos médicamente. Lo que les faltaba era la esperanza de tener algo más.

Mi visión de los infra se modificó por enésima vez escuchándole describir una comunidad a un tiempo desorganizada por su carencia de objetivos y estrechamente unida por sus propias convenciones y preocupaciones. Existía orden porque una mayoría insistía en el orden, y desorden porque una minoría no quería ser ordenada; había bloques de pisos donde reinaban la paz y el espíritu comunitario, y había pisos enzarzados en guerras sangrientas; había estratos sociales, con las familias de los jefes en el vértice y golfillos callejeros tratados a puntapiés en la base y, en medio, esnobismo de presuntuosos semiliteratos, grupos de aficionados a los juegos, cómicos, cantantes, actores, valiosos comerciantes, e incluso ejemplares de una fauna tan exótica como la de los artistas.

—Hay de todo en las torres, pudriéndose porque los buenos cerebros no tienen nada en que ocuparse.

—Falta algo —sugerí yo—: Escondrijos.

—¿Para qué?

—Sexo. ¿Dónde se dedican a retozar las chicas y los soldados?

—¿Te refieres a dónde está el picadero? En la pista de asalto. ¿Sabes dónde es?

Yo no sabía qué era, y menos dónde estaba.

Él cambió burlescamente a la jerga infra.

—Na s'as mu'o, sosupra.

Reconocí que no sabía todo lo que necesitaba saber.

—Na s'as na. Yo t'searé.

—Tendrás que hacerlo.

—¡Infra!

Quería decir que hablase en infra.

—Sip. Tú m'searás to.

A partir de aquel momento hablamos como él deseaba. Era algo más que una manera de practicar la jerga; era una astuta superación de las barreras sociales establecidas por una gramática y un acento superiores. Kovacs era un psicólogo práctico. Supongo que tenía que serlo por fuerza.

Trazó unos diagramas en trozos de papel para mostrarme cómo las torres de Newport se distribuían a partir de un punto central, con los cuarteles militares en su pivote y, detrás de ellos, una extensión de terreno baldío que llegaba hasta el río. En aquel terreno estaba la pista de asfalto, una especie de pista de obstáculos sembrada de trincheras y alambradas y barricadas utilizadas en la instrucción de los soldados de infantería. Se me ocurrió que la mayor parte del tiempo estaría bajo las aguas, pero resultó que había sido construida a suficiente altura para que la sudorosa soldadesca la usara con más frecuencia de lo que habría deseado. Las tropas aprovechaban las sombras y cavidades para reunirse con las muchachas y copular, según Kovacs, nueve de cada diez noches. Las chicas se aproximaban a hurtadillas por el flanco, vadeando las aguas desbordadas del río, y trepaban a la pista por medio de cuerdas que les arrojaban desde lo alto.

Pero ¿cómo establecían contacto para concertar las citas?

—¿Concertar citas? —repitió Kovacs, divertido. (Continuábamos hablando el dialecto infra, pero olvidémoslo porque se haría incomprendible)—. Tú has sido educado entre gente fina, so supra. Las chicas, desde abajo, silban.

—¿Y se lían con quien quiera que responda?

—¿No te gusta la idea? Teddy, esas criaturas venden su cuerpo, no se dedican a devaneos sociales. Es su negocio.

—¿Por comida?

—A veces. Depende de lo que sus chulos les ordenen que pidan. Últimamente piden mascada... La nueva, la que es extra fuerte, es la que les gusta, Dios les ampare.

—Así pues, usaremos a una chica para averiguar dónde consiguen la mascada los soldados.

—¿Te figuras que se lo dirán?

No, pensé que no se lo dirían.

—¿Entonces, qué?

—Lo que haremos —dijo Kovacs— será encontrar una muchacha que nos ayude

a secuestrar a su soldado. Él me dirá a mí quién le suministra.

No me gustó cómo sonaba aquello, pero no era momento de discutir el tema; deberíamos actuar sin un grado de violencia indecente.

—¿Dónde encontraremos la chica? —pregunté.

—No la encontraremos nosotros. Nosotros no haremos absolutamente nada que permita suponer que intervenimos. Si despertamos las sospechas de alguien, será Nick quien se jugará el cuello. No, mis chicos organizarán lo de la muchacha. Les resultará mucho más fácil a ellos que a ti y a mí.

Y así fue. Dos días después recibimos un mensaje de Vi anunciándonos que ya tenía su pájaro en la jaula.



Volver de día a la Veintitrés fue una prueba para mi capacidad de adaptación. Tener el aspecto adecuado, despedir el olor adecuado, hablar fluidamente de la manera adecuada, no bastaban. Los hombros fortalecidos por años de ejercicio físico tenían que caer con indolencia y el paso gallardo y castrense convertirse en un ocioso arrastrar los pies. Yo debía ser infra sin esforzarme visiblemente en ello. En un escenario puedes valerte del gesto, de la expresión, de la inflexión de voz para convencer a una audiencia predispuesta, pero en los corredores de la torre necesitaba ser correctamente indetectable. Era un reto similar a la más difícil de las tareas que puede desempeñar un actor, que es la de situarse recatado y sin llamar la atención en el centro de una escena.

El nerviosismo aguzó mis dotes de observación. Vi a los infra a la luz de lo que Kovacs me había enseñado, notando que algunos iban vestidos, mientras que otros meramente se cubrían, y cómo contrastaba el cuidadoso ritual social con la conducta insensible y ruda. Me llamaron especialmente la atención los niños y el hecho, que se me antojó paradójico, de que fueran generalmente ruidosos, activos y felices. («¿Por qué no habrían de serlo?», preguntó Kovacs. Sí, ¿por qué no? La mirada del niño no se fija en las cosas que no tiene. Esto viene después). Irrumpían en grupos en los corredores y los adultos les cedían el paso en lugar de empujarles u ordenarles que se apartaran, que era lo que los supra habrían hecho con sus propios hijos. Recordé vagamente haber leído que las sociedades primitivas tenían aquella misma actitud respecto a la infancia y que los psicólogos hablaban favorablemente de ella. El Estado debería aprender de los infra unas cuantas cosas.

Los adolescentes eran menos seductores, más sucios que sus mayores, e iban también más desaliñados. Se reunían en grupos y se comportaban más como bandas, adoptando el aire de violencia que busca un pretexto para manifestarse. Conocían a Kovacs y le ignoraban deliberadamente, como en rebeldía contra su autoridad, pero se percataban de su presencia y ello era un signo de respeto, aunque involuntario.

A aquellos adolescentes se debían probablemente los grafitos.

Las paredes estaban cubiertas (literalmente llenas, invadidas, ocultas) de trazos y dibujos acumulados desde el día de la inauguración de la torre, décadas atrás. Había escritas pocas palabras (éstas en su mayoría obscenas y plagadas de faltas de ortografía) y no muchas muestras de pensamientos o ideas, pero entre los cuerpos deformes y los monstruosos genitales torpemente dibujados aparecían algunos rasgos de arte espontáneo, diseños chocantes que retenían tu mirada, yuxtaposiciones de colores que halagaban la vista. *Pudriéndose porque los buenos cerebros no tienen nada en que ocuparse.*

Subir aquellas escaleras requería entrenamiento y músculos de montañero en las piernas; llegamos al piso de Kovacs con mis muslos y pantorrillas medio pulverizados. Allí fuimos saludados por lo que parecía un corredor entero lleno de niños, una arremetida de gritos concentrados en Kovacs, con una queja unánime:

¡Tía Vi nos ha echado a patadas!

Cuando él dijo que quizá su esposa quería estar sola y tener un poco de paz, una niña de unos siete años le replicó:

—No, no quiere eso. Tiene a Bettine ahí dentro.

—¿Qué Bettine?

—Bettine la Zorra, de la Cinco.

—Ah. Muy bien, largo, ¡largo todos!

Se apartaron de la puerta, pero formaron un semicírculo, sin mostrar intenciones de marcharse, hasta que él vio lo que algún artista local había hecho en aquella. Un pene sobrehumano, toscamente delineado, había sido pintado sobre otras decoraciones más antiguas con algún producto blanco, húmedo y brillante. Más abajo, en letras temblorosas, se leía: EL GRAN BILLY.

Kovacs, inequívocamente halagado, bramó:

—¡Ojalá fuera cierta la mitad, bibrones! —Los chiquillos chillaron de alegría y se alejaron corriendo—. No vale la pena quitarlo. Por la mañana habrá otro.

Cuando abrió la puerta y se apartó para dejarme pasar, surgió desde el interior del apartamento una pequeña arpía que gritaba, escupía y se debatía desenfrenadamente y que cargó contra la boca de mi estómago... La agarré, y entonces intentó darme un puntapié en los testículos y me clavó los dientes en una mano. Kovacs lanzó una maldición, consiguió asirla por la cintura, la transportó al interior y cerró la puerta antes de dejarla caer.

Ella se quedó, de rodillas donde había caído, mirando fijamente a Vi, quien se hallaba sentada en su mecedora, interesada pero impasible. La arpía le chilló a

Kovacs:

—¡Tu maldita vieja me ha pegado!

Vi murmuró:

—Te pegaré más fuerte aún si no vigilas lo que dices.

Bettine aporreó el suelo en un acceso de rabia que a mí me pareció más bien coraje fingido para encubrir el miedo. Kovacs echó una mirada a mi mano, que sangraba, y dijo:

—Lávate eso enseguida.

Vi se levantó de la mecedora.

—Han cortado el agua, pero hay té frío en la tetera. Podéis usarlo.

Me condujo a la cocina, derramó té frío sobre el mordisco de Bettine y abrió un tampón antiséptico (¿hurtado quién sabe dónde?) para que me secara la mano con él; luego me dio una pieza de tafetán adhesivo para cubrir las marcas de los dientes. Cuando envolvió el tampón usado en un trozo de papel y le prendió fuego, yo pregunté:

—¿Cree que puede llevar veneno en los dientes?

—Es posible. Ha estado comerciando con mascada.

Hasta aquel momento no se me había ocurrido lo obvio, y no sé exactamente cómo me sentí. Quizá no había nada que sentir, porque tampoco había nada que hacer. Yo estaba infectado o no lo estaba. Si lo estaba... Mi primer pensamiento fue para mi futuro con Carol, y aquello desató en mí un pánico glacial.

—Mala suerte, pasma —dijo Vi—. Gajes del oficio, ¿eh?

Su llana brutalidad me devolvió la conciencia y el control.

—Usted lo ha dicho.

Me pareció que mi voz sonaba firme.

Ella respiró profundamente, y un estremecimiento sacudió su copiosa envoltura de grasa.

—Celebraré que no te hayas contagiado, aunque no les tenga a los Conway ningún cariño.

—Ni yo a Kovacs y su prole.

—¿No? —Agitó un dedo ante mi rostro—. Al final te convencerá.

—Y una mierda.

Frunció el entrecejo y, súbitamente, me dio una palmada en la cara.

—Ya sabes que no tolero malas palabras en mi casa.

Medio aturdido, con los ojos clavados en el parche de tafetán y la mente en lo que había debajo de éste, articulé una especie de disculpa.

Bettine se había calmado y mi aspecto debía ser miserable. Kovacs me miró la mano, apartó la vista enseguida y murmuró:

—A ningún precio habría consentido que esto ocurriese. —La chica no parecía enterarse de que el asunto le concernía muy seriamente, pero Kovacs estaba profundamente turbado cuando me preguntó—: ¿Cómo se lo voy a decir a tu madre?

Su desaliento, por contraste, me devolvió la energía, el aplomo, la capacidad de decisión.

—¿Por qué decírselo? Quizás hemos actuado a tiempo. El virus es muy débil cuando está expuesto.

Él sacudió la cabeza con amargo disgusto. Yo descubrí en el rostro de Vi, antes de que la disimulara rápidamente, una extraña expresión, mezcla de malicia, satisfacción y piedad.

Kovacs, incapaz de contenerse, trasladó su atención a Bettine.

—Me dicen que jodes con un soldado. —Vi abrió la boca para recurrir a sus normas de lenguaje, pero la volvió a cerrar. Él añadió—: Eres menor de edad, ¿no?

La muchacha le escupió su respuesta:

—Tengo diecisiete años.

Vi intervino:

—Según el registro tiene catorce. Es la hija mayor de Sally Beech, la que vive allá abajo, en la Cinco. La llaman Bettine la Zorra. Es una camorrista.

—Y otras cosas —dijo Kovacs—. Busca camorra en demasiados sitios a la vez. ¿Quién es tu soldado?

—¿Qué soldado?

—El soldado con quien jodes. El que te da esto.

Sostuvo en alto una tableta de mascada verdeazulada.

—Váyase al carajo.

La forma en que él le soltó un bofetón en plena boca pareció apática, desgana, pero el golpe sonó como un trallazo. Sorprendí en Kovacs un asomo de vergüenza mientras la chica chillaba y se arrastraba bajo una de las camas. Desde la semioscuridad de su refugio, ella le increpó:

—¡Hijo de puta!

—Quién sabe... A ver, ese soldado...

—¿Qué soldado?

Vi dijo cansadamente.

—Déjalo correr, niña. Mis chicos te vieron con él anoche. Tú no eras la única que zanganeaba por la pista de asalto. Por eso te han traído aquí.

Ella vociferó:

—¡Espere a que pille a esos hijos de puta! ¡Espere y verá!

—¿Dónde está Stevie? —preguntó Kovacs.

—¿Qué Stevie?

—Tu chulo. El que te envía a los soldados para conseguir mascada.

La muchacha se tomó tiempo para convencerse de que Kovacs sabía más de lo que sus negativas podían evadir, y luego dijo lúgubrementemente:

—Está enfermo.

—¿Muy enfermo?

Ella se encogió de hombros.

—Tiembla y habla de una manera rara.

—Jodes con él, ¿no es así?

—Por supuesto.

La chica podía ser transmisora; inmune ella misma, nunca enferma, dispensadora imprudente de traicioneras delicias sexuales. A mí me escocía la mano mordida.

—Bueno, no morirá por ti.

—¿Qué más da si muere o no? Hay chicos a montones.

—Te zurra, ¿no?

—¿No lo hacen todos?

—¡Valiente novio!

—Todos son iguales. Una mierda.

Kovacs volvió a mostrar la tableta.

—¿Masca?

—Seguro.

—¿Y tú?

—Seguro. —Con petulancia, añadió—: No de la buena. Ésa se la guarda para él, mierda, el muy hijo de puta.

—La mascada buena es la que le ha hecho enfermar.

La chica dijo, con el aburrimiento de la incredulidad:

—Y un carajo.

Costó mucho persuadirla. Costó mucho más aún que aceptase la idea de que su generoso soldadito supra estaba causando cierta clase de daño misterioso, quizá no de manera intencionada. Cuando quedó claro que la mascada era responsable de la enfermedad de Stevie y de su mente errante, y acaso también de las dolencias de varias docenas de niños más, Bettine cesó de mostrarse dura y se acurrucó llorando bajo la cama. Vi se levantó trabajosamente para sacarla a rastras de allí y consolarla en su enorme regazo.

A la hora de convencer a la chica de que acudiera todavía a una cita más, y basta, con el soldado (éste la esperaba la noche del siguiente jueves, dos días después), ella se mostró maleable. Kovacs le presentó la historia como una trama de intriga novelesca, como una bella espía arrastrando al enemigo a su condena, y Bettine la engulló como chocolate. Por añadidura, consideró que debía hacerle pagar a aquel hijo de puta la enfermedad de Stevie.

Tras haberla enviado a su casa, Kovacs me dijo:

—Mejor será que regreses a tus cuarteles y hagas que los sanitarios se ocupen de ti.

Intenté dar la impresión de que no estaba dispuesto a escabullirme en busca de su protección como un conejo asustado.

—Volveré el jueves por la noche.

—No, no, quédate fuera de esto. Todo lo que he empezado con vosotros, chicos, ha salido mal.

Su propensión a darse puñadas en el pecho me hacía a mí mismo más obstinado.

—Trabajo para Nick, no para usted. Si no me he contagiado seguiré adelante con mi tarea, y si me he contagiado valdrá más que siga, que no me siente por ahí a esperar los síntomas y a compadecerme de mí mismo.

Se cubrió el rostro con las manos.

—Soy yo quien se compadece. —Pero no discutió—. Te esperaré al pie de las escaleras.

Lo último que vi al salir fue la gran cara de Buda de Vi, su máscara de malicia mezclada con piedad.



Pensé que Nick reaccionaría mal cuando, aquella tarde, le informé del mordisco. Quizá fue así, pero su respuesta fue práctica:

—¿La chica dice que no consume la mascada tóxica?

—Eso es. Pero duerme con su chulo, quien precisamente ahora está enfermo. Puede ser transmisora.

—Seguro que lo es.

En medio de la confusión de mis ideas y sentimientos, dije:

—Quiero casarme.

—Con Carol. Ya lo sé.

Lo sabía todo, ¿no? Su existencia era lo que el binomio amor/odio significaba para mí.

—Pero si pido ayuda a los sanitarios querrán saber cómo he pillado la enfermedad, y esto le hundirá a usted en la mierda. Nos hundirá a los dos. El SIP se habrá acabado para nosotros.

—No, eso no ocurrirá, chico. La Sección Médica mantendrá la boca cerrada. Desde el momento en que accedimos a desempeñar esta misión, la Sección perdió todo el poder de perjudicarnos. Connivencia. Actuaremos por intermedio de Arry, ya que él es quien tiene los contactos.

Localizar a Arry por la trivlínea no fue empresa fácil. Las tentativas en las posibles jurisdicciones dieron por resultado, en unas, que acababa de marcharse, y en otras que llegaría más tarde. Nick persistió, perfectamente impasible, mientras yo procuraba no perder la calma que su ejemplo exigía, y soportaba la tensión de mi mente. El pensamiento de Carol y de un futuro impotente arrancaba lágrimas de mis

ojos, que Nick simulaba no ver.

Al cabo de cincuenta minutos localizó a Arry, entre todos los sitios posibles, en un seminario interdisciplinario: sólo bajo amenazas la secretaria se avino a hacerle salir de la sesión de trabajo. Al propio Arry no le gustó; hubo que discutir con él.

—No, Arry, no puedo, no en una línea pública... Por el amor de Dios, es urgente. Teddy está en un apuro... No, ni siquiera una hora, nada, ya hemos perdido demasiado tiempo... No puedo decírtelo... ¿no te da esto un indicio? Sí, sí, ¡es así de grave!

Desconectó el triv, me miró sombríamente y dijo:

—Vendrá.

Llegó a los veinte minutos. El pánico por lo que me había ocurrido le duró diez segundos, y enseguida tomó en consideración a los sanitarios.

—El hecho es —dijo— que probablemente no habrán visto nunca un caso en que la infección haya sido tan reciente. No querrán desperdiciar la ocasión de examinarle.

Yo repliqué ásperamente que quería que me curasen, no que me investigaran. Tuvo la gracia de desconcertarle.

—Con tanto secreto, no sabemos cuánto habrán progresado por el camino de la curación. Mis contactos lo ignoran... o dicen que lo ignoran. Así que, actuando tan desde el principio... Vamos, no nos entretengamos más.

Nick nos despidió con un «buena suerte». Su tono era preocupado, pero ¿cuánta preocupación podía permitirse? Por definición, el trabajo en el SIP debía ser algunas veces peligroso.

Fuimos directamente a la Sección Médica, en los límites de la ciudad, muy fuera del Centro; en un disperso complejo hospitalario heredado del pasado siglo. Arry localizó a su contacto por el intercomunicador, desde la planta baja, y tras la agitación que se produjo cuando dio su nombre, fuimos remitidos a la Habitación 717.

Subimos a la planta séptima en un ascensor expreso. La siete-dieciséis era una sala de espera con butacas profundas, una mesa y una muchacha vestida de enfermera. La chica saludó a Arry con una media sonrisa de complicidad que sugería que era ella la persona que le había atrapado en el juego sexual iniciado por él, y con perceptible condescendencia dijo:

—¿Un resultado tan pronto? —Me miró con aire satisfecho—. Es joven para ser un policía, ¿no?

—No hay resultado todavía —dijo Arry.

—¡Un crío haciendo un trabajo de hombre! ¿Es así? —Reía con ganas—. Entonces, ¿qué quieres? Aquí no deberías dejarte ver.

—Está infectado.

La muchacha se separó un paso de mí. Pudo haber sido por la inesperada declaración de Arry, o pudo ser una reacción de temor. Arry se vengó de sus ironías:

—Ya sabes que el virus no se transmite por el aire. Tendría que haberle dejado que te restregase con la mano. Un poco de sudor...

La insolencia de ella se evaporó.

—¿Cuándo ha pasado?

—Hace unas cuatro horas. Quiero que os ocupéis de él.

—El tratamiento... Bueno, realmente no saben...

Con mano insegura se acarició la mejilla para apartar un bucle de cabello rubio.

—¡Avisa a Arnold! —Gruñó Arry.

La muchacha se marchó rápidamente, con apariencia preocupada, y reapareció a los pocos minutos para conducirnos a un gabinete de cirugía. Un hombre sentado tras un escritorio la despidió con un movimiento de cabeza. Arnold, supuse. A mí me miró con tanta fijeza que pensé que no estaba seguro de sí mismo y que trataba de dominar una situación que le turbaba en exceso. Apenas saludó a Arry, para dirigirse a mí con lo que debía creer un tono autoritario:

—Cuénteme qué ha pasado.

Lo hice, sin mencionar nombres ni dar el número de la torre ni el distrito. Él chasqueó los dedos, irritado.

—De modo que no hemos adelantado nada. Lo de los soldados ya lo sabemos. La cuestión es: ¿dónde se contagian?

—Eso lo averiguaremos... después de que me hayan tratado.

—¿Coacción, agente?

—Digamos que estamos unos en manos de otros.

—Cierto. —Levantó la cabeza en dirección a Arry—. Debe usted retirarse antes de que sea demasiado tarde.

—No puedo. Teddy es mi compañero. Le ayudaré a salir del lío.

—No es necesario —le dije yo—. Más vale que te marches.

—Yo soy el primer responsable de esto, de modo que me quedaré por si acaso sirvo de algo.

Percibir la firmeza de aquel frágil cuerpo contribuyó a perfilar la imagen cada vez más clara que de la solidez fundamental del estrato infra se iba formando en mi mente. Arry habría sido mucho más sensato marchándose, pero este pensamiento se diluyó en la cálida sensación de tener un amigo a mano cuando yo estaba solo ante el peligro y asustado de la cosa que llevaba en mi interior.

Arnold me dijo:

—Puede usted no estar infectado.

—¿Se hace una prueba?

—Sí.

—Bien, cuando quiera.

Se levantó y salió de detrás del escritorio.

—Arremánguese —dijo. Abrió un armario de la pared y sacó los instrumentos necesarios para una toma de sangre. Al pincharme una vena, preguntó—: ¿Cómo se llama, agente?

—¿Se lo he preguntado yo a usted? Sé que le llaman Arnold. Es suficiente.

No contestó. Llenó una jeringa de sangre y se la llevó por una puerta interior. A los quince minutos volvió con la cara pálida del jugador que ha perdido una partida sin posibilidad de desquite. Supuse que había tenido que cubrirse informando a algún superior, a alguien que se había enfurecido ante el riesgo de contaminación que yo representaba.

—Está infectado —dijo secamente.

—¿Y ahora qué?

—Supongo que tendremos que hacer algo por usted.

—¿Supone?

Extendió los brazos con sincera aflicción.

—Sí... ¡lo supongo! No es seguro, pero lo intentaremos.

Yo dije, acosado por una mezcla de temor y esperanza y forzando la mano:

—Mejor será, joder, que sea seguro. Déjenme en la estacada y hablaré con todo aquél que quiera escucharme. Incluyendo los infra.

—Venga conmigo y no diga tonterías. —Miró ceñudamente a Arry—. Puede usted venir también y comprobar que jugamos limpio, si cree que ésa es su obligación.

Fue entonces cuando me di cuenta de que aquella gente podía matarme para eliminar un estorbo, y que posiblemente saldría impune.

Arnold me informó con enojada seriedad:

—No pretendo abrirle en canal ni extirparle nada. —Supongo que sonreí, porque me devolvió una sonrisa amarga—. Lo que voy a hacer es cocerle.

No contesté. Mejor era dejarle que se divirtiera y confiar en que sólo fuese una diversión.

Nos condujo a un quirófano de anfiteatro.

—No habrá otro personal presente; cuanto menos sepan de esto, mejor. Lo primero que debo averiguar es si está usted en condiciones de ser cocido. Quítese la ropa. —Me despojé de la camisa, los pantalones y los zapatos—. La ropa interior, todo. Parece usted bastante saludable.

Me sometió a un examen rutinario completo, incluida una cardiografía.

—Sería muy desagradable que le diera un colapso en el horno. Difícil de explicar que se ha cocido a un policía sin autorización.

Arry decidió que aquello era cómico y rió ruidosamente: era un entusiasta de los chistes morbosos. Yo guardé un silencio hostil, cosa que siempre pilla a los chistosos a contrapié.

—No es broma —dijo Arnold—. Aquí está el horno.

Se trataba de un cilindro de acero de dimensiones suficientes para contener a un hombre, con una ventanilla en lo que entendí que correspondía a la «cabeza», un manojo de cables conectados en toda su longitud y un tablero de mandos no demasiado complejo.

En medio de su hilaridad, Arry farfulló:

—¿Carbón o gas?

—Una especie de microondas. En muchos aspectos, casi lo mismo. —Se me acercó con una jeringa y yo levanté el brazo. Seleccionando una nueva vena, añadió —: ¿No le interesa lo que le hago?

—Sí me interesa.

—¿Quiere que se lo explique?

—Simplifíquelo.

Fuera lo que fuese lo que había en la jeringa, pasó a mi flujo sanguíneo.

—La dificultad de los virus es que se esconden en las rendijas. Invaden las articulaciones, el cerebro, los ganglios linfáticos, el hígado, y tenemos que expulsarlos a chorro de sus escondrijos. Para eso sirve la inyección. Trastorna los órganos donde se han refugiado, cosa que no les gusta. Escapan a las venas y arterias, de las cuales el cuerpo puede volver a expulsarlos de forma natural... después de muertos. ¿Me sigue? —Asentí—. El juego, entonces, consiste en matarlos allí donde pueden atacarlos los sistemas de eliminación. Usted sabe, supongo, que este virus cambia su estructura para defenderse de los medicamentos... pero no soporta un verano largo y caluroso. Por lo tanto, crearemos un ambiente de unos cinco grados de temperatura corporal por encima de la normal y durante varios minutos. Aproximadamente ocho. Para un cuerpo, este calor es mucho, y en términos víricos equivale al verano largo y caluroso. Puede causar la muerte a los humanos si sus corazones no tienen la resistencia suficiente, y durante esos minutos se está al límite del riesgo. No creo que dañen a un joven saludable como usted, pero existe la posibilidad. Existe incluso la de muerte. ¿Un riesgo aceptable?

—Bastante —dije yo, fanfarrón, duro, pero temblando por dentro.

Apoyó contra mi brazo un vaporizador cutáneo y apretó el resorte.

—Un soporífero.

Antes de que empezaran sus efectos, dije:

—Arry, llama al jefe y cuéntale lo que pasa. —Pregunté a Arnold—: ¿Cuánto durará esto?

—Si sale usted vivo, será antes de una hora.

—Dile que le veré esta noche, Arry.

Arnold preguntó como al descuido:

—¿Quién es su jefe?

Un aficionado...

—¿Quién es el suyo?

Frunció los labios.

—Le conocerá antes de marcharse.

Yo no podía dejar pasar la ocasión.

—Dios quiera que no conozca usted al mío si esto sale mal.

Él se dirigió a Arry:

—Llame a ese maldito tipo. No empecemos una pelea de colegiales.

Era una desfachatez, viniendo precisamente de quien fomentaba la beligerancia. Pero, cuando Arry salía, empecé a notar la distensión.

—¿Fatigado?

—Sí.

—Suba aquí. —Me ayudó a subir a un estrecho carrito que, según vi ya nebulosamente, encajaría en unas aberturas del extremo del horno, y me empujó hacia éste. Se inclinó sobre mí para ofrecerme un último consuelo—. Hemos ensayado este aparato con tres clases de monos y un gorila muy ofendido, así que sabemos que funciona. Con monos y gorilas. Uno nunca puede estar seguro de que el organismo humano vaya a reaccionar exactamente igual: el noventa y nueve por ciento no es un grado de seguridad suficiente. ¿Algún último deseo? ¿Por si acaso?

Arnold debía haber recibido incuestionablemente carta blanca de sus superiores, pero sólo un monstruo habría llevado las cosas tan lejos, salvo que estuviera mucho más convencido del éxito de lo que demostraba.

Yo me deslicé apaciblemente en el sueño.

Desperté bajo unas mantas, con dolor de cabeza y aquella peculiar frialdad de la carne que aparece después de haber sudado mucho, y con la sensación general de querer dormir indefinidamente. Debió de haberme despertado la punzada de la aguja: Arnold extrayéndome más sangre.

Arry acudió a mi lado con una inesperada taza de té, y forcejeé para enderezarme. El cansancio me golpeó como un bastón, pero confié en que pasaría. El té era de la calidad barata que se encontraba en las teteras de las cantinas, agrio en comparación con el de contrabando que había en casa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Arry. Yo asentí—. Se lo he contado al jefe.

—¿Qué ha dicho?

—Que te recomendara confiar en que tus infortunios, al final, serán mínimos.

Sí, lo habría dicho, porque una broma borra las lágrimas.

Arnold, que manipulaba unos tubos de ensayo en una mesa de laboratorio contigua a la pared, dijo sin mirar hacia nosotros:

—Bébase el té y tome una ducha en el cuarto que está al otro lado de la puerta. Apesta como un infra.

—¿Cómo lo sabe?

Debí de haber previsto la respuesta:

—Porque nací infra.

¡Oh, la superación del orgullo del propio origen! ¡El orgullo de la condición de extra! Ahora que él lo había mencionado, pude detectar vestigios en su manera de hablar. Varios de los hombres más capaces que entonces conocía habían nacido infra. Ello tendría algún significado. Lo pensaría más tarde.

—Cuando se haya vestido —agregó Arnold— verá a alguien que le está esperando.

—¿Su jefe anónimo?

—Alguien.

Colocaba los tubos de ensayo en un soporte, cada uno con una pequeña cantidad de líquido de diferente color, ordenados desde un escarlata venoso, pasando por un rojo azulado, hasta un rojo claro.

—¿Está limpio el conejo de Indias? —pregunté.

—Todavía faltan un examen microscópico y un recuento.

—Por lo menos sigo vivo.

—Sí. —Se hubiera dicho que le dolía—. Tómese su ducha.

El agua me alivió, pero continuaba sintiéndome como la ira de un dios vengador. Arnold pareció pensar también que aquél era mi aspecto, porque me dio una poción indefinible, de gusto áspero, y me hizo sentar durante cinco minutos. Fuera lo que fuese lo que bebí, ayudó.

—Eso le aliviará temporalmente —precisó él—. Dije que le cocería y le he cocido, pero se recobrará pronto. —Dio instrucciones a Arry—: No le deje hasta que le haya llevado a casa.

—Puede estar seguro —dijo Arry—. No me perdería ni un compás de esto.

Por lo menos, pues, uno de nosotros lo estaba pasando en grande.

Zumbó un interfono y Arnold lo atendió.

—El caballero le espera. —Y a Arry, que estaba a mi lado—: A usted no. Usted esperará aquí. Sígame, joven conspirador.

Me llevó a un cubículo de interrogación, en realidad un Cuarto de Diagnóstico, no muy distinto de las instalaciones del SIP, con equipo de grabación y cámaras.

Detrás del escritorio había un hombre de unos cincuenta años, de cara pálida, rígida y sin expresión, la cara de los inquisidores que quieren hacerte creer que no sienten ningún interés. No le reconocí, ni había razón para que reconociese a uno entre centenares de funcionarios civiles, pero le estudié centímetro a centímetro para poder identificarle después: ojos azul-gris, boca generosamente ancha pero de labios mezquinamente finos, cabello corto según la moda supra del momento, orejas pegadas al cráneo, mentón sorprendentemente débil y profundos surcos (no de sonreír) a ambos lados de la boca.

La entrevista fue breve.

El hombre dijo, sin aparentes prejuicios en favor o en contra:

—Tiene la suerte de estar vivo. Ha servido de sujeto de prueba para un tratamiento experimental altamente cuestionable y ha sobrevivido. —Su voz era fría, su audición exacta, su expresión nula—. Permití la prueba porque no habría importado si hubiese usted muerto.

La época de estudios y la instrucción de un aspirante a policía son etapas de vergonzosas renunciadas y humillaciones personales, pero nada en aquellos años podía compararse al impacto de la información ecuánime e incontrovertible de que yo carecía de importancia, que mi vida no tenía entidad para nadie excepto para mí mismo. Se puede aceptar que sólo una persona entre un millón tiene verdadera

importancia para la especie, pero cada uno de nosotros constituye el centro de su universo, el pivote de la energía y de la mente. Aquel hombre me había dicho en una sola frase que el mundo ni siquiera pestañearía si yo cesara de existir, que a nada habría afectado el hecho de que yo no hubiese existido nunca y que la continuación de mi existencia no significaría nada en el flujo del tiempo.

Con el odio sereno de un enano adopté una actitud desafiante, que no era sino un recurso para no llorar.

—El uso de elementos desechables evita remordimientos de conciencia.

—Sí.

Simplemente Sí.

—¿Y puesto que he sobrevivido?

—Puede ahorrarme tiempo. ¿Quién es su inmediato superior?

—Descúbralo. ¿Quién es usted?

Una actitud pueril, quizá, pero deliberada, porque el estilo desafiante provoca encono. Me contempló como si reconociese una forma familiar de intransigencia.

—Naturalmente que lo descubriré... antes de que usted logre identificarme.

No dudé de que lo intentaría pues para algo mi rostro había sido ya grabado en vídeo desde todos los ángulos y mi voz registrada para cualquier comprobación, pero aquello no le conduciría a Nick porque los miembros jóvenes del SIP no están destinados a un grupo específico sino que forman una reserva estratégica que los agentes superiores reclaman cuando es necesario. No se había molestado en preguntar mi nombre; quizá lo conocía, quizá no le importaba. Manipuló su tablero de mandos y mi voz surgió con claridad de la nada, amenazando a Arnold con difundir lo que sabía entre los infra.

Cortó la grabación.

—¡Provocaciones canallescas! ¿Lo haría?

En aquel momento yo no sabía lo que podía hacer, pero preferí apostar sobre seguro.

—Creo que no. Si los enfermos son tratados adecuadamente por los sanitarios y el suministro de mascada alterada se suprime, no habrá necesidad de decírselo a nadie.

Insensateces, por supuesto, y él lo sabía.

—A eso, dos cosas. Una, el origen inmediato del narcótico adulterado es conocido y el suministro está en vías de supresión. Si le interesa, entra por la frontera. Los indonesios también están contaminados, y la fuente última se ignora todavía.

—¿Pero impulsan ellos la epidemia hacia nosotros?

—No a propósito. Hay un cierto grado de fraternización entre las patrullas fronterizas que es muy difícil de evitar.

Aquello explicaba el papel de los soldados. ¿O no? Ponerlo en cuestión sólo habría revelado que yo sabía más de lo que él imaginaba.

—¿Y la otra cosa? —pregunté.

—Deben desarrollarse nuevas terapias. Rápidamente, espero. El virus es

vulnerable, pero, si bien nadie muere de la infección, muchos pueden sucumbir a la cura de calor.

Aquello sonaba verídico; sin embargo, ¿por qué contármelo? ¿Para que yo lo transmitiera como información fidedigna y se considerase innecesaria cualquier investigación posterior? ¿Para dar a conocer al SIP que había relaciones internacionales implicadas y que la Sección Médica tenía las cosas bajo control?

El hombre dijo, como si yo le aburriese:

—Puede marcharse ya.

No hay pequeñez comparable a la de una nulidad.

En el anfiteatro, Arnold me dijo que los análisis eran negativos.

—Vivirá usted con los testículos en funcionamiento.

Valía la pena alejarse de su inquina.

Cuando bajábamos en el ascensor pregunté qué podría tener contra mí aquel Arnold Como-se-llamara. Arry suspiró y me habló como si yo fuera el tonto de la clase:

—El hecho de que hayas pescado una dosis de virus y hayas tenido que venir a la Sección Médica repartiendo amenazas, eso es lo que le reconcome. Era una complicación de la que no podía prever el final, así que informó del caso para cubrirse, y a los dos minutos escasos todas las personas que no debían saberlo se habían enterado de que algunos jóvenes de la Sección Médica se dedicaban a un pequeño trabajo clandestino allí donde el silencio es oro. Ahora, unos cuantos sanitarios serán sancionados con pérdida de antigüedad y todas esas cosas, Arnold entre ellos.

También la enfermera que has visto al principio. Eres tan popular como la misma epidemia.

Evidentemente, se alegraba de ello. La humillación sufrida en su peripecia sexual con la chica tenía sin duda algo que ver con su actitud.

—Debí haber pensado en todo eso.

—Tu mente estaba ocupada en otras cuestiones. Ahora puedes elevarla por encima de tus testículos y dejar que se ponga en marcha.

Aquello sonaba más a aspereza que a buen humor.

Tomamos un hovertram en dirección al Centro Urbano y el trayecto, efectivamente, dio tiempo para que mi mente se pusiera en marcha. Cualquiera que fuese el objetivo que aquel personaje pretendía cubrir con nuestra entrevista y que no alcanzó (¿o sí?), yo tenía la seguridad de que investigaría el nombre del funcionario del SIP que había organizado una ilícita incursión entre los infra. Por lo tanto, me haría vigilar hasta que informase a mi gente; por lo tanto, pues, un informe inmediato quedaba descartado.

¿Me haría vigilar?

Yo me había desprendido de mis ropas por algún tiempo, en el anfiteatro. Arnold pudo haber colocado un micrófono de alfiler y un señalizador en la tela de mis

pantalones: aquellos minúsculos aparatos, sin un detector adecuado, escapaban a cualquier búsqueda.

Escribí apresuradamente una nota y se la pasé a Arry: *Puedo llevar oculto un micro*. Él reflexionó y movió afirmativamente la cabeza, comprendiendo que no me era posible presentarme a Nick hasta que estuviera limpio. Peor aún, si no regresaba a los cuarteles y me marchaba a casa de mi madre en Newport, la pista llevaría directamente a Kovacs.

Volví a escribir. *Dame una contraseña para Richmond*.

Enseguida vio dónde encajaba Richmond, trazando con la imaginación mis movimientos y verificando cada uno de ellos antes de acceder. Entonces anotó: *Di que llevas un mensaje de Arry el Sardineta para Top Nick. Torre Once*.

Yo repliqué: *Avisa a Nick*.

Se metió los trozos de papel en el bolsillo. Supongo que más tarde los reduciría a confetis y los echaría a las aguas del río. Ni el más hábil de los expertos podría recoger y unir convenientemente aquellos papelitos empapados.

En voz alta, porque era algo que los posibles escuchas de mi hipotético micrófono esperarían oír, pregunté:

—¿Qué te sucederá a ti?

Me mostró sus dedos cruzados.

—No gran cosa, confío. Los buenos físicos son muy escasos. Yo soy bueno.

Pero no parecía muy tranquilo al respecto. Hoy sé que había empezado a tener reservas mentales. Sin embargo, hizo llegar el mensaje a Nick.

IU

Regresé al acuartelamiento y me perdí la cena a cambio de dos horas de sueño mientras caía la noche. Lo que tenía que hacer necesitaba de la oscuridad, pero haberme saltado la cena era lamentable: la noche podía resultar larga y activa, y los efectos de aquella horrible fiebre todavía se dejaban sentir en mi organismo.

Me despojé de todo lo que vestía y me peiné el cabello meticulosamente, porque los micros de aguja pueden colocarse allí. Luego volví a vestirme con el mínimo atuendo infra, es decir, una camisa sin mangas y unos calzones cortos, que de hecho eran unos viejos pantalones corrientes cortados a mitad del muslo. Estaban decentemente sucios, pero no olían mal; tomé un pequeño vaporizador de fetideces para usarlo cuando llegara el momento. Encima del atuendo infra me puse pantalones

largos y una camisa con mangas, añadí calcetines y zapatos y un pañuelo para el cuello, y al momento quedé convertido en un sensual jovencuelo presto a pasar la noche con su novia.

Llamé a Carol y convine con ella encontrarnos en su Sección Administrativa de Melbourne Este. Carol se inquietaría cuando yo no acudiese, pero si los ordenadores de rastreo me estaban controlando, la cita haría plausibles mis desplazamientos. Melbourne Este está a medio camino de Richmond.

Registré mi salida nocturna en la puerta y anduve hacia el Centro Urbano, preguntándome si algún micro oculto en las ropas que había dejado en los cuarteles señalaría mi inmovilidad y paralizaría la vigilancia, o bien si ésta se efectuaría sobre mi persona física. No hice intento ninguno por comprobar si me seguían, sino que caminé directamente por Flinders Street hacia Melbourne Este, con la antigua vía del tren ya en desuso a mi derecha, diez o quince metros por debajo del nivel de la calle. El río se desborda aquí periódicamente y cubría los herrumbrosos carriles y algún que otro solitario material de transporte que llevaba pudriéndose medio siglo. Pudrirse era la expresión correcta, pues la zona apestaba cuando el agua se empantanaba en ciénagas entre las sucesivas riadas.

Me dirigí al punto donde la vieja línea de Richmond Oeste se separa de la línea principal y transcurre durante aproximadamente un kilómetro y medio por una cortadura. Hay grandes árboles, viejos y frondosos, donde la línea desciende para entrar en aquel cauce; me permitieron permanecer inmóvil entre sus sombras unos diez minutos, vigilando cualquier signo de que alguien me siguiera. Era poco después de las ocho, una hora no punta, sin cambios de turno, y se veían escasas personas en los caminos de aquel flanco del Centro Urbano. Las que vislumbré parecían ocuparse de sus propios asuntos, ninguna remoloneaba ni demostraba una actitud sospechosa. Decidí que el momento no ofrecía peligro y salté la valla de estacas para entrar en la zanja del ferrocarril.

La cortadura tenía una profundidad de seis o siete metros en aquella parte y estaba invadida por malezas y arbustos que creían espesos, con silvestre desorden, pero la vía se encontraba sobre un terraplén y libre de agua; con mi calzado silencioso avancé a buen paso, de traviesa en traviesa para evitar las piedras cortantes. Calculé que podría llegar a la estación de Richmond Oeste sin que nadie me descubriese.

La línea volvía a ascender hacia la mitad del Parque Jolimont, abandonado y selvático, pero los setos a lo largo de la cerca eran lo bastante densos para ocultarme. Pasé sin incidentes la estación de Jolimont, ruinosa y olvidada, allanada por la vegetación y enterrada bajo su veranda derrumbada, y penetré en el largo túnel que discurre por debajo de la colina para emerger cerca de Richmond Oeste.

En la oscuridad tuve que caminar más despacio, pero me había adentrado ya mucho en el túnel cuando distinguí el pálido fulgor de una linterna y oí el roce de zuecos de madera contra las piedras de la entrevía.

Debió haberseme ocurrido que aquel fácil acceso a Richmond sería para los infra

una cómoda salida con ocasión de sus merodeos nocturnos por el Centro Urbano. Retrocedí hasta el exterior del túnel a toda velocidad, trepé por el margen de la zanja, me quité las prendas supra, me rocié con el vaporizador, tiré el recipiente a lo lejos, escondí las ropas fuera de la vista, entre la maleza, y salté de nuevo a la vía. Todo aquello duró menos de un minuto.

Descalzo, en camisa y viejos calzones cortos, esperé entre los carriles con los brazos abiertos en señal de amistad.

El repentino silencio me avisó de que me habían visto. Enseguida estuvieron a mi alrededor; eran una docena o más. Uno levantó la linterna y me iluminó la cara. No me había afeitado, y una barba de dos días era algo que un supra no llevaría nunca.

—¿Quiené?

La voz no era hostil: interrogar a un forastero formaba parte de la rutina.

—Uno e Neport —dije—. Amío.

—¿Y va'?

—Richmon'. Tore O'se.

—¿Pa quié?

—Top Nick. De Billy Kovacs.

Habían oído hablar de Kovacs, que era una leyenda entre los jefes.

—¿Y?

—Informasió pa Top Nick.

—¿Qué infomasió?

Sacudí violentamente la cabeza.

—No la díó. La díó a Top Nick no a vo'otro.

Refunfuñaron, pero aceptaron mi negativa mejor de lo que había esperado. El viejo Nikopoulos, al parecer, infundía algún respeto y nadie se atrevería a interferir. Pese a todo, se aseguraron: tres fueron destacados para acompañarme a la Torre Once, dos asiéndome de los brazos en la oscuridad y el tercero detrás. De este modo llegué a las torres de Richmond.

El Enclave de Richmond tenía sobre el de Newport una poderosa ventaja: estaba situado por encima del nivel de las avenidas. Era diez años más antiguo que Newport, edificado según un plan ligeramente distinto y notablemente más discreto en altura que los monstruos erigidos después, cuando el desmoronamiento de la economía había arruinado a la mayoría trabajadora y profundizado el abismo entre ricos y pobres. Aquellas diferencias eran superficiales: las paredes estaban recubiertas de los mismos grafitos y el hedor de los desagües y de la humanidad hacinada estaba igualmente presente. Un añadido propio de la Once era el penetrante olor a putrefacción que se percibía en la planta baja. Deduje que Top Nick tenía problemas con la eliminación de basuras y que toneladas de materia en descomposición colapsaban un sistema de destrucción de residuos sobrecargado y mal atendido. Pensé por un instante si Kovacs tendría algún especialista a quien pudiera trasladar allí en misión de auxilio.

El apartamento de Nikopoulos estaba situado precisamente en la planta baja: el viejo tenía ideas estratégicas menos exigentes que las de Kovacs.

Mis escoltas no me soltaron los brazos hasta que la puerta se abrió, por no correr riesgos con un desconocido. Una adolescente flaca, con furiosos ojos griegos, atisbo por la rendija de la puerta entreabierta y me inspeccionó con inquisitivo descaro antes de abrir un poco más. Creo que fui reservado para posterior atención, pero nunca llegamos a trabar combate.

Ella gritó:

—¡Abuelo!

Después continuó su inspección bajo los ojos y la sonrisa irónica de mis guardianes, hasta que un hombre viejo, fragoso, calvo y malhumorado, con inconfundibles rasgos Nikopoulos, acercó su cara a la mía como si las hostilidades debieran romperse al instante y me preguntó con voz cascada y amenazadora qué era lo que quería.

—¿S'usté Top Nick? —le pregunté.

—S'yo. ¿Y qué?

—Veno e parte d'Arry e Sa'dieta.

Desde el interior llegó la voz de Nick.

—Es mi chico. Hazle entrar, Poppa.

Top Nick dijo malignamente:

—¡Er jodío pa'ma! —Y a mis acompañantes—: ¡Largo!

No parecía una persona dotada para ser amable con los huéspedes ni con quien le hacía un favor. (Más tarde supe que todo era teatro y baladronada, que se ufanaba de ser todavía el todopoderoso Jefe de Torre mientras su propia familia actuaba sin ni siquiera consultarle). Mis escoltas me dedicaron sendas miradas de despedida que más o menos significaban: *Tiés sue'te q'no supimo q'era pa'ma*, mientras yo procuraba que no se notase que mi corazón volvía a latir con normalidad después de una hora de incertidumbre.

La vivienda de Nikopoulos se parecía a la de Kovacs en que evidentemente alojaba a más personas de las que razonablemente podía contener, con la diferencia de que ésta estaba sucia. Yo había visto lugares mucho más sucios en mis breves entradas en la torre de Newport, y el apartamento de Top Nick correspondía probablemente a una gente que había renunciado a toda clase de pretensiones: se necesitaba un Kovacs con sus instintos de ascensión social para combatir la desigualdad de condiciones exhibiendo una nobleza de oropel. Nick dijo:

—Ya era hora de que te dejaras ver.

Había otro hombre con él, asimismo en harapos infra, un policía a quien yo conocía de vista, pero no por el nombre. Nick me presentó a su padre, quien saludó con un torpe aire de superioridad. Su hijo podía ser un oficial de policía y podía habernos avalado a su ayudante y a mí, pero ello no significaba que gozase teniéndonos en casa. Aprovecharse de aquellos bastardos era una cosa, pero recibirles

mancillaba el buen protocolo griego.

Nick no me presentó al otro hombre del SIP, quien también desafiaba las normas estando allí. Ni nombres ni represalias.

Sólo nosotros cinco nos hallábamos presentes, hablando infra porque, como pronto se reveló, el viejo Top Nick tenía dificultades para entender el inglés supra. Luego fuimos únicamente cuatro, porque Nick le dijo a la muchacha:

—¡Largo, Lissa!

Ella protestó ya que tenía dieciséis años, edad para participar en debates familiares, hasta que Top Nick la empujó a la puerta y repitió la escueta orden de su hijo.

Nick me contó que Arry se había puesto en contacto con él a través de una cadena de intermediarios, los suficientes para borrar su rastro, y que él había acudido directamente a la torre para esperarme. El otro hombre del SIP no pronunció una palabra durante la entera conversación.

Entrando enseguida en materia, Nick me forzó a recordar todo lo que Arnold y su jefe habían dicho. Mi especial adiestramiento había aguzado mi oído natural para el diálogo hasta el extremo de hacerlo casi automático; en ello no había problema. La charla de Arnold no despertó su interés, pero me hizo volver una y otra vez sobre una de las declaraciones del jefe: *Una, el origen inmediato del narcótico adulterado es conocido y el suministro está en vías de supresión. Si le interesa, entra por la frontera. Los indonesios también están contaminados, y la fuente última se ignora todavía... Hay un cierto grado de fraternización entre las patrullas fronterizas que es muy difícil de evitar.*

Top Nick entendió poco de aquella lengua para él extranjera, pero simuló una comprensión alerta mientras Nick me hacía repetir las frases hasta el aburrimiento y analizaba cada palabra.

—¿Podrías imitar su voz, Teddy? ¿El acento, el sonido?

La calidad neutra del jefe era menos fácil de reproducir de lo que un tono individual lo habría sido; me costó una docena de intentos sólo notar que ya me aproximaba. Nick lanzó una mirada al otro agente del SIP, quien movió la cabeza indicando que no reconocía la voz.

—¿Crees que decía la verdad? —me preguntó Nick.

—Era un tono que no traslucía nada... La verdad y la mentira habrían sonado igual.

—Entonces probablemente mentía. Quiero identificarle. Descríbelo.

Empecé por los puntos más importantes: tez pálida, ojos gris-azulados, boca ancha, labios estrechos, orejas pegadas, cabello corto, líneas profundas en las comisuras de la boca.

—¿Cara larga? ¿Ancha? ¿Estrecha?

—Cara cuadrada, mentón débil.

El policía anónimo dibujaba algo rápidamente en un bloc de notas, y cuando

terminó le dio la vuelta para que yo viese el resultado.

—¿Una cosa así? —preguntó Nick.

—Parecida. La frente más alta. La mandíbula un poco más redonda. La boca más ancha. Los pómulos muy altos. Las líneas de la boca mucho más profundas... muy profundas.

El segundo dibujo contenía elementos definidos del hombre, pero sólo elementos. El artista del SIP empezó de nuevo a perfilar el retrato robot. Yo había visto hacer aquello mediante la superposición de rasgos básicos en un ordenador, pero no se me había ocurrido nunca que fuera posible hacerlo a mano. Aquel hombre dibujaba a una velocidad de relámpago, sin añadir una línea. Al cabo de veinte minutos tuvimos un retrato todo lo parecido al jefe médico que mi memoria fue capaz de reconstruir.

Nick dijo, pensativo:

—Esto le identifica. Puede ser un serio problema.

—¿Le da la impresión de que realmente mentía?

—Sí y no. Es alguien que cree que la verdad es todo lo que sirve al Estado. Un patriota, en cierto modo, pero ¿un patriota honesto? Si lo es, ¿por qué te contó todas esas cosas?

Como de costumbre, esperaba una respuesta.

—Para que yo se las repitiera a mi superior, quien entonces concluiría que no tenía objeto que el SIP continuara interfiriéndose.

—¿Y qué pasa si mentía?

—¿Para encubrir algo? El resultado sería el mismo: hacer perder su interés al SIP.

—¿Y si pensaba que el SIP podía identificarle y sospechar que mentía?

—En tal caso sería un aviso al SIP para que abandonase.

—¿Abandonase, u otra cosa?

¿Qué otra cosa? Yo no tenía ni la más remota idea de lo que la venganza administrativa podía abarcar; el Estado parecía alojado en compartimentos estancos con escasa comunicación entre ellos.

—Pero ¿por qué —continuó Nick— nuestras actividades habían de preocuparle tanto?

Todas las posibles respuestas a aquello eran tan irreales como los argumentos de los seriales del triv. Sólo atiné a decir:

—Nunca lo sabremos si nos detenemos ahora.

—¿Entonces?

—Seguiremos.

Él debería haber exclamado: ¡*Buen chico!*, o algo parecido, salido directamente de los guiones del triv, pero lo que dijo fue:

—Asegúrate de que Billy sabe bien en qué se está metiendo.

—No creo que se eche atrás.

Nick no se molestó en responder a aquello. Uno de sus rasgos menos atractivos era su convicción de que los demás haríamos siempre lo que él quería. Lo hacíamos

siempre.

Despachó al dibujante relámpago con una escolta que Top Nick convocó para él. Pasada la medianoche, me dijo:

—Vámonos.

Salimos de la torre con una banda de basureros. Hizo un arreglo con ellos para que me pasaran a través de la ciudad, de grupo a grupo, hasta Newport, sabiendo que ninguno de nosotros estaría seguro mientras yo no me dejara ver en los cuarteles.

En el último instante pregunté quién era aquel jefe médico, pero Nick sacudió la cabeza y no quiso decírmelo. Cuanto menos supiera...

Los infra que me condujeron de Enclave a Enclave en un amplio cuarto de círculo alrededor del Centro Urbano, a través de Kensington y hasta Newport, no fingieron amistad hacia mí; estaban haciendo un trabajo recíproco para un conocido contacto del SIP cuya reputación garantizaba que cuanto pedía era necesario, pero ello no incluía querer al hijo de puta. El trayecto, unos diez kilómetros de pie, me abrió los ojos sobre las maneras de viajar a través de la ciudad sin ser visto, por las zonas periféricas y supra y por los Enclaves, utilizando callejones traseros, zanjas de ferrocarril olvidadas, túneles de transporte, espacios industriales donde nada excepto las máquinas automáticas se movía, jardines públicos, solares infestados de malezas y algunos insospechados y fantasmales bloques de casas antiguas, mohosas, desplomadas, desalojadas.

Me abandonaron en Newport justo antes de amanecer y se volvieron sin despedirse. Estuve tentado de ir a casa de mi madre para ducharme y dormir, pero tuve que asumir que mi identidad por entonces sería ya conocida y aquel refugio quedaba cerrado. «Ellos» podrían conectarme allí con Kovacs, pero sacar a un hombre de una torre, a alguien que estuviera bajo la protección de un jefe, podría causar precisamente el tumulto público (implicando a una escuadra militar pacificadora) que «ellos» desearían evitar. Con Kovacs yo estaría a salvo unos pocos días antes de que «ellos» encontraran un modo de arrancarme de su lado, tiempo suficiente para atrapar a nuestro soldado y conseguir nuestra información.

Así, pues, anduve cuesta abajo hasta el nivel de la ribera donde el río y el mar se conjugaban para mantener las calles permanentemente bajo medio metro de agua y continué, chapoteando, hasta la Veintitrés. Subir los doce pisos hasta el apartamento de Kovacs me dejó casi exhausto; la cocción a que Arnold me había sometido sacó de mí más de lo que sospechaba.

Vi respondió a mi llamada, una mole cubierta por una bata de noche y anegada en sueño.

—Pensaba que serías tú. Despierta toda la noche esperándote. ¿Qué hay de la plaga?

—Estoy limpio.

—Mejor será. Tendrás que dormir en el suelo.

Mediado el día llegó Kovacs, me sacudió para despertarme y se sentó en el suelo

a mi lado, desnudo en sus tres cuartas partes, que era como solía estar en su apartamento, nudosos los miembros de araña, preocupado.

—¿A qué viene esto, chico? ¿Qué estás haciendo aquí? —Antes de que pudiera responderle añadió—: ¿Qué hay de la epidemia? ¿Estás o no enfermo?

—Lo he estado, pero la Sección Médica tenía una cura. Salvaje, pero rápida.

Cuando se la describí, su alivio fue tan sincero que deseé poder pensar tan bien de él como él quería que pensara. A veces, el lobo que escondía bajo su piel parecía una ilusión, y sin embargo nunca estaba demasiado lejos. Un lobo solícito no es un animalito casero.

Le conté la historia de mi día y mi noche, terminando de acuerdo con las instrucciones que Nick me había dado:

—Dijo que me asegurase de que usted supiera en lo que se estaba metiendo.

No pensaba en los peligros, sino en otras cosas. Inquirió:

—El tipo de la Sección Médica, suponiendo que fuera de la Sección Médica, dice que los indonesios pasan la mascada a las patrullas fronterizas. ¿Es así?

Reflexioné sobre las frases que le había repetido a Nick.

—No exactamente. Sólo lo sugirió. Dijo que también ellos están enfermos, de modo que quizá viene de otra parte. Pero no estoy seguro de creerlo.

—Tampoco yo. —Su rostro se ensombreció súbitamente—. ¿Por qué no le crees tú?

—¿Por qué se molestó en contarme esas cosas? Pudieron haber sido simplemente una cortina para detener las pesquisas del SIP.

—Entonces, ¿de dónde procede el virus?

Yo sabía lo que tenía en mente, la fobia de la «selección», y no quería renovar una discusión sobre algo que, cuanto más pensaba en ello, más disparatado parecía. Repliqué que no se me ocurría una respuesta, y él lo dejó correr.

Vi nos dio sopa para almorzar. Las sopas constituían una gran porción de la dieta infra, porque en ellas todo se aprovechaba; desperdiciar comida era un pecado imperdonable, las sobras no existían.

Permanecí en el apartamento todo aquel miércoles y el siguiente día, curioseando entre los viejos libros de Kovacs, muy notables algunos, que él guardaba apilados debajo de las camas, siempre a la espera de recibir aviso de Nick, aunque el sentido común me decía que él debía quedarse quieto por el momento.

El jueves por la noche, ya tarde, recogimos a Bettine, que se daba importancia en su papel de mujer fatal, dispuesta a seducir a la soldadesca traicionera, y salimos a la oscuridad: Bettine, Kovacs y yo, más Gordy y Jim, los hijos gemelos de Kovacs, de dieciséis años, callejeros expertos, peleadores expertos, réplicas retoñantes de su padre.

Desde el momento en que nos metimos de pies en el agua en los peldaños inferiores de la escalera de la torre supimos que habríamos de vadear todo el camino, salvo por lo que esperábamos serían apenas uno o dos minutos en la pista de asalto.

Los más jóvenes, curtidos por toda una vida de pisar cemento y agua, iban descalzos; Kovacs y yo llevábamos calzado de goma. La luna estaba alta, pero su luz era pálida tras nubes vagabundas.

Una vez en la calle, nos confiamos a la guía de los muchachos, y ellos fueron tan certeros como los pájaros cuando regresan al nido.

U

Apresar al soldado fue ignominiosamente fácil; la dificultad estuvo en llegar hasta él y regresar.

Contribuyó no poco el hecho de que la oscuridad impedía la identificación de la porquería que había en el agua. Tropezamos con tocones sumergidos y nos metimos en masas de desechos flotantes, malolientes basuras procedentes de las viviendas; nos tambaleamos en innumerables hoyos que los chicos, pese a sus conocimientos, no sabían evitar, y forcejamos para salir de ellos entre el fango resbaladizo y pegajoso que se nos quedaba adherido.

Los muchachos se dirigieron en línea recta al antiguo malecón del río, ahora permanentemente cubierto por las aguas, más allá del lindero de las torres. Allí torcimos hacia el sur, en dirección a los cuarteles. El complejo militar era brillantemente visible, rebosaba vida por sus ventanas iluminadas; sus edificios de dos o tres plantas resplandecían a los pies de los monstruosos bloques infra. Parecían flotar sobre el montículo artificial que les servía de base, y cuando la luna se liberó de las nubes por unos segundos pudimos discernir la mole no iluminada de la pista de asfalto que se adentraba en el agua, un voluminoso promontorio levantado también artificialmente.

Caminando a lo largo de lo que en otro tiempo fue el malecón, en cuarenta minutos alcanzamos la pista, cada minuto del trayecto con el agua hasta la cintura.

Y el agua era fría; pese al persistente verano estaba siempre fría, porque se alimentaba de nuevas corrientes generadas por la fusión de los hielos. Temblando mientras vadeaba, me acosaba el pensamiento de aquellas muchachas que noche tras noche recorrían aquel ingrato y penoso camino para vender sus cuerpos a cambio de lo que pudieran conseguir. En cuanto a la encallecida avidez de los jóvenes proxenetas que las explotaban... Pero ya quedaban atrás mis juicios morales en lo que a los infra concernía, y quizás en lo que concernía a los seres humanos de cualquier clase. La necesidad mandaba.

El muro de la pista de asalto se hizo pálidamente visible en la débil luz: cien metros de longitud, cinco metros de altura sobre el nivel del agua; sus flancos de cemento gris estaban coronados por líneas de alambre de espino, apenas dibujadas contra el cielo nuboso. Aquellos flancos uniformes no parecían contener ninguna referencia, pero Bettine sabía exactamente adonde se dirigía y nos condujo a un punto inmediato a una tosca flecha negra, la señal que algún amante (un infra codicioso o un soldado ardiente) había trazado con un aerosol en el muro, indicando la vía de acceso.

Puestos de acuerdo sobre lo que debíamos hacer, dejamos a Bettine allí, nos apartamos considerablemente de ella y nos sumergimos en el agua hasta los ojos. Mis dientes castañetearon. Su tarea consistía en subir la primera y distraer la atención del hombre; la nuestra, en seguirla mientras éste estaba distraído. La chica había comprendido, entre risitas, que no le queríamos con los pantalones bajados, cosa que sólo nos habría ocasionado retrasos. Pretendíamos entrar y salir del recinto a toda velocidad.

Cuando estuvimos en posición, ella se llevó dos dedos a la boca y perforó la noche con un silbido. No había, a juzgar por las apariencias, nada furtivo en aquellas transacciones, lo cual significaba que eran conocidas y tácitamente ignoradas por las jerarquías militares. Quizás en adelante dejarían de ignorarlas.

Una voz sonó en lo alto del muro:

—¿Eres tú, Betty?

Otra, más lejana, en la oscuridad, dijo tranquilamente:

—Jonno tiene la pesca a punto. ¿Repartimos la suerte, sargento?

Bettine no había mencionado que fuera sargento. Un sargento bienhumorado, además, que respondió:

—¡Cáscatela, hermano! Esto es cosa de hombres.

Su forma se distinguía vagamente en la alambrada.

Bettine dijo:

—Sí, tío. S'yo.

Él no era del todo imprudente. El haz de luz de una potente linterna enfocó por un momento a la chica y barrió los alrededores, pero nosotros estábamos suficientemente lejos. Luego la apagó, y el alambre espinoso produjo un ruido metálico cuando echó algo por encima para establecer un puente. Una manta doblada, deduje.

—¡Ahí va! —anunció el soldado.

Adiviné que una soga se deslizaba muro abajo, aunque no pude verla.

Nos desplazamos hacia Bettine, que estaba ya trepando. No pareció encontrar dificultades en subir descalza por el cemento desnudo, inclinado en un ángulo de sesenta grados. Por un instante se la vio perfilada contra el cielo, pasando por encima de los alambres como un mono.

Su método para concentrar la atención del sargento fue la simplicidad misma: inició una disputa tan pronto pisó el suelo. No todo era comedia: estaba encendida de

cólera por el bestia de su Stevie y más que razonablemente asustada, y acometió a su amante como un huracán desenfrenado. De lo que decía no se entendía mucha cosa, aunque la palabra mascada la repetía furiosamente y el conjunto sonaba como si le culpaba de todas las plagas de Egipto.

Yo me encontraba ya a mitad de la ascensión por la cuerda, con Kovacs detrás de mí, antes de que el hombre intercalara unas frases para preguntar de qué en nombre de Cristo le estaba hablando, como respuesta a lo cual recibió una nueva andanada de la más degradada jerga infra. Con la cabeza justo por encima del borde del muro vi que ella se había desplazado de manera que el sargento quedara de espaldas a nosotros. Tendí la mano a Kovacs para ayudarle a remontar la cima del terraplén.

Lo que el amante de Bettine había echado cubriendo la alambrada era una colchoneta de campaña, cuya blanda goma era suficientemente gruesa para neutralizar las espinas. Cuando el tipo acosado perdió la calma y empezó a llamar a la chica con todos los nombres infamantes que le vinieron a la boca, yo apoyé las manos sobre la colchoneta y salté por encima.

Al pasar Kovacs en pos de mí el alambre vibró y chirrió. El hombre no podía menos que oírlo, pero estaba al alcance de mi mano y, con la cabeza vuelta, se encontraba a mi merced. No se necesita fuerza para dejar a alguien sin sentido, sólo hay que saber exactamente dónde golpearle. Además, yo llevaba unos nudillos metálicos de modo que se derrumbó sin proferir un gemido. Aquello fue un golpe de suerte, como también lo fue que la vigilancia, en lugar de estar a cargo de centinelas fijos, correspondiese a un piquete, que en aquel momento se alejaba en el curso de su ronda. Pensé que habíamos merecido la suerte por pura audacia. Kovacs tenía una mordaza a punto. Al sargento lo atamos las manos delante, no atrás, porque le esperaba un largo y duro paseo.

Kovacs chistó a Bettine y ella se deslizó por encima de la alambrada y descendió por la cuerda. Nosotros levantamos al sargento, le colocamos sobre la colchoneta y los gemelos le recogieron desde el otro lado. Para bajarse por el muro tuvimos que sostener el peso muerto de su cuerpo con los músculos tensos de un brazo (era más corpulento que cualquiera de nosotros) y la cuerda con el otro. La necesidad de silencio prolongó el trabajo más del doble de lo que debería haber durado, y todos estábamos doloridos y sin aliento cuando le depositamos en el agua.

El frío repentino le hizo volver en sí, y se debatió y gruñó detrás de la mordaza. No hubo otro remedio que golpearle otra vez. Luego tuvimos que arrastrarle, sosteniendo su cara fuera del agua, hasta que nos alejamos lo suficiente de la pista de asalto. Allí le pusimos de pie y Kovacs le dijo que debía andar porque la distancia era demasiado grande para cargar con él. Enseguida se dejó caer de rodillas, sacando del agua únicamente los hombros y la cabeza, expresando claramente que pretendía quedarse en aquel lugar.

Kovacs murmuró a su oído:

—Siempre podemos volver y atrapar a otro. —El sargento le miró, pero no se

movió—. Lo que no haremos será dejarte atrás, ¿entiendes?

Metió la cabeza del hombre bajo el agua y se apoyó en sus hombros. El sargento era vigoroso, pero con las manos atadas nada podía hacer. Aunque pataleó como un caballo salvaje, lo único que consiguió fue quedarse antes sin aliento. Sus forcejeos se transformaron en convulsiones, y yo protesté:

—¡Suéltele, hombre, le está ahogando!

—¡Cállate, caballero policía! —me replicó Kovacs ásperamente.

Y mantuvo sumergido al desdichado hasta que las convulsiones se debilitaron y casi cesaron. Luego le levantó la cabeza tirándole del cabello y le retuvo mientras nuevamente se debatía tratando de respirar. Yo le habría aflojado la mordaza, pero Kovacs rugió:

—¡Déjale! Esto va en serio, y más vale que él se entere.

Iluminada por un fugaz rayo de luna vi por un momento la faz de Kovacs y me pareció, incongruentemente, que él estaba sufriendo. Recordé una frase de mi infancia: *A mí me duele más que a ti*, y me pregunté si Kovacs llegaría hasta el final y ahogaría al soldado si éste no capitulaba; sufriendo todo el rato, sin duda. Y si yo sería o no capaz de presenciarlo y permitirselo. No estaba seguro. Creedme, no estaba seguro.

Los chicos parecían interesados, pero no conmovidos. ¿Qué grado de brutalidad habían aprendido a asimilar mientras crecían?

Cuando volvimos a enderezar al sargento sobre sus pies, inclinó la cabeza y no nos miró. Había perdido el espíritu de lucha; sólo un tonto muere por simple obstinación.

—Tenemos por delante un largo camino, sargento —dijo Kovacs—. No me lo pongas difícil.

Difícil para él.

Emprendimos la retirada lentamente, con aquel hombre medio exhausto. En un determinado momento oímos gritos detrás de nosotros y vimos los destellos de las linternas en lo alto de la pista de asalto, pero para entonces ya estábamos muy lejos. Si hubieran tenido un foco móvil, quién sabe... Pero un piquete de vigilancia, ¿cómo iba a tenerlo?

Transcurrida una hora chapoteábamos en el vestíbulo de la Veintitrés. Era todavía noche cerrada. La operación había sido de una sencillez casi estúpida, y así se lo dije a Kovacs, quien replicó:

—¿Qué clase de mierda os enseñan en el SIP? —Aquellas palabras hicieron al sargento enderezar bruscamente la cabeza—. El éxito se basa en saber lo que tienes que hacer y no cometer ninguna imprudencia.

La empresa me había parecido a mí un encadenamiento de circunstancias afortunadas, pero debía admitir que él sí sabía lo que tenía que hacer y que no le faltaba lo necesario para haberse ganado una reputación entre los Jefes de Torre.

Sin embargo, le habría preferido sin sus lágrimas de cocodrilo.

Kovacs tenía una pequeña linterna. Con los pies en el agua atravesamos el oscuro vestíbulo y llegamos a una puerta situada debajo de la escalera, detrás del pozo del averiado ascensor.

Cuando Kovacs la abrió, una bocanada de aire caliente nos trajo un olor dulzón y penetrante. Los gemelos retrocedieron un paso y Bettine expresó con sonidos diversos que se le revolvía el estómago. El sargento se sorprendió, pero apenas delató su repugnancia; se quedó inmóvil, esperando, el cuerpo alerta y los ojos vivos.

Como si aquella fuera una de tantas noches, Kovacs dijo:

—Vosotros, chicos, a la cama.

A los gemelos no les gustó, pero, como conocían bien a su padre, no discutieron. Bettine, ajena a la disciplina del clan Kovacs, se mantuvo firme cuando él la señaló con el pulgar y ordenó:

—¡Largo!

Su cara de niña vieja se endureció.

—¡S'mía!

—¿Eh?

—¡Ahora s'mi parte! ¡Lá'guese uté!

¡Argumentaba, con su propia y perversa lógica, que tenía derecho a participar! También ella había apresado al sargento, ¿no? ¡Tenía derecho a ver cómo Kovacs le castigaba! ¡Sabía lo que iba a ocurrir y quería verlo!

El sargento lanzó al enojado Kovacs una mirada de pasmo que, cuando la trasladó a Bettine, reflejó auténtico horror. Kovacs dijo:

—Sólo tiene catorce años. A esa edad son como animales.

El sargento pensó que mentía.

—Ella me dijo...

—¿Que tenía dieciséis? ¿Que era mayor de edad? En las torres se envejece deprisa. Bettine, ¡lárgate!

Al final tuvo que decir a los gemelos que se la llevaran, mientras ella chillaba su indignación y su protesta en una parrafada que se centró, peculiarmente, en la venganza de su Stevie enfermo, el chulo que la pegaba y la explotaba. Todo drama y ningún sentido.

El sargento la estuvo observando hasta que desapareció de la vista. Como si temiera que le acusáramos de algo relacionado con la chica, repitió:

—¡Catorce años!

Kovacs le empujó hacia la puerta.

—Entra ahí.

Continuamos chapoteando por un breve corredor hasta otra puerta; cuando Kovacs la abrió, el nauseabundo olor brotó de pleno y yo reconocí la fetidez del pozo de la basura. Había en la torre una docena de ellos, profundos fosos donde, con

excepción del vidrio, el plástico y el metal, todo se reducía a un espeso lodo que era precipitado a las cloacas y expulsado por las unidades bombeadoras de la ciudad a alguna parte de la contaminada bahía.

El hedor de las materias en descomposición, con el añadido de una acritud que sugería que el sistema de desagüe de los retretes se filtraba también hasta allí, rozaba el límite de lo que yo podía soportar sin sentir náuseas. El sargento se puso a vomitar súbita y desesperadamente. Kovacs le contempló sonriendo y guiñándome un ojo. Yo había estado a punto de protestar por el uso de aquel cuarto, pero su guiño me recordó la ventaja psicológica que nos proporcionaba la inferioridad física de un hombre ya asustado.

El lugar no tenía ventanas y la linterna sólo daba visiones fugaces de las formas; Kovacs, sin embargo, se movía con familiaridad, encendiendo unos quinqués que mostraron la existencia de lámparas eléctricas, pero rotas y sin bombillas. Los quinqués sumaron una nueva carga de fetidez al hedor; Dios sabe lo que habría en ellos, probablemente una mezcla de aceites y grasas residuales recogidos en los vertederos de las fábricas y tratados con algún proceso casero inventado en las torres.

Aparte de algunas herramientas (rastrillos, garfios, palas) apoyadas contra la pared, el perímetro del pozo se encontraba vacío. El sumidero central lo protegía una barrera de sacos de arena de aproximadamente un metro de altura, necesaria porque el suelo estaba permanentemente encharcado. En época de inundaciones toda el área se convertiría en una cloaca, pero poco podía hacerse al respecto. El colector de basuras descendía del techo casi hasta el nivel de los sacos, y mirando por encima de ellos se veía un enrejado de acero que cubría el pozo. El enrejado retenía todas las botellas, latas y plásticos que deberían pasar el reciclaje en lugar de caer al fondo. Las herramientas evidentemente servían a los hombres de Kovacs para retirar aquellos materiales cuando desembarazaban el enrejado. Bastante más abajo oí un rumor de desagües; las tormentas que provocaban la conjunción de marejadas y desbordamientos harían que aquellas aguas corruptas retrocediesen precipitadamente para dar a las calles un hediondo baño.

El sargento dejaba vagar la mirada por los sacos.

—Suministros del Ejército.

Kovacs asintió.

—Hemos de tomarlos de un sitio u otro, ¿no?

—¿Robados?

No era raro que un hombre atemorizado se protegiera controlando la voz y hablando de cosas triviales.

—Digamos que comprados y pagados... de cierta manera. A los oficiales de intendencia les gusta un buen polvo tanto como a los sargentos de guardia, aunque usen una moneda distinta.

—Ah.

La alusión parecía haber dado en el blanco.

—Muy corrupto, el Ejército.

Aquello no recibió respuesta. El abominable hedor del lugar semejaba más intenso en el silencio que prosiguió.

—Voy a soltarte las manos, sargento —dijo finalmente Kovacs—. No corras a la puerta. El chico que está allí te volverá a tumbar.

Yo no estaba seguro de poder derribar a aquel hombre si no lo pillaba por sorpresa. Pesaba por lo menos veinte kilos más que yo y tenía toda la apariencia del combatiente bien adiestrado; era capaz probablemente de actuar con mayor rapidez de la que uno esperaría de su corpulencia, y si su adiestramiento incluía karate me pondría en apuros. Sin embargo, allí estaba Kovacs, cuya forma de luchar era imprevisible, aunque sin duda aviesa y efectiva.

El sargento me estudió e hizo un breve movimiento afirmativo con la cabeza. Su examen de Kovacs duró más, porque no cometió la tontería de menospreciar la delgadez, ni la edad, ni el cuchillo con que Kovacs cortaba sus ligaduras. Se recostó contra los sacos de arena, respirando suavemente, en espera de que nosotros cometiéramos algún error.

No pertenecía al tipo de militar legendario, rudo, duro, rígidamente disciplinado, sino que era un hombre de unos veinticinco años, rubio, de piel clara, con el fino perfil que mi escasa experiencia atribuía a artistas y escritores y labios carnosos, rojos, casi femeninos. Pero no por ello dejaba de ser una sólida y bien parada máquina de combate.

La débil iluminación, que proyectaba sombras sesgadas, convertía el estrecho cráneo y los rasgos prominentes de Kovacs en la faz de Satán. Supongo que él lo sabía, como sabía todo aquello que pudiera serle de alguna utilidad. Sacó dos tabletas de mascada y las sostuvo cerca de un quinqué antes de arrancar la envoltura de una de ellas y metérsela en la boca.

Ofreció la otra al sargento, quien sacudió negativamente la cabeza.

—¿Tu no mascas?

—No.

—Sucia costumbre, ¿verdad?

—No he dicho eso.

—Prueba, entonces.

—¿Por qué?

—Para experimentar de primera mano lo que das a las niñas infra a cambio de un poco de jodienda.

El hombre frunció el entrecejo.

—No le sigo. ¿Hay algo malo en esa cosa? Se supone que es de alta calidad.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice la caja.

—¿Qué caja?

Era una pregunta atinada, porque, para abaratar el precio, la mascada viene

envasada en bolsas de papel desechable. Pero también era desatinada, porque Kovacs la había formulado con excesiva premura, traicionando la naturaleza de su interés y poniendo al sargento sobre aviso de que allí había una cuestión importante.

Con rapidez y claridad, el hombre dijo:

—Sykes, John Phillip, sargento, Seguridad Almacenes, segundo grado, V3472688.

Después cerró la boca con fuerza y nos miró desafiante.

—Se acabó lo que se daba —gruñó Kovacs, reprendiéndose a sí mismo.

Me sorprendió que supiera lo que había ocurrido, porque el uso del disparador hipnótico no era de conocimiento común. Un prisionero de guerra interrogado está obligado, según la ley internacional, a revelar sólo su nombre, rango y número, pero el Ejército había manipulado el cerebro de nuestro hombre implantando «nombre, rango, número» como clave para bloquear cualquier otra respuesta en una camisa de fuerza psicofísica. Era una operación hipnótica rutinaria para todos cuantos servían en las patrullas fronterizas.

Kovacs me preguntó:

—Lo he oído mencionar.

—¿Y qué?

—No puede contestar ninguna pregunta relacionada con temas militares.

—Exacto. —Sonrió malignamente a Sykes—. ¿Qué pasa si lo intenta?

—Jaqueca cegadora, náuseas, calambres musculares, constricción de los músculos de la garganta, No puede contestar.

Sykes pensó que ahora tenía cierto control sobre la situación. Me dijo:

—Ése ha mencionado antes el SIP. ¿Qué haces con los infra? Ahora te toca hablar a ti.

Como si no le hubiera oído, Kovacs mostró la mascada adulterada por segunda vez.

—Toma, soldado.

—¿Qué tiene de malo?

—¿Quién sabe? Posiblemente nada. Y si nada tiene de malo, mascar un poco no te perjudicará.

—Yo no uso esas cosas.

Sin previo aviso, sin ninguna tensión del cuerpo que yo viese, Kovacs le descargó un aplastante gancho de derecha en mitad de la cara. Percibí el chasquido de la nariz al romperse y, a la luz de los quinqués, la sangre oscura que manaba de los orificios nasales y de los labios. El sargento se echó atrás y chocó contra los sacos con tanta fuerza que pensé que caería al enrejado, pero quedó apoyado allí, doblado hacia el maloliente pozo, gritando algo que, distorsionado por el dolor, resultaba ininteligible.

—¡Hombre, ten cuidado! —exclamé yo.

Kovacs rezongó:

—¡Cierra esa jodida boca! —Si alguna vez los quinqués han alumbrado los ojos

de un demonio, fue entonces. Tendió la tableta—. ¡Tómala, hijo de puta!

Sykes bajó las manos y, entre la sangre, su expresión era de total incredulidad porque le hubieran hecho aquello por un motivo tan fútil. Con evidente estupefacción tomó la tableta y le quitó la envoltura con dedos temblorosos. Dirigió a Kovacs una última mirada de desesperada interrogación y se llevó la mascada a la boca.

—¡No! —grité yo.

Pero ya Kovacs se me había adelantado, arrebatándole de un manotazo la tableta. Ésta dio unas vueltas en el aire a la luz de los quinqués y cayó al pozo.

Kovacs dijo:

—Es honesto. No lo sabe.

Era imposible no compadecerse de Sykes mientras escuchaba lo que le contó Kovacs; pocos horrores son comparables al de enterarse con amargo y sórdido detalle de cómo ha sido uno utilizado para difundir la enfermedad entre seres inocentes mientras se entregaba al placer. En aquel ámbito de sombras escudriñé su rostro cuando lo que le contaban iba encajando entre los fragmentos de lo que seguramente sabía y ocultaba. En pocos minutos fue el único de nosotros que conocía las dos caras del asunto y no podía hablar de éste.

Rompió a llorar, cosa que yo no había visto hacer a un hombre desde que mi padre huyó de la cocina al dormitorio en el último desespero de su vida. En otro tiempo le habría despreciado, pero Carol y Nick y Arry me habían purgado de mi desdén; sufrí por aquel pobre bruto encerrado en su cárcel psicofísica, y solo.

Kovacs parecía inmune a todo excepto a la ira contra sí mismo por haber precipitado el bloqueo hipnótico. Alegó que todo lo que quería averiguar era la procedencia de la mascada.

—¡Eso lo sabes! ¡Estás en intendencia y tienes que saberlo!

Sykes rió a través de su máscara de sangre.

—Se lo habría dicho. Ahora ya no puedo.

Kovacs deploró con gran sequedad:

—Creo que sí puedes.

Un interrogador diestro, astuto y oblicuo puede a veces penetrar un bloqueo sonsacando respuestas sobre temas sólo vagamente relacionados con la cuestión principal hasta que un perfil de la información suprimida aparece entre la masa de disparates, pero nosotros no teníamos la pericia necesaria para aquel sinuoso procedimiento.

Kovacs se proponía otra cosa, algo bastante distinto, y Sykes sabía lo que era: sostenía la mirada de su interlocutor con comprensión y miedo. Yo lo habría comprendido también pero se trataba de algo tan en desacuerdo con todos mis instintos que, de entrada, no tuvo cabida en mi mente. Me chocó el miedo que traslucían sus rostros; Sykes tenía indudablemente motivos de aprensión, pero no podía imaginar qué afligía a Kovacs, y no entendí sus sentimientos hasta que todo hubo terminado. Mi primera conclusión había sido que no temía ni sentía nada.

Tomó un quinqué y aproximó su rostro al de Sykes, situando la luz de modo que le diera en los ojos.

—¿Cuánto hace que te pusieron el cepo?

—No podrá contestar a eso —dije yo—. Es militar.

Kovacs me ignoró completamente. Quizá vio alguna reacción que a la voz le era imposible expresar, porque pareció fugazmente creer que algo había sido comprendido.

—Hace algún tiempo, ¿eh? ¿En la patrulla fronteriza? —Bajó el quinqué y se dirigió a mí—: Se debilita con el tiempo. Llega un momento en que un hombre puede romper sus propios condicionantes... si está expuesto a un dolor o un miedo excesivos.

Comprendiendo lo impensable, yo protesté:

—Eso es barbarie.

Él estalló en instantánea y violenta cólera. Vociferó:

—¡Corre junto a tu madre si no eres capaz de soportarlo!

Sykes eligió aquel momento para precipitarse entre nosotros como una centella, pero en la media luz y por la angostura del espacio le faltó precisión. Su peso me expulsó de su camino y me tumbó de espaldas en el agua; fue mala suerte que mis pies, agitándose, tropezaran con sus tobillos, lo cual momentáneamente le hizo caer de rodillas. Aun así, consiguió golpearme en el pómulo con más dureza de lo que nadie me había golpeado hasta entonces, en el instante en que se enderezaba.

Kovacs se le echó encima por detrás e hizo algo con tanta sangre fría que todavía hoy lo llevo clavado en mis sueños. Agarró el brazo derecho de Sykes cuando éste se levantaba sobre una rodilla, tiró del miembro hacia fuera y ligeramente hacia atrás, e inmediatamente incrustó fuertemente un pie en la articulación del hombro.

Sykes aulló (no hay otra palabra para expresarlo) en la agonía de la dislocación y se quedó arrodillado, gacha la cabeza, jadeante la respiración entre sollozos de dolor y pismo. Kovacs se inclinó sobre él, gritando como loco, completamente fuera de sí:

—¡Me lo dirás! ¡Dímelo! ¡Me dirás todo lo que sepas!

Aporreó el hombro maltrecho, Sykes gimió plañideramente, y como encarnación de la demencia prosiguió, unas veces a voz en grito y otras implorando como un niño:

—Me lo dirás, soldado. Oh, me lo dirás, dímelo, ¡dímelo!

Yo traté nuevamente de intervenir:

—¡Kovacs, basta ya!

A mis propios oídos mi voz sonaba sólo horrorizada y fútil. Él me lanzó una mirada de odio ciego.

—Si no eres hombre para esto, ¡vete y escóndete!

Luego, vigilándome con ojos llenos de furia por si intentaba interferir, dio un violento tirón torcido al otro brazo de Sykes que sacó el húmero de su cavidad, y los aullidos del hombre resonaron de nuevo entre las húmedas paredes.

Se oyeron voces en el exterior, la puerta se abrió, y media docena de personas se

apelotonaron en el estrecho pasillo, llamando:

—¿Qu'es? ¿Qu'aces?

Lo que había pasado, lo que se había hecho, no era algo que no hubieran visto antes: Billy Kovacs tratando de obtener algunas respuestas. Se habrían quedado a presenciarlo, como los chicos, si él no les hubiera despedido con gestos, volviendo hacia ellos su faz demoníaca. Se retiraron sin más, satisfecha su curiosidad, no precisamente bromeando sobre lo que habían visto, pero tampoco impresionados por ello. Entraron, miraron y salieron, y a mí me habían mostrado al fin el embotamiento del alma que sufren aquéllos en cuyas vidas nunca hay cambios ni esperanzas de que las haya. Entraron y salieron como una irrelevancia, como la inconsistente pieza que la mente sitúa en su lugar del rompecabezas y luego olvida.

Así que seguíamos como estábamos, Sykes de rodillas en el agua sucia, gimiendo como un perro herido, con los brazos inútiles colgando de sus hombros, mientras la demencial figura de Kovacs se arrodillaba a su lado, acercaba la boca a su oreja, articulaba amenazas en una voz quebrada y tensa como los chasquidos de una rama que se rompe. Y yo... Yo miraba como si fuera yo mismo el hipnotizado, el incapaz de liberarse del bloqueo.

Pude haberlo interrumpido, haber apartado a Kovacs, dejarle fuera de combate. ¿Y que habría hecho yo entonces con aquel hombre torturado cuya agonía podía presenciar pero no aliviar?

Era un dilema emocional. Había otros. Tenía la convicción de que, si era factible averiguar lo que queríamos, debíamos averiguarlo, y la conciencia debía hacer la vista gorda a los medios empleados. He de decir en mi descargo que tenía dieciocho años, que era un adolescente arrojado a la perversidad del mundo, fruto inmaduro todavía de lo que el adiestramiento recibido me había inculcado machaconamente: que era necesario el sufrimiento individual por el bien común. Todavía estaba formándome, todavía bajo presión, todavía no tan lleno de horrores como para cuestionar lo que me habían metido en mi ávida cabeza, de modo que lo presencié todo con revulsión, detesté lo que Kovacs hacía, le detesté por lo que era y me dije, sin embargo, que debía continuar porque al final se encontraba la salvación de nuestro pueblo. Cuando miro atrás, ni aquélla ni otras excusas hacen que me sienta mejor.

Era grotesco, era distorsionante el hecho de que Sykes intentaba responder, ahora que conocía la verdad oculta tras el intercambio de tabletas por sexo. Quería hablar y no podía. Parte de su ronco y estrangulado jadeo era su intento de hablar pese a la contracción condicionada de su garganta. Quería contestar no porque hubiera perdido el coraje, sino porque sabía que, para bien o para mal, debía responder; al arrodillarse no se rendía, sólo cedía a la tortura de los espasmos de su estómago, contingentes con el esfuerzo de hablar. Kovacs, en realidad, le sostenía para que no cayera de bruces en el suelo encharcado.

Misteriosamente, la voz de Kovacs cambió a un tono nuevo de susurrante

persuasión. Yo apenas oía sus murmullos:

—Cuidado... no lo pruebes así... no con tanta fuerza... Déjalo que salga solo, soldado... Cuando quieres contarle se te anuda el cuerpo. Déjalo que venga... cuando esté a punto... cuando salga solo porque ya no quede nada que lo pare...

Sykes levantó la cabeza para escudriñar los ojos de su verdugo y su garganta produjo extraños ruidos, que eran posiblemente palabras estranguladas. Asintió débilmente y logró pronunciar algo que superó apenas el peldaño más bajo de mi capacidad auditiva:

—Sí...

Tuve entonces la sensación de que no sabía absolutamente nada de los seres humanos o de lo que la mente humana podía hacer; lo pensé cuando loco y víctima parecieron concordar con la brutalidad y la manera de ejercerla, y Sykes dijo:

—Duele...

Su voz se apagaba en suspiros, mientras Kovacs murmuraba una especie de afectuosas palabras de aliento:

—Un poco de dolor y terminará enseguida... buen soldado, buen chico... un poco de dolor nada más...

Su rostro volvió a cambiar mientras hablaba, era ahora el de un idiota, el de un retrasado con la mente en blanco que soñaba con su próxima angustia.

En el fondo, pensé, tenía que estar completamente loco.

Lo que hizo a continuación fue asombroso por cuanto implicaba respecto a sus capacidades, algo que yo no habría sabido cómo hacer. Tomó, uno tras otro, los brazos de Sykes, tiró de cada miembro hacia fuera, manipuló la articulación del hombro con dedos de araña y, entre los gemidos del hombre, soltó la presa para que el hueso encajara en su cavidad. Su voz astillosa no cesó de crepitar y susurrar mientras duró la operación.

Una persona no puede romper el condicionamiento psíquico moderno por su propia voluntad; aquél debe ser eliminado por el mismo operador que lo implantó, o bien se borrará gradualmente con el tiempo... o será rechazado por un cuerpo que lucha por su vida o su cordura. El atormentado binomio cuerpo-mente, empujado a la propia conservación, puede en circunstancias extremas conseguir aquello de lo que la voluntad no es capaz. Los dos hombres compartían la elemental idea, sanguinaria en uno, increíblemente valerosa en otro, de que Sykes no había sufrido aún suficiente daño. Encajarle de nuevo los hombros no había disminuido el dolor; los brazos le quedarían inútiles durante días, colgando como masas de ligamentos retorcidos y carne magullada y negra. En aquel momento, su continuada agonía era un refuerzo capital.

La tortura experta exige instrumentos, refinamientos centrados en nervios específicos; lo que se puede hacer con las manos desnudas tiene límites. Kovacs conocía todo lo que se podía hacer. Sin previo aviso, soltó a Sykes y se enderezó.

El sargento cayó de bruces en las corruptas aguas y allí se quedó, ahogándose,

pataleando en busca de un inexistente apoyo para los pies; su cuerpo se convulsionaba, agitaba los brazos, inútilmente porque no le servían para nada, porque con ellos no podría levantarse. A duras penas consiguió sacar la boca del agua y aspirar un soplo de aire antes de que Kovacs volviera a hundírsela. Moría lentamente y lo sabía, moría castigado por la máxima desesperación; llegó un instante en que ya no se esforzó en levantar la cabeza.

Quizás entonces ya deseaba plenamente morir, y pudo haberlo logrado si su enorme coraje no hubiera deseado, en contrapartida, vivir y hablar. Entre los dos hombres se había establecido un terrorífico sentimiento de cooperación. Kovacs le agarró por el cabello, tiró hacia arriba para ponerle en pie y le situó contra la pared, sosteniéndole e inmovilizándole con una mano apoyada en su pecho, extendido el brazo, de una forma que dificultaba todavía más su laboriosa respiración.

Todavía con aquella vacía expresión en los ojos, separó con la rodilla las piernas de Sykes y dijo:

—Voy a aplastarte los cojones.

Era una amenaza que suele penetrar donde los otros dolores se soportan, que afecta a las profundidades psíquicas. Sykes, medio ahogado, fue casi incapaz de reaccionar, aunque sacudió cansadamente la cabeza y quiso cruzar sus inútiles brazos por delante del cuerpo. Kovacs asintió con violencia, como para reafirmar su promesa, y recurrió a toda su fuerza para incrustar los puños en el expuesto y vulnerable escroto.

Sykes era demasiado vigoroso, estaba en condiciones físicas demasiado buenas y, sobre todo, tenía demasiado coraje para desvanecerse, y había rebasado ya el límite de los gritos. Resbaló suavemente pared abajo y quedó sentado como un muñeco roto. Kovacs volvió a levantarlo, lastimando sus maltrechos brazos, sin interrumpir su apremiante interrogatorio, y otra vez le separó las piernas.

Cuando alzaba de nuevo el puño, Sykes gimió algo parecido a «¡Por favor, no!», con absoluto terror. Kovacs titubeó y examinó de cerca el rostro del sargento, donde, increíblemente, una sonrisa se dibujaba entre la fatiga y la sangre. La boca tumefacta empezó a hablar entrecortadamente.

Se había acabado.

Kovacs le sostuvo como si fuera un niño, satisfecho de su obra, estrechando el triunfo contra su corazón y desgranando preguntas, preguntas, preguntas.

Mi alivio fue tan grande que al principio las palabras se me antojaron sólo un confuso goteo de sonidos a la luz de los quinqués, hasta que Sykes dejó caer un nombre e incluso el ensimismamiento de Kovacs cobró vida con un espasmo de emoción.

Escuché entonces, preso yo mismo en una red de emociones, al descubrir que si el purgatorio del sargento había terminado, la puerta de un purgatorio de distinta clase se estaba abriendo para mí.

Mi primera idea fue que debía proteger a mi hermano, fuera la que fuese la cosa

miserable que había hecho o en la cual se había convertido; la segunda idea me mostró por qué debía protegerle: para que Mamá no supiera nunca en qué se había involucrado Francis.

Hubo un largo silencio cuando Sykes terminó su confesión. Kovacs se sentó en cuclillas, adivinando mis pensamientos. Parecía viejo en aquella luz ingrata, una máscara de huesos prominentes y profundas arrugas, huido el demonio que habitó en él para dejar únicamente el raído presuntuoso que mentía, timaba y torturaba en nombre de su imperio, la Torre Veintitrés. Quizá recordaba su entrada en nuestras vidas, cuando pugnábamos con nuestras pertenencias en la acera de aquella calle a la que nos había llevado el exilio. En Francis, el equipo de Kovacs y Conway había elaborado su producto final.

Se levantó a medias, inclinado hacia mí, y tendió el brazo para apoyar una mano en mi hombro. ¡Brindándome consuelo, por Dios! Dijo quedamente:

—Teddy.

Rechacé su mano con tanta rudeza que sus nudillos chocaron contra la pared con un chasquido como el de un bastón que se rompe. Perdió el equilibrio y cayó al agua. Le increpé:

—¡Animal! ¡Bárbaro, animal!

Alzó las manos en un gesto como de miedo, no un miedo físico, más bien una súplica ante el rechazo. Fue tan inesperado que frenó mi instintivo impulso de destrozarle a golpes. Su reserva de disculpas y persuasiones parecía no tener fin.

—Tenía que hacerlo, Teddy.

Lo horrible era que decía la verdad. Acaso existían otros métodos, acaso debiéramos haberlos conocido, pero en sus circunstancias había tenido que hacer lo que pudo. Me desasosegaba el pensamiento de que no era sólo en sus circunstancias: también en las mías.

—Tú no podías hacerlo, chico —dijo—, pero yo estaba obligado.

No, yo no habría podido hacerlo. Puedo luchar mejor que la mayoría en condiciones competitivas, puedo luchar salvajemente por mi vida si es necesario, pero no podría hacer nunca lo que él había llevado a cabo. Él había convocado al asesino que llevaba dentro y lo había utilizado a voluntad, pero no había un asesino en mí. Yo tenía un pasado supra, era un ser civilizado, captaba los latidos del corazón de la humanidad; yo no tenía defensa contra el género de realidad a que se acomodaban los infra. Yo era, en aquel fétido mundo de miserias, un incompetente.

El conocimiento de aquello no mejoraba las cosas; el hecho de que el perro que me acompañaba necesitase unas palmaditas afectuosas no disminuía su perversidad ni la desconfianza que inspiraba.

Mis reacciones eran tan caóticas que pronuncié las palabras más estúpidas que uno puede dirigirle a un hombre desequilibrado:

—Usted no es humano. Es un demente.

Pude haber reavivado su ciega cólera, pero sacudió la cabeza para expulsar el

agua de su cabello y dijo con vigor:

—No es demencia ver claro lo que uno tiene que hacer.

Poseía una habilidad similar a la de Nick para lanzar afirmaciones que desafiaban mis convicciones, abriendo en mi mente recintos que me resultaban fantasmales y, en suma, amenazadores porque no conseguía escudriñar su interior. Un residuo de testarudez me inspiró la frase: *Pero hay que ser un demente para hacerlo*, si bien cierto sentido de ignorancia incómoda me impidió decirla. En lugar de ello señalé a Sykes, tendido en el suelo con la cabeza apoyada en los sacos de arena, increíblemente dormido y roncando violentamente.

—¿Qué pasará con él? Ya no hay sanitarios en las torres.

—Se pondrá bien.

—¿De qué manera? No puede usted, simplemente, abandonarle para que se cure por sus propios medios.

—¿Por qué no? —Aquel salvajismo estaba destinado únicamente a hacerme reflexionar. Con áspera fatiga, añadió—: Pon tu cerebro a trabajar y deja que descansen tus sentimientos.

Se marchó chapoteando en dirección al vestíbulo.

Regresó con cuatro de los rufianes que habían aparecido antes con intención de presenciar el espectáculo. Traían una tosca camilla hecha de palos y sacos. Levantaron a Sykes con el cuidado de quienes han manejado otras veces a personas heridas, y le colocaron sobre el parapeto de sacos de arena. Él recobró el conocimiento y lanzó un grito sordo. Uno de los hombres dijo:

—Lo siento, tío, no tenemos drogas.

Le bajaron los pantalones, le almohadillaron los genitales con trapos y fijaron la almohadilla con tiras de tela cosidas en forma de vendas.

Nada podían hacer por sus magullados hombros, y no pudieron evitar el dolor al juntarle las manos con cuidado sobre el vientre. Sykes gemía. Dos de los hombres emitieron tranquilizadores sonidos de impotencia mientras alzaban la camilla del agua y los demás maniobraban para colocar al sargento encima.

Éste jadeaba como un corredor exhausto cuando Kovacs se inclinó sobre él.

—Si te ponemos de pie, ¿podrás caminar un poco?

—¿Cuánto? —preguntó Sykes roncamente.

—Unos cincuenta metros.

El sargento movió levemente el mentón, esbozo de un gesto de asentimiento.

—Probaré... probaré...

Kovacs le rozó con los dedos la mejilla.

—¡Buen soldado! ¡Magnífico soldado!

En la torcida sonrisa de Sykes reconocí una vaga forma de comunicación elemental, un entendimiento que no precisaba de palabras. Ahora que ambos hombres sabían las mismas cosas, la cuenta personal estaba a cero. En el lugar de Kovacs yo estaría implorando perdón, pero ambos sabían que no era necesario, que no

importaba.

Kovacs dijo al grupo de camilleros:

—Dejadle todo lo cerca de las puertas del cuartel al que podáis llegar. Ponedle de pie, y que entre andando. Ayudadle si es preciso, pero cuidado con que os capturen. Si cae, llamad al centinela y echad a correr. Tenéis que llegar allí cuando todavía sea de noche, así que daos prisa.

Los hombres se llevaron a Sykes y nunca más volví a verle, por suerte porque no me hubiera atrevido a mirarle a los ojos.

Sentí que no podía soportar a Kovacs ni un minuto más. Como despedida, dispuesto a desembarazarme de él, dije:

—Me voy a casa de mi madre.

—¡No!

—Usted ha terminado su parte. La mía empieza ahora.

—No con tu madre. No hasta que hayamos preparado algo. Una historia, una versión de...

—No le diremos nada, simplemente.

—Tú no piensas, Teddy. Hay que sacar a Francis de allí; debe desaparecer.

Kovacs, pese a su confesión emocional, había captado un punto que a mi brillante mente de extra le había pasado inadvertido: que Francis no sólo era el hijo de la mujer que amaba, sino que la pista que conducía a él conduciría también, en cuanto Nick entrase en acción, al poder que mi hermano tenía detrás.

—Le matarán —prosiguió Kovacs—. Quienquiera que sea, le matará. Nosotros podríamos ocultarle, en las torres podemos ocultar a quien nos convenga. Ven arriba, tenemos que hablar de ello.

Tenía razón. Necesitábamos un plan u otro antes de que yo informase a Nick, lo cual debería hacer muy pronto.

Fuera todavía era de noche. La salvajada del pozo de las basuras había durado menos de media hora, pero yo necesitaba escapar urgentemente de la intolerable torre. Cuando llegamos a lo alto del primer tramo de escaleras, dije:

—No hay nadie en las cercanías. Podemos hablar aquí.

En el descansillo estaba encendido un globo de escasa intensidad, porque aquella gente procuraba tener las escaleras iluminadas de noche. Bajo su débil resplandor, me atrevería a decirle que yo parecía tan ojeroso y enfermo como Kovacs, quien por su parte semejaba encontrarse al borde del colapso. Pensé vagamente en una reacción emotiva cuando, un peldaño por encima de mí, miró hacia abajo y vi que lloraba. Entre desagradables balbuceos murmuró:

—No me abandones, Teddy.

No quería decir entonces, en aquel momento. Quería decir que no le abandonase nunca, y la vanidad de su súplica me enfureció. Yo sabía lo que iba a seguir: *Lo hice lo mejor que supe, traté de ser un padre para ti*. Si lo oía, se me revolvería el injuriado estómago.

Como tantas veces en aquel terrible mundo nuevo, me equivocaba. Se aferró a la baranda de la escalera y se deslizó hacia abajo como alguien que se desmaya, hasta sentarse en el primer peldaño con la cabeza apoyada en un grafito venenosamente obsceno trazado en la pared. Añadió:

—Soy demasiado viejo, no puedo aguantar más.

Sus lágrimas no fluían, saltaban una a una, como con renuencia, mientras yo me preguntaba qué demonios hacer con él. No podía simplemente volverle la espalda y marcharme.

—Todavía es capaz de hacer una imitación condenadamente buena —dije.

Abatió los hombros, hundió la cabeza y se convirtió en la criatura más vilmente afligida que yo viera jamás. Pensé que había herido a un niño desamparado que nada tenía en común con el demonio del pozo de basuras. Intenté ayudarlo a levantarse.

—Está bien, vámonos. Le acompañaré a su apartamento.

No quiso moverse.

—Tengo que hacerlo yo, Teddy —articuló—. No puedo pedir a otros que hagan lo que yo no haría.

Aquello era algo de lo que había oído hablar pero no conocía directamente: la inmensa, la vacía soledad de la cumbre. Significaba más que el aislamiento de un líder que no osa intimar ni favorecer; significaba ser el hombre que debe hacer todo cuanto es necesario, capacitado para dar órdenes únicamente a quienes no pueden equipararsele. Era la clase de comprensión ante la cual vacila la vanidad personal.

Siguió diciendo:

—Y no estoy loco.

Ignoro a quién de los dos pretendía convencer, pero yo necesitaba mantenerme firme frente a la compasión. Repliqué, en el tono más duro y cortante que pude adoptar:

—No era cordura lo que vi babeando simpatía mientras planeaba el siguiente tormento. Vi su cara de matarife cuando le torturaba. —Una vez iniciado, no podía interrumpir el intento de borrar de mi mente toda aquella carnicería—. Usted actuaba a sangre fría. Usted jugaba a la piedad en los momentos intermedios, pero la verdad se leía en sus ojos enloquecidos. Usted amaba lo que hacía.

Durante largo rato no dijo nada, sólo permaneció hecho un ovillo, recostado contra la pared, en tanto yo meditaba sobre qué era lo que conseguía, aparte la indigna liberación de un rencor que llevaba dentro de mí desde los doce años.

Finalmente, él murmuró:

—Los jóvenes, sois duros. No habéis sufrido lo suficiente.

Al parecer, tendríamos que esperar a que saliera de su crisis de autocompasión. Pero se rehízo y rompió a hablar con rapidez y súbita energía.

—No insistas en que estoy loco, Teddy. No lo estoy. Las cosas hay que hacerlas, y no es fácil. Tengo que adaptarme a ellas, convencerme a mí mismo de que son buenas y justas, pensar en el tipo de hombre que tengo que ser y ponerme en su pellejo. Serlo

por un tiempo.

Parecía creer que aquello lo aclaraba todo. En cierto modo, efectivamente era así. Buscaría en su interior lo que en realidad era, y lo dejaría suelto, como quien suelta a un animal salvaje... Y a continuación, en ocho palabras, demolió mis ideas:

—Nick dice que eres un actor. Deberías entenderlo.

Lo entendía. Yo sabía con cuánta frecuencia había seguido las huellas de Kovacs, llamándome Macbeth y estrujando mi coraje hasta concentrarlo, o Brutus cuando agobiaba mi alma con la intención de matar al hombre que se había constituido él mismo en mi padre, o Hamlet en su ira final, su único momento de auténtica demencia, cuando mataba como un vándalo; y cómo, en los instantes de transfigurada intensidad, había mirado el escenario y a los otros actores para descubrir, aturdido, que ellos eran reales y yo la imitación que debía encontrar su vía de regreso a la conducta humana.

Si mis ojos insanos hubieran mirado a la realidad correspondiente en lugar de a unos decorados pintados, ¿habrían los asesinatos escénicos llegado a su consumación?

Podemos convencernos a nosotros mismos de la rareza porque las posibilidades están en nosotros; existen realidades en el fondo de la mente a las cuales se puede apelar para vigorizar la simulación. Todo hombre, en caso de necesidad, puede hacer cualquier cosa, ser cualquier cosa. Todo hombre, o toda mujer, puede matar. La demencia es cuando no puedes detenerte, no puedes retardarte, no puedes eludir el último toque.

Examinar las capacidades de mi propia mente era como escudriñar un universo paralelo donde las leyes del buen sentido no operaban y todo era posible. La medida de Kovacs se encontraba en su habilidad para entrar allí, tan lejos como la necesidad le condujese, y retirarse a voluntad.

Se estaba poniendo en evidencia cuánto daño le causaban aquellas experiencias. Se había ganado el derecho a ser un hombre extravagante y difícil.

Como si yo fuera juez y jurado, preguntó:

—¿No lo entiendes en absoluto? ¿No lo entiendes?

Con la sensación de que quemaba un puente crucial detrás de mí, repliqué:

—Puedo intentarlo, papá.

Él me gritó:

—¡Te advertí de que nunca me llamaras así!

Tuve que apartarme para evitar su puño balanceante. Desesperadamente, dije:

—Salvo si me salía del corazón. —Sus turbados ojos clavaron en mí intensos destellos—. Vámonos, papá. La ascensión será muy larga.

¿Creía alguna parte de mí en las palabras que estaba pronunciando? No lo sé. Me sentía muy pequeño, muy confuso respecto a mis intenciones, y la ascensión hasta el apartamento de Billy Kovacs sería de veras condenadamente larga.

UII

Vi nos abrió la puerta, flotante en una bata de noche que parecía un saco, disgustada porque la habíamos despertado. Nos previno de que no despertáramos a los niños, de lo cual, pensé, había pocas probabilidades: con tantas personas viviendo en aquel reducido espacio, el sueño de los niños tenía que ser a prueba de casi todo. Las camas aparecían llenas de ellos, envueltos en mantas y colocados como sardinas. Gordy y Jim, asimismo entre mantas, estaban tendidos en el suelo.

La cama de Billy permanecía vacante para él (privilegio real), y era un estrecho armazón de tablas con un decrepito saco de dormir. Él se derrumbó encima como otro saco vacío, y pidió té.

Vi dijo con venenosa suavidad:

—¡Sí, té vas a tener! ¡A esta hora de la mañana! Te compadeces de ti mismo, ¿no? —Él apartó la vista sin responder—. Ha sido una de esas noches, ¿eh? ¡Tú, pasma! ¿A quién ha apalizado hoy? —Como yo guardara silencio, porque entonces no me apercibí de su intención terapéutica, ella retornó a sus quejas—: ¡Té a estas horas!

Se instaló en su mecedora, y ello me indujo a decir:

—Yo lo prepararé.

Vi me examinó con burlona perplejidad.

—¿Tú vas a prepararlo? ¿No dije que acabaría por hacerte suyo?

Aquello me dio tema para reflexionar mientras preparaba el té en la cocina de Kovacs. Para bien o para mal, yo estaba al parecer comprometido en una lealtad, abstrusamente esquizofrénica lealtad hacia él, cuyo final sólo podría ser un conflicto de intereses y deberes. Mamá sería feliz con ello y Nick se sentiría orgulloso del éxito alcanzado por su manipulación. Francis, si yo le interpretaba bien, no experimentaría más que desdén, pero lo que sintiera importaba poco, pues mientras subíamos por la escalera habíamos decidido lo que debía hacerse con respecto a él.

Cuando llevé a Vi su taza de té, reemprendió su discurso:

—Verás mucho de esto antes de que termine: el Jefe de Torre sin corazón, que pasa una semana enfermo después de haberle azotado las posaderas a cualquier pillo y viene a casa a llorar su culpa.

Yo dije que había sido algo más que azotar posaderas.

—¿Huesos rotos? ¿Un poco de sangre derramada? ¿Cuál es la diferencia? ¿Sabes una cosa? En cierta ocasión le dio por la religiosidad y buscó un cura que le confesara. ¡Luego decidió que Dios no podría soportarle y lo dejó correr! —Se balanceó lentamente, con súbita desolación—. Fue un buen motivo de risa. Siempre tendría que haber un motivo para reír.

—No podrá usted decir que le falta coraje —protesté yo.

—¿Coraje? —Se levantó de la mecedora conteniendo su ironía, o quizá conteniendo las lágrimas—. ¿Sentimientos caballerescos? ¿Te refieres a las simples y

viejas entrañas, la sólida materia de que están hechos los Jefes de Torre? Empiezas a tener dudas después de presenciar durante veintiocho años cómo las entrañas de este jefe se hacen agua tan pronto como cede la tensión.

Me marché tan pronto como pude, pensando que Billy pagaba un alto precio por la lealtad de una mujer y el amor de otra. Pensando, también, que mi educación en relaciones humanas sólo producía desconcertantes contradicciones y que cualquier cosa que pudieras opinar de la gente, buena o mala, sería probablemente cierta en el interior del mismo corazón y la misma mente inconsistentes.

Una figura corrió escaleras arriba, a mi encuentro. Era Nick, que decía:

—Te he pillado a tiempo.

Yo debía de estar atontado por la fatiga y la falta de sueño.

—¿Cómo sabía que me encontraría aquí?

—¿En qué otro sitio iba a encontrarte? ¿Adonde vas ahora?

—A casa de mi madre. A por ropas supra. Las necesito.

—No las necesitas. Mantente apartado de tu madre. ¿Te figuras que no la vigilan?

Y bien, ¿tienes la historia?

—Sí. Esa mierda entra por los almacenes...

—¡Más tarde! ¿Es necesario que vea a Billy? ¿Sabe algo que tú no sepas?

—No. He estado con él toda la noche.

—Bien. ¡Salgamos de aquí!

Desde el vestíbulo nos lanzamos a plena luz del día, aunque era demasiado temprano para que hubiese muchas personas en derredor. Las calles infra, vacías de su arremolinada muchedumbre, eran extrañas, eran otra cosa. Las grandes faldas de hormigón que rodeaban cada torre las separaban unas de otras, extranjeros silenciosos, esclavos mudos que sostenían el arco del cielo. La mañana se cernía sobre ellas en un silencio catedralicio.

Nick me condujo, no hacia fuera del área de Newport, sino más adentro todavía del Enclave, tomando una ruta en la que el suelo sobresalía del agua y nos permitía avanzar con rapidez. Aunque no había nadie que pudiera oírnos, dijo en voz muy baja:

—Te está buscando una gente que simula un interés casual. Se suponía que conducirías a tus seguidores hasta tu jefe, pero escapaste de las redes. Estás al rojo, al rojo vivo.

Yo no tenía nada que decir. En vista de que callaba, preguntó con impaciencia:

—¿Entiendes por lo menos el motivo de que seas centro de tanta actividad?

Por supuesto que lo entendía. Lo sabía, y había estado reprimiendo el recuerdo, sobresaltado por anticipado ante la cólera que había provocado.

—¿Lo entiendes? —insistió, exigiendo como siempre la humillación.

—Abrí demasiado la boca.

—¿Sí?

—Amenacé con contar a los infra lo que sabía.

—De todo lo que creías saber no tenías ni una maldita prueba, pero el jefe médico no podía asegurarse de que fuera así. Pudo habértelo sacado con la ayuda de drogas, pero —se detuvo en seco, me asió del hombro y me miró a la cara— entonces habría tenido que matarte, antes que devolvarte al SIP, y luego afrontar la tempestad gubernamental que aquello habría provocado.

Alegué haberle dicho al jefe que no tenía realmente intención de cumplir mi amenaza, que había cambiado de idea.

—Y podías volver a cambiar si sufrías una presión demasiado fuerte. Ese hombre no es idiota. De modo que tuvo que arriesgarse a soltarte, para ver adonde le conducías. Estaba dispuesto a correr riesgos, pero te perdió y estará resentido. Tu casa y cualquier lugar que frecuentes habrán sido puestos bajo vigilancia. No tardarán más de unas horas en registrar la Veintitrés.

Pregunté tímidamente:

—¿Pues adonde iré?

—A donde yo te lleve. Cuéntame lo que pasó anoche.

Escuchó con fría impaciencia los detalles del secuestro, que para él era una operación rutinaria que cualquiera podía llevar a término, pero maldijo a Billy por desencadenar el proceso de bloqueo mental del sargento. Le dije que había sido accidental, y replicó que Billy debió de haber tenido en cuenta que el bloqueo es una medida rutinaria y que había cometido una chapuza. Estaba furioso. Después, gravemente, porque conocía la única respuesta posible, preguntó:

—¿Y qué hizo Kovacs? —Atendió impasible a mi exposición de la tortura, para inquirir únicamente—: ¿Le ayudaste?

—No podía. No habría sido capaz. En realidad, tampoco Billy lo era. Le ha costado padecer una especie de colapso.

Nick ni se sorprendió ni demostró simpatía.

—Es famoso por esas cosas: el criminal que llora por sus víctimas.

—No —dije yo—. Billy llora por sí mismo.

Nick reaccionó salvajemente, contra Billy, contra mí, contra toda la nauseabunda operación.

—De manera que ahora es «Billy», ¿eh? ¡El contacto con la realidad marca la diferencia! ¿Tú sabes que forzar un bloqueo mental puede provocar un ataque cardíaco? ¿Qué os dijo aquel pobre bastardo?

Para mí, la gran revelación había sido la participación de mi hermano; prescindiendo de ella, el resto significaba muy poco. El producto era entregado en cajas a la intendencia militar, dirigido a la atención personal del oficial de inteligencia de la unidad (Nick intercaló un satisfecho «¡ah!»), quien lo ponía a disposición de las tropas como cebo sexual. El pretexto era que se trataba de un ejercicio de fraternización simulada para tener a las putillas infra fuertemente enganchadas a un narcótico potente y de este modo abrir una línea de información con algún propósito de alta importancia, no especificado.

—Se recibe por servicio especial y procede de Eastern Imports.

—Eso forma parte de los dominios de Nola Parkes.

—Sí. Y lo entrega un mensajero determinado.

—¿Conseguiste su nombre?

Al observar la expresión de mi rostro, su talante agrio se modificó. Dándose una palmada en el muslo, dijo vivamente:

—¿A quién se le habría ocurrido? ¡Así que el joven Francis tiene un tigre agarrado por la cola! Para él deben ser sólo cajas de mascada, esa porquería maloliente que consumen las clases bajas. Deleites infra.

Yo repliqué, con la paciencia especial de la ira contenida:

—Está en peligro. Ahora que el sargento Sykes sabe lo que es en realidad aquella sustancia, hablará, y los soldados se volverán contra Francis porque es el único a quien tienen a su alcance. ¡Matemos al mensajero del infierno! Varios de ellos han mascado el producto.

—¿Estás diciéndome que Billy ha devuelto al sargento a su unidad? ¿Ha perdido la cabeza?

—¿Qué otra cosa podía hacer? El tipo estaba en pésimas condiciones. ¿Adonde iba a ir? Si Billy no le hubiera enviado de regreso al cuartel, habría quedado lisiado para toda la vida.

Nick dijo, pensativo:

—Yo habría dejado que se pudriese. Piensa en lo que ocurrirá cuando esa historia circule por los regimientos.

—Nada peor que si circulase entre los infra.

—¡Reflexiona, chico! Los militares pueden mantener a raya a los infra, pero ¿quién tiene a raya a los militares?

Por una vez no esperaba respuesta, y mi opresiva sensación de haber caminado a ciegas por el borde de un precipicio no era precisamente confortante. Guardamos silencio mientras atravesábamos el límite más lejano del Enclave y entrábamos en una sección de la Periferia que yo no sabía que existiese. Nos detuvimos ante una casa mugrienta cuya fachada correspondía a un local comercial, un género de edificio que no se construía hacía más de un siglo: espacio para almacén y tienda en la planta baja, y una pequeña vivienda arriba. La planta baja, dijo Nick, era una «reserva», uno de los varios lugares que el SIP tenía para uso en situaciones de emergencia. No le pregunté quién vivía en la planta superior. Tampoco me lo habría dicho.

La anticuada sección destinada a tienda contenía un mostrador, un aparador, una mesa y unas sillas; era puramente para aves de paso. Nick abrió una maleta que estaba sobre la mesa.

—Nuestros uniformes. —Los sacó—. Toalla. Equipo de afeitado. Hay un lavabo en la parte trasera. Date prisa.

Descubrí, en un cobertizo al fondo del patio posterior, el hocico de un pequeño patrullero aerodeslizador.

—Nuestro transporte —añadió Nick. Y repitió—: Date prisa.

No pregunté el motivo, simplemente me di toda la prisa que pude. En algo menos de cinco minutos estuvimos afeitados, lavados y uniformados. Mientras me ponía los pantalones dije:

—Si estoy en un aprieto, ¿hasta qué punto es grave?

—Tu carrera ha terminado si yo no puedo salvarla. —Fue rudo—. ¡Aquel sargento! ¡Válgame Dios!

—¿Y usted?

—Conmigo tendrán más problemas.

No era difícil creerlo.

—¿Quién los tendrá? ¿Quiénes son?

—Según el último análisis, todo el maldito Gobierno. —Cerró la maleta con nuestros harapos infra dentro—. ¡Vámonos!

A las siete y media estábamos en camino.

—¿Hacia dónde, Nick?

—A recoger a Francis. Podemos ocultarle en las torres...

—Billy pensó en eso. Se morirá de espanto.

Nick prosiguió, sin hacerme caso:

—Tendremos un peón para negociar y presionarles.

—¿Negociar qué?

—Principalmente, la salvación de nuestros pellejos. Una vez nos hayamos ocupado de nosotros mismos, veremos lo que hay que hacer.

—¿Qué pasará después con Francis?

Metió una mano en la gaveta del tablero de mandos y sacó un paquete de sándwiches.

—¿Tienes hambre?

—Sí. Respecto a Francis...

—Cuanto más oigo hablar de él, menos me importa lo que le ocurra.

Sin mucha convicción, dije:

—El no tiene toda la culpa de haberse convertido en lo que es ahora. —Nick miraba al frente, observando la ruta; yo lo intenté de nuevo, preguntándome cuán bien le conocía a pesar de todo—. A mi madre sí le importa. No habla de ello, pero le importa.

—Las madres son impenetrables. —Me dedicó el fantasma de una sonrisa—. ¡Cómo te has puesto tú a amar, de pronto, a la humanidad doliente! Tu hermano debe ser retirado de la circulación, ha de esconderse, tanto si lo merece como si no. En cuanto al futuro, ni en la bola de cristal más transparente veríamos lo que pasará. Si nosotros no le encontramos, y pronto, mejor será que se deshagan de él antes de que los militares le atrapen.

Dieciocho años no son muchos; me sentí desesperadamente joven en medio de las realidades de un mundo sobre el cual creía estar en curso de aprender, pero que sólo

había dado por hecho.

—¿Quiénes... se desharán de él?

—¿Quiénes le matarán? La división ejecutiva de la Seguridad Política. Lo que en el triv llaman Servicio Secreto. El jefe a quien viste en la Sección Médica era Arthur Derrick, superintendente de Asuntos Internos Confidenciales. Ya ves la importancia que has adquirido.

La vi, y la conmoción me dejó petrificado. Las implicaciones tardaron algún tiempo en revelarse por sí mismas.

—Todo eso significa que quien distribuye la mascada es nuestra propia gente. No viene del exterior.

—Puede proceder del exterior, pero seguro que es nuestra gente quien la utiliza.

—La selección de Billy.

—Creo que no. Ésta sería una idea a aplicar como último recurso. Más bien considero que se trata de un ensayo para comprobar qué puede hacerse y cómo, si algún día llega a ser necesario. Nuestra intervención se lo habrá estropeado seriamente.

Me palmeó la rodilla, y pensé que se disponía a presentarme sus inútiles disculpas por haberme metido en un asunto tan peligroso, pero lo que dijo fue:

—Conviene estar siempre razonablemente asustado, pero lejos de cagarse de miedo. Cómete el sándwich.

22
NOLA PARKES Y ARTHUR DERRICK
Año 2051

I
Nola Parkes

A las siete, envuelta en mi bata y esperando a que mi té de la mañana se enfriase, ordené:

—¡Entre!

Esperaba que fuera Gwen con la ropa que había de ponerme aquel día, pero era Tallis, vestido con su delantal de despensero.

—He creído más oportuno venir yo mismo, señora, para evitar murmuraciones entre el personal.

Era extraño. En veinte años, Tallis nunca había pasado de la puerta exterior de mi *suite* privada.

—¿A propósito de qué, Tallis?

—De un visitante, señora. Un tal señor Arthur Derrick.

Sólo una estúpida no se habría alarmado al oír aquel nombre y a aquella hora, pero media vida de disimulo me permitió manifestar sólo un ligero interés.

—Gracias por haber pensado en ello, Tallis, pero no estoy a punto de ser detenida. —¿No lo estaba?—. ¿Le ha reconocido usted?

Se permitió la media sonrisa cómplice que puede hacer insufrible a un sirviente doméstico.

—En el servicio de la sociedad, señora, una memoria eficiente puede evitar

contratiempos.

Los años le otorgaban el derecho a alguna que otra pequeña insolencia gratuita.

—Dígale que espere diez minutos.

—Tiene prisa, señora, y hay otros con él. Policías de paisano, a mi entender.

Yo exclamé, con la frivolidad simulada de una mujer que envejece:

—¡Ninguna mujer de cincuenta años hace esperar a un caballero que tiene prisa!

—Cincuenta y seis, de hecho, y él lo sabía—. Pero ¿debo recibirle en *desbabillé*?

A Tallis no le hizo gracia.

—La prisa aconsejaría que sí, señora.

Un cínico cortés, mi Tallis, pero había tenido la prudencia de orillar al resto del personal.

—En el despacho, dentro de tres minutos.

Me pasé un limpiador por la cara y un peine por el cabello, me puse una redecilla y unas zapatillas y llevé conmigo la taza de té a manera de recurso escénico para manosearla si me fallaban los nervios; y le recibí perfectamente caracterizada de mujer de negocios que toma el día tal como viene. Para mi sorpresa, además, sin temblar.

Él dejó a sus cuatro policías (incluso en mi inexperiencia pude identificar sus robustas plantas y sus caras estólicas, ligeramente sobrealimentadas) en la pequeña biblioteca, se dejó caer en la butaca de los clientes y comentó con frialdad:

—No has cambiado mucho, Nola.

Me sorprendí a mí misma replicándole con sincera aspereza:

—En doce años he cambiado considerablemente. Lo mismo te ocurre a ti. ¿Qué es lo que quieres? ¿Té y un rato de charla?

¿Por qué imaginamos que la agresividad implica dominio de uno mismo e inocencia?

Los doce años eran el tiempo transcurrido desde que fuimos (casi) amantes. Fue para bien, creía yo, que sus ambiciones departamentales y mis operaciones clandestinas me sugirieran que aquella relación podía ser peligrosa. Me las arreglé para romper, sin demasiada maña, y ahora su espontáneo uso de mi nombre de pila me sonaba un poco a encono y acusación.

Había cambiado en algo más que la apariencia. Su esbelto cuerpo era tan gallardo ahora como entonces, su cabello un poco más gris, su ancha y generosa boca la misma hendidura falaz, sus ojos gris verdoso igualmente vivos, pero fríos; su vanidad, más patente. El éxito había distendido la prudencia con que en otro tiempo disfrazaba de entusiasmo el amor propio, había dejado al descubierto la satisfacción mental de un varón orgulloso de su situación y su presencia y en todo momento consciente de ambas.

Reprimí la tentación de decirle que el juvenil corte de pelo era un error en un hombre que rozaba los sesenta años.

—Podré agradecerte el té más tarde, Nola, pero ahora no. Creo que debes esperar

una visita.

—¿Otra? ¿Tú crees?

—Estoy casi seguro. Me he puesto en el lugar de la otra persona y me he preguntado qué haría. ¿La respuesta? Venir aquí inmediatamente.

—¿Otra persona?

Al insistir pensaba, ante todo, en Kovacs, en algún error que hubiera delatado nuestra inexpresable amistad. Porque tenía que ser aquello.

—El capitán Nikopoulos.

Mi sorpresa fue genuina.

—¿Y qué puede querer él?

Se rió de mí.

—No te quiere a ti, Nola, no a ti. A quien necesita es a Francis Conway.

Fue un golpe bajo. Francis era un elemento vulnerable que debí haber descartado mucho tiempo antes. Si hubiera sabido cómo. El contento de Derrick era propio de un chiquillo travieso. Encontraba placer en detectar los síntomas de miedo, y yo lo encontraba en negárselos.

—No seas misterioso, Arthur. ¿Qué está pasando?

—Puedo contarte una parte. El resto tendrá que decírtelo Nikopoulos. —Se inclinó hacia adelante para dar sensación de intimidad—. A ti no te necesitamos, Nola... En todo caso, todavía no. Me tienen sin cuidado tus pequeños hurtos. Se aceptan mientras evites la codicia total. Qué desagradable camarilla sois los comerciantes, amiga mía.

Aquello, procedente del llamado Servicio Secreto, era demasiado.

—Porque tu banda no trata con gente honesta.

En mí había más desvergüenza que valor. Los auditores sabían y eran suaves, pero la Seguridad Política representaba un terror más sutil.

Él ignoró el insulto. Chasqueó los dedos para que un acólito de rostro impasible le entregara una caja y retrocediese rígidamente a su posición. Yo misma había representado escenas parecidas en otras ocasiones. Arthur (no, el superintendente de Asuntos Internos Confidenciales) depositó la caja sobre mi escritorio.

—¿La reconoce, señora?

La visita se había tornado oficial. Empezaba el verdadero diálogo.

—Caramelos para mascar extrafuertes, importados. Por supuesto que reconozco el envase. Es expedido, sospecho, a través de tu Departamento, para que lo distribuya el mío.

—¿Lo sospecha?

—¿Por qué no? Se trata de un artículo de distribución restringida, consignado directamente a los oficiales de inteligencia de las unidades militares, vía servicio de intendencia, en las áreas de las torres.

Mi plomo me infundió confianza.

Él enarcó las cejas, fingiendo sorpresa, e insistió:

—Según calculo, pasan por su Departamento alrededor de 30.000 artículos, y sin embargo presta usted atención a uno tan nimio como éste.

—Yo presto atención a lo insólito, especialmente si está relacionado con una repugnante historia sobre la adicción deliberada a las chicas infra. ¿Es cierta la historia?

—Quizá, quizá. ¿Qué hay de ello?

—En el nombre de Dios, Arthur, ¿qué sacarán vuestros malignos archivos de los desvalidos infra?

—¿Es desvalida la gente como su amigo Kovacs? ¿Se ha convertido usted en un amante de los infra?

—No seas vulgar.

—¡Vulgar! Ellos son el pulso del mundo. Es esencial conocer cómo piensan y lo que piensan y lo que pueden hacer como animal colectivo.

Su tono había cambiado; había dicho algo en lo cual también yo creía, pero no me dejé engañar.

—A fin de impedirles hacerlo.

Frunció el entrecejo como si yo hubiera dicho una tontería.

—Algunas veces. Y otras veces para alentarles y respaldarles. En la mayoría de ocasiones, sólo para preocuparse por ellos. A largo plazo, los infra serán el mundo, no nosotros, los supra.

Era un reproche oportuno. En otras circunstancias su respuesta habría picado mi curiosidad con respecto al ser humano oculto en el interior del burócrata, pero él se percató de la irrelevancia de la digresión y volvió al tema principal.

—Si no me equivoco al juzgarle, Nikopoulos estará aquí antes de una hora. Tenga al joven Conway disponible. Y por favor, asegúrese de que todo el personal se mantenga alejado de esta parte de la casa. No quiero que algún amigo insospechado alerte a Nikopoulos.

—La policía no tiene espías entre mi personal.

Se puso en pie.

—No esté tan segura de eso.

Me alarmé. Él sabría mejor que yo si acogía a alguna serpiente en mi hogar. Para encubrir mi confusión, dije:

—Uno de los miembros del servicio debe quedarse en la parte delantera. Ni siquiera un policía esperaría de mí que acudiese a abrir la puerta en persona.

—Naturalmente que no. —Me dedicó una sonrisa irónica—. El excelente Tallis se quedará con nosotros para eso.

Estuve segura de que había nombrado a la serpiente.

Repitió la escena del chasquido de dedos. Otro policía servil se adelantó con un rollo de un material transparente que extendió sobre un panel de la ventana, lo recortó para ajustarlo y lo alisó con un pequeño rodillo. Una vez aplicado, era invisible. Regresó en silencio a su lugar, como una persona que no existiese. Merecía que le

hubieran recompensado con un terrón de azúcar.

Pero Derrick se hallaba en vena comunicativa.

—Un juguete para espías —explicó—. Un micrófono invisible accionado por la voz humana. Ahora, si mis hombres y yo nos retiramos a la cocina, ¿podemos contar con su oferta de una taza de té?

—Toma lo que quieras y vete al infierno.

Era barato y mezquino, pero resquebrajó la superficie, de su compostura.

—Siempre te has comportado como una zorra deslenguada.

Había bastado un momento para devolvernos la malevolencia y el rencor. Tanto mejor para nuestro pasado común: cada uno había visto en qué se había convertido el otro.

Hice llamar a Tallis y le dije que el personal no debía salir de sus correspondientes zonas de trabajo, pero no conseguí encontrar un motivo que justificase la orden.

—Invente cualquier cosa, Tallis.

Que se ganara una propina.

Ignoro cómo explicó la presencia de la policía en la cocina, o si se molestó en explicar algo.

Me vestí despacio, reflexionando, y llegué a la conclusión de que los caramelos de mascar habían puesto al descubierto un filón inesperado y de que a Nikopoulos se le había tendido una trampa. ¿Qué podía haber hecho él? Estaba acostumbrada a que la máscara de honestidad de los funcionarios públicos escondiese mentes deshonestas, pero consideraba al capitán como uno de los pocos incorruptibles.

Regresaba a la oficina, y estaba todavía en el corredor, cuando Tallis abrió la puerta de entrada a un nuevo grupo de matones policiales que traían un prisionero. No era Nikopoulos.

Billy había sido brutalmente golpeado. Un matón a cada lado le asía del brazo para mantenerle erguido. En su cara, apenas reconocible, la sangre y los cardenales enmarcaban sus ojos enrojecidos y llameantes de odio. Incluso el dorso de sus manos aparecía amoratado, como si se las hubieran pisoteado.

Lancé una exclamación banal, como «¡Oh, no!», y él me escupió. O intentó escupirme. La saliva quedó colgando de sus incontrolables labios partidos. Me eché a llorar, sin comprender qué podía yo haber hecho para perjudicarlo.

Derrick emergió del corredor de servicio, diciendo:

—No, no, señor Kovacs, la Señora no tiene la culpa. Las personas con quienes usted se relaciona han sido indicio suficiente para que le diéramos caza.

Billy pareció entender que aquello era verdad: sus ojos perdieron fuego. Yo había llorado de emoción al verle, y entonces lloré por uno de los pocos hombres buenos que había conocido y me enfurecí con Derrick.

—¿Era necesario que tus animales le trataran así?

Él me miró sonriendo especulativamente y preguntó a sus hombres:

—¿Lo era?

Uno respondió, lleno de resentimiento:

—Ha sido muy difícil capturarlo, señor. Si los soldados no nos hubieran acompañado no habríamos salido vivos.

Billy dijo con precaución, articulando las palabras en su boca arruinada:

—Ese hijo de puta ha pegado a Vi.

Otro de los hombres levantó una mano vendada.

—La mujer me mordió, señor, se me quedó colgada de los dientes.

Oí mi propia voz, sonando sin comedimiento ni dignidad:

—¿Por qué? ¿Por qué? Es un buen hombre...

Derrick sacudió furiosamente mi brazo.

—Si supieras lo que le hizo anoche a un infeliz sargento del Ejército pensarías de otra manera. ¿Tienes un botiquín? —Asentí con un ademán, y él se dirigió al estupefacto Tallis—: Lléveselo y cúrele.

—Billy, lo siento —dije.

Supuse que la nueva zozobra que expresaba su rostro pretendía ser una sonrisa. Él era el hombre a quien debí conocer años atrás.

Desaparecieron en las áreas de personal y yo me encaminé a la oficina para contemplar la pared, la taza de té todavía intacta y el entramado de circunstancias que se centraba en mi casa y que aún no entendía.

Me pareció que había transcurrido sólo un fugaz instante desde la llamada de Tallis a la puerta de mi cuarto y el momento en que, a través del micrófono transparente, vi el hovercoche de Nikopoulos rozando la verja del jardín para detenerse a la entrada.

Derrick reapareció como si el éxito de sus predicciones le hubiera catapultado otra vez a la existencia.

—Déjale que explique lo que quiere, Nola. Necesito saber cuánto sabe. —Me miró duramente a los ojos, como para penetrar en mi mente—. No le pongas sobre aviso. Ni lo intentes. No me causaría ningún placer tener que enviarte a vivir en las torres.

Se marchó, dejándome con la amenaza que únicamente solía atemorizar a los pequeños supra, a los supra prescindibles. Pero la brusquedad de su malicia me descubrió la naturaleza de aquel temor. Habíamos creado el abismo entre clases como una necesidad económica para controlar el mundo que se desmorona, sin verlo como el gigantesco basurero que podía engullirnos vivos.

Mi ira hervía con todos los impulsos convencionales de rebelión y desafío, pero yo sabía que haría lo que Derrick deseaba. Toda una vida de privilegios te deja sin valor para afrontar las torres.

—¿También tiene prisa?

—Sospecho que sí, señora. Ha preguntado por Francis Conway.

El capitán era directo; a veces eso proporciona ventajas.

—¿Motivo?

—La policía no acostumbra a exponer sus motivos, señora.

—¿No lo hace? Está bien, tráigales aquí.

—¿Y el muchacho, señora? ¿Conway?

—¿No le ha dado ya órdenes el señor Derrick? —Se excedió un poco en quedarse impasible; el autocontrol incluye el saber cuándo relajarse—. Téngale a mano, pero fuera de la vista.

—Sí, señora.

Se retiró.

No era probable que yo diese a Nikopoulos una impresión de calma y serenidad. La visión de Billy había desmantelado mi hermetismo. Una cosa es saber que se cometen abominaciones tras las pantallas del poder y otra completamente distinta es encontrártelas en el cuerpo apalizado de un amigo. Existía, además, el micrófono; yo soportaba la carga del fraude. Si mis manos se mostraban firmes, mi espíritu temblaba, y supongo que mi voz también, mientras pronunciaba los convencionalismos de rigor.

—¡Capitán Nikopoulos! No esperaba volver a verle tan pronto.

Él hizo un breve saludo casi militar.

—Señora.

Si el tono era inexpresivo, el rostro no. Su apariencia era fría como el hielo y sus ojos me llenaban de sospechas. ¿Sospechas de qué?

Seguí hablando nerviosamente:

—Por su aire de familia, aventuraría que su joven colega debe ser el otro chico Conway.

Lo decía por decir algo, aunque sí era perceptible un parecido superficial con Francis.

El muchacho se cuadró como bisoño que era, todavía no educado en el esquema de los formulismos sociales.

—Soy Edward Conway, señora.

De cara tan hosca como Francis, despuntaba en él un indicio de belleza.

Nikopoulos dejó sobre mi mesa de trabajo una nota manuscrita. Por lo que más quiera, desconecte la grabadora.

—No hay ninguna en funcionamiento.

No era del todo una mentira, más bien una evasiva. Mi vergüenza era la seguridad de que él no podía menos que detectar el esfuerzo que me costaba no volver la cabeza hacia la ventana.

No se anduvo con rodeos para rebasar el escritorio y examinar mi tablero de mandos. Luego dijo abruptamente:

—Voy a llevarme a Francis. Está metido en un lío y es mejor que sean personas bien intencionadas quienes traten con él, antes que lo hagan otras.

—¿Trae usted una orden de arresto?

Sonrió con amargura.

—Señora, no pierda el tiempo en evasivas. Su misma seguridad está en cuestión. Envíe a por Francis —y añadió a desgana, para guardar las formas—, hágame el favor.

—No le haré ningún favor, sin una explicación de esa amenaza implícita.

Oh, muy altiva, la Señora.

Él pareció contenerse para no ceder al apresuramiento descontrolado: el otro, Edward, me contemplaba con la expectante malignidad de la juventud.

Nikopoulos los rebuscó en un bolsillo y sacó algo que yo debería haber esperado de no haber tenido mis facultades mentales embotadas: una tableta de mascada extrafuerte, inconfundible por su color azul.

—La nueva clase —dijo.

—Ciertamente.

Retiró la envoltura del caramelo y me lo tendió.

—Másquela, señora.

—¿Está borracho?

—No, señora. ¡Másquela!

—No pienso hacerlo.

Siempre había considerado antihigiénico aquel hábito, que hacía a la gente escupir por todas partes, y había oído contar que los adictos se guardaban la pasta a medio mascar pegándosela detrás de la oreja.

—¿Los supra no mascan, señora? Créame, lo hacen.

—Esta supra no.

Adoptó un tono halagador, tan falso como desagradable:

—Mascar un poquito no causa ningún daño, señora. ¿Por qué habría de causarlo? —Repentinamente dejó de fingir—. Usted sabe lo que es esto, ¿verdad?

Procuré conservar la seguridad y el aplomo.

—Contiene un narcótico de elevada potencia. No lo apruebo en absoluto, pero ha sido entregado para distribución especial y yo no tengo autoridad para rehusarlo.

—¿Distribución especial?

—A la Inteligencia Militar. Doy por sentado que usted lo sabe perfectamente.

—Sí, lo sé. Másquela, señora.

Su determinación era atemorizante. Intenté una aspereza inútil:

—Está usted delirando. Esa sustancia crea dependencia.

—No por mascarla en pequeña cantidad y una sola vez. —Se inclinó hacia mí a través del escritorio, para intimidarme—. Usted mascarará esto, señora, aunque tenga que metérselo en la boca por la fuerza y moverle las mandíbulas con las manos.

Me asió de la muñeca y me plantó enérgicamente la tableta en la palma.

Sólo pude preguntar, todavía displicentemente:

—¿Se trata de algún tipo de prueba?

—¡Valiente pregunta!

En él no había odio, únicamente falta de piedad. Recordé que Arthur Derrick, en la cocina, escuchaba todo lo que estábamos diciendo. ¿Y no intervendría? Quizá no era el momento aún. No permitiría que me ocurriese nada malo. ¿Seguro que no lo permitiría?

Confiando en que tenía la protección cerca, dije:

—Muy bien.

Me introduje la tableta en la boca. Era agradablemente dulce.

Instantáneamente, la mano de Nikopoulos me apresó la mandíbula, pero no forzándome a masticar sino apretándola con vigor para impedirme hacerlo. Me empujó la cabeza adelante y hacia abajo.

—¡Escúpala!

La escupí en su mano abierta y él la envolvió en un pañuelo. Me sentí sucia y degradada.

El capitán suspiró.

—Estoy dispuesto a creer que usted no lo sabe.

Entonces me contó qué era aquella maldita tableta y lo que había hecho.

Nikopoulos era un profesional que guardaba la humanidad en algún cajón del escritorio de su vida, para entregarse a ella secretamente; en cuanto al resto, era todo cálculo, no para agradar o desagradar, sólo para ser temido... o quizá para que se confiase en él precisamente por lo que era. No fue amabilidad lo que le hizo guardar silencio mientras yo estuve atónita por lo que me había contado, sino la conciencia de que arrancarme una respuesta por la firmeza no conduciría a ninguna parte. ¿Cuál sería la respuesta adecuada?

A su debido tiempo, Nikopoulos dijo:

—La historia que circula afirma que esas tabletas son importadas del extranjero, de los orientales. ¿Debo creer tal cosa?

Aquello podía ser contestado sin reflexión:

—No debe creerla. Las muestras importadas se habrían analizado para determinar su grado de pureza y los posibles efectos secundarios de la supuesta droga de mayor potencia. El cultivo de virus habría sido detectado enseguida.

—Entonces... hay dos posibilidades: los caramelos son importados con pleno conocimiento de sus propiedades, o son manufacturados aquí y distribuidos con... ejem... preconcebida malignidad.

Su urgencia se había esfumado; anteriormente pudo no ser genuina. Ahora se mostraba conversador y, por supuesto, yo pregunté como un títere:

—Pero ¿por qué?

—Billy Kovacs diría que es de conocimiento general. ¿Nunca la ha mareado con su solución definitiva del problema de la superpoblación? ¿No le ha hablado de la gran selección?

Lo había hecho, y había abandonado el tema al ver que yo no lo tomaba en serio.

—Creí que era su manía personal, una obsesión de ésas que tiene la gente.

—¿Y ahora?

¿Cómo podía yo imaginar que mi propia gente se entregaría deliberadamente a la esterilización de un sector importante de la especie humana? Intenté encontrar razones por las cuales se efectuaría la operación.

—El riesgo es demasiado grande. Si no existiese vacuna, y si penetra en las áreas supra, la epidemia puede volverse contra quienes la han extendido.

—Quizás exista una respuesta a eso. Si no oye hablar de ella por algún tiempo acaso contribuya a su paz de espíritu. Además, a la enfermedad se le aplica un tratamiento que el joven Teddy, aquí presente, ya conoce, pero tiene el inconveniente de que puede matar a tantos como cura.

El «joven Teddy» escuchaba como un perro a su amo; aquel hombre desalmado podía despertar el culto al héroe.

—Pero esto es marginal —continuó Nikopoulos—. Una cuestión apremiante, señora, es lo que hará usted con lo que ahora sabe.

Respondí a aquello con mucha cautela:

—Necesitaré hablar con algunos colegas, confidencialmente. Cabe la posibilidad de descubrir dónde debe ser aplicada cierta presión.

El joven Conway rompió su silencio:

—Yo amenacé con contárselo a los infra, pero la idea no era buena. Provocaría disturbios y muertes y no salvaría a nadie.

Era un buen razonamiento para alguien que estaba en la edad del entusiasmo desenfrenado y la acción irreflexiva. Le pregunté:

—¿A quién amenazaste?

Él miró a su capitán.

—¿Cómo se llama aquel hombre?

—Arthur Derrick.

Todas las actividades de la mañana cobraron de pronto sentido.

—¿Qué dijo él a eso?

—Me preguntó si realmente lo haría, y cuando lo pensé mejor vi que no.

Nikopoulos se levantó de su asiento.

—Ya conoce la situación, señora. Ahora, necesito llevarme a Francis de aquí.

—No entiendo el motivo.

—Mire —dijo él—, usted le ha utilizado como mensajero especial para las cajas de mascada. Su presencia era para el oficial de inteligencia la señal de que lo que se entregaba era el producto extra. En nombre de la sensatez, ¿por qué le encomendó a él aquella tarea?

Porque, de una manera atolondrada, había intentado hacer algo útil.

—Todos sus problemas personales provienen de su miedo a las torres. Pensé que le haría bien acostumbrarse poco a poco al ambiente infra. No correría ningún peligro, porque la furgoneta de reparto no se detendría, excepto en las zonas militares.

Edward dijo:

—Sólo por conducir entre las torres se habría cagado de terror.

Inmediatamente se ruborizó y murmuró una disculpa.

—He oído antes esa expresión —repliqué—. Sigo sin entender por qué Francis debe marcharse.

Nikopoulos me habló de un sargento que había descubierto la verdadera naturaleza de las tabletas (Arthur había dicho algo de un sargento en relación con Billy) y que actualmente habría ya difundido la noticia por toda su unidad. Francis, el mensajero, sería el foco de la cólera de los militares. ¿Injusto? ¿Qué tenía que ver la justicia con la ofensa? El peligro de que se pudiera seguir su pista hasta las Dependencias era real. Preguntándome cuánto tiempo más debía continuar aquel acertijo, decidí:

—Enviaré a por él.

El «juguete para espías» de Derrick era algo más que un micrófono. Podía hablarnos. En aquel momento dijo:

—No es necesario, Nola, lo tengo aquí.

La mirada de Nikopoulos no expresó nada, a pesar de que su cuerpo hervía de ira y despecho contra mí. Se acercó a la ventana, la examinó, pasó el dedo por encima del panel (crujió y siseó), asintió para sí y articuló venenosamente:

—¡Zorra!

Ahora que la solución estaba a la vista pude preguntar con compostura:

—¿Qué podía hacer yo? Llegó aquí una hora antes que usted, con amenazas. Tiene con él a varios hombres. Aunque le hubiese prevenido a usted, no podía escapar.

—¿De quién me habla?

—De Derrick.

—¡Ah! —Nikopoulos se dirigió al muchacho—. ¡La cabeza alta, chico! Y no hables hasta que tengas que hacerlo.

II

ARTHUR DERRICK

Ahora que ya los tengo a todos en mis manos, ¿qué voy a hacer con ellos? Algunos de los funcionarios de mi Departamento se encargarán de eliminarlos, de

extirparlos... *Es conveniente que un hombre (o media docena) muera por el bien de los demás...* Después no pensarán más en el asunto, o no me hablarán de él. Archivarlo y olvidarlo. Asesinar es fácil cuando el control es absoluto, las comunicaciones no sólo están censuradas sino que se aceptan censuradas, y el pueblo se halla dividido por antagonismos mutuos. Todo resulta sencillo. Por muy monstruoso que sea. Como la siembra aleatoria de la infección.

¡Cuánto se horrorizarían mis maestros políticos si conocieran el asesinato por conveniencia! No por el asesinato en sí, sino por tener sus públicamente impolutas narices metidas en él. *Seguramente habrá, Derrick, algo menos... ejem... definitivo...*

¿He obrado mal? ¿Entonces castíguenme, maestros! ¡Hagamos que impere la justicia y el Estado se descomponga! Pero el Estado imperará y la justicia se descompondrá mientras vuestros dilemas necesiten de mí como mi cobardía necesita de vosotros.

Ah, bien, en ese caso... Quizá, después de todo, uno comprende las presiones de la necesidad... el enfoque pragmático...

Y así, fin de la cuestión.

Nola mira, o cree que mira, en el interior de mi alma para ver allí un iceberg, porque sólo los icebergs sobreviven en los fríos mares de la política. Un asomo de tibieza en la sangre y las rémoras se aglomeran, frías bocas hambrientas de debilidades.

Pero yo soy, como tantos otros, un falso iceberg con el miedo a la caída en el corazón. Y cierta tibieza, cierta escondida y temerosa tibieza.

Nosotros, la gente de los niveles ejecutivos del Servicio Civil, somos los fantasmas congelados de los jovenzuelos que entraron en liza para ser los pilares idealistas del Estado. Al cuerno el temple moral. La tasa de suicidios entre nosotros resulta muy instructiva: selecciona a los seres humanos entre los seres de hielo.

Yo no me desprecio a mí mismo por ello, pero todo llegará.

Nunca he ordenado que mataran a nadie.

Ni lo haré.

Pero el precio de la compasión es una mirada congelada que oculta el miedo a la caída.

Y bien, ¿qué voy a hacer con ellos?

La cuestión de Sykes ya la he resuelto. Y tiemblo por ello. El oficial de inteligencia tuvo la cordura de llamarme directamente cuando encontraron al hombre en estado de colapso y delirando cerca de la garita de un centinela: hablaba de conspiraciones, de horrores, había evidentemente enloquecido por el dolor y la conmoción. No hubo problema: la Sección Hipno se ha hecho cargo de él y le tendrá bloqueado... toda la vida si es preciso. Ha superado el periodo de incubación y sus fluctuaciones de temperatura han dado comienzo; tendrá posteriores conflictos psicológicos cuando se entere de que es irreversiblemente estéril. (Lo de irreversible ya lo veremos: se está investigando en esta línea). O cuando note que en su mente hay

un extraño espacio en blanco.

Debería llorar por el pobre Sykes, pero no puedo recordar dónde guardé mis lágrimas.

Debería llorar por Kovacs, el mejor de todos ellos, la única persona irremplazable, retorcida y desperdiciada pero irremplazable. Aquellos imbéciles no necesitaban atizarle hasta dejarle medio muerto, pero el olor de la sangre aviva la violencia en los espíritus mezquinos. Sólo un loco mataría a Kovacs. Sin hombres de su especie no tendríamos siquiera el Estado glacial, sino un manicomio en ruinas.

Nikopoulos es inteligente, tiene sangre fría (fría, no helada) y es peligroso si te interpones en su camino. ¿Cuál es el precio de su silencio? Algo saldrá. Habla, me dicen, de «Hombres Nuevos»...

Edward Conway no es más que un joven todavía por pulir, pero al parecer ha hecho de Nikopoulos su ídolo personal, así que el capitán es la clave para llegar a él. Y los extras son un recurso nacional. O eso esperamos.

Su desagradable hermano... He pasado media hora sentado en la sala comunitaria del personal, escuchando a través de mi auricular a Nola y a Nikopoulos forcejear en arenas movedizas mientras en mi oído libre este rastrero escupenúmeros intentaba ganar mi aprobación. Todavía no sabe por qué se le ha convocado, pero se pega a mí, con instinto certero, porque soy el poder que hay que cultivar.

¿A quien le importa lo que le ocurra?

A su infortunada madre, supongo.

¿Podría ser ella la clave de su silencio?

Y luego está la pobre Nola. No temas, Nola, tu puesto en el glaciar está asegurado. Adiestrar sustitutos requiere demasiado tiempo. Tú callarás por miedo a mí. Ya me ocuparé de ello. No será la venganza del rechazado, mi ex amada, sino la autoestima de quien ya ha logrado la curación.

Y el pequeño y brillante Arry Smivvers con su fatal tacha, seducido por el número de monedas que cuesta mantener el estilo de vida ultra al que tan deprisa se ha ido acostumbrando... ¿Qué hay de él? No dirá nada; pero ¿qué consecuencias tendrá para él convivir con un pequeño y corrosivo deshonor? Bien, posiblemente socavará su confianza en sí mismo y garantizará la seguridad de ambos.

Pero Francis es un imbécil y un imbécil asustado. Tiene la inmerecida suerte de que yo me contenga ante una condena a muerte. El día en que deje de hacerlo, habré alcanzado el final de mi resistencia emocional, habré caído en la tentación de la salida fácil.

Bien, adelante con ello:

—No es necesario, Nola, le tengo aquí.

Y conduje mi pequeña caravana de problemas hacia su oficina.

III

NOLA PARKES

Los policías aparecieron armados en la puerta de mi oficina. Derrick empujaba a Francis delante de él. Los hermanos se miraron uno a otro con la dura cólera que una ve en los fanáticos y en los jóvenes desinhibidos. Encontrarme ante un Francis que había desnudado sus sentimientos me llenó de perplejidad por no haber sabido reconocer en él la fuerza de la pasión reprimida. Tenía el don de la suavidad propio de los oportunistas, pero la visión de su hermano extrajo de él por sorpresa un instante de autenticidad. Desapareció en cuanto se aproximó a mi escritorio y declaró con intrepidez:

—Yo no he hecho nada malo, señora.

No lo había hecho, pero Derrick le dio un rápido pescozón en la oreja.

—¡Cállate!

—¿Por qué he de callar? Yo...

Soltó un jadeo entrecortado cuando Derrick le empujó a los brazos de uno de los policías.

—Si vuelve a hablar antes de que yo lo autorice, rómpale un par de dientes. — Estudió al muchacho con el desagrado de un experto—. Tú eres aquí la única parte inocente y la única que no me inspira ni pizca de respeto.

Debía de haber hecho buen uso de su tiempo en el área de servicio, y nunca había sido lerdo cuando se trataba de escudriñar personalidades. Se volvió a Nikopoulos:

—Capitán, no puede usted actuar siguiendo sus impulsos momentáneos y esperar que no queden pistas. Conducir un coche patrulla por la Periferia le ha identificado tan pronto como he oído el informe sobre Sykes. —Nikopoulos acusó el punto con un fruncimiento de labios. Derrick se mostraba genial—. No tenía usted elección, lo reconozco. Confiaba en la velocidad para salir del aprieto, pero no sabía que yo estaba enterado de lo de Sykes.

Se apartó a un lado para que introdujeran a Billy. El brillo de los ojos de éste me indicó que le habían dado algún tipo de estimulante, pero cojeaba mucho; si se sostenía en pie sin ayuda era más por orgullo que por vigor. Le habían vendado las manos y tenía la cara limpia y sembrada de parches esterilizados. Apenas me atrevía a imaginar las heridas que pudiera haber sufrido y que sus ropas cubrían.

Derrick dijo:

—El señor Kovacs tiene más corazón que sentido común. Permitió que Sykes regresara al cuartel y, después de aquello, lo único que todos ustedes podían hacer era correr riesgos adicionales y multiplicar los errores.

Yo me cansaba ya de sus alardes de maestría, aunque probablemente él los prodigaba con algún objetivo, y tan ásperamente como mi voz insegura me permitió, dije:

—¡Denle una silla al señor Kovacs! ¡Joven Conway! —Edward había estado mirando a Billy con una mezcla de horror y fascinación, y se sobresaltó como si le hubiera pinchado—. ¡Levántate y déjale que se siente!

Una mirada extremadamente enigmática, de afecto, duda y complicidad, se cruzó entre el hombre y el muchacho, quien pasó un brazo en torno a los hombros de Billy y dijo quedamente:

—Siéntate, papá.

La última palabra desencadenó una serie de reacciones. Las cejas de Derrick se alzaron en desaprobación de aquel acercamiento entre supra e infra, Nikopoulos adoptó el aire de incrédula sorpresa del jugador de golf que acierta un hoyo imposible y Francis emitió media risa antes de que una mano le tapara la boca. Yo no tenía idea de lo que aquello significaba, pero Billy consiguió su silla, que era lo menos que podía hacer por él. Y, según temía, lo máximo.

Derrick continuaba infatigablemente eufórico.

—¿Todos están cómodos? ¿Podemos continuar?

Billy le dijo entre los hinchados labios:

—¡Boca de mierda!

Un policía se desplazó para golpearle, pero Derrick empujó hacia abajo el brazo del hombre. Su jovialidad se esfumó; observó a Billy con la misma malhumorada preocupación que había dejado traslucir ya anteriormente, cuando habló de los infra.

—El señor Kovacs puede ser el hombre más honorable de cuantos estamos aquí... a su manera. Puede incluso ser el de mayor estatura... en su estilo. Yo, en cualquier caso, le respeto... hasta cierto punto. ¿Capitán?

Nikopoulos asintió. Francis destilaba aversión, aunque yo sentí la pequeña alegría que produce ver confirmadas las propias convicciones. Edward reveló que no había salido aún de la adolescencia dirigiéndole a Billy un guiño de aprobación y aliento. Billy no distendió su hosca y pensativa expresión. Pensé que sabía exactamente cuán bueno y cuán malo era, cuán intuitivamente competente y cuán falto estaba de genuina sabiduría; y me pregunté por qué Derrick usaría con él unos términos tan flagrantemente conciliadores.

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, prosiguió amablemente:

—Ahora deberíamos poner a prueba su estatura. ¿Eh, capitán?

—Usted no puede —dijo—. Es usted un aficionado.

No era el momento que yo hubiera elegido para lanzar un insulto, pero supuse que él creía que ya no le quedaba nada que perder. Hoy considero que estaba haciendo perder el equilibrio a Derrick, buscando la palabra o la alusión de la que pudiese sacar ventaja.

Derrick reaccionó con inteligencia: permaneció completamente inmóvil durante

quizá medio minuto, engullendo su cólera. Después habló a sus policías:

—Retiren esa cosa de la ventana.

Uno de los hombres levantó un ángulo del adhesivo con la uña y tiró de la lámina entera.

—Retírense todos al área de servicio.

La arrogancia de la orden, sin asomo de explicación, cortaba el aliento. El agente que retenía a Francis empezó a preguntar:

—Señor, ¿está seguro...?

—Completamente seguro. No me van a atacar. Su comedia ha terminado. Ya no tienen dónde correr a refugiarse.

En su rostro se dibujó una leve sonrisa helada mientras los policías salían. Declarar abiertamente que no quería testigos de lo que allí se iba a decir y hacer a partir de ese momento era una impresionante demostración de confianza; y asumir que le tenían sin cuidado, además, lo que después, a sus espaldas, se comentase, murmurase o criticase.

Con la leve sonrisa todavía helada, preguntó:

—Nola, ¿estás segura de que quieres escuchar una información peligrosa?

No era, ni yo consentiría que lo fuese, una despedida informal.

—Quiero saber cómo y para qué he sido utilizada.

—Lo sabrás, pero no significará gran cosa. —Se volvió a Francis—. Háblame de esos caramelos para mascar extra fuertes.

La evaluación del muchacho había hecho su obra, señalando a Derrick como el poder que había que acatar. Sumisamente recitó:

—Es una nueva línea de escaso volumen para el suministro exclusivo de unas bases militares selectas. Viene por entrega especial del Departamento Uno, Asuntos Internos...

—Mi Departamento —dijo Derrick.

Francis calló, sorprendido e incapaz de decidir de qué manera le afectaba aquello.

—Vamos, Francis. ¿Por qué se distribuye?

El chico se estremeció.

—Se supone que no debo decirlo.

—Se supone que no debes saberlo. Muy bien, dilo.

—Es para los soldados, para que se lo den a las chicas infra y ellas les cuenten lo que ocurre en las torres a cambio de que les den más. Se vuelven adictas.

—El imbécil que te contó eso está arrestado. No puede ayudarte. ¿Protestaste contra la distribución del producto?

—No podía.

—¿Aunque ello fuera ocultarle unos hechos a la Señora? Pensaste que las confidencias de un personaje bien situado demostraban que sentía interés por ti y que ello te podía reportar ventajas. ¿No tuviste dudas?

—¿Sobre decírselo a la Señora? Ella habría...

—Ella te habría matado. Cosa que no le habría importado a nadie, excepto a ti mismo. Quiero decir, ¿tuviste alguna duda por el hecho de convertir en adictas a chicas adolescentes?

No lo entendió. Realmente no lo entendió.

—¿Por qué? Sólo son infra.

Creo que nunca he soportado nada parecido al silencio que siguió. Francis escrutó nuestros rostros en busca de aquiescencia.

—Bien, ¿no lo son? —Apeló a Derrick para que le apoyase—. Es correcto, ¿no? Es su Departamento el que ha puesto la mascada en circulación. De modo que tiene que ser correcto.

Derrick asintió y volvió a hablar en aquel tono triste e introspectivo:

—Como tú, muchacho, yo hago lo que debo. El castigo por la rebelión de conciencia es demasiado grave.

Allí estaba. Él también se hallaba preso en las redes de la supervivencia supra y temeroso de debatirse, llevando la autoridad como una máscara para las actividades de la desesperación. Vi de nuevo algo de lo que me había atraído en los años anteriores a que alcanzase la eminencia donde la corrupción es el único camino para la continuidad. Asiente, colabora y encubre... o quítate de la vista. Qué bien lo entendía yo.

Él recuperó la sangre fría para declarar:

—El Control Serie XC 42 es un represor del sistema inmunitario activado por la saliva. Provoca fuertes síntomas que pasan rápidamente y sólo son peligrosos para personas que padecen debilidad cardíaca. Las infecciones comunes contraídas durante los doce días de manifestación de los síntomas pueden ser combatidas fácilmente mediante los tratamientos rutinarios sin afectar al virus, que es un producto sintético recombinante con una mutación progresiva incorporada que lo hace inofensivo en doce días. Durante este tiempo puede ser transmitido por contacto íntimo, como el beso, el mordisco o el coito. En su etapa activa puede ser destruido por métodos casi heroicos, que el agente Conway conoce bien, pero que no encierran peligro para la vida de un paciente medianamente saludable. —Su fría mirada dio paso a una sonrisa de cocodrilo dedicada al joven—. A él le mordió una muchacha infectada que parece ser naturalmente inmune, pero que era transmisora. No hay duda de que estaba preocupado por su futuro en el mercado matrimonial, pero después del tratamiento sus espermatozoides conservan la plena avidez operativa que corresponde a su robusta juventud. Ningún otro paciente puede presumir de ello. Todos los demás son estériles. Éste es el resultado final de la infección. Es también, como lo expresarían los militares, el propósito de la maniobra. —Trasladó su desolación a Billy—. Como proponente de la teoría de la selección, ¿qué piensa usted del método?

Billy se situó a su nivel, hielo por hielo:

—Menos engorroso que perseguirlos a tiros. No hay problema de eliminación masiva de restos. Ya tenemos bastantes dificultades con las cloacas tal como están las

cosas ahora. —Se humedeció los labios, porque al hablar le dolían—. A pesar de lo cual aún habría capacidad para echarles a ellas a usted y a los de su especie.

Se refería a todos nosotros. El tiempo se detuvo, creo, mientras tratábamos de asumir que una leyenda se había convertido en mortífera realidad. Nikopoulos había tenido ocasión de asimilar y considerar; su susceptible pragmatismo (una necesidad de su oficio, supongo) había ya dado vuelta a la cuestión. Preguntó:

—¿Pueden ustedes controlar la epidemia?

—Se controla sola. Las mutaciones hacen el virus inofensivo incluso en los transmisores al cabo de dos semanas. La mascada especial está siendo retirada, de modo que el brote ha terminado a todos los efectos.

Nikopoulos rió.

—¡Un simple ensayo de tanteo! Esta vez no nos ha tocado ir al matadero. Ahora pueden ustedes hacer recuento de los casos, trazar las gráficas de proliferación y efectuar las estimaciones demográficas.

Toda aquella frialdad se me aferró a la garganta; no pude contener una cierta expresión de horror.

—Arthur, ¿cómo ha podido tu propia gente hacer eso? Podría comprenderlo en un enemigo... en tiempos de guerra se hacen cosas horribles... pero esto es pura barbarie.

Me dio lo que merecía:

—¿Hacérselo a otra gente no es barbarie? ¿No es mejor que el invierno nuclear que hemos podido evitar durante un siglo y al que nadie sobreviviría? Ninguna plaga en la historia mató a la totalidad ni siquiera de una comunidad cerrada. Si tiene que haber una selección, y sabes condenadamente bien que tarde o temprano la habrá, aprendamos al menos a hacerla con un mínimo de sufrimiento para los seleccionados.

Los argumentos de la desolación son difíciles de rebatir. El corazón los rechazaba, la mente los rechaza, pero el intelecto se encoge ante las intimidaciones de lo inevitable... Nikopoulos no había terminado conmigo. Algo del hombre perdido tras el burócrata gemía melancólicamente en su voz:

—Nosotros somos bárbaros. Con la supervivencia como única piedra de toque de la moral, mostramos lo que somos. Matamos para vivir. Nuestra última decencia es la capacidad para ver lo que somos y ejercer sobre ello alguna forma de control racional. Los supervivientes del mundo serán los despiadados, no los mansos bienaventurados.

Yo pregunté:

—¿Es eso lo mejor que la filosofía puede inventar para nuestro futuro?

—No seas maliciosa, Nola. La filosofía no inventa nada, así que nos disponemos a aguantar la tormenta. Es demasiado tarde para lamentarse. Siempre fue demasiado tarde.

Billy dijo con voz apagada:

—Hemos tenido trescientos millones de años.

Derrick interpretó enseguida la insólita interrupción:

—¡Ah, un hombre que ha leído! Eso es un cálculo de cuánto tiempo puede haber existido vida en este planeta. Hay otros, pero todos cuentan la misma historia. Nosotros somos únicamente el principio de la humanidad, la fase larvaria, la que prepara a la especie para el descubrimiento de para qué sirve la inteligencia. Sobreviviremos y nos desarrollaremos, cada cresta un poco más arriba que la precedente. El tiempo cuidará de nosotros... de una manera u otra.

Francis había seguido todo aquello en hechizado silencio. Ahora dijo, con aire de haber extraído el significado esencial:

—Todo eso son cosas del futuro. No vamos a morir hoy.

Derrick rezongó:

—Tú puedes morir si no andas con tiento.

El muchacho se puso sorprendentemente alerta, un animal presa de terror, olfateando al enemigo.

—¡Yo no he hecho nada!

—Te has convertido en un símbolo... lo cual es peor que hacer algo. Los soldados de Newport son conscientes del daño que se les ha causado. Doce de ellos son estériles y tienes garantizada su venganza.

—Pero yo no lo hice.

—Conocen la cara y el nombre del repartidor. Te encontrarán. Estás marcado.

Francis habló en lo que yo llamaría un grito mudo:

—¡Pero no tengo porqué volver allí! No tengo que volver, ¿verdad, señora?

No tenía fuerzas ni para pedir ayuda directamente; en el vacío de su interior no quedaba nada que no fuese su atropellada necesidad. Sólo le angustiaba que Francis continuara impune. A fin de cuentas, tenía únicamente quince años. Apresuradamente, porque el total egoísmo de su miedo se me hacía intolerable, le dije:

—No, no tienes que volver. Se ha acabado.

Derrick continuó, ignorándonos:

—Los militares te encontrarán. Cuando ello ocurra, tú tratarás de implicar a otros y posiblemente precipitarás el caos del que tu hermano tuvo el suficiente sentido para retirarse. Dejarás inmediatamente el servicio de la Señora.

Nikopoulos asintió vigorosamente; aquellos dos se ponían de acuerdo sin necesidad de palabras.

Con una mirada de soslayo hacia mí, Francis charloteo:

—Hay otros interesados en mis servicios. Otros departamentos. Conozco a mucha gente.

Derrick le zarandéó ligeramente.

—¡Nada de nombres! Tú eres un crío peligroso como una bomba de relojería y no me arriesgaré a que estalles por sorpresa. Es hora de retirar de la circulación tu equipaje de habilidades. —Fijó en mí una mirada cínica—. Pobre Nola. No te diste

cuenta de lo que empezabas. Creaste un mercado de niños prodigio. Hay por lo menos otros dos operando por ahí. Este ejemplar puede irse a casa con su madre. Allí no estorbará y su familia cuidará de él.

Francis chilló y se arrojó al suelo, literalmente a los pies de Derrick, suplicando con frases ininteligibles. Derrick retrocedió y el chico le siguió, tratando de agarrarse a sus tobillos. Su hermano, Edward, con una mueca de viejo desprecio, le dio un puntapié en las costillas, le asió por el cabello y por un sobaco y le levantó bruscamente. Sacudió la cabeza de Francis adelante y atrás y le dijo con un gruñido:

—¡Cállate, pedazo de mierda!

Sorprendentemente, Francis se quedó quieto, parpadeando como si le costara enfocar el rostro que tenía delante. Edward le soltó y Francis se arrojó contra él, que era más rudo y más fuerte, pero que, tomado a contrapié, chocó con la cabeza contra la pared y se deslizó al suelo. Yació momentáneamente inconsciente, y Francis pareció encenderse en una llamarada de odio triunfante. Había descubierto en sí mismo una energía que vencía incluso el miedo. No dudé que se había tomado una revancha que estuvo esperando toda su vida.

Derrick le cogió antes de que llevara a la práctica su obvia intención de patear a su hermano hasta dejarle inválido. Nikopoulos se arrodilló para atender a su maltrecho agente, quien se estremeció y se sentó rápidamente. Billy se adelantó con lo que semejaba timidez para separar a Francis de Derrick, pero éste le apartó con firmeza. El chico miró a Billy con renovado terror, esperando un castigo, e intentó escapar, pero Billy se lo impidió.

—Todo irá bien, chico. No pasará nada.

Francis temblaba como una hoja mientras por sus mejillas rodaban lágrimas infantiles; y aprovechó inmediatamente la ocasión para murmurar:

—No quería hacerlo, Billy. Yo nunca te he odiado.

Deseé que Billy estuviera en condiciones de darle la zurra inmisericorde que se había ganado. Y supe, sin embargo, que no lo habría hecho. Edward empezó a moverse para ponerse en pie y dijo burlonamente:

—¡Oh, por el amor de Dios!

Derrick estaba intrigado.

—Ignoro a qué viene todo esto, pero si ha de servir para que el chico se marche a casa sin más dramas, bien, adelante. Allá estará seguro, siempre y cuando nadie descubra su paradero. Y siempre que se mantenga alejado de los soldados.

Edward rió sin alegría.

—No tendrá tripas para pasar por una calle infra.

Billy se enfadó repentinamente.

—¡Tú tendrías que aprender! La mitad de sus problemas vienen de la condenadamente buena opinión que tú tienes de ti mismo.

—Y la otra mitad de que tú lo vendieras a la Señora.

Derrick comentó que nada aclaraba más la atmósfera que una riña familiar, pero,

por favor, ¿les importaría dejarla para después?

—Tenemos cuestiones más importantes que discutir, ¿no es así, capitán?

Nikopoulos sacudió la cabeza.

—No, esto ha terminado. Usted no nos corromperá. A ninguno.

Derrick, al parecer, no esperaba menos.

—Me gustan los hombres que no pierden la cabeza. Usted sería útil en mi Departamento.

—No. Tarde o temprano me daría usted una orden intolerable «por el bien del Estado» y yo vomitaría sobre sus botas. Yo no me he rendido a la necesidad tan completamente como usted. Nací *infra* y puedo volver junto a los míos, donde tantas cosas importantes esperan a que alguien las haga.

—¿Que las hagan sus Nuevos Hombres, por ejemplo?

Por una vez el capitán fue pillado por sorpresa.

—¿Dónde ha oído eso?

—De boca de su amigo Arry Smivvers. He pasado la mitad de una noche escuchando sus indecorosas confidencias. —Hizo un gesto conciliador en respuesta al suspiro de desaliento de Edward—. No le llamen traidor, hizo cuanto pudo para santificarles a ustedes dos y al complicado señor Kovacs, aunque debo decir que la imagen de Kovacs se difuminó cuando me llegó la historia de Sykes, poco después de amanecer.

Edward preguntó agresivamente:

—¿Qué ha hecho usted para conseguir que Arry hablase?

—Nada, joven amigo, nada. Es muy inteligente. Vio cuál debía ser el final y optó por tener la conciencia limpia, cosa que puede salvarle del castigo por su participación en la aventura. Esto fue todo, realmente... Él no quería enfrentarse a la posibilidad de quedar relegado. Como decimos en el Departamento, *No hay mejor supra que un ex infra*. Añada a su inteligencia que es un excelente abogado, que arguyó muy convincentemente que yo no debería emprender ninguna acción contra ninguno de ustedes. De ese modo se liberaba parcialmente del estigma de suplicar en favor de sí mismo. ¡Y el capitán Nikopoulos había previsto desde mucho tiempo atrás sus argumentos! ¿Verdad, capitán?

Yo no sabía entonces quién era el tal Smivvers, pero la explicación de una traición que en cierta medida no era una traición parecía encajar con la lastimosa ética que mantenía enteras nuestras vidas a costa de zurcidos y remiendos.

Derrick propuso alegremente:

—Yo no haré nada y ustedes cerrarán la boca sobre lo que saben. ¿Convenido?

Nikopoulos gruñó:

—Convenido.

Billy murmuró:

—Correcto.

Aquello pudo ser el apacible y equitativo final de todo, de no ser porque Edward

parecía incapaz de creer lo que estaba oyendo.

Gritó:

—¡Nick! ¿Vas a permitirle que se salga con la suya? ¿Que trate a las personas como animales de laboratorio?

Nikopoulos replicó bruscamente:

—¡Usa la cabeza, chico!

Fue Derrick quien enseñó los dientes sin reservas:

—¡Habla y te haré matar! Judicialmente si es preciso. Ésta es la amenaza, muchacho. Y ésta es la razón que la respalda: ayer comprendiste la inútil estupidez que sería hablar a los infra, hoy, dime qué se ganaría hablando a los supra, aunque tengan el corazón más blando.

—¡Los supra podrían reducir a ruinas ese sanguinario Estado suyo!

—Dudoso. ¿Capitán?

—Muy dudoso. Ustedes cuentan con las fuerzas armadas. Los infra no se movilizarían para ayudar a los supra, y si lo hicieran quedarían atrapados en sus guetos, que son fáciles de controlar.

—Digamos que lo consiguen. ¿Quién estaría en mejor posición?

—Nadie.

Edward dijo desesperadamente:

—Tendríamos seres humanos en el poder, en lugar de robots.

Derrick se mostró razonable, hizo un honesto esfuerzo por clarificar sus puntos de vista:

—Pronto serían tan robots como sus predecesores. Gobernar significa hacer lo que uno debe hacer, no lo que querría. Este país y todos los países han sobrevivido al siglo nuclear a base de continuar hablando y no dar nunca un paso irreversible. Sobrevivirán a las próximas décadas de guerra biológica secreta por medio de la vigilancia constante y la investigación defensiva, y todo lo demás quedará supeditado a ambas cosas. Después de ello, ¿qué? ¿Guerra por control climático, con lluvias tóxicas? No lo sé, pero si es suficientemente horrenda y no extermina a los mismos que la perpetrán, llegará. Los Estados sobrevivirán haciendo lo que deben. Derriba a un gobierno, y sus sucesores se verán constreñidos a repetir las acciones monstruosas contra las cuales se rebelaron. El Estado que rompa el *statu quo* puede destruir el planeta. Señor Kovacs, ¿está usted de acuerdo?

—Todo Jefe de Torre sabe esas cosas. Los que no, no duran mucho.

—¿Se deshacen de ellos?

—Naturalmente.

—¿Lo mismo que el Estado cuando preserva el equilibrio?

—Igual.

Sólo quedaban, al parecer, trivialidades a las que dar vueltas sin objeto.

Derrick dijo:

—¿Por qué no se marchan todos a casa? Aquí hemos terminado.

Y eso fue lo que se dispusieron a hacer, entre una racha de floeos convencionales.

Edward miró de Nikopoulos a Billy como si sus ídolos hubieran caído. El capitán apoyó una mano en su hombro e hizo una mueca cuando el chico se contorsionó para esquivarla: una gran estructura de idealismo juvenil era ahora polvo que se llevaba el viento. Aquella aflicción no duraría mucho. Nikopoulos y el SIP le tenían bien agarrado y sabrían cómo ofrecerle nuevas metas.

Billy se levantó lentamente, moviendo una articulación cada vez para que sus lesiones no protestaran.

—Cojearé un poco. —Extendió el brazo—. Acércame tu hombro, Francis.

Francis titubeó, probablemente resolviendo dudas e impulsos en torno a la naturaleza de su acogida, luego se situó delicadamente debajo de la mano que le esperaba.

Juraría que lo que vi por un instante en los ojos de su hermano eran celos ultrajados.

Billy tenía su segunda familia reunida de nuevo, y era una familia que le daba la bienvenida.

—Adiós, Francis —dije yo, sobresaltándole, colocándole cara a cara con el hecho inmediato de volverle la espalda a la vida supra. Era mejor que la ruptura se produjese rápida y limpiamente—. Te mandaré enseguida tus cosas.

—Gracias, señora. Adiós, señora.

Fue con aquel tono desolado como salió de mi vida súbitamente y para siempre jamás. La señora Conway sería aquel día una mujer rodeada de sorpresas.

Lo cual me recordó...

—Billy, venga a verme cuando se sienta mejor.

Sonrió como pudo, comprendiendo que yo no suprimiría su «paga». La mantendría, por lo menos, como contribución a la decencia humana.

Observando a Billy casi me perdí otro último detalle: hubo una vacilación, apenas un mínimo retardo cuando Nikopoulos pasó junto a Derrick ante la puerta, un fugaz y frío cruce de miradas.

No estoy segura de que el capitán no dedicase un leve saludo a la máscara de vacía sonrisa de Derrick. Sí estoy segura de que se intercambió un mensaje, de que se estableció un mutuo acuerdo.

IU

ARTHUR DERRICK

Nikopoulos no previó los argumentos de Smivvers. ¿Cómo podía haberlos previsto? Preferí concederle el crédito público a que la verdad respecto a Sykes estallase delante de Francis. El capitán (aquel campesino griego encumbrado no era precisamente tonto) sabía que yo habría silenciado a Sykes antes que oficiales y soldados se alarmasen por algo de mayor envidia que unos ininteligibles desvaríos, y seguramente había adivinado la acción que obviamente se emprendió. Por lo tanto, sabía que yo mentía.

Dado que lo sabía, vio que la mentira destinada a amordazar y asustar a Francis (una mentira suministrada por el propio campesino griego a través de mi «juguete para espías») representaba la amnistía para todos ellos.

Él ignoraba el motivo, pero es un oportunista. (¿No lo somos todos?). Así, «Usted no nos corromperá» era una burla, atrevida si quieren, en tanto que únicamente él y yo conocíamos la cuestión que no se planteaba: *¿Cuánto costará esta clemencia y cómo emplearé yo mi salario?*

Le digo, y no de forma demasiado oblicua, que tengo un puesto para él, y lo rechaza enérgicamente para salvar la faz ante sus amigos. Al mencionar a los Nuevos Hombres voy tan lejos como me atrevo sin saber lo que significan aquellas palabras, y él ve (o me figuro que ve) que en los corredores de hielo hay algunos que pueden columbrar una llamita esperanzadora en la chusma desbordante y avivarla... discretamente.

Los trucos de la profesión habían hecho de él y de mí sendos adeptos de la conversación subliminal.

U

NOLA PARKES

Sólo deseaba que se marchase y me dejase sola con toda aquella brutalidad, y él lo sabía, pero se sentó en el borde de mi escritorio para decir:

—Ahora ya has visto al Estado en acción.

Sugería con ello, quizá, que debía mostrarme agradecida por ser objeto de un trato especial, pero le respondí:

—No seas repugnante. Un Estado que ataca a sus propios ciudadanos a la ventura,

para practicar experimentos, está más allá de toda esperanza.

—Fue precisamente una esperanza lo que inspiró el experimento; la esperanza de sobrevivir. Cuando las grandes naciones se desmembran, cada nuevo país se retira detrás de sus fronteras, roído por la desconfianza hacia sus vecinos. Las pequeñas guerras de pinpanpún, las rencillas motivadas por nimiedades, sirven para mantener la moral a flote, pero también para vaciar las arcas del tesoro público y sembrar el hambre. La guerra auténtica se desencadenará cuando alguien posea un arma que, según crea quien la posea, no se volverá contra él, por lo cual, como hace todo el mundo, nosotros procuramos no quedarnos atrás.

—He soportado dosis suficiente de cinismo popular por una mañana.

Con insultante paciencia, él insistió:

—No es cinismo. La despoblación es una necesidad futura, y estamos en la carrera por la supervivencia, compitiendo con los demás. Pudimos haber difundido esa mascada entre los vietnamitas: se las robamos a ellos, si esto te ayuda a ver las cosas en perspectiva; pero nos es imposible enviar equipos a su tierra para contar los casos y observar los progresos. Teníamos que practicarlo en casa. Y, como el desdichado mocosó ha subrayado, las víctimas «sólo son infra».

—A quienes hace una hora llamabas el pulso del mundo.

—Y me ratifico. Ellos serán los supervivientes. Nosotros, los privilegiados, con nuestros planes, nuestras intrigas, nuestros retorcidos ardidés, como Nola y sus colegas, defenderemos juntos la plaza hasta donde nos sea posible y sucumbiremos con ella, pero los infra sobrevivirán. Han adquirido la preparación adecuada a lo largo de toda su vida, día tras día, aprendiendo a hacer más con menos.

—¿La supervivencia por simple capacidad de resistencia?

—En términos evolucionistas, por exceder en inteligencia.

Él esgrimía sus necesidades, santificadas por la política, y yo no tenía alternativas que ofrecer. El mero resentimiento me impulsó a decir:

—También habéis infectado a los supra. ¿Contabais con tener soldados estériles?

No se dejó provocar.

—No. No sabíamos que muchos de ellos practicaban también el hábito de mascar. Es un ejemplo típico de la pequeña pero significativa información que con frecuencia les falta a los planificadores. El pobre Sykes nos lo habría contado, si hubiera pensado que había algo que contar.

—¿El sargento? ¿Qué le pasó?

Me lo especificó con nauseabundos detalles.

—Ésta es la otra cara de tu amigo Kovacs. —Nada pude objetar a ello—. Lo chusco es, si tu sentido del humor lo admite, que Sykes, una vez se percató de la existencia de la trama, estaba plenamente dispuesto a que le extrajeran la información por medio de la tortura, pues era la única forma de obtenerla con rapidez. ¡Y todo ello para nada! ¡Pero eso es para ti un hombre!

—¿Sugieres que nos convirtamos en bestias estúpidas?

—Nola, Nola, el idealismo es cosa del siglo pasado, cuando todavía quedaba tiempo. Cada cual tenía su visión del mundo único e indivisible... con tal de que la otra parte jugara al mismo juego. Pero todos quieren ser los que fijen las reglas. No, nosotros hemos descendido a necesidades más primitivas. El nivel del mar subirá, las ciudades dejarán de funcionar y la gente las abandonará. ¿Y luego qué? ¿Una etapa de la primitiva cultura de cazadores y recolectores, mientras los ecosistemas se lamen las heridas? No lo sé. Lo que sí sé es que, con esas cosas en mente, el Estado no tiene tiempo para enredarse en sofismas éticos, ni tampoco para preocuparse —se deslizó del borde del escritorio— por tus triviales raterías.

Llamó a sus policías y se marchó.

Tallis vino a decirme que el servicio doméstico volvía a funcionar con normalidad. Yo le dije que empacase las pertenencias de Francis y replicó que ya estaba en ello, que se ocupaba personalmente de la cuestión. Para apropiarse de cuanto se le antojase útil, sin duda. Pero yo no tenía ya poder para castigar la insolencia.

Nunca más volví a ver a los dos hermanos, ni a Nikopoulos. Tampoco a Derrick. Billy me visita ocasionalmente como amigo, sin reservas. Entra en mi casa por la puerta principal y los dos reímos juntos como niños ante la severa desaprobación de Tallis.

UI

ARTHUR DERRICK

¡Y pensar que quise casarme con ella! No tenía la disculpa de la juventud o del primer amor, sólo la locura de la madurez, que nos impulsa a aullarle a la luna. ¡Cómo nos habríamos aborrecido, cómo habría cada uno exacerbado la insatisfacción de sí mismo que el otro sentía! Gracias, Nola, por perder el ánimo; yo, al cabo de uno o dos años, habría perdido el juicio.

Regresaba al gobierno de su satrapía de chatarreros, ahora con la tarea adicional de llevar tu complicada contabilidad. Confío, como tú deberías también confiar, en no volver a ver jamás a aquel mocoso gimoteante; en otra época me habría puesto a darle puntapiés en el abyecto culo y no habría sabido cómo parar.

Tampoco quiero ver a Kovacs, aunque probablemente lo veré. Su inexorable virtud me humilla de forma insoportable. Hace cosas asombrosas porque cree que son

necesarias; yo las hago peores únicamente porque creo en la venganza de mis patronos políticos. Temo la caída.

El cachorro de policía no tiene peso alguno, pero su dios doméstico es otra cosa. Nikopoulos es un planificador y lleva algo entre ceja y ceja. Le sobra juicio para ser un revolucionario (nuestra historia ha ido demasiado lejos para que la revolución pueda cambiar nada, como no sea para peor), pero lo que el pequeño Arry dice de los Nuevos Hombres alerta mi intuición de alguna actividad inminente.

Debo vigilar. Puede ser necesario atajarle. O prestarle ayuda.

Me gustaría dejar tras de mí por lo menos una obra que no me hiciera pensar que debería unirme a Sykes en la galería hipnótica de las fantasías y los olvidos. Hasta entonces debo aplicarme a la cruda política de apaños temporales que el abatido Estado requiere, manteniendo el ojo atento a todas nuestras Ñolas y todos nuestros Arrys.

23
FRANCIS
FRAGMENTOS DE SU DIARIO: AÑOS
2056-2061

11 de febrero 2056

Hace cinco años que estoy de nuevo en la Periferia, y resignado. No reconciliado, eso nunca. Qué desesperada y desvalida gentuza son los *infra*. Les he perdido el miedo, pero no conseguiré sentir por ellos lo que parece sentir Teddy. Yo solía asustarme de su violencia, que sin embargo puede ser evitada; hoy simplemente detesto su suciedad, sus voces quejumbrosas y su falta de interés por cualquier cosa que no sea resistir, cada noche, hasta el día siguiente.

4 de marzo 2056

¡Drama! Nikopoulos ha dimitido del SIP y se ha ido a vivir a la Veintitrés. La historia tiene en ebullición al mundo *infra*. Nadie, antes, había sacrificado su posición social y su carrera de modo semejante. Billy conoce el motivo pero no lo cuenta. Tampoco Teddy.

10 de julio 2056

Pieza tras pieza se va reconstruyendo la absurda historia. El loco de Nikopoulos encabeza un grupo de «benefactores» (*infra*, por el amor de Dios) que se llaman a sí mismos Nuevos Hombres. El bien que harán todavía está por ver. Lo único cierto es que Nick le enseña a Billy nuevos métodos de administración y probablemente se hará cargo de la Veintitrés algún día... si los chicos de Kovacs no le rebañan antes la garganta. Circulan rumores de acontecimientos parecidos en otros Enclaves; se mencionan Richmond y Elwood.

22 de marzo 2057

Necesitamos una nueva vivienda. Este mes, el agua ha circulado tres veces a través de la casa. Es agua de mar, salada y fría. Ahora estamos pagando la negativa de nuestros bisabuelos a admitir que el mañana llegaría en un momento u otro. Las torres de la ribera tienen el piso inferior permanentemente inundado. Almadrías y embarcaciones de fabricación casera componen diariamente una regata miserable.

7 de septiembre 2057

Nuestro nuevo hogar está en terreno elevado, al otro lado de Newport, en otra Periferia. Por lo menos es seco. Teddy lo encontró o lo consiguió por medios poco claros o «persuadió» a algún pobre infeliz. Es un sitio raro, muy antiguo, que en otros tiempos tuvo un comercio en la planta baja y las habitaciones arriba. Sumamente ruidoso e incómodo, pero a Mamá le gusta (ella tiene las pretensiones de anticuaria que en la Periferia sirven de excusa para rodearse de muebles y enseres de segunda mano) y puede albergar el resto de nuestras vidas si no se derrumba antes de que el mar se levante a reclamarlo.

16 de septiembre 2057

Algo se está urdiendo y no quiero tener nada que ver con ello. Nuestra amplia pieza de la planta baja, donde estuvo la tienda, es un centro de reunión. Por este motivo hizo Teddy lo que hizo para conseguir la casa. ¿Quiénes y qué son los Nuevos Hombres? Parece que no existe una definición, pero Nick es su líder. Billy también está implicado, y Mamá muestra interés. Billy quiere que me una a ellos, pero he perdido el gusto por cualquier clase de compromisos.

3 de octubre 2057

Para que Mamá no me importune más, he asistido a una reunión de los Nuevos Hombres. No es, y se agradece la sensatez, una sociedad secreta, sino una tertulia de descontentos. ¡Oh, la intelectualización y la filosofía de barbería! Idealismos sobre la educación de los infra, sobre la posibilidad de prepararles para que sobrevivan al fin de nuestra cultura. Los pobres tontos son el fin. Mamá se ha incorporado al grupo y me fastidia con su insistencia, pero le digo que me deje solo y que haga ella lo que quiera. Nos estamos ya distanciando y a ninguno de los dos le preocupa mucho. Nuestro matrimonio no ha sido gran cosa, principalmente por mi culpa, pero qué le vamos a hacer. Yo ya tuve ocasión de jugármela preparando un futuro brillante; ahora prefiero que sean otros quienes se den de cabeza contra los muros de piedra de la realidad.

22 de febrero 2059

Hoy he ido con Mamá a recoger unos comestibles y en la falda de la Torre Cuatro he vislumbrado algo que ha resultado ser bastante curioso: un nutrido grupo de infra que presenciaban cierta cosa en extasiado *silencio*. Mamá, a quien parecía conocer un sorprendente número de personas, abrió paso para los dos y tiró de mí contra mi voluntad y, sobre todo, contra la rebelión de mi olfato.

En medio, sobre un tablado primario, de escasa altura, estaba Teddy, con sucios atavíos infra, interpretando lo que parecía ser una danza. Al cabo de un momento he visto que, de hecho, representaba por medio de la mímica una comedia, pasando de personaje a personaje con una ligera contracción de sus rasgos, unos gestos que lo definían, un cambio de actitud o de porte. Contaba, sin palabras, la historia de un electricista supra que, al ser jubilado, iba a parar a las torres y allí se cuidaba de la conservación de las instalaciones eléctricas internas, revisaba los anticuados trivs y (éste era el fragmento más enfático) enseñaba su oficio de electricista a los niños. No a los adolescentes (su personificación de un adolescente furtivo garabateando grafitos provocó la risa del público y la furia espumeante de unos pocos muchachos, que no se atrevieron a traducirla en violencia), a quienes retrataba como indolentes, ineducables y ya perdidos, *como sus padres* (esto levantó algunas murmullos), sino a los muy pequeños, los de siete y ocho años, lo mismo niños que niñas. Hizo un crudo e hilarante esbozo de una abuela moviéndose a trompicones por un apartamento donde habían saltado los fusibles de la luz, y a continuación quedándose pasmada de asombro cuando su nieto de siete años efectuaba una rápida pero eficiente reparación, para la cual improvisaba un fusible con un trozo de alambre eléctrico. Luego repitió en síntesis la escena del electricista enseñando a los chiquillos.

La impresión fue tremenda y la multitud aplaudió. Y vaya si tenía que hacerlo; Teddy había estado brillante. O más que brillante. Puedo reconocer el genio floreciente cuando lo veo, así como una técnica depurada, minuciosa, que había sido ensayada hasta la perfección y alcanzaba todos sus objetivos. Cuando, más tarde, Teddy se perdió entre la gente, el público se dividió en grupos, discutiendo lo que él les había contado.

De modo que para aquello servía actualmente mi hermano policía. Como yo, tiene talento. Pero el suyo es admirado. Demasiado tarde, por supuesto. Todo llega siempre demasiado tarde. Nada puede salvar este planeta que se desmorona, excepto la eliminación de las tres cuartas partes de sus habitantes.

Y sabemos que puede ocurrir.

25 de febrero 2059

Es un mundo triste y loco. Teddy y Carol han dimitido del SIP y se han ido a vivir con la tribu de Kovacs en la Veintitrés. Él se propone dedicar el resto de su vida a los espectáculos de mímica propagandística. ¿Está simplemente fascinado por el teatro?

¿O le será posible lograr alguna cosa?

13 de julio 2059

El centro de reuniones se ha convertido en un jardín de infancia para que una docena de malolientes mocosos infra aprendan a hacer cosas con sus manos mientras un grupo de excomerciantes procura interesarles en conseguir que las cosas funcionen. Los comerciantes, que carecen de experiencia como profesores, no son muy buenos en su labor, pero los chicos parecen disfrutar mucho. El intento, por lo menos sirve para sacarlos de las calles. Mamá enseña a algunos a leer y escribir; en esto no muestran tanto entusiasmo, aunque es posible que cambien de actitud cuando descubran los libros de cuentos. (La Señora tiene muchos de esos libros. Debo recordárselo a Billy).

Billy quiere que yo enseñe aritmética, pero no lo haré. No entiendo la aritmética. Puedo encender la luz, pero no por ello entiendo la electricidad; puedo manejar cifras, pero no las entiendo. Y estoy harto de cifras.

El contacto con los infra me deprime. Estoy condenado aquí de por vida, pero no tengo por qué unirme a ellos.

4 de noviembre 2059

Al fin me han amarrado. No como profesor; no soportaré que los infra se arracimen en torno mío. Billy y sus técnicos caídos han recogido unos cuantos libros especializados que no saben cómo reducir a herramientas de instrucción sencillas. Es bastante fácil simplificarlos. Una vez vi un Manual de Armas Cortas, una publicación militar destinada a la instrucción de bobos, y me doy cuenta de que su esquema era ideal para un educador. De aquel manual se podía aprender sin necesidad de un tutor o profesor. Éste es el modelo que usaré. Me ocupará durante estos días interminables.

Como que estoy haciendo algo «útil», Mamá, que me había, según ella dice, «regalado», parece pensar que esto me devuelve la respetabilidad. Como si a mí me importase.

11 de febrero 2060

¡Procesadores de textos! ¡Siete unidades! Son modelos antiguos, propensos a la avería, pero que *están aquí*. Ni robando durante un millón de años había podido Kovacs conseguir semejante botín. Cuando le pregunté de quién procedían aquellas cosas, me contestó que de Arthur Derrick; y lo hizo con aire incómodo, consciente de remover recuerdos ingratos. (Yo me había agarrado a sus tobillos y llorado a sus pies. El hecho de que tuviese quince años y fuera estúpido, fuera otra persona, no disminuye la vergüenza). ¿Por qué Derrick? ¿Es otro corazón compasivo, otro

benefactor frustrado? Cuesta imaginarlo. Quizá sea un espía político disfrazado de Santa Claus, acaso practique la táctica homérica de adormecer con obsequios a los troyanos. Billy opina que todo esto carece de importancia mientras el botín nos llegue a raudales. Dice que a Derrick le gustan las ideas de Nick.

Quién sabe si los cerdos tienen alas y el mundo, a fin de cuentas, es plano.

23 de agosto 2060

Derrick ha estado aquí hoy. Realmente aquí. Y también ha llegado un enorme lote de papel, literalmente millones de hojas. Y cajas enteras de libros, principalmente obras técnicas de nivel básico. Me ha visto, pero no ha dicho nada. Parece más viejo y ha tenido la prudencia de dejarse crecer el cabello, pero sigue pareciendo un cocodrilo al acecho. Ha contemplado una clase entregada a su trabajo habitual, durante diez minutos y en reptiliano silencio, antes de decirle a Billy:

—Me intrigaban los Nuevos Hombres de Nick porque no sabía a qué se refería.

Billy ha replicado:

—Tampoco Nick lo sabía entonces.

Yo sigo sin saberlo.

24 de agosto 2060

He preguntado qué significan los Nuevos Hombres. Me ha dicho que son personas que hacen lo que pueden en lugar de quedarse sentadas esperando que el tiempo pase y se las lleve. Astuto sinvergüenza. Ésta es la razón de que tantos libros aburridos y deprimentes tengan que ser extractados, reducidos, convertidos en textos de aprendizaje y reproducidos por millares. Temas como horticultura, cría de ganado, producción de telas, higiene; temas mucho más ambiciosos que los simples manuales de reparaciones caseras del año pasado.

—Un legado para los años negros que han de venir —ha dicho Billy, que siente pasión por las frases publicitarias.

4 de marzo 2061

Mamá no está bien, pierde peso y no retiene los alimentos. Los sanitarios parecen perplejos.

13 de marzo 2061

Captar los jóvenes parece dar resultado. Estos críos de diez años son capaces de conseguir que los procesadores hagan cualquier cosa, excepto cantar y bailar. Incluso Derrick, en sus ocasionales visitas, se permite abrir la grieta de una sonrisa de

aprobación. Hoy, yo he abierto otra grieta en algo más importante, que es su silencio. Nos hemos cruzado en el zaguán y yo he dicho con escarnio a su espalda que se alejaba:

—¿Por qué molestarse? Su culo está a salvo de la humedad que sube.

Sin volverse, respondió:

—Sí, ése es el porqué.

¿Qué será lo que busca? ¿El perdón de sus pecados?

Mamá no mejora. Está *delgada*. Empezamos a oír historias de otras mujeres en situación similar. ¿Por qué sólo mujeres?

17 de marzo 2061

Mamá morirá. Lo sabe y habla de ello con calma. Billy simula que no está trastornado; los sanitarios, por su parte, no disimulan nada. Hay, al parecer, docenas de casos, todos mujeres. ¿Otro experimento? Derrick lo ignora. O dice que lo ignora. Pero tiene el aspecto de un hombre acosado.

20 de marzo 2061

Mamá ha muerto de esa consunción anoréxica. Lo mismo les ha ocurrido a otras. Le hice compañía la última noche mientras su conocimiento iba y venía. En una ocasión dijo, esforzándose mucho:

—He tenido una vida hermosa, Francis. Tan llena...

Llena, pensé, de todo lo que en un mundo más sensato ella habría eludido. ¿O es cuestión de saber lo que uno quiere, independientemente de la naturaleza del mundo? Yo creí una vez saber lo que quería.

Billy vino algo más tarde, pero para entonces Mamá estaba divagando sobre el pasado, sobre el verano y las espejeantes olas del mar.

LA GENTE DEL OTOÑO

TERCERA PARTE

De Andra a Lenna

... En consecuencia, después de tres años y una docena de intentos, me doy cuenta de que esta obra es irrealizable. He renunciado a ella. He pasado un año batallando con un psiquiatra para encontrar una fuente central satisfactoria de las inconsistencias de Billy; he trasladado mi atención a Teddy y he tomado interminables lecciones de técnicas de mimo (que por lo menos me serán útiles profesionalmente); he tratado de reenfocar el período completo a través de los ojos de Derrick. Y he renunciado.

Tu novela no tiene la culpa. Debería haberme percatado desde el principio de que aquella gente se debatía entre las redes de la cultura local y de sus propias personalidades; no representaban, quiero decir, el mundo que se hundía. Sería imposible, creo, recrear un grupo que pudiera representarlo.

Es demasiado fácil caer en la trampa de contemplar la historia en términos de movimiento humano, como si todo lo demás dependiese de éste como si nosotros hiciéramos la historia. Es la historia la que nos hace a nosotros. Los años del Invernadero deberían haberlo demostrado claramente; el Largo Invierno lo hará inevitable. Los años del Invernadero representaron una breve curva descendente en la suerte humana; el Largo Invierno puede comportar un descenso más largo, pero, debido a que estamos mejor preparados, menos profundo.

¿O no son ésas más que experiencias necesarias en la vida de la especie, no picos y valles significativos, sino interrupciones comparables a los chubascos y heladas que hemos aprendido a sobrellevar mudándonos de ropa mientras dura la molestia? En el inmenso trecho de historia que ha de venir, los años de Invernadero costarán poco más que un día irracionalmente cálido...

Lenna guardó la carta entre los documentos que, a su muerte, pasarían a formar parte del archivo universitario, juntamente con las críticas académicas que desaprobaban los intentos de reducir la historia a fugaces miradas por las angostas ventanas de las torres.

Sin embargo, pensó, la novela me proporcionó cierto renombre en el mundo exterior al campus, mucho más amplio que éste, y como yo, a diferencia de la

historia, no voy a estar aquí para siempre, es un placer aceptable. Las miradas fugaces, los modestos atisbos humanos, sí son una ayuda, aunque sólo sea para confirmar nuestra confianza en el inamovible coraje.

POSTSCRIPTUM

Nadie puede predecir el futuro. En un mundo de filosofías, condiciones físicas y propósitos disparatados, las permutas posibles son infinitas; pocas hipótesis proyectadas más allá de una década a partir de hoy van a ser correctas, ni siquiera por casualidad. Así, pues, esta novela no puede ser considerada profética; no se ofrece como un aviso de mal agüero. Su propósito es simplemente destacar varias posibilidades que merecen urgente reflexión por si alguna de ellas viniera a darse de una forma u otra.

1. *Población.* Es un problema actual en muchas áreas y puede ser pronto un problema en todas, con especial relieve en aquéllas donde las tierras de labor son escasas. Las predicciones demográficas sugieren un retardo en el índice de natalidad, pero dichas predicciones se basan en evaluaciones de posibles/probables tendencias que en realidad no son susceptibles de evaluación. Es de prever que la población del planeta se duplique entre la tercera y cuarta próximas décadas.

2. *Alimentos.* ¿Cómo alimentaremos un planeta con una población doble que la presente? Sabemos que hacerlo es posible en términos de producción de alimentos, y sin embargo ya aproximadamente la mitad de la población está hoy subalimentada y buena parte de ella sufre auténtica hambre. ¿Por qué?

3. *Empleo.* Las predicciones a largo plazo sobre los resultados de la automatización son cautelosas y conservadoras y se limitan a muy pocos años. Algunos factores no pueden ser estimados: la codicia empresarial, las presiones de la competencia y la habilidad de promocionar las tecnologías del Tercer Mundo para socavar una productividad orientada hacia el proyecto y no hacia la utilidad.

4. *Finanzas.* En esta novela se ha situado el colapso del sistema monetario en la quinta década del nuevo siglo. Algunos pensadores han vaticinado como crucial la segunda década. ¿Razón? Falta de mercados causada por el desempleo, tras previas pesadillas de recesión, bancarrota de los gobiernos y colapso del mercado de excedentes del Tercer Mundo.

Ninguna de estas cosas ocurrirá necesariamente. Todas pueden ocurrir si ignoramos la advertencia de *Sir Macfarlane Burnett* de que «debemos planificar a

cinco años vista y a veinte años y a cien años». En el mundo actual, ningún país es capaz de hacer esto porque ningún gobierno puede, dada la naturaleza de sus orígenes, planificar más allá de la duración de su mandato. Todos los gobiernos se afanan en preservar y continuar su poder. Poco más hacen. Los proyectos a veinte años vista no proporcionan votos, y no digamos a cien años.

Otras dos materias de suma importancia deben ser consideradas por los futurólogos de hoy:

Guerra nuclear. Mi opinión, si algo vale, es que éste es un acontecimiento inverosímil. Quienes podrían desencadenarlo conocen el coste; no quedaría nadie para saquear a los vencidos. El fanatismo no debe ser descartado como impulso posible y demencial, pero respecto a éste sólo podemos refugiarnos en el optimismo.

El Efecto Invernadero. Es improbable que tengamos información concreta sobre la extensión de este fenómeno antes de que termine el siglo. Podría tratarse de unos cambios climáticos graduales y comparativamente suaves (aunque no por ello deban ignorarse), o podría ser un desastre global que golpee de forma violenta y repentina.

Únicamente podemos estar seguros de que en el curso de las próximas dos o tres generaciones tendrán lugar enormes cambios, todos ellos causados por nosotros mismos y para los cuales no estaremos preparados. ¿Cómo podríamos estarlo? Hablamos de dejar a nuestros hijos un mundo mejor, pero prácticamente no hacemos más que enfrascarnos en nuestros problemas cotidianos y esperar que las catástrofes a largo plazo no se produzcan nunca.

Tarde o temprano, alguna de ellas se producirá. *Las torres del olvido* trata del posible coste de la autocomplacencia.

Que duerman ustedes bien.



GEORGE TURNER, (Melbourne 1916-1997) escritor y crítico australiano, conocido por sus novelas de ciencia ficción escritas hacia el final de su carrera. Nacido y criado en Melbourne, sirvió en las Fuerzas Imperiales Australianas durante la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente trabajó como crítico de ciencia ficción en el periódico de Melbourne *The Age*. Tenía una buena reputación como escritor de novelas de ficción. Dos de ellas fueron premiadas con el Miles Franklin y el premio Commonwealth Fund respectivamente.

En los setenta se caracterizó por sus opiniones meticulosas y bien fundadas plasmadas en sus críticas, publicando en revistas especializadas como *SF fan magazine* *SF Commentary*.

Turner publicó su primera obra de ciencia ficción *Beloved son* en 1978. Recibió críticas muy variadas que en general consideraban el libro muy denso y lento. Probablemente hasta la publicación de *Drowning towers* Turner no se ganó el beneplácito del público.

Turner cogió el premio Miles Franklin en 1962 por *The cupboard under the stairs*, compartiendo el premio con Thea Astley. Su novela *Las torres del olvido* ganó el Premio Arthur C. Clarke en 1988, y fue nominado para un Premio Nebula en el mismo año. Ganó el Premio Ditmar (a la mejor ciencia ficción de Australia) en 1979 por *Beloved son*, en el año 1984 por *Yesterday's men*, y en 1994 por *The destiny makers*.

George Turner murió en Ballarat, Victoria en 1997.

NOTAS

[1] La palabra inglesa correspondiente es *shit*. (N. del T.) <<

[2] Macho cabrío. (*N. del T.*) <<

[3] Arry es la forma en que un infra pronunciaría Harry. (*N. del T.*) <<